

Ramón Alberdi

LOS SALESIANOS EN SANT VICENÇ DELS HORTS

LOS SALESIANOS EN SANT VICENÇ DELS HORTS



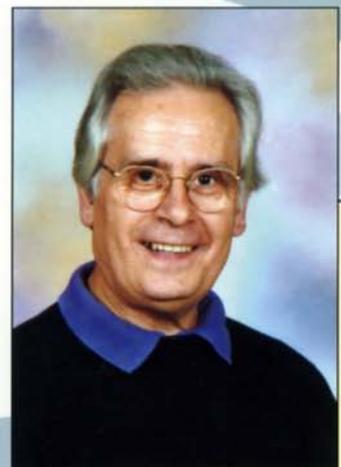
1895-1995

Ramón Alberdi



**RAMÓN
ALBERDI**

Doctor en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona (1977). Una vez publicada la tesis doctoral —*La formación profesional en Barcelona, 1875-1923*. Edebé 1980— se dedica prevalentemente al estudio de las instituciones salesianas en Cataluña.



**JUAN
GONZÁLEZ
I TORRES**

Graduado en Artes Aplicadas (especialidad arquitectura de interiores). Profesor de arte dramático en el colegio salesiano San Juan Bosco, de Barcelona-Horta.



9 788423 643783

RAMÓN ALBERDI

**LOS SALESIANOS
EN SANT VICENÇ DELS HORTS
1895 - 1995**

Prólogo de ALBERT MANENT

ESCUELA SALESIANA DE SANT VICENÇ DELS HORTS
BARCELONA

*A la Família Salesiana
de Sant Vicenç dels Horts
(Barcelona)*

LOS SALESIANOS EN SANT VICENÇ DELS HORTS 1895-1995

RAMÓN ALBERDI

DOCUMENTACIÓN GRÁFICA

ARCHIVOS FOTOGRÁFICOS

Ajuntament de Sant Vicenç dels Horts, mossén Lluís Alonso, Josep M. Aymerich, Roser Bernús, Roser Calpe, Agustí Caralt, Isidre Casanovas, Modesta Casas, Eulalia Comamala, Joaquim Comamala, Vicenç Cos, Immaculada Chavarría, Enric Daunis, Josefina Ferrés, Immaculada Ferrés, Josep Font, José Antonio Iguácel, Escola Iris, Josep Julia, Eulalia Juncadella, Diego López («Paquín»), Prudencio Maquiera, Francesc Marco, vídua de Vicenç Marco, Euniciano Martín, Josep Ollé, Carmeta Pares, Florentina Pares, Quim Pastor, Vicenç Peixó, Amado Pérez, Francisco Pínero, Montse Rusinés Joaquim Sagristá, Salesians de Barcelona (Martí-Codolar), Salesians de Mataró, Salesians / Salesianes de Sant Vicenç dels Horts, mossén Mateu Santacana, Miquel Siñol, Josep Tuset, Joan Villegas.

GRÁFICOS

Aula CAD. Escuela Profesional Salesiana.
Sant Vicenç dels Horts.

PLANOS DEL EDIFICIO ANTIGUO

Amado Pérez.

FIGURAS

Enrique Ferrera.

CUADROS

Ramón Alberdi.

PIES DE FOTOS

Ramón Alberdi - Joan González.

COORDINADOR

Joan González i Torres.

ESTE LIBRO SE HA REALIZADO CON EL ASESORAMIENTO TÉCNICO
DE EDICIONES DON BOSCO (EDEBÉ). BARCELONA

ES PROPIEDAD

© 1994 by Escuela Salesiana de Sant Vicenç dels Horts

ISBN 84-236-4378-6

Depósito Legal B. 42338-96

Carrer de Rafael Casanova, 132

08620 SANT VICENÇ DEL HORTS (Baix Llobregat)

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

PRÓLOGO

Esta obra del padre Ramón Alberdi nos retrotrae a una década, en algunos aspectos no precisamente «prodigiosa», pero sí muy creativa en el campo cultural, religioso y educativo de Cataluña. Entre 1890 y 1900 culmina el renacimiento cultural del antiguo Principado, la «Renaixença», como se llamaba al movimiento que, en el primer tercio del siglo XIX, había hecho revivir con fuerza literaria una lengua, la catalana.

Tenía un signo conservador y progresista según las tendencias y venía a ser una consecuencia de la llamarada del romanticismo y de las teorías de Herder sobre el «élan vital» de los pueblos. El poeta y sacerdote Jacint Verdaguer se convirtió en la gran figura de esa «Renaixença» y su poema épico L'Atlàntida a final de siglo había sido traducido a diez idiomas europeos. Pero otro movimiento, también con entronques culturales europeos — franceses, ingleses, nórdicos—, el Modernismo, se iba imponiendo desde 1880 y lanzaba sus proyectos estéticos renovadores, cosmopolitas. Con él estaban Santiago Rusiñol o el grupo de la revista de avanzada, como indica su nombre, L'Avenç, que querían superar los elementos demasiado nostálgicos o medievalizantes, que propugnaba la «Renaixença» conservadora.

Pero en aquella última década del Ochocientos, otro fenómeno ideológico, anticlerical y desestabilizador de la sociedad, el anarquismo, tomaba en Cataluña un gran auge, recogía importantes adhesiones obreras e intelectuales (entre ellos algunos modernistas) y expresaba su protesta a través de la violencia y el crimen. Recordemos que, en los años noventa, tuvo lugar un atentado anarquista contra el mítico general Martínez Campos, el fautor de la Restauración borbónica, pero en Barcelona se dieron varios graves atentados anarquistas con bombas, los más relevantes de los cuales fueron el de la calle de Canvis Nous, durante la procesión de Corpus Christi y en la que murieron niños de primera comunión, o el tan recordado por nuestros padres en el Liceo barcelonés, que produjo muchas víctimas.

Y así podemos situarnos en la década de 1890 hasta el fin de siglo. Culturalmente sobresalen las grandes fiestas del Modernismo en Sitges, el auge de los mejores pintores de dicha escuela y en lo político el Catalanismo mide sus fuerzas y en las Bases de Manresa (1892) modula un programa moderado que tiene el contrapunto de un pensamiento más izquierdista y laico como el de Valentí Almirall, uno de los padres del federalismo catalán y español. Y en la esfera religiosa podemos subrayar dos cimas. En primer lugar, el nombramiento de dos obispos catalanes, Josep Morgades i Gili para Barcelona y Josep Torras i Bages para Vic. Ello fue posible porque, teniendo el Estado Español el derecho de presentación de obispos, el ministro de Gracia y Justicia, Manuel Duran i Bas, que era también catalán, los presentó a la Santa Sede y defendió su candidatura. Torras i Bages ha sido llamado «patriarca espiritual de Cataluña» en una lejana comparación a otro obispo y abad, Oliba, que fue, como indicó el historiador Jaume Vicens i Vives, el forjador de la Cataluña milenaria.

Torras publicó en 1892 La tradición catalana, obra de tesis que recordaba las raíces cristianas del país, intentaba hermanar el catalanismo cultural y político con la Iglesia y además pretendía superar las guerras y convulsiones fratricidas del siglo XIX, aceptando la monarquía de la Restauración. Torras influía así poderosamente en un clero catalán que, quizá, en el noventa por ciento era militante del carlismo. Gracias al obispo de Vic y a sus tesis, en pocos años gran parte de los sacerdotes evolucionaron del carlismo al catalanismo regionalista.

Pero el siglo XIX tiene en la Cataluña cristiana otro fenómeno extraordinario, el que se conoce por «el pas dels sants», o sea la pléyade de fundadores y fundadoras de órdenes religiosas —en su mayoría dedicadas a la enseñanza—, los cuales van siendo beatificados o canonizados en los últimos años. Y en la década que nos interesa se produce otra eclosión de la escuela cristiana. Me refiero a la fundación de grandes colegios, generalmente en la parte alta de la ciudad de Barcelona. Así los escolapios y los jesuitas de Sarria, igual que las religiosas del Sagrado Corazón. Y los hermanos de las Escuelas Cristianas y las religiosas de Jesús y María en Sant Gervasi, entre otros. No obstante, desde 1884, las escuelas profesionales salesianas ya estaban en Sarria, pueblo incorporado a Barcelona en 1921. Pero estos grandes colegios, emblemáticos todavía hoy, representaban la «modernidad» de fin de siglo, incluso en lo arquitectónico.

Simultáneamente en otras ciudades y pueblos se iban creando nuevos centros educativos religiosos, ya sea de formación de jóvenes de ambos sexos o seminarios y casas de espiritualidad. Y un buen ejemplo es el seminario salesiano en can Font, una masía del entonces pueblo agrícola de Sant Vicenç dels Horts. Como tantos otros, tuvo como base una especie de donación de

una finca con casa rural por parte de un matrimonio cristiano. Estos legados, muchas veces en vida, fueron una constante en centros que dependen de la Iglesia. Desgraciadamente esta clase de generosas donaciones son ahora poco frecuentes y, en parte, porque la misma Iglesia trabaja poco en estos empeños por un pudor mal entendido.

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995 constituye la historia viva y pormenorizada de una institución, que ha tenido diversos usos religiosos y educativos. Gracias a la sabia pericia del historiador Alberdi podemos seguir, paso a paso, las vicisitudes de esa institución, donde se forjaron sólidas vocaciones salesianas y después también sólidas vocaciones cristianas y profesionales. El padre Alberdi nos explica con acierto cómo se vivía en can Font, cómo se ampliaron la casa y la finca, qué formación recibían los aspirantes a religiosos. Especialmente estremecedora —en parte gracias todavía a la historia oral— es la tragedia de la guerra civil y de la reacción antirreligiosa subsiguiente a la revolución de 1936, cuando la casa fue incautada, los jóvenes estudiantes vejados y finalmente expulsados. El autor describe también cómo, durante aquella locura colectiva, los anarquistas asesinaron a un buen lego, que, a modo de un ermitaño, había vivido treinta años en aquella masía de can Font, donde ayudaba a la gente y cultivaba la tierra y era llamado «el Sord dels Frares», por su limitación auditiva. Nos recuerda Alberdi que en la casa se leían no las revistas integristas, sino el diario católico El Matí y la Paraula Cristiana, la gran revista de pensamiento del canónigo Cardó.

Después de la guerra civil, hubo que rehacer la casa y providencialmente se cambió su destino. Poco a poco el seminario llegó a ser una escuela de formación profesional, bajo la dirección de los salesianos. El cambio fue muy acertado porque el pueblo, al industrializarse y convertirse, en parte, en dormitorio de Barcelona, creció exageradamente y había algunos nuevos barrios suburbanos, donde la educación y la asistencia sociales eran urgentes. Ello se combinó, años más tarde, con la petición diocesana a la congregación salesiana para que rigiera una nueva parroquia, creada para atender a aquellos miles de inmigrantes.

A pesar de dificultades, zozobras, incendiarios iconoclastas y secularizaciones, el centro de los salesianos puede celebrar su centenario en Sant Vicenç dels Horts, y lo hace dejando una obra definitiva como es la historia de un siglo de vida salesiana en el pueblo. El padre Alberdi, enraizado desde hace muchos años en Cataluña, historiador riguroso e impoluto, nos da así testimonio detallado de una gran aventura de pedagogía y de espiritualidad cristianas.

ALBERT MANENT

Historiador

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R. Alberdi 1994

han de encontrar inconveniente alguno en dar cuenta y razón de su actividad allí donde estén. En consecuencia, el libro aspira a ser una contribución, aunque modesta, a un mejor conocimiento de la historia de nuestro pueblo. De aquí el título que lleva: Los salesianos en Sant Viceng dels Horts.

Dentro del cuerpo eclesial, éstos forman una congregación religiosa, dedicada prevalentemente a las tareas educativas. Son religiosos educadores. Y, por tanto, se han de preparar como tales. Durante muchos años, su presencia a orillas del Llobregat ha revestido, precisamente, la modalidad de un centro de formación o seminario, que, al estar destinado a jóvenes procedentes de diversas regiones, dio al pueblo de Sant Viceng una cierta proyección en toda la España Salesiana. Por otro lado, la institución del seminario —de religiosos o no— ha debido recorrer una larga trayectoria y, en los últimos tiempos, ha experimentado una fuerte transformación. Lo cual la ha convertido en un argumento de interés historiográfico. Por estos motivos, las páginas que siguen recogen los aspectos más significativos de lo que fue el antiguo seminario salesiano, en sus objetivos, organización, formas de vida, espiritualidad, vicisitudes.

Como se acaba de indicar, los salesianos y las salesianas se ocupan, por propia vocación, del campo educativo, la acción pastoral (en colegios y parroquias) y la cultura. Tienen, por consiguiente, sus ideas, métodos y modos de comportarse, que luego transmiten de una generación a la otra. Es éste otro de los aspectos que emergen en el presente estudio, donde el lector interesado en temas pedagógicos y de animación de los grupos juveniles podrá hallar alguna cosa de provecho.

Para poder avanzar con la debida orientación, el historiador necesita de las huellas que han dejado los hombres de ayer. Esto lo consigue entrando en diálogo con ellos por medio de los testigos. De esta manera va descubriendo siempre nuevos paisajes, que, a su vez, le ofrecen otras posibilidades para ir hacia adelante. A tal respecto, el autor del libro declara que, tanto entre los miembros de la Familia Salesiana como entre los vicentinos—personas, familias, organismos, entidades—, ha encontrado la ayuda que buscaba, y que, en consecuencia, fuera del cansancio normal que produce el quehacer profesional, no ha experimentado ningún momento de desaliento. Le ha acompañado permanentemente el convencimiento de que los vicentinos querían participar en la preparación del libro como si se tratara de un asunto propio. Ha sido una experiencia muy positiva. Por lo cual da las gracias a todos por la colaboración que le han prestado.

Permítasele tan sólo una referencia a la documentación gráfica. Buscarla, clasificarla, ordenarla y colocarla en su debido sitio supone un trabajo de muchas horas, cosa que el autor agradece especialmente a Joan González i Torres, el cual ha tenido la feliz intuición de convertir este escrito casi en un espectáculo —porque hoy, tal vez, no existe otro modo de presentar ante el gran público los resultados de la investigación histórica—.

Pero su labor hubiera sido inviable si los diversos archivos fotográficos particulares no le hubieran abierto las puertas. Por ello, un sincero reconocimiento a todas las personas e instituciones. Y una mención especialísima para Miquel Siñol i Badell, que tan desinteresadamente ha puesto su valioso archivo a disposición del autor, haciendo posible así que algunas fotografías vieran la luz pública por vez primera.

En fin, el Equipo de la Editorial Edebé se ha portado con una elegancia y una profesionalidad admirables, como también la Escuela de Artes Gráficas del Instituto Politécnico-Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria. Sin su apoyo, el libro no hubiera podido nacer. A ellos y a las comunidades de los salesianos y de las salesianas de Sant Vicenç, un recuerdo agradecido ().*

Ramón Alberdi

Sant Vicenç dels Horts, 30 de julio de 1996.

(*) En la toponimia se han empleado los nombres catalanes, a excepción de algún caso en que todavía la denominación castellana está muy difundida. En relación a los nombres propios de personas se han respetado aquellas formas —catalanas o castellanas— que durante años han estado aceptadas por un uso generalizado.

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R. Alberdi 1994

1. DE SARRIÀ A SANT VICENÇ

En carta fechada en Sarrià (Barcelona) el 19 de julio de 1895, el superior de las casas salesianas de España, don Felipe Rinaldi¹, notificaba al Rector Mayor, don Miguel Rua: «Gracias a Dios, hemos formalizado la escritura de compra de la casa del noviciado y, además, hemos pagado». Y si, por una parte, lamentaba el no haber estado del todo correcto en su modo de proceder, por otra, sin embargo, se sentía profundamente satisfecho, porque había alcanzado una meta que tanto él como sus superiores habían perseguido desde mucho tiempo atrás.

Para ocupar dicha vivienda, sólo faltaba ya ponerle un nombre a propósito, tarea que el padre Rinaldi cedió gentilmente al Rector Mayor: «Bautícela usted con un nombre, que puede ser *Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús* o *Seminario Salesiano* o cualquier otro que le parezca bien»². Don Miguel Rua optó por el primero.

Así bautizada, nació la obra salesiana en el pueblo de Sant Vicenç dels Horts (Baix Llobregat)³ hace ahora exactamente cien años. El primer capítulo de este libro se propone explicar el cómo y el porqué.



El beato Felipe Rinaldi, cuando residía en Sarrià (Barcelona) 1889-1901.

DAR FORMA AL NOVICIADO

Cuando, procedente de Turín, don Felipe Rinaldi llegó de director a las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria a finales de octubre de 1889, encontró ya formado un grupito de jóvenes que se estaban preparando expresamente para ser salesianos: eran los novicios. Los había reunido su antecesor en el cargo, el padre Juan Bautista Branda (1884-1889), que era también italiano⁴. En 1890 fueron 12; al año siguiente, 18; en 1892 llegaron hasta 30: de ellos 15 aspiraban a ser en el futuro salesianos sacerdotes (clérigos) y 15, salesianos laicos (coadjutores). A falta de otro educador, se hacía cargo de ellos, más o menos inmediatamente, el director de la casa. A don Felipe le gustaba aquello: «Cuando me veo acosado por molestias y dificultades —escribía a su amigo y confidente Julio Barberis⁵—, encuentro mi consuelo en estar entre estos seminaristas»⁶. Decía esto no sólo a impulsos de su vocación de educador y sacerdote, sino también de un convencimiento a que había llegado en sus primeros contactos con diversos dirigentes eclesiásticos: «España —afirmaba— es un país serio y muy religioso»; «las vocaciones son abundantes y de ellas se pueden sacar óptimos salesianos»; «se nos están ofreciendo nuevas fundaciones en las que se podría formar el personal salesiano destinado a todas las misiones de América». Pero para que esta visión, tan halagüeña, se convirtiera en realidad era necesario, primero, hacer más propaganda y, segundo, «dar verdadera forma a nuestro noviciado»⁷. En esto consistió uno de los objetivos preferentes que el padre Rinaldi se propuso alcanzar siendo todavía director de las antiguas Escuelas de Artes y Oficios de Sarria. Creyó, en efecto, que a él le tocaba la tarea de «dar verdadera forma» a aquel noviciado que, aunque funcionaba desde algunos años atrás, carecía sin embargo de una estructura adecuada.

La empresa presentaba sus dificultades. Por una parte, aunque los novicios daban unas veces esperanzas de éxito —«porque aprecian su vocación y aman a Don Bosco»⁸—, otras, en cambio, dejaban bastante que desear en el aspecto religioso. Según don Felipe, eran «un material en bruto», por lo que sus educadores «tendremos abundante trabajo para moldearlos»⁹. Además, desde el punto de vista de la preparación intelectual, se encontraban atrasados. «Y me temo —comentaba el director— que no los pondremos a la altura hasta que no tengamos profesores españoles»¹⁰.

Por otra parte, como se ve, se carecía de un cuadro adecuado de educadores. El propio don Felipe andaba excesivamente atareado con mil preo-

cupaciones que le apartaban de su dedicación a los novicios. Por eso estuvo pidiendo reiteradamente a los superiores de Turín que le enviaran alguien que le sustituyera en el cargo de director¹¹ o que le ayudara, al menos, en la marcha de la casa: «Yo tendría necesidad de ocuparme más de los novicios y llevar sólo por encima la dirección general del instituto»¹². Aceptaba también de grado que algún otro asumiera la responsabilidad de atenderlos más directamente¹³. Pero, mientras estuvo de superior (1889—1892), apenas pudo contar con una ayuda eficaz. Los salesianos que venían de Italia no dominaban la lengua española y además algunos de ellos se encontraban medio enfermos —como don Antonio Balzario, el futuro director de la casa de Sant Vicenç dels Horts—.

Entre tanto, el padre Rinaldi se fue haciendo idea de lo que tenía que ser un noviciado salesiano en España. Como institución destinada a la preparación inmediata de los jóvenes que iban a vincularse a Dios y a la Sociedad Salesiana con votos religiosos, el noviciado debía tener los medios necesarios y, sobre todo, estar animado por un equipo de educadores selecto: «Los maestros y asistentes han de ser los mejores, tanto en la virtud como en el saber»¹⁴. Pero no hacía falta que éstos fueran buscando metas sublimes de perfección, sino que bastaba que enseñaran a los novicios a cumplir las Constituciones de la Sociedad, «por entero» y según una interpretación correcta¹⁵. El noviciado, en efecto, debía ser un ámbito en que la doctrina y la praxis salesianas se vivieran y se transmitieran con absoluta integridad y pureza, en conformidad con el auténtico espíritu del fundador Don Bosco.

Por eso a don Felipe le gustaba que los miembros del gobierno central viajaran a Barcelona y comprobaran con sus propios ojos cuanto se hacía o dejaba de hacerse en el noviciado. Se complacía sobre todo en invitar a don Julio Barberis con quien, tal como se ha explicado¹⁶, se sentía personalmente vinculado: «Su visita —le decía una vez en confianza y con gran humildad— contribuiría mucho a rectificar las ideas equivocadas que, tal vez sin querer, yo mismo voy insinuando...»¹⁷.

Esta mentalidad sobre el noviciado hay que colocarla en un marco más amplio al que el padre Rinaldi entendía extender su acción pastoral: la búsqueda y promoción de las vocaciones autóctonas. Si, tal como había soñado Don Bosco, España debía ser una gran plataforma de lanzamiento de vocaciones misioneras hacia Sudamérica, antes era necesario crear en la misma una red de seminarios: «Se deberían abrir aquí cinco o seis casas y preparar en ellas el personal, prevalentemente español»¹⁸. Y es que la pastoral vocacional se había convertido para él como en una preocupación obsesiva. Lo que no pudo realizar cuando era un simple superior local (1889-1892), logró llevarlo a cabo, siquiera en parte, cuando llegó a

ser *inspector o superior provincial* (1892-1901). De esta manera echó los fundamentos de la España Salesiana de los años siguientes¹⁹.

BUSCANDO UNA CASA

Las ideas sobre lo que debía ser un noviciado salesiano en España y las nuevas experiencias que iba adquiriendo movieron al padre Rinaldi a trasladar el noviciado de Sarria a otro lugar más conveniente.

En cuanto a las ideas, estaba claro que si quería «dar verdadera forma» al noviciado, debía sacarlo del ámbito en que se hallaba, porque corría el peligro de quedar diluido entre otras entidades que allí funcionaban —como la escuela profesional, el colegio Santo Ángel, la editorial, la librería—. Mientras siguiera en aquel puesto, no era posible que tuviera aseguradas la autonomía y la identidad necesarias.

Las antiguas Escuelas Profesionales Salesianas, Sarria 1891.



En cuanto a las nuevas circunstancias que se iban creando, conviene recordar al menos las dos siguientes.

Primera: cuando, una vez nombrado inspector provincial (1892), don Felipe comenzó a visitar las diversas casas salesianas de España, solía encontrar en las mismas algunos muchachos que deseaban ser salesianos, pero que carecían de un ambiente adecuado para su situación vocacional. Por lo que los encaminaba a la casa de Sarria, donde podían estar mejor atendidos. Pero, con ello, la capacidad de la sección del noviciado quedaba desbordada.

Segunda circunstancia: a pesar de esta entrada de las vocaciones que venían del exterior —de Utrera o Sevilla, por ejemplo²⁰—, la mayoría de los novicios procedía de la misma casa de Sarria —de la escuela profesional y del colegio Santo Ángel, en concreto—. Ahora bien, desde el punto de vista psicológico y pedagógico, ¿era conveniente que la mayor parte de los novicios siguiera residiendo en el mismo recinto en que habían pasado ya varios años, como aspirantes o postulantes? A don Felipe le parecía que a una etapa formativa, tan definitiva como el noviciado, debía corresponderle también un lugar nuevo, preparado al efecto. En esto su pensamiento coincidía plenamente con el de los superiores del gobierno central de la Congregación y con la praxis que había seguido el mismo Don Bosco²¹.

De hecho, el padre Rinaldi había comenzado muy pronto a tantear la posibilidad de encontrar otros enclaves.

Primeramente se había fijado en una fundación que el «indiano» Antonio Cuyas i Sampere proyectaba ofrecer a los salesianos en la ciudad de Mataró, al objeto de que, a ser viable, abrieran en ella una escuela de formación profesional —o «de artes y oficios», como se decía entonces—. A finales del año 1890, después de haber verificado una visita de inspección, don Felipe se sentía optimista respecto a la apertura de la nueva casa. Le parecía incluso que ésta no tardaría mucho: «Será el San Benigno de España», le escribía, contento, al amigo Barberis. San Benigno Canavese era un pequeño poblado situado a pocos kilómetros de Turín, donde se levantaba una antigua abadía que Don Bosco adquirió para establecer allí, a partir de 1879, el noviciado que había funcionado en la casa madre de Turín. Desde 1879 a 1880 don Felipe había hecho su año de noviciado en esta casa-seminario de San Benigno, teniendo como director y maestro espiritual al que, a partir de aquella fecha, iba a ser para él su amigo y confidente, don Julio Barberis²². Ahora (1890), a la distancia de diez años y pensando desde Sarria en la futura fundación de Mataró, al padre Rinaldi se le antojaba soñar en «el San Benigno de España», por-

que, según escribía al amigo, «nosotros podríamos enviar allí de ocho a diez novicios-clerigos y unos cuantos novicios-artesanos, los cuales contribuirían a despertar la vocación salesiana en otros muchos»²³.

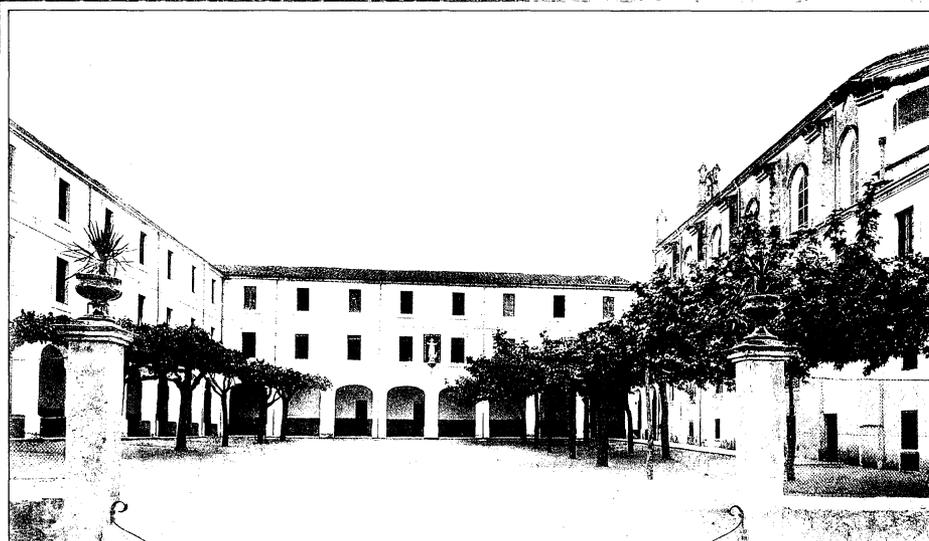
Pero tal utopía no fue realizable, porque las gestiones de aquella fundación procedieron con excesiva lentitud, tanto en vida como después del fallecimiento del señor Cuyas, ocurrido en diciembre de 1890. La puerta del Maresme no se abrió a los salesianos hasta el año 1905²⁴.

A mediados de 1892, don Felipe se estaba fijando en los alrededores de la misma casa de Sarria. Allí veía una *torre* que lindaba «con nuestro jardín», y que le parecía a propósito. La ventaja que ofrecía esta solución era doble: por una parte, permitía organizar el noviciado con poco personal, ya que se echaría mano del de la casa; por otra, hacía innecesario montar una nueva cocina, ya que también se utilizaría la de la misma casa... «Si veo factible este proyecto, le pediré el permiso correspondiente», le decía a su amigo y superior don Julio²⁵. Pero se conoce que tampoco le convenció esta hipótesis, porque, a los pocos meses, estaba mirando nada menos que hacia Gerona.

La presencia salesiana en esta capital se basaba en la oferta que hacían los albaceas de confianza de don Juan María Oliveras de Carbonell i d'Estañol, marqués de la Quadra y barón de Guía-Real, los cuales habían optado por crear una escuela o granja agrícola para la promoción del campesinado de aquella comarca. La fundación estaba aceptada por parte de los salesianos desde el mes de febrero de 1891, si bien la escritura de la cesión de la propiedad —situada en el barrio de Pedret, a orillas del río Ter— se firmó unos meses más tarde. En mayo del año siguiente, se había inaugurado un modesto *oratorio festivo* o *recreo dominical* y además se habían echado los cimientos de un edificio de nueva planta²⁶.

Al ver aquello, al padre Rinaldi le vino enseguida la idea de colocar allí al grupo de los novicios: «Estoy estudiando —le escribía en tono confidencial al Rector Mayor— la posibilidad de enviarlos a Gerona, donde juntamente con la colonia agrícola, se podría poner el noviciado»²⁷. No era la primera vez que don Felipe lanzaba tal hipótesis, porque ya la conocía el Consejo General desde el año anterior²⁸.

Pero cuando, como él decía, iba buscando en Gerona «un Foglizzo» —lugar adonde, al comienzo del curso 1886-1887, se había trasladado desde San Benigno Canavese el noviciado de los clérigos²⁹—, empezó a dudar sobre la viabilidad del proyecto, porque llegó a saber que algunos reverendos padres del clero diocesano —«tan especial», según manifestaba— no habrían visto con buenos ojos el que se implantara dentro de la demarcación diocesana el noviciado de una congregación nueva, extranjera...



La Escuela Agrícola Salesiana de Gerona. Fachadas exterior e interior. Hacia 1920.

Además comenzó a pensar que, para los medios de transporte entonces disponibles, aquella capital se encontraba bastante alejada de Barcelona y que, tal vez, el sitio mismo que iban a ocupar la escuela-granja y el noviciado dejaba mucho que desear desde el punto de vista de la salubridad...³⁰ Con esto, el proyecto de colocar el noviciado en Gerona quedó prácticamente descartado.

Por lo visto, a don Felipe no le sonreía la fortuna, porque incluso a finales del año siguiente (1893), siendo ya superior provincial, se sentía a la deriva: «Sigo pensando en una casa para el noviciado, pero en este momento no tengo ninguna a la vista. Veremos lo que dispone el Señor». Pero aquel asunto exigía ya imperiosamente alguna solución. No se podía aguardar mucho más, porque, entre todos, los novicios de Sarria del curso 1893-1894 llegaban probablemente a 60. «Los nuevos —precisaba el provincial— son de mejor tela que los del año pasado»³¹. Era, pues, una situación límite. El superior responsable tuvo que aguzar el ingenio y redoblar el esfuerzo de búsqueda...

CAN FONT

Por fin, a comienzos del año 1895, dio con lo que desaba. Con fecha 16 de febrero se lo comunicaba así a su confidente de siempre: «Estamos trabajando para adquirir la casa del noviciado, y espero entrar en la misma a finales de mayo o en junio. Es muy pequeña —añadía—, pero tiene una buena situación y se halla a poca distancia [de Barcelona-Sarriá]; con el tiempo se puede cambiar por otra, o bien ampliarla»³². A los pocos días, veía el problema en vías de solución: «La casa del noviciado ya está comprada, y veremos cómo se paga»³³. Y en esta misma carta Rinaldi escribía el nombre de la localidad donde radicaba la casa: «S. Vicens dels Horts» (sic).

«*Comprada* —precisa el historiador Eugenio Ceria— aquí significa *contratada*»³⁴. Efectivamente, son dos las cuestiones que se le plantean al investigador en todo este argumento: primera, ¿cómo, después de dar tantas vueltas, fue a parar el padre Rinaldi justamente a Sant Vicenç, un pueblo del Baix Llobregat sin ningún relieve especial todavía? Y segunda, ¿de dónde sacó el dinero necesario para pagar la propiedad de la masía Font? Los dos interrogantes merecen por nuestra parte alguna consideración.

La familia Massana-Rovira. Bastantes salesianos de España recuerdan todavía hoy la figura de don Julián Massana i Rovira, que, durante los años de la guerra civil y la inmediata postguerra (1936-1942) ejerció de superior interino de la Provincia Céltica (Madrid) y efectivo de la Tarraconense (Barcelona). Aquí sobre todo, le tocó la ardua empresa de la reconstrucción material y moral de la misma.

Nacido en el término municipal de Subirats (Alt Penedés 1883), en una acomodada familia de terratenientes, a los 11 años había entrado en la casa salesiana de Sarria, como alumno del colegio Santo Ángel, donde, en atención a sus dotes de inteligencia, le encaminaron hacia los estudios de segunda enseñanza³⁵. Eran sus padres Francisco de Paula Massana i Vendrell y María Rovira i Milà. El señor Massana se había ganado un notable prestigio profesional en toda la comarca —ejercía de médico y le gustaba escribir³⁶—, y, por sus probadas convicciones católicas —estaba inscrito en la Orden Tercera de San Francisco—, era muy apreciado por los salesianos, tanto que le concedieron el diploma de Cooperador. Nada, pues, de extraño que el padre provincial Rinaldi acudiera a él en busca de ayuda y asesoramiento. Debió de ser a mediados o finales de 1894 cuando le manifestó su deseo de sacar de la casa de Sarria el noviciado y las dificultades que encontraba para lograr un sitio adecuado. Esta vez tuvo suerte, porque había dado con una persona que podía y quería ayudarle: unos parientes suyos —concretamente por parte de su mujer— estaban dispuestos a desprenderse de una masía que poseían en el pueblo de Sant Vicenç dels Horts. Tal vez, podría servirle para sus propósitos...

Desconocemos los detalles de las gestiones que, por mediación del doctor Massana, se llevaron a cabo entre los salesianos y los propietarios-vendedores: don Salvador Rovira i Puig (había estado casado con Vicenta Rovira i Font) y su hija, doña Rosalía Rovira i Rovira (casada con don Francisco Botifoll i Font). Pero lo cierto es que procedieron a gusto de las partes interesadas. Lo más tarde a la altura del mes de febrero de 1895 —según hemos comprobado ya—, el padre Rinaldi estaba decidido a adquirir toda la casa de campo, entre otras cosas, porque las condiciones económicas que ofrecían los vendedores le resultaban muy ventajosas. La mediación del doctor Massana había sido del todo positiva³⁷.

Sant Vicenç y Béjar. Pero con esto aún no estaba cerrada la cuestión. Faltaba lo más importante: procurar la suma necesaria de dinero y pagar. Aquí al padre Rinaldi se le abrió la puerta de una manera inesperada y por muy poco tiempo, de forma que se vio obligado a moverse rápidamente saltando, incluso, los trámites preceptivos.

CÉDULA DE ADMISION

PARA LOS

COOPERADORES SALESIANOS

El que suscribe declara que el día 19 del mes
de Marzo 1892 ha sido recibido entre
los Cooperadores Salesianos el Señor Francisco

Massana

quien, por consiguiente, podrá en adelante gozar de todos
los favores, indulgencias y gracias espirituales, concedi-
das por el Sumo Pontífice á todos, los que hacen parte
de esta Asociación y observen sus reglas.

F. M. Rinaldi Pro delegado

necesario poner la fecha y lugar de la agregacion; in-
do si s. ha efectuado por el mismo ó algun
ado.



JULIÁN
MASSANA
/ ROVIRA,
hijo de Francisco
de Paula
Massana
i Vendrell.



FRANCISCO DE PAULA MASSANA I PAGÉS,
actual presidente regional de los Antiguos Alumnos
de la Inspectoría de Barcelona, nieto de Francisco de Paula
Massana i Vendrell y sobrino de Julián Massana i Rovira.

Diploma de Cooperador Salesiano para el doctor FRANCISCO DE PAULA MASSANA I VENDRELL, firmado por el actual Beato Felipe Rinaldi, Barcelona-Sarria 1892.

Se lo explicaba todo al Rector Mayor en el verano de 1895, a los seis días de haber firmado la escritura de compra y efectuado el pago. «Vive en Béjar —escribía— una señora que, desde que me encuentro en España, está insistiendo para que fundemos una casa en aquella pequeña ciudad de la provincia de Salamanca. Por mi parte ni siquiera me he avenido a hablar del asunto, porque la falta de personal que padecemos es más que evidente. Pero últimamente ella volvió a la carga. Entonces le dije al intermediario que si dicha señora estaba tan bien dispuesta a nuestro favor y quería dejarnos todo lo necesario para la fundación de Béjar, sería bueno que comenzara por ayudarnos a pagar la casa del noviciado, cuya escritura de compra yo debía formalizar a los tres días, cuando aún me faltaban cinco mil pesetas. "De acuerdo —me respondió—, prométame usted que abrirá al menos un *oratorio festivo* en Béjar dentro del próximo mes de octubre y yo, de aquí a tres días, le pondré en mano dicha suma de dinero". Y efectivamente, el dinero llegó, y ahora yo debo cumplir lo prometido».

Así fue cómo los salesianos pudieron firmar la escritura de compra-venta el 13 de julio de 1895, efectuando al mismo tiempo el pago convenido: 9.750 pesetas.

Pero, mientras tanto, el padre Rinaldi quedaba atrapado: por una parte, veía que no tenía fuerzas suficientes para contentar a los bejaranos; por otra, temía haber disgustado al Rector Mayor, cuando aceptó la apertura de una casa nueva sin su permiso. «Tenga usted en cuenta —le decía esforzándose por convencerle—, primero, que la señora nos tiene ya preparada la casa, cuya propiedad quiere transmitirnos formalmente y pronto; segundo, que pasará una pensión a los salesianos que vayan a trabajar allí; tercero, que además de atender permanentemente a la manutención de 12 huérfanos, tiene hecho el testamento en el cual nos deja una cantidad nada despreciable. Nos han hecho saber, por otra parte, que si no aceptamos la oferta este mismo año, la señora amenaza con cambiar los planes porque, antes de morir, quiere dejar sus bienes bien asegurados; incluso nos dicen que ya está desconfiando de nosotros».

Con estas razones el provincial de España intentaba merecer el beneplácito del superior, aunque, a la verdad, no podía apartar el pensamiento de que, en aquellas circunstancias concretas, Don Bosco y el mismo don Miguel Rua «habrían hecho lo mismo». En todo caso, «si hice mal en aceptar la fundación de Béjar —añadía entre bromas y veras—, estoy dispuesto a someterme a la penitencia; pero antes le suplico que tenga presente que ya es bastante penitencia el tener que andar gritando por falta de personal!»³⁸.

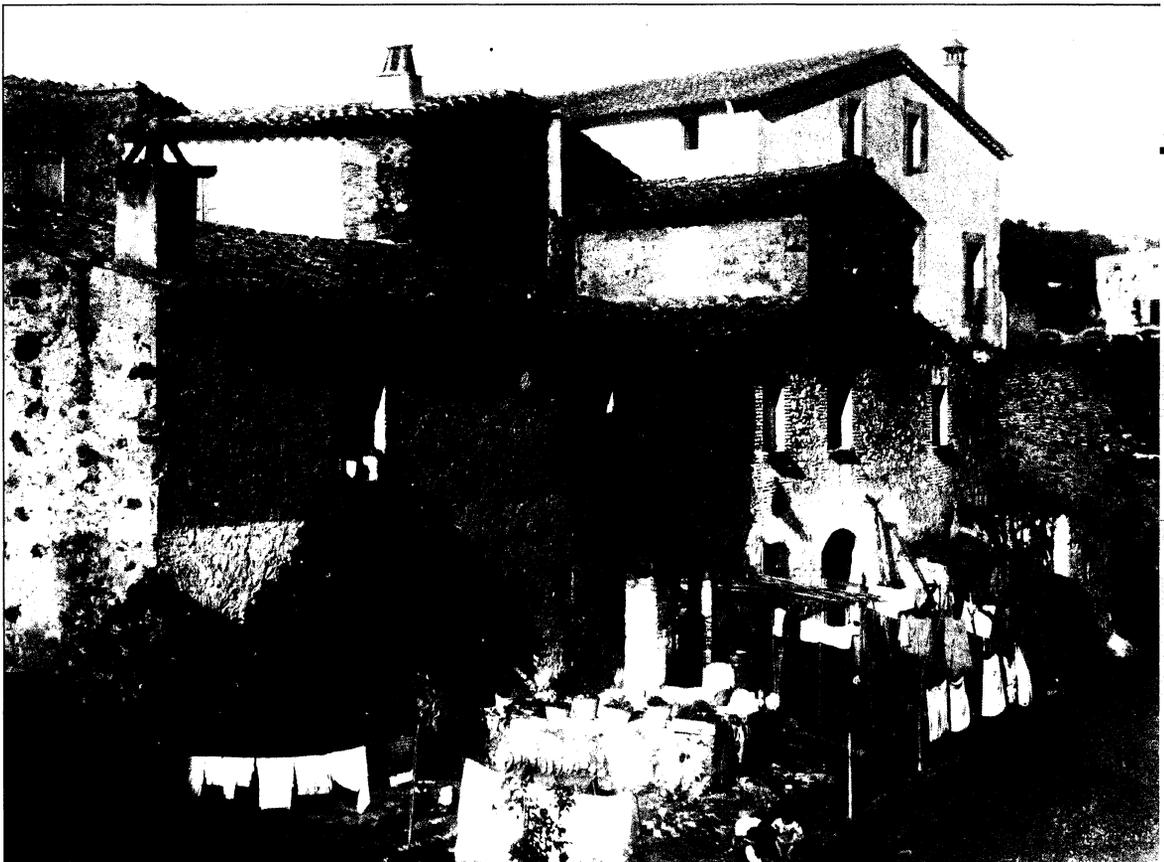
Escritura
 de
 Venda
 otorgada por
 D^o. Salvador Novira y D^{ña}. Rosalia Novira
 a favor de
 D^o. Ernesto Oberki, y otros
 autorizados
 por el
 D^o. D^o. Joaquín Dalmau y Fité.
 Barcelona 13 Julio
 1895

Escritura de compraventa de la casa Font (Archivo Salesiano Central).

Después de superar no pocos titubeos y disgustos³⁹, los salesianos llegaron a Béjar (provincia de Salamanca y diócesis de Plasencia) no en la fecha prometida, sino algo más tarde, en enero del año siguiente (1896), y el día 29 del mismo mes —fiesta litúrgica del patrono de la Congregación, San Francisco de Sales— inauguraron un pequeño *oratorio festivo* o *esplai dominical*, puesto precisamente bajo la advocación de dicho santo⁴⁰.

Todo lo había hecho posible doña Felisa Esteban Rodríguez, viuda de Cid, a la que, a pesar de algunas rarezas, los salesianos siempre se mostraron agradecidos, reconociéndola como la «fundadora» de la Obra de Don Bosco en Béjar⁴¹. Pero su nombre se encuentra también inscrito en los orígenes de la casa salesiana de Sant Vicenç, que nació a la vida un mes y medio antes que la de Béjar, exactamente el 9 de diciembre de 1895 (pág. 39).

«Cases de can Font», hada 1925 (Foto Carcassona) (Archivo Miquel Siñol).



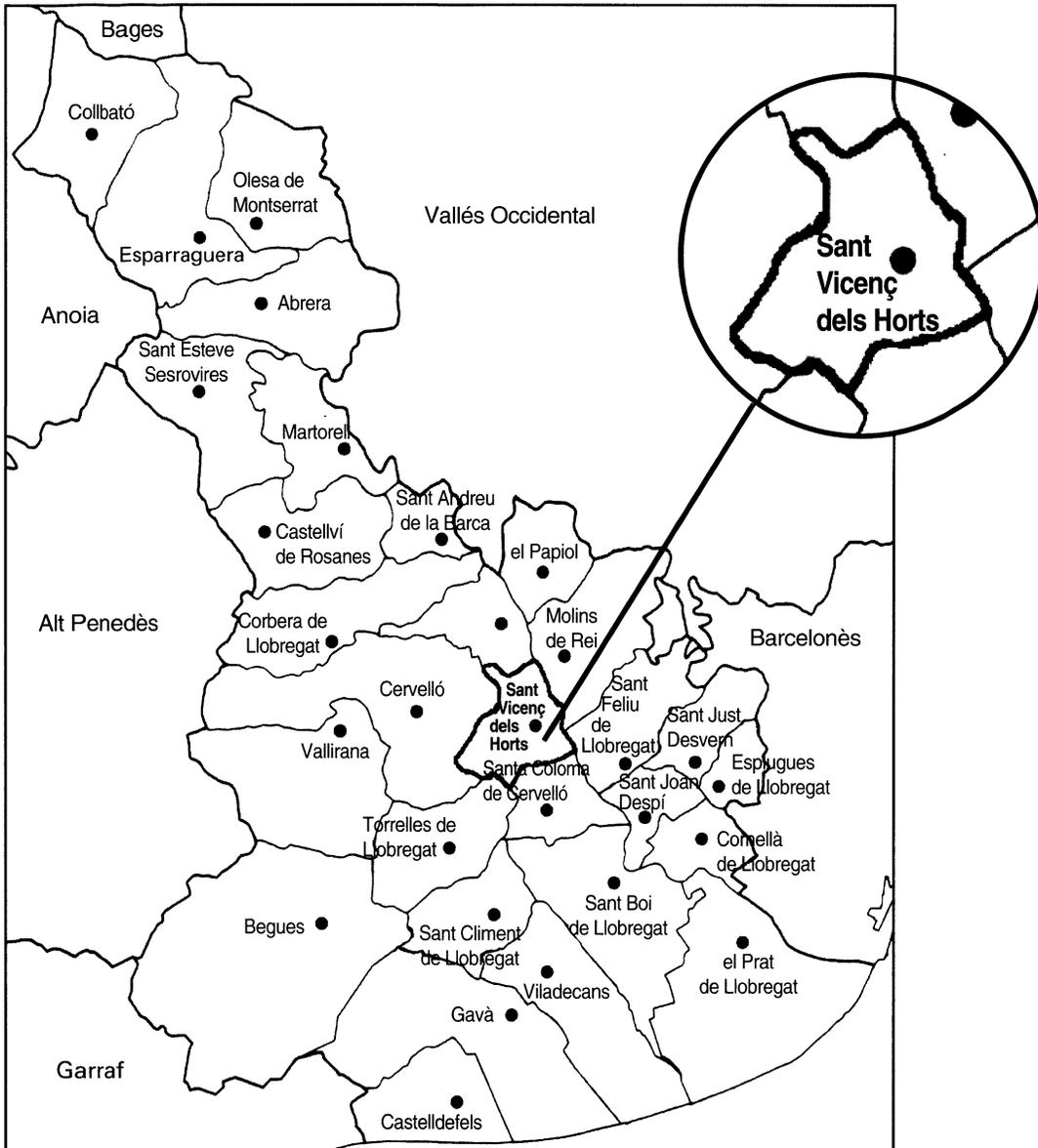
La casa solariega, adquirida y pagada por los salesianos de la forma que se ha expuesto, era conocida como *Can Font* —antes como *Cal Cutita*⁴²— y constaba de un edificio de tres plantas (bajos, primer piso y desván) con un saliente en su lado derecho: en la parte inferior, los establos; en la superior, una galería, y otro a su lado izquierdo, con un pequeño pórtico —el «portiquito», que dirán después los salesianos—. Delante de la fachada tenía un patio, rodeado de un muro y de un huerto, donde había dos pozos de agua y un lavadero. La superficie total de la propiedad era aproximadamente de una hectárea⁴³. El terreno, que ofrecía algunos desniveles, limitaba al poniente con la finca de don Federico de Llinás, que, con el tiempo, sería adquirida también por los salesianos (pág. 107). La casa Font estaba situada un tanto a las afueras del pueblo, en el n. 2 de la calle denominada entonces Arrabal de San Francisco. Tales son los datos esenciales que se desprenden de la escritura de compraventa⁴⁴.

Si el provincial de los salesianos optó por la adquisición de esta finca para establecer en ella el noviciado fue por el precio módico que se le exigía, por la posibilidad de edificación que la misma ofrecía y por el lugar que ocupaba: un poco al extremo de un pueblecito agrícola, sosegado y patriarcal, a 15 kilómetros de Barcelona...

UN PUEBLO PINTORESCO

Sant Vicenç (Baix Llobregat, partido judicial de Sant Feliu de Llobregat) era, además, un pueblo «pintoresco». Con este adjetivo u otro similar solían calificar los salesianos al municipio que les acogía hace ahora cien años. Lo consideraban muy apto para establecer allí una casa de noviciado, y, por tanto, creyeron que la elección había sido acertada. «El lugar escogido —escribía, años después, Miguel Lasaga— lejos del tumulto de las grandes ciudades, campestre y sano, rodeado de huertas cuajadas de frutales y vides, era el sitio más a propósito para instalar en él una casa de noviciado»⁴⁵.

El pueblo de Sant Vicenç dels Horts —el de de los antiguos «huertos condales»— y su término municipal estaban situados en la zona intermedia de la comarca denominada *Baix Lobregat*, que comprende la cuenca de este río en su tramo inferior, desde el pueblo de Martorell hacia la planicie del delta. La vega del Llobregat —el «ameno valle que el Llobregat baña», como lo describían los jóvenes salesianos⁴⁶— se abre luminosamente entre dos formaciones montañosas de la *Serranía de Marina*: la de la iz-



La comarca del Baix Llobregat: términos municipales (Atlas comarcal de Cataluña).

quierda del río se llama *Sierra de Collserola*, y tiene como cumbres más notables las del *Tibidabo* (512 m.), *Puigmadrona* (336 m.) y *Sania Creu d'Olorda* (435 m.); la de la derecha, está formada por algunas derivaciones de la parte septentrional del austero e inhóspito macizo de *Garraf*, cuya cumbre más importante es la de *Montaut* (664 m.).

El término municipal de Sant Vicenç, apoyándose precisamente en estas colinas de la parte derecha, se inclina lentamente hacia el valle, entre los

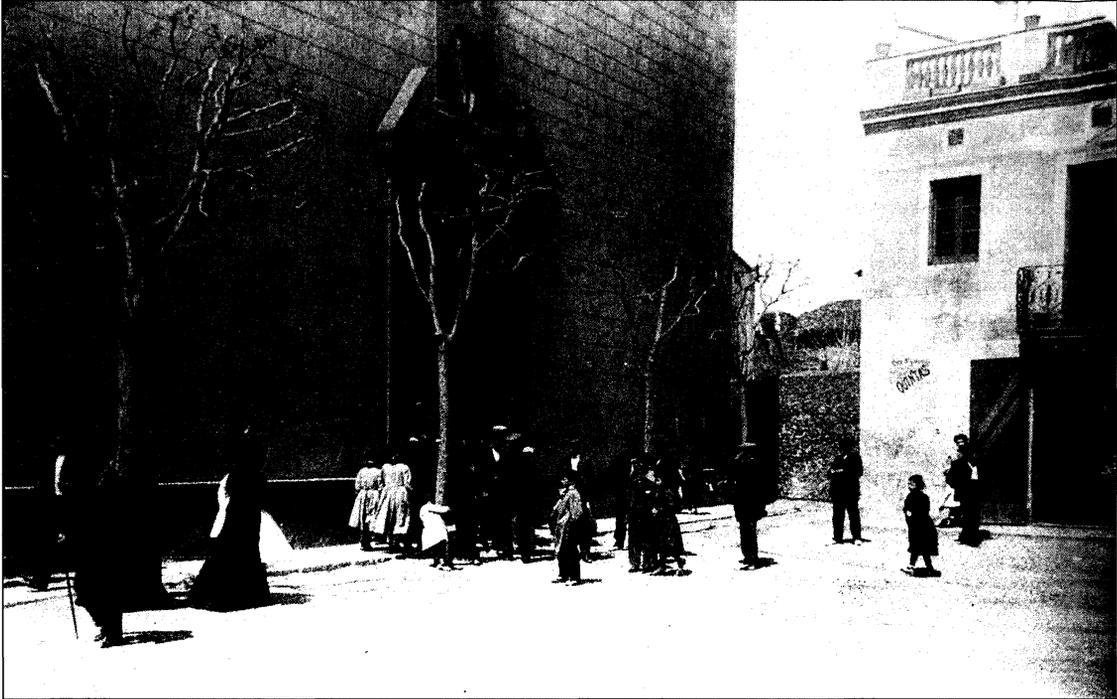
torrentes de Torrelles y de Cervelló, que corren también hacia el Llobregat. Por tanto, participa de la llanura —«los huertos»— y de la terraza montañosa. Sobre ésta se levantan algunas crestas —«las encantadoras montañas que nos rodean», como escribían los novicios⁴⁷—: hacia el poniente, el *Puig Castellar* (186 m.), el *Puig Perdiguier* y el *Turó de les Cañáis* (252 m.); hacia el sur, el *Puig de Rocabruna* (301 m.) y *Montpedrós* o *Muntanya de Sant Antoni* (304 m.). Por ser este relieve «el más alto y el más poético», los salesianos lo bautizaron enseguida con el nombre más hermoso que tenían a mano: «Monte de María Auxiliadora»⁴⁸. Como éste, también los demás que se acaban de citar se convirtieron en meta de sus paseos y excursiones.

En la zona alta se daban los cultivos típicos del secano: olivares, viñas, campos de trigo y cebada, algarrobales. Los almendros, los cerezos y los melocotoneros alegraban también este paisaje. El viñedo, desde la llegada de la filoxera entre 1885 y 1890, había tenido que retroceder por fuerza. Entre los cultivos de regadío —enriquecido éste por el Canal de la Derecha—, sobresalían las legumbres (como las habas y las patatas), algunas hortalizas y la alfalfa. Los árboles frutales —ciruelos, manzanos, perales— constituían el sector más apreciado. Tales eran los bienes que

Sant Vicenç dels Horts: vista parcial hacia 1910 (Foto A.T.V.). (Archivo Miquel Siñol).



Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts, 1910. © E. Albadá, 1992



Iglesia parroquial: la gente sale de la «misa mayor». 1909 (Archivo Agustí Caralt).

la tierra vicentina ofrecía a aquellos salesianos estudiantes del siglo pasado que, dada su juventud y su actividad, gastaban buen apetito. Les brindaba también un clima agradable y sano.

El pueblo y su zona administrativa cubrían una extensión de algo más de nueve kilómetros cuadrados y tenían por límites: al norte, el término municipal de Pallejá; al este, el río Llobregat; al oeste, los de Torrelles y de Cervelló, y al sur, el de Santa Coloma de Cervelló. El pueblecito de Torrelles, con su carretera a la vera de un riachuelo encantador, atraía las apetencias de los salesianos a la hora del paseo. Pero también los otros que se han citado, a los que hay que añadir, por ejemplo, Sant Andreu de la Barca, La Palma de Cervelló, Vallirana. Para resolver asuntos de importancia o de carácter administrativo se tenía que ir a Molins de Rei o a Sant Feliu de Llobregat. Como ambas localidades se hallaban situadas a la otra parte del río (margen izquierdo), había que llegarse al cruce de *Cuatro Caminos* y desde allí atravesar el famoso «puente de Molins», construido entre 1763 y 1768 durante el reinado de Carlos III. En aquellos tiempos los medios de transporte habituales eran la bicicleta —que entonces comenzaba a divulgarse—, el carro y la tartana⁴⁹.

Hacia finales del siglo, Sant Vicenç contaba unos 1.800 habitantes, la inmensa mayoría de los cuales, por lo que se ha dicho, se dedicaban a la agricultura y a las pequeñas industrias derivadas, como la fabricación de vinos y aceites. Esto daba al vecindario un aire de paz, de trabajo y de honestidad. Desde el punto de vista político, los vicentinos se habían inclinado siempre en favor de la causa carlista⁵⁰. Religiosamente, eran católicos y vivían su fe dentro de los esquemas tradicionales. «A este pueblo lo llamaban la ‘Navarra pequeña’» —nos recuerda Joan Costa i Ubach—. Y añade: «A finales del siglo pasado todos los habitantes, prácticamente sin excepción, cumplían con el precepto pascual»⁵¹. Tenían dos fiestas mayores: la de invierno, el 22 de enero, en honor de San Vicente Mártir, «Sant Vicenç de la Roda», patrono principal de la parroquia y del pueblo, y la del verano, el 30 de julio, en memoria de los santos Abdón y Señen —populares patronos de la horticultura—, día en que asimismo se veneraban las reliquias de los santos mártires Venusto y Exuperancio, copatronos también, con los dos anteriores, de la villa. En 1880, bajo la iniciativa del rector Josep Masmitjà i Mostarós, habían fundado un *Centro Católico* bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús⁵², y dos años más tarde, a iniciativa del mismo párroco, habían dado acogida a una comunidad de *Hermanas de la Doctrina Cristiana*, que, con el tiempo, pondrían en marcha el actual colegio de La Inmaculada⁵³. Sin duda alguna, el padre Rinaldi tuvo muy en cuenta estos elementos a la hora de escoger el sitio que deseaba para la formación de sus jóvenes salesianos, los cuales tuvieron siempre la impresión de hallarse no sólo en un pueblo «pintoresco», sino en una población «católica»⁵⁴.

NOTAS

¹ Era natural de Lu, un pueblecito del Piamonte, al norte de Italia. Vino a este mundo el 28-V-1856, en el seno de una familia de campesinos, numerosa y muy cristiana. Siendo niño de cinco o seis años, conoció a San Juan Bosco. Se educó con los salesianos y acabó siendo uno de ellos en 1880 (nota 22).

A los dos años, Don Bosco le preparó a marchas forzadas para que recibiera el sacerdocio (1882). Al año siguiente fue nombrado ya director de un pequeño seminario de vocaciones adultas. Durante aquel tiempo (1883-1887), pudo tratar personalmente al santo fundador, que le distinguió con su confianza y amistad.

Como la casa salesiana de Barcelona-Sarriá no andaba demasiado bien, le enviaron allí. Era el comienzo del curso 1889-1890. El nuevo superior se hizo querer por todos y dio una gran vitalidad a la casa. A los tres años (1892), le

hicieron superior de los establecimientos salesianos que había en España. Ocupando este cargo (1892-1901), abrió unas veinte fundaciones nuevas. Una de éstas, la de Sant Vicenç dels Horts (Baix Llobregat 1895).

Puesto que había demostrado ser un hombre muy de Dios pero también un buen administrador en los asuntos temporales, en 1901 le llamaron a Turín, para que ocupara el puesto de Ecónomo y Vicario General de toda la Congregación. En este cargo estuvo por espacio de unos veinte años. Fue tal el prestigio que se ganó entonces que, en 1922, fue elegido Rector Mayor. Bajo su gobierno (1922-1931), la Familia Salesiana experimentó un gran desarrollo. Murió como un santo el 5-XII-1931 y fue beatificado por el papa Juan Pablo II en 1990. Cf E.CERIA, *Vita del servo di Dio Sac. Filippo Rinaldi, terzo successore di San Giovanni Bosco*. S El, Turín [1948]. En esta obra se inspira R.FIERRO TORRES, *El siervo de Dios don Felipe Rinaldi, tercer sucesor de San Juan Bosco*. SEI, Madrid 1960.

² Carta desde Barcelona-Sarriá 15-VII-1895. En el Archivo Salesiano Central. Roma (= ASC), A 379 *Rinaldi*. Los subrayados son nuestros. Cuando el padre Rinaldi escribe a sus superiores y amigos de Turín lo hace habitualmente en italiano, que en la práctica era su lengua nativa. El piemontés sólo lo emplea en algunas frases sueltas. La traducción de los textos italianos al castellano la hacemos nosotros mismos.

³ Durante muchos años, tanto dentro como fuera del ámbito salesiano, tanto al hablar como al escribir, se solía emplear el nombre *San Vicente dels Horts*, mezclando el catalán con el castellano. En los documentos más antiguos de la Congregación aparece vertido al italiano: *San Vincenzo degli Orti*.

⁴ Nacido en Niza del Monferrato (Piamonte) en 1842. Entró en la Congregación Salesiana a los 27 años y fue ordenado sacerdote cuatro años más tarde (Genova, 1873).

Don Bosco le envió a España como director de la primera casa (Utrera, provincia de Sevilla). De aquí pasó a la de Sarriá, que abrió en 1884 con la ayuda de la fundadora, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra. Al poco tiempo, recibió a Don Bosco en su visita a Barcelona en abril-mayo de 1886 y tres años más tarde (1889), fue relevado en el cargo y sustituido por don Felipe Rinaldi (nota 1).

⁵ Era también piemontés, nacido el 7-VI-1847 en un lugar cercano a Turín, que a la sazón era la capital del reino de Saboya.

A los 13 años entró en el colegio que San Juan Bosco dirigía en el barrio de Valdocco de la citada capital (1861). Profesó como salesiano en 1865 y cinco años más tarde recibió la ordenación sacerdotal. Al poco tiempo obtuvo el grado de doctor en la facultad de teología de la Universidad de Turín. En 1874 fue escogido por Don Bosco para que se hiciera prácticamente cargo de la sección de los novicios. Desde entonces don Julio sería uno de los colaboradores más directos del santo fundador.

Cuando, al comienzo del curso 1879-1890, la citada sección del noviciado — juntamente con la de los jóvenes salesianos estudiantes de filosofía— fue

trasladada de Turín-Valdocco al pueblecito de San Benigno Canavese, el padre Barberis desempeñó los cargos de director de la nueva casa y maestro de novicios. Fue allí y en ese curso escolar cuando tuvo entre sus alumnos al novicio Felipe Rinaldi. Desde entonces, según demuestra la correspondencia epistolar que estamos aduciendo, maestro y discípulo se unieron en una amistad sincera y fraterna.

Después de un tiempo transcurrido en Turín-Valsalice como director del estudiantado filosófico (1887-1891) y ya con fama de pedagogo y especialista en temas de teología espiritual, don Julio entró a formar parte del Consejo General de la Congregación en 1892. Esto constituyó un motivo de alegría para el director de la casa de Sarria, el cual comenzó a ver en el padre Barberis no sólo un amigo, sino un superior al que debía consultar y obedecer en tantas cuestiones referentes al gobierno de aquella España salesiana todavía naciente y, sobre todo, en cuestiones relativas a la formación del personal. De aquí la intensa red epistolar que se estableció entre Turín y Sarria.

En fin, después de ejercer de superior provincial durante un largo período (1902-1911), en este último año, don Julio fue elegido director espiritual de la Sociedad salesiana. Murió ocupando este cargo (Turín 1927). Cf A. BARBERIS, *Don Giulio Barberis, direttore spirituale del la Società di San Francesco di Sales*. Scuola Tipográfica Don Bosco, San Benigno Canavese 1932.

- ⁶ Carta desde Barcelona-Sarriá 9-III-1891, en ASC, A 375 Rinaldi
- ⁷ Carta desde Santander a Barberis: *Ibid.* Es de finales de julio o principios de agosto de 1891.
- ⁸ Carta a Rua desde Barcelona-Sarriá 8-I-1893: ASC, A 835 Rinaldi.
- ⁹ Carta a Barberis desde Barcelona-Sarriá 16-I-1890: ASC, A 375 Rinaldi.
- ¹⁰ Carta al mismo desde Barcelona-Sarriá 9-III-1891: *Ibid.*
- ¹¹ Rinaldi tenía puesta su confianza en el sacerdote gallego Manuel Benito Hermida que, una vez profesado en la Sociedad Salesiana (1888), vivía y trabajaba en las escuelas de Sarria. Ver, por ejemplo, la carta de Rinaldi a Miguel Rua desde Barcelona-Sarriá 5-XII-1890: ASC, A 379 Rinaldi.
- ¹² Carta a Barberis desde Barcelona-Sarriá 19-VIII-1891: ASC, A 375 Rinaldi.
- ¹³ Ver carta a monseñor Juan Cagliero, Barcelona-Sarriá 22-VI-1890: ASC, A 376 Rinaldi.
- ¹⁴ Carta a Barberis desde Barcelona-Sarriá, de finales de julio o comienzos de agosto 1891: ASC, A 375 Rinaldi.
- ¹⁵ Carta al mismo desde Barcelona-Sarriá 9-III-1891: *Ibid.*
- ¹⁶ Cf nota n. 5.
- ¹⁷ Carta desde Barcelona-Sarriá 9-III-1891: ASC, A 375 Rinaldi.
- ¹⁸ *Ibid*

- ¹⁹ Cf R. ALBERDI, *Don Felipe Rinaldi en Barcelona-Sarrià (1889-1892). Semblanza*. Edebé, Barcelona 1990, 69-79.
- ²⁰ Ver la carta de Rinaldi a Barberis desde Barcelona-Sarrià 3-VIII-1892: ASC, A 375 *Rinaldi*. Ver también otra suya a Rua desde Utrera 24-II-1893: ASC, A 379 *Rinaldi*.
- ²¹ Cf nota n. 29.
- ²² Ver nota n. 5. Una vez concluidos los meses de noviciado y emitida la profesión religiosa en 1880, don Felipe continuó en la misma casa de San Benigno, que además daba cobijo a un estudiantado de filosofía y a una escuela profesional de creciente importancia. Aquí se entregó durante tres años (1880-1883) al estudio de la teología, ayudando al mismo tiempo al padre Barberis en la buena marcha de la institución (Lo cual explica que, en la correspondencia epistolar de Rinaldi, aparezca éste con frecuencia como «director»). Don Felipe recibió el presbiterado en diciembre de 1882. Cf E. CERIA, *Vita del servo di Dio...*, 30-47.
- ²³ Carta a Barberis desde Barcelona-Sarrià 14-XI-1890: ASC, A 375 *Rinaldi*.
- ²⁴ Ver el folleto COLEGIO SALESIANO DE SAN ANTONIO DE PADUA, *Memoria del curso 1929-1930, vigésimo quinto de la fundación del colegio*.
- ²⁵ Carta desde Barcelona-Sarrià 11-IV-1892: ASC, A 375 *Rinaldi*.
- ²⁶ Cf R. ALBERDI, *Girona. Cent anys de presència salesiana 1892-1992*. Casa salesiana de Girona 1992, 7-18.
- ²⁷ Carta a Rua desde Barcelona-Sarrià 23-VII-1892: ASC, A 379 *Rinaldi*.
- ²⁸ Ver la sesión correspondiente al 18-V-1891, en *Verballi delle riunioni capitolari [=Verball]*, I, fol. 135: ASC, D 869.
- ²⁹ Foglizzo era un pueblo agrícola de cierta importancia, distante seis kilómetros de San Benigno Canavese y donde Don Bosco había adquirido un antiguo palacio con su finca correspondiente. Al dividirse el noviciado que funcionaba en San Benigno, los novicios clérigos fueron, como decimos, a Foglizzo (1886), y quedaron allí los novicios coadjutores y los profesos que, habiendo emitido los votos temporales al terminar el noviciado, cursaban los estudios de filosofía. Un año más tarde —inicio del curso 1887-1888—, éstos encontraron un sitio propio en el colegio salesiano de Turín-Valsalice. Así, pues, antes de que desapareciera el fundador (enero de 1888), se habían organizado ya formalmente dos noviciados y un seminario filosófico. Cf *Memorie Biografiche di San Giovanni Bosco* 18, 246-252; 434-436. A. BARBERIS, *Don Giulio Barberis, direttore spirituale della Società di San Francesco di Sales*. Scuola Tipográfica Don Bosco, San Benigno Canavese 1932, 142-147, 148-150.
- ³⁰ Carta a Barberis desde Barcelona-Sarrià 3-VIII-1892: ASC, A 375 *Rinaldi*.
- ³¹ Carta a Barberis desde Barcelona-Sarrià 18-XII-1893: *Ibid.*
- ³² Carta a Barberis desde Barcelona-Sarrià 16-III-1895: *Ibid.*
- ³³ Carta al mismo desde Barcelona-Sarrià 2-III-1895: *Ibid.*

- ³⁴ *Vita del servo di Dio Sac. Filippo Rinaldi*, 110.
- ³⁵ Ver la carta mortuoria, firmada por Felipe Alcántara y fechada el 11-XII-1944.
- ³⁶ Tuvo una gran aceptación su libro *Cuestionario médico-teológico-filosófico o sea exposición de las doctrinas que informan la medicina en sus relaciones con la moral y la religión*. Tipografía de Ramón Casáis, Barcelona 1901. Era una traducción del italiano, refundida y aumentada. Nieto del Dr. Massana es el actual presidente regional de los Antiguos Alumnos Salesianos de la Inspectoría de Barcelona, el farmacéutico Francesc de Paula Massana i Pagés.
- ³⁷ Cf B.BUSTILLO, *A la sombra del gran árbol. Memorias de nuestros hombres*. Edebé, Barcelona 1984, 578.
- ³⁸ Carta desde Barcelona-Sarriá 15-VII-1895: *ASC, A 379 Rinaldi*.
- ³⁹ Ver carta de Rinaldi a Rua desde Barcelona-Sarriá 18-X-1895: *Ibid*.
- ⁴⁰ Cf *Boletín Salesiano (=BS)*, marzo 1896, 65; mayo 1896, 109-110; junio 1896, 133; enero 1897, 3. E.CERIA, *Annali della Società Salesiana*, II (SEI, Torino [1943]) 665-666. R.FIERRO, *El siervo de Dios Don Felipe Rinaldi*. SEI, Madrid 1960, 124. Director-fundador de la nueva institución fue don Vicente Schiralli, un piemontés al que el P.Rinaldi había considerado como posible director-fundador del noviciado de Sant Viceng dels Horts.
- ⁴¹ Era vecina de esta ciudad. Como otras tantas mujeres de su tiempo, apenas pudo frecuentar la escuela; pero tenía hondamente asimilados los principios de la vida cristiana, que le impulsaban a hacer el bien entre los pobres y huérfanos de Béjar y pueblos cercanos. En un comienzo, dio en propiedad a los salesianos dos casas: una, situada en la calle Rodríguez Vidal nº 9, y otra, en la calle del Duque nº 11. Murió en 1937. Los salesianos se vieron en la necesidad de tener que abandonar su presencia en esta localidad en septiembre de 1994.
- ⁴² El historiador vicentino Enric Aymerich recuerda que Onofre María Cutita era un fraile que, entre 1780 y 1816, se dedicaba a recoger los *diezmos y primicias* en el arciprestazgo de Sant Feliu de Llobregat, y que, al objeto de guardar los frutos de sus colectas, construyó la parte más vieja de can Font (Ver la revista *Mes*, agosto 1949,2).
- ⁴³ Es lo que se deduce de la extensión de terreno que de hecho tuvieron los salesianos en propiedad, si bien la escritura de la compraventa sólo señala la cuarta parte de una hectárea (2.500 metros cuadrados).
- ⁴⁴ Cf *Escritura de la venta otorgada por don Salvador Rovira y doña Rosalía Rovira a favor de don Ernesto Oberti y otros, autorizada por el Dr. Joaquín Dalmau y Fiter*. Barcelona 13 de julio 1895. Fecha de inscripción en el Registro de Propiedad de Sant Feliu de Llobregat: 27-III-1896. Tomo 325, libro 17 (del Ayuntamiento de Sant Viceng dels Horts), folios 202-203, finca 32. Entre los compañeros de Ernesto Oberti Porta, figuran: Felipe María Rinaldi Brezzi, Antonio Aime Ghibaudi y Matías Cardell Tomás.

- ⁴⁵ D. Ramón Zabalo. *Maestro, comerciante, religioso y sacerdote. Aportaciones para una historia de la Pía Sociedad Salesiana en España*. SEI, Madrid 1946, 67. Ciertamente, el poblado de entonces estaba lejos de tener los problemas de contaminación que hoy le afectan. Cf *La Vanguardia*, jueves 13-VII-1995, 34.
- ⁴⁶ Cf *BS*, mayo 1899, 124.
- ⁴⁷ *Ibid.*
- ⁴⁸ *Relazione sopra il culto di Maria SS. Ausiliatrice*. Manuscrito fechado por el padre provincial José Binelli el 24-I-1918: ASC, F 017. «Monte de Domingo Savio» —un santo canonizado mucho más tarde, en 1954— llamaban al *Puig Gallina*, donde se asienta la *ermita de Nuestra Señora del Remei*, en el límite entre los términos municipales de Sant Viceng y Cervelló. Cf *BS*, enero 1897, 17.
- ⁴⁹ Para la comarca del *Baix Llobregat* y el término municipal de Sant Viceng, cf *Gran geografía comarcal de Catalunya*. Vol. 8, *Barcelonés. Baix Llobregat*. Fundació Enciclopedia Catalana, Barcelona 1982, 340-509. *Geografía de Catalunya*. Vol. III, *Geografía comarcal-2*. Ed. Aedos, Barcelona [1974] 449-496. *Geografía general de Catalunya*. Vol. V, *Barcelona*. Edicions catalanes, Barcelona 1980 (reproducció facsímil), 390-391. *Gran enciclopedia catalana*, vol. 13, 319-320.
- ⁵⁰ Cf AA.VV., *Guerrilles al Baix Llobregat*. Centre d'Estudis Comarcáis del Baix Llobregat. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1986.
- ⁵¹ Testimonio, Sant Viceng dels Horts 18-XI-1995.
- ⁵² Cf *Historia del I Centenari del Centre Católic de Sant Vicenç dels Horts, 1880-1980*, 23-24. A. CARALT, *Escaquer vicentí. Personatges populars* [Sant Viceng dels Horts] 1995, 15-16.
- ⁵³ Esta congregación religiosa había sido fundada en 1880 en Molins de Rei por la viuda Micaela Grau (n. en Sant Martí de Provençáis 1837- m. en Carlet (Valencia) 1885). En sus orígenes la apoyaron los prelados barceloneses Urquinaona Bidot (1878-1883) y Cátala Albosa (1883-1899). La casa de Sant Viceng es la segunda que tuvieron las religiosas.
- ⁵⁴ *BS*, febrero 1903, 53.

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R Alberdi 1994

2. EL «NOVICIADO ESPAÑOL»

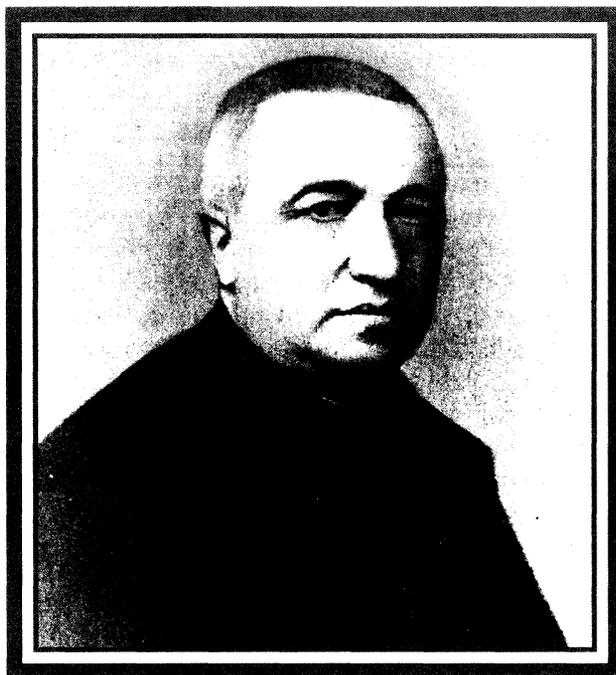
Como se ha visto en el capítulo anterior, los salesianos adquirieron la finca Font para colocar en ella una de las piezas que mayor falta les hacía: un noviciado, al que, como complemento, se añadía un seminario mayor con la sección de los estudios de filosofía. Ambas instituciones ya funcionaban en la casa de Sarrià. Pero era urgente procurarles un sitio más adecuado. Sólo con esta condición se prepararían convenientemente las nuevas generaciones llamadas a desarrollar en España el carisma de San Juan Bosco. Total, se trataba de poner en marcha un centro de formación para el uso interno de la misma Congregación Salesiana. Así revestida, apareció ésta en Sant Vicenç dels Horts hace ahora un siglo. La experiencia fue corta —sólo de siete años—, pero suficiente para que la semilla del salesianismo quedara asegurada para el futuro.

LA INAUGURACIÓN

En el verano de 1895, can Font era todavía un lugar prácticamente abandonado, donde, desde tiempo atrás, no vivía nadie. Había que limpiarla, sanearla y, sobre todo, habilitarla para acoger en la misma no a una familia, sino a un colectivo de más de sesenta personas. La empresa entrañaba su dificultad y exigía un esfuerzo notable.

El hombre llamado a realizarla fue don Ramón Zabalo Alcain, un guipuzcoano que, desde hacía dos años (1893), se encontraba en los salesianos de Sarrià, porque él también aspiraba a ser uno de ellos. Por eso, aunque era maestro titulado, tenía que recibir lecciones de latín y de filo-

sofía. Pero como no le asustaba el trabajo, además de atender a sus estudios, enseñaba las primeras letras a los aprendices y ayudaba en la administración, porque en asuntos de contabilidad y correspondencia comercial no le ganaba nadie. Fue a este hombre a quien se le confió la tarea de poner a punto el arreglo del caserío Font. De entrada, se llevó un disgusto, pues ya se había acostumbrado a su nuevo género de vida. Pero, en fin, dejó que le llevara el corazón, que tenía de oro. Obediente, aceptó lo que se le pedía. Dejó Sarria y se fue a Sant Viceng.



Don Ramón Zabalo Alcain (Urnieta 1849 - Madrid 1932).

Tanto él como sus colaboradores tuvieron que emplearse a fondo en las tareas de limpieza y saneamiento. Lo pasaron francamente mal. Don Ramón dejó escrito en sus apuntes personales que aquellos primeros días de Sant Viceng fueron muy duros¹. Cuando la casa Font estuvo habitable, los demás pudieron trasladarse a ella. Eran unos veinticinco: solamente los que iban a comenzar el año del noviciado como clérigos. Los novicios-coadjutores (laicos) y los que, habiendo profesado ya, se disponían a iniciar los estudios de filosofía, se quedaron en Sarria. El padre provincial pensaba que, de esta forma, los que habían ido a Sant Viceng po-

drían estrenar la casa «con espíritu nuevo»². El traslado debió de verificarse a mediados de octubre³.

La inauguración oficial tuvo lugar el día siguiente a la fiesta de la Inmaculada, es decir, el 9 de diciembre, con la presencia del padre Rinaldi, los directores de las casas salesianas de Sarria y de Barcelona-Rocafort —don Manuel Benito Hermida y don Antonio Aime respectivamente—, varios señores Cooperadores de la capital catalana y, en fin, las familias de algunos novicios. Por supuesto, no faltaron las autoridades del municipio. Como allí todo era pobre, apenas se pudo hacer nada de especial. A pesar de ello, según la reseña del *Boletín Salesiano*, la fiesta resultó «animada y lucida»⁴. Sin duda, aquel hecho constituía un hito histórico en la España salesiana⁵ y un motivo de particular alegría para el Rector Mayor⁶, que se complacía en ponerlo en conocimiento de todos⁷.

LA VIVIENDA

Todo el conjunto llevaba el nombre oficial de *Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús-Obra de Don Bosco*, si bien durante los primeros años, como se dirá, no mantuvo ningún *oratorio festivo* o *esplai dominical* abierto a la población.

Desde 1896 hasta 1902, la casa estuvo siempre repleta de gente, ya que el número de los novicios y de los estudiantes de filosofía, sin contar el grupo de los profesores, se situaba entre 50 y 60. ¿Cómo podía dar cobijo a tantas personas la vieja masía Font? Allí, efectivamente, todo estaba al tope: la capilla, el teatro, el comedor, el dormitorio... Naturalmente, con las consiguientes limitaciones y molestias.

En un comienzo, el espacio se había distribuido más o menos de la forma siguiente: en la planta baja estaban la capilla y el comedor (ocupando el lugar de las antiguas bodegas) y, además, la cocina con sus dependencias anejas (despensa, fregadero); en el primer piso, las aulas y el salón de estudio, juntamente con algunas habitaciones individuales (del director, catequista, consejero escolástico), y en el piso de arriba (en el desván), los dormitorios. La sala de teatro se había instalado en la planta baja del edificio adosado a la masía (antiguas cuadras) y la enfermería, en el piso superior. El patio se extendía con suficiente amplitud delante de la fachada y en dirección noreste, ocupando parte de lo que había sido huerta.

Al inicio del segundo año (1896-1897), se hacía evidente e insoportable a la vez la falta de espacio, y el provincial parecía estar decidido a resolver-



Arriba: la casa Font y un grupo de salesianos. Hacia 1900 (Archivo Salesianos de Sant Vicenç). Abajo: la Riereta de cal Grill, hoy carrer Ramón Poch. Hacia 1920 (Foto Carcassona).

la: «Rece usted por estas plantas, todavía tan tiernas, y por la futura construcción», le escribía a don Julio⁸. Y efectivamente no tardaron en iniciarse las obras de un nuevo pabellón. Los muros no sólo se levantaron del suelo sino que, incluso, alcanzaron la altura correspondiente al primer piso. Debíó de ser en torno al cambio del siglo. Pero después ya no subieron más, ya sea por falta de dinero, ya sea, sobre todo, por la desaparición de las instituciones a las que trataban de dar cobijo. Y así permanecieron por espacio de unos 40 años, como testigos de un impulso de vida que no pudo llegar a plenitud (pág. 148).

Mientras tanto la casa de Sant Vicenç se concibió y funcionó como una obra colectiva del salesianismo de la Península Ibérica. Desde un comienzo, don Felipe Rinaldi fijó el sistema imprescindible de financiación: aquellas casas de economía más saneada —¿es que había alguna?— aportarían un tanto al mes. Las contribuciones quedaron establecidas de esta forma: las casas de Barcelona-Sarriá y de Utrera darían 200 pesetas; las de Barcelona—Rocafort, Braga (Portugal), Santander y Sevilla, 100; las de Gerona, Málaga, Rialp (Pallars Sobirá) y Vigo, 50. Total: 1000 pesetas mensuales. Si el provincial había actuado así era porque, según manifestaba, estaba convencido de la «importancia de esta casa para conseguir los salesianos que hacían falta, tanto para mantener las casas ya existentes como para incrementar nuestra Obra en España y aun fuera de ella. Creo —añadía— que todos debemos aunar nuestros esfuerzos, aunque sea sacrificando algo de lo propio, para sostener aquélla con decoro y como conviene a su índole especial»⁹. Pero a pesar del esfuerzo titánico que realizaba don Felipe en favor de aquella obra, a pesar de la buena voluntad de unos y de otros¹⁰, no hubo manera de reunir los recursos suficientes. La comunidad de Sant Vicenç —la única casa de formación que tenían los salesianos en España— padeció siempre verdadera necesidad.



El sello que usaban los salesianos de Sant Vicenç a finales del XIX.

LA VIDA DEL SEMINARIO

Según se ha insinuado ya, lo que se había implantado en la casa Font era un seminario, donde los jóvenes hacían un año de noviciado y, al terminarlo, dos más de estudios filosóficos. Y todo, en vistas a recibir, en su día, la ordenación sacerdotal. Cuando concluían el noviciado, emitían los votos religiosos *temporales* y, de esta manera, entraban a formar parte de la Congregación Salesiana como *profesos*; y, una vez cursado el bienio filosófico, eran destinados a los diversos lugares para ejercitar su vida de apostolado. Pero, por un motivo u otro, no todos cumplían los ritmos indicados. Algunos —los de más edad— al terminar el noviciado ya hacían los votos *perpetuos*, y otros, en cambio, emitían los temporales al finalizar el primer año de filosofía. El segundo curso era menos frecuentado, ya que apenas se podía evitar el que varios alumnos fueran requeridos para acudir al campo del trabajo.

A pesar de todas las excepciones que se daban en la práctica, la casa de Sant Vicenç, considerada en sí misma, era un centro de formación integrado por dos instituciones distintas, aunque muy relacionadas entre sí: el noviciado y el seminario dedicado a los estudios filosóficos. La segunda miraba a asegurar y completar la formación que se había recibido en la primera.

Los protagonistas

La población del seminario de Sant Vicenç era, en su conjunto, una población joven. Se trataba de hombres jóvenes, sobre los veinte años. Aunque no faltaban los que superaban esta edad; es decir, estaban las vocaciones adultas que, entonces, abundaban más que en los tiempos cercanos a nosotros. Formaban el gupo denominado «Hijos de María». Algunos eran antiguos seminaristas que, en un momento de su vida, habían conocido a los salesianos y deseaban alistarse entre ellos. Incluso se daba el caso de sacerdotes que optaban por este nuevo camino¹¹.

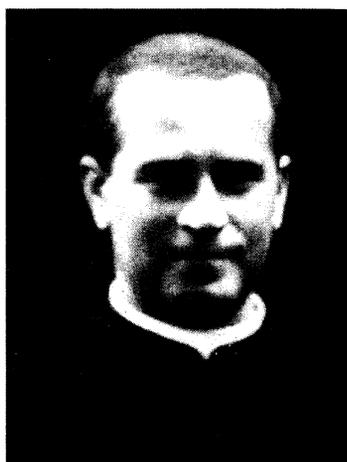
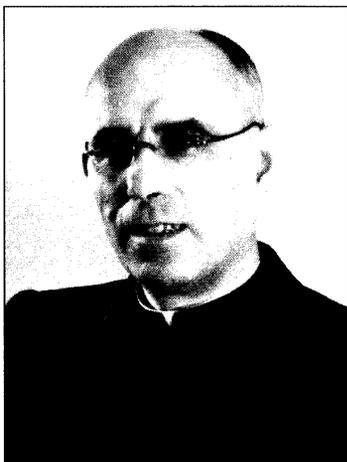
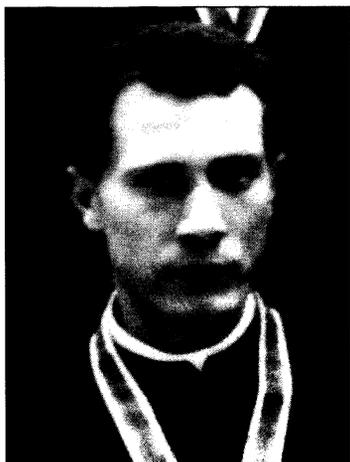
Pero, como decimos, la mayoría era gente joven, y gente procedente de toda la geografía española. Así, por ejemplo, junto a los catalanes —como Felipe Alcántara Puig, José Bonet Nadal, Pedro Iglesias Bosch, José Martí Basté, Julián Massana Rovira, Agustín Nofre Mora, Agustín Pallares Castañer, Antonio Querol Hugquets, Buenaventura Roca Serra, Juan Toldrá



Profesores y estudiantes en el curso 1901-1902 (Archivo Inspección Salesiana de Barcelona).

Micola—, se encontraban los andaluces¹², aragoneses¹³, castellanos¹⁴, gallegos¹⁵, levantinos¹⁶, navarros¹⁷, isleños¹⁸, vascos¹⁹. Entre los extranjeros, cabe recordar al italiano Ernesto Miglietti Mazucco. Como se ve y se ha apuntado ya más arriba, era un noviciado-seminario interregional, o, tal como se expresan los documentos, «español»²⁰. Éste había sido el proyecto del padre Felipe al fundarlo. Todos los aquí nombrados nacieron a la vida salesiana en can Font y, a la vuelta de unos años, un buen número de ellos llegó a adquirir una verdadera relevancia en la historia de la Congregación en España, porque fueron auténticos protagonistas de la misma²¹. Aquí radica precisamente el interés de esta casa de formación.

Los dirigentes de la comunidad fueron en su mayoría italianos. Anastasio Crescenzi, José María Manfredini y Honorato Zoccola ejercían de profesores. Esteban Capra, sucesor de don Ramón Zabalo, de administrador. Pero el «hombre» de la institución —como escribía el propio superior provincial en 1899²²— era don Antonio Balzario. Fungió a un mismo tiempo de director o superior de toda la comunidad y de *maestro* o *guía espiritual* de los novicios. Por ello, conviene esbozar aquí su biografía.



Tres antiguos novicios (de izquierda a derecha): Juan Toldrá Micola (1880-1962), Felipe Alcántara Puig (1888-1960) y Ernesto Miglietti Mazucco (1877-1952).

Era un piamontés, nacido en Turín en 1865. De niño, frecuentó las escuelas que, bajo la alta dirección de Don Bosco y en la misma capital, regentaban los salesianos de la Casa Madre. Profesó en la Congregación en 1884, emitiendo los votos perpetuos en manos del propio santo fundador. Tenía 29 años. Pronto fue a parar como docente al colegio San Juan Evangelista, donde había un grupo de jóvenes, ya mayorcitos, que se preparaban a la vida salesiana. El superior encargado era don Felipe Rinaldi. Debió de ser entonces cuando éste descubrió las buenas cualidades que poseía aquel joven salesiano para trabajar en el cultivo de las vocaciones eclesíásticas. Y quedó tan satisfecho de su colaboración que, una vez que vino a Sarria, quiso tenerlo a su lado. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que sus ruegos e insinuaciones caían en saco roto. Algo o alguien se oponían. Y es que, desde el tiempo en que se preparaba a recibir el sacerdocio (1889), Balzario se sentía enfermo: el corazón y los pulmones no le respondían. Por tanto, era fuerza dar tiempo al tiempo y esperar a que la salud quedara restablecida.

Sin embargo, el director de los *Talleres* de Sarria consiguió interesar en el asunto al Rector Mayor, cuando éste visitó Barcelona en 1890²³. De retorno, Don Miguel Rua encontró a Balzario en la casa de Varazze, tratando de recuperar la salud con los aires benéficos de las costas de la Liguria. Y le dijo:

—Antonio, ¿sabes que tienes tu nuevo destino en la casa de Barcelona-Sarriá? Allí te espera don Felipe Rinaldi; ponte en seguida en marcha.



Antonio Balzario, fotografiado en 1900: primer superior y maestro de novicios en Sant Vicenç.

—Permita que le diga, padre, que si voy a Barcelona seré un hombre inútil, porque, según el diagnóstico del médico, tengo ya los pulmones tocados por la tuberculosis.

—¿Qué dices? —respondió el superior—. No hagas caso a estas cosas; vete tranquilo, porque no sólo no vas a estorbar, sino que te pondrás mejor y trabajarás durante muchos años en España.

«Oídas estas palabras —concluye un testigo²⁴—, preparó enseguida el viaje y llegó felizmente a Sarria».

Pero lo cierto es que, en marzo del año siguiente, 1891, todavía no había llegado a la casa del padre Rinaldi, que se sentía pesimista y hasta dolido: «Está visto —le escribía a su confidente de siempre, don Julio Barberis— que no nos quieren dar a Balzario. Paciencia»²⁵. Pero durante el verano la situación cambió, porque el director esperaba ya contar con él para organizar el nuevo curso 1891-1892; pensaba incluso confiarle el cargo de administrador y vicario...

Evidentemente era excesivo para un hombre que, aunque joven, estaba atrapado por la enfermedad. Así es que, durante los cursos académicos 1891-1895, el pobre hizo lo que pudo. De todas maneras es cierto que fue mejorando poco a poco. Incluso, sin abandonar las obligaciones de la administración, se atrevió a hacerse cargo del grupo de novicios que había en casa, de tal forma que, cuando sonó la hora de tener que organizar el noviciado de Sant Vicenç, el padre provincial pensó espontáneamente en

El infrascrito Prefecto de los Galleres Salesianos de Sarria
provincia de Barcelona:

Certifico: que el joven Santiago Montaller y Bevisador
ha permanecido por espacio de dos años en estos
Galleres Salesianos, ejerciendo el oficio de cajista, ha-
biendo adelantado bastante en el oficio y obtenido
notas bastante buenas en su conducta. J. para
que conste firmo el presente en Sarria a diez y
seis de Febrero de mil ochocientos noventa y dos



A. Balzario Mero

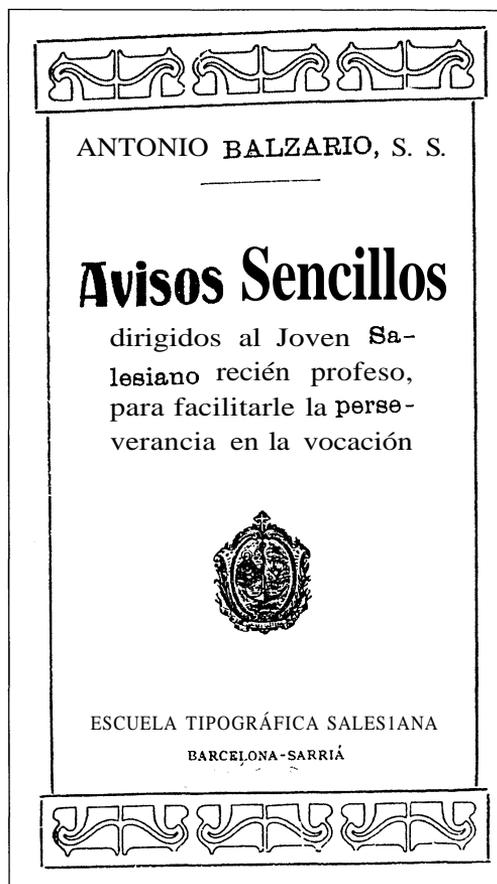
Un certificado firmado por A. Balzario en Sarria 1892 (Archivo Instituto Politécnico Salesiano de Sarria).

él. Y aunque, a última hora, anduvo con algunas vacilaciones —inclinándose también hacia sus compatriotas Vicente Schiralli o José Galbiati²⁷—, al final se decidió por don Antonio Balzario. Fue un acierto, porque, a pesar de las malas jugadas que le hacía pasar su precaria salud, se convirtió, tal como ha quedado indicado más arriba, en la columna imprescindible de la institución salesiana vicentina. De carácter bondadoso y firme a la vez, con buenas cualidades de animador y con gran capacidad de adaptación, se dedicó abnegadamente a su tarea de director y maestro, y fue aceptado por los superiores, novicios y estudiantes como un modelo de vida sacerdotal y salesiana²⁸.

Cuando el noviciado volvió a Sarria, Balzario continuó actuando de maestro (1902-1911). Fue en este período cuando le encontró aquel hipercrítico visitador llamado Pedro Cogliolo, el cual dio contra él un duro informe: Balzario infundía en sus discípulos una espiritualidad superficial, hinchada

de devociones externas, pero carente de un verdadero calado interior, de suerte que muchos de ellos ya habían fracasado o habían quedado en las filas salesianas como sujetos indeseables, holgazanes, mundanos y demasiado pagados de sí mismos²⁹. Pero, a pesar de esta valoración tan negativa³⁰, lo cierto es que, cuando el noviciado de Sarria se trasladó a Madrid-Carabanchel Alto para formar allí un noviciado conjunto, Antonio Balzario siguió ejerciendo de maestro en el nuevo emplazamiento durante los cursos 1911-1918. En 1922 le llegó la hora de partir a tierras de América Central, donde comenzó siendo también maestro de novicios y lo fue por espacio de diez años seguidos³¹. Falleció en la ciudad de Santa Ana (El Salvador) en 1940, a la edad de 76 años. Había sido maestro de novicios durante más de 30.

Pero el padre Balzario no se marchó del todo ni de España ni de Barcelona. Parte, al menos, de su doctrina espiritual quedó aquí, en ese librito titulado *Avisos sencillos*, que publicó en Sarria antes de terminar el año 1920³². Sus páginas han servido de alimento a varias generaciones de salesianos españoles. Hoy han perdido ya buena parte de su sustancia. Porque, dejando de lado la cuestión de la originalidad³³, los cuarenta avisos reflejan una concepción excesivamente pesimista del hombre, una visión fatalista de la salvación y, en fin, una pedagogía del miedo: enfoques que, aunque quedan suavizados en los dos apéndices que se incluyen en el libro³⁴, han estado muy difundidos en la literatura educativo-religiosa de otros tiempos. Pero a pesar de tales deficiencias, de las que el padre Balzario apenas podía librarse, aquí hay que subrayar que el librito corresponde a las más nobles inquietudes de su alma de pastor-educador, a esa su santa obsesión por conservar y salvar las vocaciones salesianas, a cuyo cuidado dedicó prácticamente su vida entera³⁵.



Librito publicado por A. Balzario en Sarria en 1920 y de gran aceptación entre los jóvenes salesianos.

El quehacer de cada día

La vida que hacían novicios y seminaristas era la propia del seminario eclesiástico, nacido del impulso reformista del Concilio de Trento (1545-1563) y remodelado después por las fuerzas de la Restauración Católica durante el siglo XIX³⁶.

Como seminario salesiano, el de Sant Vicenç encontraba sus modelos próximos de imitación en las casas de formación de Italia ya citadas: San Benigno Canavese, Foglizzo y Turín-Valsalice³⁷. Las tres, juntamente con las de Ivrea y Lombriasco (ambas, en la provincia de Turín) formaban como el centro histórico —o casa central— de todas las demás que funcionaban en la Congregación y que, a finales de 1896, pasaban de la veintena. Superados los primeros tiempos de urgencia e improvisación, los salesianos habían comenzado a pensar seriamente en la organización del noviciado y del seminario. Y recogiendo la legislación eclesiástica vigente, las enseñanzas del fundador Don Bosco, las disposiciones que se encontraban en los textos oficiales —Constituciones y Deliberaciones de los Capítulos Generales³⁸— y las enseñanzas de la vida práctica, habían publicado *ad experimentum* un reglamento que, al menos en su primera parte, estaba destinado a todos los centros formativos de la Congregación: *Regolamento per le case d'ascrizione della Pia Società di S. Francesco di Sales*. Litografía Salesiana [Torino 1896]³⁹. A no dudarlo, los 467 artículos de su contenido sirvieron para orientar el quehacer diario del seminario salesiano de Sant Vicenç y modelar concretamente sus formas de vida. No se pretende aquí y ahora acometer la historia de los centros salesianos de formación en España —que aún está muy poco elaborada⁴⁰—, sino sólo aportar algunos elementos más relevantes, al objeto de dar a conocer al lector de hoy la vida que se hacía en el de Sant Vicenç. Como hemos de volver al tema en los capítulos cuarto, sexto, séptimo y octavo nos limitaremos a exponer lo más significativo de cada momento histórico, procurando evitar las repeticiones innecesarias.

De entrada, resulta ya impresionante la vigencia que, durante tantísimo tiempo —más o menos hasta los años setenta de nuestro siglo—, han tenido en nuestro país las normas y costumbres creadas fundamentalmente en el Piamonte salesiano del siglo pasado. Aquí radica la importancia del contenido de las páginas que siguen.

En las cinco casas *centrales* que hemos nombrado y en las de la periferia —como la de Sant Vicenç—, el horizonte existencial estaba dominado enteramente por la religión, que se manifestaba de diversas maneras, siempre muy relacionadas entre sí según iremos viendo.

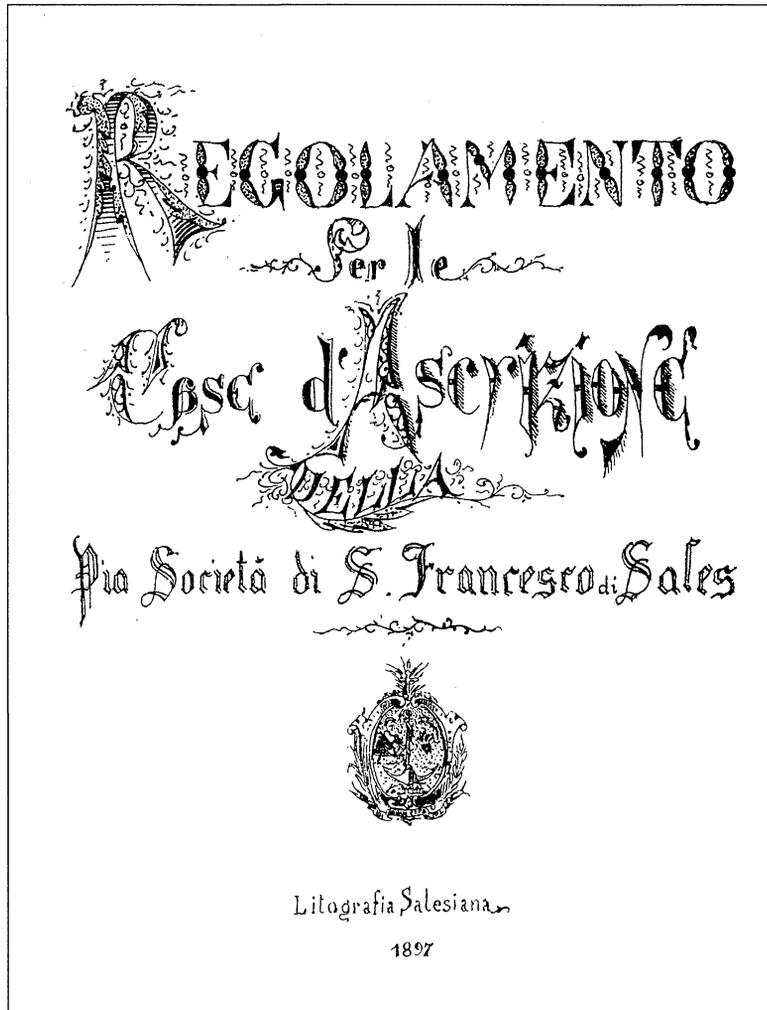
Misión y ascesis

Institucionalmente, el noviciado venía a ser un tiempo de *probación*: el candidato experimentaba lo que era la vida del instituto religioso y éste discernía si el candidato era apto o no para asumir las obligaciones correspondientes. En caso positivo, lo aceptaba como miembro de derecho. Por tanto, el instituto, por su parte, explicaba cuáles eran los objetivos que perseguía y los medios de que se servía, y el candidato, por su lado, los aprendía teóricamente —incluso recitando de memoria los artículos de las Constituciones⁴¹— y los practicaba ya de hecho. La escuela del noviciado aspiraba muy en directo a que el candidato se *ejercitara* en las virtudes cristianas, en la vivencia de los votos religiosos —obediencia, pobreza y castidad—, y en el estilo de vida de la Congregación, en vistas siempre a capacitarlo para la misión propia de la misma.

Así se comprende que, en Sant Viceng, la tarea fundamental que desempeñaba el director o *maestro* de novicios consistiera, por una parte, en dar a conocer las Constituciones de la Sociedad Salesiana, los acuerdos tomados por los Capítulos Generales, la vida del fundador y los usos y costumbres tradicionales, sin olvidar, por supuesto, los fundamentos de la vida cristiana que se encuentran en el Evangelio. Esto lo hacía por medio de frecuentes «conferencias» que entraban de lleno en el tejido vital del noviciado. Además, por otra parte, se esforzaba para que sus educandos fueran asimilando y llevando a la práctica todos estos valores.

Para ello, siguiendo la normativa en vigor, el maestro tenía que enseñarles también aquellas prácticas que se consideraban de particular importancia en el noviciado y, sobre todo, en orden al futuro, como la *meditación*, el *examen de conciencia*, la *confesión* o sacramento de la penitencia, la *cuenta de conciencia*. El reglamento solía recordar los diversos actos que, según un orden preciso, debían configurar cada una de tales prácticas⁴².

Y ya que la vida del religioso es la propia de un asceta, debía introducir a su discípulo por este camino exigente de la renuncia, de la pobreza voluntaria y de la abnegación. Ya desde los primeros días, el novicio hacía entrega de cualquier cosa de valor que tuviera en su poder como un reloj, una pluma de escribir, una cajetilla de tabaco, una botella de licor, una colección de sellos, un frasco de colonia...Todas estas cosas eran consideradas como «inoportunas» o «superfluas». Especialmente se exigía que el novicio no llevara en el bolsillo «*neppure un centesimo*» («ni siquiera un céntimo»)⁴³. Y es que tenía que ser libre, con esa libertad que confiere el desprendimiento interior. Para ayudar a conseguirlo, el reglamento acon-



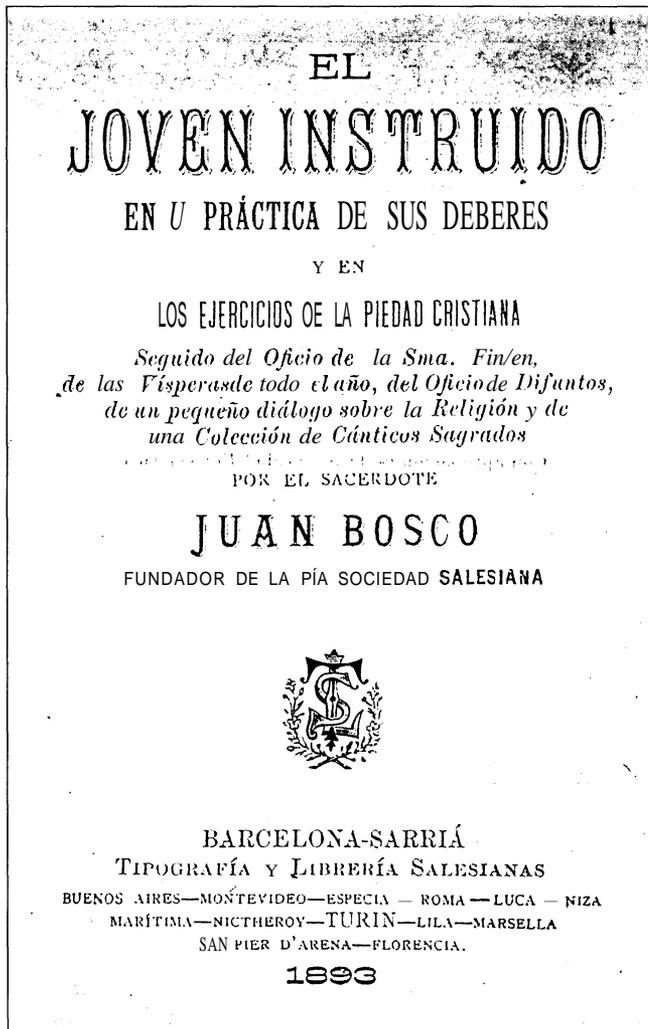
Promulgado ya en 1896, este reglamento sirvió para organizar todos los antiguos noviciados salesianos (Archivo Salesiano Central).

sejaba que cada mes, con motivo del *Ejercicio de la Buena Muerte*, se cambiaran los puestos en la «iglesia, en la sala de estudio y en el comedor» como también los «cargos» o menesteres domésticos que cada uno desempeñaba⁴⁴.

Asimismo al novicio se le pedía que se acostumbrara a dominar los *sentidos*, tanto interiores como exteriores con la modestia en el mirar, la templanza en el comer, la moderación en el modo de hablar, la sencillez en el

porte exterior, la aceptación de las pequeñas mortificaciones de cada día, el cumplimiento de las normas de buena crianza —del «galateo», como decía el reglamento en su lengua original italiana—. Y que aceptara con gusto los humildes quehaceres caseros, haciéndose responsable de la limpieza, sirviendo a los compañeros en la mesa, etc.

El medio más realista para conseguir tales metas era el cumplimiento exacto de todos y cada uno de los artículos de las Constituciones y de las



En este devocionario (ed. 1893), los novicios vicentinos encontraban abundantes indicaciones para su vida espiritual.

Deliberaciones capitulares. De aquí que la *observancia* fuera como el aire que hacía posible la vida del noviciado.

Esto iba unido al *amor a la Congregación*, que el maestro y sus colaboradores trataban de suscitar en los jóvenes, los cuales tenían que apreciar su vocación como un don de Dios. «Cada uno —recomendaba el reglamento— ame con todo el afecto de que sea capaz a la Congregación, la cual, como madre amorosa, lo regeneró en el espíritu y lo nutre con la leche espiritual (...). Goce cuando ella goza, llore cuando ella llora, asumiendo como propias las alegrías y las penas de esta madre. Mírela con ojos de hijo, y soporte con afecto filial esas imperfecciones y miserias de las que ninguna institución humana se ve libre»⁴⁵. En esta perspectiva entraba la recomendación que se hacía a cada uno: «Todas las mañanas, al ponerse el santo hábito, lo besaré, con el deseo de hacerse digno de llevarlo»⁴⁶.

Este esfuerzo ascético que, en definitiva, miraba a la formación del futuro religioso dedicado a la acción pastoral, debía ser evaluado constantemente. El autocontrol lo llevaba el mismo sujeto, por medio del *examen de conciencia* diario, la *confesión* semanal, la *cuenta de conciencia* mensual y los *Ejercicios espirituales*, que se tenían al inicio del noviciado, a mitad del año y al final. Junto a esto, estaba la evaluación que hacían periódicamente los superiores sobre cada uno de los novicios, por medio de los escrutinios quincenales y trimestrales. En consecuencia, el novicio recibía las oportunas correcciones. El último escrutinio trimestral revestía particular importancia. Presidido normalmente por el superior provincial, equivalía, en cierto modo, a las *proclamas matrimoniales*: los superiores responsables podían recabar informes secretos sobre los candidatos acudiendo incluso al personal no salesiano; y, de conocer deficiencias graves de algún novicio que le impidían el acceso legítimo a la profesión religiosa, cada uno de los hermanos podía, y debía «en conciencia», denunciarlo ante la autoridad competente. Únicamente el Rector Mayor estaba autorizado a aceptar a un candidato en la Sociedad⁴⁷.

Usos y costumbres

Como ya se ha podido comprobar, todo el *costumbrismo* del noviciado estaba impregnado de este espíritu de piedad, de ascesis, de perfeccionamiento interior, y se ajustaba al *Reglamento de las Casas*, que había dado el mismo Don Bosco y que se quería cumplir estrictamente. Aquí se pueden añadir algunos ejemplos más.

Así, las *visitas* que cada uno hacía voluntariamente a la capilla: la de después de comer era sobre todo para pedir la perseverancia en la vocación;

la de después de cenar no tenía asignada una intención preferente. Era deseo de los superiores que, a ser posible, se hiciera una visita en cada recreo: «Es mejor que sean numerosas, aunque breves»⁴⁸. Los *círculos de piedad* que organizaban los novicios entre ellos mismos para hablar sobre cosas espirituales: generalmente aprovechaban el recreo después de la cena, pero se les recomendaba que no se metieran en asuntos referentes a la intimidad, porque «el dirigir las conciencias pertenece al director, y no a los compañeros»⁴⁹. El *monitor secreto* que cada uno se escogía para que le avisara y le corrigiera fraternalmente: el reglamento veía bien esta praxis, con tal de que el interesado la pusiera en conocimiento del superior⁵⁰. El *recreo* se quería animado —jugando, paseando—, y evitando los juegos sedentarios, ya que estaba comprobado que resultan «perniciosos para la salud del que ya pasa todo el día estudiando»⁵¹. Durante el tiempo de la recreación, no se le permitía a nadie abandonar el patio, a no ser que, según lo explicado, uno quisiera ir a la capilla. Los educadores salesianos consideraban el patio como un palestra privilegiada para ejercitar las virtudes, «especialmente la caridad fraterna y la paciencia»⁵². El comportamiento en el *comedor* estaba minuciosamente detallado. En la comida, después de las oraciones y una vez que todos se hubieran sentado, se leían diez versículos del Nuevo Testamento; a continuación venía la lectura, en la que, «por turno», intervenían todos⁵³; luego, al llegar a los postres, el presidente de la mesa hacía sonar el timbre para proceder a la lectura del martirologio; una vez finalizada ésta, los comensales podían hablar —«moderadamente», según advertía el reglamento⁵⁴—. En la cena, se procedía de un modo similar. La lectura quedaba suprimida sólo en las solemnidades, cuando estaba presente algún forastero de nota y también «en los días de exámenes»⁵⁵. Durante el curso, el *paseo* semanal tenía lugar el jueves por la tarde. Se iba en grupo, con un asistente o responsable, hacia la montaña o el campo. Porque, para ir a la ciudad se necesitaba «un permiso especial»⁵⁶. Dada la tradición salesiana y reconocido el alto valor del *teatro* educativo, estaba permitido que incluso los novicios y los seminaristas tomaran parte en las representaciones, tanto como espectadores como actores. Eso sí, se les recomendaba que mantuvieran siempre la decencia en el uso de los atuendos teatrales y que, al ponérselos, evitaran en lo posible desprenderse de la sotana...⁵⁷

En fin, para terminar ya esta lista, añadamos que también estaban cuidadosamente establecidos los diversos ritos de *levantarse* y *acostarse*. Al despertarse, una vez dada la señal: primero, cada uno respondía en voz alta con un *Deo gratias!* (¡Demos gracias a Dios!) a la invitación *Benedicamus Domino!* (¡Bendigamos al Señor!); después se santiguaba y se encomendaba a Dios diciendo, por ejemplo, en su interior «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía», y luego se disponía a lavarse y

vestirse. Al novicio se le había recomendado que, besándola, se pusiera «pronto» la sotana y que no saliera del dormitorio sin la misma⁵⁸. Como se le concedía poco tiempo para arreglarse y hacer la cama, debía andar con cierta rapidez. Si le sobraban algunos minutos, los podía aprovechar leyendo cosas de piedad, pero no otras, «porque le podrían distraer de la meditación» que iba a hacer inmediatamente después⁵⁹. Para acostarse, entraba en perfecto silencio en el dormitorio y, mientras se hacía una lectura piadosa en público, rezaba las fres *Avemarias* con alguna invocación a la Virgen Santísima. El reglamento quería que esta lectura fuera breve, de pocos minutos —porque el dormitorio no era sitio para entretenerse—, y que concluyera con la invocación *Tu autem, Domine, miserere nobis* (Tú, Señor, ten piedad de nosotros), a la cual respondían todos diciendo con voz clara *Deo gratias!* (¡Demos gracias a Dios!). Entonces, «disminuyase la intensidad de las luces —prescribía el reglamento—, hasta que la oscuridad de la noche quede apenas disipada, pero sin que, en ningún caso, se apaguen las luces. Y mejor aún si, apagadas todas las demás, queda una lucecita iluminando la imagen de Nuestra Señora»⁶⁰.

No poseemos documentación suficiente sobre la vida concreta que hacían en Sant Vicenç aquellos novicios y jóvenes estudiantes de filosofía de finales del siglo pasado y principios del presente. Pero no tenemos que abrigar la menor duda de que, en la medida que permitían las precarias condiciones de su casa, trataban de ajustarse a los módulos que hemos recordado, porque aún durante los años cincuenta y sesenta de nuestro siglo tales formas de vida tenían plena vigencia en los centros formativos salesianos. Con ellas se quería plasmar el *espíritu del seminario* que, en el caso presente, estaba impregnado de ese humanismo, devoto y ascético, típico del salesianismo italiano.

La fiesta religiosa

Externamente, la fe cristiana se expresaba, sobre todo, en las llamadas *prácticas de piedad*. Y así los salesianos de Sant Vicenç todas las mañanas asistían a la misa y, juntos, hacían media hora de oración mental o meditación; por las tardes, y al comienzo de la noche, se reunían de nuevo para la oración. Cada semana se acercaban con humildad a recibir el sacramento de la penitencia. Mensualmente practicaban el Ejercicio de la Buena Muerte y acudían al superior a dar la llamada cuenta de conciencia, sobre la propia situación espiritual en lo tocante al cumplimiento externo de los votos religiosos y de la vida comunitaria. Esto último suponía para el padre Balzario un trabajo más que regular, porque tenía que recibir a todos sin excepción, escucharlos en la intimidad y dar, en consecuencia, a

cada uno la palabra oportuna que necesitaba. Pero él lo hacía con abnegación y perseverancia. Lo atestiguan los informes que llegaban al gobierno central de la Congregación. Según éstos, era también fidelísimo en dar la conferencia quincenal sobre temas formativos. En fin, novicios y profesores hacían todos los años las dos tandas de Ejercicios Espirituales. La temática de los sermones era de corte muy tradicional⁶¹.

Esta religiosidad, cultivada así en el esfuerzo silencioso de cada jornada, estallaba clamorosamente cuando llegaban las fiestas. La falta de locales adecuados y de medios materiales no les permitía a aquellos jóvenes salesianos prepararlas con la magnificencia que les hubiera gustado, pero a través de ellas daban rienda suelta a los sentimientos de su piedad honda y auténtica, si bien, envuelta a veces en unas formas sencillas y hasta infantiles.

Fuera de las fiestas litúrgicas del ciclo de Navidad y Pascua de la Resurrección⁶², las que sobresalían más eran las del Sagrado Corazón de Jesús —patrono de la casa—, la de la Inmaculada Concepción y la de María Auxiliadora. Su descripción detallada impregna las páginas del *Boletín Salesiano* con una literatura fervorosa, intimista y grandilocuente⁶³.

Índices de la piedad mariana venían a ser también, por ejemplo, la capilla que estaba dedicada a la Virgen Auxiliadora⁶⁴, el rezo frecuente del rosario⁶⁵, las oraciones que se hacían para obtener de la Santísima Virgen gracias particulares⁶⁶ y aquellas peregrinaciones que, con alegría y profundo sentido religioso, organizaba la comunidad a la ermita de Nuestra Señora del Remel⁶⁷.

Fuera de las fiestas del año litúrgico, las propias del noviciado y del filosofado eran la de la imposición o vestición de la sotana y la de la profesión religiosa. Ambas daban su verdadero sentido a la institución vicentina. Y como ésta se hallaba repleta de vocaciones, los que recibían la sotana o emitían los votos formaban cada año un grupo bastante numeroso. Así, por ejemplo, en octubre de 1896, endosaron la sotana salesiana 32, y profesaron 10; en noviembre del año siguiente, 29 y 14 respectivamente⁶⁸; en diciembre de 1900, vistieron la sotana 26 novicios «resueltos todos —escribía el *BS*— a no abandonar jamás las banderas de nuestro Padre Don Bosco»⁶⁹. Lo cual resultaba muy gratificante para don Felipe Rinaldi y demás responsables del centro.

La celebración de la jornada festiva incluía habitualmente dos misas por la mañana, y, por la tarde, el rezo solemne de vísperas y la velada recreativa. La música, interpretada o cantada por los mismos salesianos, llenaba todos los momentos. La comida, en cambio, no solía estar a la misma altura. Y es que aquellos tiempos eran de una austeridad estricta. Pero, en

su conjunto, la fiesta y su pedagogía rompían el ritmo monótono de los días de trabajo, que no eran pocos.

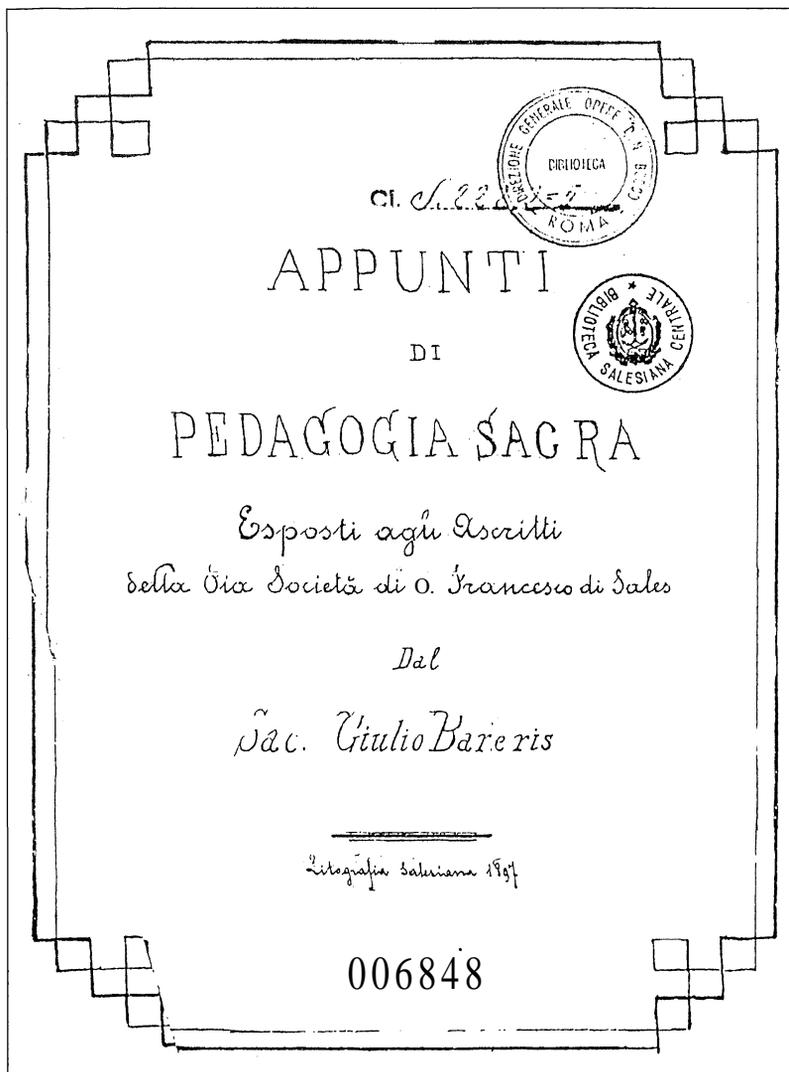
Curiosamente, el asociacionismo piadoso no asumía la forma que era habitual en las colegios salesianos y se conocía con la denominación de *compañías religiosas* —de San Luis Gonzaga, de San José, del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada—, sino otras, como *El apostolado de la oración*, lo cual no acababa de convencer al padre provincial: «Esto no lo veo práctico», decía⁷⁰.

El estudio

Junto a la formación religiosa, la intelectual. No es que el año del noviciado estuviera diseñado en primer término para estudios de envergadura, porque lo que interesaba allí —tal como ha quedado explicado antes— era que el postulante a la vida salesiana llegara a conocer y experimentar ésta con toda perfección. Pero, así y todo, la Congregación le exigía también que se aplicara a la vida intelectual. El seminario, en cambio, estaba proyectado como un período dedicado prevalentemente al estudio y a la reflexión, no sólo para completar lo aprendido en el noviciado, sino para adquirir una maduración personal y prepararse al apostolado salesiano. Hablando en general, el plan de enseñanza que se estableció en Sant Vicenç fue el que ya se intentaba llevar a cabo en Sarria, pero mucho más perfeccionado y completo.

Con respecto al *año de noviciado*, el reglamento establecía que los contenidos tuvieran un carácter «sagrado», de forma que sirvieran ante todo para el fomento de la «piedad» y para adiestrar a los alumnos en el desempeño de los «diversos cargos» que se tienen en la Congregación Salesiana⁷¹. En consonancia con este criterio, se cursaban asignaturas como el catecismo —que debía explicarse por entero, de modo que se aprendiera «literalmente»—, la pedagogía —llamada «pedagogía sacra», orientada sobre todo al aprendizaje del método catequístico y a la explicación del *Reglamento de las Casas*—, la historia sagrada —cuyo estudio, para estar a la altura de «nuestro tiempo», debía hacerse teniendo en cuenta la historia «profana antigua» y los datos exegéticos y hermenéuticos adecuados⁷²—.

Durante el *bienio filosófico*, se cursaban los diversos tratados de filosofía⁷³ —preferiblemente redactados y explicados en latín— y las siguientes lenguas: el latín —en autores tanto «sagrados» como «profanos», si bien éstos en textos debidamente «expurgados»⁷⁴—, el castellano⁷⁵ y el italiano. Por supuesto, en esta sección era la filosofía la que daba la «entonación»



Los novicios estudiaban la pedagogía especialmente en los escritos de Julio Barberis (Archivo Salesiano Central).

a toda la escuela; pero, para lograr el debido equilibrio entre la razón y la fe, había que conectarla con el estudio de los salmos e himnos eclesiásticos, de la liturgia y las ceremonias, del canto gregoriano y la música en general⁷⁶.

La lengua italiana, aunque en el ambiente español se estudiaba mucho menos que el francés, los salesianos, sin embargo, la aprendían de una forma u otra e, incluso, la practicaban sirviéndose, por ejemplo, de la lectura en el comedor o de las composiciones escritas en las veladas académicas. Así ocurría en la casa de Sant Vicenç⁷⁷. Don Felipe Rinaldi estuvo

personalmente empeñado en ese esfuerzo en favor del conocimiento del italiano entre sus salesianos, en especial entre los más jóvenes. Él mismo confeccionó «una pequeña gramática», aunque, según dice, «saqueando por aquí y por allí»⁷⁸, porque estaba convencido de la utilidad de este aprendizaje a fin de ponerse fácilmente en contacto con los Superiores Mayores (todos italianos entonces) y fomentar así, según escribía, «el espíritu de familia que reina en nuestra Sociedad»⁷⁹.

Algo semejante se ha de afirmar con respecto a la enseñanza de la pedagogía, que él siempre facilitó y fomentó desde cuando era director en la casa de Sarria. En la de Sant Vicenç esta disciplina la explicaba don Antonio Balzario, ya en el noviciado, o en el seminario o, según los casos, en ambas instituciones. Los encargados solían servirse de los escritos del mismo Don Bosco, del consejero escolástico general, don Francisco Cerruti, y del director espiritual, don Julio Barberis⁸⁰. El que esta asignatura entrara en el plan de estudios es algo muy significativo. Porque la casa de Sant Vicenç no era para formar monjes y ermitaños, sino salesianos, dedicados vocacionalmente al campo de la enseñanza y la educación⁸¹.

Como se ve, se trata, en su conjunto, de una cultura de corte humanístico —religioso, pedagógico, filosófico y literario—.

La enseñanza de las ciencias físicas y matemáticas estaba ausente del todo, o casi del todo⁸². Pero, sin embargo, el reglamento contemplaba las matemáticas en el cuadro de las asignaturas para el seminario, y recomendaba al profesor que, al menos una vez a la semana, explicara contabilidad y teneduría de libros⁸³.

La música como canto se cultivaba con esmero; la instrumental, en cambio, tropezaba con la falta de medios adecuados: sólo se disponía de «un mal piano»⁸⁴.

En cuanto a la parte didáctica y organizativa, los salesianos apostaban claramente por la escuela activa⁸⁵, en la que los exámenes semestrales y finales tuvieran mucho relieve, «incluso con la presencia de examinadores externos»⁸⁶.

¿Cómo hay que valorar el nivel y el rendimiento académico del centro de estudios? Por un lado, el ambiente era bueno. La gente se aplicaba al trabajo intelectual con esfuerzo y perseverancia. Don Ramón Zabalo, a quien no le faltaban arranques poéticos, hacía esta descripción en 1897: «Semejantes a la industriosa abeja que se afana en fabricar sabrosa miel, así nuestros estudiantes, en el silencio del aula, hacen acopio de ideas...»⁸⁷. Pero, por otro lado, las limitaciones más graves provenían de la escasa preparación de los alumnos, la ausencia de medios didácticos,

la penuria permanente y la falta de profesores bien preparados: «Algunos son muy flojos», reconocía el padre provincial⁸⁸. Admitamos en descargo que, en aquella época, se tenía que improvisar todo; todo era provisional. La vida se echaba encima, y apenas había posibilidad de reaccionar a tiempo.

La piedad y el estudio, entendidos en sentido amplio, eran los factores más visibles que, día tras día, iban marcando los ritmos y modelando las formas de vida. Pero se daban también otros elementos que influían en que el noviciado y el seminario fueran lo que tenían que ser: un tiempo de «prueba», tal como se expresaban las Constituciones de la Sociedad Salesiana entonces en vigor⁸⁹. He aquí algunos de estos elementos.

El apostolado

En la casa Font, convertida en noviciado-seminario salesiano, se llevaba totalmente un régimen de internado, tanto por parte de los novicios como de los estudiantes de filosofía. Los que residían en ella apenas tenían contacto alguno con el exterior, ni éste se asomaba al interior, porque la huida del mundo —la *fuga mundi*— aparecía como un valor imprescindible para el recogimiento, la reflexión, la oración y el estudio. Venía a ser una expresión clara y rotunda del esfuerzo ascético y del desprendimiento interior. Por norma, el novicio no salía de casa sin permiso y sólo excepcionalmente podía visitar a la familia; no leía periódicos ni revistas, con humildad entregaba y recibía la correspondencia epistolar siempre abierta. En un palabra, no se relacionaba con ninguno que fuera extraño al mismo noviciado⁹⁰. Y otro tanto le acontecía al estudiante de filosofía. Se daba, con todo, alguna que otra excepción, como cuando novicios y seminaristas, revestidos de roquete, asistían todos los años a la procesión del *Corpus en el pueblo*⁹¹.

Tal vez por una radicalización en esta praxis o por falta de medios materiales, lo cierto es que el *oratorio festivo* o *esplai dominical* no se abrió hasta el mes de mayo de 1902⁹². Entonces los salesianos tuvieron una apertura al vecindario y un medio excelente de formación en el apostolado, sintonizando así mejor con el reglamento, el cual veía «útil» el que incluso el noviciado salesiano —no digamos el seminario— tuviera anejo un *esplai*, «a fin de que los novicios puedan aprender a dar el catecismo»⁹³. Con ello, además, se dieron a conocer y se hicieron apreciar. Los comienzos, efectivamente, fueron optimistas. Los niños de Sant Vicenç participaban de buena gana en las actividades y, con su alegría y gusto artístico, contribuían a la animación de las fiestas. Pero la iniciativa duró poco: ter-

minó con el curso 1902-1903, cuando ya no hubo seminaristas que lo mantuvieran⁹⁴.

Pobres y alegres

El texto constitucional de la Sociedad recomendaba al maestro de novicios y al superior de los seminaristas que, aunque sin caer en extremismos, inculcaran a los alumnos «la mortificación de los sentidos externos y especialmente la sobriedad»⁹⁵. Pero en relación con este último punto, lo

ASE, A 382. R. 20

1^o Quaderno 30^o

Pm del Noviciado

1^o Probar y ser probados: 8. 124

2^o Superarse del hombre viejo 8. 126

3^o aprender y adquirir las cualidades del nuevo estado - 8. 125

Es preciso entrar con fe, esperanza y caridad.

Consultar Saramelli tomo 2 - 275 - 300 - 320

" Reglamento del noviciado art. 124, 125, 126.

" Le petit livre des novices (ancien de Paillettes)

Exordio -

Et ait rex apud rex proponte emmorum ut intradunt & filii
Israel et hunc regis... pueros in quibus nulla erat quae
decoros aspectu forma, et eruditos omni sapientia, qui
scientia, et doctos disciplina, et qui propent stant
in palatio regis, ut doceret eos litteras et linguam
Chaldeorum. Et constituit rex annorum per sing
los dies & citis suis, et de hoc unde blabat ipse, in
multitudine tribus annis, postea stant in conspectu
regis (Daniel c. 1. 3)

que ocurría era que apenas había ocasión de practicarlo, porque venía impuesto automáticamente por las circunstancias: «Se economiza en todas las cosas —escribía el superior provincial—, gracias a la falta que hay de medios». Y don Antonio Aime, sucesor de don Felipe en Barcelona, hombre austero y exigente, atestiguaba por su parte: «En cuestión de ahorro no se puede pedir más»⁹⁶. Así vivían aquellos salesianos de hace

Cuaderno con los sermones escritos de propia mano por don Felipe Rinaldi para una tanda de Ejercicios Espirituales en el noviciado (Archivo Salesiano Central).

Rinaldi

2

En el mundo no hay idea recta de la vida religiosa. Se entra con ideas erróneas, se hacen sacrificios fantásticos y convulsiones perpetuas.

la conjugacion vicia por o. roro en aquel parage: diamantes & en mente.
 rorus sui credendo fundatur, operando erigitur, Nihilando
 perfectior (1. Agust.)

Sine fide impossibile est placere deo. credere continua
 oportet accenditur ad deum, quia est, et inquietantibus se remuner
 ator (ad 1. Pet.)

Oculus illuminans omnem conscientiam est fides, et
 intelligentiam efficiens (1. Pet.)

Quis hinc grande Windthorst? - o. roro?

Domine spes mea a juventute mea (ps. 10, 5)

Oculus apostolus secundum imperium sui salvatoris vocat
 et christi. Jesu spes vestra. (1 ad Tim. 1)

Non sumus fidentes in vobis, sed in deo (11. Cor. 1, 9)
 Perditis terra estis, Israel; tantummodo in me auxilium
 habetis (Isa. 17, 9)

Si consistat adversum e... non timetis consueum; si eaur
 gat adversum me p... in hoc ego spero (ps. 26, 5)

certus sum quia neque mors... poterit separare... (1. Cor.
 13, 8)

Caritas est virtus coniungens nos deo (1. Agust.)

Deus caritas est, et qui manet in caritate in deo manet et
 deus est (1. Joan. 4-10, 3)

un siglo: en una penuria permanente⁹⁷. No pueden ser más significativas las palabras que, ya en 1896, mandaba imprimir el padre provincial en los papeles de carta que se usaban en la casa de Barcelona-Sarriá: «Nuestros novicios piden cada día al Sagrado Corazón de Jesús —bajo cuyo amparo está su casa de Sant Vicenç dels Horts— que se digne hacer presente a un alma bienhechora que ellos aguardan el pan necesario para vivir y un lugar para albergar a otros muchos compañeros que solicitan el ingreso con el único fin de santificarse y trabajar después para la pobre juventud obrera y desvalida». Tal era la *filosofía* que fundamentaba aquella institución, levantada por el celo sacerdotal y salesiano del que hoy veneramos como *beato* Felipe Rinaldi. Pero si todo esto podía ser edificante desde el punto de vista ascético, no lo era desde el práctico, pues suponía una grave limitación para la salud, el estudio, el apostolado y la alegría de la vida.

A pesar de todo, como ésta brota de la tierra buena del corazón humano, los jóvenes salesianos de Sant Vicenç sabían estar alegres. Prueba de ello eran las frecuentes fiestas religiosas que organizaban y en las que se servían del canto y de las representaciones teatrales para exteriorizar su satisfacción interior⁹⁸. Este talante de serenidad y buen humor conectaba con el *espíritu salesiano* que los jóvenes aprendían directamente de manos de sus maestros. El entusiasmo que sentían por Don Bosco y la adhesión que manifestaban a los Superiores Mayores —don Pablo Albera, don Julio Barberis, don Francisco Cerruti— no tenían límites⁹⁹. Desde luego, por el Rector Mayor hubieran dado la vida. Don Miguel Rúa los visitó los días del 13 al 15 de febrero de 1899¹⁰⁰. Al terminar el año, en la felicitación que le enviaron con motivo de la Navidad, recordaban con fuerza los sentimientos que entonces habían brotado de su alma: «Se lo prometimos entonces y ahora le reiteramos la promesa: somos y siempre queremos ser sus hijos más amantes»¹⁰¹. Tal como se ha apuntado en páginas anteriores, el amor a la Congregación, la práctica del sistema educativo salesiano y la confianza con los superiores eran puntos concretos en que solía insistir el maestro de novicios¹⁰². Pero el gran animador del *salesianismo* era, sin duda alguna, el padre provincial, don Felipe Rinaldi, el cual asumía la alta responsabilidad de la manutención y de la buena marcha de la casa, visitaba con frecuencia la misma, procuraba estar presente en todas las fechas significativas, se hacía cargo con gusto de pláticas y sermones... Los jóvenes salesianos recordaban cómo les hablaba —«con unción», «con sencillez y ternura»— y cómo los enfervorizaba al tratar del Corazón de Jesús, de María Auxiliadora, de Don Bosco... Indudablemente el actual *beato* Felipe Rinaldi fue el primer apoyo de la institución vicentina¹⁰³.



Ermita de Nostra Senyora del Remei, en 1945 (Foto de Francesc Siñol i Bonells).

© Archivo Miquel Siñol

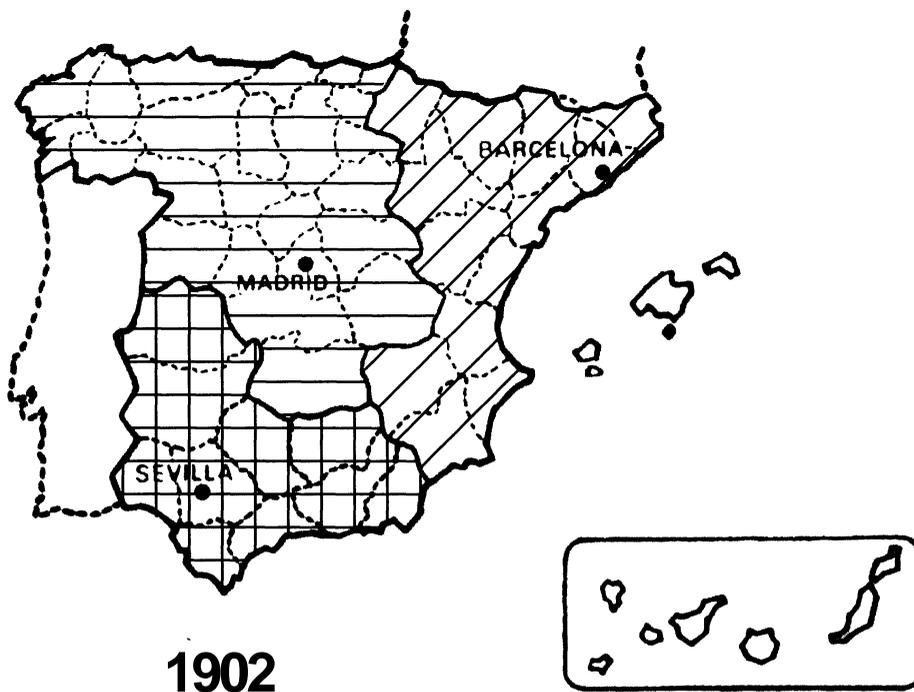
En medio, pues, de las diversas circunstancias que acaban de señalarse, ¿cumplió con su misión la casa salesiana de Sant Vicenç? Atendiendo a la documentación que se tiene a mano, hay que responder que sí. Allí hubo un ambiente religiosa y educativamente válido: «En general —comunicaba a Turín el maestro de novicios a comienzos del curso 1898-1899—, los nuevos que han venido son también buenos y están llenos de buena voluntad»¹⁰⁴. Esta actitud de base suplía con creces las dificultades y deficiencias que podían surgir y que de hecho surgían.

Por otra parte, la institución salesiana gozaba sin duda del aprecio de la población. Tanto que, en 1900, siendo alcalde Josep Aymerich i Ros, el Ayuntamiento acordó dedicar una calle a *Dom Bosco*¹⁰⁵, denominación que permaneció invariable durante el período de la guerra 1936-1939. Esta calle hoy es conocida como la de *Sant Joan Bosco*¹⁰⁶.

Por tanto, la casa salesiana no murió por ningún cáncer interno ni por falta de un ambiente popular, sino por un trauma producido desde otra parte.

LA DISPERSIÓN Y EL OCASO

El 18 de febrero de 1901 moría en Turín don Domingo Belmonte, vicario del Rector Mayor y administrador general de la Sociedad Salesiana¹⁰⁷. Para darle un sucesor, don Miguel Rua pensó en el provincial de España y Portugal: don Felipe Rinaldi comenzaría a residir en Turín, pero conservando la titularidad del cargo que había tenido hasta entonces; si el Capítulo General siguiente no lo confirmaba en el nuevo cargo, volvería a la Península Ibérica sin necesidad de ningún nombramiento. Mientras tanto y por el momento, aquí se pondrían dos viceinspectores o viceprovinciales... Los consejeros del Rector Mayor no tuvieron nada que objetar¹⁰⁸ y tampoco el interesado que, obedeciendo las normas que le señalaba el padre Rua¹⁰⁹, se marchó de Sarria sin decir nada a nadie y llegó a la casa madre de Turín el día 22 de marzo.



Las tres «provincias» o «inspectorías» salesianas configuradas en 1902: la Céltica (Madrid), la Bética (Sevilla) y la Tarraconense (Barcelona). División que estuvo en vigor hasta 1954.

En consecuencia y de acuerdo con el parecer del nuevo vicario general, la inspectoría llamada hasta entonces «Ibérica» o «Española» quedó dividida no en dos, sino en tres inspectorías o provincias: la del Este o *Tarraconense*, bajo la advocación de la Madre de Dios de la Merced; la *Céltica*, bajo la de San Fernando y la *Bética*, bajo la de María Auxiliadora. La primera tendría como viceprovincial a don Antonio Aime, con sede en Barcelona-Sarrià; la segunda, a don Ernesto Oberti, con sede en Madrid; la tercera, a don Pedro Ricaldone, con sede en Sevilla¹¹⁰. Así quedaron las cosas en abril de 1901¹¹¹. En consecuencia, la casa de Sant Vicenç comenzó a tener un nuevo superior en la persona del padre Aime¹¹². Pero el curso 1901-1902 comenzó con absoluta regularidad.

Sin embargo, la situación cambió pronto. Porque el IX Capítulo General, celebrado en Turín del 1 al 15 de septiembre de 1901¹¹³, acordó solicitar de la Santa Sede la erección canónica de las inspectorías o provincias que, aunque ya estaban establecidas y funcionando de tiempo atrás, les faltaba sin embargo este requisito. La Congregación romana de Obispos y Regulares concedió el favor que se pedía por medio del decreto del 20 de enero del año siguiente. A partir de esta fecha en la España salesiana comenzó a haber tres provincias canónicamente erigidas, y por disposición del Rector Mayor, los tres viceprovinciales mencionados pasaron a ser legítimos superiores ordinarios, en plenitud de poderes: Aime, en la Inspectoría «Catalana»; Oberti, en la «Castellana» y Ricaldone en la «Andaluza», según la terminología de la época¹¹⁴.

En consecuencia, no tardó mucho en aparecer la apetencia natural de las nuevas circunscripciones: cada una quería tener su noviciado dentro del propio territorio. Ya en el curso 1902-1903, la Inspectoría de Sevilla tuvo sus novicios en la misma capital (casa de la Santísima Trinidad)¹¹⁵; la de Madrid, en Villaverde de Pontones (Santander)¹¹⁶ y la de Barcelona, en Sarrià¹¹⁷. Cada uno de estos noviciados era tanto para los estudiantes (clérigos) como para los coadjutores (laicos). Por tanto durante ese curso del 1902 al 1903 en la casa de Sant Vicenç ya no hubo novicios, sino sólo estudiantes de filosofía¹¹⁸. Los superiores de Turín no se habían opuesto a la dispersión, sino que habían concedido los permisos pertinentes. Es así cómo se suprimió de hecho el noviciado abierto en Sant Vicenç en 1895.

Pero aún quedaba el seminario interprovincial. Inició el curso 1902-1903 con bastante normalidad, bajo la dirección del profesor Anastasio Crescenzi, ya que el padre Balzario, según dejamos constancia al presentar su figura, se había trasladado a Sarrià para atender allí a los novicios. En teoría al menos, los Superiores Mayores pensaban mantener aquel centro, y así, el vicario general daba al provincial de Barcelona algunas sugerencias para asegurar su mantenimiento económico¹¹⁹. Pero don



El piemontés Antonio Aime, primer provincial de la Tarraconesa (1901-1903) (Archivo Martí-Codolar).

Felipe desconocía entonces (primeros días del mes de septiembre, 1902) lo que estaba ocurriendo o lo que estaba a punto de ocurrir: el vaciamiento progresivo también del seminario, porque los nuevos superiores provinciales se resistían a dejar allí a los estudiantes. Tanto que el director estaba en paro forzoso, y, aburrido, manifestaba deseos de marcharse de Sant Vicenç... Una vez informado de todo, el vicario general reaccionó con fuerza: «Por lo visto, se trata de destruir el seminario —escribía al padre Aime—. El Consejo General se ha disgustado contra todos los provinciales de España, porque, al sacar a los clérigos de Sant Vicenç, estáis echando a perder su formación, precisamente cuando más la necesitan, y preferiría que disminuyerais vuestras obras de apostolado e hicierais estudiar más a los jóvenes salesianos». Y dirigiéndose al propio Aime, añadía: «En este asunto te toca también tu parte, porque resulta que sólo has dejado cinco y aún andas con amenazas de reducir su número al mínimo, a

pesar de que sean los menos dotados para el estudio. Claro que ya habéis experimentado las consecuencias con ese personal que tenéis, tan poco instruido, y aún las sufriréis más en el futuro». Rinaldi concluía justificando su intervención: «Tengo el encargo de escribir a todos los provinciales en este sentido, poniéndoles al corriente de la desaprobación por parte del Consejo General»¹²⁰. A pesar de todo esto, lo cierto es que los superiores provinciales no tuvieron el coraje de salvar la vida del seminario, que murió con el curso escolar 1902-1903.

En el verano de este último año, le anunciaron al padre Aime que había sido nombrado provincial de Colombia y que debía pensar en preparar el viaje¹²¹. Le sucedió en el cargo el padre Manuel Benito Hermida¹²². Más o menos entre ambos, ultimaron la distribución del personal para el curso siguiente 1903-1904. En la casa de Sant Viceng les bastó poner a alguien que, simplemente, hiciera acto de presencia, porque el nido estaba ya vacío...

NOTAS

¹ Cf M.LASAGA, *D. Ramón Zabalo. Maestro, comerciante, religioso y sacerdote. Aportaciones para una historia de la Pía Sociedad Salesiana en España*. SEI, Madrid 1946, 68.

² Carta al Rector Mayor desde Barcelona-Sarriá 18-X-1895. En el Archivo Salesiano Central. Roma (=ASC), A 379 Rinaldi.

³ Es lo que da a entender la *circular* enviada por el padre inspector a los señores directores de las casas de España y Portugal con fecha 15-X-1895: *Ibid.*

⁴ *Boletín Salesiano* (=BS), febrero 1896, 43.

⁵ Cf E.CERIA, *Annali della Società Salesiana*, II (SEI, Torino 1965) 665.

⁶ Lo consideró como uno de los «frutos consoladores» que le dejaba el año 1895. *Lettere edificanti*, n. 33 (2-VII-1896), en *Lettere circolari di Don Michele Rua ai salesiani*. Tip. S.A.I.D. «Buona Stampa», Torino 1910, 449.

⁷ Cf BS, enero 1896, 2.

⁸ Carta desde Sant Viceng 21-X-1896: ASC, A 375 Rinaldi.

⁹ Carta circular desde Sant Viceng a los directores de las casas de España y Portugal con fecha 15-X-1895: *Ibid.*

¹⁰ Al iniciarse el segundo curso (1896-1897), el padre provincial manifestaba su satisfacción «por el interés que han tenido los directores de nuestra Inspectoría de impulsar y sostener el noviciado. Casi todos —añadía— han

contribuido enviando nuevos novicios, y todos han dado su aportación (...). Esto me consuela y consuela también a nuestro queridísimo superior, don Miguel Rua, porque se ve que hay espíritu de solidaridad y que el amor a la Congregación es mayor que a la propia casa» (Carta al superior de los salesianos de Braga, don Luis Sutera, desde Barcelona-Sarriá 9-X-1896: ASC, A 379 *Rinaldi*).

- 11 Por ejemplo, en Sant Vicenç se hicieron salesianos los presbíteros Lorenzo Civera Freiré y Federico Pareja Mesa; el primero era aragonés, el segundo había nacido en Ceuta.
- 12 Como José Artacho Artacho, José Caballero Arroyo, Juan Caballero Domínguez, Joaquín Pérez Hernández, Ignacio Pérez Muñoz.
- 13 Como Lorenzo Civera Freiré (ya citado) y Mariano Lacasa Pérez.
- 14 Como Esteban Aguilón Aguiano, José Santos Cuesta Ibáñez, Eladio López Pacheco, Miguel Salgado Corral, Miguel Sánchez Fraile.
- 15 Como los hermanos Conde Conde (Daniel y Luis) y José Saborido Cid.
- 16 Como Ernesto Armelles Pallares.
- 17 Como Eusebio Echalecu Hermosilla y Esteban Larumbe Ollacarizqueta.
- 18 Como Sebastián Pastor Parera.
- 19 Como Francisco Taibo Milo.
- 20 Consultar los *Elencos (Società di S.Francesco di Sales. Antico continente)* correspondientes a los años 1896-1903.
- 21 De intentar demostrarlo en este lugar, iríamos demasiado lejos. Pero el lector puede ojear por su cuenta las monografías que han ido apareciendo en los últimos años en torno a las fundaciones salesianas españolas (Trabajos de J.L.Bastarrica, J.Borrego, J.Díaz Cotán, A.Díaz Rivas, A.Martín González).
- 22 Carta a Julio Barberis desde Barcelona-Sarriá 4-I-1899: ASC, A 375 *Rinaldi*.
- 23 Cf R.ALBERDI, *Els salesians al barri de Sant Antoni. Barcelona 1890-1990*. Casa salesiana de Sant Josep, Barcelona 1994, 11-19.
- 24 Don Ángel Torres, que firma la carta mortuoria del padre Balzario en la ciudad de Santa Ana (República de El Salvador), 31-VIII-1940.
- 25 Carta desde Barcelona-Sarriá 9-III-1891: ASC, A 375 *Rinaldi*.
- 26 Ver carta a Barberis, desde Barcelona-Sarriá 16-II-1895: *Ibid*.
- 27 Ver carta a Barberis desde Barcelona-Sarriá 2-III-1895: ASC, A 375 *Rinaldi*. Carta a Rua desde Barcelona-Sarriá 9-VII-1895: ASC, A 379 *Rinaldi*.
- 28 Cf J.L.BASTARRICA, *Don Enrique Sáiz*, 40-41.
- 29 Ver la visita extraordinaria 1908-1909: ASC, *F015 Spagna-Barcellona*.
- 30 Pedro Cogliolo era sin duda un hombre de prestigio ante las autoridades y personal externo. Pero apenas consiguió hacerse amar por los salesianos por que, entre otras cosas, tenía una idea demasiado severa de la disciplina y ob-

servancia religiosas, que para él constituían casi una obsesión. La nota biográfica que trae el *Dizionario biografico dei Salesiani*, Torino [1969], 89, está redactada en términos excesivamente laudatorios.

³¹ Ayagualo, república de El Salvador, 1922-1932.

³² *Avisos sencillos dirigidos al Joven Salesiano recién profesado, para facilitarle la perseverancia en la vocación*. Escuela Tipográfica Salesiana, Barcelona-Sarrià [1920].

³³ Mucho se ha dudado de tal originalidad, ya que la obrita estaría inspirada en alguna publicación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, aunque el autor advierte al lector que «todo lo que te expongo está sacado, o de la palabra misma de Dios, o de la enseñanza de los santos, o es fruto de una larga experiencia» (pág.VI).

³⁴ El primero lleva como título *Algo sobre la «Vida interior»* (págs. 165-173) y el segundo *Explicación de la verdadera devoción a María Santísima, o sea de la Esclavitud Mariana* (págs. 173-200).

³⁵ Algunas aplicaciones a la vida salesiana en las págs. 29, 141-144, 150-154. Hacia 1950 ya no se difundía esta obrita «que se entregaba al salesiano que salía a las casas, para hacer sus primeras armas en la vida de apostolado». Fue sustituida, hasta cierto punto, por otra titulada *La jornada santificada*, «propuesta a las almas que se dedican al apostolado preferentemente educativo, por un salesiano» (Librería Salesiana, Barcelona 1951). Es muy posible que, a pesar de esta presentación, sea sustancialmente una traducción al castellano del libro de L.ROUZIC, *La giornata santificata*, que había sido recomendado por los superiores. Ver F.SÁNCHEZ, *Circular*, n. 13 (diciembre 1951)[3].

³⁶ Cf *Dictionnaire de spiritualité*, XI (Beauchesne, Paris 1982) cols. 483-495.

³⁷ Ver las notas 5, 22 y 29 del primer capítulo.

³⁸ El primero tuvo lugar en 1877. Los siguientes, hasta el 1904, se sucedieron cada tres años. Breves noticias en DICASTERO PER LA FORMAZIONE, *Per una lettura di Don Bosco. Percorsi di storia salesiana*. Roma [1989], 170-269. (*Sussidi*/3. Pro-manuscrito).

³⁹ El Rector Mayor, don Miguel Rua, lo promulgaba con la indicación «fiesta de la santa Navidad 1896». Son 144 páginas. En este estudio lo citaremos brevemente por *Regolamento 1896*.

⁴⁰ Fue gratamente acogido por los salesianos el trabajo de A.DÍAZ, *Los salesianos en Campello. 1907-1982*. Inspectoría Salesiana de San José, Valencia 1983. Págs. 375. Esta casa alojó durante muchos años a aspirantes y estudiantes de teología.

⁴¹ Cf *Regolamento 1896*, n. 70.

⁴² Para la meditación, cf números 285-289; para la lectura espiritual, 303-307.

⁴³ *Regolamento 1896*, 140.

⁴⁴ *Ibid.*, 329.

- ⁴⁵ *Ibid.*, 219.
- ⁴⁶ *Ibid.*, 213.
- ⁴⁷ *Ibid.*, 82-86.
- ⁴⁸ *te/tí.*, 313.
- ⁴⁹ *Ibid.*, 316.
- ⁵⁰ *Ibid.*, 318.
- ⁵¹ *Ibid.*, 383.
- ⁵² *Ibid.*, 386.
- ⁵³ *Ibid.*, 398.
- ⁵⁴ *Ibid.*, 399.
- ⁵⁵ *Ibid.*, 403. Ver también los números 451-456.
- ⁵⁶ *Ibid.*, 150.
- ⁵⁷ Para ello, lo más fácil era poner en escena argumentos relativos a la época romana, en la que se usaba la túnica... y en la que tuvieron lugar las gestas heroicas de los mártires cristianos de los primeros siglos. *Ibid.*, 423.
- ⁵⁸ *Ibid.*, 273.
- ⁵⁹ *Ibid.*, 275.
- ⁶⁰ *Ibid.*, 284.
- ⁶¹ Tenemos a mano los esquemas de las *conferencias* que el padre Rinaldi preparó, en fecha difícil de precisar, para una tanda de Ejercicios Espirituales en Sant Vicenç. Ver el cuaderno n. 30, *ASC*, A 382 *Rinaldi*. Las fuentes literarias del conferenciante son, además de la Biblia, las Constituciones de la Sociedad Salesiana y las Deliberaciones de los Capítulos Generales, el Reglamento del noviciado (cuyo contenido conocemos ya bastante) y los escritos ascéticos del jesuita Juan Bautista Scaramelli (1687-1752), que llegaron a tener una gran aceptación. Cf *Dictionnaire de spiritualité*, XIV (Beauchesne, Paris 1990) cols. 396-402.
- ⁶² Cf *BS*, junio 1897, 159.
- ⁶³ Cf *BS*, octubre 1896, 225; agosto 1897, 212; febrero 1901, 48-50; noviembre 1902, 306; febrero 1903, 53-54.
- ⁶⁴ La entronización de la pequeña imagen tuvo lugar el 23-X-1898. Según explica uno de los novicios, el cuadro pintado que tenían antes sobre el altar resultaba insuficiente «para saciar nuestra devoción y cariño hacia la que tanto amamos». es, marzo 1899, 74.
- ⁶⁵ «Si no fuera abusar de su bondad —escribía el mismo padre-maestro a don Julio Barberis—, quisiera pedirle también algunos rosarios de los que tienen muchas indulgencias, porque estos muchachos me los piden así y yo no tengo ni uno para darles». Carta desde Sant Vicenç 4-X-1898: *ASC*, F 557 *Sant Vicenç dels Horts (Barcelona-España)*.
- ⁶⁶ Cf es, agosto 1900, 220; noviembre 1902, 301.

- ⁶⁷ Cf BS, enero 1897, 17. Noticias sobre el lugar en: JAIME ARMENGOL, *Notas históricas sobre la ermita de Nuestra Señora del Remei, de Mas Vila*. Barcelona 1948.
- ⁶⁸ Ver carta de Rinaldi a Barberis desde Sant Vicenç 21-X-1896: ASC, A 375 *Rinaldi*. Y también BS, enero 1897, 16-17; enero 1898, 20-21.
- ⁶⁹ Febrero 1901, 48-50.
- ⁷⁰ *Rendiconto 1899-1900*.
- ⁷¹ *Regolamento 1896*, 70, 102-117.
- ⁷² Ver *Regolamento 1896*, 70, 102-117.
- ⁷³ Profesores: Adolfo Deguglielmi, Anastasio Crescenzi, José Manfredini y Baldomero Vidal. En marzo de 1897, al acabar su visita a Barcelona, el consejero escolástico general, don Francisco Cerruti, dejaba como recuerdo a maestros y estudiantes un breve escrito en que recalca el interés que ofrecía el estudio de la Teología, la Filosofía y el Latín. Entre otras cosas, llamaba a la Filosofía «la primera de las ciencias humanas» y ponderaba la importancia que había que dar a la *lógica menor*, singularmente al capítulo referente al *raciocinio*. Cf *Ricordo affettuoso*, con una presentación de don Felipe Rinaldi. Sarria, 20 de marzo 1897.
- ⁷⁴ Profesores Francisco Águila y Honorato Zoccola.
- ⁷⁵ Con los profesores Adolfo Castro, Adolfo Toro y Ramón Zabalo.
- ⁷⁶ *Regolamento 1896*, 102-117.
- ⁷⁷ El primer volumen de *Memorie Biografiche di Don Giovanni Bosco* apareció en 1898 y fue sin duda objeto de lectura comunitaria.
- ⁷⁸ Carta a Francisco Cerruti desde Barcelona-Sarriá 16-VI-1899: ASC, A 376 *Rinaldi*.
- ⁷⁹ Circular a los salesianos desde Barcelona-Sarriá, Solemnidad de Todos los Santos 1896.
- ⁸⁰ «Le agradezco mucho el tomo de pedagogía que me ha enviado. Ya tengo completa la obra y este año —era el comienzo del curso 1898-1899 cuando Balzario escribía a Barberis— podré explicarla bien, tanto a los novicios como los estudiantes de filosofía». Y en otra carta le añadía: «Puedo decirle que este trabajo suyo gusta mucho a los jóvenes (también a mí, por supuesto), los cuales han comenzado a estudiarlo con empeño». Cartas desde Sant Vicenç dels Horts 4-X-1898 y 24-II-1899 respectivamente: ASC, F 557 *Sant Vicenç dels Horts (Barcellona-Spagna)*. El año anterior había aparecido, en cinco partes, el trabajo de G. BARBERIS, *Apunti di pedagogia sacra, esposti agli Ascritti della Pia Società di S. Francesco di Sales*. Litografía Salesiana [Tormo] 1897. Entre los más antiguos de F. CERRUTI, *Le idee di D. Bosco sull'educazione e sull'insegnamento e la missione attuale della scuola*. Tipografía e Libreria Salesiana, S. Benigno Canavese 1886.

- ⁸¹ Cf J.M.PRELLEZO, // *sistema preventivo riletto dai primi salesiani*, en *Orientamenti Pedagogici*, 36 (1989) 1, 41.
- ⁸² Ver carta de Rinaldi a Cerruti desde Barceloa-Sarriá 16-VI-1899: ASC, A 376 *Rinaldi*.
- ⁸³ Y que esto lo hiciera «prácticamente». A los salesianos les interesaba rodearse de buenos administradores y contables. Ver *Regolamento 1896*, 112.
- ⁸⁴ *BS*, diciembre 1897, 316-317.
- ⁸⁵ «Cada mes asígnese un trabajo de filosofía, una composición escrita al menos cada quince días, y cada semana dos versiones». *Regolamento 1896*, 375.
- ⁸⁶ *Ibid.*, 374.
- ⁸⁷ *BS*, julio 1897, 181.
- ⁸⁸ *Rendiconto dell'Ispettorìa al Rettor Maggiore. Ispettorìa Spagnuola. Casa di Sant Vicenç dels Horts 1899-1900*.
- ⁸⁹ Aprobadas por Pío IX el 3-IV-1874. Ver el capítulo titulado *De los novicios*.
- ⁹⁰ Ver, por ejemplo, *Regolamento 1896*, 142, 150, 255.
- ⁹¹ Cf *BS*, agosto 1897, 212.
- ⁹² Cf *eS*, julio 1902, 196-197.
- ⁹³ *Regolamento 1896*, 3.
- ⁹⁴ Cf *es*, noviembre 1902, 306-307; febrero 1903, 53.
- ⁹⁵ *Constituciones de 1874*, cap. *De los novicios*, n. 6.
- ⁹⁶ *Rendiconto 1899-1900, Rendiconto 1901-1902*.
- ⁹⁷ Cf *es*, abril 1897, 100; mayo, 130-131; octubre, 262; diciembre, 316-317.
- ⁹⁸ Por ejemplo, en agosto de 1902 pusieron en escena el drama calderoniano *La vida es sueño*, «reducido para hombres solos» del escritor y cooperador salesiano Modesto Hernández Villaescusa. Cf *es*, noviembre 1902, 307.
- ⁹⁹ Cf *es*, enero 1897, 16-17.
- ¹⁰⁰ Cf *es*, mayo 1899, 124-127.
- ¹⁰¹ *ASC, F 557 Sant Vicenç dels Horts (Barcellona-Spagna)*.
- ¹⁰² Cf A.BALZARIO, *Avisos sencillos...*, 29, 141-144, 150-154.
- ¹⁰³ En ocasiones, el trabajo que ello le ocasionaba le resultaba preocupante: «Este año —le escribía al director de la casa de Braga, Luis Sutera—, no sabemos cómo tirar adelante con el noviciado de S. Vicens [sic]. Son 60 y las ayudas que llegan sólo pueden cubrir la mitad de las necesidades. Como tuve que estar fuera todo el año, no pude reunir nada para esa pobre casa. Permíteme, pues, que, antes que nada, cumpla con mi obligación de atender a la formación y manutención del personal salesiano». Carta desde Barcelona-Sarriá 28-VI-1898: ASC, A 379 *Rinaldi*.

- ¹⁰⁴ Carta a Julio Barberis desde Sant Vicenç 4-X-1898: ASC, F 557 *Sant Vicenç dels Horts (Barcelona-Spagna)*.
- ¹⁰⁵ La que «se construye a la parte poniente de la indicada de San Miguel, a partir del camino que se dirige a la pedrera de don José Reverter hasta la puerta principal que da entrada al colegio de la comunidad de los PP. Salesianos» (Ayuntamiento de Sant Vicenç dels Horts, acta correspondiente a la sesión del 14-IV-1900).
- ¹⁰⁶ También se llama así el torrente Pas del Llop, que venía a ser el antiguo camino que se dirigía «a la pedrera de don José Reverter». La ferrovía obligó a introducir algunas modificaciones en este paraje.
- ¹⁰⁷ Cf BS, febrero 1901, 60; marzo 1901, 64.
- ¹⁰⁸ Ver la sesión correspondiente al 28-II-1901, en *Verbalil*, fol. 188: ASC, 0592.
- ¹⁰⁹ Ver carta desde Turín 1-III-1901: ASC, 9. 131 *Rua*.
- ¹¹⁰ Ver carta circular de Miguel Rua, Turín 25-IV-1901, en *Lettere circolari di Don Michele Rua ai salesiani*. Direzione Generale delle Opere Salesiane, Torino 1965, 302-311. También J.BORREGO, *Cien años de presencia salesiana en Sevilla-Trinidad. 1893-1993. Historia de una crónica vivida*. Escuelas Salesianas-Trinidad, Sevilla 1994, 219-220.
- ¹¹¹ Ver también la circular que don Felipe Rinaldi dirigió a los salesianos de la antigua provincia ibérica con fecha 1-V-1901, en J.BORREGO, *o.c.*, 219-220.
- ¹¹² Cf R.ALBERDI, *Els salesians al barrí de Sant Antoni. Barcelona 1890-1990*. Casa salesiana de Sant Josep, Barcelona 1994, 81-84.
- ¹¹³ Cf E.CERIA, *Annali della Società Salesiana*, III (SEI, Torino [1945]) 144-145.
- ¹¹⁴ Ver las cartas circulares del Rector Mayor desde Turín, con fecha 19-III-1902 y Navidad del mismo año, en *Lettere circolari...*, 312-329, 330-347.
- ¹¹⁵ Ver la sesión del Consejo General correspondiente al 25-VI-1902, en *Verbalil*, I, 200r: ASC, D 869. También J.BORREGO, *Cien años de presencia salesiana en Sevilla-Trinidad...*, 243.
- ¹¹⁶ Cf A.MARTÍN GONZÁLEZ, *Historia de la casa de Carabanchel Alto*. Inspectoría «San Juan Bosco», Madrid 1984, 51.
- ¹¹⁷ En fuerza del mencionado decreto del 20 de enero de 1902, habían recibido la aprobación canónica los dos noviciados que ya funcionaban de tiempo atrás: el de Sant Vicenç (clérigos) y el de Sarria (coadjutores o laicos).
- ¹¹⁸ Cf BS, febrero 1903, 53-54.
- ¹¹⁹ El padre Rinaldi calculaba que el gasto por persona sería de 35 a 40 pesetas mensuales. Ver carta desde Turín 8-IX-1902: ASC, A 375 *Rinaldi*.
- ¹²⁰ Carta desde Turín 27-X-1902: *Ibid*.
- ¹²¹ Ver carta de Rinaldi desde Turín 21-VII-1903: *Ibid*.
- ¹²² Tal como se lo comunicaba don Felipe en carta desde Turín 19-IX-1903: ASC, A 377 *Rinaldi*.

3. EL TÚNEL DEL TIEMPO

Como se acaba de explicar, la casa salesiana no se cerró por un acto positivo de la autoridad, sino por un proceso de desmantelamiento: los responsables de cuidarla y gestionarla sacaron, primero, el noviciado (1902) y luego el seminario (1903), que eran los organismos básicos de la institución. Activaron este vaciamiento las mismas fuerzas de la Sociedad Salesiana, en un momento en que su estructura organizativa en España experimentaba una notable novedad: la constitución de tres provincias entre sí autónomas. Fueron éstas las que, entre 1902 y 1903, no se decidieron a mantener en común no ya un noviciado, sino tampoco —en contra del deseo de los Superiores Mayores— un seminario con su sección de filosofía. Tal fue la causa de que en Sant Vicenç dejara de florecer la vida que se había alumbrado en 1895. Invocar, para explicar este hecho, nada menos que la *Semana Trágica* de Barcelona, del 1909, es desconocer la presente historia¹.

Dos fueron los problemas que se le plantearon inmediatamente a la Inspectoría Tarraconense: primero, cómo llevar a cabo la formación de los novicios y de los seminaristas, y, segundo, qué hacer de la propiedad que tenía en Sant Vicenç.

En cuanto al primero, conviene distinguir las dos entidades: el noviciado, según se ha dicho ya, quedó instalado por el momento (curso 1902-1903) en la casa de Sarria, tal como estaba antes del 1895; y el seminario se intentó colocarlo en la casa de Gerona, donde se llegó a reunir un grupito de estudiantes con el padre Crescenzi². Pero aquello no pasó de un ensayo, porque duró poquísimo y, sobre todo, nunca contó con una verdadera organización. El mencionado padre Crescenzi, que podía haber sido el aglutinador del grupo, pasó por lo menos parte del curso 1903-1904 ya en Madrid-Carabanchel Alto, precisamente como director del noviciado-

seminario que allí comenzaba a funcionar³. A la verdad, el asunto de los centros formativos de filosofía y teología quedó muy en el aire, tanto que, a mediados del 1906, el Consejo General se lamentaba de que las inspecciones de España no tuvieran aún «seminarios organizados»⁴.

En cuanto al segundo problema —qué destino dar a la casa de Sant Vicenç—, nuestro estudio debe ser lo más completo posible.

¿VENDER LA CASA FONT?

La primera idea del nuevo provincial, don Manuel Hermida, fue la de trasladar el seminario desde Sant Vicenç a Mataró o, tal como se acaba de insinuar, a Gerona, y vender en consecuencia la casa Font. Los superiores de Turín estuvieron de acuerdo con el primer extremo, pero no con el segundo⁵. Su amigo don Felipe Rinaldi le daba desde Turín algunas razo-



Don Manuel Benito Hermida, provincial de la Tarraconense 1903-1909 (Archivo Instituto Politécnico Salesiano de Sarria).

nes: «No pareció muy oportuno la venta de la casa de Sant Vicenç, porque esa casa está cerca de la inspectorial [Sarria] y, tal vez muy pronto, os resultará muy a propósito para volver a colocar en la misma a los estudiantes. Aquí se piensa que éstos, en Gerona, se van a encontrar demasiado lejos y con diversos inconvenientes, tanto de orden material —gastos de viajes— como moral —poca relación con el padre inspector—. En todo caso, si dicho lugar no os sirve para centro de estudios filosóficos, os puede venir bien para acoger a los Hijos de María e incluso a los enfermos». Además, le hacía ver que, de establecer una casa de formación en la finca de Gerona, podrían surgir dificultades por parte de los albaceas de dicha fundación, que la habían querido para una escuela agrícola y no aceptarían tan fácilmente que otra entidad viniera a entorpecer su funcionamiento. Tan sólo unos días antes, el Rector Mayor les había recomendado a los consejeros «que tenemos que ser coherentes con los acuerdos tomados»⁶.

Podemos pensar que, en el gobierno central de la Congregación, quien defendía con más ahínco la propiedad de can Font era el propio don Felipe, el cual la había logrado con mucho esfuerzo y sacrificio en 1895. Afectivamente él se sentía ligado a aquella casa. Pero, al margen de los sentimientos personales, tenía también razones objetivas para que no se procediera a la venta: entre ellas, como la más importante, la cercanía de Sant Vicenç con respecto a Barcelona y, por tanto, con respecto a la sede provincial. Según el padre Rinaldi, esta circunstancia le confería un valor peculiar a aquel lugar y lo hacía particularmente apto para establecer allí un centro de formación o de otro tipo.

De todas maneras, en la carta que estamos analizando, el superior le dejaba la puerta abierta al provincial de Barcelona para que pudiera evaluar los criterios expuestos y tomar, incluso, una decisión diferente a las orientaciones del Consejo General: «Piense usted qué razones cabe aducir en contra, y prepárese para volver al argumento durante las próximas vacaciones»⁷.

Efectivamente, el padre Hermida continuó estudiando su proyecto. En lo pertinente al seminario, se dio por vencido y lo dejó estar. La Inspección de Barcelona no contó, por el momento, con ninguna estructura apropiada. Cada uno de los jóvenes salesianos se las arreglaba como podía para estudiar los diversos tratados de filosofía y de otras asignaturas más o menos colaterales; algunos iban al mencionado seminario de Madrid-Carabanchel Alto.

En lo relativo a Sant Vicenç, no llegó a cambiar de parecer, porque se sintió acosado por las deudas que se habían generado precisamente en la



Antigua Granja-Escuela de los salesianos de Gerona. Patio de las cuadras (Archivo Martí-Codolar).

casa de Gerona: «La colonia agrícola —escribía al Rector Mayor a finales del 1905— se halla en un estado financiero lamentable debido a muchas y variadas causas». Y para «salvar la triste situación» le proponía dos caminos: primero, vender una parte de la finca llamada *la Boscosa*, que formaba parte de aquella fundación⁸ —el señor Carlos Fontcuberta, el principal de los albaceas, no tendría dificultad alguna en ello—; y segundo, vender la casa de Sant Vicenç, que estaba desocupada y cuyo mantenimiento producía unos gastos muy superiores a su rentabilidad. «A mi modesto entender —escribía don Manuel—, haciéndolo así, podremos librar a la casa de Gerona de una catástrofe y pagar a proveedores pobres, de esos que todo lo necesitan. A la verdad, me disgusta tener que hacer estas peticiones, pero es la necesidad la que obliga a procurar salvar el cuerpo, aunque haya que cortar algunos miembros»⁹. El Consejo General no se atrevió a oponerse a esta segunda demanda y, en la sesión correspondiente a los días 6 y 7 de noviembre del citado año 1905, dispuso que el padre Rinaldi notificara al superior de Barcelona que tenía la autorización

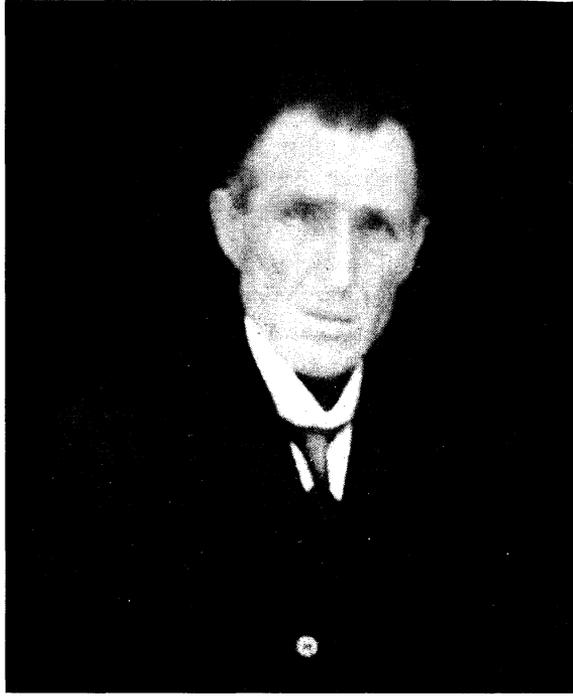
necesaria para vender las dos cosas: «la parte del terreno denominado *la Boscosa*, perteneciente a la fundación de Gerona, como también la casa de Sant Vicenç dels Horts»¹⁰. De esta forma, el gobierno central comprendía los apuros que estaba atravesando el provincial de Barcelona y salía en su ayuda. Y es que, tanto el Rector Mayor como su vicario y administrador —que sabían lo que era ganar el dinero mendigándolo peseta a peseta— sentían pánico cuando se les acumulaban las deudas.

A partir de este momento, ignoramos lo que ocurrió. Concretamente no sabemos en qué términos escribió el padre Rinaldi al padre Hermida o qué nueva circunstancia se interpuso para que el proceso iniciado quedara bloqueado. Porque lo que es cierto del todo es que los salesianos, primero, vendieron los terrenos de *la Boscosa* en el año 1959 (tal vez antes pudieron vender parte) y que la propiedad de la casa Font no sólo no la enajenaron sino que, en 1935, la ampliaron con la adquisición de una finca adjunta, denominada *torre Llinás*.

Y así, esta historia entra en ese túnel oscuro del tiempo en que la casa de Sant Vicenç sólo se limitó a sobrevivir, ya no como un centro de vida y actividad, sino simplemente como una propiedad destinada a un futuro incierto. Incluso quitaron su nombre del elenco o lista general de las casas salesianas de España¹¹. Y es que no contaba. Había perdido todo relieve. Según atestiguaba el padre Hermida en marzo de 1905, sólo había «dos criados de edad avanzada» que vivían allí «como buenos cristianos»¹². Con toda probabilidad se refería a dos empleados conocidos: uno era francés y había ejercido de cocinero; el otro era catalán y había estado ocupado en los quehaceres domésticos. Éste se llamaba Alejandro Planas Saurí. Pasaba de los 25 años y tenía fama de ser muy bueno. Al marcharse los salesianos, ambos habían quedado prácticamente en el paro. Desde 1905 en adelante, no sabemos qué destino deparó la vida al primero; al segundo le convirtió nada menos que en protagonista de la presente historia.

EL GUARDIÁN SORDO

Alejandro había nacido en Mataró el 31 de octubre de 1878, de una familia de trabajadores que, a los pocos días, cuidó de que bautizaran al niño en la parroquia de San Juan y San José. Ignoramos por completo cómo transcurrieron los años de su niñez y juventud, y cuándo y por qué, siendo ya adulto, se trasladó a Sant Vicenç dels Horts. Lo cierto es que, en 1900,



*Alexandre Planas i Saurí,
el «Sord dels Frares».
Foto-carnet (Archivo
Instituto Politécnico
Salesiano de Sarria).*

se encontraba en los salesianos, empleado en las faenas de la casa. Era totalmente sordo. Pero no le faltaban ni el ingenio, ni la destreza, ni las ganas de trabajar. Sobre todo era bueno y hasta muy piadoso. En suma, que se ganó las simpatías de todos, tanto de los profesores como de los jóvenes salesianos estudiantes. Y él se sintió a gusto, plenamente integrado en la misión y en el espíritu de aquella casa. Y cuando, al finalizar el curso 1902-1903, ésta quedó abandonada prácticamente del todo¹³, él permaneció en su puesto. Sería el guardián de la propiedad y de las viejas tradiciones salesianas por espacio de casi 30 años seguidos (1903-1931). De aquí que las gentes de Sant Vicenç le llamaran certeramente «*el sord dels frares*» («el sordo de los frailes»). En su biografía de hombre adulto hay que distinguir dos períodos, separados por el año 1931.

En el primero (1903-1931), Alejandro llevó prevalentemente una vida de *anacoreta*, casi de ermitaño. Porque, aun cuando residiera y trabajara en la casa Font, como ésta se hallaba deshabitada, vivía como un asceta solitario. «Era un personaje curioso —nos hace observar el poeta Joan Nicolau i Costa—. Un hombre que vivía solo en una casa vacía y situada casi al margen del pueblo y que se dedicaba a levantar estatuas de contenido religioso; pero que, al mismo tiempo, acudía al vecindario para salu-

dar a los amigos que lo protegían, y visitar a los enfermos que le esperaban, y, en fin, que frecuentaba la iglesia parroquial y edificaba con su piedad y ejemplo a los feligreses. Alejandro era un ermitaño dentro del poblado: lejano y cercano a la vez, que se escondía pero que no dejaba de influir en la gente. ¡Un personaje singular!»¹⁴. Aquéllos fueron para él unos años heroicos.

En el segundo período (1931-1936), con el retorno de los salesianos y los niños internos, su forma de vida se hizo *cenobítica*, es decir, comunitaria, porque, lo mismo que al inicio del siglo, tenía ya un grupo humano que lo acogía y lo arropaba. «Vivía, en el seminario, con nosotros —nos aseguran algunos que residían con él por los años treinta¹⁵—. Trabajaba para la casa haciendo recados, atendiendo a las pequeñas necesidades de cada día, cultivando la huerta. Comía en la cocina, o en la mesa de los seminaristas y, a veces, en la de los superiores. Tenía aquí su dormitorio». De todas maneras, la soledad —originada por su sordera, su soltería, su carácter más bien reservado, su ardor místico y, en fin, por las circunstancias que le tocaron vivir— marcó permanentemente, en un grado u otro, toda su existencia.

Así como han llegado a nuestro conocimiento diversos testimonios —orales o escritos— referentes al segundo período (1931-1936), del primero, en cambio, sólo poseemos noticias cortas y excesivamente generales. Pero como son coincidentes, cabe delinear con ellas una imagen históricamente segura. Además hay que tener en cuenta que, en la trayectoria personal de Alejandro, no hubo grandes fisuras: el que fue por los años treinta, lo había sido durante los años diez y veinte¹⁶.

El hombre

Alejandro era una persona disminuida: no oía y, como todos los sordos, hablaba muy bajo, si bien, gracias a su mirada penetrante, lograba entender al interlocutor por el movimiento de los labios y responderle con lucidez. Exteriormente estaba lejos de ser agraciado —era pequeño y cargado de hombros—, aunque los testigos insisten en que, por encima de estas deficiencias, sobresalía por su corazón bueno y luminoso. «Era como un tesoro metido en una fea vasija de barro; pero nosotros, los niños, éramos capaces de percibir perfectamente su dignidad humana. Era esto lo que en definitiva se imponía en él» —atestigua Marcel·lí Carrera¹⁷—. Vestía muy pobremente y, según le recuerdan las gentes, iba con su gran bolso de recadero a la espalda; a veces, llevaba un perro de compañía. Suponemos que, al confiarle la vigilancia de la finca, los salesianos harían

algún contrato con él. Muy probablemente no debía de cobrar nada en metálico; pero allí tenía al menos la vivienda y podía percibir el fruto de su trabajo cultivando la huerta. Disponía también de tiempo para dedicarse a otras iniciativas de libre elección. Como su capacidad de trabajo no tenía límites —«rezaba y trabajaba sin parar, haciendo suyo el lema benedictino y salesiano *ora et labora*»¹⁸—, entre una cosa y otra procuraba lo necesario para cubrir sus gastos personales, que eran insignificantes, porque él aceptaba vivir en una pobreza voluntaria ejemplar. En todo caso si algo tenía de más, se lo daba a los pobres.

En medio de este género de vida, Alejandro cumplía sus obligaciones de guardián con una fidelidad absoluta, con una dedicación generosa. «*La seva col·laboració fou desinteressada i fidel fins a l'extrem*» —ha dejado escrito Agustí Caralt—. Y don Antonio Candela que, en nombre del Rector Mayor, visitó la comunidad en diciembre de 1933, no dudó en aplicar a Alejandro el dicho evangélico del «siervo bueno y fiel»¹⁹. Sin duda, el señor Planas amaba sinceramente aquella casa y lo que social y religiosamente significaba. Por ello, la cuidó hasta que los salesianos volvieron de nuevo, casi después de 30 años de ausencia. Y, según se dirá más adelante, no se apartó de ella ni siquiera en los momentos de mayor peligro para su vida. Hasta que sucumbió en la empresa (pág. 129).

Junto al hombre fiel y responsable, aparece el hombre bueno, humilde, sacrificado, de una amabilidad invencible, aunque no le faltaba el ímpetu de un genio vivísimo, que sabía dominar: «Delante de él, no permitía que se hablara mal de nadie» —asegura el señor Juncadella²⁰—. Hasta ahí llegaba la delicadeza de su corazón. Y don Manuel Serrano ponía de relieve otro aspecto al declarar que era «el consolador de todas las familias de Sant Vicenç»²¹. Basándonos en la documentación que hemos analizado, nosotros añadiríamos por nuestra cuenta uno más, es decir, la transparencia de su corazón, la rectitud de intención que le acompañaba siempre. En consecuencia, el «sordo»²² se hacía querer y respetar. Es verdad, que no faltaban quienes se reían de él y de algunas de sus actuaciones; pero eran los menos. El pueblo de Sant Vicenç estaba con él.

El artista

Alejandro tenía alma de artista. Carecía de escuela, usaba instrumentos rudimentarios y trabajaba materiales pobres. Pero, aislado del ruido exterior por la sordera y absorto en la contemplación mística, conseguía plasmar en la materia los sentimientos más íntimos de su vivencia religiosa, que con mucha frecuencia giraba en torno a la pasión de Jesucristo. Debió de ser entre los años diez y veinte cuando levantó en el patio tres



monumentos: el de Cristo clavado en la cruz, el descendimiento y el santo sepulcro. «Entre los tres —recuerda mossén Joan Ràfols— se destacaba el gran crucifijo que presidía el patio y que los viajeros del tren lo podían ver perfectamente por encima de la tapia»²³. La piqueta de la intolerancia religiosa de julio de 1936 abatió las piedras y rompió las estatuas, con el correspondiente sufrimiento del autor (pág. 122).

Como a Alejandro le iba bien esta clase de trabajos, había montado el taller en una de las dependencias de can Font —dentro del edificio que estaba comenzado pero no acabado—, en donde realizaba los encargos que recibía de las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria o trataba de satisfacer los gustos de la piedad popular haciendo pequeñas estatuas de santos, que luego distribuía gratuitamente por las casas de

Tres esculturas del Sordo, antes del 1931: Cristo clavado en la cruz (Archivo Eulalia Juncadella), el Descendimiento y el Santo Sepulcro (Archivo Salesianos de Sant Vicenç).

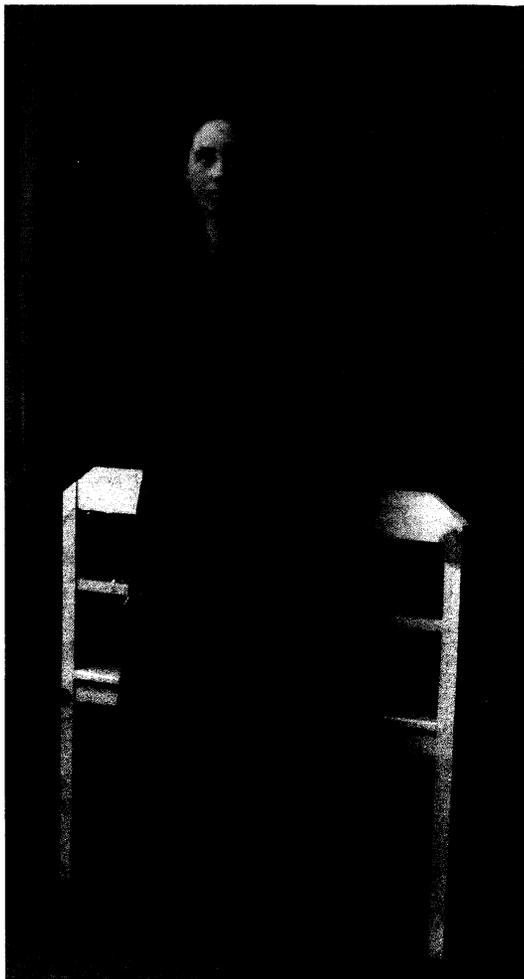
los vecinos. Incluso hoy no sería difícil reunir un buen número de estas imágenes y exhibirlas en una exposición.

El creyente

Todos los testimonios coinciden al afirmar que, en la personalidad del Sordo, la dimensión que mayormente llamaba la atención era la de su fe cristiana. La profesaba en lo íntimo de su ser y la manifestaba con toda claridad, a veces incluso hasta con ostentación. Se sentía obligado a *confesarla* en público.

Los testigos suelen repetir que era un «santo varón», un «verdadero santo», un «hombre de Dios». Lo cual apreciaban sobre todo en su *actitud orante*. «Cuando nosotros llegábamos a la capilla —que era fría y oscura tanto en invierno como en verano, porque entonces se seguía el horario solar, sin adelantarlo ni retrasarlo—, siempre, indefectiblemente, encontrábamos al Sordo de rodillas, haciendo sus prácticas de piedad». Y añade el mismo Joan Ráfols que el Sordo era para todos, seminaristas y salesianos, «un gran modelo de oración»²⁴. Según Joan Juncadella se distinguía precisamente por una «piedad profundísima»²⁵. En consecuencia, habrá que concluir que, aunque el Sordo no oía con los oídos corporales, percibía sin embargo la voz del Espíritu con esa sensibilidad superior, intransferible, que poseen los santos. Y tal vez, lo más admirable en aquella alma era su sed y hambre de Dios, «*cercant sempre més i més l'espiritualitat*» («buscando más y más la espiritualidad»), como señala Agustí Caralt.

La fe de Alejandro se abría, ante todo, al misterio de Dios, ante cuya grandeza caía de rodillas en profunda adoración: «*Corbat de cos, la vista baixa, omplert de vida interior (...); arrecepat en un racó de l'Altíssim, pregonament cap cot, agenollat, endinsat en la meditado de saludable complaença, desfoga a dolls afectes i emocions...*» —así lo veían desde *La Veu de Catalunya*, cuando en la iglesia parroquial se preparaba a recibir la comunión²⁶—. Ésta efectivamente representaba para él el momento sublime e inefable de su encuentro con Dios: «En la capilla pasaba a veces horas ante el sagrario —asegura el salesiano misionero José Bosch. Después de la comunión y durante la acción de gracias, puesto de rodillas, doblaba el cuerpo casi horizontalmente al suelo»²⁷. De la contemplación de Dios en su grandeza salvadora, Alejandro sacaba una gran confianza en la Divina Providencia, pero también una radical aversión a las faltas contra la gloria de Dios y su santo nombre. En concreto no podía tolerar que se blasfemara; si alguno lo hacía, «*el seu rostre adquiria una ex-*



Vicenç Tuset Sala (+1937).

Rosa (Roseta) Deu Martí (+1951).

El matrimonio que solía acoger en su casa al Sordo (Fotografías cedidas por Josep Tuset Deu).

*pressió tensa, mirant severament al de la mala paraulota*²⁸. O, en tono ingenuo y devoto, susurraba: «*La Mare de Déu plora. Nostre Senyor plora*» («*La Madre de Dios llora. Nuestro Señor llora*»)²⁹.

La fe cristiana del Sordo revestía las formas devocionales habituales: si, como se ha dicho, se hacía eucarística, se convertía también en mariana. Los que le conocieron le recuerdan muchas veces rezando y llevando en sus manos un gran rosario. La devoción a la Virgen Santísima, especialmente bajo la advocación de Auxilio de los Cristianos, llenaba sin duda

una buena parte de sus aspiraciones más íntimas. Pero donde el impulso religioso hallaba el cauce más adecuado a sus exigencias interiores era, sin duda alguna, en la meditación de la pasión y de la muerte de Jesucristo. «Del Sordo recuerdo la impresión que nos causaba oírle hablar de la Pasión del Señor» —dice don Luis Vivar, que lo tuvo muy cerca durante el año 1932³⁰—. No hay que extrañarse de ello, porque Alejandro era un penitente que llevaba el misterio de la cruz en su alma e, incluso, en su propia carne. En este punto no hay excepciones: todos los testigos están de acuerdo al evocarle llevando aquel crucifijo de hierro que le colgaba del pecho y cuya cadena se le clavaba en la piel. Según el señor Juncadella, pesaba «cerca de dos kilos»³¹. Don Manuel Serrano Albors añade que tenía dos crucifijos: uno grande, «con el cual dormía», y el otro más pequeño que llevaba de día y del que no quiso separarse «ni siquiera durante la guerra»³². La observación es exacta. Porque a pesar de que, en aquellos aciagos días de julio y meses siguientes del 1936, muchos le advertían sobre el peligro que corría mostrándose así en público, él no acababa de ceder: «¿Es que hago mal a alguien? —respondía—; y, si me matan, mejor, así ya tengo el cielo abierto»³³. Hasta tal punto había asimilado el misterio cristiano de la muerte y de la resurrección. Es muy probable que los milicianos que le detuvieron en la noche del 18 al 19 de noviembre de 1936 para conducirlo al holocausto lo encontraran así, unido a su crucifijo. Hay que suponer que el día anterior, lo mismo que los demás días, habría hecho con toda seriedad el piadoso ejercicio del *Viacrucis*. «Ya lo sabíamos —explican José María Agüero y Jesús Carilla—: cuando subíamos al estudio, el señor Planas entraba en la capilla; y cuando, después de una hora, bajábamos, él estaba terminando el *Viacrucis*, que hacía totalmente inclinado, hasta tocar con la cabeza en el suelo». Si escogía ese espacio de tiempo —en que, apagado el bullicio del recreo de los niños, la casa disfrutaba de paz y sosiego— era para dar a aquella práctica de devoción toda su calidad de concentración espiritual.

Fundamentada sobre esta experiencia de la cruz, a la que se añadía una profunda devoción al Sagrado Corazón de Jesús³⁴, la espiritualidad del Sordo se proyectaba a la ascética y a la solidaridad. Vivía como un penitente, en pobreza evangélica y espíritu de mortificación: «Dormía sobre unas mesas, sin colchón y sin almohada, teniendo al lado de la mesilla una calavera que le recordaba la muerte; incluso le vi algunos instrumentos de penitencia», atestigua el señor Juncadella³⁵. «Me impresionaba su austeridad», añade el padre Bosch³⁶. Éste es otro de los puntos en que los testimonios convergen sin excepción alguna: Alejandro vestía como los pobres y comía frugalmente. Teniendo en cuenta estos aspectos de alto ascetismo, el salesiano laico Ángel Sánchez calificaba al señor Planas de «santo varón, figura patriarcal y legendaria como las de la Edad

Media»³⁷. Hay que añadir que esto no lo aprendió de los salesianos, sino que lo tenía ya asumido antes, «tanto que nos admiraba a todos —dejó escrito uno de los primeros salesianos que lo conoció—, al oírle discurrir sobre todo el contenido (digo *todo*) del gran asceta del siglo XVI-XVII, el padre Alfonso Rodríguez, que citaba mucho y que le era familiar»³⁸.

Pero el amor a la cruz no le impulsaba sólo a la humildad y al dominio de sí mismo, sino también a la práctica de la solidaridad. En este sentido, daba todo lo que podía dar; no precisamente dinero —que nunca tuvo— sino su ayuda fraterna. «Cuando había que hacer algo por alguien —asegura Pere Bosch— lo dejaba todo y se iba a donde hacía falta». Y añade que de esa actividad asistencial vivía en parte, «porque, fuera a donde fuera, si no había comido, le daban de comer»³⁹. Los que más se beneficiaron fueron los niños de la catequesis y los enfermos: «*Tampoc mancava mai al costat del Hit d'un malalt greu; el vetllava mentre la seva família descansava*» —escribe Agustí Caralt—. Y si, llegado el caso, en la familia no había nadie capaz de amortajar al difunto, allí estaba Alejandro dispuesto también a prestar este servicio. En su alto sentido de solidaridad, los preferidos eran los enfermos pobres, a quienes, como explica Joan Juncadella, ayudaba «con las limosnas que recogía y con el dinero, fruto del propio trabajo»⁴⁰.

El salesiano

Y, junto a los enfermos, los niños. Como se ha señalado antes (pág. 58), la vida del oratorio festivo o *esplai* infantil que habían organizado los salesianos terminó con su marcha. Pero la parroquia de Sant Vicenç recogió la antorcha, muy concretamente por medio del señor Juncadella: un catequista nato que, en medio de sus posibilidades, contribuyó de verdad a que aquella institución tuviera nueva vida. Pero Juncadella se vio enseguida acompañado por el Sordo. Entonces nació entre ellos el vínculo de una amistad y de una colaboración que iba a ser permanente. Solamente lo cortó la tragedia de la muerte del segundo, en noviembre de 1936.

Alejandro no sólo se cuidaba de la limpieza y orden exterior del local del oratorio, sino que demostró ser un auténtico animador de los juegos y de las excursiones que se organizaban. Y, llegado el caso, no dudaba en poner allí el dinero de sus ahorros.

Y es que dentro llevaba el corazón de un salesiano. Debido a la sordera, no pudo profesar en la Congregación. Pero consta que tenía votos privados, «que emitió por autorización del entonces inspector nuestro, don Felipe Rinaldi», en declaración del padre Crescenzi que, como superior de



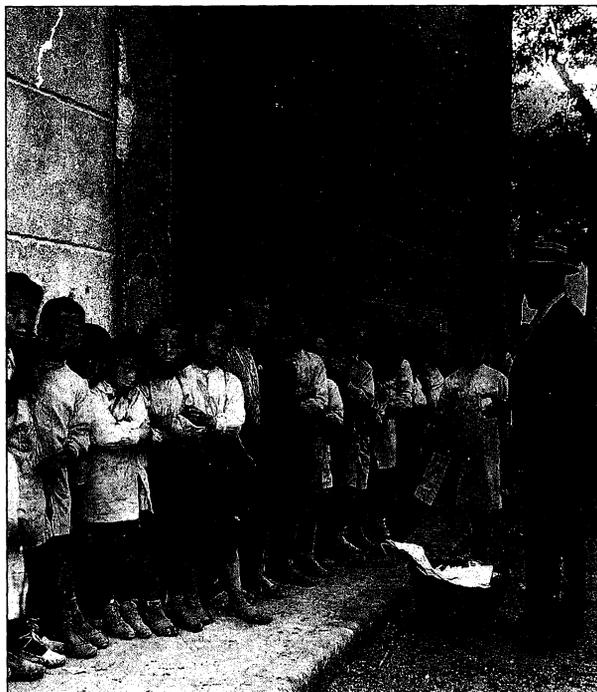
Catequesis parroquial en el recinto de los salesianos. Presiden el grupo de niñas mossén Rossend Sàbat y Joan Juncadella. Año 1920 (Archivo Josefina Ferrés).

la casa, estaba en condiciones de conocer bien la situación íntima de las personas⁴¹. Su identificación con la causa salesiana la demostró de mil maneras, pero de una forma particularmente significativa cuidando, primero, él solo la casa por espacio de unos treinta años (1903-1931); segundo, defendiéndola en la difícil coyuntura de julio del 1936; tercero, colaborando en la obra del oratorio festivo; cuarto, atendiendo a la vida del seminario: «A los aspirantes nos quería y trataba como verdaderos hijos —atestigua mossén Ráfols, evocando los primeros años treinta—. Se desvivía por nosotros, en especial cuando alguien se ponía enfermo o tenía un contratiempo o debía abandonar la casa»⁴². Y mossén Carrera insiste en la misma experiencia: «Parecía nuestro padre, de cada uno de nosotros»⁴³. Lo cual quedó patente durante aquel trance, tan amargo, que debieron sufrir los salesianos cuando, en 1935, tres aspirantes murieron ahogados en el río Llobregat: «*El dolor d'aquell home era com el de perdre tres fills*» («El dolor de aquel hombre era como el de perder tres hijos»), afirma Agustí Caralt⁴⁴. Todo ello fue motivo para que los salesianos religiosos le considerasen no como un simple *emplead*o de la casa, sino como un *familiar* o *cooperador*. Don Antonio Candela, al conocerle en su visita oficial en la Navidad del año 1933, no dudó en aplicarle el dicho eva-

gético del «*buon e fedele famiglio*» («empleado bueno y fiel»)⁴⁵. Para Joan Ràfols, «era un salesiano de gran talla espiritual»⁴⁶. Según se explica más adelante (pág. 129), Alejandro murió asociado al martirio de otro hermano salesiano.

LA SEGUNDA REPÚBLICA

En enero de 1930 cayó la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, y con ello la Monarquía de Alfonso XIII, que la había apoyado, entró en una crisis de muerte⁴⁷. Las elecciones municipales celebradas el domingo 12 de abril del año siguiente demostraron que las aspiraciones republicanas, en cuanto contrarias a los ideales monárquicos, dominaban en las capitales de provincia y en las ciudades de alguna importancia. De suerte que no hizo falta llegar a las elecciones generales que se habían proyectado para el otoño. Porque a media tarde del lunes, 13, las gentes de Madrid comenzaron a invadir las calles enarbolando la bandera tricolor republicana y cantando el himno de Riego. De esta manera —bulliciosa, pero exenta en general de violencias— entendían festejar el triunfo de la causa republicana. Y su entusiasmo se fue difundiendo cada vez más.



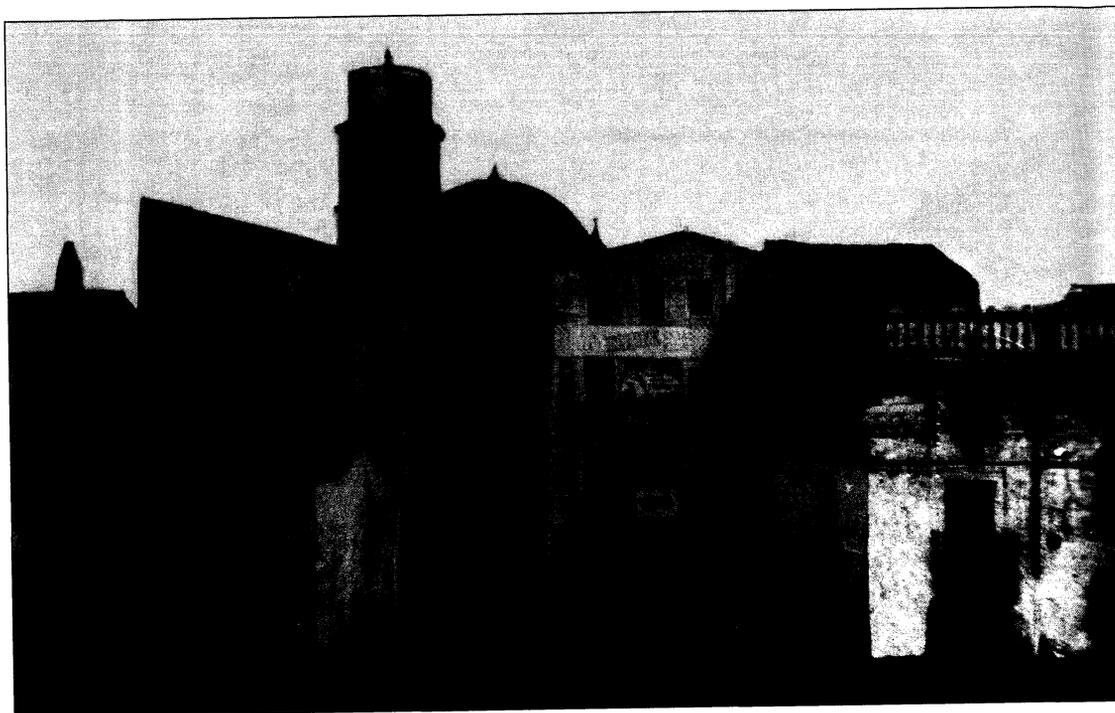
*Catequesis parroquial.
El señor Juncadella
con un grupo de niños
(Archivo Eulalia
Juncadella).*

A la mañana siguiente, martes 14, y en medio de una gran euforia, muchos ayuntamientos de todo el país se pronunciaron en favor del nuevo régimen. En Barcelona lo proclamaron Lluís Companys y Francesc Maciá, ambos de Esquerra Republicana de Catalunya, partido que habían fundado pocos días antes: el primero lo hacía desde el balcón del Ayuntamiento de Barcelona a las primeras horas de la tarde; el segundo, al poco tiempo, a eso de las cuatro, anunciando desde el mismo sitio y después desde el balcón del palacio de la Diputación Provincial «la República catalana» y «un Estado Catalán bajo el régimen de una República Catalana». Cada uno actuó de una manera espontánea y personalísima, pero con creciente aceptación por parte de las gentes⁴⁸. «Yo, aunque todavía era muy pequeño, recuerdo que aquí, en Sant Vicenç, organizaron una manifestación por las calles paseando la bandera republicana —asegura el señor Costa i Ubach—. Había mucha alegría. Todos estaban contentos»⁴⁹. La Segunda República Española era ya un hecho. Y, por tanto, el monarca ya no tenía sitio. A las nueve de la noche abandonó el palacio real para dirigirse, en automóvil conducido por él mismo, a Cartagena y embarcarse inmediatamente en el buque que debía llevarle a Marsella⁵⁰.

Por su parte, el comité republicano, que con tanta sagacidad había preparado las citadas elecciones municipales, decidió acudir al Ministerio de Gobernación y tomar en sus manos el poder. Lo hizo pacíficamente, con la práctica aprobación de todos. En el balcón principal y ante la muchedumbre que llenaba la Puerta del Sol, ondeó la bandera de la República. Serían las ocho o las nueve de la noche. E inmediatamente se tuvo formado el llamado Gobierno Provisional, presidido por don Niceto Alcalá Zamora. Éste y el ministro de Gobernación, Miguel Maura, eran ex monárquicos y católicos; los demás, socialistas o militantes de otros partidos.

El miércoles, 15, por la mañana, el resto de la familia real —con la reina Victoria Eugenia a la cabeza— tomó el tren en dirección a la frontera francesa (vía Hendaya), en tanto que el Gobierno Provisional fijaba el estatuto jurídico de la nueva República, proclamando, entre otras cosas, la libertad de conciencia y de culto, y reconociendo plenamente el derecho a la propiedad privada.

El sector de la derecha —monárquicos, conservadores, católicos— aceptó sinceramente los hechos consumados y acató de entrada la nueva forma de gobierno que el pueblo español se había otorgado a sí mismo. Incluso la jerarquía de la Iglesia católica no tuvo, en general, nada en contra. Los salesianos, por supuesto, tampoco. «Han cambiado las cosas —les escribía el superior provincial de Barcelona, padre José Calasanz—. Nosotros, siguiendo las enseñanzas de nuestro Beato Padre [Don Bosco] y del papa León XIII, acatamos los poderes constituidos y, en la primera ocasión que

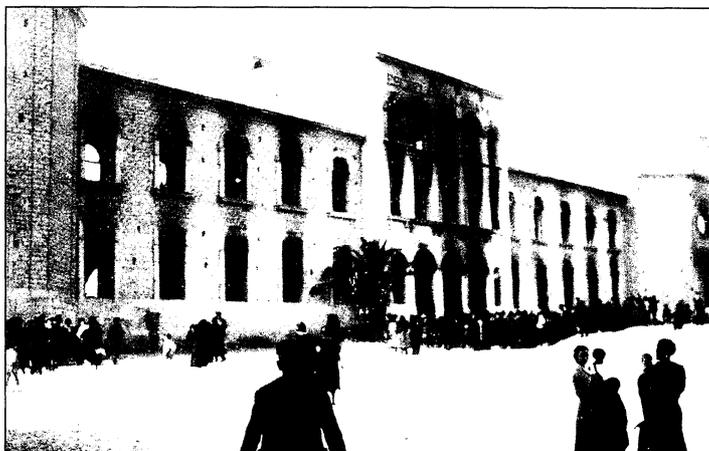
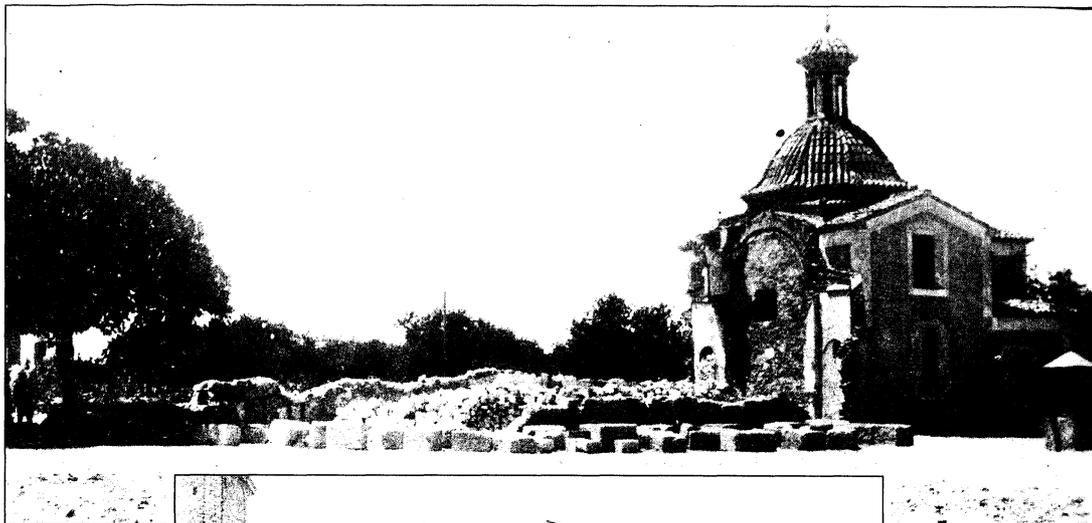


Sant Vicenç. Plaza de Catalunya, hacia 1925 (Foto J.B., cedida por Miquel Siñol. Archivo Aymerich).

se ofrezca, mostremos a la autoridad legítima el respeto y sumisión que le debemos, cumpliendo con las autoridades actuales como se cumplía con las anteriores»⁵¹.

Arden los conventos

Pero, a pesar de la paz exterior, los ánimos no estaban reconciliados. Tanto los republicanos y los que pasaban por tales, como sus opositores andaban divididos. La tarde del domingo 10 de mayo, a raíz de un incidente provocado durante la mañana por unos jóvenes monárquicos en la madrileña calle de Alcalá (entre las plazas de la Cibeles y de la Independencia), las gentes —en buena parte jóvenes también— comenzaron a ocupar la Puerta del Sol. Colocadas ante el edificio del Ministerio de Gobernación, con gritos e insultos pedían el castigo de los monárquicos provocadores, la destitución del ministro Maura y la disolución de la Guardia Civil. El Gobierno, sobrecogido por el miedo y dudando si debía



Mayo de 1931: en la «quema de conventos» quedan destruidos el seminario salesiano de Campello (arriba) y el colegio salesiano de Alicante (abajo).

emplear o no la fuerza pública contra la masa, permaneció inactivo, lo que de hecho permitió que, en poco tiempo, la marea de la protesta subiera de una forma alarmante. Al anochecer, el citado ministro se enteró de que grupos de mozalbetes, adscritos al Ateneo, planeaban incendiar, al día siguiente, iglesias y conventos. Por fin, las fuerzas del anticlericalismo radical iban a actuar...

Y, en efecto, durante la mañana y las primeras horas de la tarde del martes 11 de mayo, se llevó a cabo impunemente la llamada «quema de conventos». Hasta que, a partir de las cuatro o las cinco de la tarde, se comenzó a dar a conocer en Madrid la voluntad del Gobierno: declaraba el

estado de guerra. El ejército, por tanto, saldría de los cuarteles y ocuparía la calle. «*Al minuto* —explica Miguel Maura, entonces ministro del Interior— desaparecieron las partidas de gamberros, se acabaron los incendios y el orden quedó restablecido *instantáneamente*»⁵².

Sin embargo, la decisión del Gobierno Provisional llegaba demasiado tarde a las provincias. El mal ejemplo estaba ya dado... Durante aquella misma tarde, durante la noche del 11 al 12 y la mañana de este día, la tea incendiaria llegó a las provincias de Alicante, Cádiz, Córdoba, Huelva, Murcia, Sevilla, Valencia y Zaragoza. Y, de un modo particularmente virulento, a la de Málaga⁵³. En total, en España, fueron destruidos 107 edificios de significación religiosa⁵⁴. Dos de ellos pertenecían a la antigua Provincia Salesiana Tarraconense: el de Alicante y el de Campello (en la misma provincia).

La casa de Alicante, con sus escuelas populares y la iglesia de María Auxiliadora, fue pasto de las llamas al anochecer del lunes, día 11⁵⁵. A la mañana siguiente, pasó por aquel lugar uno de los salesianos expulsados, Francesc Tarinas: «*Quina pena, Senyor!*—dejó escrito en sus *Memorias*⁵⁶—. *Veure aquelles escoles abans plenes de brogidora i alegre joventut, i ara, en cosa de poques hores, veure-les destrossadaes i mig cremades... Canyerries rebentades, bassals d'aigua i brutícia arreu. L'església i el teatre amb els sostres esfondrats i tot cremat*». Intentó introducirse en lo que quedaba del edificio con la idea de recuperar parte al menos de los efectivos personales que había tenido que abandonar en la fuga precipitada de la noche anterior, pero se encontró con que «*hi havia gent que entrava i en sortia emportant-se mobles, roba i altres coses que el foc havia respectat. A prop meu passá un home amb una porció de llibres, el qual, al veure'm, digué mig avergonyit: 'pels meus fills'*»⁵⁷. Así funcionaban las cosas en todos los sitios a los que llegaba el ímpetu de la masa enardecida por el odio anticlerical. Y ¿qué hacía, mientras tanto, la autoridad? Nada, se inhibía.

La casa de Campello había sido fundada en 1907 para centro de formación de los salesianos. Durante el curso 1930-1931, como seminario menor acogía a 74 aspirantes o latinistas, y, como seminario mayor, a 21 estudiantes de Teología.

Al anochecer del día 11 de mayo, llegó la noticia de lo que estaba ocurriendo en Alicante y concretamente en las escuelas salesianas; se decía también que los revoltosos proyectaban llegarse a Campello para hacer lo mismo con el seminario. «Conocedor de aquella siniestra comunicación —dejó anotado don Tomás Baraut, que a la sazón era estudiante de Teología—, subí con algunos compañeros al dormitorio..., y, en efecto, mirando por las ventanas, vimos reflejarse sobre el cielo de Alicante los ma-

cabros resplandores. Don José Sastre y un servidor salimos a la carretera de San Juan, vestidos de paisano, y subidos a un olivo, mirábamos lejos, por si venía la turba soliviantada y poder avisar con tiempo a los nuestros. Pasaron algunas horas así. Pero, al ver que nadie se acercaba, a eso de las dos de la madrugada del 12, volvimos al seminario. Sólo los aspirantes descansaban tranquilos. Los salesianos, todos ya de *paisano*, iban y venían de una parte a otra muy preocupados»⁵⁸. La hora del sacrificio sonó un poco después, por la mañana. Pero, alertados a tiempo, todos pudieron ponerse a salvo antes de que llegaran los incendiarios. Hemos de suponer que éstos emplearían aquí los mismos métodos que en la destrucción de las escuelas salesianas de Alicante, sin que nadie les molestara. Lo cierto es que la casa fue saqueada y quemada por completo⁵⁹. Quedó absolutamente inservible. Ya no era posible que los seminaristas volvieran allí al curso siguiente.

El impacto psicológico

Antes de proseguir esta historia conviene que reflexionemos, siquiera un momento, sobre los hechos expuestos, porque la «quema de conventos» no fue indiferente para el desarrollo ulterior de la vida española durante la Segunda República.

Por una parte, se ha podido comprobar la vigencia del anticlericalismo, que tenía como dos raíces. Una se nutría del pensamiento de algunos intelectuales que, aunque distantes de la realidad social del país, pretendían sin embargo dar a la República el buen tono de su progresismo *europeizante*. La otra se alimentaba de los grupos del reformismo social —socialistas, anarquistas, anarcosindicalistas, comunistas—, los cuales querían más bien servirse de la República para alcanzar la dictadura del proletariado. Para los primeros —burgueses e intelectuales—, el anticlericalismo era como una necesidad psicológica; para los segundos —cierta clase obrera—, una especie de venganza, por creer que habían sido abandonados y engañados por la Iglesia.

En los inicios del régimen republicano, este sentimiento anticlerical fue tolerado, de una forma u otra, por las nuevas autoridades. Su permisividad, silencio e inoperancia difícilmente pueden juzgarse exentos de culpa⁶⁰. Además, una vez consumados los hechos vandálicos, no se incoó proceso algunos contra los responsables. Y es que, en la base de tal actitud, estaba el anticlericalismo del propio Gobierno, que Miguel Maura ya lo percibía en las reuniones del primitivo comité republicano, cuyos miembros, a excepción de él y de Alcalá Zamora, eran «ferozmente anticlericales y, por supuesto, agnósticos, cuando no ateos. Para ellos —añade—,

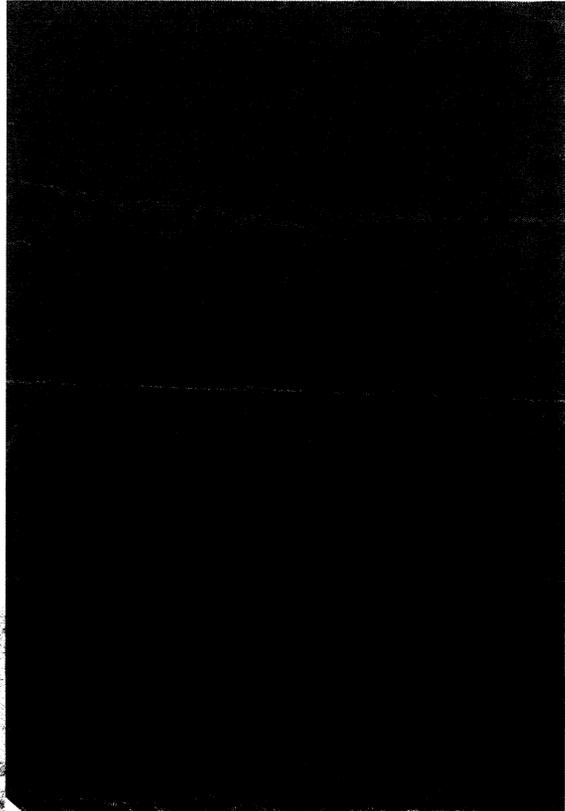
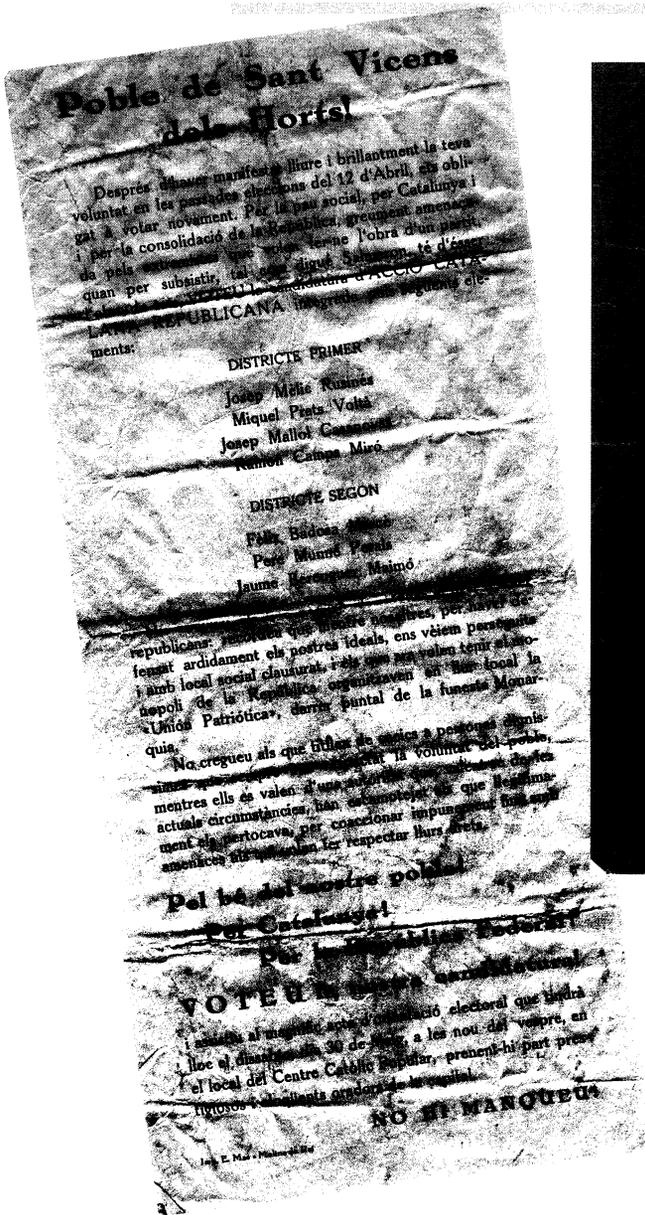
República era sinónimo de laicismo integral y, dada la realidad española, ello equivalía a la persecución religiosa, puesto que habían de ser disueltas todas las órdenes monásticas y confiscados sus bienes en beneficio del Estado. La desamortización debía hacerse inmediata e implacablemente»⁶¹. Ésta era la mentalidad de la mayoría de los que luego iban a formar el Gobierno Provisional de la República. Los sucesos de mayo de 1931 plasmaron precisamente su primera manifestación.

Por otra parte, hay que consignar también la apatía de los elementos de la oposición para intervenir en la calle y evitar en lo posible toda aquella serie de desmanes. En este sentido, conservadores y católicos —desorganizados todavía después de la etapa dictatorial— hicieron bien poco para defender lo que decían que era suyo. Lo mismo ocurrió en la *Semana Trágica* de Barcelona (julio-agosto de 1909). Cuando se llega a tales situaciones, la Iglesia debe preguntarse muy seriamente si no ha sido ella misma la que, involuntariamente, ha dado pie a la acumulación y descarga de tantas pasiones anticatólicas, y, si es el caso, pedir perdón y rectificar su comportamiento.

El efecto más grave de todo esto no radicó en la pérdida de los bienes materiales o del patrimonio artístico y cultural ⁶², sino en el impacto psicológico que produjo en la conciencia del mundo católico. Emocionalmente éste quedó cerrado o, al menos, distante ante aquel régimen político que aparecía tan ambiguo y displicente en materia religiosa. Los sucesos de mayo de 1931 no contribuyeron en nada a serenar los ánimos; sirvieron más bien para enfrentarlos entre sí⁶³. El Rector Mayor de Congregación Salesiana, por ejemplo, después de haber efectuado las debidas indagaciones, llegó a la conclusión de que aquellos actos habían constituido una verdadera agresión, y pedía a todos los salesianos del mundo oraciones especiales por aquella España «*cosí fieramente perseguitata*» («tan brutalmente perseguida»)⁶⁴. Además de lo que debieron sufrir los salesianos de Alicante y Campello, también hubieron de soportar diversas molestias los de Alcoy y Villena (en la misma provincia de Alicante).

El lector procurará no perder de vista esta perspectiva, en la cual ha de colocarse también el contenido del capítulo siguiente.

Pero, mientras tanto, había que seguir viviendo. Como no era posible tener restablecido el seminario de Campello para el curso 1931-1932, los salesianos de Barcelona tuvieron que reorganizar, con cierta urgencia, el mapa de sus casas de formación. Dada la gravedad del momento, el referido Superior Mayor, don Felipe Rinaldi, envió por dos veces a España a su vicario general, padre Ricaldone: en mayo-junio y en septiembre-octubre de 1931⁶⁵. Su misión consistía en animar a los salesianos, orientarles en la nueva etapa que iniciaban, asegurar las propiedades de la



Mayo de 1931: el ímpetu republicano llega también a Sant Vicenç (Archivo familia Amigó-Comamala).

Congregación y tomar, en fin, las medidas de gobierno pertinentes. Resultado de la primera visita fue la decisión de volver a abrir la casa de Sant Vicenç dels Horts, no ya como noviciado-seminario, sino como seminario menor o *aspirantado* de la provincia de Barcelona; y fruto de la segunda, el acuerdo de abrir en Madrid-Carabanchel Alto un «Estudiantado Teológico Nacional», es decir, un seminario mayor con estudios de teolo-

gía, al cual acudirían los salesianos procedentes de las tres provincias⁶⁶.

De esta manera, después de casi treinta años (1903-1931), la vieja masía Font sintió en sus entrañas el estremecimiento de una vida nueva.

NOTAS

¹ Cf por ejemplo, A.DÍAZ, *Los salesianos en Campello 1907- 1982*. Inspectoría salesiana de San José, Valencia 1984, 41, 191. Y llama la atención que en la misma población de Sant Vicenç se haya mantenido esta idea equivocada. Cf E. AYMERICH, *Los salesianos en nuestra historia*. En *Mes*, abril 1957, 2. AA.VV., *Sant Vicenç dels Horts. Aproximado a l'estudi del medi natural i social*. Sant Vicenç dels Horts 1987, 133.

² Según un apunte de don Tomás Bordas que recoge la carta mortuoria de don Elias Otero (firmada por Santos Sastre, Santander [1973]), allí estuvieron Felipe Alcántara, Cirilo Sagastagoitia, Francisco Serrats y el propio Otero. En el *Elenco* del año correspondiente figuran también los nombres de José Castells, Narciso Gratacós, Juan Vidal y Luis Xancó. Cf también *Società di S. Francesco di Sales 1904*, pág. 89.

³ Ver la carta mortuoria, firmada por Luis Chiandotto, Salamanca 14-IX- 1964. También A.MARTÍN GONZÁLEZ, *Historia de la casa de Carabanchel Alto*. Inspectoría «San Juan Bosco», Madrid 1984, 40, 44. E.ALONSO, *Con tu auxilio. Apuntes biográficos sobre salesianos fallecidos en la Inspectoría de San Juan Bosco*. Madrid. Madrid 1994, 167-176. Sería de desear que los tres autores fueran más claros y precisos al aducir la cronología.

⁴ Acta correspondiente a la sesión 25-VI-1906, en *Verballi*, I, fol. 86. En el Archivo Salesiano Central. Roma (= ASC), D 870.

⁵ Ver actas correspondientes a las sesiones 8-II-1904 y 3-V-1904 en *Verballi*, I, 213r y 214v: ASC, D 869.

⁶ Carta desde Turín 4-V-1904: ASC, A 377 *Rinaldi*.

⁷ *Ibid.*

⁸ Cf R.ALBERDI, *Girona. Cent anys de presència salesiana 1892-1992*. Girona 1992, 9.

⁹ Carta al Rector Mayor desde Barcelona-Sarriá 1-XI-1905: ASC, 31 *Spagna-Barcellona. Corrispondenza C.S.*

¹⁰ Acta referente a la sesión de los días indicados, en *Verballi*, II, fol. 49r: ASC, D 870.

¹¹ Desaparece a partir del 1906.

¹² *Rendiconto* correspondiente al curso 1904-1905.

- ¹³ Aunque en los «elencos» de la *Società di San Francesco di Sales. Antico Continente*, correspondientes a los años 1904 y 1905, todavía figure el nombre de algún salesiano como adscrito a la casa, en ésta ya no hubo ninguna actividad de relieve.
- ¹⁴ Testimonio, Sant Vicenç dels Horts 4-II-1995.
- ¹⁵ Tales como los hermanos Agüero (José María y Juan), Jesús Carilla, Marcel·lí Carrera, Ángel García, Manuel Ivorra, Joan Ráfols, Luis Vivar.
- ¹⁶ En relación a esta etapa, preferimos seguir, sobre todo, los recuerdos de Joan Juncadella Carcereny, que, 20 años más joven que Alejandro, mantuvo con él una estrecha amistad, desde 1905 hasta su desaparición en 1936. Tenemos también delante los estudios que sigue llevando a cabo Agustí Caralt, que conoció personalmente al interesado y ha estado en contacto con numerosos testigos de la época más antigua. El primero falleció en 1971, a los 75 años de edad; el segundo vive por fortuna entre nosotros y nos ha alegrado con una reciente publicación suya: *Escaquer vicentí. Personatges populars*. Sant Vicenç dels Horts 1995. Referencias más importantes al señor Planas en las págs. 26, 30, 162.
- ¹⁷ Testimonio, Barcelona 7-III-1995.
- ¹⁸ Testimonio de Joan Ráfols, Barcelona 28-II-1995.
- ¹⁹ *Visita straordinaria, 27-XII-1933: ASC, F015 Spagna-Barcellona*.
- ²⁰ VALENTINA. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Josephi Calasanz et sociorum e Societate S. Francisci Salesii. Summarium super dubio an constet de martyrio, eiusque causa, in casu et ad effectum de quo agitur*. [Roma 1995], pág. 160, n. 509. En adelante se cita por *Summarium*.
- ²¹ *Ibid.*, pág. 170, n. 542.
- ²² De aquí en adelante y en referencia al señor Planas escribiremos este adjetivo con mayúscula —Sordo—.
- ²³ Testimonio, Barcelona 28-II-1995.
- ²⁴ Testimonio, Barcelona 28-II-1995.
- ²⁵ *Summarium*, pág. 159, n. 509.
- ²⁶ Ver el reportaje titulado *L'home de Déu*: 30-VII-1926.
- ²⁷ Carta a Amadeo Burdeus, 16-V-1951. Josep Bosch ha fallecido en la ciudad filipina de Cebú, el 13 de octubre de 1995, precisamente cuando se redactaban estas líneas.
- ²⁸ Agustí Caralt, en su escrito *Santedat i Sordesa* (mecanografiado).
- ²⁹ Testimonio de mossén Marcel·lí Carrera, Barcelona 7-III-1995.
- ³⁰ Testimonio, Huesca 27-II-1995.
- ³¹ *Summarium*, pág. 159, n. 509.
- ³² *Summarium*, pág. 170, n. 542.

- ³³ Manuel Serrano, en *Summarium*, pág. 171, n. 545.
- ³⁴ «A los niños nos hablaba muchas veces del Sagrado Corazón», recuerda todavía mossén Marcel·lí Carrera.
- ³⁵ *Summarium*, pág. 159, n. 509.
- ³⁶ Carta a Amadeo Burdeus, 16-V-1951.
- ³⁷ Carta a A. Burdeus desde Sant Viceng, agosto 1940.
- ³⁸ Carta de Anastasio Crescenzi a Amadeo Burdeus desde Madrid (?) 1-VI-1951. El autor, ya mencionado en el capítulo anterior, trató a Alejandro durante los años 1900-1903. El padre Alfonso Rodríguez, nacido en Valladolid en 1538, ingresó en la Compañía de Jesús a los 19 años, y en 1609 publicó en Sevilla su *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, la obra que le consagró como escritor ascético y que ha llegado a tener muchísimas ediciones. El padre Rodríguez murió en la capital andaluza en 1616. Cf *Diccionario de historia eclesiástica de España*, III. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1973, 2101-2102.
- ³⁹ Testimonio, Sant Viceng dels Horts 11-II-1995.
- ⁴⁰ *Summarium*, pág. 160, n. 509.
- ⁴¹ Carta a A. Burdeus, Madrid (?) 1-VI-1951.
- ⁴² Testimonio, Barcelona 28-II-1995.
- ⁴³ Testimonio, Barcelona 7-III-1995.
- ⁴⁴ Don José María Agüero fue testigo de primera mano y puede proporcionar muchos detalles al respecto. Ver pág. 115. Y también A.CARALT, *Escaquer vicentí. Personatges populars*. Sant Viceng dels Horts 1995, 162.
- ⁴⁵ *Visita straordinaria*. San Vicens [sic] 27-XII-1933: ASC, F 015 Spagna-Barcellona.
- ⁴⁶ Testimonio, Barcelona 28-II-1995.
- ⁴⁷ Cf J.L.GÓMEZ-NAVARRO, *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores*. Ed. Cátedra, Madrid 1991, 520-529.
- ⁴⁸ Cf A.OSSORIO Y GALLARDO, *Vida y sacrificio de Companys*. Ed. Nova Terra, Barcelona 1976, 78, 90, 91-93.
- ⁴⁹ Testimonio, Sant Vicenç 25-XI-1995.
- ⁵⁰ Cf T.LUCA DE TENA, *Papeles para la pequeña y la gran historia. Memorias de mi padre y mías*. Ed. Planeta, Barcelona 1991, 84-93. D.BERENGUER, *De la Dictadura a la República*. Ed Tebas, Madrid 1975, 355-360.
- ⁵¹ Carta circular mecanografiada, Barcelona-Sarriá 16-IV-1931.
- ⁵² *Así cayó Alfonso XIII...* Ed Ariel, Barcelona 1962, 254. Estas *Memorias* de Miguel Maura constituyen un testimonio imprescindible para el conocimiento de los hechos que se estudian aquí.

- ⁵³ Cf G.REDONDO, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939. I, La Segunda República 1931-1936*. Ed. Rialp, Madrid 1993, 138-139.
- ⁵⁴ Cf V.PALACIO ATARD, *Cinco historias de la república y de la guerra*. Editora Nacional, Madrid 1973, 45.
- ⁵⁵ Cf A.DÍAZ, *La obra salesiana en la ciudad de Alicante*. Inspectoría Salesiana de San José, Valencia 1994, 79-87.
- ⁵⁶ *Memories d'un home compromés amb Déu*. Manuscrito revisado en 1989. Aunque el autor cae en numerosos errores históricos y su sintaxis es defectuosa, consigue, sin embargo, expresar con suficiente viveza las experiencias personales.
- ⁵⁷ *Ibid.*, 99.
- ⁵⁸ *Memorias*, 45-47. Se trata de un manuscrito que el padre Baraut i Obiols (1902-1987) redactó durante los últimos años de su vida y se conserva en el Archivo Inspectorial de Barcelona.
- ⁵⁹ Cf A.DÍAZ, *Los salesianos en Campello 1907-1982*. Inspectoría Salesiana de San José, Valencia 1983, 174-178. El edificio tenía capacidad para acoger a 140 personas, y estaba bien equipado bajo todos los aspectos. Ver la relación firmada en Campello por Juan Castaño, el 10-VII-1939: ASC, F013 Spagna genérica.
- ⁶⁰ El cronista de la casa salesiana de la Santísima Trinidad, de Sevilla, escribió que el Gobierno Provisional «cual nuevo Pilatos se lava las manos». J.BORRERO, *Cien años de presencia salesiana en Sevilla-Trinidad, 1893-1993. Historia de una crónica vivida*. Ed. Escuelas Salesianas-Trinidad, Sevilla 1994, 412.
- ⁶¹ *Así cayó Alfonso XIII*, 82.
- ⁶² Cf T.LUCA DE TENA, *Papeles para la pequeña y la gran historia...*, 118-119. J. ARRARÁS, *Historia de la Segunda República Española*, I. Editora Nacional, Madrid 1969, 101-129.
- ⁶³ Cf R. CARR (ed.), *Estudios sobre la República y la Guerra Civil española*. Ed. Ariel, Barcelona 1973, 21-22, 73-74.
- ⁶⁴ Carta abierta de don Felipe Rinaldi, con fecha 24-XI-1931, en *Atti del Capitolo Superiore*, n. 57 (24 novembre 1931) 972.
- ⁶⁵ Cf F.RASTELLO, *Don Pietro Ricaldone, IV successore di Don Bosco*, I. Editrice SDB, Roma 1976, 436-438.
- ⁶⁶ Ver el acta del acuerdo, fechado en Sarria el 3-X-1931. En A. MARTÍN GONZÁLEZ, *Historia de la casa de Carabanchel Alto*. Inspectoría «San Juan Bosco», Madrid 1984, 116-117

4. RENACER Y MORIR

En 1917, el padre provincial José Binelli, giró una visita a la casa de Sant Vicenç. Estaba, como sabemos, deshabitada y la cuidaba el Sordo. Lo que llamó la atención del visitante fue la capillita que halló vacía, pero limpia. «Sobre el altar —escribió—, había un nicho de dos palmos de altura, con una estatuilla de María Auxiliadora, ennegrecida por el paso del tiempo. Me gustó ver a la *Virgen...en su sitio*. ¡Que ella guarde la casa y nos ayude a encontrar pronto un grupo de almas escogidas que quieran consagrarse al servicio de Dios! Este sitio podría servir muy bien para Seminario Mayor»¹. Como se ve, el corazón mariano del «santo Don Binelli» —así solían llamarle los salesianos— se conmovió ante aquel detalle devocional y se abrió al deseo de que, un día u otro, la casa volviera a ser lo que ya había sido, es decir, un centro de formación para salesianos. Tal vez, la anécdota indica también que, en el ámbito de la Inspectoría Salesiana de Barcelona, nunca se había borrado del todo semejante proyecto. Los tristes acontecimientos de los días 11 y 12 de mayo, ya narrados en el capítulo anterior, hicieron que los sueños lejanos se convirtieran en realidad.

La casa de Sarria siempre mantuvo alguna relación especial con la de Sant Viceng. Don Guillermo Pérez recuerda todavía perfectamente cómo, por los años veinte, el tercer viernes de agosto, todos los residentes (salesianos y alumnos) iban a Sant Viceng a pasar un día de asueto. Iban y se volvían. Pero, en el verano de 1931, los salesianos fueron allí con el propósito de quedarse. Abrirían un aspirantado o seminario menor que sustituyera al de Campello.

Los tiempos, sin embargo, no eran propicios para este género de instituciones. Lo sabemos bien. El impulso anticlerical que, según hemos visto, apareció claramente al inicio del período republicano (1931), lejos de disminuir fue progresando durante los años siguientes. Por lo que la planta

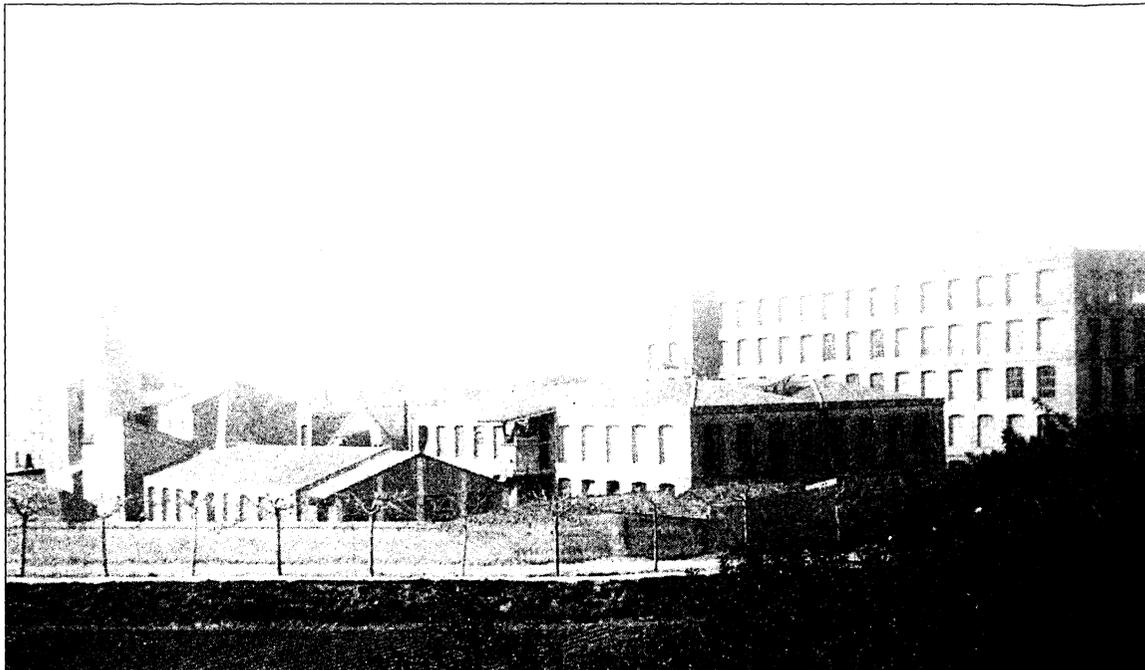
que renacía a las orillas del Llobregat apenas tuvo tiempo para desarrollarse. A los cinco años, una tormenta, mucho más violenta que la de mayo de 1931, cayó sobre ella y la aplastó despiadadamente.

EL PUEBLO Y LA CASA

¿Cómo encontraron los salesianos el pueblo de Sant Viceng al volver después de unos 30 años de ausencia? En general, lo hallaron con la misma fisonomía. Fundamentalmente seguía siendo un núcleo agrícola, con todo el encanto y pintoresquismo de antes. Las frutas, sobre todo, y las verduras de su vega se imponían por su calidad y cantidad. En cuanto a la población, había experimentado un notable aumento: si en 1900 tenía 1.800 habitantes, tres decenios más tarde superaba los 2.900. Esto se debía, siquiera en parte, a una primera aparición de establecimientos industriales, como el de Comamala (1911) —cuyo nombre quedaría años después vinculado de alguna manera al de los salesianos— y el de Cementos Molins (1928). Un buen número de trabajadores acostumbraban también acudir a la fábrica textil de la «Colonia Güell», establecida en 1890 en el vecino municipio de Santa Coloma de Cervelló.

Otra muestra del progreso que se estaba verificando fue el tren de vía estrecha, o *carrilet*, que la Compañía Nordeste de España inauguró el 29 de septiembre de 1912 al objeto de enlazar Barcelona con Martorell. De esta forma, el pueblo de Sant Viceng se vio mucho mejor relacionado con otros de la comarca y aun con los de fuera; y los salesianos se sintieron más cercanos a la sede inspectorial de Barcelona-Sarriá.

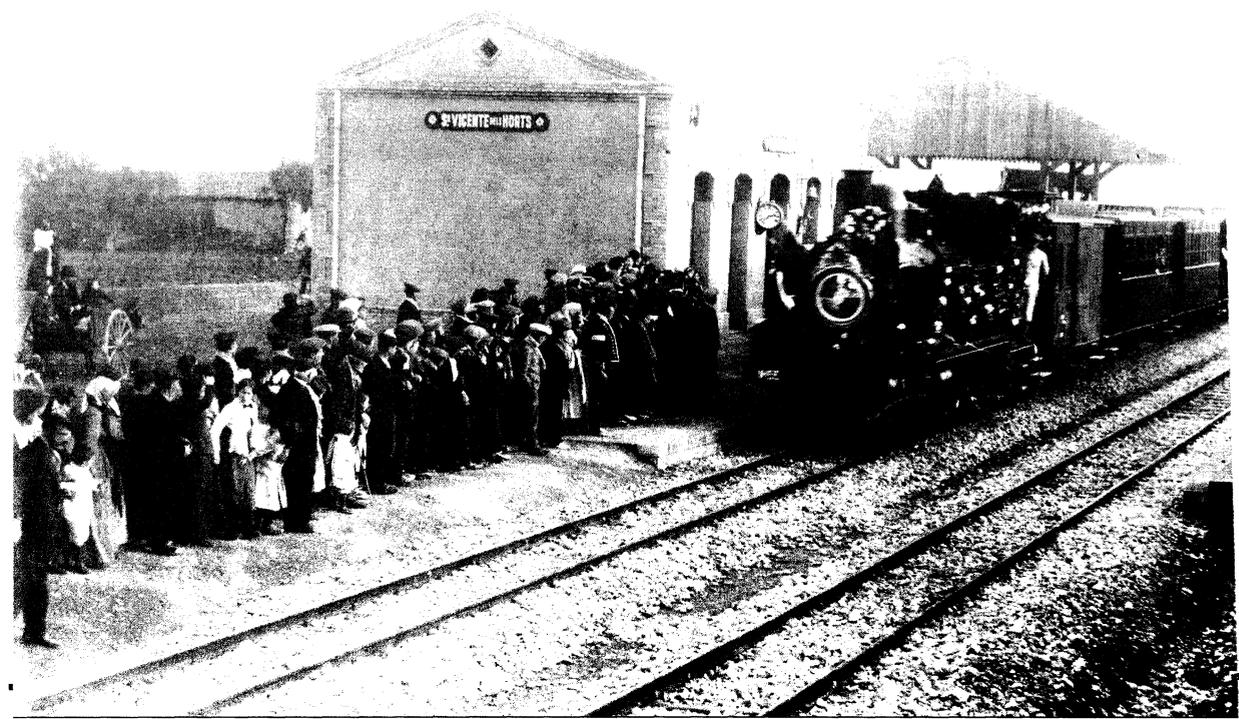
Tampoco en el plano político había pasado el tiempo en balde. A raíz de las elecciones municipales del 12 de abril (1931), el consejo municipal vicentino entró en la corriente del catalanismo republicano: primero, bajo el signo del partido *Acció Catalana* —fundado en 1922—, y, después, bajo el de *Esquerra Republicana de Catalunya* —fundado en marzo de 1931—. En cuestión de pocas semanas, al moderantismo de aquel partido le sucedió el izquierdismo de éste, mucho más inclinado a las opciones autonomistas, socialistas y, más o menos, secularistas. Durante los años siguientes, los avatares de la vida política española siguieron incidiendo en la composición y en la política del consistorio vicentino. A partir de febrero de 1936, éste quedó bajo el imperativo del llamado Frente Popular, en el que confluían fuerzas nacionalistas, republicanas, socialistas y comunistas². Pero sea lo que fuere de la política sociorreligiosa de los poderes



Arriba: fábrica de la colonia Güell, 1909. Abajo: trabajadores de la fábrica Comamala, hacia 1915 (Archivo Agustí Caralt).

constituidos antes de julio de 1936, la gente de Sant Vicenç se mantenía mayoritariamente fiel a la religión tradicional, tal como lo pudieron comprobar los salesianos al retornar a su casa.

Ésta —la masía Font— seguía como a comienzos de siglo, aunque más vieja y más deteriorada. «La casa era pequeña y muy pobre» —ha dejado consignado Manuel Ivorra, uno de los moradores de entonces»³—. Los



Sant Vicenç, 1912: Ilega el primer tren (Foto Aloy) (Archivo Miquel Siñol).

salesianos que volvieron a establecerse en ella en el otoño de 1931 tampoco introdujeron cambio alguno importante. Simplemente, los seminaristas-aspirantes ocuparon ahora los espacios que ocupaban antes los novicios y los estudiantes de filosofía: capilla, aulas, comedor, cocina, dormitorios, teatro, pórtico (Ver los tres planos de la pág. 149). Todas las habitaciones eran pequeñas (aunque lógicamente resultaban más amplias para los aspirantes que para los novicios y seminaristas), y algunas de ellas, bastante oscuras y con poca ventilación. Y es que, por prescripción legal, las que daban a la finca vecina no podían tener ventanas abiertas a la misma. Lo cual venía a ser una servidumbre pesada.

Otra servidumbre consistió en el paso del mencionado *carrilet*, que atravesó la finca por el lado de los patios y la huerta. La expropiación, tanto aquí como en otros puntos del municipio, se llevó a cabo alrededor del 1910. Por tanto, una de las primeras medidas de seguridad que debieron tomar los salesianos consistió en levantar una tapia a lo largo de la ferrovía, colocando en ella una puerta —si bien se siguió empleando la de la entrada antigua, situada en lo que hoy es Passatge Pau Vila—.

Una parte de la propiedad quedó fuera de esta tapia. Según la descripción que hace la escritura de compraventa (1933), se trataba de una porción de terreno que tenía «una forma algo parecida a la de un triángulo, aunque con un perímetro muy irregular» y «una extensión de 4.047 metros cuadrados». Estaba delimitada por la vía del tren y las calles Sant Miquel y Ribot (llamada entonces de Francisco Layret). Dentro del terreno figuraba un edificio «que había estado destinado a *oratorio festivo* y que hoy lo está a escuela». Y además, casi en el centro, había «una alberca o depósito de agua». Joan Costa i Ubach y otros niños de entonces recuerdan todavía perfectamente aquel sitio, con el pequeño pabellón que, al lado del patio y del huertecito que cultivaba el Sordo, servía también para entretenimiento de los *oratorianos*. «Allí nos hacían filminas —afirma Isidre Casanovas i Tuset— y, por eso, le llamábamos el *cinema*»⁴. Pero, a mediados del 1933, los salesianos vendieron esta parcela al Ayuntamiento por el precio de 25.000 pesetas. No les quedó otra opción, porque la ferrovía constituía ya para ellos un barrera infranqueable, si bien, como ex propietarios, tuvieron derecho a utilizar libremente el acceso que daba a la misma⁵. A los dos meses, el 31 de julio, el president de Catalunya, Francesc Macià i Llussà, acudió a Sant Vicenç para colocar en aquel solar

El tren pasa por delante de la casa salesiana (Foto F.Pichotet) (Archivo Miquel Siñol).





© Archivo Miquel Siñol

Sant Vicenç, 1913: lavanderas (Foto Vicenç Siñol i Astorch).

la primera piedra de un grupo escolar. Pero como la construcción no se llevó a cabo, la población siguió adoleciendo de falta de equipamientos escolares⁶.

La otra parte, en que estaba la casa Font, sufrió en consecuencia una reducción considerable: quedó algo más de media hectárea. Allí abundaban además los desniveles. Entre los años 1932 y 1933, los seminaristas se dedicaron con ahínco a suprimirlos, al objeto de levantar la citada tapia y preparar el terreno donde debía construirse el frontón de pelota. Fue un trabajo considerable. «Yo recuerdo —nos ha escrito el padre Ivorra— que la cantidad de carretillas de tierra que saqué desde el futuro frontón se me caían ya de las manos»⁷. El patio más usado era el que estaba junto al torrente Font, que fue urbanizado también en los primeros años treinta⁸.

En 1931, ocupando parte del terreno que se extendía delante de la casa, se alzaban los tres monumentos que, según se ha anotado ya (pág. 83), el Sordo había ido construyendo unos años antes. El del santo sepulcro había sido sustituido por otro, tal como ha llegado hasta nuestros días. Y muy cerca, seguían aún en pie las paredes exteriores, medio levantadas, del pabellón que el padre Rinaldi había comenzado a edificar unos 30 años antes.



© Archivo Miquel Siniol

El «Puente de Molins» hacia 1969, antes de su hundimiento .

Estando así las cosas, era claro que a la antigua propiedad de can Font le convenía una ampliación. Ésta se hizo posible con la adquisición de la finca que antes se llamaba *torre Fornaguera* y después se conoció por *torre Llinàs*⁹. Se hallaba situada pared medianera con la citada masía, al lado opuesto de la vía del tren y sobre un terreno un poco elevado. En los primeros años treinta, la dueña de la misma, doña María del Carmen de Lunas y de Salas, estaba acariciando la idea de venderla y manifestaba el deseo de que los compradores fueran los salesianos. Éstos, por su parte, la apetecían, porque era bastante grande y hermosa, tenía abundancia de agua, jardines, huertos, granja y hasta algo de bosque. Y, lo mismo que muchos años antes, seguían pensando que sería un lugar muy a propósito para trasladar allí, si fuera el caso, el noviciado que funcionaba en Gerona, o establecer a su tiempo un seminario mayor para los estudiantes salesianos de filosofía o de teología. En cualquier caso, serviría para ampliar el horizonte de can Font, cuyo espacio vital había quedado recortado por el paso del ferrocarril. Quien principalmente pensaba y soñaba así era el ecónomo y secretario provincial, don Julián Massana Rovira, cuyo padre, como queda dicho (pág. 21), hizo las gestiones necesarias para que la casa Font viniera a las manos de los salesianos. Para don Julián, todo

RENACER Y MORIR



© Archivo Miquel Siñol

© Archivo Miquel Siñol

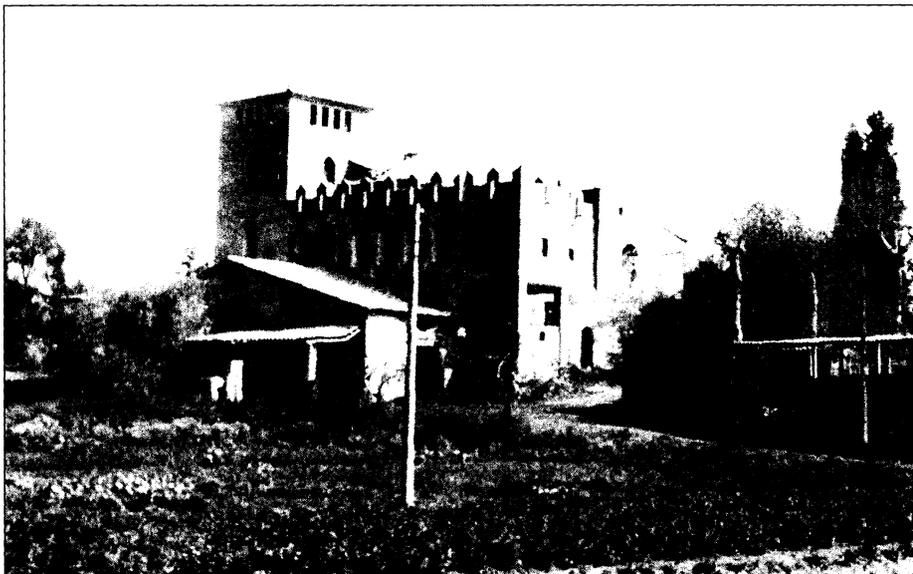


El transporte en Sant Vicenç: bicicletas, hacia 1915 (Foto Vicenç Siñol i Astorch) y coche de línea «Patana», 1927 (Archivo Agustí Caralt).

aquel enclave de Sant Vicenç guardaba resonancias de familia y de viejas tradiciones salesianas. Lo amaba, sin duda. ¿Acaso no se había formado él mismo allí como joven salesiano?

Tal vez, surgieron algunas dificultades durante los trámites de la compraventa, porque, según al menos algún testimonio, el Sordo se puso a enterrar medallas en la finca «para conseguir que nos la vendieran, y se consiguió»¹⁰. Efectivamente, el contrato de compraventa se firmó el 22 de octubre de 1935. El terreno que se adquiría tenía una extensión de algo más de dos hectáreas. La recepción y la inauguración solemne tuvieron lugar el 3 de mayo del año siguiente. La comida se hizo en el *hall* señorial de la *torre*. Fue una jornada memorable para aquellos salesianos y seminaristas. Porque, primero, en el viejo caserío Font pudieron abrir del todo las ventanas que estaban semitapiadas, y recrear los ojos contemplando la huerta y la granja de la forre, esmeradamente cuidadas, y disfrutar de más luz y de aire más puro. Sintieron, en suma, una grata sensación de libertad. Y, segundo, en la «finca de arriba» —como comenzaron a denominarla— admiraron los jardines y el pinar, y gozaron con el encanto que producía el palacete, embellecido, en el exterior, con un gigantesco pimentero, y dentro, con una gran escalinata, la capilla doméstica, las vidrieras, el *hall*, las habitaciones señoriales, la galería acristalada. Entonces creyeron descubrir un mundo nuevo al que, ciertamente, no es-

Torre Llinàs, adquirida por los salesianos en 1935.



taban acostumbrados. Las violencias de julio de 1936 apagaron en buena parte el brillo de esta elegante mansión vicentina, «verdaderamente emblemática en el pueblo», según nos asegura Lluís Aymerich¹¹.

EL SEMINARIO MENOR

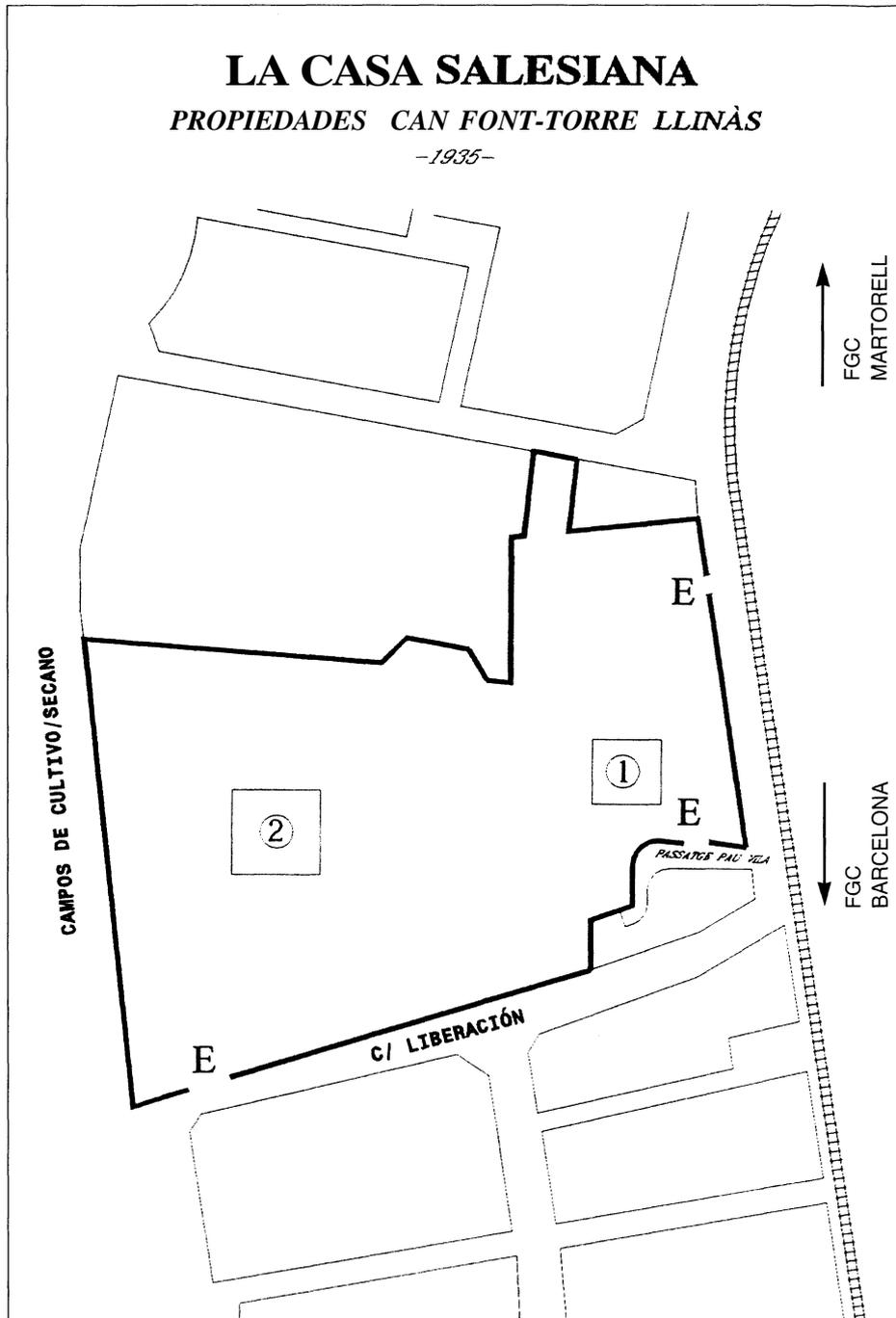
Todavía se encuentran entre nosotros varios que, por los años 1931 al 1936, hicieron algún curso de latín en aquel seminario. Por ejemplo, los hermanos Agüero —José María y Juan—, Marcel·lí Carrera, Luis Jornet, Joan Ráfols, Luis Vivar¹². Todos ellos coinciden en afirmar que, a excepción de algún caso, la convivencia era natural y sencilla, e incluso califican aquellos tiempos vicentinos de «felices» y «entrañables». Alejados de toda otra preocupación *mundana*, se aplicaban con gusto a sus quehaceres ordinarios —sintetizados en el binomio *piEDAD y estudio*—, dentro de un ambiente de verdadero compañerismo. «Solamente vivíamos para el estudio, la piedad, la alegría y una gran familiaridad», anotaba Manuel Ivorra en sus papeles personales. Y añadía: «El espíritu salesiano era completo»¹³. Y era así. Educadores y educandos formaban una gran familia¹⁴. No es que el viejo caserío Font les ofreciera grandes comodidades pero, como atestigua Juan Agüero, incluso «la austeridad —casi pobreza— que allí se respiraba nos unía a todos y en todo»¹⁵.

El pequeño seminario estaba organizado casi exactamente como lo había estado el de Campello¹⁶. Tenía los tres últimos cursos de los cuatro que formaban entonces el período del «aspirantado»¹⁷, porque el primero —tal vez con alguno introductorio— funcionaba en Barcelona-Tibidabo, en la residencia aneja al Templo del Sagrado Crazón de Jesús. Los seminaristas, al terminar su estancia allí, bajaban a Sant Viceng para proseguir su ciclo formativo y, una vez concluido el cuarto curso —que equivalía al período del *postulantado*—, iniciaban el año de noviciado en Gerona. Por esto, hubo una estrecha relación entre los tres centros mencionados.

El alumnado estaba formado en general por adolescentes y jóvenes entre los 13 y 16 años, procedentes en su mayoría de los colegios salesianos (de Barcelona, Huesca, Gerona, Valencia). En él quedaron integrados algunos de los que no pudieron volver a Campello. Por tanto pertenecían a una clase social muy modesta. Apenas pagaban nada por la manutención, de la que debía hacerse cargo casi íntegramente el padre provincial¹⁸. Todos hablaban el castellano habitualmente y nunca tuvieron problemas por el asunto de la lengua. Cada año, su número oscilaba entre 30 y 40.

La vida seminarística —de riguroso internado— seguía las pautas minuciosamente establecidas en un calendario y en un horario, que con mucha dificultad aceptaban cambios o excepciones. Profesores y educadores, alumnos y personal auxiliar sabían con precisión lo que debían hacer. Lo hacían y basta. Todo marchaba como un reloj. Cada uno tenía anotadas las cosas que debía realizar, una después de la otra, ordenadamente: el estudio, la oración, el trabajo manual, el recreo, el descanso. En suma, tal como recuerda José María Agüero, «aquella era una casa sin problemas»¹⁹. El curso estaba dividido en tres partes, con los exámenes trimestrales, semestrales y finales correspondientes. Pero mensualmente, cada alumno recibía las calificaciones que había obtenido en las asignaturas. Éstas se agrupan en *prácticas* (o *escritas*) y *ora/es*. Entre las primeras entraban la composición castellana, las versiones latina y griega, el ejercicio de matemáticas, el dibujo y la caligrafía; entre las segundas, la religión, las gramáticas castellana, latina y griega, matemáticas, historia y geografía. De ellas, ostentaba la primacía el latín²⁰. Pero también se daba importancia a las matemáticas. La religión constituía una asignatura especial: uno debía saberla de memoria y aprobarla con alta calificación para ser admitido a los exámenes de las restantes disciplinas²¹. Las actitudes básicas del alumno quedaban reflejadas en los tres parámetros denominados *conducta*, *aplicación* y *urbanidad*, respecto a los cuales no podía haber deficiencias graves²².

La música coral se cultivaba con gran esmero, aunque tal vez sin llegar a la perfección que alcanzaba en la escolanía del Templo del Tibidabo. «A los que éramos de mal oído —recordaba Manuel Ivorra— nos decían que cantáramos flojito»²³. Todos los días, antes de la hora de comer, había clase de canto. Bajo la batuta del joven salesiano Ramón Castro (1933-1936), el coro del seminario llegó a hacer maravillas, interpretando piezas a varias voces. Lo que le permitía actuar con dignidad, por ejemplo, en la iglesia parroquial o en el Templo del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo²⁴. «Cuando, procedente del aspirantado del Tibidabo, llegué a Sant Vicenç en julio de 1936, me llamó la atención lo bien que cantaban los chicos de aquí —declara don Jesús Carilla—; en el recreo después de la cena se organizaban unos grupos corales que cantaban admirablemente, incluso partituras a voces mixtas». «Y la gente, que nos escuchaba desde la calle, se ponía a aplaudir», añade don José María Agüero²⁵. La música instrumental (el piano) no se podía cuidar de la misma forma, pero se fue progresando, tanto que, durante algún tiempo, el ya famoso maestro Juvenal Villani acostumbró acudir todos los jueves por la tarde desde las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria, al objeto de tomar las correspondientes lecciones a los seminaristas²⁶.



1. CASA FONT

2. TORRE LLINÀS

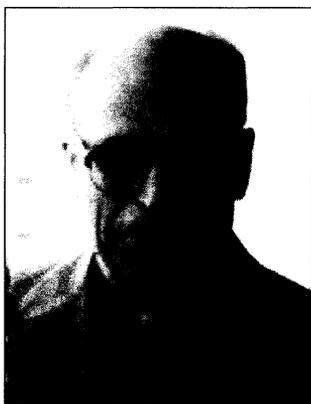
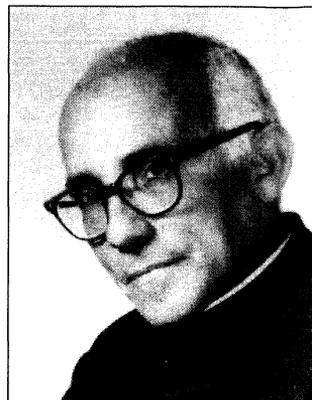
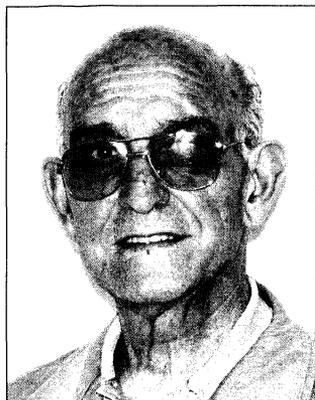
E. ACCESOS



Curso 1931-1932: superiores, profesores y seminaristas.

Junto al estudio, la piedad. Las diversas prácticas se hallaban minuciosamente establecidas y se cumplían con toda escrupulosidad. Los días de labor, la misa y las oraciones de la tarde y de la noche; los domingos, dos misas por la mañana y las Vísperas por la tarde. Cada mes, el Ejercicio de la Buena Muerte; cada año, la tanda de Ejercicios Espirituales. Las fiestas religiosas resultaban solemnísimas: la capilla era pequeña, pobre y oscura, pero el canto litúrgico, bien ejecutado como decimos, ensanchaba y sublimaba todos los espacios del alma.

En el sistema educativo salesiano, al lado de las aulas y la capilla se encuentra siempre el patio. Los seminaristas de Sant Vicenç tenían prohibido el fútbol, pero se divertían con otros juegos, como el *balón-mano*, el *boley-bol*, la *bandera cortada*, el *marro*, el *bate a perro*. Sobre todo, el *frontón* constituía un grande atractivo, aunque el piso se tuvo que nivelar poco a poco. Durante el tiempo de recreación, todos debían entrar en movimiento. ¡A correr!, era la voz de orden. Únicamente durante los meses de verano se permitían los juegos de mesa, como el dominó, el ajedrez, el parchís. Uno que decían ser de origen chino, llamado *ma-yong*, gustaba mucho. Los educadores tomaban parte activa en las diversiones de los jóvenes, incluso de una forma excesiva, ya que ellos se ponían a *dirigir* las competiciones, limitando la espontaneidad de los muchachos. Esto ocu-



Algunos seminaristas de los años treinta. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Ángel García, José María Agüero, Luis Jornet, Joan Ráfols y Marcel·lí Carrera.

nía sobre todo en los recreos después de la comida y en el de la hora de la merienda. El de la noche, después de la cena, solía organizarse con mayor libertad.

En esta misma línea de distensión educativa entraba el espectáculo en sus diversas formas: sobremesas, veladas, representaciones teatrales. No había proporción entre el salón de actos —pobre y reducido— y las obras que se ponían en escena cada vez con mayor maestría. Entre ellas se daban sainetes, comedias, dramas y, por supuesto, también las zarzuelas, con todo su aparato musical.

La tarde del jueves era para el paseo. Los seminaristas se dividían en dos grupos —mayores y pequeños— y de ordinario cada uno tomaba su propia ruta, sin que coincidieran fácilmente. Los parajes cercanos al arroyo de Torrelles, las laderas de la montaña de Sant Antoni y del Puig

Perdiguer, la colonia Güell —con el pinar y la famosa cripta de la iglesia inacabada, obra de Antonio Gaudí²⁷—, constituían las metas más frecuentadas. Como también la orilla derecha del río Llobregat, adonde los niños iban con frecuencia a bañarse los pies y a jugar con el agua. Hasta que el jueves 17 de octubre de 1935 un remolino que se había formado en la corriente engulló a tres de ellos para siempre. Fue una desgracia inmensa, que conmocionó a todo el vecindario²⁸. Desde entonces, el río quedó proscrito en los paseos de los salesianos y sus alumnos por mucho tiempo. Para las excursiones ofrecían un buen aliciente sitios como la ermita de San Ramón (en Sant Boi), la iglesia de Santa María de Cervelló, el Pont del Lledoner (también en el término municipal de Cervelló), la capilla y fuente del Remei (Mas Vila, en el Puig Gallina), el Papiol y Santa Creu d'Olorda. Por estos años treinta se consolidó la costumbre de visitar can Cañáis (en Corbera de Dalt) tan pronto como en la masía finalizaban las tareas de la vendimia, a fin de que también los estudiantes participaran de la alegría de la vida campestre.

El trabajo manual y las pequeñas incumbencias domésticas entraban de lleno en la contextura formativa del joven seminarista, que debía estar siempre dispuesto a barrer, quitar el polvo, fregar los platos, preparar el comedor. «Piense usted —nos decía Marcel·lí Carrera— que, en un inicio, no teníamos agua corriente; por tanto, inmediatamente después del desayuno, unos se ponían a sacar el agua del pozo, otros a subirla arriba, otros a distribuirla. Si uno se mojaba, lo pasaba mal. Era muy pesado»²⁹. Como hemos consignado antes, gracias a este esfuerzo colectivo se transformaron las huertas en patios y campos deportivos.

Lo mismo que en la etapa antecedente, el seminario apenas se abrió hacia el exterior, cosa que las circunstancias concretas de entonces no favorecían. De todas maneras, bajo la iniciativa de la parroquia, Joan Juncadella siguió manteniendo la vieja tradición del *oratorio festivo* (*esplai*), que, como se ha explicado ya, ocupaba primero la parcela que estaba más allá de la vía del tren; después —una vez efectuada la venta del terreno al Ayuntamiento (1933)—, en los patios y locales del seminario. No hace falta decir que estaba destinado exclusivamente a los niños y jóvenes. Bastantes de éstos viven todavía, y se complacen en evocar numerosas anécdotas de una vida que a ellos les agradaba. Y es que, además de un sitio adecuado para reuniones y juegos, el señor Juncadella encontraba en la casa salesiana la colaboración inapreciable del Sordo que, superando sus limitaciones, se entregaba en cuerpo y alma a la animación del oratorio festivo. «Vivía para nosotros —recuerda uno de aquellos muchachos—, ayudaba al señor Juncadella y estaba con nosotros. Siempre estaba presente entre los chicos»³⁰. «Si en el patio había, por



© Archivo Miquel Siñol

Años veinte: Montpedrós o, para los salesianos, «Monte de María Auxiliadora» (Foto Carcassona).

ejemplo, 50 chavales —añade otro testigo—, el Sordo los vigilaba a todos; no se le escapaba ninguno»³¹. De aquí que la imagen de aquella humilde institución haya quedado tan fuertemente grabada en el corazón de tantos antiguos *oratorianos*. Cuando, en las navidades de 1933, pasó por allí un visitador, delegado de los superiores de Turín, constató que el *esplai* dominical funcionaba «*molto bene*» («muy bien»)»³².

El seminario, además, prestaba sus locales a los *fejocistas*, a fin de que pudieran hacer las tandas de Ejercicios Espirituales en paz y tranquilidad, y ya en 1932 organizaba la asociación de María Auxiliadora. Así, aunque fuera discretamente, esta devoción comenzó a difundirse entre las familias de Sant Viceng. En fin, algunos sacerdotes, como Félix Solanes y Juan Piles, se prestaban a ayudar a las parroquias más cercanas, mientras que el director, don Juan Alberto, y algún otro se ofrecían a dar clases de repaso a algunos jóvenes vicentinos. En consecuencia, como atestigua el referido visitador, don Antonio Candela, tanto las autoridades como la

población en general demostraban su simpatía y adhesión a la casa salesiana.

La fuerza interior que impulsaba la vida diaria del pequeño seminario era la conciencia vocacional de los mismos muchachos, que siempre les hacía mirar hacia adelante en la esperanza de unirse, en una fecha no lejana, a Don Bosco y a la Congregación Salesiana.

LA REVOLUCIÓN DE JULIO

Los salesianos no se metían para nada en política. Ni siquiera hablaban de ella. Lo tenían prohibido. Tan sólo dos días después de haberse declarado la República, el superior provincial de Barcelona recordaba a los suyos que, según una antigua prescripción, debían quedar al margen de toda preocupación política. «A este fin y conforme determinan nuestras Constituciones —concluía—, abstengámonos de la lectura de los diarios». Pero como, dada la novedad de las circunstancias, era imposible no satisfacer la legítima curiosidad de unos y de otros, el padre Calasanz permitía alguna excepción: «Los mismos señores directores podrán comunicar lo que, en su prudencia, crean conveniente»³³.

Al seminario de Sant Vicenç llegaban dos publicaciones de significación católica y catalana: el periódico *El Matí* y la revista mensual *La paraula cristiana*³⁴. Eran los medios de información más importantes que tenían



*Don Ramón
Cambó
(1931-1934).*



*Don Juan Alberto
(1934-1936).*

los responsables, los cuales solamente en casos muy especiales pasaban alguna que otra noticia a los seminaristas. Sin duda no desconocían los hechos, pero, por la historia ulterior que conocemos, cabría deducir que en aquel entonces no siempre fueron capaces de calibrar bien la gravedad de la situación. Pero, mientras tanto, consiguieron que los seminaristas, niños y adolescentes como eran, hicieran su vida totalmente al margen de las inquietudes que en materia política pudieran sentir o presentir los adultos. Hasta que, bruscamente, la tarde del 18 de julio de 1936 enfrentó a todos, educadores y educandos, con la dura realidad³⁵.

El viernes 17 de julio, habían preñado con esmero la jornada que, al día siguiente, iban a pasar en la cumbre del Tibidabo: la fiesta del padre superior de aquel Templo y seminario, don Ernesto Miglietti y, al mismo tiempo, la despedida del curso, ya que once alumnos que habían terminado sus estudios en Sant Vicenç partirían desde allí a Gerona, para iniciar el año de noviciado. Y, efectivamente, la jornada del 18 salió con toda brillantez. Los seminaristas disfrutaron, como hoy se dice, «a tope». Hubo misa cantada, comida especial y, por la tarde, un poco prontito, la velada de homenaje con la representación de la zarzuela titulada *Morirse a tiempo*. Y después de participar en el último acto religioso, emprendieron la vuelta a pie, como habían efectuado la ida. Los futuros novicios habían quedado en la casa del Tibidabo para pernoctar y proseguir el viaje a Gerona; los demás —entre ellos, J.M. Agüero, A. García, J. Larrea—, acompañados por los superiores y los compañeros que habían concluido su estancia en aquel seminario —J. Carilla, J. Cañete, L. Zubizarreta—, emprendieron, como decimos, la bajada, siguiendo, según costumbre, el derrotero de Santa Creu d'Olorda. En total, el grupo que se dirigía a Sant Vicenç era de unos 40 adolescentes, con dos o tres salesianos.

Al llegar a Molins de Rei, todos perciben un ambiente raro, como el que suele preceder a las tormentas —gente que les mira con extrañeza porque la sotana de los profesores comenzaba a ser ya un signo delator, grupos de obreros que hablaban por lo bajo entre sí, banderas rojas— y sienten instintivamente la necesidad de encontrarse cuanto antes en un lugar seguro. Había que correr y acercarse enseguida a casa: «Chicos, de prisa», oyeron los niños que se les repetía una y otra vez. Pero sus piernas, lastradas por el peso del cansancio, apenas podían obedecer. Por fin llegaron al seminario. Después de cenar, se retiraron enseguida. Los que habían bajado del Tibidabo por primera vez sólo llevaban encima lo puesto, esperando que, a la mañana siguiente, les traerían las maletas en el carro...



Curso 1935-1936: profesores y seminaristas.

El seminario, incautado

Como es sabido, en Barcelona aquella madrugada comenzó la lucha entre las fuerzas que apoyaban el levantamiento militar que se había iniciado en Melilla el viernes 17 y las que lo combatían. Los dos bandos habían tomado el tiempo necesario para adoptar las medidas pertinentes y planificar la estrategia a seguir. El domingo 19 tenían que haberse inaugurado los Juegos Olímpicos Populares, pero amaneció ensangrentado³⁶. Por lo cual, el hombre que había salido por la mañana de Sant Vicenç llevando en el camión las maletas de los once novicios que aquel día debían partir en tren de Barcelona a Gerona, no pudo cumplir su cometido: al intentar pasar por Pedralbes se encontró con el tiroteo en las calles y se volvió a casa con los bultos. «La noticia nos preocupa», escribió el director en su diario. Y añadió: «Por la tarde, dejan de funcionar los trenes»³⁷. En consecuencia los novicios concentrados en el Tibidabo quedaron totalmente bloqueados y a merced de los revolucionarios³⁸. Estas noticias llegaron a la población antes del mediodía, cuando ya se habían celebrado las misas de costumbre.

Al día siguiente, lunes 20, un sacerdote de la comunidad, don Félix Solanes, que había ido a Barcelona precisamente para organizar el proyectado viaje de los novicios a Gerona, pudo regresar a Sant Vicenç trayendo la noticia de que la casa y la iglesia de los salesianos de la calle Rocafort 42 habían sido incendiadas por los revolucionarios. Efectivamente, el hecho había tenido lugar a partir de las últimas horas del domingo³⁹. El padre Solanes se había encontrado con un grupo de milicianos, y, aunque vestido de paisano, le había resultado un viaje más o menos rocambolesco. En consecuencia, antes del mediodía de este lunes, los salesianos de Sant Vicenç ya sabían de qué se trataba: la revolución, entre otras cosas, quería atacar directamente a la religión. Y esta experiencia la vieron confirmada enseguida, cuando, a eso de las cuatro de la tarde, llegaron al pueblo algunos coches llenos de milicianos, con la pretensión de soliviantar los ánimos y pegar fuego a la iglesia parroquial. Había sonado la hora de la revuelta social, una de cuyas manifestaciones era precisamente la violencia antirreligiosa en todas sus formas.

Ya para entonces resultaba evidente que el general Manuel Goded, que dirigía el levantamiento militar en Barcelona, estaba condenado al fracaso, por lo que las fuerzas anarcosindicalistas, envalentonadas y organizadas en *comités* y *patrullas*, y bien pertrechadas con armas y vehículos que habían requisado, dominaron por completo la situación en la capital catalana, y, desde allí, en todo el Principado. Sin embargo, en Sant Vicenç no consiguieron que ardiera la iglesia. Un hombre ízquierdoso y bohemio, pero de *seny* —Joaquim Velilla i Forés—, se enfrentó, bastón en mano, con la turba, y con razones y amenazas les convenció de que no cometieran tamaño disparate. La proximidad relativa de la sede de la cooperativa obrera La Vicentina, orientada entonces hacia la Esquerra Republicana de Catalunya y que podía salir dañada si se incendiaba el templo parroquial, contribuyó también a apaciguar los ánimos exaltados⁴⁰. Pero éste no se libró de ser brutalmente desmantelado y profanado. Sacaron al exterior altares, estatuas, bancos, candelabros y ornamentos litúrgicos: parte, fue destruido y quemado allí mismo; parte, llevado los días siguientes fuera del pueblo, al torrente de Torrelles, con el mismo objetivo. El solar de la iglesia debía servir en adelante para otros menesteres —concretamente para almacén de instrumentos y materiales del colectivo de los albañiles—.

Los vecinos avisaron a los salesianos de lo que estaba ocurriendo. Éstos, a toda prisa, metieron en varios sacos los utensilios, las ropas y los libros de la iglesia, sin olvidar las maletas de los novicios que no se habían podido llevar a su destino, y depositaron todo en tres casas del vecindario. «Abrigamos graves temores por la suerte de nuestra casita», escribió el superior con fecha lunes 20 de julio. Y dispuso que, a partir de aquella

misma noche, los salesianos vigilaran por turnos la finca, porque había que asegurar, ante todo, la vida de los 40 seminaristas.

Al día siguiente, martes 21, el alguacil del Ayuntamiento fijaba en la puerta de la entrada más habitual del seminario un cartel, en que se declaraba que aquella propiedad quedaba intervenida por el Gobierno de la Generalitat de Cataluña y que, por tanto, debía ser respetada por todos. Pero los que mandaban de hecho durante aquellos inicios de la revolución eran los diversos comités populares que se constituyeron inmediatamente. En Sant Vicenç, el primero de ellos, de adscripción UGT-PSUC, se instaló en el colegio de la Inmaculada, de las Hermanas de la Doctrina Cristiana, las cuales, desde la tarde del día 20, se hallaban refugiadas en casas particulares. Pero, a los pocos días se formó el denominado *Comité de Milícies Antifeixistes*, o simplemente *Comité Antifeixista*, que llegó a ser el dominante. En él había, entre otros, representantes de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), Esquerra Republicana de Cataluña (ERC) y Juventud Socialista Unificada de Cataluña (JSUC)⁴¹. Se endosaron el mono de trabajador, ciñeron a la cintura la cartuchera y se armaron con el fusil y la pistola. Tuvieron su sede principal en el Casal Martí, cerca del Bar Solé —en la zona de la actual estación de los Ferrocarriles Catalanes—. Desde allí, en conexión con otros comités locales, como el de Molins de Rei, lo controlaban todo. Por supuesto, ellos disponían de la suerte del seminario salesiano, de su propiedad y de sus habitantes.

Aquí los días 22 (miércoles) y 23 (jueves) transcurrieron con relativa calma. El comité instalado en el colegio de la Inmaculada dispuso que la ropa de los salesianos, que semanalmente lavaban las Hermanas, les fuera devuelta. Y recomendó al Sordo, que hacía de recadista, que procurase que no faltara nada a los niños y que, en caso de necesidad, acudiera al mismo comité. Éste, por otra parte, vigilaba minuciosamente todos los movimientos de los salesianos con el exterior, lo que no podía menos que molestarles. Además, mayores y pequeños constataban que, cuando pasaba el tren cerca de las estatuas que el Sordo había erigido en el patio, algunos se ponían a gritar y silbar en actitud de protesta. Para ellos, el rechazo de la religión era ya un impulso incontenible. Así es que, temiendo cosas peores, en el seminario dieron comienzo a una novena a la Virgen Santísima. ¿Vendría alguna solución desde el cielo?

Mientras tanto (lunes 21), en el pueblo había ocurrido algo muy grave: habían pegado fuego a la casa rectoral y estaban proyectando derrocarla por completo —como luego sucedió de hecho (6 de agosto)—. Porque de aquel lugar, por todo lo que significaba, no tenía que quedar piedra sobre piedra. Ni siquiera el recuerdo. «Fue un crimen de alcance histórico —afir-

ma uno que conocía bien el lugar, el señor Casanovas Tuset—, porque entonces se perdió toda la documentación de este vecindario, acumulada durante siglos. Un tesoro que no tendremos nunca más»⁴². Ya para entonces, el párroco y el vicario habían podido refugiarse en un lugar oculto.

La intolerancia religiosa

El viernes, 24, constituyó una jornada particularmente intensa para los salesianos.

Por la mañana —acto primero—, un oficio del comité advierte al director que, para seguridad de todos, era mejor proceder al derribo de las mencionadas estatuas. El superior se da cuenta del valor exacto de los términos. Y, por la tarde, los albañiles enviados por el comité emprenden la tarea. El señor Planas, autor de las imágenes (pág. 83), con gran humildad y dolor colabora en la obra destructora. Los niños lo presencian todo. «No es para describir nuestro estado de ánimo», hace constar don Juan Alberto.

Algo después —acto segundo—, a las siete, citación en el Ayuntamiento. Acompañado del padre catequista, don Juan Piles, acude con puntualidad. Los dos van vestidos de paisano. Llevar sotana es ya un delito. En el despacho del alcalde encuentran a éste y «al jefe rojo» que, acompañado por cuatro hombres armados, lleva entonces la voz cantante. «Me habla altanero —declara el director del seminario—. Me pregunta por el párroco, qué hacemos en aquel pueblo, cómo se sostiene nuestra casa. Contesto con toda sinceridad. Exige que yo entregue las armas. Respondo que no tenemos. Insiste varias veces, y me amenaza que harán un registro. Contesto que sería trabajo inútil: no tenemos armas. Pregunta si vamos a resistir, y digo que no, que será bien recibido. Pregunta varias veces si admitiremos al párroco, y respondo que de mil amores».

En su forma, escueta y directa, el testimonio del padre Alberto ofrece sin duda garantías de autenticidad. Del alcalde, Caries Tuset i Sala, se había formado una opinión positiva, porque, según dice, era «muy querido en el pueblo» y se esforzaba con éxito para que «no hubiera mayores desmanes». Pero, lo mismo que en otros lugares de Cataluña, el Ayuntamiento había quedado desbordado, incapaz de frenar el ímpetu de la revolución que impulsaban las fuerzas de la extrema izquierda, la CNT, la FAI, el PSUC.

A la media hora de regresar a casa, tiene lugar el tercer acto, es decir, la visita anunciada. Viene el mismo jefe —un obrero— al que rodean unos ocho hombres armados. «Uno es del pueblo —precisa el cronista—; los

demás son forasteros». «Yo recuerdo que miré por la ventana cuando subían por la escalera —asegura José María Agüero— y vi que uno llevaba en su casco la conocida inscripción: *UHP*» (*Unión Hispana del Proletariado*)⁴³.

Llegan al dormitorio, donde la mayoría de los niños acaban de acostarse; sólo algún rezagado está de rodillas al pie de la cama, terminando las últimas oraciones. El jefe, acompañado por el director y algún guardia, pasa entre las camas preguntando a cada uno su nombre y apellido, si se encontraba a gusto, si quería volver a casa de sus padres... Las respuestas que obtiene reflejan la satisfacción general: los chicos están contentos, desean seguir sus estudios. No faltaron tampoco algunas salidas espontáneas e inocentes. Por ejemplo, a uno le preguntó el jefe de los milicianos: —¿Cuánto tiempo llevas aquí? Y pensando que deseaba saber el tiempo que llevaba acostado, dijo: —Un cuarto de hora. A otro se le preguntó si necesitaba algo, y respondió sin pérdida de tiempo: —Un par de zapatos. Y el jefe advirtió al ayudante: Tú, anota, que le traigan unos zapatos a este chico. Don Ángel García recuerda que a él le preguntaron por las asignaturas que estudiaban y que dio varias indicaciones, pero, olvidándose de la recomendación que se les había hecho de responder con suma cautela, al final contestó que también estudiaban religión. «Ante el gesto de sorpresa y contrariedad que hizo el padre director, caí en la cuenta de que había pronunciado una palabra que en aquella circunstancia estaba proscrita»⁴⁴. «Parece que el jefe se ha conmovido —precisa en este punto el cronista—; su mirada pierde rigidez, sonrío y dice a los niños que no se asusten». Al ver aquello, el director se atreve incluso a hablarle de San Juan Bosco, de los salesianos que, en Méjico, están soportando la persecución... Todo parecía que iba por buen camino⁴⁵, cuando, al entrar en la capilla que estaba en la planta baja, ordena que, sin intentar esconder nada, se amontonen cuadros, estatuas, utensilios y ornamentos litúrgicos ya que el culto cristiano quedaba prohibido. Ante aquella medida impositiva, el director se atreve a advertirle que no había leído en ninguna parte un decreto semejante... Se le contesta que quienes mandan no son los de la Generalitat, sino ellos, los milicianos... En consecuencia, al día siguiente (sábado 25, fiesta de Santiago), celebrada la misa a primera hora de la mañana, se procedió a cumplir lo dispuesto: «Después del desayuno —recuerda aún perfectamente José María Agüero—, los más pequeños ayudamos a bajar los cuadros, que los mayores iban descolgando»⁴⁶.

Más tarde estos objetos ardieron en el patio. En la operación, participaron incluso algunos seminaristas que, alucinados por unos hechos que jamás se les habían pasado por la cabeza, actuaban inconscientemente⁴⁷. El seminario, pues, quedó prácticamente sin capilla. Ya no había un lugar ade-

cuado para el culto y las manifestaciones religiosas. Si alguien se aventuraba, por ejemplo, a celebrar la misa, debía hacerlo en estricta clandestinidad, evitando por supuesto la presencia de los niños. De la misma forma, éstos no podían asistir a clases de catecismo, si bien podían dedicarse a otros estudios.

Otro hecho que se derivó de la *visita* del viernes 24 fue que los salesianos se vieron obligados a despojarse de la sotana y a entregar a los señores del comité la lista completa de todo el personal de la casa, especificando quiénes eran sacerdotes. «Esto significaba —declara Manuel Serrano, testigo presencial— que los presbíteros

debían abandonar la casa, en la que sólo permanecerían los salesianos laicos y los niños que no pudiesen volver a sus respectivos domicilios»⁴⁸. Fue entonces cuando el Sordo pudo ejercer directamente su papel de protector sobre aquel grupo, cada vez más reducido.

Como los nuevos amos solían aprovechar las fechas más señaladas para ejercer sobre sus adversarios vencidos el peso de su dominio, el domingo 26 dos individuos de la FAI implantaron la bandera roja sobre el pedestal donde había estado colocado el crucifijo hecho por el señor Planas. De esta manera, los nuevos símbolos sustituían a los viejos. La revolución avanzaba.

El lunes 27 trajo muy malas noticias para los moradores del seminario. Era seguro que, en Barcelona, algunos salesianos habían sido asesinados; y, según se les informaba, también en Valencia había corrido la misma suerte el padre provincial, don José Calasanz Marqués. «Rezamos por el eterno descanso de su alma» —consignaba el cronista⁴⁹—. Muy probablemente no les llegó la noticia del asesinato que los del comité de Molins —uno de los más sanguinarios de toda la comarca— habían perpetrado en las personas del cura-párroco de Sant Vicenç, mossén Josep Duran i Soler y de su vicario, Manuel Gasset i Lletja, los cuales perecieron



El padre provincial, José Calasanz Marqués, asesinado en Valencia, 29 -VII- 1936.

a primeras horas del domingo 26 en la montaña del Ordal (entre el Alt Penedés y el Baix Llobregat)⁵⁰. El padre Alberto sabía que estaban ausentes del pueblo desde el lunes 20 y nos consta que se había formado un alto concepto concretamente del primero, al que le llegó a conocer bien: «Era un sacerdote sumamente apostólico».

Con todo esto llegó la desolación a can Font: «Pasamos los días en la mayor tristeza», dejó escrito el mencionado padre Alberto con fecha martes 28 de julio. Así terminó el mes.

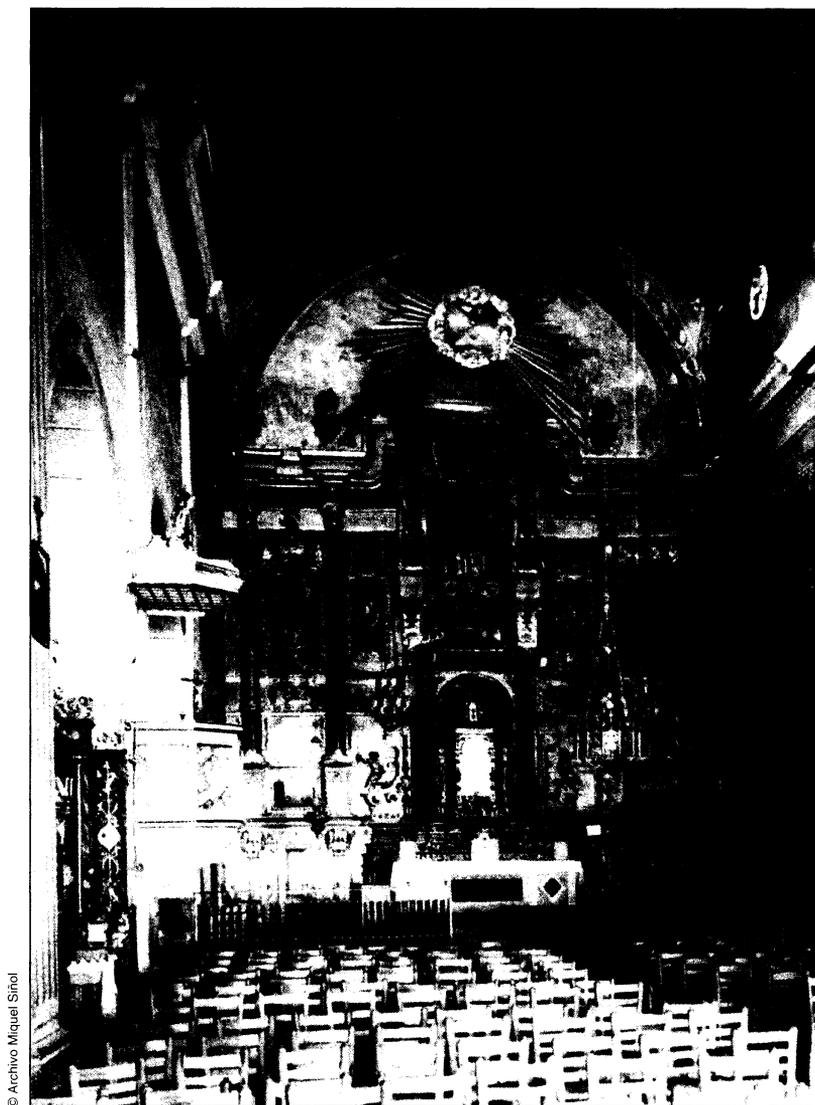
La expulsión

El mes de agosto comenzó con la misma tónica. Por una parte, la política condescendiente del comité autodenominado antifascista que, sobre todo en atención a los niños, evitaba atacar directamente a los mayores. Éstos incluso, aceptando las garantías que se les ofrecían, decidieron suspender los turnos de vigilancia por la noche. Pero, por otra parte, les resultaba imposible vivir en sosiego, porque las intrusiones y las vejaciones eran frecuentes. Así el domingo 2 de agosto, comprobaron cómo jóvenes católicos-fejocistas del pueblo⁵¹ venían obligados a desvalijar la torre Lunas y arrojar al río Llobregat muchas obras de valor artístico. Además, comprobaron que se les invitaba a abandonar del todo el edificio del seminario, al que se le debía dar otro destino...

En medio del grupo, el párroco Josep Duran (Archivo V.Peixó). Al lado, el vicario Manel Gasset. Ambos asesinados el 26 -VII- 1936.



A los cuatro días, jueves 6, viendo que sólo quedaban en casa ocho seminaristas y que el personal salesiano que aún no se había marchado parecía tener garantías suficientes para salir del paso, con el permiso escrito de su superior para ausentarse, el padre Alberto se presentó en el consulado italiano de Barcelona para embarcar al día siguiente rumbo a Italia (nota 37).



© Archivo Miquel Sinó

La iglesia parroquial de Sant Vicenç en 1925 (Foto Carcassona).

Los salesianos y los niños que quedaron en can Font pasaron los meses siguientes sin grandes sobresaltos, aunque también sin alegría y sin libertad. Esto lo experimentaron sobre todo los mayores; entre los chavales, hubo de todo: unos lo pasaron bien, en plena holganza y con largas vacaciones; otros, en cambio, sintieron el tedio de un calendario incierto y sin relieve alguno. Por lo demás, no les faltó lo necesario para comer: velaban los del comité y el Sordo. «Como éramos tan pocos —asegura Benito Castejón— no seguíamos un horario fijo; solamente teníamos fijas las horas de levantarnos, de rezar las oraciones y de las comidas; en lo restante del día, teníamos un poco de clase, aserrábamos leña para la cocina y, cuando no hacíamos esto, jugábamos a frontón para espantar las penas; aunque, gracias a Dios, no tuvimos sustos grandes^[52]. Rezábamos tres partes del rosario al día: una al levantarnos, con las demás oraciones de la mañana; otra, antes de comer, y la última después de la merienda. Además, después de la cena, hacíamos las oraciones de la noche»⁵³.

Mientras tanto salesianos y niños vieron que la fisonomía de la casa iba cambiando. Efectivamente, se repetían los registros en la torre Llinás con los desmanes de costumbre —porque había que aniquilar los vestigios burgueses— y se establecían dos escuelas públicas: una, para niños, en can Font; y otra, para niñas, en la torre Llinás, la cual acabó por convertirse en escuela mixta, obedeciendo no tanto a principios de coeducación cuanto a la necesidad. «Esta escuela —comenta el citado Benito Castejón— nos hizo variar un poco nuestro horario de piedad, pero sin embargo no dejamos de cumplir nuestro programa, pues entonces ya teníamos un poco de clase de las principales asignaturas»⁵⁴. Todo esto ocurría durante los meses de septiembre y octubre.

El siguiente planteó un problema nuevo, porque, junto a la revolución, estaba en marcha la *guerra civil*. ¿Dónde se colocaban los que, huyendo de la misma, venían a Cataluña? Quienes tenían en sus manos las riendas del poder pensaron que, en la antigua propiedad de los salesianos de Sant Vicenç, habría algún espacio para los refugiados, con tal de que, entre otras cosas, se les sacara a los residentes. En consecuencia, el 11 de noviembre fue el último día que éstos pudieron pasar en su casa. Al siguiente, 12, «fuimos llamados al Ayuntamiento —atestigua el que entonces era salesiano laico, Ángel Sánchez—, donde se nos distribuyó en coches para sacarnos de allí»⁵⁵. Don Jesús Carilla precisa que «en un coche salimos los chicos, y en el otro, los salesianos. Nadie sabía exactamente a dónde iba. A nosotros nos llevaron a las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria; a los salesianos, al cuartel de Pedralbes»⁵⁶. A partir de este momento, cada grupo y cada individuo corrió su propia suerte⁵⁷. Del grupo anterior sólo quedó en Sant Vicenç el señor Planas. Pero ¿habría sitio aún para él?

Doble asesinato

Tal como se ha anotado en su lugar debido (pág. 81), el antiguo guardián de la casa quedó plenamente integrado en la vida de comunidad desde que los salesianos volvieron en septiembre de 1931. Joan Ráfols dice en síntesis que «vivía como un salesiano más»⁵⁸. Pero su actividad no disminuyó en nada, porque, según le recuerda Pere Bosch, «no paraba nunca, siempre estaba en movimiento, tanto dentro como fuera de casa»⁵⁹. Huelga consignar aquí que, a partir de ese año, se puso al servicio directo del seminario: si hasta entonces había hecho de *guardián* de la finca, en adelante actuaría prevalentemente como *recadero* de la comunidad. Tenía para ello una ventaja notable, y es que conocía bien a las gentes de la población, que, en testimonio del mencionado mossén Ráfols, «le querían, admiraban y apreciaban de verdad»⁶⁰.

En esta situación sobrevino el 18 de julio del 1936, que le golpeó duramente cuando, muy en concreto el viernes 24, se vio en la necesidad de colaborar en el derribo y destrucción de los grupos escultórico-religiosos que con tanto trabajo y entusiasmo había levantado. «¡Cuánto sufrió!» — dejó escrito lacónicamente el padre Alberto en su crónica—. A partir de aquellos días, Alejandro tomó clara conciencia del nuevo papel que la revolución le obligaba a asumir: sin dejar de ser el enlace principal de la comunidad con el exterior, debía custodiar, como antes, la finca y, sobre todo, ejercer de tutor y protector de los seminaristas. «No te olvides del Sordo —nos ha recomendado el salesiano Ángel García— porque, entre otras cosas, durante los meses de la revolución, era él quien representaba a los superiores y nos hacía de padre»⁶¹. Hay que añadir que también les acompañaba como maestro y animador religioso.

Según se ha referido, el día 12 de noviembre el pequeño círculo de salesianos y aspirantes fue expulsado y dispersado. Únicamente quedó en casa el señor Planas que pasaba como agricultor, empleado en la finca Llinás. Él no quería abandonar su puesto. Pero desconocemos qué le ocurrió a partir de este momento. Tan sólo estamos algo informados sobre el final de su estancia en aquel lugar. Según los datos que hemos podido recoger, el 16 de noviembre los salesianos Salvador García y Eliseo García —que eran amiguísimos de Alejandro, por haber sido el primero cocinero y el segundo hortelano del seminario— consiguieron llegar desde Barcelona a Sant Vicenç y tener con él una entrevista. Su propósito consistía en convencerle para que se alejara de allí y se pusiera a salvo. El encuentro tuvo lugar en cal Crispí, adonde Alejandro acudía con frecuencia a trabajar y a comer. Crispí Tuset era ladrillero de oficio. Pero el



Alexandre Planas, «familiar» de los salesianos.



Eliseo García, salesiano.

Sordo no estuvo dispuesto a ceder. Los amigos acordaron volver al día siguiente y verse en la antigua casa salesiana, en tanto que el señor Tuset les advertía de lo arriesgado que era su plan, ya que un coche de los milicianos recorría arriba y abajo aquel paraje. El 17 se presenta sólo el señor Eliseo García, el cual pernocta en los salesianos y, juntamente con el señor Planas, es detenido en la noche siguiente —18 al 19 de noviembre—.

Al advertir en Barcelona la ausencia de don Eliseo, el salesiano Salvador García y uno de los seminaristas, Benito Castejón, se llegan a Sant Vicenç para ver si aquél se encontraba con el Sordo. Pero no los encuentran en el ex seminario. Entonces se les ocurre acercarse a cal Crispí, en busca de noticias. —«Pero ¿a dónde van? ¿No se dan cuenta de que los pueden matar?», les dice la dueña de la casa, señora Roseta. —«Pero ¿por qué», responde el señor García. —«¿No saben lo que ha pasado?». Entonces «nos contó en pocas palabras la desaparición del Sordo y del señor Eliseo García». Tal es en sustancia el testimonio que transmitió el citado Benito Castejón⁶². Otros detalles seguros no existen. Es de suponer que ambos fueron llevados, primero, a la sede del comité, y de allí, según se dijo, a las costas de Garraf donde habrían sido ejecutados. Sus cadáveres no se han visto nunca.

Probablemente no le falta razón al señor Juncadella cuando supone que el motivo próximo de la desaparición del Sordo radica en que su presencia resultaba muy molesta para los refugiados que habían ocupado el ex seminario, porque los criterios y las pautas de comportamiento de éstos eran completamente opuestos a los de aquél⁶³. Y está del todo en lo cierto cuando manifiesta un convencimiento que se había generalizado entre la población vicentina, o sea, que ambos habían sido asesinados en odio a la religión. «No hubo otro motivo fuera de éste» —concluye diciendo⁶⁴—. Por lo cual, la historia debe considerarlos como verdaderos testigos de la fe cristiana⁶⁵.

NOTAS

- ¹ *Relazione sopra il culto di Maña SS. Ausiliatrice. Ispettorìa Tarragonese e Cèltica (Spagna)*. En el Archivo Salesiano Central (=ASC), F 017. El subrayado es del texto.
- ² Cf AA.VV., *Sant Viceng dels Horts. Aproximado a l'estudi del medi natural i social*. Sant Viceng dels Horts 1987, 136-138.
- ³ Carta mortuoria, preparada por la comunidad salesiana de Pamplona y fechada el 4-VI-1995. Manuel Ivorra Segura había sido seminarista en Sant Viceng en el bienio 1931-1933. Falleció en la capital navarra el 3-VI-1995.
- ⁴ Testimonio, Sant Viceng 15-V-1996.
- ⁵ Cf *Notaría de J. Mas Casamada. Copia de la Escritura de venta otorgada por don Julián Massana i Rovira...en favor del Ayuntamiento de San Vicente dels Horts*. Sant Feliu de Llobregat, 13 de mayo 1933. En *Arxiu Municipal. Patrimoni 2121. Immobles*.
- ⁶ Ver el capítulo 9, nota 22. Cf E.JARDI, *Francesc Macià, president de Catalunya*, 395.
- ⁷ Carta desde Pamplona 7-III-1995. Marcel·lí Carrera y Luis Vivar conservan también memoria de la misma experiencia.
- ⁸ En el año 1974 se construyó aquí la piscina.
- ⁹ Preferimos mantener la grafía tradicional, si bien hoy se acostumbra escribir *Llinars*.
- ¹⁰ Carta de José Bosch a Amadeo Burdeus, 16-V-1951.
- ¹¹ Testimonio, Sant Viceng 12-XII-1995.
- ¹² Ya se ha dicho en la nota 3 que Manuel Ivorra falleció no hace mucho en Pamplona, el 3-VI-1995. Don Luis Vivar Santamaría nos ha dejado recientemente en Huesca, el 12-V-1996. Ver la carta mortuoria firmada por Antonio Mañero Borao y Comunidad de Huesca, con fecha 24-V-1996.

- ¹³ Carta mortuoria por la comunidad salesiana de Pamplona 4-VI-1995, pág.11.
- ¹⁴ Al principio, unos y otros compartían el mismo comedor; solamente cuando los aspirantes comenzaron a ser muy jóvenes, los superiores decidieron organizar uno aparte para ellos.
- ¹⁵ Carta desde Sevilla 28-X-1994.
- ¹⁶ Cf A.DÍAZ, *Los salesianos en Campello 1907-1982*. Inspectoría Salesiana de San José, Valencia 1983, 57-68.
- ¹⁷ Desde 1929, la Congregación tenía establecido que estas casas de formación, denominadas *aspirantados*, cubrieran los cuatro primeros cursos de la segunda enseñanza. Unos treinta años antes, reflexionando por dónde caminaba la futura estructuración del Bachillerato en España, el padre Rinaldi ya había apuntado a esta estapa cuatrienal, que los aspirantes debían hacer antes de entrar en el noviciado; los tres últimos cursos de dicho Bachillerato los harían repartidos entre el año del noviciado y los dos de filosofía. Ver carta de Rinaldi a Cerruti desde Barcelona-Sarriá 16-VI-1899: ASC, A 376 *Rinaldi*. Ver también M.WIRD, *Don Bosco y los Salesianos. Ciento cincuenta años de historia*. Ediciones Don Bosco, Barcelona 1971, 299-300.
- ¹⁸ Éste pasaba la modesta suma de 60 pesetas al mes por seminarista. Lo que daban los amigos y los bienhechores apenas tenía relevancia alguna.
- ¹⁹ Testimonio, Sant Vicenç 24-XI-1994.
- ²⁰ Todos los antiguos seminaristas coinciden al afirmar que la gramática latina que seguían era la de Mariano Gurría López.
- ²¹ Se explicaba el catecismo llamado «de San Pío X», aprobado definitivamente en 1912. Durante más de medio siglo, fue el texto único para Italia con una difusión muy amplia por todo el mundo católico a través de sus traducciones a otras lenguas. En él se trataba del credo, los mandamientos, los sacramentos y la oración. Cf J.GEVAERT (dir.), *Diccionari catequétic*. Ed. CCS, Madrid 1987, 135-136.
- ²² Papeles de interés a este respecto se encontrarán en el Archivo Inspectorial de Barcelona (=AIB), carpeta que dice *Documentos diversos de los inspectores de don Marcelino Olaechea y don José Calasanz*.
- ²³ Carta mortuoria, Pamplona 1995, 10.
- ²⁴ En las fiestas que se organizaron aquí con motivo de la canonización de San Juan Bosco, el coro interpretó la Misa *Fiat cor meum*, de César Franco, a tres voces mixtas. Ver *Boletín Salesiano* (=BS), junio 1935, 175-180.
- ²⁵ Testimonios, Sant Vicenç 24-XI-1994.
- ²⁶ Como método de aprendizaje se solían emplear los estudios y ejercicios para piano de Carlos Czerny, editados por la Casa Boileau de Barcelona.
- ²⁷ En el término municipal de Santa Coloma de Cervelló. La colonia (hilados de algodón) fue fundada por Eusebio Güell y Bacigalupi en 1890 y la cripta se construyó durante los años 1898-1915. Cf *Gran geografia comarcal de Catalunya*, 8, 454-456.

- ²⁸ Casi por casualidad, aquel día se encontraron ambos grupos de paseo en el mismo punto. Jesús Almendro tenía 18 años y hacía cuarto curso de latín; Joaquín Boatas, 19 y hacía también cuarto; Manuel Rueda, 14 y hacía el tercero. Don Manuel Serrano, que era el maestro encargado del grupo al que pertenecían los ahogados, experimentó una crisis psicológica tan profunda que, desde aquella tarde, quedó marcado para el resto de su vida.
- ²⁹ Testimonio, Barcelona 7-III-1995.
- ³⁰ Testimonio de Joan Nicolau i Costa, Sant Viceng 4-II-1995.
- ³¹ Testimonio de Isidre Casanovas, Sant Vicenç 11-II-1995.
- ³² A. Candela, *Visite extraordinarie*, 27-XII-1933: ASC, F015 Spagna-Barcellona.
- ³³ Carta circular ciclostilada, Barcelona-Sarriá 16-IV-1931.
- ³⁴ Según recuerda Agustí Caralt, cada mañana pasaba el Sordo a recogerlas en el kiosco que atendía él mismo siendo un muchacho todavía. Ambas publicaciones se situaban en la línea de un catolicismo catalán, serio y abierto. Cf J.TORRENT - R.TASIS, *Historia de la prensa catalana*, 1. Ed Bruguera, Barcelona 1966, 632-633, 678-679.
- ³⁵ Los hechos que se narran a continuación ya están expuestos suficientemente bien en A.BURDEUS, *Lauros y palmas. Crónica de la Inspectoría salesiana tarraconense durante la revolución roja*. Librería salesiana, Barcelona 1958 (2-ed.), 82-96, 400. Nosotros trataremos de poner de relieve algunos aspectos que afectan más a nuestro estudio, siguiendo en todo caso la documentación disponible y el testimonio personal de algunos que aún se encuentran entre nosotros.
- ³⁶ Cf F.LACRUZ, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*. Ed. Librería Arysel, Barcelona 1943, 1-27. C.SEMPRUN-MAURA, *Revolución y contrarrevolución en Cataluña (1936-1937)*. Tusquets Editor, Barcelona 1977, 17-38. M.CRUJELLS, *La revolta del 1936 a Barcelona*. Galba Ediciones, Barcelona 1976, 119-182.
- ³⁷ Don Juan Alberto Francese (1886-1971) era un salesiano italiano que vino a España siendo aún muy joven. Hizo la profesión religiosa perpetua en la casa de Sarriá (1906) y, tres años después, fue ordenado sacerdote en Gerona (1909). Hombre bueno, voluntarioso, inteligente y dotado de buena memoria, consiguió hacerse con un notable bagaje cultural. Ejerció de director en el colegio de Mataró (1921-1927) y después en el noviciado-filosofado de Gerona (1928-1934). En este último año llegó a Sant Viceng, para sustituir en la dirección del aspirantado a don Ramón Cambó, que había sido el primer superior (1931-1934). Fue entonces cuando le sorprendió la revolución de julio de 1936. Después de unos días, aprovechando un momento en que las cosas parecían estar más sosegadas y gracias a las gestiones que había practicado en su favor el antiguo alumno salesiano don Luis Postigo, pudo huir a Italia, donde transcurrió todo el período de la guerra española. Residiendo en Genova y con fecha 18-VIII-1936 dejó escrita una relación o *memoria* de lo que había visto y vivido desde el 18 de julio hasta el 6 de agosto, día en que abandonó Sant Viceng. El documento, con el título de *Revolución en*

Cataluña. Julio 1936. Casa salesiana de S. Vicente dels Horts, viene a ser una crónica que, aunque sucinta (ocho folios manuscritos de puño y letra y con la firma correspondiente), tiene un valor testimonial de primer orden. La tenemos delante al exponer los hechos que presentamos. El padre Alberto concluía su escrito manifestando un deseo: «Pedimos a Don Bosco que siga protegiendo nuestra casita y que podamos volver a ella para seguir trabajando a favor de nuestros queridos aspirantes». Y efectivamente en 1940 tuvo el coraje de regresar a aquella Cataluña deshecha y empobrecida de la inmediata postguerra. Le nombraron director de la casa de Gerona y, a los dos años, superior provincial de Barcelona (1942-1948). Ver el testimonio de Juan Alberto en *ASC, F012 Spagna generica*, y otro de Félix Solanes en *Ibid.*, *F014 Spagna-Barcellona*. Por lo demás, para el primero, ver la carta mortuoria firmada por Juan Cañáis (Barcelona 7-VII-1971) y B.BUSTILLO, *A la sombra del gran árbol. Memorias de nuestros hombres*. Edebé, Barcelona 1984, 239-246.

³⁸ Cfr. A.BURDEUS, *o.c.*, 61-72.

³⁹ Cf R.ALBERDI, *Els salesians al barri de Sant Antoni. Barcelona 1890-1990. Casa salesiana de Sant Josep*, Barcelona 1994, 176-182.

⁴⁰ Cf A.CARALT, *Escaquer vicentí*. Sant Vicenç dels Horts 1995, 14, 25, 173.

⁴¹ Cf AA.VV., *Col·lectivitacions al Baix Llobregat (1936-1939)*. Centre d'Estudis Comarcáis del Baix Llobregat. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1989, 170-171.

⁴² Testimonio, Sant Vicenç dels Horts 11-II-1995.

⁴³ Testimonio, Sant Vicenç 24-XI-1994.

⁴⁴ Testimonio, Barcelona 17-I-1995.

⁴⁵ Sería en este momento cuando, según recuerda Ángel García, el jefe, señalando el crucifijo que pendía de una de las paredes del dormitorio y que aún no había sido retirado, vino a decir: «Si todos los curas fueran como ése, las cosas les irían de otra manera» (Testimonio, Barcelona 17-I-1995).

⁴⁶ Carta desde Barcelona 31-VIII-1995.

⁴⁷ Ángel García atestigua que tanto él como algunos de sus compañeros se divertían tratando de fundir en la hoguera las bolas de la barandilla del comulgatorio, con el propósito de obtener plomo (Testimonio, Barcelona 17-I-1995).

⁴⁸ VALENTINA. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Josephi Calasanz et sociorum e Societate S. Francisci Salesii. Summarium super dubio an constet de martyrio, eiusque causa, in casu et ad effectum de quo agitur*. [Roma 1995], pág. 171, n. 544. En adelante se cita por *Summarium*.

⁴⁹ El padre Calasanz que, juntamente con otros salesianos, había sido encerrado por los revoltosos en la Cárcel Modelo de Mislata (Valencia) el martes 21 de julio, fue sacrificado el 29 por la mañana. Ver el testimonio de don Florencio Celdrán en A.BURDEUS, *o. c.*, 302-305. Ver también B.BUSTILLO, *Hombres de nuestra historia*. Central Catequística Salesiana, Madrid 1981, 42-48.

- ⁵⁰ Cf J.SANABRE, *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa 1936-1939*. Ed. Librería religiosa, Barcelona 1943, 69-71, 253. A.CARALT, *o.c.*, 26-28. Pueden ser también útiles los datos que, especialmente en las págs. 4-26, aporta Salvador Nonell Bru en su folleto titulado *Padre e hijo. Alfonso Gasset Llop—Mn. Manuel Gasset Llecha. Mártires de Cristo*. Barcelona 1988.
- ⁵¹ Tanto éstos como los *avantguardistas* —que formaban su sección juvenil— conocían de sobras el seminario salesiano, ya que allí solían hacer las tandas de Ejercicios Espirituales o bien habían frecuentado el Oratorio Festivo (pág. 00). A este respecto nos recuerda Isidre Casanovas que fue en la casa salesiana donde los *fejocistas* estrenaron el deporte del *básquet*: «fue el primer campo del género que hubo en Sant Viceng» (Testimonio, Sant Viceng 11-II-1995). Sobre la persecución a que fueron sometidos, ver AA.VV., *La federado de joves cristians de Catalunya (Contribució a la seva historia)*. Ed. Nova Terra, Barcelona 1972, 195-210.
- ⁵² Don Ángel García recuerda cómo él y algunos de sus compañeros jugaban con frecuencia al ajedrez, incluso con los mismos milicianos encargados de su custodia, y añade que ganarles la partida constituía para ellos todo un honor... (Testimonio, Barcelona 17-I-1995).
- ⁵³ Declaración mecanografiada, sin fecha. Archivo de la Postulación.
- ⁵⁴ *Ibid.*
- ⁵⁵ Carta a Burdeus, Sant Viceng dels Horts, agosto 1940. Archivo de la Postulación.
- ⁵⁶ Testimonio, Sant Viceng dels Horts 24-XI-1994.
- ⁵⁷ Cf B.BURDEUS, *o.c.*, 94-96. El grupito de los aspirantes, después de haber pasado una semana en Sarria y gracias a las gestiones llevadas a cabo por don Modesto Bellido, encontraron un sitio seguro y confortable en Mataró: J.M.Agüero se alojó en la familia Miracle; J.Carilla, A.García y N.Zaratiegui, en la de Nonell; Luis Zubizarreta, en la de Bartra.
- ⁵⁸ Testimonio, Barcelona 28-II-1995).
- ⁵⁹ Testimonio, Sant Viceng dels Horts 11-II-1995.
- ⁶⁰ Testimonio, Barcelona 28-II-1995.
- ⁶¹ Testimonio, Barcelona 17-I-1995.
- ⁶² Declaración firmada, en el Archivo de la Postulación.
- ⁶³ Cf *Summarium* pág. 161, n. 512-513.
- ⁶⁴ *Ibid.*
- ⁶⁵ Cf A.BURDEUS, *o.c.*, 400. J.SANABRE, *o.c.*, 173. A.CARALT, *o.c.*, 26, 30. «Si de los que mataron los roys durante la guerra alguno se merece ser declarado santo, ése es el Sordo» (J.Nicolau i Costa, Sant Viceng 25-XI-1995).

5. EL RETORNO

El 19 de noviembre de 1936, la casa salesiana de Sant Vicenç dejó de ser la que siempre había sido desde su fundación, ya que en la misma no quedó ninguno que pudiera considerarse como salesiano. Hasta el señor Planas, bien contra su voluntad, la abandonó trágica y definitivamente. De hecho can Font y torre Llinás quedaron incautadas y pasaron a manos del Ayuntamiento¹. Allí se establecieron, además de un refugio para los prófugos de la guerra, dos escuelas públicas. Porque, al fin y al cabo, los espacios que ofrecía el ex seminario siempre eran más dignos que los que prestaban las escuelas municipales. Pero aquella mezcla de refugiados y niños en un mismo recinto hacía imposible cualquier clima educativo, tanto desde el punto de vista higiénico como moral. Al inicio del curso 1938-1939 aquello resultaba ya intolerable, por lo que el alcalde-presidente, el cenetista Antoni Plovins i Botines, andaba muy preocupado².

Pero muy pronto otras preocupaciones acabaron por imponerse de una forma absoluta. Porque al *alzamiento militar* del 18 de julio le había seguido, sin solución de continuidad, la guerra. Cada una de las partes contendientes —la España *nacional* y la España *republicana*— asumieron a su manera aquella dura experiencia, que, en cualquier caso, marcó a las generaciones y a las instituciones de una manera indeleble. Lo tendrá en cuenta el lector para entender bien la historia que se expone en las páginas que siguen. Ahora es suficiente recordar algún que otro episodio que afecta más en directo al argumento de este libro.

LA CAMPAÑA DE CATALUÑA

Como es sabido, la Batalla del Ebro dio comienzo el 25 de julio de 1938 y terminó el 16 de noviembre del mismo año. Casi cuatro meses de duro enfrentamiento. Para el ejército rojo de Cataluña fue una lucha de desgaste; para el del general Franco, la puerta que le permitió acometer con éxito la ocupación de Cataluña³.

Efectivamente, a instancias de sus colaboradores y en menos de un mes, el Caudillo tenía todo preparado para la empresa. En Cataluña operaría el Ejército del Norte, al mando del general Fidel Dávila y formado por seis Cuerpos, con sus respectivas divisiones: el Cuerpo de Ejército de Urgel (general Agustín Muñoz Grandes), el del Maestrazgo (general Rafael García Valiño), el de Aragón (general José Moscardó), el de los Legionarios o Voluntarios (general Gastone Gambará, italiano), el de Navarra (general José Solchaga) y el Marroquí (general Juan Yagüe). Contra lo que podían suponer los adversarios, esta maquinaria entró en acción el 23 de diciembre, como quien dice en vísperas de las Navidades, si bien no de golpe, sino gradualmente. Unos pocos días después de la fiesta de Reyes (1939), estaba en pleno rendimiento. Prueba de ello eran los continuos bombardeos que sufría concretamente la ciudad de Barcelona, hacia cuya ocupación se dirigían los *navarros* (con Solchaga), los *voluntarios* o *italianos* (con Gambará) y los *marroquíes* (con Yagüe), dominando antes la comarca del Baix Llobregat. Ni a ellos ni a sus compañeros de armas les costaba mucho el avance, porque el ejército republicano de Cataluña se encontraba muy agotado, nadie demostraba estar dispuesto a reorganizar la resistencia y tampoco llegaba del exterior la ayuda necesaria⁴. Montblanc cayó en poder de los *nacionales* el 10 de enero (1939); Tarragona, el 15; Reus, también el 15; el Vendrell, el 20; Igualada, Vilafranca del Penedés y Vilanova i la Geltrú, el 21.

Muchos republicanos que optan por huir lo hacen buscando refugio ante todo en Barcelona, que evidentemente no puede acoger a tanta gente. La desolación y la desesperanza se apoderan de ellos, mientras que, entre los días 22 y 23, el ejército franquista logra situarse cerca del cauce del Llobregat. ¿Conseguiría el gobierno republicano fortificarlo y hacer del mismo una frontera de choque? Nada de eso. Entre los días 24 y 25, y a la altura de Manresa, Abrera, Martorell, Molins del Rei y Sant Boi, los hombres de García Valiño, Gambará, Solchaga y Yagüe cruzan el río, pasando sin gran esfuerzo de la orilla derecha a la izquierda. Fue a las pri-



© Archivo Miquel Siñol

Sant Vicenç, 1937: las juventudes socialistas en acción (Foto Francesc Siñol Bonells).

meras horas de la tarde del miércoles 25 cuando, a las órdenes del general Fernando Barrón, la 13ª división del Cuerpo del Ejército Marroquí atravesó el «puente de Molins» para ocupar inmediatamente esta localidad. Pronto fueron cayendo otros puestos de la orilla izquierda⁵.

Más o menos al mismo tiempo —primeras horas de la tarde del 25— y por la carretera de Torrelles, los *nacionales* llegaban también al pueblo de Sant Vicenç. Como antes habían comprobado que los enemigos no ofrecían resistencia alguna, entraron tranquilamente, descendiendo desde la altura de la torre Llinás hasta el núcleo de la población, que las autoridades republicanas ya habían abandonado. También los refugiados madrileños se habían escapado, después de haber ocupado la casa salesiana desde noviembre de 1936. De una y otra parte, fueron apareciendo las banderas de los vencedores. Por el momento, contingentes de la tropa permanecerían en la población y habitarían incluso el antiguo seminario salesiano. Y ¡peripecias de la guerra!: uno de aquellos soldados —falangista— era un antiguo seminarista que había terminado el último curso de latín precisamente en julio de 1936: Sebastián Arnau Prat, que fue testigo personal del acontecimiento⁶.

Mossén Josep Cucurull, antiguo vicario parroquial, pudo salir de su escondite⁷ y, con la ayuda entusiasta de muchos vicentinos, adecentar el re-



Sant Vicenç, abril de 1939: proclaman la victoria del general Franco (Archivo Miquel Siñol).

cinto de la iglesia, que había estado convertido, como hemos dicho, en almacén de materiales de la cooperativa de albañiles. De esta forma, el domingo día 29 quedó restaurado el culto católico: por la mañana hubo misa, y, por la tarde, bautizo de todos los niños que habían nacido durante la guerra. Otra vez volvían a florecer las vivencias religiosas en su dimensión más auténtica⁸. Pero, por otro lado, la comisión gestora que se formó a los pocos días en el Ayuntamiento⁹ iba a comenzar lamentablemente un duro proceso de represión contra los vencidos, si bien no todos de éstos tenían las manos limpias de sangre¹⁰.

Mientras tanto, como insinuábamos, entre el miércoles 25, por la noche, y el jueves 26, por la mañana, toda la comarca del Baix Llobregat estaba en manos de Franco. Este día, por la tarde, tuvo lugar la ocupación de la ciudad de Barcelona. Los *Navarros*, procedentes del Tibidabo y los *Marroqués*, procedentes de Montjuïc, se encontraron juntos en la Plaza de Cataluña. Para el ejército, había sido casi un paseo; para muchos barceloneses —evidentemente no para todos—, una fiesta¹¹.

A partir de este punto, la ocupación del resto de Cataluña no fue ningún problema para Franco. Sus tropas tardaron 12 ó 14 días en llegar hasta la frontera. El 27 ya estaban en Badalona y en Mataró; el 5 de febrero en Gerona; el 8, en Figueres. A los dos días dominaban sin excepción todos los pasos fronterizos con Francia. Aquellos que habían seguido los acontecimientos de España desde el extranjero quedaron admirados y estupefactos: sólo en cuestión de un mes y medio, toda Cataluña había caído. Y lógicamente sacaron la conclusión de que la guerra española estaba decidida en favor de Franco. Éste, en efecto, el día 1 de abril anunciaba a todos el final de la contienda.

LA CASA REHABILITADA

Debían de correr todavía los últimos días de enero, o, tal vez, los primeros de febrero, cuando Joan Corbella Margalef —un sacerdote salesiano que había pasado la guerra escondido en Mataró— decidió llegar hasta Sant Vicenç, al objeto de ver con sus propios ojos cómo se encontraba el antiguo seminario. Y pudo comprobar que la casa «de abajo» estaba vacía —pues ya la habían abandonado los niños de la escuela, los refugiados de guerra y algunas unidades de la tropa nacional allí instalada—, y que, en cambio, la «de arriba» estaba ocupada por un grupo de artilleros. Pero esto le bastó para colocar, en la puerta de entrada, junto al cartel que aún recordaba que el edificio había sido intervenido por la Generalitat de Cataluña en 1936, otro redactado por él mismo y que decía más o menos: «Este edificio pertenece a la Congregación Salesiana. Juan Corbella». Con ello, según precisa la crónica, el buen salesiano «tomaba posesión de ambas casas en nombre de la Congregación»¹². Lo hizo espontáneamente, a iniciativa personal, bajo el impulso de la victoria alcanzada. Y enseguida comenzó a moverse y a trabajar en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Pero le fallaron las fuerzas. A los pocos días, enfermó y hubo de retirarse.

Fue don Juan Piles el que, a mediados de febrero y en nombre de los superiores, se hizo cargo del establecimiento. Como la torre Llinás seguía habitada por los militares y la casa Font estaba sin muebles, sin luz, y tan sucia que parecía más «una pocilga que morada de hombres», tuvo que hospedarse en la familia del señor Juncadella que, según sabemos, era un buen amigo de los salesianos¹³. La vieja masía, en efecto, había sufrido durante más de dos años la anarquía de los pobres refugiados de guerra, sometidos a unas condiciones de vida infrahumanas. «Desde que en-

traron en el pueblo, habían desaparecido todos los gatos. Incluso el de mi casa. ¡El hambre que traía aquella gente!», asegura, con una expresión más dolorida que cómica, el señor Costa i Ubach¹⁴.

Sería a comienzos del mes de marzo cuando dos antiguos seminaristas, José María Agüero y Antonio Comas, se atrevieron espontáneamente a girar una visita por aquel lugar. «Entramos y vimos que no había nadie — declara el primero—. Todo era miseria, basura, desorden. Un montón de ladrillos por aquí, otro de desperdicios por allí. Una cama colgando de un árbol... ¡Una desolación! Al comprobar que no había nada que hacer, nos volvimos a Barcelona muy tristes»¹⁵.

Pero había que ir pensando en el futuro. El nuevo padre provincial, don Julián Massana, vio con buenos ojos que, a pesar de todas las privaciones y dificultades, algunos salesianos se animaran a fijar su residencia en el antiguo seminario. Ocuparon no la casa de abajo —impracticable, por lo que se ha dicho—, sino la de arriba. «Qué pobre y desmantelada está — escribe el cronista—. Soldados del ejército rojo antes y últimamente otros nacionales la han dejado que da lástima»¹⁶. Era verdad. La torre Llinás había perdido sus encantos de otro tiempo, y nunca más los iba a recuperar. Pero todavía sería capaz de acoger a todos los seminaristas, antiguos y nuevos, que quisieran cobijarse a su sombra. Por el momento, eso era lo más urgente para el padre Massana: llamar y reunir a las ovejas dispersas. ¿Sería aún posible formar un redil? Su voz resonó favorablemente en aquel clima, profundamente religioso, que la inmediata posguerra propiciaba en muchas partes. Era la hora del retorno...

A partir del día 13 de mayo, la torre Llinás comenzó a ser ya una pequeña familia: de una y otra parte habían acudido salesianos y seminaristas, y habían conseguido rescatar del escondite algunos objetos de culto e incluso ¡tres pianos!

Don Juan Piles, don Antonio Mateo y don Manuel Serrano, que ya tenían experiencia de la vida de las casas de formación, se pusieron al frente del primer grupo. Los tres habían sufrido en propia carne los latigazos de la revolución y de la guerra, y ahora no estaban dispuestos a echarse atrás. Gracias a su capacidad de sacrificio, y al esfuerzo de los hermanos coadjutores José Ribó —hortelano— y Martín Goicoechea —cocinero—, la pequeña comunidad echó a andar.

Lo primero que tuvieron que hacer fue limpiar y adecentar los edificios, sobre todo el de abajo. Resultó una tarea ímproba. Después, arreglar la huerta que se había ampliado con la adquisición de la torre Llinás. Si no, ¿de qué iban a comer? Para celebrar el día de San Antonio —onomástico

LA CASA REHABILITADA



Inspectoría Salesiana Tarraconesa

El infrascrito, Julián Massana Rovira,
Inspector-Provincial de los PP. Salesianos,
domiciliado en las Escuelas Profesionales
Salesianas de Sarrià (Barcelona);
CERTIFICA : Que D. Juan Piles es sacerdote
salesiano, que va con Obediencia a la Casa
Salesiana de .Vicens, para habitar en ella
como Apoderado de los propietarios de la mi-
ma.
Y en fe, firmo y sello en Barcelona a 14
de Febrero de 1939. III A.T.



Julián Massana Rovira

1939, «tercer año triunfal»: don Juan Piles «apoderado de los propietarios» de la casa salesiana (Archivo Martí-Codolar).

del padre Mateo, que fungía de director interino— se dedicaron a plantar boniatos. Fue un número de la fiesta...Finalmente, buscar los libros y hacer gimnasia de cabeza con el estudio, pues sabían que habían perdido mucho tiempo y que debían comenzar un nuevo curso escolar. De esta manera pasaron los meses de verano de 1939, que los testigos recuerdan como un tiempo de extremada dureza, debido al mucho trabajo, y de sufrimiento, por los calores y el hambre que tuvieron que padecer. «Si no nos pusimos a comer hierba, faltó muy poco» —dice uno de ellos—. «Pero estábamos contentos —añade—, sobre todo porque había terminado la guerra»¹⁷.

Este puñado de valientes consiguió que la casa salesiana de Sant Vicenç fuera habitable y pudiera acoger de nuevo la vida que le arrebataron en julio de 1936. El padre provincial quedó satisfecho y admirado. Ya no enviaría a los seminaristas a la nueva fundación de Huesca (calle Heredia, n. 12), sino que distribuiría el personal así: en las casas de formación de Barcelona-Tibidabo, Huesca y Campello, los alumnos de primer curso; los de segundo, tercero y cuarto en Sant Vicenç; los novicios y estudiantes de filosofía en Gerona. De esta manera se volvía al esquema de antes de la guerra. Todas las casas de formación, que la revolución y la guerra habían echado a perder, ahora se recuperaban para el futuro.

NOTAS

- ¹ Cf AJUNTAMENT DE SANT VICENÇ DELS HORTS, *Llibre d'actes*, sesión correspondiente al 12-VIII-1936. Es sabido que un poco más tarde, a propuesta del concejal Pere Panadés Urpinas, del Partit Socialista Unificat de Catalunya (P.S.U. de C.), el consistorio acordó cambiar el nombre tradicional de la villa por el de *Horts del Llobregat* (*Ibid.*, sesión 23-IX-1936).
- ² Cf *Ibid.*, sesiones 23-IX-1936, 28-X-1938.
- ³ *Historia de la cruzada española*, VIII. Ediciones españolas, Madrid 1943, 84-116, 123. R.DE LA CIERVA, *Historia ilustrada de la guerra civil española*, II. Ed. Danae 1976, 425-447. H.THOMAS, *La guerra civil española 1936-1939*, II. Ed. Grijalbo, Barcelona 1976, 896-920. P.PRESTON, *Franco, «Caudillo de España»*. Ed.Grijalbo, Barcelona 1994, 387-393.
- ⁴ Cf *Historia de la cruzada española*, VIII, 123-144, 145-169. R. DE LA CIERVA, *Historia ilustrada de la guerra civil española*, II, 469-487. H.THOMAS, *La guerra civil española 1936-1939*, II, 931-939. P.PRESTON, *Franco*, 396-397. B.BOLLOTEN, *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*. Alianza editorial, Madrid 1989, 979-1000.
- ⁵ Sant Feliu, ese mismo día 25, alrededor de las 16,30; una hora más tarde, Sant Just Desvern; al anochecer, la cumbre de Sant Pere Màrtir; Sant Joan

Despí y Cornelia la mañana del jueves 26, y también Esplugues, cuya ocupación había comenzado la tarde anterior; antes del mediodía del mismo 26, las cumbres de Vallvidrera y del Tibidabo estaban ya dominadas por los franquistas.

- ⁶ Falleció en la casa salesiana de Alcoy (Alicante) el 3-II-1994. Ver la carta mortuoria que firma la comunidad de Alcoy-San Vicente Ferrer, 24-XI-1994.
- ⁷ Antes de la llegada de los *nacionales*, ya había comenzado a celebrar la Eucaristía a escondidas. En la del día 23, participó también aquel joven médico que se llamaba Pere Tarrés: «El bon Jesús m'ha fet la gracia de poder-hi assistir avui a Sant Viceng dels Horts. He combregat i he ajudat el Sant Sacrifici. Gràcies, Déu meu» (*El meu diari de guerra 1938-1939*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat 1990, 314). Tales actos litúrgicos se celebraban en el piso primero de la casa del senyor Costa y Comella (Testimonio, Josep Maria Aymerich, Sant Viceng 16-IX-1995).
- ⁸ Cf *Historia del I centenari del Centre Catòlic de Sant Viceng dels Horts 1880-1980*, 16-17.
- ⁹ La comisión municipal interina —nuevo alcalde provisional, Buenaventura Cortadella i Colell— quedó constituida el mismo día 25, «por orden de la autoridad militar que, en esta fecha, ha ocupado militarmente la población» (AJUNTAMENT DE SANT VICENÇ DELS HORTS, *Llibre d'actes*, sesión 25-I-1939).
- ¹⁰ Según los datos recogidos por Josep M.Solé i Sabaté, fueron fusilados seis individuos. Cf *La repressió franquista a Catalunya. 1938-1953*. Edicions 62, Barcelona 1985, 115. Pero la *depuración franquista* se revistió también de otras formas. Cf A.CARALT, *Escaquer vicentí*. Sant Vicenç dels Horts 1995, 30-32.
- ¹¹ Cf E.TORRES, *La caiguda de Barcelona 1939*. Galba Edicions, Barcelona 1978, 176-178. R.ABELLA, *Finales de enero 1939. Barcelona cambia de piel*. Ed. Planeta, Barcelona 1992, 65-84. C.PI SUNYER, *La república y la guerra. Memorias de un político catalán*. Ed. Oasis, México 1975, 579-582.
- ¹² *Crónica de la casa*, enero 1939. Durante trece años seguidos (1939-1952) la redactó don Félix Solanes. Realizó su cometido con perseverancia y rigor, ilustrando el manuscrito con una documentación fotográfica muy valiosa. Más tarde, y usando la máquina de escribir, preparó un resumen muy bien hecho, que nosotros emplearemos de aquí en adelante.
- ¹³ *Ibid.*, febrero de 1939.
- ¹⁴ Testimonio, Sant Vicenç? 21-X-1995.
- ¹⁵ Testimonio, Sant Viceng 24-XI-1994.
- ¹⁶ *Crónica*, 27-III-1939.
- ¹⁷ José María Agüero, Sant Viceng 24-XI-1994.

6. LA RECUPERACIÓN

Los salesianos que, sobre todo en Cataluña y en Levante, habían sufrido los avatares de la dispersión y del desastre producidos por la guerra civil experimentaron también, inmediatamente después de la misma, la profunda alegría de una recuperación rápida y segura. «Llevamos tres meses de curso —escribía el superior provincial, padre Massana, en diciembre de 1939— y tenemos sobrados motivos para dar gracias a Dios, pues no podíamos esperar que, en tan breve espacio de tiempo, resurgieran nuestras obras con tanta lozanía»¹. Y dos años después, podía comprobar que dicha recuperación se había consolidado, porque el número de los alumnos que llenaban los colegios y escuelas era tan grande «como no habíamos visto *nunca*»². Su sucesor en el cargo, don Juan Alberto —el mismo que, como sabemos, había estado al frente del seminario de Sant Vicenç hasta el mes de agosto de 1936—, haciendo un cálculo de personas y obras desde el inicio de la contienda civil, podía comunicar a los superiores: «Tenemos ya tantos sacerdotes como en 1936, y las casas abiertas son siete más»³. Tal fue la gozosa vivencia que tuvieron los salesianos en la inmediata postguerra.

SANGRE NUEVA

Aquellos hombres solían atribuir la causa de su nueva situación al sacrificio de sus compañeros: «Es bien visible la protección de nuestros mártires» —explicaba el citado padre Massana⁴—. Y don Juan Alberto unos años más tarde: «Es evidente la protección de nuestros mártires. Por todas partes se quieren fundaciones salesianas. De Cartagena, Murcia, Lorca, Valencia, Reus, Zaragoza, Tarazona, Tortosa etc., insisten para

que vayan los hijos de Don Bosco»⁵. Y dos meses más tarde: «Estamos persuadidos —seguía comunicando a los mismos superiores de Turín— de que nuestros mártires nos ayudan: no escasean las vocaciones y, hasta ahora, Don Bosco nos ha enviado lo necesario para hacer frente a todas nuestras necesidades»⁶.

Los salesianos, por una parte, tuvieron la impresión de que les habían trasladado un siglo atrás cuando, en 1841, el Fundador hubo de comenzar su obra sin poder contar con medios humanos; pero, por otra, el ejemplo heroico de sus compañeros y la nueva realidad que comenzaban a palpar les infundían optimismo y energía. La circunstancia histórica que les tocaba vivir venía a ser un verdadero reto. Y decidieron afrontarlo con generosidad.

Ahora bien, esta coyuntura impulsaba a los responsables españoles a orientar su gestión de gobierno en cuatro direcciones.

Primera: recuperar cuanto antes el personal que el vendaval de la guerra había dispersado por varias provincias españolas y también por el extranjero. A este respecto, don Julián Massana insistía sin tregua ante los superiores, hasta el punto de llegar a molestar a alguno. Pero él se defendía argumentando: «Como si yo estuviera pidiendo lo que no es de justicia. Pasan de ochenta las bajas que ha tenido esta Inspectoría, amén de las pérdidas materiales que suman muchos millones»⁷. En consecuencia se apresuró a llamar al grupo de seminaristas que, perteneciendo a tierras comprendidas en la provincia salesiana tarraconense, se había ido formando durante la guerra en el seminario salesiano de Astudillo (Palencia). Al frente de ellos estaba don Tomás Baraut: «A primeros de septiembre [1939], el señor Inspector nos transmitió la orden de trasladarnos a Sant Vicenç dels Horts, para seguir allí los estudios. Y así hicimos sin tardanza». Y sigue explicando: «A mí me había nombrado director, y empezamos nuestras nuevas tareas»⁸. Asimismo don Julián logró que en 1943 se reinsertara en la Inspectoría de Barcelona el gallego Daniel Conde Conde —quien residía en la ciudad de Vigo y que, como se verá, sería nombrado enseguida director del seminario de Sant Vicenç—. Y tuvo una profunda satisfacción cuando supo que el mencionado don Juan Alberto —futuro superior provincial, que continuaría la misma política— y los salesianos laicos Esteban Giarola y Juvenal Villani volvían de Italia, donde se habían refugiado cuando la persecución religiosa. En fin, dentro de estos parámetros, volvieron también algunos que, en tiempos de la República y al objeto de evitar hacer la *mili* en España, se habían marchado a Sudamérica a prestar los servicios sustitutivos correspondientes, tales como Lorenzo Verdaguer y José María Geronés, ambos salesianos laicos también.

Segunda: lo mismo que en los orígenes de la Congregación en España, buscar en la Italia salesiana nuevas fuerzas que vinieran a llenar el vacío que se había producido en nuestro país. Efectivamente, en enero de 1941, llegó el maestro ebanista Cancio Petruzio. Para el curso siguiente (1941-1942), ya estaba en el centro formativo de Gerona don Salvador De Bonis, quien, más tarde, tomaría por dos veces la dirección del seminario vicentino, si bien por poco tiempo. Y en julio de 1943 atravesaron la frontera española diez jóvenes salesianos, de los cuales cuatro quedaron en la Inspectoría de Barcelona: Blas Beltramo, Luis Gallinari, Carlos Gianolo y Flavio Rigo. Luis Chiandotto, un clérigo que había terminado entonces brillantemente sus estudios de filosofía y era el encargado de la expedición, se fue a la Inspectoría de Madrid⁹. Junto a los italianos, llegaron también algunos procedentes de otras latitudes como Polonia, la antigua Yugoslavia y la antigua Checoslovaquia, porque los rigores de la guerra mundial, ya en plena marcha desde el 1939, sometían a muchas personas a un trasiego de extremada dureza. Los yugoslavos Miguel Mácek y José Urbánech, y el checoslovaco Enrique Pések residieron por algún tiempo en Sant Vicenç¹⁰.

Tercera: concentrar todas las fuerzas disponibles en la misma Inspectoría y aplicarlas de lleno a las múltiples tareas que se habían emprendido. Nadie debía salir de la demarcación inspectorial. Por eso los responsables inmediatos tuvieron que asumir con dolor el hecho de que a hombres como don Modesto Bellido y don Juan Castaño (castellanos, adscritos a la Inspectoría Tarraconense), don Miguel Riera y don Rómulo Pinol (catalanes) los destinaran a trabajar a Madrid¹¹.

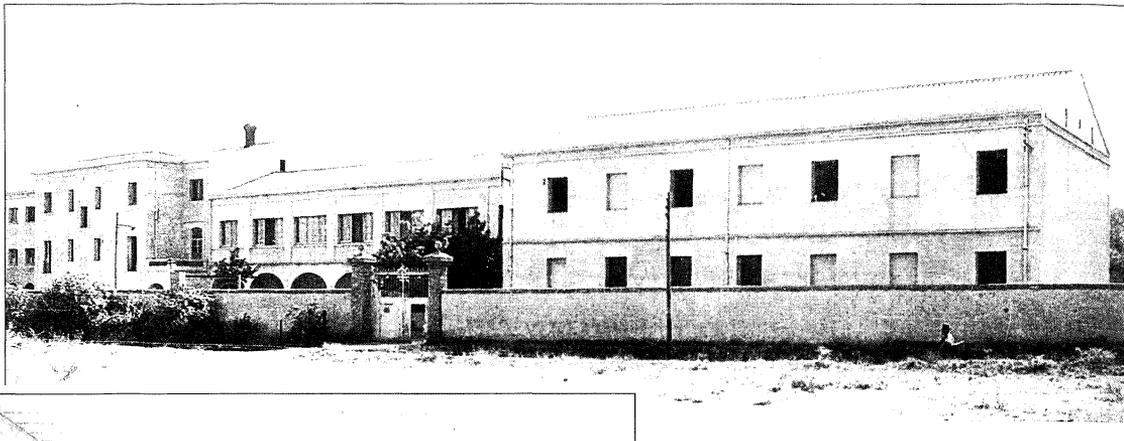
Cuarta: ante todo y sobre todo organizar lo mejor posible los centros de promoción vocacional: «Nuestra primera y principal preocupación —advertía el citado padre Massana a sus salesianos antes de acabar el año 1939— es para las Casas de Formación»¹². Y se complacía recordando a todos que los seminarios de Sant Vicenç y de Huesca estaban llenos, que la residencia de Barcelona-Tibidabo se acababa de inaugurar con 25 seminaristas y que el antiguo centro de formación de Campello se estaba ya reconstruyendo. Las vocaciones salesianas que surgieran en el País Vasco, Navarra y Aragón serían acogidas en el pequeño seminario de Huesca¹³; las que procedieran de Cataluña, en el del Tibidabo, y las provenientes de Levante, en el de Campello. Y todas culminarían su preparación en el de Sant Vicenç dels Horts. Cumplida esta última etapa —de tres años por lo general—, entrarían oficialmente en el noviciado de Gerona.

Es así cómo quedó diseñado, siquiera *grosso modo* y para el período de la posguerra, el plan de formación de los aspirantes a la vida salesiana.

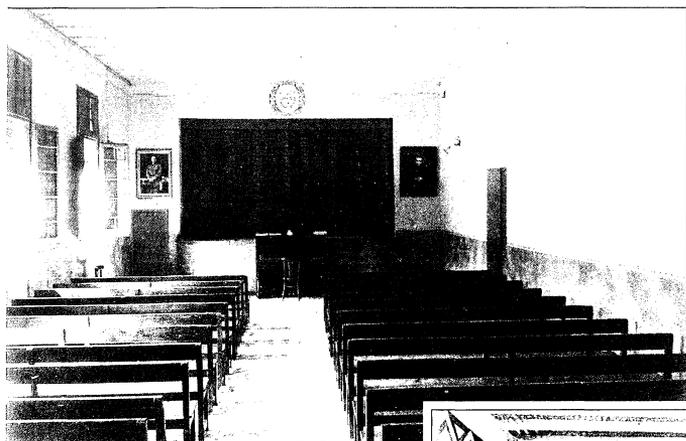
torre Llinàs» —recuerda aún José María Agüero¹⁷—. Total que, en el mes de octubre, tenían cubierto el tejado. Y aunque los locales no estaban del todo acabados, comenzó la serie de inauguraciones: la capilla, dedicada a María Auxiliadora, se bendice unos días antes de la Navidad (1940)¹⁸; el salón de teatro se estrena a finales de enero del año siguiente (1941); el dormitorio comienza a utilizarse en el mes de mayo. Cada traslado al nuevo edificio era motivo de alegría y de fiesta. Y es que aquello equivalía a una liberación. Para amueblar los diversos locales hizo falta tiempo y paciencia. Pero, mientras tanto, se dejó que actuaran la imaginativa y la fuerza de la improvisación. Don Rómulo Pinol, por ejemplo, hizo sus pequeñas proezas artísticas arreglando el escenario, pintando las decoraciones y confeccionando los atuendos teatrales casi desde la nada. Surgió así la «casa nueva».

Antes de que entrara en funcionamiento, se pensó en construir otro pabellón, que la uniera con la masía primitiva. Comenzaron las excavaciones en el mes de abril de 1941 y, al año siguiente, aprovechando la presencia del Prefecto General, don Pedro Berruti, se bendijeron las aulas, que servirían también para estudio general. Éste fue el llamado «pabellón central». Con ello, can Font quedaba prácticamente desalojada, y podía servir para otros menesteres.

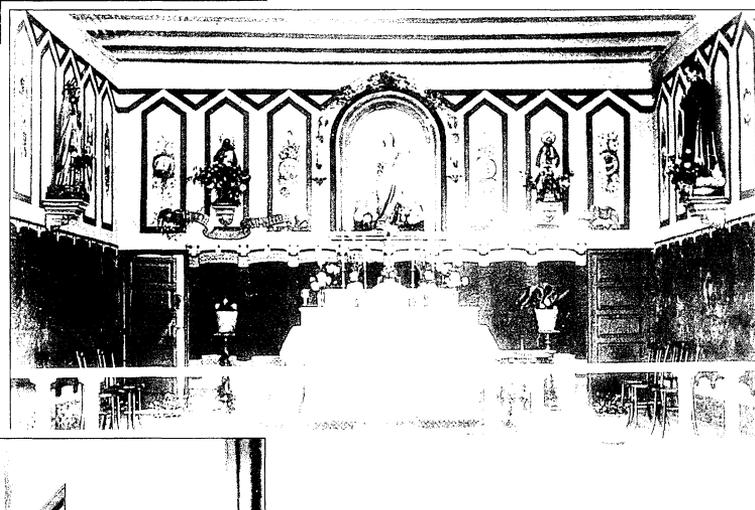
La segunda etapa gravita en torno al directorado de don Daniel Conde (1943-1946), el cual comienza efectivamente por remodelar la casa antigua, construyendo en la misma una enfermería y un dormitorio. Bastaron para ello los meses de verano del año 1944. Un poco después salta la idea de levantar un piso sobre la planta baja de las aulas, en el pabellón central. Y aquí también los trabajos procedieron con celeridad durante los meses de primavera-verano de 1945. Gracias, sin duda, a la colaboración generosa de los alumnos. «Antes de hacerme fraile, yo no fui cocinero —dice ahora jocosamente un salesiano—, pero puedo afirmar que trabajé como albañil»¹⁹. Con esto, las aulas pudieron colocarse en el piso de arriba, y en el de abajo, los comedores de los novicios y de los seminaristas, los cuales abandonaban finalmente las antiguas bodegas de can Font. También los locales destinados a cocina y a despensa salieron ganando notablemente. Mientras tanto se fueron llevando a cabo otros trabajos menores: revoques, estucados, embaldosados. En agosto de 1946 quedaban concluidas las obras de ampliación y remodelación. En adelante, el padre Conde podría disfrutar de las mejoras realizadas y, libre ya de tantas preocupaciones de orden material, atender con más tranquilidad a la dirección del seminario. Pero, no. Entonces hubo de ir a Alicante a emprender otros trabajos similares. Lo que no dejó de sentirlo. Pero se fue al nuevo destino, dejando un recuerdo gratisimo en todos, que reconocían, con el cronista, su «constancia, sacrificio y habilidad»²⁰.



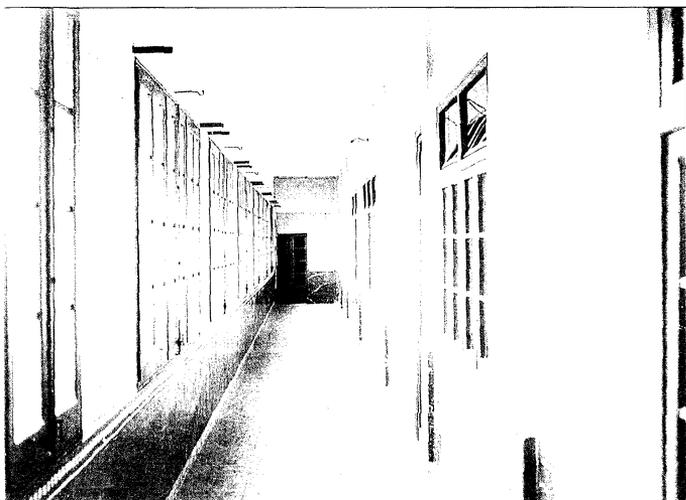
*El seminario salesiano en 1947,
ampliado y remozado.*



*El nuevo salón
de actos.*



*El presbiterio
de la nueva capilla.*



*La galería
de las aulas.*

Preparada así la infraestructura, el *Seminario Salesiano del Sagrado Corazón de Jesús* —éste era su nombre oficial— pudo seguir desarrollando su vida con creciente plenitud.

Los protagonistas

La ampliación de los locales permitió acoger a más estudiantes que antes. El cuadro n.º 1 permite ver la evolución numérica. Todos ellos habían conocido de alguna manera la guerra española o la inmediata postguerra. Experimentaban también las limitaciones que imponía la Guerra Mundial (1939-1945). Sabían que sus padres y hermanos luchaban constantemente para ganarse el pan de cada día y aceptaban con naturalidad el régimen de austeridad del seminario. Aquí, con sus más y sus menos²¹, las preocupaciones por el abastecimiento no terminaron de verdad hasta el

Cuadro núm. 1
SEMINARIO. ALUMNOS
(1939-1952)

CURSOS	2.º AÑO	3.º AÑO	4.º AÑO	TOTAL
1939-1940	23	16	9	48
1940-1941	36	26	10	72
1941-1942	—	29	22	51
1942-1943	39	—	30	69
1943-1944	35	31	—	66
1944-1945	—	33	32	65
1945-1946	44	30	27	101
1946-1947	54	38	30	122
1947-1948	47	45	38	130
1948-1949	62	48	44	154
1949-1950	78	50	36	164
1950-1951	44	54	37	135
1951-1952	62	72	34	168

Fuente: Registros escolares.

curso 1951-1952, gracias, en buena parte, al interés y esfuerzo del director don Salvador de Bonis.

Particularmente los primeros años cuarenta fueron muy duros. Los superiores y los niños estuvieron convencidos de que, si vivían en el seminario, era por pura providencia de Dios. Y así lo manifestaban. «Haz constar con toda claridad —advertía recientemente don Rómulo Pinol al autor de este libro— que, a pesar de las graves dificultades que tuvimos que soportar, nunca nos faltó el pan». Y, después de más de 50 años, recuerda



Curso 1939-1940: profesores y seminaristas.



*Curso 1951-1952:
profesores
y seminaristas.*

todavía una anécdota que parece muy a propósito para conocer por dentro el ambiente que se vivía en nuestro seminario: «Un día el padre director, don Tomás Baraut, me dice: ‘Rómulo, no tenemos pan para la cena; el panadero se ha plantado y asegura que, si no le llevamos la harina necesaria, nos deja sin nada. Por tanto, yo salgo a Barcelona ahora mismo, a ver si encuentro algo. Tú procura que, por turnos, los muchachos pasen por la capilla rezando por mis intenciones’. Y así lo hice. Después de un rato, llama por teléfono el padre Tomás: ‘Estoy en Sant Boi pero no encuentro nada. Que los niños sigan rezando’. Pasa el tiempo. Por fin tocan a la portezuela del seminario. Es un señor que, en una carretilla de rueda de hierro, trae tapado un saco de harina. Era un empleado de la casa suministradora. Yo llamé a dos chicos mayorcitos para que fueran enseguida a llevar la harina al panadero. Don Tomás vuelve a la hora de la cena, y se encuentra con que en casa había un pan sabroso, recién hecho...»²².

Los estudiantes provenían de diversos lugares, de Cataluña y fuera del Principado. Junto a los catalanes, había vascos y navarros, levantinos, aragoneses y menorquines. Los foráneos constituían el grupo más numeroso, y de ellos, los navarros. Porque lo importante entonces era recoger las vocaciones allí donde las hubiera²³. Este hecho comportó el que en el seminario vicentino se hablara habitualmente el castellano. Por lo demás, los tiempos no eran nada favorables para el fomento de la lengua catalana²⁴. Lo cual lamentará hoy en día más de uno de aquellos jóvenes estudiantes. Pero es cierto que nadie hacía un problema de esto.

Otro dato a tener en cuenta: la mayoría de los seminaristas no procedían de colegios salesianos. El superior provincial, el salmantino Florencio Sánchez, se dio cuenta de ello tan pronto como llegó a Cataluña y llamó la atención a sus salesianos: «Tengo a la vista —escribía en 1949— una estadística de los seminaristas actuales que han salido de las casas salesianas. Me parecen pocos. Es cierto que hemos de seguir cultivando otras zonas (...); pero el semillero natural de las vocaciones está en nuestras propias casas»²⁵. Sin embargo, las instituciones de un cierto nivel económico se mostraban un tanto reacias al nacimiento de las vocaciones para la vida religiosa.

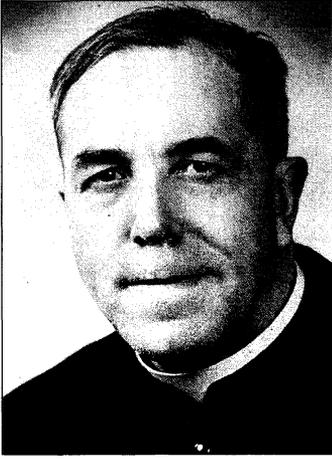
Las condiciones de aceptación ya estaban suficientemente establecidas desde años atrás²⁶, y eran recordadas y urgidas con frecuencia por los padres provinciales²⁷. En las casas de formación como la de Sant Vicenç sólo se admitían adolescentes y jóvenes de 12 a 16 años que manifestaran el propósito de hacerse un día salesianos. El caso de expulsión podía producirse por enfermedad grave, por mala conducta, por un carácter insociable o deficiencias en el estudio²⁸.

La cuota mensual era prácticamente voluntaria, porque, siguiendo una antigua costumbre que se remontaba a los tiempos del Fundador, a nadie se le molestaba si no la podía pagar por padecer necesidad su familia²⁹.

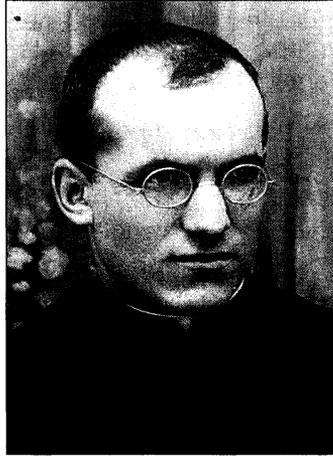
Junto a los estudiantes se encontraban los superiores o responsables del seminario. Unos actuaban desde el gobierno provincial: se llamaban, como sabemos, «Inspectores» y tenían la responsabilidad máxima sobre las casas de formación. En el período que se considera aquí lo fueron: Julián Massana i Rovira (1936-1942), Juan Alberto Francese (1942-1948) y Florencio Sánchez García (1948-1953). Todos ellos demostraron de mil maneras el interés que se tomaban por los centros formativos. Pero el primero tiene el mérito enorme de haberlos puesto en funcionamiento inmediatamente después de la guerra, y el tercero, de haberlos reubicado mejor³⁰. Al terminar su inspectorado y despedirse de los salesianos, el padre Sánchez dejó escrito: «A las casas de formación, *que fueron siempre la pupila de mis ojos*, a su personal, mi reconocimiento más emocionado»³¹. Los hechos demuestran la objetividad de estas palabras.

Dependiendo del «Inspector» o superior provincial, actuaban los directores y su equipo de colaboradores. De los primeros —Tomás Baraut i Obiols (1939-1942), Lucas Pelaz Barreda (1942-1943), Daniel Conde Conde (1943-1946), Antonio Mateo Orts (1946-1951), Salvador de Bonis Giacomina (1951-1952)— basta recordar que, a excepción de éste —que era italiano, según se ha dicho—, todos los demás habían sufrido en su carne los golpes de la revolución y de la guerra españolas (1936-1939). Su comportamiento a raíz de la persecución religiosa había sido sencillamente heroico. Pero no alimentaban ningún resentimiento de odio o venganza. Al finalizar la contienda, habían reaccionado de una forma muy positiva, tal como el padre Mateo manifestaba a los Superiores Mayores en el verano del 1939: «Creo sinceramente que, no obstante las dificultades de la situación, la prueba a que el Señor me ha sometido ha servido para robustecer y purificar mi alma»³². En consecuencia, abrazaron la causa del seminario con la mejor buena voluntad, con absoluta abnegación y entrega.

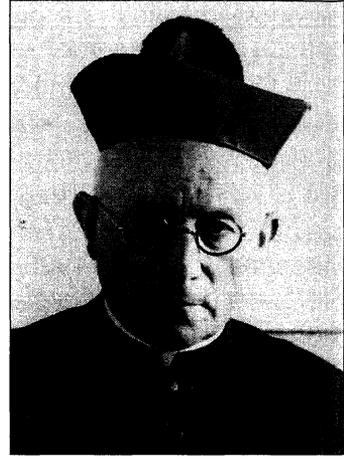
Pero no estará mal que aprovechemos este lugar para evocar, siquiera sucintamente, la figura del padre Conde, que marcó con rasgos muy peculiares los tres años de su gobierno. Nacido en Pórtela de Airavella (Orense) en 1883, había venido a Barcelona-Sarriá en 1899, donde comenzó a prepararse para ser salesiano. Como se ha dicho ya (capítulo segundo, nota 15), hizo el noviciado en Sant Vicenç durante el curso 1901-1902. Aquí recibió la sotana salesiana de manos de don Antonio Aime, e hizo la primera profesión religiosa en 1903. Cursó el estudio de la teología en el seminario de Foglizzo (Italia), donde recibió la ordenación



Don Tomás Baraut, 1939-1942.



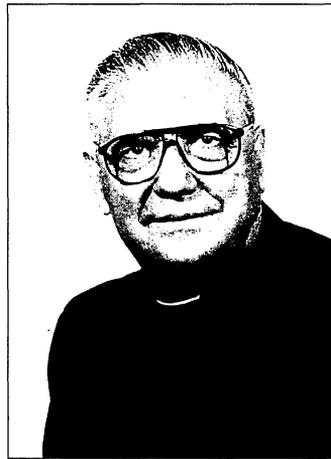
Don Lucas Pelaz, 1942-1943.



Don Daniel Conde, 1943-1946.



Don Antonio Mateo, 1946-1951.



Don Salvador de Bonis, 1951-1952.

sacerdotal en 1910. Vuelto a España, ejerció el apostolado en los colegios de Baracaldo, Ciudadela y Mataró. Aquí, sobre todo, manifestó que sus preferencias pastorales se orientaban hacia el campo formativo por medio de la predicación y de la *dirección espiritual*, que hoy suele llamarse *acompañamiento espiritual*. Todo esto le dio acceso a cargos de responsabilidad. Sucesivamente, le nombraron director de las casas salesianas de San Antonio Abad, de Valencia (1927-1934), y de la de San José,

Barcelona-Rocafort (1934-1936). En este tiempo, don Daniel pudo desarrollar otra vertiente del apostolado salesiano, cual es la atención a los cooperadores y bienhechores, con cuya ayuda pudo llevar a cabo diversas obras de construcción. Estas dos dimensiones —*padre espiritual y hombre de empresa*—, tan opuestas, al parecer, entre sí aparecerán netamente en su paso por el seminario de Sant Vicenç.

El 18 de julio de 1936 le sorprendió, como queda indicado, en Barcelona-Rocafort. Alguna de sus cartas denota toda esa mezcla de sospecha, miedo, esperanza y desconocimiento de la realidad que embargaba su conciencia y la de otros dirigentes salesianos en aquella coyuntura histórica. Por fin, «después de haber pasado mil peripecias —según se lee en la carta mortuoria—, pudo embarcarse en dirección a Italia, donde, por algún tiempo, estuvo encargado de los refugiados españoles en Liguria, hasta que le fue posible el retorno a la España Nacional, siendo nombrado director y párroco de la obra salesiana en la ciudad de Vigo, barrio de El Arenal»³³.

Los cinco años que pasó aquí (1938-1943)³⁴ fueron de una gran actividad, durante los cuales pudo realizarse plenamente como padre de la comunidad colegial y pastor de la parroquia. Después los recordaría siempre con nostalgia.

Tal como se ha indicado antes, vino a Sant Vicenç en septiembre del 1943. Debido a su corpulencia y a su calvicie, dio impresión de ser un hombre ya mayor. Incluso un desconocido. «No me resuelve ningún problema», pensaba el provincial don Juan Alberto³⁵. Pero se equivocaba. Porque, aunque tenía cumplidos los sesenta años, el padre Conde venía dispuesto a hacer muchas cosas.

Su personalidad se reflejaba plenamente en su actuación, y ésta, mientras estuvo al frente del seminario (1943-1946), se polarizó en dos dimensiones principales.

Primera, la de *formador*. Los niños de entonces recuerdan perfectamente cómo le gustaba ejercer su paternidad educativo-espiritual. A él le interesaba sobre todo que sus seminaristas se formaran bien, y que, para ello, fueran asimilando aquellas «ideas madres» que él tenía asumidas para sí y que proponía a sus educandos incansablemente. Tales ideas se centaban, ante todo, en la humildad. Por eso, sirviéndose de los múltiples recursos que le brindaba su peculiar manera de ser y de expresarse, recomendaba a sus dirigidos la práctica de la abnegación y la renuncia a sí mismos. En consecuencia, el seminarista debía «dar palos al burret» con la mortificación interior y exterior, y ejercitarse concretamente en aquellos menesteres que resultan menos agradables —como el aseo de los servi-

cios higiénicos, el cuidado de las pocilgas, la limpieza del fregadero—, hasta llegar a encontrar gusto en ellos. Con el mismo objetivo de «pisotear la soberbia», invitaba a los suyos a que manifestaran en público los pecados cometidos, como decía, «en la rojería». Pero este método no era siempre compartido por los otros educadores.

De lo expuesto se derivaba la «santa indiferencia», que al director espiritual le complacía en alto grado, porque, según manifestaba, un aspirante a la vida salesiana debía «servir lo mismo para un barrido que para un fregado».

El padre Conde siempre estaba dispuesto a arremeter contra los que llamaba «acartonados», es decir, que consciente o inconscientemente no se esforzaban lo suficiente para progresar en la vida espiritual, o contra los que les gustaba beber, porque, según repetía, «el vino y la castidad no pueden estar juntos». En el coloquio personal, le gustaba preguntar e inquirir, al objeto de desnudar interiormente a su joven interlocutor, conocerlo a fondo y ayudarle a enfrentarse consigo mismo.

Como se acaba de insinuar, algunos puntos de este método educativo eran discutibles e, incluso, inaceptables. Pero, en todo caso, don Daniel retenía que la abnegación era una virtud indispensable para el futuro religioso, que, dada su profesión, no puede ser menos que un asceta humilde.

La segunda dimensión que emergía de su personalidad era la de *empresario*, en el sentido de que tenía la valentía y la habilidad necesarias para hacer de mendigo y conseguir los medios que necesitaba, ya sea para dar de comer como para construir un edificio. En este terreno se mostró totalmente eficaz, según se ha hecho ver. Para ello debía contar con sus amigos y bienhechores, hacia los cuales profesaba una sincera gratitud. Se la demostraba organizando aquellas *veladitas* en las que tomaban parte activa los seminaristas. Éstos a veces lo hacían más por necesidad o sentido de obediencia que por propio gusto. Pero no hay duda de que tal método servía para inspirar en los jóvenes sentimientos de gratitud, y ayudarles a ensanchar la idea de la familia salesiana, que no puede circunscribirse a los muros de un internado colegial. La visita que efectuó al seminario el gobernador civil de Barcelona, Excmo. Sr. Don Antonio Correa, la tarde del 8 de enero de 1945, puede decirse que alcanzó rango *histórico* en la población³⁶.

En fin, don Daniel Conde era un salesiano de pies a cabeza. Tenía dos hermanos salesianos —Luis y Pío— y con su familia había contribuido eficazmente al desarrollo de la obra salesiana en Allariz (Orense)³⁷. Era además un gallego de pura cepa, que se complacía en que los seminaristas entonararan los cantos de su tierra, lejana y siempre añorada.

Como se ha dicho anteriormente, don Daniel Conde se hizo admirar e, incluso, querer. Cuando, ya enfermo, volvía de Alicante a Sant Vicenç, su visita resultaba emocionante. Salesianos y niños aprovechaban la ocasión para «renovarle nuestra gratitud —según escribe el cronista Solanes— por cuanto trabajó en esta casa material y espiritualmente»³⁸. Su muerte fue muy sentida³⁹.

Cuadro núm. 2
SEMINARIO. PERSONAL DIRECTIVO
(1939-1952)

AÑO	DIRECCIÓN	ADMÓN.	CONS. ESCOL.	CATEQUISTA
1939	T. BARAUT	J. PILES	A. MATEO	
1940		T. BARAUT		
1941				
1942	L. PELAZ	J. PILES		
1943	D. CONDE		M. SERRANO	
1944			L. VIVAR	
1945				
1946	A. MATEO			
1947				
1948		J. MIR		
1949				V. PERIS
1950		F. IGLESIAS	A. PÉREZ	J. SÁENZ
1951	S. DE BONIS		A. GARCÍA	
1952				

Fuente: *Elencos anuales de la Congregación. Crónica de la casa.*

* Salesianos que estuvieron más tiempo en el aspirantado, como maestros y asistentes:

R. ALBERDI, 1948-1951.
L. DOMÍNGUEZ, 1943-1947.
B. MOLL, 1949-1952.
J. SÁENZ, 1943-1946.
J. VIVES, 1946-1949.

* Salesianos laicos que estuvieron más tiempo en el aspirantado:

R. CUEVAS, 1944-1951.
A. JIMÉNEZ, 1944-1952.
J. LLABRÉS, 1941-1943, 1947-1952.
T. MOVELLÁN, 1944-1946, 1949-1952.
J. PAGÉS, 1943-1947.

De entre los colaboradores de los superiores mencionados, permítasenos nombrar solamente a los más antiguos: don Félix Solanes Bitrián (confesor y profesor, 1931—1936, 1939-1952) y don Juan Piles Navarro (catequista, administrador y profesor, 1931-1936, 1939-1948) (Cuadro n. 2).

Con todo esto, lo importante ahora estriba en lo siguiente: que unos y otros — educadores y educandos, maestros y alumnos—, aceptaron de lleno las líneas de formación de corte totalmente tradicional. Según la mentalidad de los padres provinciales, «el cultivo de las tradiciones salesianas» tenía que ser un punto firme en la vida del pequeño seminario ⁴⁰. Y al mismo tiempo, por lo que se ha explicado un poco más arriba, todos asumían los valores y enfoques que la Iglesia y el franquismo proponían a los católicos españoles. Para los salesianos de Sant Vicenç, como para otros tantísimos religiosos y la gran mayoría del clero catalán, el franquismo aparecía como una gran fuerza salvadora de la Iglesia y debeladora, al propio tiempo, del laicismo anticlerical de la Segunda República. Toda la acción educativa del seminario vicentino se llevó a cabo, precisamente, dentro de estos parámetros de la Tradición y la Restauración.

Curso 1949-1950: la comunidad salesiana presidida por el director don Antonio Mateo Ors. Don Félix Solanes fue, durante muchos años, un cronista ordenado, fiel, respetuoso con todos.



Según el proyecto diseñado en los documentos que ya conocemos (ver notas 15 y 26 de este mismo capítulo), el seminario menor constituía el período de la «primera prueba» que el candidato a la vida salesiana debía superar antes de entrar en el noviciado, que formaba la «segunda prueba»⁴¹. Por tanto, durante este tiempo, los superiores debían observar con diligencia si el postulante era «apto para la Sociedad», y si se distinguía «por su virtud e ingenio»⁴². Tal era, en su conjunto, la naturaleza de la institución vicentina que ahora vamos a conocer en su vertiente formativa.

La formación intelectual

Los estudios debían ser los propios de la segunda enseñanza, pues se entendía que los de la primera estaban ya cumplidos. El cuadro n. 3 muestra las asignaturas que se cursaban en el decenio de los cuarenta. Pero al comienzo de los cincuenta se introdujo una novedad, que el cronista recogió con cuidado: «Para que los estudios de los seminaristas se asemejen más a los de los bachilleres, se han cambiado muchos textos»⁴³. Con los textos, llegaron también algunas asignaturas nuevas. Fue un paso importante, ya que se trataba de colocar a los seminaristas a la misma altura que otros tantos muchachos españoles, que tenían ya acceso a las enseñanzas medias. Entraba así un aire nuevo, de frescor, de normalidad, de igualdad social. En consecuencia, los alumnos comenzaron a rendir exámenes oficiales en el Instituto Jaime Balmes, de Barcelona. Les costó lo suyo, pero valió la pena. En junio de 1952, se

Cuadro núm. 3
SEMINARIO. ESTUDIOS
(1939-1952)

1. RELIGIÓN - APOLOGÉTICA	8. GEOGRAFÍA - HISTORIA
2. LATÍN ORAL	9. MATEMÁTICAS ORAL
3. EJERCICIO ESCRITO	10. EJERCICIO ESCRITO
4. GRIEGO ORAL	11. FRANCÉS ORAL
5. EJERCICIO ESCRITO	12. EJERCICIO ESCRITO
6. CASTELLANO - PRECEP. LIT.	13. CIENCIAS
7. COMPOSICIÓN	14. CALIGRAFÍA - DIBUJO

Fuente: Registros Escolares.

presentaron a exámenes los de cuarto y todos fueron aprobados⁴⁴. A pesar de estos cambios, el estudio del latín conservaba, como antes, su posición hegemónica, y también el de la religión, que además de los exámenes tenía sus certámenes, frecuentes y generalmente muy solemnes.

El curso escolar daba inicio en la segunda quincena de septiembre y concluía en la primera semana de julio. Según las antiguas costumbres, estaba dividido por los exámenes semestrales (mes de marzo) y finales (julio), y también, según en qué años, por los trimestrales, que en todo caso no revestían tanta importancia. El alumno recibía la papeleta de las calificaciones correspondientes, como las recibía también al final de mes. Las clases de repaso que se organizaban durante los meses de verano ayudaban a los rezagados a recuperar el ritmo que habían perdido.

La jornada del seminario resultaba intensa, porque, según un principio tradicional de la pedagogía de los salesianos, el alumno *debía estar siempre ocupado*. Y, para ello, en el horario que se le proponía no había ni un solo resquicio para perder el tiempo. Desde el punto de vista escolar, las horas de clase y las horas de estudio personal se sucedían sin interrupción. El «estudio de la mañana» —después de la misa, antes del desayuno— y el «estudio de la noche» —antes de la cena— adquirían el rango de un tiempo sagrado, de silencio y recogimiento. Entonces el *aula general de estudio* se convertía casi en una capilla.

Al seminarista le era imprescindible tener éxito en los estudios, porque ello era señal de su capacidad intelectual —requisito indispensable para ser sacerdote—. El latín y las matemáticas constituían, sobre todo, el banco de prueba. Si fracasaba, se le invitaba a cambiar de proyecto de vida, pues demostraba no tener vocación para el ministerio sacerdotal y educativo.

En el seminario de Sant Vicenç esta parte académica funcionaba bien. Es verdad que no le faltaba razón al padre Alberto cuando, con muy amable ironía, comunicaba a los superiores de Turín que los profesores y los programas «podían mejorarse»⁴⁵, pero lo cierto es que allí se trabajaba: es decir, se enseñaba y se aprendía.

La formación moral y religiosa

En este punto la normativa vigente remitía al manual de las *Prácticas de piedad*⁴⁶ y al devocionario editado por San Juan Bosco en 1847 con el título de *El joven cristiano*⁴⁷. Por medio de las oraciones y los *ejercicios piadosos* contenidos en estos libros⁴⁸, y con toda la acción educativo-pas-

toral que se desarrollaba en el seminario, se buscaba infundir en el futuro salesiano la espiritualidad propia de Don Bosco y de su familia religiosa.

Las prácticas de piedad

El reglamento abogaba por una piedad natural, simple, espontánea, y al mismo tiempo profunda y ferviente⁴⁹. Quería que en la oración colectiva no hubiera nada de estrambótico, ni en la cadencia de la voz ni en la compostura del cuerpo; pero exigía que las palabras fueran bien pronunciadas y a un ritmo unísono, siguiendo las pausas señaladas. En todos los colegios salesianos debía rezarse lo mismo y con las mismas fórmulas. Sin cambiar absolutamente nada, ni por falta de devoción ni por exceso. Se juzgaba que la uniformidad era garantía de seguridad y de identificación⁵⁰.

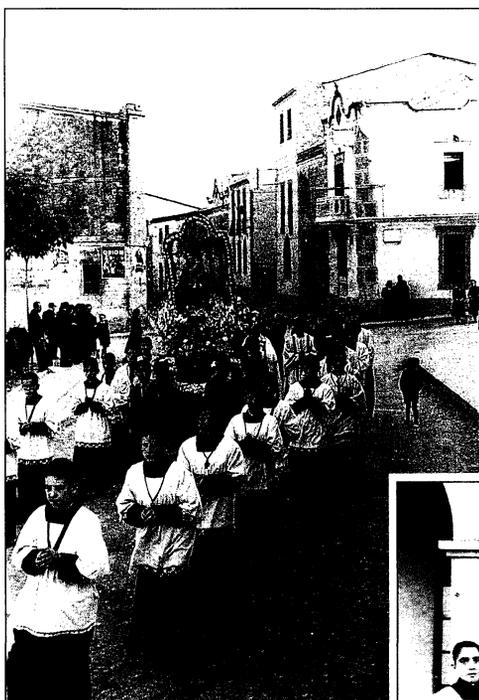
Los días laborales, el aspirante tenía, por la mañana, misa —durante la cual recitaba las oraciones y la tercera parte del rosario— y una breve lectura espiritual; por la tarde, otra lectura y la bendición con el Santísimo Sacramento⁵¹. Por la noche, las oraciones correspondientes, seguidas de la plática de las *Buenas Noches*, que habitualmente daba el director y que no faltaba casi nunca.

Los ritos para acostarse y levantarse eran, más o menos, copia de los que cumplía el novicio (pág. 53). También el pequeño seminarista hacía en silencio un breve examen de conciencia sobre el propio comportamiento durante la jornada. A continuación se le daban algunas normas para concluirla cristianamente: «Mientras nos desnudamos, figurémonos ver a los verdugos de Jesucristo arrancándole con violencia sus vestidos para azotarle», y, luego, una vez acostados, «pensando que estamos en la presencia de Dios, con las manos juntas sobre el pecho, nos entregaremos al descanso». Tales pensamientos y los que le sugería el superior en la plática final seguían resonando todavía en la lectura que se acostumbraba tener en el dormitorio, mientras los alumnos se disponían a acostarse. Esta operación se efectuaba con rapidez, sin pérdida de tiempo. Acabada la lectura, decía el lector: *Tu autem, Domine, miserere nobis* (Tú, Señor, ten piedad de nosotros), y respondían todos: *Deo gratias!* (¡Demos gracias a Dios!). Y el asistente comenzaba, de rodillas, el rezo del *Bendita sea tu pureza* que, desde la cama ya, proseguían los demás. Entonces se apagaban las luces normales y se encendían las *flojas*, creando la penumbra necesaria para conciliar el sueño. Había terminado del todo la jornada.

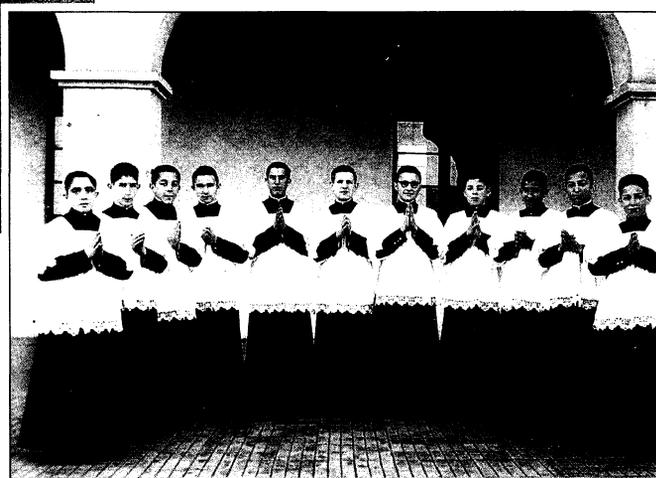
A la mañana siguiente, al muchacho-seminarista le despertaban las palmadas que daba el asistente o los compases de la música que comenzaba a sonar, y, como si ya fuera un novicio, oía que se le decía con voz fuerte: *Benedicamus Domino!* (¡Bendigamos al Señor!). Y, saltando de la cama, respondía: *Deo gratias!* (¡Demos gracias a Dios!). El aseo personal resultaba ordenado y confortante en aquellas dependencias de reciente construcción.

Éstos eran los momentos de oración comunitaria a lo largo de un día normal. Pero luego se añadían aquellos actos de piedad que cada uno podía realizar por iniciativa propia, como, por ejemplo, las *visitas a la capilla*, que a veces eran bastante frecuentes. Por una antigua costumbre, la de «después de comer» la hacían todos o casi todos. «Pero que ninguna sea obligatoria» —puntualizaba el reglamento⁵²—.

Si los días ordinarios estaban tan impregnados de sentido religioso, lo estaban aún más los domingos y fiestas. Después de la primera misa, lla-



*Sant Vicenç, mayo de 1951:
procesión de María Auxiliadora
(Archivo J.Ollé).*



*Diciembre de 1948:
el «pequeño clero»
del seminario.*

que se acostumbraran para cuando fueran religiosos, ya que para éstos sí que tenía carácter preceptivo.

Cada mes se practicaba el *Ejercicio de la Buena Muerte*. A ser posible, en un día señalado de antemano para todo el año y al que incluso se le concedía un cierto aire festivo, tal como pedía el reglamento: «Que a los jóvenes se les suavicen algo el trabajo y las clases»⁵³. Según el pensamiento de San Juan Bosco, se trataba de disponer todas las cosas «como si en aquel día debiéramos realmente morir», porque «toda nuestra vida debe ser una preparación para tener una buena muerte»⁵⁴. El punto culminante de tal *ejercicio* estaba precisamente en la *confesión* y en la *comunió*n, que debían hacerse «como si verdaderamente hubiese llegado el instante de nuestra muerte»⁵⁵. También se rezaban las oraciones propias del día, pidiendo a Jesucristo y a San José la gracia de una muerte cristiana. Y los ejercitantes no se separaban sin haber rezado antes un Padrenuestro, Avemaria y Gloria «por aquel de nosotros que ha de morir primero»⁵⁶. Como esta práctica se repetía cada mes, el pensamiento de la muerte y del más allá se hacía presente en la vida colectiva del seminario de una manera soberana.

Como un elemento importante de formación cristiana entraban los *Ejercicios Espirituales*, que se tenían cada año en el mes de marzo. La normativa del seminario establecía que se siguiera en todo lo prescrito para los alumnos de los colegios, guardando silencio solamente en el recreo de la merienda. En la casa de Sant Vicenç esta tanda de mediados del curso la hacían más o menos conjuntamente aspirantes y novicios. También aquí lo importante era la recepción de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. La tanda duraba cinco días. En el último se daba el «sermón de los recuerdos» y se concluía con el canto del salmo *Laúd*ate Dominum, omnes gentes (Alabad al Señor, pueblos todos) cuyas notas resonaban con fuerza en la capilla. El *Triduo de apertura del curso*, que tenía lugar a finales de septiembre o durante los primeros días de octubre, presentaba el mismo carácter de reflexión y purificación espiritual, antes de emprender la singladura de un nuevo curso.

Las fiestas

Especialmente las religiosas, por su enorme carga educativo-pastoral, contribuían mucho a plasmar la espiritualidad del seminario y marcaban además su ritmo de vida a lo largo del curso escolar. Las de mayor categoría iban desde el día de la Inmaculada Concepción (diciembre) hasta el del Sagrado Corazón de Jesús (junio) y revestían particular importancia aquéllas que ofrecían las dos modalidades de fiesta interna y fiesta exter-

na. Entre éstas últimas hay que mencionar las de San Juan Bosco (enero) y María Auxiliadora (mayo), que propiciaban una apertura, alegre y familiar, del seminario hacia el vecindario. Don Tomás Baraut, con su sentido pastoral y a impulsos de su propia devoción mariana, consiguió que, en mayo de 1940, la fiesta externa de María Auxiliadora se viera solemnizada con una procesión, la cual, partiendo de la iglesia parroquial, recorrió varias calles de la villa. Esta iniciativa se repitió cada año, de forma ininterrumpida, hasta el 1971 (pág. 255).

Como fiestas más sencillas, se celebraban las de la Virgen de la Merced (patrona de Barcelona y de la Inspectoría Tarraconense), la del Pilar (que se teñía de un cierto color patriótico), la de Santa Cecilia (patrona de la música), la del mártir San Vicente (patrono de la parroquia y de la población) y la de San Luis Gonzaga (uno de los patronos de la Congregación Salesiana). Cada una de las celebraciones tenía señalados los triduos, las novenas y los meses con que debía solemnizarse⁵⁷.

Entre las fiestas no propiamente religiosas, sobresalía la dedicada al director de la casa. Servía en forma muy positiva para construir por dentro la comunidad, y para adquirir algunos objetos con destino a las necesidades más apremiantes de la casa. Solamente don Antonio Mateo hizo coincidir la fiesta con su día onomástico (mes de junio); los demás directores la organizaron en una fecha apta del calendario escolar.

Otros recursos formativos

El trabajo de formación del futuro sacerdote salesiano gravitaba también sobre otros momentos privilegiados. Además de las conferencias de un tipo u otro, el seminarista —sobre todo en los últimos cursos— tenía la posibilidad del encuentro personal con el director; es más, se le aconsejaba que fuera a *hablar con él*. El Rector Mayor había señalado algunos puntos sobre los cuales podía girar la conversación: salud, estudios, convivencia, noticias de familia, índole personal, dificultades para conservar la virtud. En todo caso, la entrevista con el superior miraba a afianzar al seminarista en la gracia de Dios e infundirle serenidad, paz y confianza en sí mismo⁵⁸. No se trataba todavía de una «cuenta de conciencia», como en el caso de los religiosos salesianos, pero sí de algo que preparaba y ensayaba esta práctica. Por ello se recomendaba tantas veces a los aspirantes que tuvieran *confianza* con los superiores y especialmente con el señor director⁵⁹.

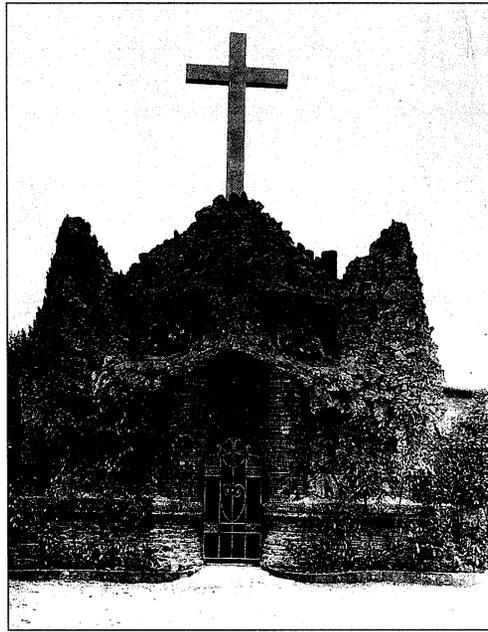
La tradición salesiana consideraba como otro gran elemento de formación el funcionamiento de las *Compañías Religiosas*. Siguiendo dicha tradi-

ción, el reglamento del aspirantado insistía seriamente en la necesidad de formarlas y cultivarlas con sumo cuidado, dándoles la debida organización —«supérese toda dificultad, toda dilación, toda pereza»—, porque cada una de estas *Compañías* venía a ser «una pequeña escuela de virtud»⁶⁰. En Sant Vicenç se formaron enseguida (1939) las dos asociaciones tradicionales, del Santísimo Sacramento (entre los alumnos mayores) y de San Luis (entre los pequeños), que funcionaron año tras año, pero sin conseguir realmente un nivel importante. Cuando don Joaquín Sáenz se encargó de ellas (curso 1950-1951), remontaron decididamente el vuelo.

Entre estos recursos formativos se ha de colocar también la celebración de los *Congresillos*, que se tenían todos los años, especialmente al comienzo y al final de las vacaciones veraniegas. Versaban sobre temas diversos —marianos, misioneros, catequísticos— y como se organizaban con una amplia base participativa, servían admirablemente para instruir y educar, incluso para crear un agradable ambiente académico-festivo. En suma, actuaban a modo de una escuela de formación permanente⁶¹.

El objetivo global de todo este esfuerzo consistía, como queda apuntado, en que el aspirante a la vida salesiana fuera asumiendo los valores propios de la vocación religiosa y sacerdotal dentro de la familia de San Juan Bosco. Por tanto, se tocaba ampliamente el tema de la vocación —importancia, medios de cultivarla, peligros a evitar—. Sin llegar a forzar, ni mucho menos, la libertad de opción, a veces, sin embargo, se cargaban excesivamente las tintas acerca del desastre moral y daño espiritual que a uno le podía acarrear el abandono de la vocación. En ocasiones se propendía a una cierta pedagogía del miedo, o de invernadero, de la cual se derivaban también muchas reservas respecto al mundo exterior y a las vacaciones con la familia.

Con el mismo propósito se fomentaban las devociones típicas de la religiosidad salesiana. Por aquellos años cuarenta y en Sant Vicenç, este impulso devocional se dirigió al venerable Domingo Savio, sobre todo con motivo del centenario de su nacimiento (1842-1942) —inauguración del monumento en el pinar, 1940⁶²—, y a los salesianos martirizados durante la persecución religiosa de la guerra civil de 1936 a 1939 —inauguración del «monumento a los Mártires de la Inspectoría», 1942⁶³—. En fechas señaladas, los seminaristas se reunían ante este monumento y cantaban el himno correspondiente, compuesto por don Antonio Mateo⁶⁴. Al concluir, decía uno con voz fuerte: *Martyres Christi!* (¡Mártires de Cristo!). Y respondían todos a coro: *Intercedite pro nobis!* (¡Interceded por nosotros!).



*Monumento al santo sepulcro,
construido y reformado
por el Sordo, convertido después
(1942) en «monumento
a los mártires salesianos».*

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la veneración a todo lo que significaba el Templo del Tibidabo no podían estar ausentes de la espiritualidad que se vivía en el seminario vicentino. Entre otras cosas, porque muchos habían realizado en aquella residencia el primer curso de latinidad. Al Tibidabo siempre se subía con gusto, aunque fuera a pie, como ocurría con frecuencia.

La disciplina y la distensión

El reglamento, haciendo suyas las actitudes de Don Bosco, quería que, en las casas de formación, la disciplina fuera espontánea, de ningún modo impuesta o absorbente, sino resultado de la buena voluntad de cada uno, que procura aquellas condiciones óptimas de paz y serenidad que exigen la vida de estudio y el proceso de maduración. Pero veía bien que, semanal o quincenalmente, y a ser posible bajo la presidencia del director, se reunieran los superiores y los maestros al objeto de asegurar y fomentar el silencio, el orden, la limpieza y el ambiente educativo necesario. Porque entonces todos salían ganando, tanto los educadores como los educandos⁶⁵. De esta manera se acostumbró actuar en nuestro seminario. En consecuencia, cada semana el *consejero* o encargado de los estu-

dios y de la disciplina leía y comentaba en público las *notas de urbanidad, conducta y aplicación*, y hacía en privado las advertencias personales. Todo seminarista debía esforzarse por tener absolutamente limpio su expediente. Se insistía en la observancia del silencio —sobre todo, del silencio «sagrado» por la noche—, de la puntualidad, de las reglas de convivencia; se proscribían en cambio la murmuración, la insumisión, las faltas de moralidad, las llamadas «amistades particulares», aunque más de uno de los educandos no acertara a saber de qué se trataba exactamente...

En esta misma línea de buena crianza se inscribían las charlas de *urbanidad*, que daba de ordinario el padre administrador. Tenían que ser semanales y de carácter práctico.

En aquellos años de penuria general, no se necesitaba mucho esfuerzo para inculcar en los jóvenes el espíritu de austeridad y de ahorro. Por de pronto, estaba mandado que en el recreo después del desayuno todos los seminaristas se aplicaran por turno a los quehaceres domésticos de la limpieza y otras incumbencias. Lo cual se cumplía asignando a cada uno todos los meses el «cargo» que tenía que desempeñar.

Junto al movimiento de sístole, el de diástole. Es así como funciona correctamente el corazón. Como *válvulas de escape*, pero siempre con un alto contenido educativo, estaban ante todo los recreos. En el patio no se jugaba a *fútbol*, por falta de indumentaria adecuada o por temor de que absorbiera demasiado la atención de los adolescentes⁶⁶, ni se favorecía normalmente la práctica de los juegos sedentarios. Pero se practicaban otros muchos deportes (pág. 113). El frontón siguió desempeñando un papel distensivo de primer orden. Los superiores preferían ver a los maestros y educadores animando ellos mismos los juegos de los jóvenes, porque entendían que el tiempo de recreo era «uno de los más a propósito para estudiar y conocer a los muchachos»⁶⁷.

Después de la guerra, la música volvió a sonar desde el primer momento y con evidente éxito. Y se siguió cultivando según la tradición de todos los tiempos, tanto la de carácter religioso como la de carácter profano. Mientras estuvieron los novicios (1941-1949), sobresalió el canto polifónico porque entre ellos y los estudiantes formaban de verdad un coro impresionante, como lo demuestran de sobra las interpretaciones de las *misas*⁶⁸, de los *responsorios* en los Maitines de la Semana Santa⁶⁹ y de las mismas sardanas —*Les fulles seques*, *La sardana de les monges*, *L'Empordà*⁷⁰—. Por tanto, nada de extraño que la *scola* del seminario fuera requerida a intervenir en otras partes. No sólo en las casas salesianas de Barcelona-Sarriá y de Barcelona-Tibidabo, sino también en otros lugares. La parroquia de Sant Vicenç pudo disfrutar de este servicio todos los



Visita del padre provincial, don Florencio Sánchez, al seminario (1951).

años, al menos con motivo de la Semana Santa. Las veladas y las sobremesas, los recreos y los paseos recogían esa corriente de vida que la música y el canto inyectaban sin cesar.

En cuanto al teatro, hubo una desproporción entre lo que deseaban los superiores y lo que se hacía en la práctica: porque aquéllos se inclinaban más bien a veladas y piezas sencillas de carácter educativo, y ésta, en cambio, tendía a poner en escena representaciones impactantes de gran estilo, como dramas, comedias y zarzuelas en varios actos. Pero los responsables de las tablas estaban de acuerdo con el pensamiento de los superiores cuando éstos disponían que a los niños no se les hiciera leer papeles, sino «recitarlos de memoria»⁷¹. En este asunto novicios y seminaristas no se mezclaban, sino que cada grupo mantenía su propio cuadro escénico. Ambos hicieron prodigios de arte y buen gusto. Los ensayos se llevaban a cabo durante los recreos, y, cuando el tiempo apremiaba, de noche, quitando horas al descanso. Era un precio que debía pagarse a toda costa.

Como, por supuesto, las mujeres no podían intervenir sobre las tablas, se echaba mano a los libretos de la colección *Galería Dramática Salesiana*, que eran para hombres solos. Para las fiestas de Navidad y de San Juan

Bosco, sobre todo, el teatro del seminario se convertía en un lugar feliz de encuentro entre los salesianos y el público externo. El ciclo de la Pasión no se acostumbró llevarlo a las tablas; el de la Navidad, por el contrario, llegó a ellas con diversas representaciones⁷².

Las veladas y las sobremesas, que se organizaban con gran profusión a lo largo de todo el año, podían considerarse como un nuevo efecto de ese espíritu festivo que, en medio de muchas limitaciones, brotaba sin embargo continuamente. De todas maneras, el comedor era un lugar que de ordinario exigía orden y seriedad. Por practicidad y también, diríamos, por ciertas resonancias monásticas, los seminaristas comían y cenaban en silencio, mientras escuchaban la lectura de algún libro más o menos atrayente. *El Quijote*, *Don Bosco y su tiempo* (de Hugo Wast) y algunas novelas como *Las minas del rey Salomón* o *El hechicero de los omaguas*, se leían casi todos los años con agrado⁷³. Los domingos y fiestas se suprimía o se acortaba esta lectura que, de ordinario, duraba hasta que se servía el postre.



*Curso 1951-1952:
los seminaristas
forman el grupo
«La Filarmónica».*



*Abril de 1951:
los seminaristas,
de excursión.*

No es posible hablar de las excursiones que se organizaban por aquellos años sin citar, por ejemplo, la *font del Porro*, en el pueblecito de Torrelles, y el *mas de les Fonts*, en el de Vallirana, que constituían las metas más frecuentadas. También la Palma de Cervelló ofrecía lugares a propósito. El «paseo de las uvas», que se hacía a can Cañáis (Corbera de Dalt) hacia finales de septiembre o primeros de octubre, llegó a ser tradicional. Las subidas a Montserrat o a la ermita de la Virgen del Remei (en Sant Vicenç) fácilmente adquirirían un aire religioso, incluso, en ocasiones, de oración y penitencia.

Las vacaciones de verano se organizaban con un gran despliegue de iniciativas, con el consiguiente sacrificio de los educadores: «Los maestros y asistentes —decía el cronista con su inocente ironía en 1940— esperan disfrutar las vacaciones en el cielo»⁷⁴. Pero, como ya se ha dicho, estaba prohibido el pasarlas con la familia. ¿Una especie de pedagogía del secuestro? Los superiores confesaban tener al respecto una experiencia negativa: «Las vacaciones son la ruina de muchas vocaciones». Por tanto, si los seminaristas iban a su tierra, debía ser únicamente para visitar a los familiares, proveerse de un poco de ropa y «hacer propaganda en el pueblo con su buen comportamiento»⁷⁵. En consecuencia, en nuestro seminario se acostumbró regularse así: los que terminaban el tercer curso se marchaban a visitar a sus familias durante diez o quince días y los demás iban al colegio salesiano San Juan Bosco de Barcelona-Horta, para cambiar de aires y descansar más o menos durante un mes. Los de cuarto curso no disponían de tanto tiempo: subían a Montserrat para poner su futuro en las manos de la *Moreneta*, se despedían de sus profesores y compañeros con una fiestecita familiar y daban comienzo a la tanda de Ejercicios Espirituales, que les servía de preparación inmediata para entrar en el noviciado a mediados del mes de agosto.

Apertura al exterior

El seminario salesiano, como otros tantos, constituía un ámbito cerrado, como un invernadero adonde no debían llegar los aires contaminantes del mundo exterior. El Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, pedía a todos que aceptaran esta exigencia de la vida del seminario⁷⁶.

De todas maneras, las puertas no estaban cerradas del todo. Ya se ha anotado que las fiestas *externas* significaban precisamente un modo de acercarse al vecindario. Los seminaristas intervenían todos los años en la parroquia cantando el oficio de las *Tinieblas* del Jueves Santo, y participando en la procesión del *Corpus*. La fiesta de María Auxiliadora daba una doble oportunidad: al comienzo del triduo, se llevaba comunitaria-

mente la imagen de la Virgen a la iglesia parroquial y, en la tarde de la fiesta, se la traía al seminario en una solemne procesión a la cual concurría mucha gente del pueblo⁷⁷. Junto a esto, conviene recordar que algunos sacerdotes del seminario ejercían también su ministerio, no sólo en la parroquia de Sant Vicenç, sino también en otras de alrededor. Además, la casa salesiana abría con gusto sus puertas para acoger al grupo de jóvenes y adultos de la Acción Católica del pueblo, que deseaban practicar su tanda anual de Ejercicios Espirituales.

Pero la vida asociativa salesiana entre los seglares quedó muy poco desarrollada, porque los salesianos no acertaron a cohesionar una Asociación de Cooperadores, si bien guardaron con sus amigos y bienhechores unas buenas relaciones. La crónica de la casa conserva algunos nombres: E.Aymerich (cronista de Sant Vicenç), F.Casasampere («señor Quela»), J.Daunis (farmacéutico), J.Juncadella (catequista), A.Martí (médico de los salesianos desde 1931).

Pero en ese conjunto de relaciones, sobresalían las que mantenían con el matrimonio Joan Comamala i Juvinyá y su esposa, Concepció Bofill i Pascual. Éstos tenían en el mismo pueblo una fábrica de tejidos de género de punto y habían comenzado a proteger a los salesianos ya antes del 1936. Durante todo el decenio de los cuarenta, entre ambas partes se estableció una amistad cordialísima y muy sincera. Por lo que el cronista no duda en llamar a los Comamala «papas» del seminario⁷⁸. Los internos solían organizar cada año una pequeña velada en su honor: en la fiesta de la Inmaculada, para doña Concha; en la de San Juan, para el señor Comamala. Lo hacían con gusto, sin agobio alguno, porque los querían de verdad. Para aquellos adolescentes, alejados permanentemente del contacto personal con sus respectivas familias, el matrimonio Comamala cumplía un papel afectivo-social de cierto relieve: «Nos llenaban un vacío psicológico que teníamos» —nos ha manifestado con fina observación uno de los seminaristas de entonces—. Si me encontrara ahora con ellos les diría muchas cosas bonitas⁷⁹. Tal vez, no sería él el único en hacerlo, si bien precisando que quien especialmente atraía a los niños era ella, por sus rasgos de delicadeza y piedad. La fiesta de las bodas de plata de su enlace matrimonial, que se celebró en la casa salesiana en 1948, fue para todos motivo de íntima satisfacción⁸⁰. En los inicios de los años cincuenta, los salesianos no podían prever que, a la vuelta de muy poco tiempo, una serie de fallos económicos y de desgracias personales iban a derribar tan cruelmente a esta familia de fabricantes, que estaba afincada en Sant Vicenç desde el año 1909⁸¹.

La Asociación de María Auxiliadora quedó establecida muy pronto, en 1941, y con un buen número de participantes, 210⁸². Y algo más tarde

EL SEMINARIO MENOR

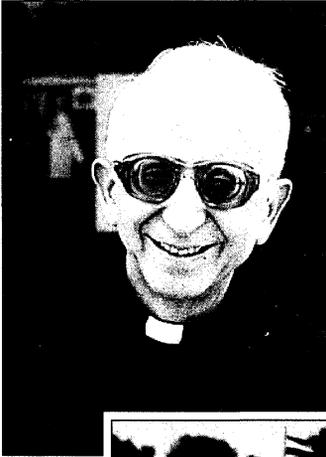
*El matrimonio Comamala:
doña Concha y don Juan
en el día de su enlace.*



Visita al seminario, 1950

*Dulces y alegría
para todos los pequeños,
1950.*





*Don Joaquín Sáenz,
fundador del oratorio festivo
(esplai) y de las escuelitas.*



El club de fútbol ORSA (Oratorio Salesiano) en 1952 (Archivo J. Ollé).

(1948), fue adherida al santuario de María Auxiliadora en la ciudad de Turín⁸³. Durante unos cincuenta años, hasta 1990, ha estado bajo la presidencia de la señora Quimeta Fumado, que todavía vive entre nosotros como testigo de la pervivencia de la devoción a María Auxiliadora en Sant Vicenç^{83 bis}.

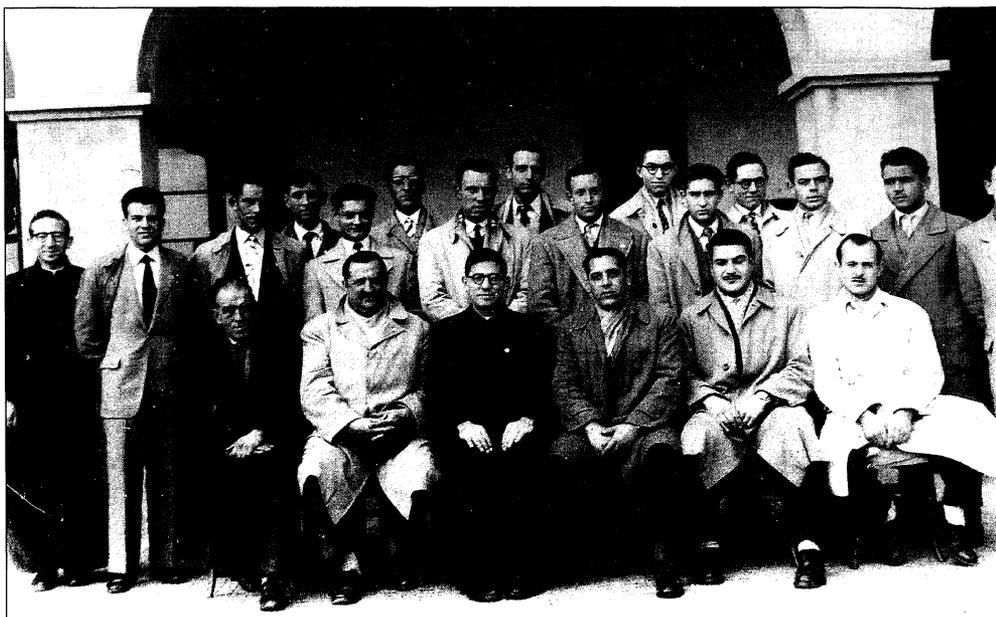
A pesar de lo expuesto, una verdadera y eficaz abertura de la casa salesiana hacía el exterior se dio solamente a partir del curso 1950-1951.

El *esplai* que había antes de la guerra no tardó mucho en renacer de sus propias cenizas, porque ya estaba en marcha en 1940. Pero en tono me-

nor: los niños del pueblo asistían a misa en la iglesia parroquial, donde recibían también la enseñanza del catecismo, y, por la tarde, acudían a los salesianos para participar en algún acto religioso y, sobre todo, para encontrar un medio de entretenimiento. En los años sucesivos esta fórmula funcionó con sus más y sus menos⁸⁴. En general, se entendía que el oratorio festivo era un *esplai* parroquial, en el que los salesianos colaboraban hasta un cierto punto. Pero a finales del año 1950 se produjo un cambio significativo. El cronista, Félix Solanes, quería ser exacto cuando anotaba: «Finalmente el párroco decide que el oratorio festivo vuelva a funcionar bajo la inmediata dirección del señor catequista, ayudado por algunos aspirantes de cuarto curso y por el celoso colaborador don Juan Juncadella con unos cuantos jóvenes del pueblo, si bien seguirán acudiendo a la parroquia para la misa y el catecismo»⁸⁵. El párroco aludido era mossén Jaume Casas⁸⁶. Y el catequista no era otro que don Joaquín Sáenz, que ejercía dicho cargo en el seminario y que, sin duda, fue el promotor de la iniciativa. Bien pronto aparecieron los primeros signos de una nueva vitalidad, a la que sin duda contribuyó también el Ayuntamiento: «Nos ha cedido —anota el cronista— el uso del campo de deportes, colindante con nuestra huerta, en favor de los oratorianos»⁸⁷. Al terminar el curso 1950-1951, el padre Provincial informaba con agrado a los superiores diciendo que aquel *esplai dominical* estaba «*fiorente*» («florecente») ⁸⁸, aunque por supuesto no se veía libre de los momentos de crisis, tan frecuentes en este tipo de actividades. Pero lo decisivo era que en el seminario se había abierto una ventana importante. Dentro del más puro carisma salesiano, comenzaban a entrar nuevos aires.

Esto no fue más que comienzo. Porque al padre Sáenz no le costó mucho detectar, desde esta plataforma del *esplai*, la situación cultural y educativa de la juventud vicentina. La encontró deficitaria, pero con posibilidades de mejorar. En consecuencia, superadas algunas dificultades que nunca faltan, se decidió a poner en marcha una escuela nocturna. Era el 20 de febrero de 1951. «Por falta de local adecuado —explica el cronista—, las clases se dan en el teatro de ocho a nueve de la noche a jóvenes obreros de 14 a 18 años. En este primer día acudieron 15 muchachos»⁸⁹. Se vio enseguida que la iniciativa era sensata y oportuna porque, al inicio del curso siguiente, se abrieron también unas clases diurnas⁹⁰. De esta manera, junto al seminario-internado comenzó a haber una sección de *externado*, que, muy poco después, iba a jugar un papel importante en el conjunto de la casa (pág. 221).

Inmediatamente aparecieron los efectos de una fuerza interior: se forma un grupo juvenil denominado, como en otros colegios salesianos, *Círculo de Domingo Savio* (1951) y al año siguiente se constituyen una



Los antiguos alumnos inauguran su asociación, 1952 (Archivo J.Ollé).

Asociación de Antiguos Alumnos y una *compañía religiosa*, llamada de San Luis Gonzaga⁹¹. Parecía que el padre Sáenz quisiera quemar etapas a toda velocidad. Pero no era todo humo de pajas, porque aquellos muchachos, para fortalecer su vida cristiana, tenían el coraje de organizar una tanda de Ejercicios Espirituales y, para asegurar el éxito de sus estudios, se comprometían a acudir en verano a las clases de repaso⁹².

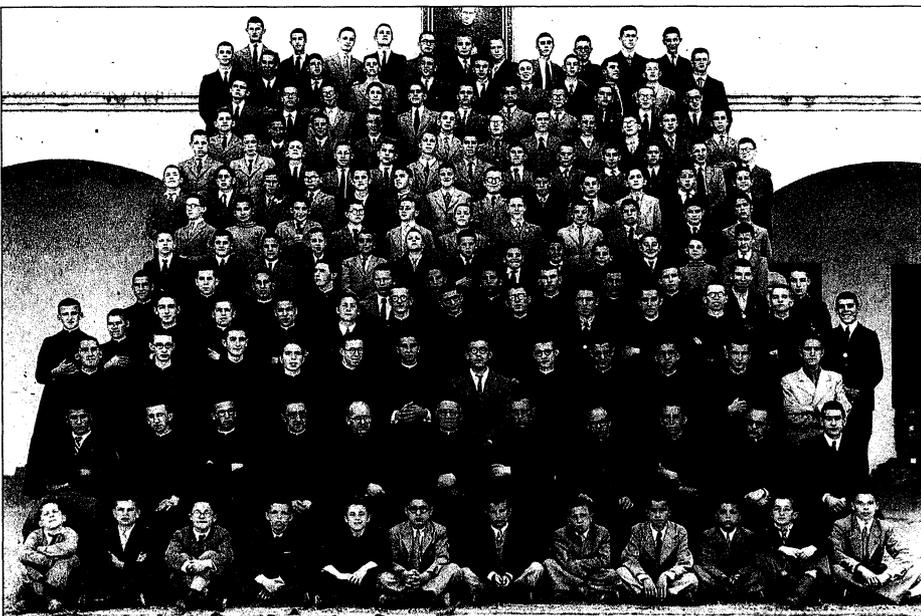
De esta manera la vida del seminario encontró un nuevo horizonte, porque los futuros salesianos podían ver allí cerca a la juventud que les esperaba. Ya no se encontraban tan apartados.

Todo fue fruto del entusiasmo pastoral de un joven sacerdote que tuvo la adhesión y la ayuda de sus superiores y amigos. El autor de este libro recuerda que don Joaquín Sáenz le manifestaba más de una vez su íntimo convencimiento: «Una casa salesiana no está hecha para quedarse cerrada, sino para abrirse al apostolado en un continuo crecimiento». Tal fue el *espíritu* que informó aquellos primeros años cincuenta.

EL NOVICIADO

«Tenemos todo preparado para poner o, mejor, trasladar nuestro noviciado a Sant Vicenç dels Horts, en la finca pegada al antiguo noviciado, que se compró el año anterior a la guerra. En Gerona tiene un sinfín de inconvenientes (...). Sería necesaria la erección canónica». Con estas palabras⁹³, el provincial de Barcelona anunciaba al Rector Mayor la puesta en marcha de un proyecto que ya había decidido en firme el año anterior. Porque en noviembre de 1939 ya andaba por Sant Vicenç viendo las modificaciones que debían introducirse «en la casa de arriba» al objeto de «instalar un posible noviciado»⁹⁴. Lo cual demuestra que nunca le había gustado el que, después de la guerra, el noviciado volviera de nuevo a Gerona, ya que, según podía comprobar, allí había «un sinfín de inconvenientes». Es lástima que no nos los precise. Se trataba, sin duda, de las dificultades detectadas ya otras veces: excesivo aislamiento y deficiente salubridad⁹⁵. Pero es fácil que al padre Massana le asaltara también un deseo personal: él, siendo secretario y ecónomo provincial, había propiciado la adquisición de la torre Llinás, aneja al caserío Font, que seguía teniendo para él, como sabemos, unas resonancias de familia y unos recuerdos de juventud. Por esto, quiso que aquel edificio empezara a

Curso 1945-1946: profesores, novicios y seminaristas.



Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R Alberdi 1994

cumplir la función para la cual había venido a las manos de los salesianos.

El traslado a que se refería en la citada carta no pudo verificarse tan pronto como él deseaba. Durante el curso 1940-1941 tuvo que acelerar las obras de adaptación: el antiguo vestíbulo se convertiría en capilla; la capillita de antes, en sacristía; las habitaciones familiares, en dormitorios, despachos y enfermería; el garaje de los carros, en sala de estudio y clase, etc. Lavabos y duchas se construirían junto a la galería, que sería de uso polivalente. En consecuencia, la inauguración oficial del noviciado tuvo lugar el 20 de agosto de 1941. En este día se bendijeron los locales y se leyó el decreto de erección que el Rector Mayor ya había firmado el 22 de agosto del año anterior: «Erigimos canónicamente el noviciado en San Vicente dels Horts [sic], y al mismo tiempo suprimimos el que ahora está en Gerona». Los novicios que iniciaban la nueva singladura eran 30, «número no igualado hasta el presente» —escribía satisfecho el padre Massana⁹⁶—.

Una generación extraordinaria

El noviciado seguía siendo, como antes, la etapa de la «segunda prueba». El seminario menor era la de la primera⁹⁷. Pero, desde que en 1902 habían desaparecido los novicios de Sant Vicenç, «había llovido mucho», como suele decirse. La Congregación, en efecto, había proseguido reflexionando sobre la naturaleza de esta etapa y había precisado las formas que debía revestir en concreto. A comienzos de los años cuarenta, pensamiento y normativa se hallaban principalmente en las *Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales*, publicadas en 1923⁹⁸, en los *Reglamentos Generales* de la misma Sociedad, que entraron en vigor un año después⁹⁹, en el *Reglamento para el noviciado*, que el XV Capítulo General (1938) elaboró *ad experimentum* para el sexenio siguiente¹⁰⁰ y en la carta circular publicada a mediados de 1939 por el Rector Mayor, don Pedro Ricaldone¹⁰¹. Sobre estas bases documentales que, por supuesto, recogían las disposiciones del *Código de Derecho Canónico* (1917), estuvo organizado el noviciado vicentino de los años cuarenta. Y no faltaron teóricos y comentaristas que, directa o indirectamente, ejercieron un influjo enorme, tanto sobre los novicios como en especial sobre los padres-maestros encargados de animar y orientar la vida de los mismos. Es de rigor mencionar aquí a Julio Barberis¹⁰², Luis Terrone¹⁰³ y Juan Zolin¹⁰⁴. Cualquier antiguo novicio de Sant Vicenç, por poco que se asome hoy a estos autores, percibirá enseguida mil resonancias de las explicaciones que se le dieron al tratar, por ejemplo, del noviciado, la perfección cristia-

na, las virtudes, la vocación salesiana, las prácticas de piedad, los votos religiosos.

Troquelado, pues, sobre esta literatura teológico-espiritual, el noviciado vicentino fue un centro de ascetismo. Desde 1941 al 1949, pasaron por él unos jóvenes cuyo índice de perseverancia en la vocación resultó muy alto, de suerte que, 20 y 30 años después, muchos de ellos estaban aún plenamente integrados en las tareas del apostolado salesiano. Aquella generación fue extraordinaria. Ciertamente los factores que aseguran la perseverancia en la misión sacerdotal o religiosa son múltiples y de signo diverso. Pero, en el caso presente, es probable que tuviera mucho que ver la misma personalidad del padre-maestro, don Lucas Pelaz Barreda.

Nacido en Castrejón de la Peña (Palencia, 1899), había recibido el presbiterado en Turín, en 1927. A continuación pasó un par de años en Mataró como catequista del colegio (1927-1929) y luego comenzó su peregrinaje por las casas de formación: Campello (confesor, 1929-1931), Gerona (catequista, 1931-1933) y Madrid-Carabanchel Alto (catequista, 1933-1936). Aquí le sorprendieron los acontecimientos de julio del 36. Su actuación sacerdotal durante la persecución religiosa llegó hasta el heroísmo, «aventurándose a veces a peligros serios en bien de las almas», según atestiguaba el superior provincial de Madrid, don Felipe Alcántara, al finalizar la contienda civil en 1939¹⁰⁵.

Cuando entonces se tuvo que poner en marcha el noviciado de Gerona, el inspector de Barcelona quería que el italiano don Eugenio Magni volviera a ejercer de maestro. Pero, al fallarle este proyecto, nombró en su lugar al padre Lucas. Fue un acierto, como lo demuestra el hecho de que fuera reelegido por cuatro trienios seguidos, permaneciendo en el cargo durante 12 años (1939-1951). «El maestro de novicios cuida de ellos con inteligencia y amor —informaba el provincial don Juan Alberto a los superiores en 1948—; le quieren mucho y parece que los resultados son satisfactorios»¹⁰⁶.

Efectivamente, por encima de todo, don Lucas se hizo querer. Si fue aceptado, no lo fue tanto por su preparación doctrinal —que no tenía nada de extraordinario¹⁰⁷—, sino por la abertura, la nobleza y la generosidad de su corazón. Lo cual percibían los novicios particularmente en la intimidad de las *cuentas de conciencia* y también en las veladas que organizaban con motivo de su onomástico¹⁰⁸. Don Lucas era un hombre sencillo y sensato, un pedagogo sensible y razonablemente exigente. Tenía la fibra de un apóstol popular, como lo demostró reiteradas veces durante su larga vida salesiana. Falleció en Barcelona en 1989, cuando le faltaban pocos meses para alcanzar los 90 años de edad¹⁰⁹. El cuadro núm. 4 señala

la evolución numérica de los novicios que, como se deduce de lo dicho al tratar de los jóvenes seminaristas, en su mayor parte no eran catalanes.

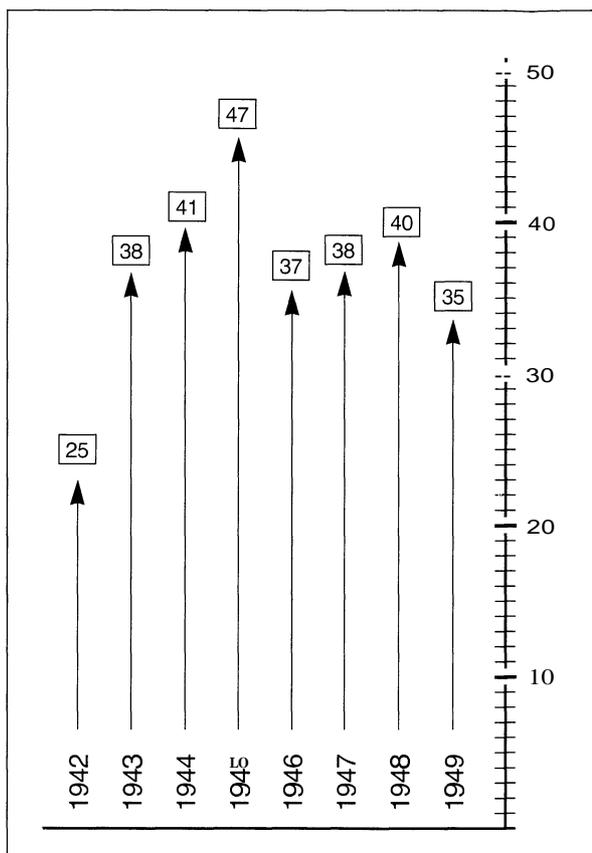
Los ritos de iniciación

El noviciado, por su misma naturaleza, constituye el tiempo específico para que los jóvenes se *inicien* en el nuevo género de vida que quieren abrazar. Por eso, su objetivo inmediato es disponer a los inscritos para que hagan la *primera profesión* que, aunque es siempre temporal, viene a ser la puerta oficial de entrada en la vida salesiana. Pero, antes de llegar a la profesión religiosa, el novicio observaba otro rito que casi equivalía a un anticipo de la misma. Presentaba dos modalidades: la primera —*toma de hábito o vestición de la sotana*— era para los futuros clérigos; la segunda —*entrega de la medalla*—, para los futuros salesianos laicos. Ambos ritos tenían carácter de iniciación y representaban dos jornadas típicas del año del noviciado. Por lo que se celebraban con gran solemnidad. He aquí una breve descripción.

Toma de hábito y entrega de medalla

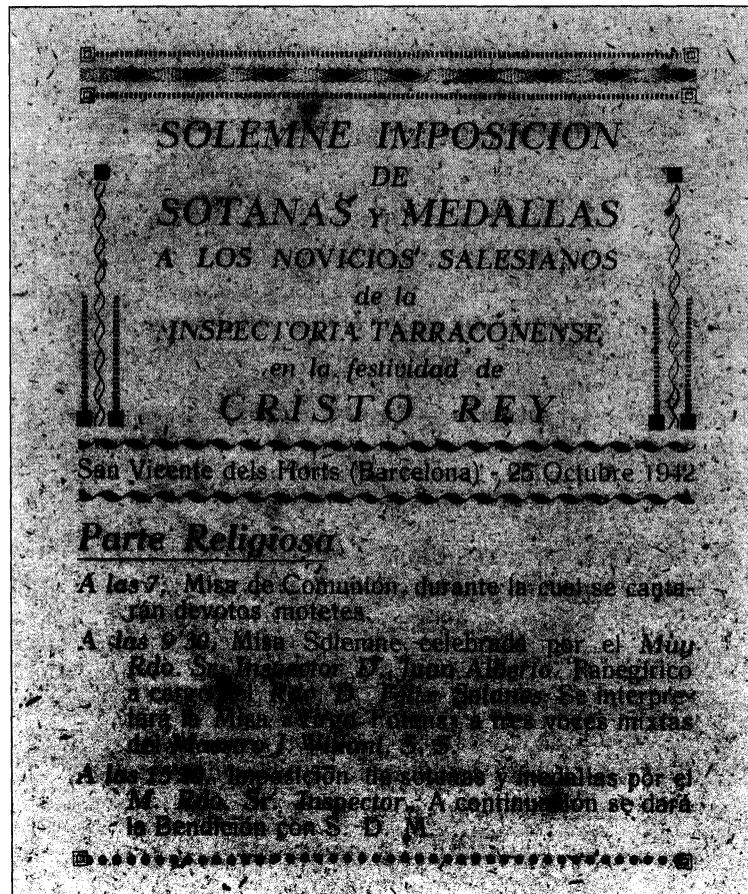
Tenía lugar cada año en la fiesta de Cristo Rey, en el último domingo del mes de octubre, porque estaba prescrito que no fuera antes de un mes de haber comenzado el noviciado ni después de tres. Según el pensamiento

Cuadro núm. 4
NOVICIOS. EVOLUCIÓN NUMÉRICA



Fuente: *Elencos anuales de la Congregación.*

EL NOVICIADO



25 de octubre de 1942,
fiesta de Cristo Rey:
programa.

del padre Ricaldone, esta jornada no debía considerarse sólo como un día de alegría, sino «como una meta de perfección alcanzada y como un punto de partida hacia otras metas más elevadas»¹¹⁰. La precedía un triduo de preparación inmediata. El mismo día, por la mañana, las dos misas acostumbradas; y por la tarde, a eso de las 15,30, la función religiosa en la capilla de María Auxiliadora, del seminario.

El rito —que ya estaba estructurado en 1933 y que fue refrendado en 1939¹¹¹—, tenía su simbolismo, no exento de una cierta carga dramática.

Inmediatamente después del canto del *Veni, Creator Spiritus*, se hacía el escrutinio público. A una pregunta del ministro oficiante —que solía ser el superior provincial—, los novicios estudiantes pedían la sotana salesiana y declaraban entender el significado del rito: «Vestir el hábito clerical significa entrar decisivamente en la carrera eclesiástica, separándonos del mundo y de sus vanidades, para revestirnos de Jesucristo». Los novicios coadjutores expresaban unas actitudes similares: «Este distintivo [la medalla] significa el vínculo externo que más estrechamente nos liga al estado religioso y a la Congregación Salesiana. Ello nos obliga a dedicarnos con renovado ardor en la adquisición de las virtudes religiosas».

Luego venía la bendición de las sotanas, de los cirios y de las medallas. Y finalmente la *vestición*. El superior estaba sentado delante del altar. Los novicios clérigos se le acercaban, uno a uno, llevando al brazo su respectiva sotana bendecida. Con la ayuda de los ministros presentes, se sacaba la chaqueta, mientras el oficiante le decía: «Que el Señor te despoje del hombre viejo con sus costumbres y actuaciones...». Al imponerle la sotana y el alzacuello, le añadía: «...y te vista con el nuevo hombre que, según Dios, ha sido creado en la justicia y en la santidad de la verdad». Cuando los presentes expresaban su adhesión —¡Amén!—, el celebrante entregaba el bonete al novicio que, reverente, le besaba la mano. Retirado después a la sacristía o al pórtico, terminaba de vestirse ayudado por los parientes y los amigos, que, las más de las veces, habían llegado a Sant Vicenç de tierras lejanas, en aquellos viajes largos e incómodos de los años cuarenta. Era un momento de intensa emoción humana y religiosa.

Terminada la toma de hábito de los clérigos, se acercaban los novicios laicos a recibir la medalla de manos del celebrante que, mientras entregaba a cada uno la suya, decía: «Recibe el signo de tu vocación».

Por fin, se organizaba la procesión: los novicios entraban solemnemente en la capilla por el pasillo central —los clérigos llevando el roquete encima de la sotana, los otros llevando visiblemente sobre el pecho la medalla— en tanto que el público cantaba el *Magnificat*. Se acercaban de nuevo al celebrante, que hacía entrega del cirio encendido: «Recibid, queridísimos hijos, esta luz material, símbolo de la luz del cielo, a la cual os llama Cristo Jesús».

Seguía una plática, con la que el superior trataba de explicar mejor el alcance espiritual del rito cumplido y las obligaciones que se derivaban del mismo. La idea de que el hábito era en cierto modo «una especie de sacramento» —según escribía el padre Ricaldone¹¹²— sintetizaba el pensamiento dominante del día. Se concluía todo con el canto vibrante del salmo 116: *Laúdate Dóminum omnes gentes* —Alabad al Señor todos los pueblos—.

La veladita en honor de los novicios y sus familiares —cuya participación solía ser cada año muy numerosa— ponía fin a una jornada de imborrable recuerdo.

La primera profesión

Al terminar el año del noviciado, después de haber manifestado su deseo de entrar en la vida salesiana y haber superado los escrutinios estableci-

dos, el novicio tenía acceso a la primera profesión religiosa. La tanda de Ejercicios Espirituales, que a veces hacían conjuntamente los novicios salientes y los entrantes, acababa de caldear los espíritus. En Sant Vicenç el día escogido era el 16 de agosto, en recuerdo del nacimiento de Juan Bosco. Pero no se le daba ninguna proyección exterior. Ni siquiera se permitía la presencia y participación de los familiares más íntimos. En este punto, el reglamento era taxativo. El día de la profesión debía ser exclusivamente espiritual, si bien con la solemnidad de las grandes fiestas religiosas.

Por siete veces, de 1942 a 1948, en la capilla del seminario se repitió el mismo rito¹¹³, que sustancialmente procedía de este modo: después del canto del *Veni, Creator Spiritus*, del rezo de las letanías de la Virgen y oraciones apropiadas, venía el escrutinio que comenzaba de esta manera: —«¿Qué es lo que pedís, hijos míos?» —«Pedimos, nuestro reverendo superior, profesar las constituciones de la sociedad de san Francisco de Sales». Y seguidamente, la invitación por parte del superior: «Ahora poneos en la presencia de Dios y pronunciad la fórmula de los votos». Y cada uno, en presencia de dos testigos, pronunciaba con voz clara la fórmula: «En el nombre de la santa e individua Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo (...) hago voto de pobreza, castidad y obediencia a Dios, según las constituciones de la Sociedad Salesiana». El superior, que habitualmente era el provincial, concluía el acto con una plática moral y bendiciendo a los nuevos religiosos.

Pero a reglón seguido, los salesianos presentes podían aprovechar aquella circunstancia para renovar los votos ante el Santísimo Sacramento. «Que Dios nos asista con su santa gracia —añadía en voz alta el ministro celebrante— para que seamos fieles a esta solemne promesa hasta el fin de la vida». Al canto solemne del *Te Deum* seguían la bendición con S.D.M. y las oraciones por los fieles difuntos. Lo mismo que en el rito de la vestición, las notas vibrantes del salmo 116 ponían también ahora el punto final¹¹⁴.

Los recién profesos debían seguir en ambiente de recogimiento, por lo que en aquel verano tenían prohibido ir a pasar las vacaciones con la familia. Por lo general, los de Sant Vicenç se iban todos juntos a Gerona para iniciar una nueva fase de su formación: allí cursarían los estudios de filosofía.

Un único quehacer

En el noviciado se estudiaban también algunas asignaturas contempladas en los Reglamentos Generales de la Congregación para este período, co-

mo el catecismo de la doctrina cristiana y el de los votos religiosos, la historia sagrada y los evangelios, la liturgia y las lenguas castellana, latina, griega e italiana con las composiciones y versiones correspondientes, usando en lo posible «textos de argumento sagrado»¹¹⁵. El estudio de la pedagogía entraba como un elemento importante para el futuro salesiano-educador, si bien, inexplicablemente, se eximía de él a los novicios laicos, como si nunca hubieran de asumir tareas educativas. Pero lo cierto es que, de hecho, la mayoría de ellos se veían enseguida inmersos en la marcha de los centros docentes, incluso, con graves responsabilidades, siempre en contacto directo con los niños y jóvenes. Con toda seguridad, se trataba de una praxis heredada del pasado y condenada a desaparecer. Los exámenes semestrales y finales recordaban al novicio que no debía dejar de lado el cultivo de las disciplinas mencionadas.

Pero la gran asignatura siempre pendiente era el aprendizaje de la *perfección cristiana*, es decir, la extirpación de los propios defectos y la adquisición de las virtudes. Ningún novicio se libraba de este quehacer. Los superiores insistían sobre todo en la obediencia y en la humildad. El novicio, casi por definición, debía ser obediente y humilde. Le ayudarían a ello el conocimiento de las Constituciones, la práctica de los tres votos, el espíritu de oración y de trabajo, la superación de las pequeñas *pruebas* que le pudieran imponer o sencillamente sobrevenir. Esto era lo único que, de verdad, debía procurar¹¹⁶.

Para no repetir ahora cosas ya expuestas en el capítulo segundo del libro, sólo recordaremos las más relevantes, teniendo en cuenta tanto la normativa vigente como lo que, de hecho, se hacía en nuestro noviciado vicentino en el decenio de los años cuarenta.

Desde el punto de vista de la formación intelectual, se consideraban importantes las *conferencias*—que el padre-maestro daba con toda regularidad— y las *lecturas* que se hacían en común o bien personalmente. Por lo general, se trata de una literatura pensada en el extranjero y más concretamente en Francia. Incluimos en nota los autores más leídos¹¹⁷.

En cuanto a la vida de piedad, se insistía en aquellos ejercicios que luego debían practicarse durante la vida y que se encontraban recogidos en el librito de las *Prácticas de piedad para uso de las casas salesianas*¹¹⁸, tales como la *meditación*, la *lectura espiritual* y el *examen de conciencia*. Los dos primeros, sobre todo, estaban muy estructurados en sus diversas partes, de acuerdo con las exigencias del método psicológico-espiritual, y maestros y tratadistas, renovando la antigua tradición de la *devotio moderna*, los explicaban con mucho detalle¹¹⁹. El *Ejercicio de la Buena Muerte*, que hoy con cierta impropiedad llaman *retiro mensual*, se hallaba también perfectamente diseñado, según se ha explicado ya. Entonces el

novicio —como un religioso salesiano más— hacía en comunidad un largo examen de conciencia «sobre el adelanto o retroceso en las virtudes durante el mes anterior». Asimismo, la tanda de *Ejercicios Espirituales*, que se practicaba tres veces (inicio, mitad y final del año de noviciado), estaba organizada en todos sus pormenores y no podía ser interrumpida si no era por un motivo muy grave. La *cuenta de conciencia* se daba habitualmente cada quince días¹²⁰, siguiendo más o menos las pautas señaladas en el *Pequeño manual*, de Zolin (nota 104).

Entre las prácticas de piedad propias del noviciado estaban éstas dos: antes de ir a comer, la *Visita al Santísimo Sacramento* —que duraba casi una media hora— y, al atardecer, la *Bendición*, también con el Santísimo Sacramento. Ambos encuentros comunitarios eran diarios.

En fin, la vida sacramentaria —la misa, todas las mañanas; la confesión, cada semana— ocupaba un puesto relevante en este contexto, como se ve, intensamente religioso.

Tal orientación aún quedaba más potenciada por la total ruptura tanto con respecto al mundo exterior como con respecto a las actividades de apostolado¹²¹. Los novicios no se relacionaban habitualmente ni siquiera con los religiosos profesos y, menos, con los muchachos del seminario menor. Los padres provinciales se encargaban de vigilar sobre este particular y recordar lo establecido¹²². Solamente las grandes fiestas religiosas tenían la fuerza carismática de acercar a unos y otros en la celebración de los actos comunitarios. Entonces brillaba la alegría de una gran familia que, a pesar de la separación lógica de sus miembros, se sentía unida y feliz.

LOS TRASLADOS

Las conversaciones habidas inmediatamente después de la guerra civil entre el director de las Escuelas Profesionales Salesianas de Barcelona-Sarrià, don Modesto Bellido, y los señores Martí-Codolar, don Javier y doña Ángeles, procedieron por buen camino: la finca que éstos poseían en el antiguo municipio de San Juan de Horta —alrededores de Barcelona— y que San Juan Bosco había visitado el 3 de mayo de 1886, sería para los salesianos. Y, efectivamente, en junio de 1946, los citados propietarios felicitaban al Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, con motivo de su onomástico y le comunicaban la decisión tomada: «El *cercado de la Granja de Horta* (...) se lo cedemos a San Juan Bosco»¹²³.

A finales de ese año, el padre provincial, don Juan Alberto, tenía ya esbozado el proyecto de lo que debía hacerse: levantaría allí un edificio capaz de acoger «150 estudiantes de filosofía»¹²⁴. No es que en el seminario de Gerona fueran mal las cosas; es que allí no acompañaba el clima —«frío y húmedo»— y faltaba además el espacio suficiente¹²⁵. El proyecto del padre Alberto era ambicioso. Pero ¿tendría fuerzas suficientes para acometerlo? Lo cierto es que, un año más tarde, aún no habían comenzado los trabajos de construcción de la nueva casa, la cual, tal como se expresaba entonces el inspector, no sería sólo para los estudiantes de filosofía sino también para los novicios. Al padre Alberto le parecía que así, estando unos y otros en un mismo ámbito, resultaría una entidad más homogénea. En el verano de 1948, creía estar ya en condiciones para empezar a poner en marcha su proyecto: durante el año escolar 1948-1949, en el seminario de Gerona habría dos cursos, el segundo y el tercero, pero los alumnos de primero iniciarían sus estudios ya en Horta, en la nueva residencia Martí-Codolar¹²⁶. Pero una vez más, don Juan Alberto no tenía suerte; el final de su mandato estaba resultando más bien triste. Entre otras cosas, las labores que se llevaban a cabo en la finca Martí-Codolar se habían complicado: porque ya no se trataba de edificar un pabellón de nueva planta —respetando totalmente la *torre semimodernista* en su aspecto externo e introduciendo sólo pequeñas adaptaciones en el interior— sino de *transformarla* y *agrandarla* radicalmente, tanto por fuera como por dentro... Lo que comportó graves complicaciones y no pocos disgustos a don Javier y doña Ángeles, los cuales, al ver que estaban echando a perder la casa de sus padres y antepasados, se vieron obligados a manifestar al Rector Mayor su perplejidad y desaprobación¹²⁷.

Le tocó al siguiente padre provincial, don Florencio Sánchez (1948-1953), realizar el antiguo proyecto. Y si bien la casa de Gerona estaba a tope con tres cursos de filosofía, prefirió comenzar trasladando a los novicios de Sant Vicenç, porque aquí también el número de los estudiantes aumentaba rápidamente y la masía Font, aunque ampliada y modernizada, no les podía dar un alojamiento digno¹²⁸. El padre Sánchez tuvo que actuar muy personalmente, acelerando los trabajos y presionando a unos y otros. Hasta que dispuso que, para la fiesta de San José del 1949, el noviciado debía estar funcionando en la casa Martí-Codolar. El padre-maestro (don Lucas Pelaz), el asistente (don José Dieste) y los 35 novicios comenzaron a hacer el inventario de sus haberes y a preparar los bultos.

Y así, la tarde del día 18 de marzo, se verificó el traslado. Aquella operación tuvo sus ribetes épicos. El cronista Solanes resumía el estado de ánimo de los que se marchaban con estas palabras: «Las dificultades que han de hallar no son pocas, pues los trabajos de preparación para el novi-



Curso 1948-1949: los novicios inauguran la casa Martí-Codolar (Barcelona-Horta). En la presidencia están los señores Martí-Codolar, don Javier y doña Ángeles.

ciado están bastante atrasados; pero es tan grande el espíritu de trabajo y sacrificio y tal la alegría que anima a todos, que han de sentir muy poco tales inconvenientes»¹²⁹. Aquellos novicios de entonces hoy están de acuerdo con la percepción que tenía el cronista. Don Florencio Sánchez, por su parte, disimuló como pudo el malhumor que le produjeron los repetidos fracasos de una operación forzada y mal preparada, y comunicó al Rector Mayor que los señores Martí-Codolar estaban satisfechos, «*sono contenti*»¹³⁰.

Con esto, la torre Llinás quedaba despejada. Serviría para aliviar la falta de espacio que padecían los jóvenes seminaristas. Éstos, en efecto, encontraron allí lugar suficiente para un dormitorio. Pero, a los tres años, necesitaban imperiosamente un nido nuevo, más amplio y unificado.

Como se está viendo, a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, el crecimiento rápido de las vocaciones era ya un hecho espectacular y una y otra vez planteaba a los superiores el problema de dónde y cómo atenderlas de la mejor manera posible.

Establecido el noviciado en Barcelona-Horta, don Florencio hubo de pensar enseguida en buscar un sitio más holgado para los del seminario menor. Y volvió a una idea a la que, diez años antes, ya había apuntado don Julián Massana¹³¹. En consecuencia, en el verano del 1951 tenía tomada la decisión: los del seminario menor irían de Sant Vicenç a Gerona, y los estudiantes de filosofía ocuparían allí su lugar¹³². El italiano don Salvador

De Bonis, que estaba en Gerona como consejero o encargado de estudios, sería el director de aquéllos. Pero, al fallarle de inmediato este plan, hizo que el padre De Bonis se trasladara de Gerona a Sant Vicenç como superior, sustituyéndole en la dirección a don Antonio Mateo. Durante el curso siguiente 1951-1952, ambas comunidades se prepararon para el intercambio de lugar: la de Sant Vicenç parecía estar contenta; la de Gerona sentía perder la amplitud del edificio y la anchura de horizontes de los patios, aunque se alegraba con el acercamiento a Barcelona...El día 8 de septiembre de 1952 se verificó el traslado del personal: por la mañana, los pequeños seminaristas abandonaban las orillas del Llobregat para llegarse a las del Ter; por la tarde, los estudiantes de filosofía se asentaban junto a las del Llobregat. Los salesianos de ambas localidades —Gerona y Sant Vicenç dels Horts— estrenaban una etapa nueva de su historia.

NOTAS

- ¹ *Circular*, Barcelona 20-XII-1939.
- ² *Circular*, Barcelona [diciembre] 1941. El subrayado es nuestro.
- ³ Carta al Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, desde Barcelona 12-IV-1947. En el Archivo Salesiano Central. Roma (=ASC), *F 014 Spagna-Barcellona*.
- ⁴ *Circular*, Barcelona 20-XII-1939.
- ⁵ Carta a Ricaldone, desde Alicante 20-VI-1948: *ASC, F 014 Spagna-Barcellona*.
- ⁶ Relación fechada en Barcelona 31-VIII-1948: *Ibid.*
- ⁷ Carta al Vicario General, Pedro Berruti (Turín), desde Barcelona 20-XII-1939: *Ibid.*
- ⁸ *Memorias* (manuscrito), 57. Entre los seminaristas que llegaron a Sant Vicenç en esta ocasión, se encontraban: Antonio Cabello, Patricio González, Pascual Malo, Antonio Mérida y Joaquín Sáenz.
- ⁹ Cf. J.L.BASTARRICA, *Luis Chiandotto, un sembrador de felicidad*. Ed. CCS, Madrid 1988, 48.
- ¹⁰ Respectivamente durante los años 1952-1956, 1948-1952 y 1942-1943.
- ¹¹ En cambio, el catalán Felipe Alcántara se reinsertó en la casa de Sarria cuando terminó su cargo de superior provincial en Madrid.
- ¹² *Circular*, Barcelona 20-XII-1939.
- ¹³ Calle Heredia, 12.
- ¹⁴ *Memorias* (manuscrito) 59.

- ¹⁵ Los documentos oficiales que trataban de regular su vida por los años treinta y cuarenta eran éstos dos: P.RICALDONE, *La formazione del personale salesiano*, en *Atti del Capitolo Superiore della Pia Società Salesiana (=ACS)*, n. 78 (novembre 1936) 95-156 y *Regolamento per l'aspirantato*, en *ACS*, n. 91 (Gennaio-Febbraio 1939) 7-11.

El Rector Mayor, don Pedro Ricaldone (1932-1951), se interesó casi obsesivamente por la organización teórica y práctica de los centros de formación de la Sociedad Salesiana en todas sus modalidades. Comenzó a afrontar el tema por los aspirantados. En su citada carta circular de 1936, después de una larga exposición preliminar (págs. 3-94), explica el pensamiento de la Congregación sobre los mismos (págs. 95-156), señalando al propio tiempo la normativa correspondiente.

Bajo su inspiración, el Capítulo General XV (verano de 1938) llegó a proponer *ad experimentum* (por seis años) los *reglamentos* referentes al aspirantado, noviciado, estudiantado filosófico, trienio práctico, curso de perfeccionamiento para los hermanos coadjutores y, finalmente, al estudiantado teológico. Tales reglamentos aparecieron publicados en *Regolamenti: ACS*, n. 91 (Gennaio-Febbraio 1939) 7-11, 12-22, 23-27, 28-29, 30-32, 33-40 respectivamente.

Pero las experiencias sobre su viabilidad y practicidad se prolongaron por mucho tiempo. Hasta que el Capítulo General XVII (1952) decidió retocarlos de nuevo y publicarlos en *ACS*, n. 170 (Ottobre 1952): *Delle case di aspirantato*, pág. 21; *Delle case di noviziato*, págs. 22-23; *Degli studentati filosofici e teologici*, págs. 23-28. A los dos años (1954), el Consejo General se encargó de preparar la redacción definitiva y promulgarlos en los *Reglamentos de la Sociedad Salesiana* bajo el siguiente articulado (traducción castellana, SEI, Madrid 1956): *Casas de aspirantado*, 261-268; *Casas de noviciado*, 269-306; *Estudiantados filosóficos y teológicos*, 307-330; *Casas de perfeccionamiento para los coadjutores*, 331-333. De esta manera quedó actualizado el viejo *Reglamento para las casas de noviciado y estudiantado*, que constaba en los *Reglamentos de la Sociedad Salesiana* de 1924, arts. 261-308, 309-333. No hace falta decir que los documentos mencionados recogían a su vez las disposiciones emanadas anteriormente por la Iglesia (*Código de Derecho Canónico*, 1917) y por la misma Congregación Salesiana (*Constituciones*, 1923, y *Reglamentos Generales*, 1924).

Para ilustrar este punto, cf M.WIRTH, *Don Sosco y los salesianos. Ciento cincuenta años de historia*. Ediciones Don Bosco, Barcelona 1971, 295. Un breve recorrido histórico sobre la documentación referente al tema, en *La formación de los salesianos de Don Bosco. Principios y normas. Ratio fundamentalis institutionis et studiorum*. Ed. SDB-CCS, Roma 1985, 31-35, 42-51.

- ¹⁶ *Crónica de la casa (=Crónica)*, 29-VII- y 20-VIII-1940.
- ¹⁷ Testimonio, Sant Vicenç 24-XI-1994.
- ¹⁸ *Crónica*, 23-XII-1940. J.MASSANA, *Circular*, Barcelona [marzo] 1941.
- ¹⁹ Testimonio de A.Florit, Barcelona 12-IV-1995.
- ²⁰ *Crónica*, 28-VIII-1946.

- ²¹ «El problema de la alimentación sigue siendo una pesadilla para los superiores de esta casa —consta en la crónica—, como lo es para todos los internados y aun para casi todas las familias de España» (*Crónica*, 24-X-1940).
- ²² Testimonio, Barcelona 29-XI-1995.
- ²³ Siguiendo este criterio y siendo padre provincial el catalán Julián Massana, la antigua Inspectoría Tarraconense abrió una presencia nada menos que en un pueblecito escondido de Euzkadi. De esta manera se fundó la casa de Azkoitia, en la provincia de Gipuzkoa.
- ²⁴ Cf J.BENET, *Catalunya sota el règim franquista*. Ed. Blume, Barcelona 1978, 221-277, 279-410.
- ²⁵ F.SÁNCHEZ, *Circular*, n. 2 (febrero 1949) [2].
- ²⁶ Cf la carta circular *Formazione del personale salesiano*, en ACS, n. 78 (Novembre 1936) 110-113. Y también el *Regolamento per l'aspirantato*, en ACS, n. 91 (Gennaio-Febbraio 1939) 7-8. Estos documentos han sido ya mencionados en la nota 15 de este mismo capítulo. En adelante, el primero se citará por *Formazione*, y el segundo, por *Regolamento*. En ambos casos, se indica no el número de la página, sino el de la disposición interna.
- ²⁷ Cf J.MASSANA, *Circular*, Barcelona [junio] 1940. F. SÁNCHEZ, *Circular*, n. 3 (junio 1949) [1]-[2], n. 12 (junio 1952) [2], n. 20 (junio 1953) [4].
- ²⁸ Cf *Formazione*, 78; *Regolamento*, 29-30.
- ²⁹ Cf *Regolamento*, 6.
- ³⁰ Don Florencio, en efecto, trasladó a los novicios desde Sant Vicenç a Barcelona-Horta (Seminario Martí-Codolar) (1949) y a los aspirantes, a Gerona (1952), en tanto que establecía en la primera localidad el seminario de filosofía (1952).
- ³¹ *Circular*, n. 21 (septiembre 1953) [2].
- ³² Informe personal: ASC, F 013 *Spagna genérica*.
- ³³ Carta mortuoria firmada por el provincial Florencio Sánchez, Barcelona 7-I-1949.
- ³⁴ Cf A.GARCÍA-VERDUGO y C.SAN MILLÁN, *Desde el Arenal al Castro. 100 años de Don Bosco en Vigo*. Inspectoría Salesiana de Santiago el Mayor, Vigo 1995, 87, 97-98.
- ³⁵ Carta a Pedro Berruti (Turín) desde Barcelona 30-VII-1943: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*.
- ³⁶ Cf *Crónica*, 8-I-1945.
- ³⁷ Cf *Boletín Salesiano (=BS)*, febrero 1923, 59. *Crónica*, 30-VII-1948.
- ³⁸ *Crónica*, 30-VII-1948.
- ³⁹ *Ibid.*, 3-I-1949.
- ⁴⁰ Cf J.MASSANA, *Visita canónica*, 23-III-1940.
- ⁴¹ *Constituciones* 1923, 170-173.

- ⁴² *Ibid.*, 171, 173.
- ⁴³ *Crónica*, 2-X-1950.
- ⁴⁴ Cf *Crónica*, 20-VI-1952.
- ⁴⁵ *Rendiconto*, año 1946-1947.
- ⁴⁶ Publicado por el Rector Mayor, don Pablo Albera, en 1916 y traducido al castellano por vez primera dos años más tarde con el título de *Prácticas de piedad para uso de las casas salesianas*.
- ⁴⁷ Título completo *El joven cristiano instruido en sus deberes y en los ejercicios de piedad cristiana*. Se llamó así después del 1939. Antes se conocía por *El Joven instruido*. Don Bosco lo había titulado // *giovane provveduto*. La traducción castellana apareció en 1879, en Turín, con destino a los centros salesianos que ya se estaban abriendo en algunas repúblicas sudamericanas. Pero desde 1888, fue la casa salesiana de Barcelona-Sarriá la que difundió este librito en todo el ámbito salesiano de lengua española.
- ⁴⁸ Cf P.STELLA, *Valori spirituali nel «Giovane Provveduto» di San Giovanni Bosco*. Roma 1960.
- ⁴⁹ Cf *Regolamento*, 17.
- ⁵⁰ «Recuerdo —escribía el citado Rector Mayor al presentar el manual en carta 1-XI-1916— el vivísimo deseo de nuestro Venerable Padre Don Bosco y del inolvidable señor Don Rua de que se *conservase siempre y en todas partes la más perfecta uniformidad en las prácticas de piedad que suelen hacerse en nuestros institutos*, y que nadie se creyese autorizado para *quitar o añadir* de una manera estable cosa alguna, sin el explícito consentimiento del Rector Mayor». Los subrayados son del texto.
- ⁵¹ Libros recomendados por los superiores para tales lecturas eran, por ejemplo, las biografías escritas por Don Bosco, como: *Vida del joven Domingo Savio*, *Apuntes biográficos del joven Miguel Magone*, *El pastorcillo de los Alpes*, *o sea, vida del joven Francisco Besucco*.
- ⁵² *Regolamento*, 17.
- ⁵³ *Ibid.*, 19.
- ⁵⁴ *El joven cristiano*, segunda parte.
- ⁵⁵ *Ibid.* Al objeto de facilitar a cada uno la recepción del sacramento de la penitencia y salvar la libertad de todos, el reglamento pedía que se facilitase algún confesor extraordinario, que tenía que ser precisamente salesiano (*Regolamento*, 19; *Formazione*, 76). Durante muchos años, esta función acostumbró cumplirla don Antonio Querol Huguets, residente en la casa de Barcelona-Rocafort.
- ⁵⁶ *Prácticas de piedad*, IV.
- ⁵⁷ Cf *Formazione*, 76.
- ⁵⁸ Cf *Ibid.*, 77.
- ⁵⁹ Cf *Regolamento*, 21.

- ⁶⁰ *Formazione*, 77; *Regolamento*, 20.
- ⁶¹ Ver algunos ejemplos en la *Crónica*, 22-25-VII-1946, 13-16-VII-1950, 1-I-1951.
- ⁶² Otros festejos: *Crónica*, 9, 10, 15, 16-IV-1942.
- ⁶³ Era el mismo que, unos años antes de la guerra, había levantado y reformado uno de aquellos mártires, el señor Planas, en memoria del santo sepulcro de Cristo (págs 83 y 316). Ver detalles en la *Crónica*, 11-IV-1942. J.MASSANA, *Circular*, Barcelona [marzo] 1942.
- ⁶⁴ Letra y música en A.BURDEUS, *Lauros y palmas*. Barcelona-Sarriá 1950, entre las págs. 336-337.
- ⁶⁵ Cf *Regolamento*, 16.
- ⁶⁶ Más tarde y al menos en teoría, se permitió este deporte con tal de que se practicara «alguna vez y en forma discreta»: F.SANCHEZ, *Circular*, n. 6 (marzo 1950) [2].
- ⁶⁷ *Formazione*, 77.
- ⁶⁸ En el capítulo siguiente se trae la lista de las misas polifónicas que solían interpretarse con más frecuencia.
- ⁶⁹ Se cantaban con frecuencia las polifonías del italiano Giovanni Pierluigi (llamado *Palestrina*) y del español Tomás Luis de Victoria, ambos grandes compositores del siglo XVI. Estamos seguros de que a más de un lector le hará recordar melodías inefables la simple enumeración de los responsorios *Caligaverunt, in monte Oliveti, Jesum tradidit, Judas mercator pessimus, Omnes amici mei, O vos omnes, Tenebrae factae sunt, Tristis est anima mea, Una hora, Velum templi, Vineae mea*.
- ⁷⁰ Con la música siempre de E.MORERA.
- ⁷¹ *Formazione*, 77.
- ⁷² Por ejemplo, entre los libretos más conocidos: *La cuna del Mesías*, tres actos; *Nabal o el pastor de Belén*, dos actos; *Los pastores de Judea*, un acto; *Pastorcillos de Belén*, un acto; *Reyes y pastores*, dos actos. En todas ellas, la música es de Felipe Alcántara i Puig.
- ⁷³ Las colecciones *Biblioteca Amena Juventud* y *Biblioteca «Horas Serenas»*, de la Librería Salesiana de Barcelona- Sarriá, suministraban buenos materiales. A la primera pertenecían, por ejemplo, CARDENAL WISEMAN, *Fabiola o la Iglesia de las catacumbas*; LEMERCIER, A.: *La confesión de la reina*; MAGO BUM: *Jorgito policía*; MATÉ UCHI, L.: *Por un millón*. MIONI, H.: *En la selva de Java*; RIBÉ: *El gran capitán (Gonzalo de Córdoba)*. Y a la segunda: BEOBIDE, R.: *La vestal mártir*, ID.: *A peso de oro*; EL ABUELITO: *Pitusín detective*; MIONI, H.: *En las montañas rocosas*; VIGLIETTI, C.: *¿Mi hijo fraile?*
- ⁷⁴ *Crónica*, 20-VIII-1940.
- ⁷⁵ *Formazione*, 75. Cf *Regolamento*, 14.
- ⁷⁶ Cf *Formazione*, 77.
- ⁷⁷ Esta fiesta externa de María Auxiliadora solía celebrarse el domingo después

del 24 de mayo. A eso de las cinco de la tarde, reunidos todos en la iglesia parroquial, asistían a diversos actos de piedad. A continuación se organizaba la procesión. Más o menos según el orden siguiente: la cruz, los niños y las niñas de los *espiáis* de los salesianos y de las Hermanas de la Doctrina Cristiana, los jóvenes de Acción Católica Femenina, asociación y devotos de María Auxiliadora, coro parroquial, jóvenes de Acción Católica Masculina, seminaristas salesianos, imagen de la Virgen, clero, ministros sagrados y autoridades. Los niños y niñas de primera comunión, con sus atuendos de costumbre, ponían su nota característica. La gente adornaba balcones y ventanas. Después de recorrer algunas calles —en las que no faltaban alfombras de flores—, la procesión llegaba al seminario. El público entraba en la capilla, cantaba a la Virgen María y, a continuación, asistía a la velada, en la cual entraban cantos, poesías, música, actuaciones diversas, discursos, rifa. Todo lo cual se llevaba a cabo gracias a la generosa colaboración de las celadoras de María Auxiliadora.

⁷⁸ *Crónica*, 9-IV-1950.

⁷⁹ Testimonio de Jesús María Mélida, Barcelona 7-V-1995.

⁸⁰ Cf *Crónica*, 22-XII-1948.

⁸¹ Domingo Comamala Sala, oriundo de las tierras de Gerona y casado con Emilia Juvinyá Parramón, a principios de este siglo ya estaba en Barcelona y era conocido como fabricante. Como otros tantos profesionales que buscaban mayor seguridad y una mano de obra más barata, en 1909 se trasladó a Sant Vicenç (calle Barcelona), donde montó un modesto taller de tejidos. Era el primero que tenía el municipio. A los pocos años, en 1911, adquirió un solar con el propósito de construir una fábrica y una casa. Aquí puso su vivienda para él, su señora, su hijo Juan —casado en 1923 con Concepción Bofill Pascual— y el hijo de ambos, Raimundo, nacido en noviembre de 1924. La nueva fábrica (calle mossén J. Verdaguer) entró en funcionamiento en 1919. El número de empleados, entre los que trabajaban en ella o bien a domicilio, osciló, según épocas, entre 80 y 120. Como se ve, Domingo era un hombre de negocios —industrial y propietario—, al cual además no le desagradaba actuar en la política local. Murió el 9 de octubre de 1935, dejando a su hijo Juan al frente de la empresa textil.

Las notas que anteceden están tomadas del escrito titulado *Domingo Comamala Sala (1909-1935)* y preparado por Virginia Pérez Fornás, licenciada en Geografía e Historia. Febrero de 1994. Recientemente ha sido publicado por el Ayuntamiento de Sant Vicenç, 1996. Otros elementos sobre la fábrica y familia de los Comamala en A. CARALT, *Escaquer vicentí. Personatges populars*. Sant Vicenç dels Horts 1995, 18-20.

De «doña Concha» —como la llamaban familiarmente los salesianos— se da alguna noticia más en el capítulo siguiente (págs. 321).

⁸² Cf *Crónica*, 22-V-1941.

⁸³ Cf *Ama*, 23 (octubre 1989) [1]. Revista poligrafiada.

^{83 bis} Mientras se corrigen las pruebas de imprenta de este libro, nos comunican que la señora Quimeta ha fallecido en Sant Vicenç el día 20 de octubre (1996). Tenía 90 años cumplidos.

- ⁸⁴ Cf *Crónica*, 24-XI-1940, 28-XI-1943.
- ⁸⁵ *Ibid.*, 17-XII-1950.
- ⁸⁶ Había tomado posesión del cargo en 1948, sustituyendo a mossén Joan Tous, que estuvo al frente de la parroquia por espacio de nueve años, hasta que fue nombrado arcipreste de el Vendrell (Baix Penedés).
- ⁸⁷ *Crónica*, 1-I-1951.
- ⁸⁸ *Rendiconto* 1950-1951: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*.
- ⁸⁹ *Crónica*, 20-II-1951.
- ⁹⁰ *Ibid.*, 2-X-1951.
- ⁹¹ Cf *Ibid.*, 11-III-1951, 3-II-1952, 8-III-1952.
- ⁹² Cf *Ibid.*, 1-IV-1952, 14-VII-1952.
- ⁹³ Carta a Ricaldone desde Barcelona 7-IX-1940: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*.
- ⁹⁴ *Crónica*, 6-XI-1939. Ver también 14-II-1940.
- ⁹⁵ «No es un clima ideal». Carta de Massana a Berruti desde Barcelona 16-VI-1941: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*. Don Pedro Berruti era el vicario del Rector Mayor.
- ⁹⁶ *Circular*. Barcelona [diciembre] 1941.
- ⁹⁷ *Constituciones* 1923, 170.
- ⁹⁸ Ver arts. 170-189, 190-196.
- ⁹⁹ Ver en especial arts. 170-189, 190-196.
- ¹⁰⁰ Cf *Actas del Capítulo Superior (=ACS)*, n. 91 (Gennaio- Febbraio 1939) 12-22.
- ¹⁰¹ Con el título de *Formazione del personale salesiano. Noviziato*: ACS, n. 93 (Maggio-Giugno 1939) 165-284.
- ¹⁰² // *vade mecum dei giovani salesiani*, publicado por primera vez en Turín en 1901 y que tuvo varias ediciones.
- ¹⁰³ // *salesiano. Piccolo trattato di vita religiosa*. Vol. I, // *noviziato*. SEI, Torino 1928. Vol. II, // *professo*. Libreria salesiana editrice, Genova-Sampierdarena 1932.
- ¹⁰⁴ *Piccolo manuale di vita religiosa. Lezioni proposte in forma di catechismo*. Varias ediciones y versiones al castellano. Sobre la tercera edición italiana se preparó la traducción castellana *Pequeño manual de vida religiosa*. Tipografía y Librería del Colegio Pío IX, Buenos Aires 1926.
- ¹⁰⁵ Dossier preparado en Salamanca 8-VII-1939: ASC, F 013 *Spagna genérica*.
- ¹⁰⁶ Relación enviada a Turín desde Barcelona 1-VII-1948: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*.
- ¹⁰⁷ Los materiales para sus conferencias los extraía de las *Memorias Biográficas de San Juan Bosco*, de las cartas circulares de los Rectores Mayores y de los autores que hemos citado antes: Barberis, Ricaldone, Terrone, Zolin.

- ¹⁰⁸ Día 18 de octubre. Ver, por ejemplo, *Crónica*, años 1943, 1946, 1948.
- ¹⁰⁹ Ver la carta mortuoria firmada por Víctor Marco en Barcelona 1989.
- ¹¹⁰ *Formazione del personale salesiano. Noviziato*, en ACS, n. 93 (Maggio-Giugno 1939) 199.
- ¹¹¹ Cf *Pratiche di pietà in uso nelle case salesiane*. Scuola tipográfica salesiana, Torino [1933] 155-262. P. RICALDONE, *Formazione del personale...*, 264-271.
- ¹¹² *Formazione del personale...*, 198.
- ¹¹³ Codificado ya en las diversas ediciones de las *Prácticas de piedad para uso de las casas salesianas* y de las *Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales*.
- ¹¹⁴ En el ordenamiento actual de los ritos descritos, el de la profesión ha quedado muy potenciado; en cambio el de la «entrega del distintivo clerical o laical» tiene menos relieve, tal como exige hoy la nueva teología de la vida religiosa. Cf SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES, *Ritual de la profesión religiosa*. Roma 1990.
- ¹¹⁵ Cf *Reglamentos*, 293.
- ¹¹⁶ *Reglamentos*, 291.
- ¹¹⁷ Al haber varias ediciones y traducciones al castellano, sólo se traen los nombres de los autores y los títulos de las obras, indicando algún detalle significativo.

1º. Entre los autores *antiguos*: L. DE GRANADA, *Guía de pecadores* (Dominico español. Primera ed. 1556-1557). A. DE LIGORIO, *Las glorias de María, El gran medio de la oración, Práctica del amor a Jesucristo* (Redentorista italiano. Canonizado. Las primeras ed. aparecieron respectivamente en 1750, 1759, 1765). T. DE KEMPIS, *De la imitación de Cristo* (Siglo XV). L. M. GRIGNION DE MONTFORT, *El secreto de María o carta sobre la esclavitud de la Santísima Virgen* (Francés. Canonizado). A. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* (Jesuita español. Primera ed. 1609. «El Rodríguez»).

2º. Entre los autores *modernos*: L. COLÍN, *El culto de la Regla* (Redentorista francés). J. B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*. F. G. FABER, *Todo por Jesús. Vías fáciles del amor divino* (Inglés, convertido del anglicanismo. Primera ed. 1853). P. G. HOORNAERT, *A propósito del evangelio* (Jesuita). C. MARMION, *Jesucristo vida del alma* (Benedictino irlandés. Primera ed. 1917). R. PLUS, *Dios en nosotros, Cristo en nosotros, Irradiar a Cristo* (Jesuita francés. Primeras ed. respectivamente 1919, 1924, 1943). J. TISSOT, *La vida interior simplificada y reducida a su fundamento, El arte de aprovechar nuestras faltas según San Francisco de Sales* (Francés). T. TOTH, *El joven de carácter, Energía y pureza, El joven y Cristo* (Obispo húngaro. Las primeras ed. son de 1938). J. ZAFFONATO, *Mente y corazón* (Italiano).

El libro de J. M. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, que con este título y prologado por el obispo de Pamplona, el salesiano Marcelino Olaechea, apareció en 1939, no era conocido en el noviciado.

La literatura de argumento salesiano, al encontrarse generalmente en lengua italiana, resultaba menos accesible para los jóvenes lectores. Con todo no faltaba quien leyera hasta varios tomos de las *Memorie Biografiche* de San Juan Bosco (Tales *Memorias* constan de 19 tomos, publicados en Turín entre los años 1898 y 1939).

- ¹¹⁸ Principalmente en la segunda parte: *Prácticas de piedad especiales para los salesianos. Ejercicios espirituales*. Ver nota 46.
- ¹¹⁹ Para la lectura comunitaria de la tarde se usaban frecuentemente el tratado ya citado del padre Rodríguez y los escritos del padre Ricaldone que más tarde fueron recogidos en la serie *Formación Salesiana*. I, *Los Votos* (SEI, Madrid 1949): *Introducción a la vida religiosa* (1944), *Pobreza* (1937), *Castidad. Santidad es pureza* (1935) y *Obediencia. Fidelidad a Don Bosco Sanio* (1936).
- ¹²⁰ Cf *Reglamentos*, 297.
- ¹²¹ Cf *Constituciones*, 196.
- ¹²² Cf *Ibid.*, 191.
- ¹²³ Carta desde Barcelona 10-VI-1946. Subrayado del texto: ASC, B 077 Ricaldone. Martí-Codolar. La donación de la propiedad se verificó por partes. La primera escritura lleva la fecha 26-VI-1946.
- ¹²⁴ Carta a Ricaldone desde Barcelona 20-XII-1946: ASC, F 014 Spagna-Barcellona.
- ¹²⁵ Carta de Alberto a Berruti, Barcelona 24-VI-1943: *Ibid.* Por estas fechas pensaba en transferir el estudiantado filosófico a Sant Vicenç y colocarlo junto al noviciado.
- ¹²⁶ Cf relación enviada a Turín con fecha 1-VII-1948: ASC, F 014 Spagna-Barcellona.
- ¹²⁷ Cf carta desde Barcelona 12-IV-1948: ASC, B 077.
- ¹²⁸ Cf *Crónica*, 15-IX-1948. Ver también el cuadro n. 1.
- ¹²⁹ *Crónica*, 18-III-1949.
- ¹³⁰ Carta a Ricaldone desde Valencia 22-IV-1949: ASC, F 014 Spagna-Barcellona.
- ¹³¹ Cf *Actas del consejo de la casa*, sesión presidida por el mismo padre provincial, 14-VI-1940.
- ¹³² Cf *Crónica*, 14-VII-1951.

7. LOS JÓVENES SALESIANOS

Según se acaba de explicar al final del capítulo que precede, en el otoño de 1952 la presencia salesiana en Sant Vicenç dels Horts no cambiaba de naturaleza, pero sí de modalidad. Aquella casa seguía siendo de *formación*, pero ya no para los que aspiraban a la vida salesiana, sino para los jóvenes profesos. De seminario menor, había pasado a seminario mayor. Es decir, tomaba de nuevo la línea iniciada en 1895 y ahora se disponía a llevarla a su cota más alta.

En consecuencia, en la antigua Inspectoría Tarraconense, las primeras etapas relativas a la formación del salesiano quedaron organizadas así: el seminario menor se tenía en Gerona; el noviciado, en l'Arbog del Penedés (Baix Penedés) —donde se había establecido en 1950, después de haber transcurrido un breve período en Barcelona-Horta¹— y el seminario mayor —tres cursos de filosofía—, en Sant Vicenç. Tal había sido el plan ideado y realizado por el citado provincial don Florencio Sánchez.

Cuando en 1953 terminó su mandato, las tres instituciones funcionaban con absoluta normalidad: todos los años, a mediados del mes de agosto, los seminaristas que se habían preparado en Gerona iban al noviciado de l'Arbog, y, una vez hecha aquí la primera profesión religiosa —el día escogido era el 16—, pasaban, como salesianos, a Sant Vicenç para iniciar una nueva etapa formativa. Al terminarla, cada uno marchaba al puesto que se le había asignado en una de las obras de apostolado de la Inspectoría. Hasta el curso 1958-1959, este proceso se cumplió puntualmente, casi sin excepción alguna.

La división de la antigua Inspectoría Tarraconense entre la de Barcelona y la de Valencia (verano de 1958) hizo que cada una de las provincias tuviera sus propios centros formativos. Entonces el de Sant Vicenç pasó a ser exclusivamente de la primera. Pero durante unos años (hasta el curso

1962-1963, inclusive) siguió acogiendo también algunos estudiantes de Valencia.

LA «TERCERA PRUEBA»

Al igual que a finales del siglo anterior, también ahora cualquier seminario salesiano incluía las dos dimensiones de residencia y centro de estudios. Es decir, los jóvenes cumplían su currículo de estudios en la misma casa en que habitaban formando comunidad; los superiores y educadores actuaban también como profesores.

Dentro del proceso educativo, el seminario, en su ciclo de estudios filosóficos, constituía la primera etapa de la llamada «tercera prueba», que abarcaba todo el tiempo de los votos temporales. Después de la primera prueba (seminario menor) y de la segunda (noviciado), venía ésta otra, que se prolongaba durante varios años antes de la profesión perpetua o definitiva². Ahora bien, aquellos jóvenes salesianos que, desde el noviciado, habían optado por el sacerdocio iniciaban la nueva fase en el seminario mayor. Duraba al menos dos años. En el de Sant Vicenç, ya desde el primer curso de su funcionamiento (1952-1953), comprendía un trienio entero.

El lector nos permitirá ahora que le informemos con suma brevedad sobre el *ideario* y el *fundamento legal o institucional* que daban su razón de ser a todos los centros salesianos similares al de Sant Vicenç. Es indispensable para una adecuada comprensión de los mismos.

Durante los años cincuenta y sesenta, se regulaban por la normativa establecida en las *Constituciones* y en los *Reglamentos Generales* de la Congregación Salesiana, y además por el reglamento particular que, tal como se ha explicado en el capítulo anterior (nota 15), entró a formar parte de estos últimos a partir de 1954³. Pero, unos años antes, en la configuración espiritual y académica de estos seminarios habían influido mucho dos escritos del Rector Mayor, don Pedro Ricaldone: el primero se refería a la formación moral y espiritual del seminarista; el segundo, a su capacitación intelectual⁴. Ambos encontraron amplia cabida en el mencionado reglamento del 1954. Asimismo, de un modo explícito o implícito, seguían teniendo su peso las obritas ascético-teológicas de Julio Barberis, Luis Terrone y Juan Zolin, ya recordadas en el capítulo anterior cuando se ha tratado del noviciado (pág. 180). En fin, otros documentos que, unos años más tarde, promulgaron la autoridad eclesiástica y la

Congregación Salesiana no representaron de hecho una gran novedad, porque no vinieron a cambiar la imagen que se tenía diseñada antes, sino más bien a ratificarla⁵.

Según toda esta serie de orientaciones doctrinales y recomendaciones prácticas, el seminario mayor debía atender a la preparación de los jóvenes salesianos en estos tres aspectos esenciales: primero, la formación religiosa o, mejor dicho, la formación del religioso, haciendo que el tiempo que seguía al noviciado fuera como una prolongación del mismo; segundo, la formación del salesiano como educador, a imitación de San Juan Bosco, y, tercero, la formación espiritual y pastoral propia del futuro sacerdote. Tales son las dimensiones en las que se concentraron todas las fuerzas disponibles en el seminario vicentino. De su actividad y mutua relación dependió la vida de éste.

Por tanto, en lo referente al primer aspecto, se cultivaba un clima de intensa espiritualidad, en el cual el superior de la comunidad ejercía para todos las funciones de director espiritual; la observancia de las prácticas de piedad tenía que ser, según decía expresivamente el reglamento, «perfectísima»⁶; «perfecta» también debía ser la vida común, procurando la máxima uniformidad en los objetos de uso personal, en los libros de estudio y consulta, en las compras y en los gastos, y evitando, por otra parte, toda clase de singularidades⁷; para favorecer el espíritu de familia entre los jóvenes religiosos, se acostumbraba cambiar periódicamente los puestos en la iglesia, comedor, aulas y dormitorio⁸; exigiendo el silencio en los momentos y lugares establecidos, se contribuía a dar a toda la casa una tónica de seriedad y recogimiento⁹.

En lo que respecta a la formación del salesiano como educador, el seminario procuraba ofrecerle una preparación sistemática en pedagogía y ciencias afines, perfeccionando cuanto había comenzado ya a estudiar durante el noviciado¹⁰. Lo cual se pudo alcanzar en la casa de Sant Vicenç de una manera particularmente satisfactoria.

En orden a la formación sacerdotal, se inculcaban, no sólo el ejercicio de las virtudes típicas del eclesiástico —como la piedad y la caridad pastoral—, de las *ceremonias* litúrgicas, del canto gregoriano y de la música religiosa¹¹, sino también aquel estilo de vida que se consideraba como propio del clérigo, y, para ello, se enseñaban y practicaban las normas de la «urbanidad cristiana»¹².

A esta formación integral contribuían, entre otros medios, las conferencias semanales que daba el superior¹³, el buen funcionamiento de las *Compañías Religiosas* —del que era responsable directo el padre catequista del seminario¹⁴— y muy especialmente las reuniones que cada

mes tenían los responsables con el fin de evaluar y orientar el comportamiento de los alumnos: si era el caso, a cada uno de éstos se le comunicaban «con prudencia» las oportunas observaciones, a raíz, por ejemplo, del diálogo personal que mensualmente mantenía con el director¹⁵. Por supuesto, uno de los puntos de revisión era siempre el del estudio, cuyo deber se recordaba y se exigía. «Nuestro maestro será Santo Tomás», habían declarado siempre las *Constituciones*¹⁶, las cuales prohibían imponer a los alumnos obligaciones que les apartaran de su dedicación al estudio¹⁷. Dentro de esta misma línea se proscribía la lectura de periódicos y revistas mundanas, de carácter político o deportivo¹⁸.

En fin, para lograr estos grandes objetivos y aplicar los medios señalados, el seminario mayor estaba organizado como un ámbito cerrado, no fácilmente permeable al mundo de fuera: al joven religioso se le pedía en particular que no contrajera «relaciones con personas externas» y que, sin la debida autorización, se abstuviera de visitar «a parientes, conocidos y amigos»¹⁹. De todas maneras, tanto el reglamento como sus comentaristas veían bien que los jóvenes religiosos asumieran algunas incumbencias que sirvieran de preparación «al ministerio sacerdotal y a la vida salesiana»²⁰.

Puede que, al leer estas páginas, más de un vicentino haya recordado la curiosidad que sentía dentro de sí cuando, mirando el edificio del seminario, se preguntaba: ¿Qué hacen, qué buscan, cómo viven esos jóvenes de sotana a los que, de cuando en cuando, se les ve salir de paseo o participar en las procesiones del pueblo? La respuesta la tiene ahora a la mano: hablando en términos generales, lo que se acaba de exponer. Eso era lo que se les ofrecía, y eso era lo que ellos pensaban, amaban y hacían. Con una fidelidad absoluta; a veces, incluso, hasta escrupulosa. De la historia *institucional* a la *real* apenas había aquí salto alguno.

Durante el período que consideramos ahora (1952-1964) la presencia salesiana en Sant Vicenç se centra sin duda alguna en la vida del seminario. Pero inscrita en su realidad había una Escuela del Magisterio, la cual tenía a su vez una llamada «escuela aneja», cuya vida se enriquecía, siquiera indirectamente, con las actividades de un *esplai* dominical. De esta manera, la *familia salesiana* de la villa vicentina cobraba un relieve considerable.

EL SEMINARIO MAYOR

El trasplante de Gerona a Sant Vicenç no supuso para el seminario mayor ningún corte especial. La mentalidad y los estilos de vida fueron los mismos. Los jóvenes profesos ocuparon las dependencias que los «latinistas» habían dejado libres en la antigua masía Font, que, según se ha explicado, había quedado notablemente ampliada y actualizada en el período anterior. En el nuevo sólo se introdujeron algunas mejoras, como los ventanales que sirvieron para cerrar el pórtico (1955), la restauración de la fachada y del pequeño pórtico que daba acceso a la cocina (1957), la reforma de la misma cocina (1959) y el arreglo de la capilla (1959-1960). Con esto se fue consiguiendo una vivienda suficientemente holgada y práctica, tanto para cubrir las exigencias de la comunidad como las de la Escuela del Magisterio. Si bien la necesidad de tener que instalar las escuelas populares en un lugar propio obligó a emprender otras obras de mayor envergadura, tal como se explica a continuación. La torre Llinás, en cambio, quedó un tanto al margen del quehacer diario, destinada a granja, huerta y zona de recreo. El pinar siguió jugando discretamente su función social, pero el edificio entró en un proceso irreversible de deterioro. A comienzos de los años setenta desaparecería por completo (pág. 259).

Durante los años cincuenta, el seminario de Sant Vicenç fue un exponente más del auge general de las vocaciones religiosas en España. El cuadro n. 5 lo indica bien. En el curso 1960-1961 se llegó al techo: 122 estudiantes. Porque, a pesar de la partición de la antigua Inspectoría Tarraconense en las de Barcelona y de Valencia en el verano del 1958, los alumnos de una y otra parte siguieron juntos hasta el curso 1961-1962, en que los levantinos comenzaron a dejar de subir a Cataluña. Entonces lógicamente se fue imponiendo la reducción numérica del alumnado. En el curso 1963-1964 sólo quedaron ya los de Barcelona. Así y todo, el seminario vicentino siguió siendo una explosión de juventud, activa y alegre. Su edad oscilaba entre los 16 años cumplidos y los 24. Pero la mayoría se situaba en la franja comprendida entre los 17 y los 21. Con muy pocas excepciones, pertenecían a una clase social modesta. Procedían de diversos puntos de España, pero abundaban los navarros y aragoneses. La lengua generalmente hablada era la castellana.

El grupo de profesores siguió ejerciendo sus funciones lo mismo que en Gerona. Entre los primeros se encontraban Pablo Azcona, Esteban

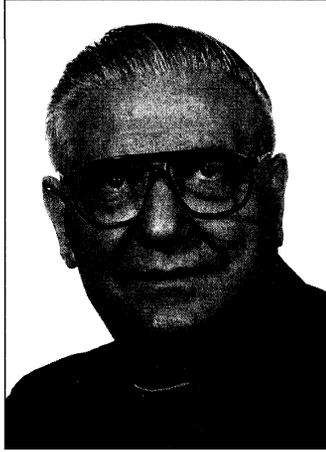
Cuadro núm. 5
SEMINARIO MAYOR. ALUMNOS
(1952-1964)

CURSOS	INSP.	AÑO 1.º	AÑO 2.º	AÑO 3.º	TOTAL
1952-1953	TARRA- CONENSE	26	23	15	64
1953-1954		30	21	13	64
1954-1955		45	27	18	90
1955-1956		34	40	19	93
1956-1957		43	31	33	107
1957-1958		46	35	30	111
DIVISIÓN DE LAS INSPECTORÍAS (PROVINCIAS)					
1958-1959	Valencia	18	21	18	57
	Barcelona	18	22	19	59
		<u>36</u>	<u>43</u>	<u>37</u>	<u>116</u>
1959-1960	Valencia	21	18	19	58
	Barcelona	21	18	18	57
		<u>42</u>	<u>36</u>	<u>37</u>	<u>115</u>
1960-1961	Valencia	21	22	18	61
	Barcelona	20	24	17	61
		<u>41</u>	<u>46</u>	<u>35</u>	<u>122</u>
1961-1962	Valencia	—	19	20	39
	Barcelona	29	18	22	69
		<u>29</u>	<u>37</u>	<u>36</u>	<u>108</u>
1962-1963	Valencia	—	—	19	19
	Barcelona	30	25	17	72
		<u>30</u>	<u>25</u>	<u>36</u>	<u>91</u>
1963-1964	Valencia	—	—	—	
	Barcelona	34	24	28	86
		<u>34</u>	<u>24</u>	<u>28</u>	

Fuente: *Elencos anuales de la Congregación*



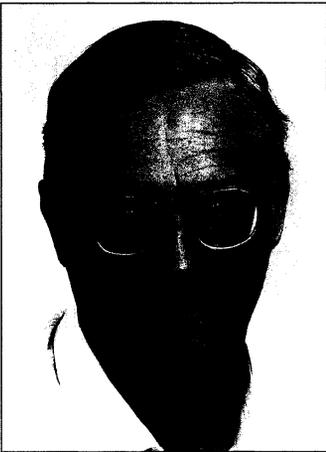
Don Ricardo Nácher, 1952-1958.



Don Salvador De Bonis, 1958-1959.



Don José Carbonell, 1958-1961.



Don Francisco Sanz, 1961-1963.



Don Jesús Carilla, 1963-1964.

Casals, Juan Castaño, Jesús Hernández, Ricardo Nácher y Francisco Olivan. A finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta entraban ya en acción los nuevos profesores, como José Carbonell, Pere Castellví, Jesús Mairal, Alfredo Roca, Francisco Sanz y Feliciano Ugalde. A ellos siguieron algo más tarde Jesús Carilla, Josep Colomer, Francisco Estallo, Amado Pérez. Como entonces no estaban diferenciados los ámbitos de la vida comunitaria y de la vida académica, los profesores asumían también de ordinario las funciones educativas y las responsabilidades propias de los cargos de gobierno. Lo que suponía una dedicación realmente plena y

Cuadro núm. 6
SEMINARIO MAYOR. PERSONAL ADSCRITO. CARGOS
(1952-1964)

AÑO	PROV.	DIRECT.	ADMIN.	CATEQ.	CONSEJ. (SECRETARIOS)	ASIST.	ES. ANEJ.
1952	F. SÁNCHEZ	R. NÁCHER	M. MÁCEK		P. AZCONA		P. AZCONA
1953	T. BARAUT			P. AZCONA	R. BELTRÁN		
1954			F. FEBRER	F. OLIVAN	J. MASÍA		
1955				F. DÍAZ			A. MUÑOZ
1956				F. CARBONELL			J. PÉREZ
1957			J. M. SANZ		F. SANZ	J. MAIRAL	A. RODRÍGUEZ
1958	I. SEGARRA	S. DE BONIS	A. RODRÍGUEZ				
1959		J. CARBONELL		P. CASTELLVÍ			
1960			J. M. VIVAS	J. MAIRAL			J. M. VIVAS
1961		F. SANZ			A. ROCA	F. UGALDE	
1962			A. PÉREZ	F. UGALDE		F. ESTALLO	
1963		J. CARILLA	A. ROCA	J. COLOMER	A. ROCA		
1964	F. OLIVAN						

Fuente: *Elencos anuales de la Congregación*

hasta absorbente. Todos ellos eran salesianos. Desempeñaron el cargo de superior de la comunidad —que comportaba también el de la dirección de la Escuela del Magisterio— Ricardo Nácher Lluesa (1952-1958), Salvador de Bonis (1958-1959), José Carbonell Llopis (1959-1961), Francisco Sanz Victoria (1961-1963) y Jesús Carilla Carruesco (1963-1964). El cuadro n. 6 da los nombres de los que ocuparon alguna responsabilidad institucional.

Dejando para después lo relativo a los estudios, valgan ahora algunas breves anotaciones con respecto a otras dimensiones educativas.

El seminario, en cuanto centro de formación para religiosos profesos, seguía las pautas que ya se han señalado en el punto anterior. Sus formas de vida y sus módulos organizativos debían ajustarse no sólo al reglamento propio, sino también a las disposiciones establecidas en los reglamentos generales de las casas salesianas²¹. Porque si el seminario menor y el noviciado eran etapas previas, de preparación al ingreso en la Congregación, el período del seminario mayor pertenecía ya de lleno a la misma vida religiosa salesiana.

Según se ha dicho en el punto que antecede, la formación del joven salesiano como religioso, educador y sacerdote llenaba por completo el horizonte educativo en que se movía la vida institucional del seminario. Educandos y educadores eran perfectamente conscientes. En lo que miraba a éstos, se les recordaba con insistencia el deber que tenían de «asistir» a los jóvenes, es decir, de estar entre ellos, para conocerlos mejor, avisarles, corregirles. «Procuren —les indicaba el reglamento— tener con los alumnos el mayor contacto posible y tomar parte con ellos en las prácticas de piedad en común»²². El fruto de esta labor educativa se percibía de una manera concreta al final del tercer año, cuando se concluía la etapa de los estudios de filosofía. Entonces terminaba el período de los votos temporales que se habían hecho al acabar el noviciado. El que deseaba continuar en el camino emprendido podía pedir la renovación de los votos por un trienio más: si los superiores lo juzgaban suficientemente maduro, lo admitían a dicha renovación; de lo contrario, le invitaban a cambiar de rumbo.

En cuanto a la vida de piedad en el seminario mayor, se tendrían que repetir muchas de las cosas ya expuestas en otros capítulos anteriores. Lo que es innecesario.

Como detalles que pueden *ayudar a captar los cambios* que se han operado en nuestras casas de formación desde hace unos 25 o 30 años, cabe recordar, por ejemplo, los que siguen.

La segunda misa de los domingos (a eso de las 10 o las 10,30) era cantada «con el fin de ofrecer a todos la posibilidad de ejercitarse en las ceremonias [litúrgicas] y en el canto»²³. Para dar un mayor realce al *Ejercicio de la Buena Muerte* se prefirió tenerlo en un día que no fuera el primer viernes de mes —que estaba dedicado al Corazón de Jesús—, y así se acostumbró iniciarlo la tarde del miércoles anterior y acabarlo al mediodía del jueves. Al estar preceptuada la confesión semanal y haber un número tan alto de seminaristas, la tarea de los padres confesores designados expresamente para este ministerio —solían ser tres— resultaba más que regular. Lo mismo que en los colegios salesianos, en el seminario vicentino comenzaba el curso con un triduo de preparación —que tenía lugar en los primeros días del mes de octubre— y, exactamente como en los colegios, había también una tanda de Ejercicios Espirituales a mitad de año, normalmente en la segunda quincena de febrero. Esto no impedía que, una vez terminado el curso a primeros de julio y al igual que los demás salesianos de la Inspectoría, los seminaristas se retiraran de nuevo en otra tanda de Ejercicios, todavía de mayor duración.

Cada una de las grandes fiestas del calendario cristiano conservaba su aire peculiar y se revestía, año tras año, de una gran solemnidad, que incluso se proyectaba hacia el exterior, ya sea con la participación de los niños de la «escuelita aneja» o la presencia de los seminaristas en las celebraciones de la parroquia. «Ha sido un gran día bajo todos los conceptos» —escribía, por ejemplo, el cronista en referencia a la fiesta de San Juan Bosco del año 1959—. La celebración de la Semana Santa asumió las nuevas modalidades que traía la reforma que comenzó a aplicarse a partir del 1956.

Como durante los años cincuenta y sesenta la piedad popular estaba todavía en pleno auge, la fiesta de María Auxiliadora alcanzaba el nivel propio de un acontecimiento colectivo. Ya en el mes de mayo, para el piadoso *ejercicio de las flores*, los seminaristas solían subir a la torre Llinás, y allí, en la explanada que había frente a la casa —junto al gran pimentero y la estatua de Domingo Savio—, uno de ellos tenía la plática de ocasión y luego todos juntos bajaban procesionalmente a la capilla de María Auxiliadora, cantando el *Magnificaty* un himno de la Virgen. Una vez en la iglesia, entonaban el canto de las *Avemarías*, con sus oraciones de costumbre. La fiesta externa se organizaba con la participación directa de la parroquia. La procesión tenía un aire devoto, popular e infantil. Y la velada que seguía a continuación en los patios de la casa salesiana se llenaba de variados elementos folklóricos: banda de música, intervención de los *falcons*, representación teatral, tablas de gimnasia, rifas y premios (pág. 226).



Curso 1960-1961: profesores y seminaristas.

Entre las fiestas de menor relieve hay que citar la del *Domund*—en que se exteriorizaban las aspiraciones misioneras de aquellos jóvenes salesianos—, la de Cristo Rey —recordando la vestición de la sotana y a los *mártires* salesianos de la guerra—, la de Santa Cecilia —en la que se ensalzaban los ideales de la música y la declamación—. La de San Vicente Mártir, por muy sencillamente que se celebrara, traía siempre una nota de sintonía con la villa y su parroquia; la de Santo Tomás de Aquino se solemnizaba con una sesión académica —la *Disputatio philosophica*— o algo similar; la del Sagrado Corazón de Jesús, en cambio, desarrollaba unos contenidos netamente religiosos.

Este ambiente festivo conectaba bien con las actividades deportivas y lúdicas que se daban también en el seminario. El patio solía estar muy animado, y era empeño de los superiores que lo estuviera así. «Que no decaiga la vida de los patios», escribían éstos en 1961²⁴. Porque lo consideraban como exponente de una buena salud pedagógica y mental, y porque así conseguían que los jóvenes no anduvieran dispersos por una y otra parte de la casa. A este respecto el pinar de la torre Llinás ofrecía un buen servicio. El fútbol suscitaba todavía algunas reservas, ya que,



Los seminaristas organizan su olimpiada (1961).

dato su poder de sugestión, los educadores creían que fácilmente creaba hábitos de dependencia entre los seminaristas. El teatro, en cambio, era un arte que se cultivaba con intensidad y éxito. Los estudiantes de filosofía representaban las piezas pensadas y escritas para los adultos; los niños de la «escuela aneja», las de contenido infantil. Y es que, por una parte, había que hacer atractivas las fiestas, y, por otra, preparar a los futuros animadores de la acción educativa juvenil. «Tómese el teatro con verdadero interés —acordaban los consejeros del director en 1953—, pues, si se hace bien, es muy formativo»²⁵. Asimismo el canto, en sus diversas modalidades, entraba de lleno en las aspiraciones educativas del centro. Concretamente la polifonía alcanzaba cotas muy altas cuando el coro interpretaba las *misas* de F.Brunet i Recasens, C.Franco, V.Goicoechea, G.Pagella, L.Perosi, L.Recife, Ribera, J.Sancho Marracó, J.Villani²⁶, como también el canto gregoriano, en especial durante el bienio 1958—1960 bajo la batuta del maestro Adolfo Rodríguez²⁷. «Yo recuerdo los concursos de música gregoriana —dice un antiguo alumno de aquellos años—. Eran una maravilla»²⁸. En las sobremesas, que no faltaban en las fiestas, brillaban el ingenio y la alegría de la vida familiar. Las

metas de las excursiones fueron más o menos las de antes. Pero ahora se añadieron otras, como la del noviciado de l'Arboç del Penedés. Con motivo de la fiesta interna de María Auxiliadora se solía ir al aeropuerto y a la playa del Prat, a pie, por supuesto.

Toda esta corriente expansiva se hacía pedagógica y psicológicamente necesaria, porque la vida real del seminario era más bien dura, de trabajo metódico, alejamiento del mundo, ascética, disciplina, silencio. El joven religioso hacía íntegramente la vida de cualquier muchacho de aquellos internados salesianos de la posguerra. Valgan tres detalles. Se le exigía una y otra vez que fuera puntual: el primer toque de campana le señalaba el momento de ponerse en marcha al puesto donde debía hallarse a continuación; el segundo debía cogerle ya colocado en el sitio que se le había asignado en la sala de estudio, en la capilla, en el comedor. Otra cosa que se le recomendaba mucho era que estuviera siempre donde tuviera que estar —en el patio, en el comedor, en el dormitorio—. Para ausentarse hacía falta la autorización correspondiente. En fin —según se ha indicado ya antes—, se le prohibía en absoluto relacionarse con el exterior, tanto que los mismos estudiantes que daban alguna asignatura a los niños de la «escuela aneja» no podían entretenerse con ellos una vez ter-

Los seminaristas representan la zarzuela (adaptada) El barberiilo de Lavapiés (1962).



minada la clase, sino que debían abandonarlos y reintegrarse sin pérdida de tiempo a la vida del seminario. «No se pongan a jugar con los niños, no hablen con ellos —dejó escrito en 1953 el visitador delegado del Rector Mayor—; y, de ser posible, no los vean». El seminario, en efecto, debía aproximarse cada vez más a su ideal de ser «casa *di perfezione*» («casa de perfección») ²⁹. En la misma línea, la correspondencia epistolar que se quería expedir se entregaba al superior abierta y éste la entregaba también abierta. Se necesitaba un permiso suyo para hacer una llamada telefónica, y mucho más para salir del seminario y efectuar una visita cualquiera. Evidentemente, en esta práctica había sus más y sus menos, y se producían algunos episodios no tan agradables.

Sea como fuera en cada caso, los detalles que se acaban de apuntar aparecen reiteradamente en las actas de las reuniones que tenían los responsables más directos de la marcha de la casa, y, por lo que les tocaba a ellos, se comprometían a vigilar mejor, a seguir más de cerca a los formandos. Es verdad que, al ser éstos tan numerosos, apenas podían actuar de otra manera; de lo contrario temían comprometer las exigencias de la vida comunitaria, las condiciones para una vida religiosa seria y la eficacia de una acción colectiva.

Unos y otros —educadores y educandos—, consiguieron que aquel seminario, diseñado, como otros tantos de la época, sobre los valores tradicionales, cumpliera la misión que tenía que cumplir. Las visitas de inspección que verificaban los superiores locales y los informes que periódicamente enviaban éstos a la sede central de Turín dan fe del buen ambiente que reinaba, tanto en lo pertinente al espíritu religioso como a la marcha académica ³⁰. Es verdad que la apertura del Concilio Vaticano II (1962) y los primeros años de su desarrollo comenzaron a traer ciertos aires de novedad, que por el momento no fueron preocupantes. La crisis del seminario como tal no se produjo en Sant Vicenç, sino cuando estaba ya en Sentmenat (Valles Occidental), en los primeros años setenta ³¹.

LA ESCUELA DEL MAGISTERIO

La idea de instituir una Escuela del Magisterio en el seminario salesiano de Gerona brotó más que por una preocupación de tipo académico por otra de orden práctico-vocacional. Efectivamente, a finales de los años cuarenta, los profesores estaban de acuerdo en estos puntos: primero, a la vuelta de pocos años, nadie podría dedicarse a la enseñanza sin estar

OBISPADO
DE
GERONA

El Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo de esta diócesis, en esta misma fecha ha firmado unas Letras, que son copiadas literalmente a continuación: - - - - -
"NOS DOCTOR DON JOSE CARTAÑA E INGLÉS, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Gerona.= Por las presentes venimos en erigir y erigimos, bajo la advocación de San Juan Bosco, una Escuela del Magisterio de la Iglesia en el Colegio de los Rdos. Padres Salesianos, de esta Ciudad, de acuerdo con lo establecido en el capitulo 2º, artículo 62, apartado B), de la Ley de Educación Primaria, de 14 de julio de 1945, que se regirá por el Reglamento que figura en el expediente aprobado por la Comisión Episcopal de Enseñanza Religiosa.= Dadas en Gerona a veintitrés de mayo de mil novecientos cincuenta y uno.= + José, Obispo de Gerona.= Por mandato de Su Excia. Rdma. el Obispo, mi Señor.= José Mº Taberner, Serio.= Rubricados.= Hay el sello del Obispado".

Es copia auténtica de su original, de que certifico



Vº Bº
José Cartaña e Inglés

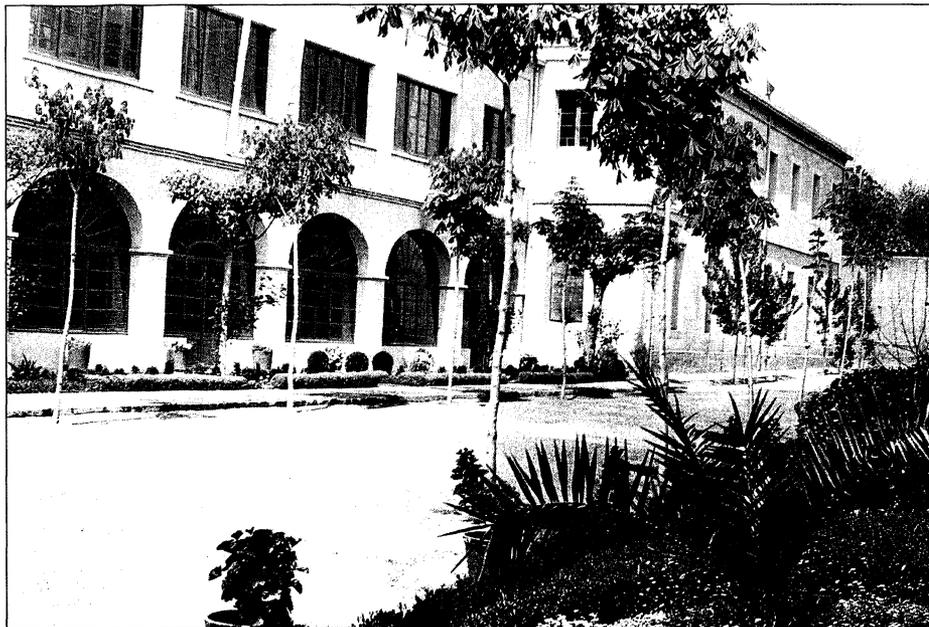
José Mº Taberner

Erección de la Escuela del Magisterio de la Iglesia «San Juan Bosco» (1951).

en posesión del título oficial correspondiente; segundo, era casi de justicia el que los jóvenes que, por cualquier motivo, abandonaban la opción seminarística salieran con algún título reconocido que les diera acceso al mundo del trabajo. Ambas consideraciones incitaban a hacer algo para que los estudios que se realizaban en el seminario tuvieran un valor oficial, no sólo ante la Congregación Salesiana sino también, por lo menos, ante la Iglesia en España. El director, don Isidro Segarra, y sus colaboradores decidieron solicitar del obispado de Gerona la creación de una Escuela del Magisterio de la Iglesia. Porque, de esta forma, tanto los estudiantes que continuaran siendo salesianos como los que dejaran de serlo estarían en posesión de un título profesional público.

Se acudió enseguida al salesiano don Rodolfo Fierro, Inspector en España de estas escuelas, pidiéndole el asesoramiento indispensable. El padre Fierro se comportó espléndidamente: «Yo siempre lo he dicho —asegura don Isidro—, quien nos dio las ideas, nos animó y nos proporcionó todas las facilidades fue él»³². Y don Esteban Casáis recuerda entre otras cosas que, para dar con tino los primeros pasos, le aconsejó visitar la Escuela del Magisterio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Cambrils de Mar (Baix Camp). «Me trasladé allí —precisa— para ver cómo funcionaba y tomé buena nota de todas las cosas»³³. Casi todo el curso 1950-1951 se empleó en llevar a cabo los trámites debidos. Los salesianos argumentaban ante la autoridad competente poniendo de relieve el carisma educativo de su fundador, San Juan Bosco, y el carácter que para ellos tenía la etapa del *inmediato postnoviciado*, en la cual se formaba el futuro educador estudiando a un mismo tiempo filosofía, religión, humanidades y pedagogía³⁴. Advertían también que siempre sería más ventajoso el que los jóvenes religiosos pudieran realizar este plan de estudios dentro de casa que fuera...

El obispo de Gerona, doctor Cartaña Inglés, acogió de buen grado tales razonamientos, y dio todos los pasos necesarios hasta erigir la *Escuela del Magisterio de la Iglesia «San Juan Bosco»* en el seminario de los salesianos por decreto del 23 de mayo de 1951³⁵. El Ministerio de Educación Nacional manifestó estar de acuerdo con el paso que se había dado. Profesores y alumnos tuvieron entonces la impresión de haber logrado una victoria. Hubo optimismo y ganas de ponerse a la altura de las nuevas exigencias. La conciencia de que «estamos formando al maestro» —como se repetía— pasó a un primer plano. Y mucho más cuando se vio la posibilidad de revalidar ante el Estado el título eclesiástico por medio de una prueba que se llamaba «examen de conjunto». Se pensaba que, de esta forma, se aseguraba también sólidamente la preparación del futuro salesiano-maestro.



El seminario salesiano, fachada principal hacia el año 1960.

Pero aquella institución no iba a estar por mucho tiempo a orillas del río Ter. Efectivamente, según sabemos, en el verano del 1951 el padre provincial Florencio Sánchez tenía ya hecho el proyecto de llevar a los estudiantes de Gerona a Sant Vicenç dels Horts, y así se lo comunicaba al claustro de profesores de la escuela normal en marzo del año siguiente. Éstos se alegraron mucho, pues opinaban, con palabras del secretario, que de aquella medida iban a derivarse «no pocas ventajas»³⁶. Y es que, para cualquier centro docente, la cercanía de una gran ciudad como Barcelona siempre resulta útil y hasta necesaria. Por otra parte, Sant Vicenç aún seguía siendo el pueblo patriarcal de antes.

En consecuencia, en septiembre de 1952, juntamente con el seminario, también la escuela normal pasó de Gerona a Sant Vicenç dels Horts. Como esto suponía el cambio de una diócesis a otra, los responsables comenzaron a promover las gestiones conducentes al traslado. Acudieron enseguida al obispado de Barcelona informándole del caso y aportando la documentación requerida. El doctor Rafael Lagunilla, inspector municipal de sanidad, tuvo a bien dar un informe totalmente positivo sobre el estado del edificio, espacios y mobiliario de la nueva escuela. La autoridad diocesana, en consecuencia, no tuvo nada que oponer y aceleró por su parte las gestiones ante Madrid. Por lo que el obispo Modrego Casás podía fir-



Don Rodolfo Fierro.

mar el decreto correspondiente con fecha 20 de abril de 1953: «Venimos en erigir y erigimos en el edificio que los Reverendos Padres Salesianos han habilitado en la demarcación parroquial de Sant Vicenç dels Horts, de esta nuestra diócesis, la mencionada *Escuela del Magisterio de la Iglesia 'San Juan Bosco'*, la cual se regirá por el reglamento aprobado en esta misma fecha». Como antes, también ahora el funcionamiento de la escuela dependía, en última instancia, de la Comisión Episcopal de Enseñanza Religiosa y Catequesis así como también de la Dirección General de Primera Enseñanza (Ministerio de Educación Nacional); en forma más inmediata, de la Inspectoría Salesiana de Nuestra Señora de la Merced (Barcelona).

Como el centro fue publicando la *Ratio Studiorum Philosophiae ac Humanitatis* correspondiente a cada año académico, dando listas de alumnos y profesores y señalando calendarios y horarios, asignaturas y temas seleccionados para las sesiones académicas, podemos decir que estamos bien informados sobre muchos detalles referentes a su actividad intelectual.

Todos los años —normalmente el 1 de octubre— el curso comenzaba con una inauguración solemne: misa del Espíritu Santo y sesión de apertura. Los profesores hacían el juramento antimodernista prescrito por el código de derecho canónico.

El órgano de gobierno propiamente académico era el claustro de profesores, presidido por el director de la escuela, que por reglamento era el superior de la comunidad. Pero dado que no estaban suficientemente diferenciados los ámbitos de lo académico y de lo religioso, el órgano efectivo era el consejo de la casa, que presidía también dicho superior. Esto hacía que el claustro tratara asuntos referentes a lo académico y a lo comunitario; y que el consejo se comportara también del mismo modo, envolviendo en la vida comunitaria temas pertinentes a la académica, y deliberando en

forma más decisiva en ambas esferas. Algo semejante ocurría con las visitas que efectuaba el inspector de las escuelas normales de la Iglesia — don Rodolfo Fierro— y las que realizaba el padre provincial: aquéllas se desenvolvían en un tono amistoso y laudatorio³⁷, mientras que éstas influían más eficazmente en la marcha de la Escuela Normal.

Entre las asignaturas que reunían mayor número de créditos estaban la religión, la filosofía (sistemática e histórica), la pedagogía y las literaturas latina y castellana, pero no se dejaban de lado ni mucho menos las matemáticas, la física y la química. Porque, en definitiva, se trataba de armonizar los contenidos de la formación seminarística (que incluía el estudio de los últimos cursos del bachillerato) con los de la Escuela Normal de la Iglesia, sin perder de vista las exigencias que pudieran derivarse del *examen de reválida* ante el tribunal estatal.

Tanto el horario de los días laborales como el del jueves —especial— y el del domingo eran muy densos. Al día había 5 horas de clase; a la semana, 25. El jueves era para el paseo: unas tres horas por la tarde en que los seminaristas, con su atuendo clerical completo, se desparramaban por las todavía hermosas colinas de los alrededores. Pero el horario de esta *feria quinta* daba también ocasión para aprender el canto gregoriano y las «ceremonias» litúrgicas, la lengua italiana y las normas de urbanidad. Podía ser también una jornada a propósito para hacer las prácticas de magisterio. El domingo se dedicaba a los ejercicios de piedad, que eran más frecuentes y solemnes, a las reuniones de las *compañías religiosas* y al estudio. Incuestionablemente, muchas veces resultaba una jornada pesada y hasta aburrida. Los educadores se daban cuenta de ello, pero apenas tenían nada que ofrecer para aliviarla, como no fuera un poco más de recreo o un tocadiscos para escuchar música. Las vacaciones de Navidad se *llenaban* con varias iniciativas, y las de verano se organizaban así: durante el mes de julio, se acometía el estudio de algunas disciplinas secundarias —como el dibujo, la caligrafía, los trabajos manuales— y durante el mes de agosto, se iba al colegio salesiano de Mataró, en plan de descanso.

Una práctica que se mantuvo año tras año fue la de la *Disputatio Philosophica*. Se celebraba varias veces al año y venía a ser como una «ejercitación escolástica» de la que hablaba el documento ya citado *Programmi e norme* (1946). Su contenido se centraba en la exposición y debate de un tema filosófico, pero también se aprovechaba la ocasión para explicar alguna cuestión científica o pedagógica. La eficacia de la *disputatio* dependía naturalmente de diversos factores —tema escogido, preparación, intervenciones—; pero podía servir para algo más que para cumplir el expediente o solemnizar alguna efeméride. Algo similar hay

que decir de los *congresillos* que, si bien no pertenecían al ámbito estrictamente académico sino al religioso-apostólico, ayudaban, sin embargo, entre otras cosas, a crear un ambiente de reflexión y cultura.

Entre los textos escolares de filosofía se fueron introduciendo cada vez más los preparados por los profesores del Pontificio Ateneo Salesiano de Turín, como F.Amerio, V.Miano, I.Girardi. Aunque el *Cursus Philosophicus* de C.Boyer resultó siempre útil. Otro tanto ocurrió en el campo de la pedagogía y la psicología, en el que se dio cabida a P.Braido, P.Gianola, M.Simoncelli, P.G.Grasso, M.Gutiérrez, R.Titone, C.Leoncio³⁸.

Los estudios completos abarcaban tres años: se accedía a ellos por medio de un examen de ingreso, y se concluían, para la obtención del título eclesiástico, con un «examen final», y para la del título estatal, con un «examen de conjunto» o «examen de reválida». El primero se rendía en la misma escuela de Sant Vicenç y sólo habilitaba para ejercer la docencia en las escuelas de primera enseñanza de la Iglesia; el segundo, en cambio, se rendía en la Escuela del Magisterio «Jaime Balmes» (Maestros) de Barcelona³⁹ y habilitaba para ejercer de maestro en todos los centros de enseñanza primaria de España. Por medio de este segundo examen quedaba revalidado por el Estado el título que había concedido la Iglesia. Tales exámenes se convocaban habitualmente al final del curso académico; pero antes, en febrero, los alumnos habían superado los exámenes semestrales. La primera promoción de los que convalidaron su título eclesiástico por el civil fue la del año 1953. «El resultado ha sido magnífico» —escribía contento el secretario Pablo Azcona⁴⁰—, porque de los catorce presentados, siete habían obtenido la calificación de *sobresaliente*, y los otros siete, la de aprobado. Esta praxis se mantuvo hasta el año 1962. Por lo que los alumnos de tercer curso andaban muy empeñados en sus estudios, pero tenían la satisfacción de verse investidos como *maestros nacionales* en toda regla. «Salíamos al trabajo en los colegios con la cabeza bien alta» —nos ha asegurado un testigo⁴¹—. Indudablemente, aquello era un gran estímulo para los alumnos y era también una garantía de prestigio social para la institución, tal como el padre provincial don Tomás Baraut se lo comunicaba, con evidente satisfacción, a los superiores de Turín: «Todos los estudiantes de filosofía salen con el título de Magisterio de la Iglesia y del Estado»⁴².

Pero, a mediados de los años cincuenta, cuando las casas de formación se estaban llenando año tras año por el aumento continuo de las vocaciones y, a pesar de todos los pesares, la sociedad española iba también abriéndose a nuevos horizontes culturales, fácilmente surgía la necesidad de revisar los planes de estudio. Así, por ejemplo, si se ampliaba el contenido cultural de los seminarios menores, era lógico que el de los mayores

también tuviera que ser retocado. Concretamente, en nuestro seminario-escuela normal de Sant Vicenç se planteó una triple cuestión. En primer lugar, se comprobó que el cuadro de las asignaturas estaba muy recargado y que resultaba de un peso excesivo; en segundo lugar, se preguntó si aquel ensamblaje de disciplinas que había surgido de unir los estudios de filosofía y de bachillerato superior con los del magisterio servía correctamente para que la institución alcanzara todos los objetivos que tenía asignados según su propia naturaleza; y en tercer lugar, se cuestionó si el flamante título magisterial era ya el más adecuado para que los jóvenes salesianos pudieran dedicarse a la enseñanza en los nuevos bachilleratos que, impulsados por una fuerza social ineludible, iban surgiendo por doquier a ritmo acelerado.

Esta serie de reflexiones trajo, a partir del segundo semestre del curso 1955-1956, un reajuste de créditos de modo que quedaran razonablemente reforzadas las áreas pertinentes a la llamada «formación eclesialística de los futuros sacerdotes»: lenguas clásicas y modernas, literatura castellana, humanidades⁴³.

En la misma línea se movía tres años más tarde la *Generalis Ratio* a la que se ha hecho referencia en la nota n. 5. Porque su normativa se dirigía precisamente a privilegiar la dimensión de la formación eclesialística. Muy en concreto pretendía salvar por completo el *bienio filosófico* como parte integrante de los estudios eclesialísticos, cuyos contenidos y orientación no debían quedar diluidos o sofocados por otras materias diferentes. En consecuencia, permitía que, durante los dos primeros años y sin dejar del todo el estudio de la filosofía, se pudiera completar el ciclo de las enseñanzas medias o se acometieran los estudios pertinentes a una especialidad; pero el tercero debía agotarse íntegra y exclusivamente en el cultivo de la filosofía y disciplinas afines. Las materias más importantes del currículo filosófico eran la filosofía sistemática —que debía explicarse según el pensamiento y los principios de Santo Tomás de Aquino y debía disponer a los alumnos al estudio de la teología (en clara referencia a la formación sacerdotal)—, la historia de la filosofía, la sociología, la pedagogía y el sistema educativo de San Juan Bosco. Se añadían además la religión —que debía estudiarse en conexión con la psicología y la ética— y el latín. Al final del último año, el alumno rendiría un examen «*de universa philosophia*», como si se tratara de un «examen general de madurez filosófica»⁴⁴.

Todo esto incidió naturalmente en la orientación académica del seminario vicentino: «Los dos primeros cursos completan los estudios estatales medios y una parte de la filosofía —escribía a los superiores de Turín el padre provincial, don Isidro Segarra, al terminar el curso 1959-1960—; el

tercer curso se dedica totalmente a Filosofía»⁴⁵. Los estudios de magisterio ya no se mencionan. Y don Eliseo Bellés asegura que, en su tercer año (1960-1961), ya se aplicó la *Sedes Sapientiae*: «Recuerdo, por ejemplo —dice—, que nos quitaron horas del estudio de las matemáticas para reforzar las dedicadas al latín»⁴⁶.

Prosiguiendo en esta orientación, llegó un momento en que el centro decidió no preparar a sus alumnos para el mencionado «examen de reválida» ante el Estado, que sin duda constituía una tarea pesante. En el curso 1962-1963 desapareció esta praxis que se había cumplido durante diez años seguidos⁴⁷.

Es muy probable que, en la toma de esta decisión, influyera también la molestia que suponía el tener que organizar un cursillo de *instructores primarios* bajo la guía del Frente de Juventudes, porque, al menos desde el curso 1955-1956, hacía falta necesariamente el certificado correspondiente para obtener el título estatal de maestro. A fin de evitar que los seminaristas se mezclaran con otros muchachos, los salesianos habían organizado ya, con la intervención directa de la Falange y con destino exclusivo para sus normalistas, un *campamento* en los veranos de 1957 y 1960. Pero, al parecer, tres años después ya no estuvieron dispuestos a asumir semejante tarea. En consecuencia, los estudiantes se resignaron a quedarse sólo con el título que les concedía la Escuela del Magisterio de la Iglesia. El revalidarlo se dejaba a la iniciativa y a las posibilidades que cada uno pudiera tener en el futuro. De esta manera, por si había habido alguna desviación, la *Sedes Sapientiae* y la *Ratio* aseguraban mejor la tendencia claramente eclesiástica del centro de estudios vicentino⁴⁸.

Pero a pesar de estos cambios y de los motivos ideológicos que los apoyaban, los salesianos estuvieron dispuestos, en general, a mantener su escuela normal y a emplear para ello todos los recursos que les permitían las disposiciones vigentes⁴⁹.

¿Cumplió su misión el centro de estudios, tal como queda descrito? Los que tuvieron la experiencia personal contestan mayoritariamente que sí. Por supuesto, eran otros tiempos y los medios didácticos —biblioteca, gabinetes, textos escolares— no siempre estaban a la altura requerida. En 1953 el visitador extraordinario Juan Antal ya señalaba estas deficiencias, como también el que los jóvenes salesianos estuvieran excesivamente delgados por falta de una alimentación suficiente —«temo que lleguen a las vacaciones del verano esqueléticos», decía⁵⁰—. Y es que eran los años de la «ayuda americana» —leche, queso y mantequilla—. Hasta los años sesenta bien entrados, no se resolvió satisfactoriamente la situación económica. Entre otras deficiencias, unas veces los profesores se queja-

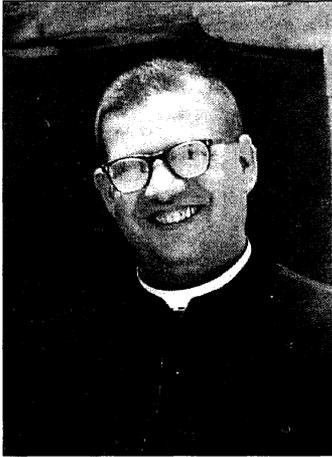
ban de la poca preparación intelectual de los alumnos; otras, éstos achacaban lo mismo a aquéllos... Pero lo cierto es que en el seminario de Sant Vicenç había un buen ambiente de estudio. Allí se trabajaba —«quizá hasta demasiado», nos ha asegurado alguno— y se aprendía.

LAS «ESCUELITAS»

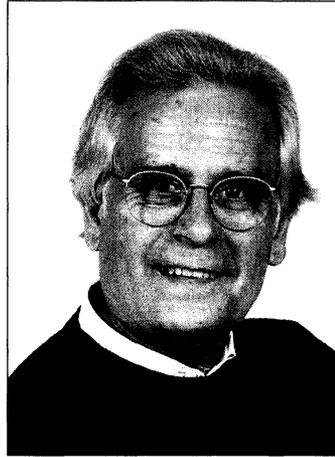
Así, en diminutivo. En el lenguaje coloquial no tuvieron otro nombre. Era suficiente y muy apropiado para decir todo lo que se quería decir: que eran pequeñas y tenían pocos alumnos —algo más de un centenar—; pero que funcionaban bien, que estaban al alcance de todos, que se hacían querer... Se les llamó también simplemente Escuelas o Externado. O, según la terminología que hemos empleado más arriba, Escuela Aneja. En los papeles oficiales estas denominaciones aparecen revestidas de mayor posposidad: Grupo Escolar Graduado «Escuelas Salesianas» o Colegio

Las escolitas: *fachada principal a la calle Mestre Ramón Camps.*





Don Pablo Azcona.



En Joan Conzález.



En Joan Villegas.



Don Enrique Ramón.

Salesiano, y también Grupo Escolar Graduado-Adjunto a la Escuela del Magisterio de la Iglesia San Juan Bosco. En todo caso, para evitar confusiones, siempre se acostumbraba indicar el nombre de la población donde radicaba.

No tuvo ni decretos de creación ni estatutos o reglamentos que encorse-taran excesivamente el ritmo de su vida. Como se ha visto en el capítulo anterior (pág. 177), brotó de una manera espontánea de las manos de un joven sacerdote, don Joaquín Sáenz, y de sus también jóvenes colabora-



Curso 1957-1958: alumnado de las escuelitas.

dores. Y así, a pesar de la seriedad con que realizaba su labor de cada día, conservó siempre ese agradable frescor de lo auténtico y de lo popular. No nació para estar directamente al servicio de una entidad, sino sólo del pueblo de Sant Vicenç. Pero ocurrió que a la Escuela del Magisterio San Juan Bosco le fue muy bien y muy fácil convertirla en su *Escuela aneja para las prácticas*, tal como se lo pedía la ley. A partir, pues, del curso 1952-1953, la humilde institución del padre Sáenz —concretamente en la sección de las actividades diurnas— comenzó a vivir a la sombra de la Escuela del Magisterio: es decir, además de un centro educativo para la villa de Sant Vicenç, sería una palestra para las prácticas pedagógicas y didácticas de los salesianos *normalistas*. Al amparo de esta doble bandera y con el refrendo del señor alcalde Miguel Reverter Mallol, las escuelitas fueron autorizadas por la dirección general de enseñanza primaria del Ministerio de Educación, primero con carácter provisional (enero de 1956) y después con carácter definitivo (diciembre del mismo año). Con ello, quedaban también declaradas como centro privado *subvencionado*.

En los primeros años ocupaban una, dos y hasta tres dependencias de la Escuela del Magisterio. Pero como fueron creciendo rápidamente, se vio

la necesidad de buscarles un sitio aparte, que fuera digno —ya que la villa no andaba aún sobrada de equipamientos escolares—, que les diera mayor autonomía y que tuviera un acceso seguro —porque el tener que atravesar la vía del tren varias veces al día era un peligro serio para los niños—. Se añadía además otra motivación a la que ya se ha apuntado antes: no convenía que los jóvenes religiosos normalistas residieran tan cerca de los escolares.

Después de varios proyectos, se decidió adquirir un solar anejo a la propiedad de los salesianos y construir un pabellón de nueva planta, pero de forma que pudiera servirse del patio de la casa antigua. Éste quedaría notablemente ampliado rebajando el nivel de una huerta que estaba próxima. Los dineros los pondría la comunidad y, donde hiciera falta, los jóvenes salesianos arrimarían el hombro gratis. También el señor Molins Ribot —el de la fábrica de cementos— echaría una mano... En el otoño del 1956 y en medio de este ambiente de generosidad y optimismo, don Pablo Azcona, como encargado inmediato del externado, ya estaba rebajando e igualando las tierras, en tanto que los albañiles habían comenzado también a levantar las paredes. El domingo 9 de diciembre, el día siguiente de la fiesta de la Inmaculada (1956), tuvo lugar la inauguración (calle Mestre Ramón Camps, n. 5). El director, don Ricardo Nácher, se sentía satisfechísimo, pero quiso que se procediera con mucha sencillez, sin programas ni invitaciones especiales. Eso sí, por la tarde hubo una velada de homenaje a las mamás de los alumnos. Y es que en las escuelitas todo tenía que ser íntimo y familiar, a la medida del pueblo. Ahora cabe señalar algunas de sus notas características⁵¹.

Las escuelitas constituían un centro educativo salesiano, sin otro reglamento que el general de todas las casas salesianas, publicado por el mismo San Juan Bosco en 1877. Por supuesto, aceptaba también, como era de rigor, los postulados del régimen político vigente.

Como escuela aneja, estaba, hasta cierto punto, al servicio de la del Magisterio: llegado el día señalado, los niños bajaban al seminario, y uno de los normalistas daba ante ellos una clase práctica que después evaluaban los compañeros con el asesoramiento del profesor de pedagogía. Pero esta modalidad no se daba con frecuencia.

En cambio, como escuela abierta al pueblo se hizo adulta muy pronto, porque desde la primera hora asumió prácticamente todas las estructuras y funciones propias de un centro docente. Y mucho más cuando quedó establecida en el nuevo edificio (curso 1956-1957). Tenía, sin embargo, sus limitaciones. La más grave consistía en que para tres grados sólo disponía de dos aulas. La animaban algunos salesianos destinados a tal

efecto, como por ejemplo Pablo Azcona, Joan González, Jesús Matilla, Eduardo Ortega, Francisco Pérez Leal, Jesús Polo, Josep Puig, Enrique Ramón y Joan-Josep Villegas. Particularmente los dos primeros y los dos últimos aquí citados se hicieron beneméritos por su dedicación y espíritu de creatividad. A su lado solía haber algún profesor de la Normal que actuaba como director responsable. Cabe citar entre otros a Agustín Muñoz, Adolfo Rodríguez, José María Vivas (Ver el cuadro n. 6). Pero unos y otros contaban con la colaboración de algunos estudiantes normalistas, que eran designados por los superiores para dar clases. Aunque reducida, su ayuda era muy valiosa.

Durante los primeros años, el nivel de estudios fue el propio de la primera enseñanza (dos o tres grados) con algunos rudimentos de «comercio»; hacia el 1960, se introdujeron la preparatoria y el ingreso al bachillerato e incluso uno o dos cursos de segunda enseñanza. Nunca se superó esta cota, con lo que, según se dirá luego, algunas familias tuvieron que plantearse seriamente el problema de la continuidad de sus hijos en aquel establecimiento.

El número de los alumnos fue aumentando —en el curso 1955-1956 ya se alcanzó casi el centenar, sin contar los que frecuentaban la sección nocturna—. Eran niños y adolescentes. La mayoría, de 10 a 13 años de edad. Geográficamente, procedían del pueblo, si bien algunos acudían de los municipios de alrededor: Molins de Rei, Sant Feliu de Llobregat, Santa Coloma de Cervelló, Torrelles, Vallirana. Socialmente no eran, pues, de los más pobres; éstos frecuentaban las llamadas «escuelas nacionales». Pero más tarde (a partir del 1963), comenzaron a llegar también los hijos de los emigrados. Las escuelitas no cerraron las puertas a nadie; más bien fomentaron la integración de unos y otros. En cualquier caso, lo que se pagaba allí era muy poca cosa. Los salesianos siempre hablaron de sus «escuelas gratuitas»: «Si alguno no pudiese abonar la cuota señalada —establecía el consejo de la casa—, hay que decirle que no abandone por eso el colegio, puesto que tiene carácter benéfico»⁵². Y por ello se decidieron a pedir las subvenciones oficiales, que, cuando llegaban, giraban entre las cinco y las seis mil pesetas.

El horario se desarrollaba con rigor matemático: por la mañana, la entrada a las 8; por la tarde, a las 15. Fin de la jornada lectiva, a las 18.

El texto escolar más usado era la enciclopedia Dalmau Caries (varios grados). La historia sagrada se estudiaba por el libro preparado por San Juan Bosco; las prácticas de lectura se hacían por el libro titulado *Juanito*.



Procesión de María Auxiliadora, 1959. Grupo de alumnos de las escuelitas, convertidos en Pajes de la Virgen.

Lo mismo que en todos los externados salesianos de la época, la formación religiosa comprendía diversos ejercicios de piedad. Los días laborales: la misa por la mañana en la capilla del seminario y las oraciones de la tarde con la plática de las *buenas noches* en el pórtico. Los domingos y fiestas: misa en la iglesia parroquial, que celebraba habitualmente el señor rector. «Al salir de la iglesia —explica Joan Villegas— marcábamos los carnets de los chicos, como prueba de que habían cumplido con el deber de la asistencia a misa; al final del curso, los que tenían más marcas recibían un premio. Eran otros tiempos —sigue comentando el padre Villegas— y esto se veía como cosa natural»⁵³.

Y exactamente como los demás alumnos de los colegios salesianos, los de Sant Vicenç practicaban cada año una tanda de Ejercicios Espirituales, mantenían una sección del *pequeño clero* —con sotanas rojas y azules— y un grupo de *niños cantores* —con sotanas blancas, adornadas con una cruz—, celebraban con los ritos de costumbre todas las fiestas y en especial el *mes de mayo* con la gran jornada de la Virgen

Auxiliadora, y organizaban, en fin, sus asociaciones o *compañías* religiosas: «La compañía de la Inmaculada —asegura Joan González— funcionaba por todo lo alto. Tenía una junta directiva y las reuniones reglamentarias. Con su bandera, tomaba parte en las procesiones»⁵⁴.

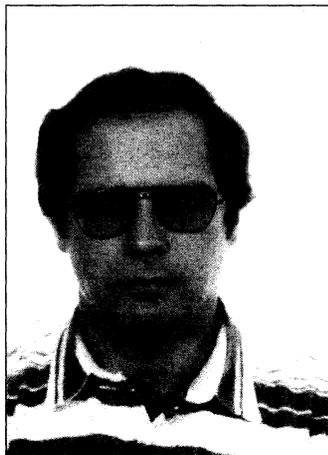
La actividad lúdico-educativa era muy intensa, ya sea por medio del deporte —en los patios de la escuela y en el campo de fútbol cedido por la señora Carmen de Llinàs—, ya sea por medio de los paseos y excursiones —el jueves por la tarde, los chicos venían arregladitos de su casa y salían de paseo con el salesiano responsable—, de la práctica de la gimnasia, y, sobre todo, del teatro y la música. Unas veces los escolares tomaban parte activa en las veladas que organizaba el seminario, pero otras, ellos mismos asumían todo el protagonismo, representando dramas, comedias y zarzuelas. «También preparábamos los *Pastorets*. Cada pieza la repetíamos dos o tres veces porque íbamos al *Centre Catòlic*, a los pueblos de alrededor e, incluso, a los sitios donde se reunían las familias de los emigrados —nos recuerda Joan González, el principal animador de esta actividad—; y las mamás nos ayudaban en la confección de los trajes»⁵⁵. Don Enrique Ramón, aunque externamente diera una impresión contraria, tenía alma de artista y gran facilidad para redactar diálogos e historietas, que luego los niños llevaban a la escena.



Los alumnos de las escolitas se ponen a cantar las caramelles (Hacia 1965).



Ramón Bosch



Joaquim Folqué



Miquel Sábat

Salesianos, hijos de Sant Vicenç

Era tan sana y pletórica la vida de las escolitas que sus reflejos llegaban también a los domingos por medio de un *esplai* (*oratorio festivo*), que funcionaba también durante el período estival. Entonces muchos alumnos se convertían en *oratorianos*. Lo animaban los salesianos encargados de las escuelas con la ayuda de algunos seminaristas, y, al menos durante unos años, consiguieron inyectarle una gran vitalidad. «Aquello era muy duro», dice sinceramente Villegas⁵⁶. Y es que llegaban al domingo con el cansancio de la semana, y al verano, con el del curso entero. Además ya no pudieron contar con la colaboración del señor Juncadella —el cual, contra viento y marea, se dedicaba cada vez más a trabajar directamente entre las gentes que comenzaban a ocupar los nuevos barrios de inmigración—, si bien pudieron servirse de la ayuda que les prestaba el *Centre Catòlic*, que con frecuencia les abría las puertas para que los niños pudieran disfrutar de un rato de solaz las tardes de los domingos y fiestas.

Dentro de este ambiente del tiempo informal surgió el grupo de las *Caramelles*: fue una iniciativa promovida por don Pablo Azcona que felizmente contribuyó a dar, tanto a las escuelas como al *esplai*, una cierta nota de *catalanidad*, porque, por desgracia —si bien comprensiblemente en aquella época—, el cultivo de la lengua y la cultura catalanas estuvo siempre demasiado ausente. Animada en un comienzo por el maestro vicentino Francesc Carbonell, esta actividad de las *Caramelles* no cesó hasta el cierre del centro escolar (1968) y luego pasó a los seminaristas.

Lo que no se puede decir de otros movimientos que, como se ha expuesto en el capítulo anterior, habían surgido espontáneamente de las primeras inquietudes: el *Círculo Domingo Savio* y la *Asociación de los Antiguos Alumnos*. Aunque ésta conservó los ideales propios de una obra postescolar a lo largo de todo el decenio de los cincuenta.

Más o menos durante estos años y contando con la colaboración de los normalistas, siguió también funcionando la sección de las clases nocturnas. No era más que un grupo reducido de alumnos, pero contribuyó a hacer más visible ese rostro popular que desde los orígenes habían tenido las escolitas.

En conclusión, cabe afirmar que éstas, con un talante cercano, alegre y práctico, cumplieron dignamente su papel social, y que para los salesianos fueron un medio excelente para vivir al lado de las gentes de Sant Vicenç. De aquel ambiente educativamente sano nacieron algunas vocaciones a la vida salesiana, como las de Ramón Bosch i Costa, Joaquim Folqué i Nicolau y Miquel Sábat i Font, que hoy siguen trabajando en el campo del apostolado.

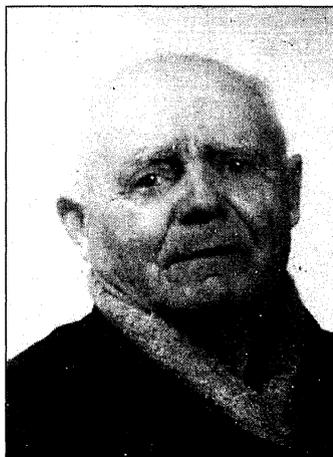
Así y todo, el horizonte en que se movían las escolitas era muy limitado. ¿No convenía darles otro de mayor amplitud y luminosidad?

LA ACADEMIA SANT VICENÇ

Los salesianos, como se ha visto, trabajaban primordialmente en su escuela normal y en su colegio-externado, sin descuidar las actividades complementarias que engendraba cada una de estas instituciones. Con ello estaban más que ocupados. Apenas les quedaban tiempo y fuerzas para atender a otros sectores. De todas maneras, siguieron manteniendo la tanda anual de Ejercicios Espirituales con destino a los jóvenes y hombres de Acción Católica y las actividades tradicionales de la Asociación de María Auxiliadora. Asimismo, prolongando el estilo de vida del período anterior, los sacerdotes continuaban prestando su ayuda a las iglesias de los pueblos vecinos. Pero, como queda ya insinuado, la abertura más importante del seminario hacia el exterior provenía de las escolitas. Sobre todo desde que, a partir del 1959, se constituyó una asociación de padres de familia que, como se explica enseguida, tuvo mucho que ver con las mismas.



Enric Aymerich (historiador)



*Francesc Casasampere
«Quela»*



José Daunis (farmacéutico)

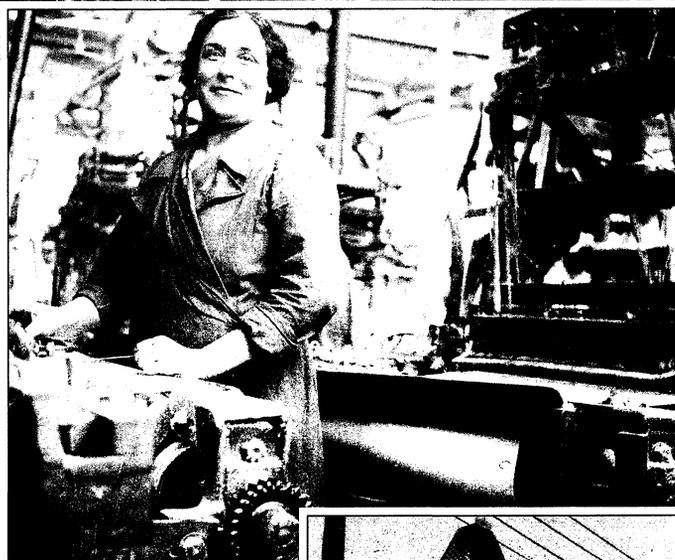
Algunos de los amigos y cooperadores más conocidos

Mientras tanto, los salesianos vieron con dolor cómo cambiaban las circunstancias en las que antes se había desenvuelto su amistad con la familia Comamala (pág. 195 y nota 81). Es de rigor que, dejando aparte otros detalles⁵⁷, dediquemos a éste alguna atención especial.

Fue a mediados de los años cincuenta cuando, desahuciado y con la fábrica cerrada, el matrimonio tuvo que ausentarse de Sant Vicenç. Joan y Conxa se fueron a vivir a Barcelona, calle Rosario, muy cerca de la casa de los salesianos de Sarria. Pronto murió el marido. La señora tuvo que pasar al domicilio de los consuegros, en el barrio de Horta. Pero como entonces la cuestión matrimonial de su hijo Raimundo entraba en su fase más aguda, le fue imposible seguir allí. De pronto se encontró muy sola, desamparada. Los salesianos, que conocían lo que le estaba sucediendo, le brindaron una solución: en adelante ocuparía un aposento independiente, preparado para ella, en la casa que tenían adosada a las Escuelas Profesionales y en la cual residía la comunidad de las Hijas de María Auxiliadora encargadas del servicio de la cocina y de la ropería. Ella aceptó gustosamente. Era el año 1958. Tal fue la oferta que le hicieron, primero, el padre provincial, don Tomás Baraut, que, como sabemos, la conocía desde que estuvo en Sant Vicenç durante los años de la posguerra (1939-1942), y luego también su sucesor en el cargo, don Isidro Segarra. Sor Carmen Peris, que ejerció de directora de la citada residencia durante el sexenio 1957-1963, recuerda todavía las recomendaciones que le hacía éste al anunciar la llegada de la viuda de Comamala:



© Archivo Miquel Siñol



© Archivo Miquel Siñol

Arriba: la fabrica de tejidos Comamala, 1913. En medio, una operaria, 1935 (Fotos Vicenç Siñol Astorch y Francesc Siñol Bonells). Abajo, el palacete Comamala, convertido en Casa de la Cultura.



Los salesianos en San Vicente de la

«Vendrá una señora. No le pregunten nada. Acójnla lo mejor posible y, sobre todo, denle mucho cariño»⁵⁸. Eso fue todo. No hubo ninguna otra condición. Desde este momento, doña Concha —unos 58 años— empieza una nueva etapa de su vida.

Reuniendo los testimonios que hemos recibido —sobre todo de sor Laura Sánchez Sánchez, que pasó largos años al lado de la señora— cabe presentar el cuadro que sigue. Doña Concha vivía prácticamente como un miembro más de la comunidad —sobre todo desde que a ésta se le fue permitiendo abrirse más hacia el exterior—, y estuvo rodeada del afecto de las religiosas y del personal de servicio. Disponía de una habitación para ella sola —«la salita de doña Concha», con la *tele*—, que le fue respetada siempre⁵⁹. Y ella compartía con las hermanas la capilla, el comedor, la sala de labores, los ratos de recreo y las excursiones. «Mientras tuvo fuerzas, no faltó a ninguna de éstas», asegura Laura Sánchez⁶⁰. Subía con gusto al templo del Tibidabo: allí arreglaba los manteles de los altares y visitaba a los salesianos. Gozaba de toda libertad para salir y entrar en casa.

Habitualmente, los sábados se iba a Molins de Rei, a casa de su sobrina María Rosa Bofill i Comamala. Allí pasaba el domingo muy a gusto, ya que siempre se entendió bien tanto con ella como con sus padres⁶¹. Y los lunes por la mañana regresaba a Sarria. Cuando tenía necesidad de ir al médico o hacer algún recado, muchas veces le acompañaba alguna salesiana. Según se ve, con éstas vivía como en familia, a pesar de que el personal iba cambiando inevitablemente. Ella se sintió contenta y agradecida. Y así, durante más de veinte años seguidos.

Cuando, hacia 1980, se sintió ya mayor, comenzó a acudir con más frecuencia a Molins —donde, en la casa de sus padres, se le había preparado un aposento—. Entonces su estancia en Sarria se volvió más intermitente. Pero fue una opción suya personal. Siempre que, por el motivo que fuese, pasaba por Sarria, era bien acogida y atendida por las hermanas.

Éste fue el proyecto que idearon y llevaron a cabo los salesianos para corresponder de alguna manera a la que les había apreciado y ayudado ya desde antes de la guerra del 1936. Sin duda hay que considerarlo como válido. Aunque es cierto que no todos los salesianos que conocían a doña Concha pudieron acompañarla más de cerca. Esta ausencia se hizo más sensible en los últimos años y durante la enfermedad que le llevó a la muerte, porque la vida se impone y nos empuja irresistiblemente de una parte a otra⁶². Pero también es cierto que a la señora no le faltaron las visitas y las cartas de adhesión de muchos salesianos y misioneros, que le llenaban de alegría⁶³. Y está por encima de toda ponderación cuanto el

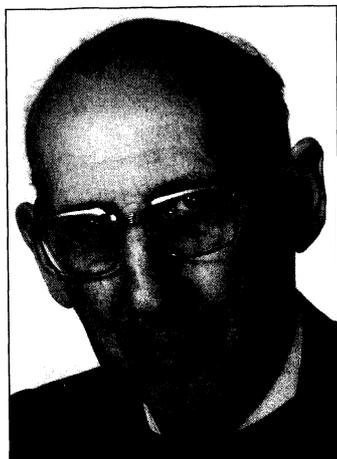
padre salesiano Manuel Díaz llevó a cabo en favor de su amigo Raimundo Comamala i Bofill, al que había conocido en Sant Vicenç desde que, siendo un niño, frecuentaba la casa salesiana. Cuando Raimundo, sumido en sus dificultades conyugales, perdió también el empleo, tuvo siempre la ayuda eficaz de don Manuel. Lo que la madre le agradeció muy de corazón.

Doña Concha falleció en el Hospital General de Cataluña el 15 de junio del 1992, a los 92 años. Allí mismo, al día siguiente, se celebró una misa exequial con la asistencia de varios salesianos y salesianas.

Como se ha visto, su vida estuvo marcada en gran parte por la desgracia y el sufrimiento. Primero fue el fracaso económico de la empresa familiar, luego el fallecimiento del esposo, después la crisis matrimonial del hijo y, en fin, la enfermedad y la muerte prematura de éste. «Pero tales adversidades supo llevarlas con mucha fortaleza, con una fe fuerte» —nos asegura sor Laura que, como superiora durante largo tiempo en la residencia de las salesianas de Sarria, recibió muchas confidencias suyas—. Y añade que era en la oración donde encontraba la energía interior que necesitaba⁶⁴. Nadie duda, en efecto, de que la viuda de Comamala fuera una persona de una particular sensibilidad religiosa. En la última etapa de su vida, que aquí hemos considerado, siempre recordó con gran afecto y nostalgia a su marido y sufrió y luchó día a día al lado de su hijo⁶⁵.

Según ha quedado apuntado más arriba, la verdadera abertura de la casa salesiana hacia el exterior radicó directa o indirectamente en la vida de las escuelitas. Veamos cómo.

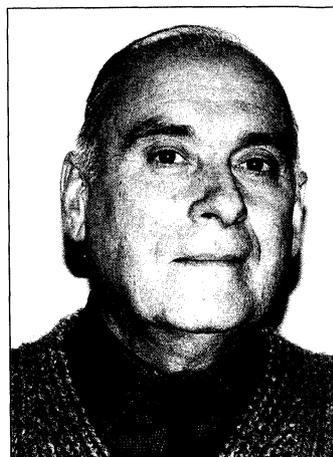
Don Esteban Casáis se encontraba en Sant Vicenç desde el año 1952, es decir, desde que la escuela normal había sido trasladada de Gerona a este lugar. Era profesor de matemáticas, física y química. Pero, lo mismo que otros profesores-sacerdotes, ejercía también algún apostolado fuera de la casa salesiana. Sobre todo, desde que, a petición del señor rector, mossèn Jaume Casas, el padre provincial le había confiado una dedicación más plena en el ámbito de la parroquia. Entonces comenzó a actuar como vicario parroquial y vice-consiliario del *Centre Catòlic*. Se cuidaba principalmente de la sección juvenil, pero los adultos no dejaban de otorgarle su confianza. «Un día —explica con toda sencillez—, no sé por qué, me vinieron unos señores diciéndome que no les gustaban ciertas cosas referentes a la educación de los niños en el pueblo y que convenía formar una asociación con todos aquellos padres interesados en la marcha de las escuelas»⁶⁶. Más que una agrupación en cada uno de los centros docentes —escuelitas de los salesianos, colegio de la Inmaculada de las Hermanas y escuelas municipales—, interesaba constituir una única aso-



Pare Esteve Casáis.



En Vicenç Peixó.



En Vicenç Marco.



*En Francesc
Chavarría.*



En Josep Sagristá.

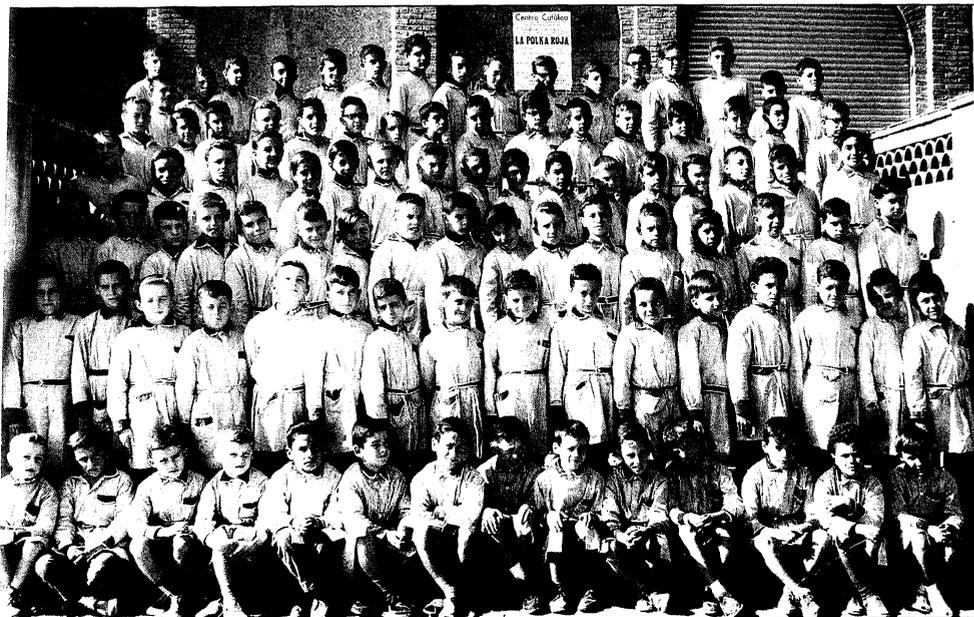
ciación, la cual influyera positivamente en el funcionamiento de los tres. Según esto, la iniciativa no partió del consiliario, sino de la misma base, de las personas que frecuentaban el *Centre Catòlic* o se movían de alguna manera en el ámbito parroquial. Pero don Esteban reaccionó sin pérdida de tiempo: no podía permitir que aquellas fuerzas, tan nobles y generosas, se perdieran por el camino.

Así es que, con fecha 8 de diciembre de 1958, puso en marcha una circular que contenía estos cuatro puntos. 1. La futura asociación tendría como objetivo «preocuparse de todo lo que en nuestra villa favorece o dificulta la sana formación de los hijos; para apoyar e impulsar lo primero, y para

mirar de remediar lo segundo». 2. Podían pertenecer a dicha asociación «todos los padres de Sant Vicenç» que tuvieran «hijos o hijas que frecuenten alguna escuela». 3. La organización y la dirección estarían en manos de los mismos cabezas de familia. 4. La sede social radicaría en el colegio de niños de los salesianos⁶⁷. En consecuencia, en la asamblea que tuvo lugar en el salón de actos del seminario salesiano, el domingo 19 de abril (1959), quedó constituida la Asociación Católica de Padres de Familia de Sant Vicenç dels Horts, integrada dentro de la federación diocesana correspondiente. Dicha asamblea la presidía el obispo auxiliar de Barcelona, monseñor Narcís Jubany, el cual vino a decir a los presentes: «Las asociaciones como la vuestra han de crear escuelas cristianas»⁶⁸. Estas palabras se convirtieron como en la razón de ser de la nueva entidad que, bajo la presidencia de Vicenç Peixó, comenzó una singladura que aún perdura felizmente. Don Esteban Casáis quedó como consiliario. «Aquello fue un acierto, una bendición de Dios —dice contando ya con una perspectiva histórica de más de 35 años—. Porque la asociación fue bien acogida no sólo en el *Centre Catòlic*, sino también en la Sociedad Recreativa *La Vicentina* y en el *Ateneu Familiar*»⁶⁹.

Inmediatamente llegaron las realizaciones, que, si no fueron espectaculares, fueron suficientemente significativas e, incluso, para aquel pueblo de los primeros años sesenta, novedosas. Así, se organizaron conferencias sobre temas de educación y de familia, colonias veraniegas —la primera, en la Nou (Berguedá), agosto de 1959—, actividades de carácter cultural y recreativo, y, sobre todo, unos cursos de bachillerato. Este punto constituyó una preocupación seria para la asociación de padres, que, allí por los años 1960 y 1961, sentían ya la necesidad de iniciar a sus hijos en la segunda enseñanza. Pero este nivel nunca se había dado en la villa... ¿Era posible establecerlo? Porque, de lo contrario, tendrían que enviar a los chicos fuera del pueblo. Pero tampoco eran todos tan pudientes como para pagar los gastos de un internado o de unos desplazamientos continuos. No había, pues, otro camino que el de crear un centro de segunda enseñanza en la misma localidad. ¿Pero cómo, si las instancias públicas se mostraban impotentes? Por fin se consiguió contar con la colaboración de los salesianos: a partir del curso 1961-1962, las escuelitas impartirían asignaturas correspondientes al ingreso y a los primeros cursos de bachillerato. Al menos por el momento, era una salida.

Y, con esto, el padre Casáis terminaba su estancia en Sant Vicenç?. Había trabajado en el seminario por espacio de diez años (1952-1962); y como consiliario de la asociación de padres, durante un trienio (1959-1962). En este último aspecto su labor había sido sin duda muy positiva. Pensemos que los responsables de los primeros tiempos, a pesar de toda su buena



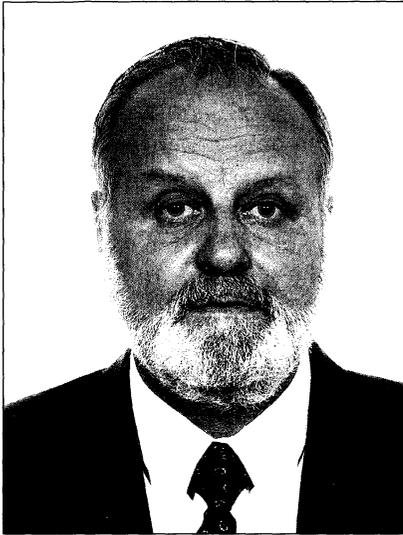
Arriba, alumnos de las escuelitas, en julio de 1964 (Archivo Josep Julia). Abajo, el actual Col·legi Sant Vicenç (Archivo del colegio).

voluntad, no tenían la preparación requerida: el primer presidente, Vicenç Peixó, era un carpintero; el segundo, Vicenç Marco, un cesterero (*cisteller*). Y otro tanto hay que decir de sus colaboradores más inmediatos, como Francesc Chavarría — tendero—, y Josep Sagristá —carpintero—. Por eso, el asesoramiento del consiliario se hizo imprescindible. «Incluso, nos atreveríamos a afirmar —escribe Quim Pastor— que si la asociación de padres acertó a dar sus primeros pasos fue gracias al impulso de los salesianos, representados en la persona del padre Esteban Casals»⁷⁰.

Y algo semejante se ha de retener de su sucesor, Pere Castellví i Masjuan, porque el papel que jugó en el conjunto de las actividades de la asociación durante el bienio 1962-1964 resultó sencillamente determinante. Era un joven sacerdote que profesaba las asignaturas de psicología y pedagogía en la escuela normal y que acababa de obtener el correspondiente grado de doctor.

En primer lugar, partiendo de algunas actividades excursionistas que, desde el curso 1960-1961, había promovido la junta de padres, lanzó la idea de fundar un *Agrupament Escolta* (Boys Scouts). «Desde feia anys —explica—, tenia la il·lusió de treballar per l'escoltisme i em va semblar que fóra bo proposar-ho a l'associació de pares. Ho van acollir bé. Un germà meu que s'hi dedicava feia anys va venir a fer-nos una explicació»⁷¹. La iniciativa tuvo éxito. La nueva agrupación llevó el nombre de *Mossén J. Duran*, en memoria del párroco martirizado, como sabemos, en julio de 1936. El objetivo no era otro que crear un instrumento de educación con los métodos propios del escoltismo de signo católico. El primer campamento de iniciación se organizó en el lugar ya mencionado de la Nou (Berguedá) y las tres tiendas de campaña necesarias fueron costeadas —lo recuerda perfectamente Pere Castellví— una, por el Ayuntamiento; otra, por la asociación de padres y la tercera, por el señor Joan Molins Ribot —el propietario de la conocida fábrica de cementos—. Era el verano del 1963. A Castellví le sucedió como consiliario el salesiano Enric Ramón (1964-1965). Tan positiva y popular resultó aquella experiencia de los scouts que, a pesar de todos los cambios que ha impuesto inevitablemente el paso del tiempo, aún perdura entre nosotros con el nombre de *Agrupament Escolta Roc d'Oró*, denominación que tomó con motivo de la fusión de las dos ramas escoltistas —la masculina y la femenina— y en recuerdo de los buenos ratos pasados en ese paraje, a la vera del santuario de Nuestra Señora de Corbera, en el Berguedà⁷².

En segundo lugar, Pere Castellví se encontró con el problema escolar que, un par de años antes, sólo había quedado resuelto temporalmente. Porque, en enero de 1963, el director de las escuelitas, don Francisco Sanz, hacía saber a los padres de familia que los salesianos no podían tomar la responsabilidad de aumentar los cursos de bachillerato —introduciendo el tercero y el cuarto— y que, por lo tanto, les era imposible garantizar la continuidad de la segunda enseñanza. Les faltaba, entre otras cosas, la estructura necesaria. En consecuencia, la junta hubo de reaccionar, porque no podía consentir que los chicos tuvieran que ausentarse sistemáticamente de su pueblo. Comenzó, pues, llamando a la puerta de varios colegios salesianos, para ver si se avenían a asegurar un puesto a los alumnos que ya no podían seguir en las escuelitas o bien ofrecían al-



Pere Castellví, iniciador del Agrupament Escolta Mossén Josep Duran. A los 30 años (1966), visitan el lugar donde el párroco fue asesinado (1936) (Archivo Josep Julia).



guna otra fórmula aceptable. Pero estas gestiones resultaron infructuosas.

Fue entonces cuando el consiliario creyó que debía salir en ayuda de la junta y tratar de buscar alguna otra solución. Habló con el padre salesiano Antonio Martínez Azcona, el cual le sugirió la idea de acudir al señor Guillermo Navarro Claur, que regentaba una academia de bachillerato en Barcelona, era un buen pedagogo y contaba con un equipo solvente de profesores. Tal vez podría ayudar a establecer en Sant Vicenç una especie de sucursal de su academia... Castellví se animó a seguir la indicación que se le daba, recordando que Guillermo Navarro había sido condiscípulo.

lo suyo en el colegio salesiano de Mataró. Gracias a estas intervenciones, la junta que presidía el señor Marco entró en conversaciones con el profesor Navarro, el cual proponía su proyecto a los interesados en abril de 1964. Esta vez sonrió la fortuna. Durante los meses veraniegos se organizó un cursillo en un lugar cedido por el Ayuntamiento —ca l'Espita (calle Liberación n. 57, hoy Rafael Casanova n. 99)—. La mayoría de los 80 alumnos procedía de las escuelitas salesianas. Como aquello gustó, el nuevo curso 1964-1965 se pudo inaugurar en ca N'Aragall (hoy calle Barcelona, números 16-18), convertida en sede de la Academia Sant Vicenç.

De la manera que hemos expuesto, la asociación de padres había conseguido uno de sus objetivos fundamentales: un centro de segunda enseñanza, en Sant Vicenç y con una orientación cristiana. Hacía un par de meses que el padre Castellví había tenido que abandonar la villa para marcharse a Sentmenat (Valles Occidental)⁷³.

¿UNA TIERRA INHÓSPITA?

Mientras ocurrían estas cosas al interno de la institución, en el ámbito exterior se iniciaba un cambio lleno de graves consecuencias. Lo veremos bien en un nuevo capítulo. Ahora basta levantar acta de lo que sigue. A la altura del año 1962 los salesianos se habían dado cuenta de estos hechos: primero, la casa que daba cobijo a la comunidad y a la escuela normal envejecía y ya no resultaba suficientemente digna; segundo, el pueblo de Sant Vicenç dejaba de ser el rincón resguardado y apacible de antaño, porque comenzaba a ser una ciudad, que estaba envolviendo peligrosamente en sus mallas al seminario—; tercero, debido al proceso de la industrialización y más concretamente a los residuos que emanaba la fábrica de Cementos Molins, allí el aire se hacía irrespirable; cuarto, el paso cercano de los trenes y la intensificación constante del tráfico aumentaban, además del ruido, las posibilidades de relación con el ámbito exterior. Pero, por lo que conocemos ya de la mentalidad imperante en torno a la organización de las casas de formación, esto último debía evitarse a toda costa. Sant Vicenç se estaba abriendo a nuevas gentes y a una vida moderna más trepidante y materialista. Por esto mismo, se hacía una tierra inhóspita para los seminaristas. En consecuencia, los responsables habían tomado la decisión: «*Ci vuole un luogo piü tranquillo e lontano dal mondo*» («Hace falta un sitio más tranquilo y alejado del mundo»)⁷⁴.



El nuevo seminario salesiano de Sentmenat (Barcelona), 1964.

En rigor, los superiores ya habían percibido casi desde el comienzo (1953) la conveniencia de trasladar el seminario a otra parte, dándole una sede más acorde a su categoría de Escuela Normal de la Iglesia, tal como lo hacían otras congregaciones religiosas. Esto explica la prisa con que actuó el nuevo padre provincial, don Isidro Segarra: «Yo comencé a buscar los terrenos ya desde mi primer año de gestión, es decir, desde el curso 1958-1959»⁷⁵. El paso del tiempo no hizo sino reforzar las razones que ya había para el traslado y agregar además otras nuevas.

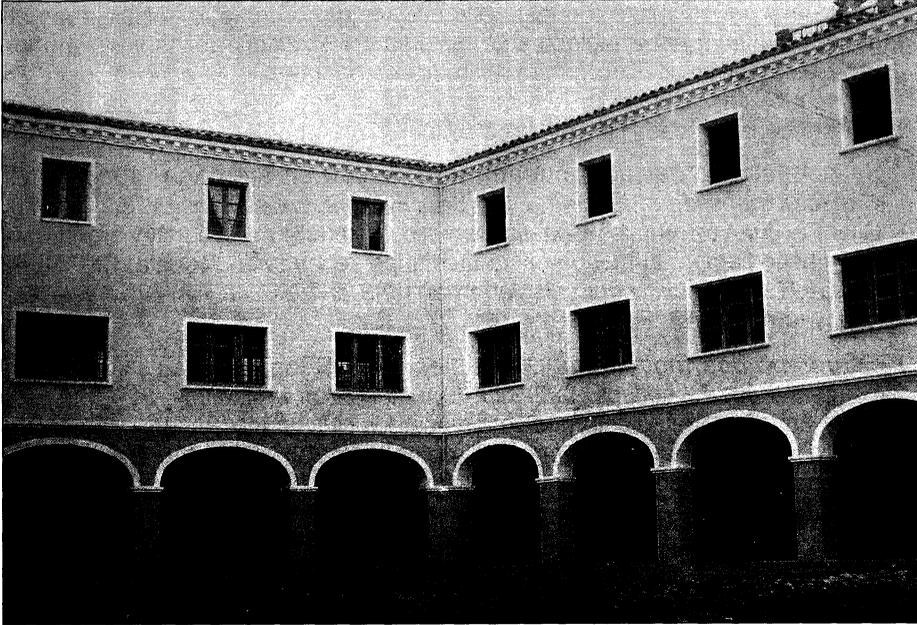
Así, pues, en 1960 se adquirió un extenso terreno en los alrededores del pueblo de Sentmenat (Valles Occidental) y al año siguiente se comenzó a construir un hermoso edificio de nueva planta. A finales de julio de 1964, los profesores y los jóvenes salesianos de Sant Vicenç se trasladaron allá, aunque la casa no estaba del todo terminada. Como había querido el padre provincial, encontraron «un lugar y un edificio más digno» que en Sant Vicenç⁷⁶, con una atmósfera trasparente, unos horizontes amplios y mucha paz para poderse dedicar al estudio y a la vida retirada. Hablando en general, hay que decir que salieron ganando con el cambio. Pero sin duda salieron perdiendo al alejarse de la ciudad de Barcelona y quedarse bastante distanciados de los puestos de apostolado. Y es que, a la ver-

dad, aquella operación había obedecido también al principio ascético-educativo tradicional de la *fuga mundi* (huida del mundo)⁷⁷.

Pero, curiosamente, el nido del Llobregat no quedó vacío porque lo ocuparon enseguida los seminaristas de primer curso de latín, que hasta entonces habían residido en Huesca. De esta forma, el seminario mayor quedó sustituido por el menor. Naturalmente, las condiciones de habitabilidad y de salubridad no habían cambiado en nada. Entonces, ¿cómo se explica este trasplante? Conviene ponderar los diversos elementos que entraban en juego.

Por una parte, cuando en 1958 se dividió la antigua Inspectoría Tarraconesa en las de Barcelona y Valencia, la provincia de Navarra había quedado en la demarcación de ésta última⁷⁸. Ahora bien, Pamplona y los pueblos de Navarra habían constituido la cantera vocacional de la que en buena parte se había ido surtiendo el pequeño seminario salesiano de Huesca (calle Heredia, n. 12), fundado en 1939 gracias a la generosidad de las hermanas doña Petra y doña Julia Redondo. Desde entonces, había jugado un gran papel acogiendo y formando año tras año las vocaciones que procedían del norte de España y que, a su tiempo, irían a trabajar en las obras salesianas de Cataluña y de Levante. Los niños sólo estaban un año, haciendo un primer curso, y luego pasaban, como sabemos, a otros seminarios (Sant Vicenç dels Horts, Gerona). Pero, por lo dicho, su razón de ser había quedado seriamente comprometida porque, a pesar del buen espíritu que allí reinaba, una vez cerrada la fuente vocacional de Navarra, el alumnado comenzó a disminuir progresivamente. Hacia 1963 y 1964, ya se veía que el pequeño seminario carecía de sentido y de futuro allí donde estaba. A los 25 años había cumplido su misión y en lo factible debía ser transferido a un nuevo emplazamiento⁷⁹.

Por otra parte, la casa de Sant Vicenç quedaba libre y, aunque tarada con los inconvenientes que conocemos, parecía todavía apta para acoger a los seminaristas que debían pasar allí un solo año o, al máximo, dos. Además su presencia venía a ser una solución para no cortar de golpe la vida salesiana en una población que tan bien la había acogido desde antiguo. «Incluso —recuerda el padre Segarra— se barruntaba que tal vez podría levantarse allí no un gran colegio de segunda enseñanza, ni una escuela profesional en toda regla, pero sí un bachillerato elemental para los niños de las familias emigradas, cuyas casitas comenzaban a asomarse por el lado de la montaña»⁸⁰. Sin embargo, la opinión que se había formado el visitador extraordinario, don Juan Antal, en el otoño del 1963 resultaba claramente deprimente: «La casa está situada en un posto *brutto* —lugar feo—. Convendrá venderla tan pronto como se presente una ocasión propicia»⁸¹.



El seminario salesiano de Huesca. Patio interior.

Estando así las cosas, en la segunda quincena de agosto del año siguiente, el grupo de seminaristas de Huesca —unos 20— se trasladaron a Sant Vicenç⁸². Tenían a la cabeza dos sacerdotes palentinos —don Teófilo Rebollo Rodríguez, que ejercía de director, y don Prudencio Maquiera Gast, que actuaba como jefe de estudios y administrador—. Ya desde entonces, el nuevo superior provincial, don Francisco Olivan Gracia, natural de Huesca, se preguntaba qué iba a hacer de aquella casa donde él había pasado el año de noviciado y ejercido como profesor, y a la cual se sentía afectivamente unido.

NOTAS

¹ El padre provincial, don Florencio Sánchez, tan pronto como tuvo colocados los novicios en la finca Martí-Codolar, de Barcelona-Horta, y empujado siempre por la crecida de las vocaciones, pensó en establecer el seminario teológico de la Inspectoría Tarraconense en una antigua casa señorial que había encontrado en la mencionada localidad de l'Arboç del Penedés (provincia de Tarragona) por un precio muy asequible.

Pero después comenzó a dudar. ¿No sería mejor —como le aconsejaban algunos— colocar los estudiantes de teología en Barcelona-Horta y llevar a los novicios a tierras de Tarragona? Al fin, acabó por prevalecer esta solución. En consecuencia, la tarde del 24 de septiembre de 1950 —fiesta de Nuestra Señora de la Merced— los novicios se fueron a l'Arboç.

- ² Se puede recordar aquí cuanto se ha dicho en las págs. 48 y ss. Cf *Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales*, 123, art. 170. Citamos una vez más las *Constituciones* de este año porque estuvieron en vigor mucho tiempo, al menos hasta mediados de los años sesenta. Cf F.DES-RAMAUT, *Le Costituzioni salesiane dal 1888 al 1966*, en AA.VV., *Fedeltá e rinnovamento*. LAS, Roma 1974, 96.
- ³ *Estudiantados filosóficos y teológicos*: Artículos generales, 307-321; Estudiantados filosóficos, 322-325; Estudiantados teológicos, 326-330. Tal era la antigua terminología que solían usar los salesianos. En las páginas que siguen, tanto los artículos generales como el reglamento referente a los llamados «estudiantados filosóficos» o simplemente «filosofados» serán citados por *Reglamento*.
- ⁴ Uno llevaba por título *Formazione del Personale Salesiano. Studentati filosofici e teologici* (En *Atti del Capitolo Superiore della Società Salesiana (=ACS)*, n. 131 (Settembre-Ottobre 1945) 1-80) y el otro —publicado por el consejero escolástico general, Renato Ziggioni, pero bajo la autoridad del padre Ricaldone— se titulaba *Formazione del personale salesiano. Programmi e norme* (En ACS, n. 138 bis (Novembre-Dicembre 1946) 1-87).
- ⁵ Con fecha 31-V-1956, el papa Pío XII promulgó la constitución apostólica *Sedes Sapientiae* (en *Acta Apostolicae Sedis*, XXIII (1956) 354-365) que, con sus *Estatutos Generales* anejos —emanados por la Congregación de los Religiosos—, debe ser considerado como un documento importante en la orientación y estructuración de los estudios en las casas religiosas de los años anteriores al Concilio Vaticano II (1962-1965).

Con el propósito de llevarlo a la práctica, los salesianos tomaron algunos acuerdos en el XVIII Capítulo General (verano de 1958) (Cf ACS, n. 203 (Luglio-Ottobre 1958) 34 (754) - 38 (758)), y, al año siguiente, publicaron una *Generalis Ratio Studiorum Societatis Salesianae* (Augustae Taurinorum 1959), la cual incidió sin duda en la vida escolar de los seminarios de la Congregación. Pero, de todas maneras, como también se inspiraba ampliamente en los escritos salesianos que se han mencionado, no llegó a representar una verdadera novedad, ni bajo el aspecto formativo en general ni bajo el de la preparación propiamente académica.

- ⁶ *Reglamento* 1924, 310.
- ⁷ Cf. *Reglamento* 1954, 314.
- ⁸ Cf *Ibid.*, 324.
- ⁹ Cf *Ibid.*, 315.
- ¹⁰ Cf. *Ibid.*, 323.

- ¹¹ Cf *Ibid.*, 312.
- ¹² *Ibid.*, 318, artículo que se inspiraba en el canon 1369 del Código de Derecho Canónico.
- ¹³ Cf *Ibid.*, 312.
- ¹⁴ Cf. P.RICALDONE, *Formazione del personale salesiano. Studentati filosofici e teologici*, n. 7.
- ¹⁵ Cf *Reglamento* 1954, 321.
- ¹⁶ Cf *Constituciones* 1923, 166.
- ¹⁷ Cf *Ibid.*, 169. *Formazione del personale salesiano. Programmi e norme*, art. 4.
- ¹⁸ Cf *Ibid.*, art. 6.
- ¹⁹ *Reglamento* 1954, 316.
- ²⁰ *Ibid.*, 319.
- ²¹ Cf *Reglamento*, 310.
- ²² *Ibid.*, 311.
- ²³ *Ibid.*, 313.
- ²⁴ *Actas del consejo*, 5-V-1961.
- ²⁵ *Ibid.*, 30-X-1953.
- ²⁶ Títulos ordenados según los compositores mencionados: *Misa solemne Auxilium Christianorum* y *Misa festiva*, *Missae «Fiat cor meum, Domine, immaculatum»*, *Missae in honorem Immaculatae Conceptionis B.M.V.*, *Missa decima solenne in onore di S.Giovanni Battista* y *Missae in honorem Sancti Pauli*, *Missae pontificalis* y *Missae «Hoc est Corpus meum»*, *Missae choralis*, *Segunda missa del Santísimo Sacramento*, *Misa en honor de San Agustín*, *Virgo potens*.
- ²⁷ Se interpretaban con frecuencia las misas *De Angelis*, *Cum jubilo*, *Fons bonitatis*, *Lux et origo*.
- ²⁸ Testimonio de V.J.Macua, Barcelona 22-VIII-1995. Fue alumno durante el trienio 1957-1960.
- ²⁹ Juan Antal, visita extraordinaria 2-IV-1953: *ASC, F 015 Spagna-Barcellona*. A pesar de ello, los encargados del oratorio festivo (*esplai*) podían hacerse cargo de los muchachos.
- ³⁰ Ver, por ejemplo, las *visitas canónicas* de don Juan Antal, 2-IV-1953, 16-XI-1963 (*ASC, F 015 Spagna-Barcellona*) y del provincial don Tomás Baraut, 24-II-1955, 11-IX-1957. También las *relaciones anuales* del provincial don Isidro Segarra, 22-VII-1959, 30-VI-1960, 15-VII-1962 (*ASC, F 014 Spagna-Barcellona*).
- ³¹ El seminario de Sentmenat hubo de ser trasladado a Barcelona —Centro de formación y de estudios Martí-Codolar— en el año 1974.
- ³² Testimonio, Barcelona 12-VI-1995.

- ³³ Testimonio, Barcelona 12-VI-1995. Don Manuel Navarro llevó en Madrid las gestiones al caso.
- ³⁴ Cf *Reglamento*, 323.
- ³⁵ Éste y otros documentos referentes a la fundación se encuentran en el Archivo Inspectorial de Barcelona (=AIB), *Escuela Magisterio San Juan Bosco. Documentos*. Tiene también carácter documental el *Álbum fotográfico*, que se encuentra en la casa salesiana de Terrassa, donde radicó por algún tiempo el noviciado.
- ³⁶ *Actas del claustro*, 24-III-1952.
- ³⁷ Ver el cuaderno que lleva por título *Observaciones del Inspector de las Escuelas del Magisterio de la Iglesia*, en AIB, *Escuela del Magisterio San Juan Bosco. Documentos*. Incluso por su talante personal, el padre Fierro se limitaba a dar ánimos, a proponer el modelo de otras instituciones que él conocía y a ponderar el valor del sistema educativo salesiano. Siempre dio buenos informes ante las instancias oficiales.
- ³⁸ Ver los títulos de las obras de estos autores y de otros en la *Ratio studiorum* del centro académico.
- ³⁹ Situado entonces en la Rambla de Cataluña 123. En el tribunal correspondiente, uno de los dos vocales era de la Escuela del Magisterio San Juan Bosco, presentado al efecto por el obispo de Barcelona.
- ⁴⁰ *Actas del claustro*, 12-VIII-1953.
- ⁴¹ Francisco Balauder, Barcelona 17-I-1996.
- ⁴² *Relazione* (hecha personalmente en fecha 16-II-1954): ASC, F 014 Spagna-Barcellona.
- ⁴³ *Acta de los acuerdos tomados por el capítulo y profesorado del estudiantado reunido por el señor Inspector para modificar el actual plan de estudios*, 25-II-1956: AIB, *Escuela Magisterio. Documentos*.
- ⁴⁴ *Generalis Ratio*, art. 98. Ver todo el capítulo II, arts. 87-98.
- ⁴⁵ *Relación anual*, con fecha 30-VI-1960: ASC, F 014 Spagna-Barcellona.
- ⁴⁶ Testimonio, Barcelona 23-I-1996.
- ⁴⁷ *Actas del claustro*, 23-VI-1962.
- ⁴⁸ Por eso, desde el curso 1960-1961 se evitó el subtítulo «*Magisterio accommodata*» que antes acompañaba al título *Ratio studiorum philosophiae ac humanitatis*.
- ⁴⁹ De hecho, cuando el seminario ya estaba funcionando en Sentmenat (Valles Occidental), los alumnos volvieron a presentarse al examen de reválida y se organizaron cursillos de campamentos en la Pobleta de Bellvé (Pallars Jussá 1969, 1970) y en Sant Quirze de Safaja (Valles Oriental 1972) a fin de ofrecer una oportunidad a los jóvenes salesianos que necesitaban cumplir este requisito y obtener así el título oficial de maestro.

- ⁵⁰ *Visita canónica 2-IV-1953: ASC, F 015 Spagna-Barcellona.*
- ⁵¹ Cuando se cerraron en 1968, la documentación que pudiera haber se perdió. Por lo cual hoy sólo queda el recurso de acudir al testimonio de los antiguos profesores y antiguos alumnos. De todas maneras, ver la *crónica* y las *acias* del consejo del seminario. Diversos papeles en *AIB, Escuela Magisterio San Juan Bosco. Documentos.*
- ⁵² *Actas del consejo, 7-I-1953.*
- ⁵³ Testimonio, Barcelona 5-V-1995.
- ⁵⁴ Testimonio, Barcelona 15-VI-1995.
- ⁵⁵ *Ibid.*
- ⁵⁶ Testimonio, Barcelona 25-V-1995.
- ⁵⁷ Basta citar aquí a los médicos que prestaron sus servicios con gran espíritu de generosidad, como los doctores Antonio Martí Baltà, Rafael Lagunilla de Plandolit y José Alonso.
- ⁵⁸ Testimonio, Sueca 17-II-1996.
- ⁵⁹ «Yo sólo le digo-nos ha testimoniado sor Pilar Polo Miravé- que, siendo yo superiora provincial, las hermanas me decían: 'Este aposento no lo tocamos, porque es de la señora Concha. Ahí tiene todos sus muebles'. Era muy acogedor. Yo misma iba a dormir a otro más pequeño. Y es que el de doña Concha no lo tocaba nadie, aunque ella estuviera ausente». Testimonio, Barcelona 13-III-1996.
- ⁶⁰ Testimonio, Barcelona 17-II-1996.
- ⁶¹ El hermano de doña Concha, Jaime, estaba casado con Carmen Comamala i Juvinyà, hermana del que había sido su esposo Juan.
- ⁶² Con el paso de los años, habían ido desapareciendo los salesianos que mayor trato habían tenido con ella, como Juan Alberto, Tomás Baraut, Antonio Mateo, Juan Piles, Félix Solanes.
- ⁶³ En mayo de 1992, pocas semanas antes de morir, tuvo la satisfacción de recibir la visita de don Salvador De Bonis, antiguo superior del seminario de Sant Viceng, que desde Roma había acudido a Gerona con motivo de la celebración del centenario de la casa salesiana.
- ⁶⁴ Testimonio, Barcelona 17-II-1996.
- ⁶⁵ Roser Calpe Andreu, archivera municipal de Sant Viceng, trae algunas notas biográficas de doña Concha en el libro ya citado por nosotros V. PÉREZ I FORNÀS, *Domingo Comamala Sala (1909-1935)*. Ajuntament de Sant Viceng dels Horts 1996, 7-10. Ver también la sección titulada *Una industria amb fonaments de fang*, en A.CARALT, *Escaquer vicentí. Personatges populars*. Sant Viceng dels Horts 1995, 18-20.
- ⁶⁶ Testimonio, Barcelona 12-IV-1995.
- ⁶⁷ Éste y otros documentos referentes a los primeros tiempos se hallan en el fo-

lletó de J.PASTOR FONT, *Crònica d'una escola. 20é aniversari del Col·legi Acadèmia Sant Vicenç* [Sant Vicenç dels Horts 1984]. Son 83 pàgines bellamentescrites.

⁶⁸ *Ibid.*, 11.

⁶⁹ Testimonio, Barcelona 12-VI-1995.

⁷⁰ *Crònica d'una escola*, 21.

⁷¹ Ver la publicación (poligrafiada) titulada *XX Aniversari. Escoltisme. Sant Vicenç dels Horts*, preparada por la unidad *pioners/caravel·les curs 1980-1981 A.E.Roc d'Oró*, 17. Aquí mismo diversas noticias sobre los orígenes de la agrupación.

⁷² En él figuran, entre otros, los hijos de aquellos pioneros como Francesc Boloix, Rafael Boloix, Miquel Casasampere, Enric Chavarría, Joan Esteve, Vicenç Ferrés, Jordi Mitjans, Xavier Mitjans, Joan Ojeda, Josep Ojeda, Josep Reverter y Maria Assumpció Tres, Joan Torres, Pere Torres, Lluís Tres y Trini Bosch, Crispí Tuset y Montserrat Munné, Xavier Vinyals y Eulalia Munné. Sede actual de Minyons Escolta i Guia Sant Jordi: Francesc Moragas, 14.

⁷³ La historia ulterior, hasta el 1984, queda bien reseñada en el citado folleto de Joaquim Pastor Font. El edificio actual, concebido con un claro sentido pedagógico, es del año 1992 (calle Antoni Gaudí, 8). En el acto de la inauguración (mes de septiembre), el consejero de *Ensenyament*, honorable Josep Laporte, estuvo del todo acertado cuando dijo que generalmente, en otras partes, las asociaciones de padres de los alumnos debían ser impulsadas por las instancias oficiales, «mientras que aquí —vino a remarcar— sois los padres los que os adelantáis a las autoridades».

Hoy el Col·legi Sant Vicenç es un prestigioso centro de Educación Infantil (2º ciclo), Educación Primaria y EGB, con estas tres contraseñas que lo han caracterizado: calidad en la enseñanza, inserción en el país y orientación cristiana en la educación. Desde su nacimiento, la entidad ha estado y sigue estando en manos de la asociación de padres y conserva su talante popular y abierto de siempre.

Como se señala en otro capítulo, la reciente Reforma Escolar ha creado una feliz coyuntura para que la Escuela Profesional Salesiana y el Col·legi Sant Vicenç se encuentren de nuevo estrechamente unidos en el cumplimiento de una misma misión educativa (pág. 358).

⁷⁴ Véase la relación del padre provincial, don Isidro Segarra, fechada en Barcelona el 3-II-1962 y destinada a Turín: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*.

⁷⁵ Testimonio, Barcelona 29-II-1996.

⁷⁶ *Relación anual* enviada a los superiores de Turín en fecha 17-VII-1962: ASC, F 014 *Spagna-Barcellona*.

⁷⁷ En 1972, la Escuela Normal «San Juan Bosco», cuya génesis y desarrollo hemos intentado estudiar en las páginas que anteceden, se fusionó con la Escuela del Magisterio de la Iglesia de Barcelona y con la de los Hermanos

de La Salle (Cambrils de Mar, Baix Camp) para iniciar lo que después sería *L'Escola Universitària de Mestres Blanquerna*, una de las instituciones básicas de la primera universidad privada de toda España: la *Universitat Ramón Llull*.

⁷⁸ Más tarde, en 1961, pasaría a formar parte de la Inspectoría de Bilbao.

⁷⁹ En 1965 la propiedad fue vendida a las Hijas de María Auxiliadora de la Inspectoría Nuestra Señora del Pilar, con sede en Barcelona-Sarrià.

⁸⁰ Testimonio, Barcelona 29-II-1996.

⁸¹ *Visita dell'Ispettoria di Barcellona fatta da D. Giovanni Antal (16-XI-1963): ASC, F 015 Spagna-Barcellona.*

⁸² Uno de ellos era Tirso Pinos Sevillano, fallecido recientemente en Barcelona siendo sacerdote salesiano (1995).

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R Alberdi 1994

8. UN GIRO INESPERADO

Cuando, en agosto de 1964, llegaron a establecerse en Sant Vicenç los salesianos que hasta entonces habían trabajado en Huesca no podían prever lo que les esperaba. A la vuelta de muy pocos años, se vieron inmersos en la *crisis* que siguió al Concilio Vaticano II (1962-1965) y en una profunda transformación del entorno social que les rodeaba (1960-1975). La Iglesia y la Congregación Salesiana ya no iban a ser exactamente como antes, y el pueblo de Sant Vicenç dejaba de ser lo que siempre había sido en su estructura y estilos de vida. De aquí las dos primeras secciones que insertamos en el presente capítulo: una se refiere preferentemente a la vida interna de la institución que estudiamos; la otra, a la externa. Ambas vertientes se relacionan y complementan íntimamente en el quehacer de una misma existencia.

Desde el primer punto de vista —vida interna—, la nueva coyuntura constituyó un reto sin precedentes, que hizo dudar a los salesianos sobre la posibilidad de prolongar su permanencia y actividades. Esto ocurrió en un lapso de tiempo brevísimo. Nosotros consideramos aquí los ocho años que van de 1964 a 1972, si bien el verdadero punto de inflexión se centró en el último trienio. Desde el punto de vista contextual —vida externa— la transformación demográfica y social del pueblo de Sant Vicenç se operó también relativamente en muy poco tiempo (1960-1975), con todas sus secuelas de desajustes y tensiones. Conocer cómo los salesianos afrontaron la nueva coyuntura y cómo optaron por dar a sus obras un giro que nunca habían soñado constituye el contenido general de este capítulo, y muy concretamente de las secciones tercera y cuarta.

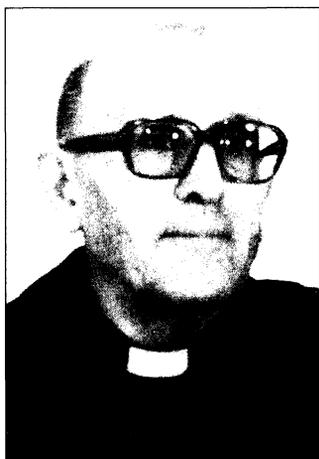
EL SEMINARIO MENOR

De nuevo, vuelta al seminario menor, como en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la guerra del 1936. Según queda insinuado más arriba, el primer quinquenio fue más o menos tranquilo (1964-1969); el trienio siguiente, en cambio, intensamente movido (1969-1972). Si la primera fase representa la posesión de una herencia que se ha recibido, la segunda encarna un tiempo de novedad, de búsqueda e, inevitablemente, de esfuerzo y sufrimiento.

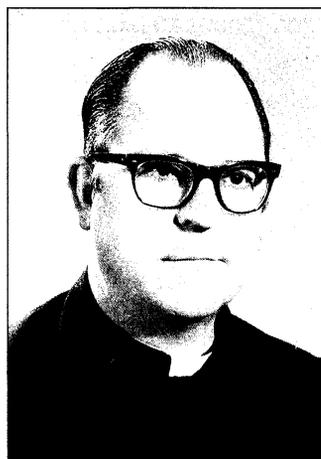
Una vieja tentación

El edificio que habían abandonado los estudiantes de filosofía no valía la pena de remozarlo, porque se pensaba o se presentía que la vida del pequeño seminario no sería duradera¹. Por eso, los cinco primeros cursos, hasta el de 1969-1970, se desarrollaron en una calma relativa —salvando al menos la paz exterior, aunque la interior sufría un grave detrimento, pues, como decimos, la misma existencia del seminario parecía estar en entredicho—. Los directores don Teófilo Rebollo (1964-1967) y don Prudencio Maquiera (1967-1972) observaron, callaron y se entregaron al trabajo paciente de cada día².

Durante unos años, en el seminario funcionaron los dos primeros cursos de bachillerato; otros, sólo el primero, si bien distribuido en dos grupos. Y



Don Teófilo Rebollo, 1964-1967.



Don Prudencio Maquiera, 1967-1972.

es que, durante este quinquenio (1964-1969), el número de los aspirantes se mantenía aún en una cota muy aceptable (Cuadro n. 7). Tanto que, en el seminario de Gerona —donde ingresaban los que terminaban en Sant Vicenç— se alcanzó el nivel más alto precisamente antes de acabar el año 1969: 324 alumnos.

La mayoría de los seminaristas que se concentraban en Sant Vicenç procedían de tres núcleos geográficos bien definidos: provincias de León (por medio de la intervención de don Antonio Cabello), de Lérida (intervención del padre José María Enseñat) y de Navarra (intervención de don Cándido Villagrà). Aragoneses, castellanos y catalanes de otras comarcas constituían una pequeña parte. Unos y otros solían tener durante el verano un cursillo de preparación, ya sea en el colegio salesiano de Barcelona-Horta o también en el de Pamplona. A pesar de lo dicho un poco más arriba, aquí hay que precisar que, hasta muy al final de la vida del seminario (1971), no dejó de fluir la vena vocacional de Navarra³.

La cuestión de si estos muchachos venían o no suficientemente motivados desde el punto de vista vocacional siempre será discutida, pues en ella entran en juego una gran variedad de casos personales. Desde luego, los años que les tocaron vivir, si fueron suficientemente válidos para una formación humana y cristiana, no fueron los mejores para un proyec-

Cuadro núm. 7
SEMINARIO MENOR. ALUMNADO
(1964-1971)

CURSOS	«ESTUDIANTES»	«ARTESANOS»	TOTAL
1964-1965	98	—	109
1965-1966	61	—	61
1966-1967	67	—	67
1967-1968	68	—	68
1968-1969	124	—	124
1969-1970	57	12	69
1970-1971	40	9	49
1971-1972	—	—	—

Fuente: Cuadernos del Consejo de la Casa y de las Visitas Canónicas.

to de vida propio de los religiosos. El proceso de revisión, de inquietud y de inseguridad que siguió al Concilio Vaticano II (1962-1965) comenzó a manifestarse claramente en nuestros seminarios mayores antes del año 1970, y, algo después, en los seminarios menores.

No hace falta explicar ahora lo que era por dentro la vida de la casa salesiana, ya que queda ampliamente descrito en los capítulos cuarto y sexto. En línea de principio, tanto en lo pertinente a la formación intelectual como —sobre todo— a la religiosa y moral, se mantuvieron las estructuras y las costumbres tradicionales⁴.

Pero despuntaron, sin duda alguna, los primeros síntomas de la evolución que iba a experimentar enseguida la disciplina hasta entonces vigente, tales como un mayor contacto del seminarista con su familia —así, se introduce la visita a casa con motivo de la Navidad y se prolongan las vacaciones veraniegas con los parientes, lo que era impensable por los años treinta, cuarenta y cincuenta—; una mayor apertura al exterior —así, los aspirantes comienzan a ver la *tele*, a participar en el equipo de fútbol del *esplai* dominical que competía con otros de la población, y a frecuentar más que antes el *Centre Catòlic*—donde había representaciones teatrales *mixtas* y sesiones de cine, cosas también prohibidas para los semina-

Primera misa de Joan Faner: parientes, salesianos y alumnos de las escuelitas.



ristas en períodos anteriores—; un cierto aligeramiento de tantas prácticas de piedad a que estaba sometido el joven seminarista —en consecuencia, se suprimió la segunda misa de los domingos o bien se concedió una mayor proyección externa a las fiestas religiosas—. En suma, se tendía a que el seminario, sin dejar de ser lo que tenía que ser, se pareciera sin embargo lo más posible a otros colegios-internados, y que los seminaristas fueran *como los demás muchachos* de su generación. Esta mentalidad fue ganando terreno en los años siguientes.

Pero no dejaba de ser una innovación con respecto a la pedagogía vocacional que se había seguido en épocas pasadas. Por lo que algunos tuvieron sus reservas. Porque, avanzando por ese camino, ¿no había peligro de caer en un *genericismo*, eliminando de la institución seminarística lo que le es propio y específico, o convirtiendo al aspirante a la vida religiosa o sacerdotal en un chico más de la calle? Al padre provincial de entonces, don Francisco Oliván (1964-1970), le parecía que sí, y por ello insistía, por ejemplo, en que, respetando la libertad y la personalidad de cada seminarista, se le hiciera ver también la necesidad de una disciplina razonable; en que se le diera aquella formación que un día iba a necesitar como religioso salesiano; en que los educadores no abandonaran la pedagogía de los sacramentos, de tanta importancia en la tradición educativa de Don Bosco⁵. En este aspecto, mientras aplicaban la reforma litúrgica, los salesianos mantuvieron hasta el final en su seminario vicentino la práctica anual de los Ejercicios Espirituales⁶.

Hablando en general, se logró un nivel de convivencia muy aceptable. Los salesianos y los seminaristas se dedicaban a su trabajo en paz y en alegría. Una muestra de este espíritu expansivo era el canto de las *caramelles* que, como queda dicho, ahora pasó de los alumnos de las escuelitas a los del seminario: vestidos con el típico atuendo de ocasión, solos o con el refuerzo que les daban algunos voluntarios, salían a la calle todos los años el sábado santo por la mañana. Las gentes los acogían con gusto y gran generosidad. Mientras hubo seminaristas —hasta el 1971 inclusive—, hubo canto de *caramelles*⁷. Y lo mismo que años atrás, la fiesta de María Auxiliadora siguió conservando su carácter popular gracias a la procesión que se organizaba por las calles de la población —«la única que se hace en la villa en honor de la Virgen Santísima», recordaba por aquel entonces el padre Maquiera⁸—. La última vez que salió al exterior fue en 1971. Al año siguiente, se la sustituyó por una celebración eucarística en el frontón.

Cuando en el curso 1964-1965 faltó la Escuela Normal, el colegio de los niños —que, según sabemos bien, era considerado como *anejo* a aquella— perdió la ayuda que le prestaban los jóvenes normalistas, y se sintió

muy debilitado. Entonces su suerte dependía prácticamente de lo que el seminario pudiera hacer en su favor. Pero éste tampoco andaba sobrado de fuerzas. Aun así y todo, las escuelitas continuaron prestando sus servicios a la población por espacio de cuatro años más, aplicando los mismos métodos que antes y desplegando una actividad parecida. Si bien debieron limitarse preferentemente a la enseñanza primaria, tenían suficiente coraje para abrir las puertas incluso durante los meses de verano y organizar así las clases de repaso. Fue un mérito indiscutible de aquella comunidad que, aunque cada vez más reducida, no quiso sin embargo dejar de lado a los que precisamente tenían mayor dificultad para continuar sus estudios en otra parte. Ya en marcha el curso 1966-1967, el superior provincial tenía que reconocer que, a pesar de todas las limitaciones, las escuelitas seguían ejerciendo una labor «efectiva y meritoria en favor del pueblo»⁹. Y, en el curso siguiente, alababa al grupito de los 80 alumnos que iban asimilando «con normalidad» la educación y la instrucción que se les impartían¹⁰.

Pero, al disminuir en número y en posibilidades la comunidad salesiana, las escuelitas ya no tuvieron fuerzas para convocar a los niños e iniciar con ellos el curso 1968-1969. Temieron no estar en condiciones para cumplir su misión con dignidad. Y murieron. Tuvieron una muerte dolorosa, porque nadie quería que desaparecieran: «Nos trae de cabeza la cuestión del cierre del externado» —escribía, molesto, el director-cronista—¹¹. La humilde institución, levantada por don Joaquín Sáenz en 1950, había cumplido los 18 años de vida. Muchos de los que hoy están dedicados con pleno rendimiento al quehacer colectivo de la villa reconocen haber recibido en ellas el fundamento de su formación humana y cristiana: «Estamos en deuda con los salesianos —escribe, no sin emoción, Joaquim Pastor i Font—, puesto que nos han dado buena parte de lo que somos actualmente»¹².

La debilidad y las zozobras que sufrían las escuelitas eran un reflejo de lo que le pasaba a todo el conjunto de la institución salesiana en Sant Vicenç. Porque, tal como se ha apuntado, aquellos años fueron para ella de una inseguridad radical.

Efectivamente, el nuevo superior que se puso al frente de la Inspectoría de Nuestra Señora de la Merced había recibido la indicación de que, debido a las razones que en su tiempo habían motivado el traslado de los estudiantes de filosofía a Sentmenat (1964), ahora convenía también buscar un nuevo sitio para hacer otro tanto con el seminario menor. Según sabemos, se quería un lugar más adecuado —más apartado *del mundo* e higiénico— y un edificio más moderno y habitable. Don Francisco Olivan actuó en consecuencia. Para los primeros meses del 1966, ya estaba to-

do prácticamente decidido: se había adquirido una finca de unas seis hectáreas en las inmediaciones de Vilafranca del Penedés (Alt Penedés) y pronto iban a comenzar las obras de construcción de la nueva casa de formación. En consecuencia, «ante la proximidad del cierre de esta casa —recomendaba el provincial—, no se hagan más gastos en la vivienda que los indispensables de mantenimiento»¹³. A partir de este momento —marzo de 1966—, se impuso una atmósfera de provisionalidad sobre todo el quehacer de la institución.

Pero, por lo visto, aquel proyecto tampoco resultaba tan sencillo, porque, antes de acabar el año, aparecieron una serie de dificultades que aconsejaban no abandonar por el momento el puesto de Sant Vicenç, aunque éste presentaba inconvenientes y deficiencias notables¹⁴. El proyecto del traslado quedaba así en suspenso. Sin embargo, se mantenía la idea, porque a don Prudencio, nombrado director en el verano del año siguiente (1967), se le advirtió que, en el caso de que saliera un comprador, lo pusiera en conocimiento de los superiores. Al fin y al cabo, para edificar en Vilafranca hacía falta dinero. De esta forma se despertó una vieja tentación que los salesianos ya habían experimentado al comienzo del siglo: vender todo lo de Sant Vicenç y marcharse a otro lugar.

Una corazonada feliz

La tentación duró poco. Fue superada de una manera inesperada. Hacía tiempo, mucho tiempo, que los salesianos tenían una asignatura más o menos pendiente: la formación de los hermanos coadjutores (laicos). La idea, y hasta el proyecto, de crear en la propia inspectoría un centro especializado para ellos venía de muy lejos. Ya casi desde la inmediata postguerra. Por ejemplo, se había apuntado a Tarazona¹⁵, a Lleida¹⁶ y a Huesca¹⁷. Pero siempre sin éxito. Mientras tanto, los salesianos coadjutores se habían ido formando generalmente en las escuelas profesionales salesianas que funcionaban en las casas de Pamplona, Barcelona—Sarria y La Almunia de Doña Godina (Zaragoza). El padre provincial don Isidro Segarra (1958-1964) había pensado seriamente en la conveniencia de sacar de esta casa —situada en la inspectoría de Valencia— a los pertenecientes a la de Barcelona y colocarlos en un futuro centro, preparado específicamente para ellos dentro del propio territorio. Esta idea se la hizo suya don Francisco Olivan (1964-1970). En mayo de 1967 anunciaba a todos su propósito: «El próximo septiembre iniciaremos, Dios mediante, nuestro seminario de coadjutores en Sant Vicenç dels Horts, en principio con los cursos de iniciación profesional, para ir creciendo de año en año hasta tener completos todos los cursos de oficialía industrial.



La nueva escuela profesional: pabellones en construcción (A partir del 1970).

Comenzaremos con la actual casa, pero os puedo adelantar que ya están los arquitectos trabajando en el proyecto de la gran escuela nueva que se construirá en la parte alta de la finca, y que está ya incluida en el II Plan de Desarrollo»¹⁸.

Según esto: 1º. La Inspectoría salesiana de Barcelona iba a construir la escuela tantas veces proyectada. 2º. Justamente en la propiedad que tenía en Sant Viceng. 3º. Ya desde el primer proyecto se trataba de un centro de grandes dimensiones. 4º. Para acelerar la puesta en marcha de tal proyecto, en la misma casa de Sant Viceng se organizarían unos cursos elementales de enseñanza profesional en septiembre de 1967. Lo que equivalía a desterrar para siempre la hipótesis de que los salesianos dejaran Sant Viceng. El plan era ambicioso y, al parecer, urgente. Pero los hechos no lo convalidaron. Porque lo cierto es que los meses siguientes — verano/otoño de 1967— fueron un tiempo de oscuridad y tanteos: por una parte, no se eliminó del todo la intención de vender la propiedad de Sant Viceng; por otra, se acarició el proyecto de construir la futura escuela profesional en el mencionado terreno de Vilafranca del Penedés. Y, por supuesto, en septiembre no se llevó a cabo nada de lo dicho...

El panorama comenzó a cambiar de verdad en el mes de diciembre. El provincial destacaba a sabiendas el relieve que daba a estas palabras que escribía a la comunidad: «Los salesianos que pasaron por esta casa

y las buenas familias de este pueblo, que tanto aman la obra salesiana, han conseguido del cielo que se haya abandonado definitivamente la idea de cerrar esta benemérita casa. Nuestros superiores han dispuesto que se construya aquí el seminario de coadjutores, contando para ello con la ayuda del Ministerio de Educación Nacional a través del II Plan de Desarrollo. Esperamos que no falten los medios suficientes para llevar a cabo este proyecto y que nuestra vida ejemplar lo merezca»¹⁹. Y en la carta abierta, firmada a los cinco días y dirigida a todos los salesianos de la provincia, hacía pública esta decisión, recordando además el motivo: «Constituyen una verdadera preocupación las vocaciones y formación de nuestros coadjutores»²⁰.

Aquella decisión levantó los ánimos. «Fue una alegría muy grande —declara el padre Maquiera—, porque yo mismo me encontraba sometido a una fuerte presión, porque la gente que frecuentaba nuestra capilla, por ejemplo, sospechaba ya que acabaríamos marchándonos. Por eso, cuando el padre provincial me dijo que dejara ya de pensar en una posible venta de la propiedad, respiramos todos»²¹.

Y efectivamente, en el mes de septiembre del año siguiente (1968), los salesianos presentaban en el ayuntamiento los planos de las nuevas escuelas profesionales y el 21 de octubre comenzaban a derribar la torre Llinás, que se encontraba muy deteriorada e inservible²². Con ella desaparecieron también los campos de cultivo, bosque y jardines. Era un signo más de los cambios en marcha. Los salesianos habían adquirido la finca Llinás pensando también en los beneficios que podrían obtener de la explotación de la huerta y de la granja para el mantenimiento del seminario. Pero se imponía inapelablemente la vida: lo antiguo debía ceder el sitio a lo nuevo²³.

Las obras de construcción procedieron según los planes que había explicado un poco antes don Francisco Olivan: «La primera fase de trabajos comprende los edificios de aulas y talleres, concebidos de forma funcional que se aparta no poco de lo acostumbrado hasta la fecha, si bien recogiendo las exigencias y peculiaridades de nuestra pedagogía salesiana. Quedan para la fase siguiente la iglesia y el teatro, el pabellón de servicios, cocinas y comedores y el de la residencia; las instalaciones deportivas se simultanearán con la primera fase de las obras, y para ello estamos tramitando la obtención de alguna subvención de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes»²⁴. El esquema aquí enunciado se mantuvo substancialmente a lo largo de los años que duraron los trabajos, aunque introduciendo aquellas adaptaciones que las circunstancias y el desarrollo general de la institución fueron imponiendo.

El primer pabellón comenzó a utilizarse de alguna manera —sólo con un aula y un taller— en noviembre de 1970. Al curso siguiente (1971-1972) ya prestó un servicio más completo. Pero dos años antes (curso 1969-1970), había comenzado «formalmente» el seminario de coadjutores en la casa antigua²⁵. Mientras tanto, el terreno adquirido en los alrededores de Vilafranca se procuró venderlo enseguida, porque no ofrecía interés alguno por hallarse muy aislado y porque hacía falta dinero. Aquél había sido el último intento de aplicar el conocido principio de la *fuga mundi* (huida del mundo) en el emplazamiento de las casas de formación...

Teniendo en cuenta lo que antecede cabe preguntar por las causas que actuaron en esta historia. Sencillamente, a finales de los años sesenta, junto al pequeño seminario de estudiantes de latín —encaminados idealmente hacia el sacerdocio—, se había querido establecer otro destinado a los futuros salesianos laicos —orientados, como tales, a vivir su vocación en el ancho campo de la congregación de Don Bosco y más concretamente en el de la educación de la juventud trabajadora—. Todavía no se había pensado, al menos de un modo reflexivo, en crear una escuela profesional para los muchachos de los nacientes barrios del contorno. Si se ocupó la parte alta de la finca —que, por su situación, miraba hacia los futuros núcleos urbanos— había sido para tener un espacio amplio y soleado, ya que también se pensaba en una construcción de notables dimensiones. Pero ¿es que era tan grande la demanda de las vocaciones para salesianos laicos? No. Ya a mediados de 1969, don Francisco reconocía que en asunto de vocaciones se estaba atravesando «una crisis creciente»²⁶. Pero, a pesar de las «innegables dificultades de los tiempos», como él escribía, animaba a los suyos a trabajar en la búsqueda y promoción de las vocaciones, concretamente en las de los coadjutores: «Ojalá en el nuevo seminario de Sant Vicenç pudiéramos tener el próximo año un buen número de coadjutores procedentes de la acción apostólico-vocacional promovida por ellos mismos»²⁷. El motivo básico radicaba, pues, aquí. El paso se daba pensando más en clave del pasado que del futuro, ya que éste se escapaba rápidamente de las manos, como lo demostrarían enseguida los hechos²⁸. Pero Olivan optó por crear el órgano, con la esperanza de que éste engendraría el correspondiente movimiento...

Lo suyo era una *corazonada*, en que entraban, a un tiempo, la adhesión a la casa de Sant Vicenç y el amor a la institución de los hermanos coadjutores; era un impulso optimista y espontáneo, pero estaba abocado a una empresa difícil, arriesgada y prácticamente imposible. Y, a pesar de todo, por una de esas coyunturas imprevisibles, o al menos no previstas, que se producen en los tiempos de transición, tuvo un éxito indudable. Aquella corazonada resultó feliz.

Junto a este motivo fundamental, se han de colocar otros dos que tuvieron también su peso. Primero: el nombramiento de Josep Obiols i Riba en el verano del 1967 para que ocupara el cargo de ecónomo general de la provincia. El será quien, en medio de las aguas cambiantes de la transición, lleve a la práctica los proyectos de los padres provinciales Francisco Olivan y Joan Cañáis (1970-1976), por lo que se le ha de considerar también como verdadero protagonista de la historia que tratamos de conocer. Segundo: las consultas que se le hicieron al señor Molins, las cuales dejaron en claro el firme propósito que tenía de eliminar cuanto antes toda la contaminación ambiental que generaba su factoría. A la altura de los años setenta, ni las leyes ni la voluntad del empresario permitían semejante abuso. «Esta perspectiva —asegura el padre Obiols— fue una de las razones más importantes que animó a los consejeros del superior provincial a dar su voto afirmativo al proyecto de mantener el seminario en Sant Vicenç dels Horts»²⁹. Efectivamente, antes de llegar al verano del 1970, la empresa Cementos Molins realizaba las obras encaminadas a eliminar el polvo contaminante que desprendían las chimeneas. De esta manera, la institución salesiana en Sant Vicenç iba a experimentar un giro inesperado en su vida y en sus quehaceres tradicionales.

Un nuevo horizonte

Las enseñanzas profesionales dieron inicio con el curso 1969-1970. No se trataba todavía de ningún plan sistemático de formación profesional, sino tan sólo de dar algunos conocimientos previos o de preaprendizaje. Juntamente con las «prácticas de taller», se enseñaban las siguientes asignaturas: Religión, Lengua, Geografía Universal, Matemáticas, Física-Química, Historia Universal, Dibujo, Rotulación y Tecnología³⁰. Como únicamente se había podido reunir doce alumnos —en su mayoría procedentes del grupo de los seminaristas estudiantes—, el consejo de la casa apuntó a una nueva meta, con la idea de suministrar una mayor entidad al trabajo que se comenzaba: «Convendría admitir chicos del pueblo hasta un número prudencial»³¹. Como se ve, se formulaba una primera posibilidad de apertura hacia el exterior, pero tan sólo en función del grupo de los coadjutores, que se consideraba como parte integrante del seminario. Por eso el número de «chicos del pueblo» que se admitiera debía ser «prudencial», de suerte que la casa de formación no perdiera el carácter que le era propio. De hecho, en este curso no hubo alumnos externos, sino que el centro seminarístico comenzó a funcionar con las dos secciones de *estudiantes* y *artesanos* (Ver el cuadro n. 7).

Esta situación no pudo mantenerse ya en el curso siguiente, 1970-1971, porque el número de los coadjutores se había reducido a nueve. Por ello, desde mediados de noviembre del 1970, se dio cabida a 21 muchachos externos. Tampoco el horario pudo ser diurno, como antes, sino exclusivamente nocturno, desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche, combinando las clases de teoría con las prácticas de taller³². Por tanto, este curso resultó un tanto complejo, ya que del grupo de alumnos que cursaban la enseñanza profesional unos eran internos y otros, externos. A partir de ahora —primer año del inspectorado del padre Cañáis (1970-1976)—, parecía evidente que el proyecto de un seminario sólo para coadjutores no era viable. El plan inicial había fracasado, y en cambio se estaba abriendo un nuevo horizonte, que el citado padre inspector veía clarear ya: «Sé que en el pueblo es apreciado el esfuerzo que estáis haciendo —les decía a los salesianos al comienzo el año 1971—, y se desea que se potencie al máximo, habida cuenta de la urgencia de promocionar a la población de los barrios en crecimiento vertiginoso»³³. Era la primera vez que un superior expresaba sin ambages el cambio de perspectiva: sin dejar de mirar a la formación de los futuros salesianos coadjutores, había que fijarse en el mundo de los emigrados que acudían masivamente a la villa. Esto equivalía a descubrir la clave del futuro. La comunidad la aceptó por completo y se dispuso a actuar en consecuencia. A partir de este momento todo quedó de hecho en sus manos. Los salesianos se fijaron no sólo en la cercanía de los emigrados, sino en la profunda transformación industrial que estaba experimentando toda la comarca del Baix Llobregat. No se movieron automáticamente, sino por una opción consciente y decidida: ellos debían actuar y empujar. Por eso pudieron ir avanzando, aun cuando los superiores se vieran desbordados y dudaran al principio del éxito de aquel cambio.

El curso siguiente, 1971-1972, significa, por un lado, el cierre definitivo de las dos secciones del seminario menor como tal: los *estudiantes*, muy disminuidos numéricamente, encontraron sitio en el de Gerona; los artesanos, que quedaron reducidos a dos después de las vacaciones de Navidad, fueron enviados a la escuela profesional de Barcelona-Sarriá. De esta manera terminó el largo período histórico en el cual aquella casa salesiana había estado dedicada a seminario. Por otro lado, representa una primera afirmación del aprendizaje profesional iniciado durante el curso anterior. Ahora se instaló ya en uno de los pabellones nuevos³⁴.

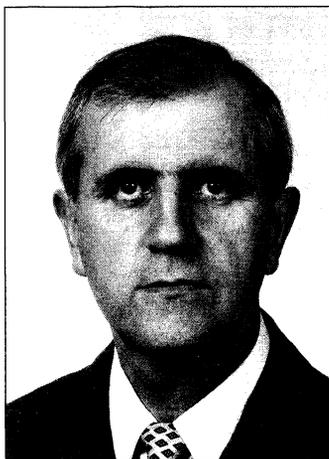
La primera enseñanza de orientación profesional que se impartió fue la de la mecánica; un tanto informalmente —horario nocturno— en el curso 1970-1971, ya con mayor sistematicidad en el siguiente, que puede considerarse como el del arranque de la futura escuela. Este curso (1971-

1972) amplió su oferta con las ramas de electricidad y administrativa. El padre José Antonio Iguácel recuerda todavía muy bien cómo tuvo que andar visitando y consultando a las diversas empresas de Sant Vicenç — Printer, los talleres de can Ros, los que funcionaban junto a la carretera de Valencia— al objeto de acertar con las enseñanzas profesionales que convenía introducir, en consonancia con la demanda que formulaba el mercado de trabajo. «Aquello fue para mí una experiencia muy enriquecedora» —declara³⁵—. En consecuencia se pusieron en funcionamiento las escuelas-taller de mecánica y electricidad.

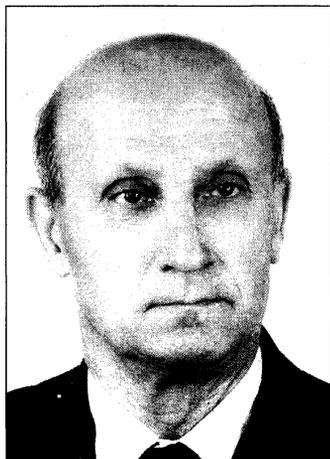
La implantación de la rama administrativa obedeció a otra exigencia. Don José Antonio, encargado, como veremos, del centro juvenil —que era *mixto*— y docente en el colegio de la Inmaculada —Hermanas de la Doctrina Cristiana—, se preguntó a sí mismo qué salida profesional podía brindar a las muchachas. El bachillerato parecía inviable: ni ellas ni las familias aspiraban a tanto. Pero quizá quedaba abierto el camino de la formación profesional... Así fue cómo surgió la rama administrativa, pensada especialmente como oferta al sector femenino. Pero debido sobre todo a la falta de un ambiente social adecuado, le costó abrirse camino. De todos modos, el paso decisivo estaba ya dado. Las dos primeras alumnas se llamaban Immaculada Ferrés Baques y Margarida Nicolau Moyés (curso 1971-1972). Con ellas, la escuela profesional se hacía *mixta*.



*Immaculada
Ferrés Baques.*



En Ramón Fité Juanmartí.



En Josep Barbal Elfa.



En Francesc Mo Rufat.

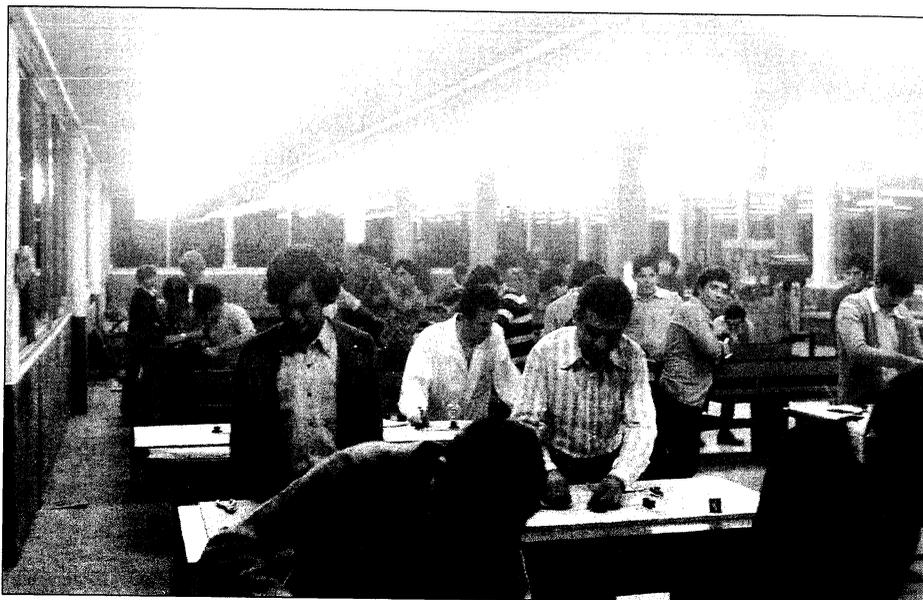
Entre las regidas por los salesianos de la inspectoría de Barcelona, ésta fue la primera que aceptaba tal modalidad. Parecía que no ocurría nada, y, sin embargo, aquello no dejaba de constituir una ruptura en la praxis secular de la Congregación Salesiana, porque, desde todas las instancias, se había repetido mil veces que los salesianos eran sólo para los chicos, así como las salesianas eran sólo para las chicas. Se comprende por tanto que le llamaran la atención al encargado: «Yo le contesté al padre provincial —confiesa don José Antonio— que era una cosa que imponían las circunstancias; que hacía tiempo que chicos y chicas frecuentaban nuestro centro juvenil; que, por consiguiente, no me sentí obligado a pedir ninguna autorización a nadie»³⁶. Así procedían las cosas cuando se estaba entrando en un período de transformación sociológica y educativa, y cuando, por consiguiente, costumbres y reglamentos de tiempos pasados resultaban ya obsoletos. En este curso de 1971-1972, al que nos estamos refiriendo, el total del alumnado subía a 69³⁷.

El citado José Antonio Iguácel era un salesiano, ordenado sacerdote en junio de 1970. Inmediatamente lo habían enviado al seminario vicentino como *catequista* y *consejero*, es decir, como el responsable directo de la vida espiritual e intelectual del mismo. Pero allí se encontró con la transformación que se había iniciado en el curso anterior: la sección de los estudiantes iba en declive, y la de los artesanos necesitaba la ayuda de los alumnos externos —de los «chicos del pueblo», como se expresan a veces los documentos— para poder arrancar con fuerza suficiente. Colocado en semejante coyuntura y sin contar con medios pertinentes, se las arregló como pudo.

Como se ha dicho, trató, primero, de organizar el taller de mecánica (1970-1971) y después, el taller de electromecánica y la rama administrativa (1971-1972). Para ello tuvo la ayuda de tres maestros mecánicos — los salesianos coadjutores Josep Barbal Elfa, Francesc Mo Rufat y Ramón Fité Juanmartí³⁸; del personal de la comunidad y de varios jóvenes salesianos —estudiantes de teología en el seminario salesiano Martí-Codolar pero que vivían en Sant Vicenç—, y especialmente, de unos profesionales que, aunque no eran salesianos, pensaban en salesiano y querían prestar sus servicios de una manera altruista. Recordamos a Saturnino P. Bermejo Osés (perito eléctrico), Joan Esteve i Recasens (perito eléctrico), Josep F.Folqué Margalef, Gabriel Martín (técnico mercantil), Jordi Puig i Puig (mecánico matricero y técnico en neumática), Antoni Rosiñol (administrativo de la Caixa de Pensions), Guillem Segarra Casabona (perito químico) y Jaume Viñals i Viñals (químico). A ellos siguieron después otros, como Andreu Ribas (contable), Enric Daunis (administrativo) y su esposa Rosa Maria Vendrell.

Eran unos profesionales que, después haber pasado toda su jornada habitual de trabajo, todavía se avenían gratuitamente a hacerse cargo de la enseñanza nocturna en favor de unos muchachos a los cuales, más de una vez, les faltaba la debida preparación cultural. Su labor resultaba indudablemente sacrificada. Por tanto, esta presencia de los seglares y su generosa colaboración constituyen una de las notas características de la nueva obra, que se entendía llevar a cabo no simplemente como una tarea privada, sino colectiva y popular. Además, como algunos de ellos (Bermejo, Esteve, Puig, Viñals) eran antiguos alumnos salesianos, también apareció entonces otra de las dimensiones típicas de la futura escuela: la participación explícita de la Familia Salesiana. Aquellos años de transformación se asemejaron mucho a los tiempos fundacionales, que para los salesianos han sido con frecuencia heroicos.

Como se ve, en cuanto a orientación general y métodos pedagógicos, la nueva escuela profesional vicentina nació estrechamente unida a las escuelas salesianas de Barcelona-Sarriá y de Badalona. Y aunque, por falta de medios³⁹, le costó bastante dar los primeros pasos, fue capaz de atraer a la juventud, tanto del llano como de la montaña de Sant Vicenç, e incluso de los pueblos de alrededor: «La edad exigida para comenzar los estudios —advertían los salesianos— es la de 14 años cumplidos o por cumplir en este año de 1970»⁴⁰. Así reanudaban el hilo de una historia que había quedado roto cuando las escuelitas habían cerrado las puertas al acabar el curso 1967-1968. Pero, según se ve, la interrupción duró poco, porque, a los dos años, si bien todavía con graves limitaciones, los salesianos se esforzaban por ponerse al servicio de la población vicentina



Curso 1971-1972: antiguo taller de electricidad.

por medio de las enseñanzas profesionales. ¿Crecería aquella planta que, entre 1970 y 1972, sólo había despuntado a flor de tierra?

Algo semejante ocurría en el ámbito de las actividades del tiempo libre. Sabemos por el segundo capítulo que el *esplai* infantil apareció en 1902. Los incidentes de su vida han ido dejando diversos reflejos en las páginas que anteceden. Durante los años cincuenta y a la sombra de las escuelitas, tuvo un desarrollo más que notable en servicio de los niños y adolescentes de la población. Sus actividades no desaparecieron hasta el cierre de las mismas escuelitas en el curso 1967-1968. Pero aún después, gracias en concreto a la ayuda que prestaban los estudiantes de teología del seminario Martí-Codolar en el período veraniego, el *esplai* nunca feneció del todo. ¿Pero sería posible inyectarle nueva vida?

En aquel momento, las inquietudes pastorales comenzaban a dar importancia a las agrupaciones juveniles de chicos y chicas algo mayores y más comprometidos en la propia acción educativa. El joven sacerdote José Antonio se encargó no de resucitar el antiguo *esplai* —de carácter más infantil e informal—, sino de echar las bases de un centro juvenil propiamente dicho. Como ya conocía el terreno por la experiencia que había adquirido en Barcelona colaborando con el salesiano don Rafael Colomer, se puso a trabajar enseguida. «Acudí al *Centre Catòlic* —nos cuenta—

donde me encontré con un grupo de jóvenes vicentinos. Nos sentimos hermanados por los mismos ideales, y comenzamos a reunirnos en los salesianos. De aquí surgió el núcleo del futuro centro juvenil»⁴¹. La iniciativa tuvo pleno éxito, porque para la noche de Navidad de 1970 ya se organizó una «misa de juventud», en la cual intervinieron unos 125 jóvenes de ambos sexos, con cantos festivos al son de las guitarras. Siguió el correspondiente *resopó* navideño. La crónica precisa que la celebración duró «hasta las tres de la madrugada»⁴². Algo semejante ocurrió con motivo de la fiesta de San Juan Bosco (enero de 1971). Hubo misa y seguidamente degustación y sesión de cine-fórum. De esta suerte se puso en marcha el centro juvenil, que, entre chicos y chicas, llegó a aglutinar a unos 200 jóvenes. Para ellos se habilitaron algunos locales del antiguo seminario que habían servido para aulas y dormitorio.



Don José Antonio Iguácel Ipas.

La asociación alcanzó sus mejores índices de vitalidad entre los años 1970 y 1973. Aquello fue como la irrupción de una juventud soñadora y entusiasta: «Queríamos hacer cosas nuevas», declara en bella síntesis Camil Rull⁴³. Su talante humanista y cristiano apostaba no tanto por un catolicismo autocomplaciente y conservador, sino por otro operativamente más agresivo. Del espíritu que animaba la agrupación brotaron diversas actividades⁴⁴ y, sobre todo, el proyecto germinal de la actual *Escuela Iris*, destinada, como bien saben los vicentinos, a la educación de los deficientes psíquicos. La presencia, en efecto, de uno de éstos en el centro juvenil llevó a unos cuantos a interesarse sobre el tema. Y descubrieron que en la villa de Sant Vicenç sólo un número muy reducido y privilegiado podía acudir a las escuelas especializadas, todas ellas situadas fuera del término municipal. Ante aquella constatación, decidieron no quedarse de brazos cruzados, sino acudir en lo posible al domicilio de los enfermos para instruirlos y educarlos⁴⁵. Y luego se atrevieron a dar un paso más, fundando un centro de educación especial, que, con la ayuda del alcalde Joaquín Canalías Carbonell y de los salesianos, abrieron en otoño del 1974. Dicho centro radicó en el edificio de las antiguas escuelitas, que los



Curso 1972-1973: el centro juvenil de excursión.

salesianos habían cedido gratuitamente para este objetivo. Llevó el nombre de Escuela Marinada y más tarde —después de haber superado una grave crisis (1977)— el de Escuela Iris, la cual sigue ocupando todavía el pequeño pabellón del antiguo externado salesiano (calle Mestre Ramón Camps, n. 5) que en 1981 pasó a propiedad del Municipio. Como se ve, los orígenes de esta obra radican exclusivamente en el esfuerzo generoso de unas muchachas y de unos muchachos vicentinos que, hace cerca de veinticinco años, nutrían sus ideales en el espíritu del centro juvenil salesiano: «Era allí —nos ha asegurado Joan Mareé i Rigol— donde se infundía a los jóvenes la voluntad de hacer algo por los demás»⁴⁶. Por tanto, la nueva institución ha de considerarse como el resultado feliz de los esfuerzos de un voluntariado colectivo, tal como ya lo hacía resaltar en su tiempo la cronista oficial de la villa, Magda Sanrama Felip⁴⁷, y lo ha remarcado recientemente el historiador Agustí Caralt⁴⁸. Nuestra escuela de educación especial alcanzará su plenitud dentro de muy poco tiempo con la inauguración oficial del *Taller Iris*, situado en la calle Anselm Clavé, números 121-127.

Además de las dificultades habituales —falta de medios, de constancia por parte de los chicos—, las más importantes con las que hubo de enfrentarse el funcionamiento del centro juvenil fueron las siguientes.



La Escuela de educación especial Iris, en el antiguo edificio de las escuelitas.

En primer lugar, la resistencia que ofrecían varios salesianos, como también algunas personas de su entorno que se interesaban por los temas de la educación. A todos ellos les parecía inaceptable aquel género de vida en que jóvenes de ambos sexos actuaban espontánea y libremente, sobre todo en ambientes de fiesta y distensión. Y es que, en los primeros años setenta, lo mismo en Sant Vicenç que en otros lugares, la *coeducación* constituía todavía una innovación y una ruptura con respecto a la praxis educativa tradicional. Si no escandaloso, resultaba al menos un método sospechoso. En realidad se convirtió en un foco de recelos y de tensiones.

En segundo lugar, irrumpió la agitación política. Eran los años finales del franquismo. Es verdad que aún vivía el general Franco, pero el postfranquismo era ya un hecho. En consecuencia, el movimiento *Bandera Roja*, de tendencia radical-izquierdista, comenzó a golpear con fuerza varias agrupaciones juveniles salesianas de Cataluña, y, por supuesto, la de Sant Vicenç no se vio libre del ataque. «Yo me di cuenta —explica don José Antonio— que se criticaban mi pensamiento y métodos de educación, que se tendía a marginar toda preocupación religiosa, que se intentaba sustituir la autocrítica por la crítica social y política, que se querían multiplicar las manifestaciones públicas y las asambleas reivindicativas.

Me tuve que plantar: 'o aceptáis —les dije— los objetivos que tiene este centro juvenil desde la fundación o ya podéis marcharos'. Me llamaron dictador. Algunos me advirtieron que anduviera con cuidado»⁴⁹. Todo esto ocurría entre 1974 y 1975. El ambiente quedó enrarecido. Por lo que el centro juvenil se redujo a un grupo minoritario.

UN PUEBLO EN TRANSFORMACIÓN

Ya se ha hecho referencia a este argumento en las páginas anteriores. Ahora conviene tratarlo con cierta consideración al objeto de entender el impacto que produjo sobre los salesianos y la consiguiente reacción de éstos.

El geógrafo Tomás Vidal i Bendito, refiriéndose a la evolución demográfica de Cataluña, no duda en llamar a los años sesenta una «década explosiva»⁵⁰. No es que todas las comarcas progresaran a un mismo ritmo: mientras algunas experimentaban un gran desarrollo, otras quedaban estancadas o decrecían claramente. El Baix Llobregat fue una de las comarcas que tuvo un estirón más grande, porque si en 1960 tenía 174.155 habitantes, en 1970 alcanzaba los 389.979. A esta altura, poblaciones como Cornelia, Gavá, Martorell, Molins de Rei, el Prat, Sant Boi, Sant Feliu, Sant Joan Despí, Sant Just Desvern, Viladecans, habían más que duplicado y triplicado la población que contaban en 1940. La tendencia alcista se fue sosteniendo también a lo largo de los años setenta: en 1981 la población de la comarca subía a 572.829 habitantes.

Es precisamente dentro de este contexto donde hay que situar la evolución demográfica del pueblo de Sant Vicenç. He aquí las cifras más significativas: 1950, 3.295 habitantes; 1960, 5.750; 1965, 10.231; 1970, 14.509; 1975, 18.344; 1981, 19.975⁵¹. Como se ve, todo el decenio de los sesenta y el primer quinquenio de los setenta resultaron de un aumento espectacular. En nuestro estudio nos fijamos principalmente en estos quince años, de fuerte transformación demográfica y social (1960-1975).

Es sabido que esto se debió no tanto a los nacimientos, como, sobre todo, a la llegada de los inmigrantes. El motor o cabeza de tren que arrastró personas y familias hacia el llano y el corredor del Llobregat fue Barcelona con su periferia urbana. Aquí, en efecto, se daban unas posibilidades de trabajo que no existían en las tierras de donde procedían los emigrados, los cuales constituían una mano de obra barata.



Antes del 1969: nace espontáneamente el barrio de Sant Josep.

El aumento demográfico iba acompañado, en un grado u otro, por dos procesos correlativos entre sí: el de la industrialización en sus sectores más relevantes —textil, construcción, metalúrgico, químico, eléctrico y alimentario— y el del retroceso de la agricultura, ya que las tierras se destinaban a nuevas construcciones industriales, caminos y carreteras, urbanizaciones. El payés prefirió venderlas a cultivarlas.

El término municipal de Sant Vicenç no es que estuviera industrializado con grandes factorías, aunque contaba con la fábrica Cementos Molins (desde 1928) y no estaba lejos de la otra gran fábrica de cemento Sansón (Sant Just Desvern, desde 1921) y de la colonia fabril Güell (Santa Coloma de Cervelló, desde 1890). Pero ofrecía tierras para construir y habitar. Por eso, los nuevos inquilinos compraban terrenos antes destinados a la agricultura o que eran poco productivos, y *autoconstruían* allí sus viviendas, mientras se ganaban los medios de subsistencia trabajando, sobre todo, en las tres empresas mencionadas. Algunos se empleaban también en las huertas de la vega. De esta manera, Sant Vicenç se fue convirtiendo prevalentemente en una ciudad-dormitorio. Pere Bosch evoca aún con viveza aquel trasiego de trabajadores que tenía lugar todos los días laborales cuando, a las siete de la mañana, varios autocares salí-

an hacia Molins, Sant Feliu, Sant Just Desvern, Esplugues, Barcelona, Santa Coloma de Cervelló... Al anochecer, se repetía la operación en sentido contrario: los trabajadores regresaban a Sant Viceng. «Vivían y dormían aquí, pero se iban a buscar el pan a otra parte»⁵².

Las parcelas más baratas se encontraban en la parte de la montaña. Algunos propietarios eran grandes terratenientes —como doña Carmen de Llinàs—; otros, minifundistas. Pero unos y otros estuvieron interesados en vender sus posesiones enseguida y cobrar el dinero correspondiente. Naturalmente, en esta compleja operación de compraventa de terrenos y construcción de viviendas entraron en juego comportamientos muy diferentes. Sin duda, la señora Llinàs actuó con generosidad y con sentido social. Pero abundaron también los casos de especulación, *picaresca*, provisionalidad, falta de planificación y de legalidad. El Ayuntamiento, desbordado ante la avalancha inmigratoria, más de una vez dejó hacer. Al fin y al cabo había que dar un medio de vida a los forasteros. Pero ya se sabe la serie de carencias y desajustes que origina un crecimiento tan rápido y desordenado.

Los inmigrantes provenían mayoritariamente de otras comarcas de Cataluña y de Andalucía; y en menor número, del interior y del levante de la Península.

Resultado de todo el proceso descrito fue una nueva división administrativa de la villa. En el distrito primero, figuran los barrios del Pueblo (Antiguo) o Casco Antiguo, Poblé Nou-la Vinyala, el Ensanche, el Trébol-Can Ros y el Serral; en el segundo, el de Sant Josep; en el tercero, el de la Guàrdia-Can Costa; en el cuarto, los de Sant Antoni y Sant Roc.

Ahora bien, con el desplazamiento de su escuela y vivienda al punto donde antes se alzaba la torre Llinàs, los salesianos se vieron situados de cara a los nuevos barrios de la Vinyala y la Guardia, como también cerca del núcleo ocupado por los Albergues Provisionales. En adelante, los tres puntos mencionados señalarían para ellos la «zona». Tal es la terminología que adoptaron de un manera espontánea, porque psicológica y pastoralmente se sentían vinculados a la misma. Con lo que se fueron haciendo conscientes de que, si bien les disgustaba, quedaban un tanto distanciados del «pueblo» de siempre.

Para hacer frente a la creciente demanda de pisos, se instituyó el Patronato Local de la Vivienda, que comenzó a construir el polígono de la Vinyala en 1968. El proyecto comprendía 500 viviendas y abarcaba una extensión de 26 hectáreas. Un año y medio más tarde (1969), lo inauguraba el Gobernador Civil de la Provincia, don Tomás Pelayo Ros. Desde un principio participó de la tipología propia del «pueblo» o del «llano»,

dando cobijo a muchos catalanes, aunque también a muchos andaluces y a bastantes del centro de España. En su conjunto se configuró prevalentemente como un ámbito *catalán*. Como se verá más tarde, desde 1974 radica allí la iglesia principal de la extensa parroquia de San Antonio, confiada a los salesianos en 1976.

El barrio de la Guardia, con sus núcleos de Can Costa y Font del Llargarut, se fue levantando a lo largo de los años sesenta y primeros de los setenta sobre el Puig Perdiguier. Representa, por tanto, la fisonomía típica de la «montaña». Los campos de algarrobos, almendros y olivos fueron devorados ante la dura necesidad de tener que construir a toda prisa una vivienda. El barrio nació y creció anárquicamente, sin orden ni concierto, con casas pequeñas y mal equipadas, de las que los servicios públicos más imprescindibles estaban ausentes. Sobre el año 1975 ya se encontraba muy poblado. Allí prevalecían las familias andaluzas, generalmente numerosas. Era una gente joven, sin instrucción y sin cualificación profesional, destinada casi siempre al peonaje.

Por la parte de esta barriada y al otro lado de la propiedad de los salesianos, el Ministerio de la Vivienda preparó urgentemente unos barracones prefabricados llamados *albergues provisionales*, para dar una solución de emergencia a las familias que habían sufrido más en las inundaciones de septiembre de 1962 en el Valles. Allí fueron a parar también algunas familias de Sant Vicenç damnificadas por el mismo motivo —la calle del Río sufrió graves perjuicios— y otras gentes necesitadas de diversa procedencia. Tales barracones eran 120 y se llamaron «provisionales» porque en su lugar y en el espacio de un año debían levantarse unas viviendas para acoger a las familias que los ocupaban. Pero la solución tardó ocho años en venir, porque hasta el año 1970 el citado Ministerio (por medio de la Obra Sindical del Hogar) no tuvo a punto el denominado «Grupo Llinás», construido en las inmediaciones. Sólo entonces pudieron trasladarse las familias desde los albergues a los pisos. En 1971 se procedió al derribo de aquéllos.

Este lugar pronto cobró un significado particular en la vida religiosa del colectivo establecido en el paraje Llinás. Porque en 1963, por condescendencia de doña Carmen Llinás, Caritas diocesana consiguió levantar un pabellón, también prefabricado, para que sirviera de *guardería infantil*, y en el cual el Arzobispado autorizó el que, los domingos y demás días festivos, se pudiera celebrar una misa. Con lo que de hecho se convirtió en un lugar de culto. Brevemente, desde 1964, dicho barracón funcionaba como guardería durante la semana y, en los domingos y en las fiestas religiosas —con las molestias y limitaciones que son de suponer—, como iglesia. Cuando, en 1969, se erija la nueva parroquia de San Antonio, el

*El senyor Joan Juncadella i
Carcereny (+1971).*



Niños de catecismo en Montserrat.



*Niños de catecismo en el barrio de Sant Roc (Sant Vicenç) (Archivos Julia y
Caralt).*

pos humanos —los antiguos y los nuevos vicentinos—; entre el llano, prevalentemente catalán, y la montaña, casi exclusivamente no-catalana. Ambos colectivos, aunque abocados a entenderse un día u otro, por el momento se hallaban muy distanciados, y el problema de su integración psicológica y social parecía insoluble. En esta difícil coyuntura el señor Juncadella se animó a llamar a las puertas de los salesianos. ¿Encontraría alguna ayuda?

Como ya se ha visto en parte y se irá viendo mejor a continuación, los salesianos de Sant Vicenç entendían enfocar el problema del cambio de la misma manera que Joan Juncadella: es decir, desde el punto de vista ético, religioso y educativo. La creación de la escuela profesional y la fundación del centro juvenil trataban de dar una respuesta a estas preocupaciones. Los salesianos vicentinos apenas se mudaban de sitio, pero adoptaban una manera nueva de estar y de hacer.

Sin embargo, antes de llegar a tales opciones (1970), tuvieron que seguir pensando y trabajando en su seminario. Naturalmente, desde mediados de los años sesenta percibían cómo se estaba transformando su entorno urbanístico y social, pero entendían que, por el momento, sus fuerzas debían concentrarse en casa y no desparramarse hacia fuera. Por lo que el señor Juncadella intentó llamar a otros salesianos.

Desde Barcelona: los jóvenes catequistas

En septiembre de 1964, su hijo Rafael había dejado el colegio salesiano de Huesca y se encontraba ya en el de Barcelona-Rocafort. Estaba encargado de la instrucción y animación religiosa del alumnado, y también de varias agrupaciones juveniles que funcionaban desde antiguo, como eran las Compañías Religiosas —para niños y adolescentes colegiales— y el Círculo Domingo Savio —para jóvenes antiguos alumnos—. Fue a comienzos de curso 1964-1965, cuando el señor Juncadella acudió a los salesianos de la calle Rocafort de Barcelona: «Mi padre me insinuó a ver si alguno de los jóvenes del Círculo Domingo Savio podía subir a Sant Vicenç para ayudarle, pues tenía muchos niños y niñas y pocos catequistas»⁵⁷. La respuesta fue generosa. Inmediatamente una media docena de circulistas tomaron la idea «con gran interés». Luego fue aumentando el número de los voluntarios. El domingo por la mañana tomaban el tren o el autobús en la plaza de España y, tan pronto como llegaban a Sant Vicenç, organizaban sus *catecismos*, con juegos, instrucción catequética y celebraciones religiosas. En el curso 1966-1967, llegaban a los dos barrios de la Guardia y de Sant Josep. Luego, también a Can Costa y al

área de Cementos Molins. El centro de operaciones lo tenían en los albergues. A primeras horas de la tarde, daban por terminado el trabajo y, cansados y satisfechos, volvían a Barcelona. Y así durante unos cuatro años. «La labor realizada por estos circulistás fue muy buena. Les sirvió además de estímulo» —opinaba Rafael Juncadella⁵⁸—. Junto a ellos colaboraban algunos estudiantes de teología, procedentes del seminario salesiano Martí-Codolar, de Barcelona⁵⁹.

Desde Barcelona: las salesianas

Joan Juncadella no se contentó con asociar a los muchachos a su *apostolado* vicentino, sino que tuvo también el coraje de invitar a las jóvenes. Comenzó llamando a la puerta de las Hijas de María Auxiliadora del colegio de la calle Sepúlveda, muy cercano al de los salesianos de Rocafort. Por fortuna, en aquellos momentos se estaban preparando las fuerzas que se necesitaban.

Efectivamente, sor María Isabel Espinosa, delegada provincial para la catequesis y residente en el colegio de Santa Dorotea, de Sarria, había puesto en funcionamiento una *Escuela Juvenil de Catequistas*. Desde octubre de 1963, este centro, más o menos vinculado a la Escuela Diocesana de Catequistas, radicaba en el mencionado colegio de Sepúlveda y abría las puertas los sábados por la tarde. En él enseñaba teología el sacerdote salesiano don Rafael Casasnovas, mientras que sor María Isabel impartía lecciones de metodología catequística. En el curso 1965-1966, se trasladó a Sarria.

Fue el momento exacto de secundar los deseos del señor Juncadella. Porque la escuela de catequistas, integrada por muchachas que provenían tanto del colegio de María Auxiliadora (calle Sepúlveda) como del de Santa Dorotea (Sarria), constituía una buena cantera de recursos humanos. Las barriadas pedían su ayuda, y también la escuela, por su parte, necesitaba iniciar a las alumnas en las *prácticas* de la enseñanza del catecismo. En consecuencia, María Isabel Espinosa, con un grupo de alumnas de la citada escuela, puso en marcha una *catequesis* en los albergues provisionales de Sant Vicenç. Vale la pena recoger la fecha exacta: domingo, 17 de enero de 1965. Ya estaba adelantado el curso escolar 1964-1965. Al siguiente, otras alumnas de la Escuela Juvenil de Catequistas, acompañadas por sor Carmen Cátala, se animaron a ir a colaborar en la parroquia de Sant Llorenç (calle Entenza, de Barcelona). Como se ve, ya para entonces, las salesianas habían diseñado un plan estratégico de evangelización: abrirían, a ser posible, varios frentes de actividad catequística; María Isabel los animaría y coordinaría desde la



Sor María Isabel Espinosa
Bort.



Sor Pilar Polo Miravé.

escuela, y ella y otras religiosas acompañarían a las chicas a cada uno de los puestos escogidos. Por aquel entonces concluían las tareas del Concilio Vaticano II (1962-1965), y un cúmulo de fuerzas eclesiales estaba a punto de entrar en acción. Al menos desde este punto de vista, aquello fue una admirable floración del Espíritu⁶⁰.

Con el curso 1965-1966 la Escuela Juvenil de Catequistas reanudó las actividades que habían quedado interrumpidas en el verano. Algunas jóvenes, con María Isabel, emprendieron de nuevo la ruta de Sant Vicenç. Pero esta vez —7 de noviembre de 1965—, iba también con ellas una joven salesiana llamada Pilar Polo Miravé, que tenía la responsabilidad de acompañar a las muchachas del colegio de Sarria, alumnas de la mencionada escuela. «Les deseamos —escribió la cronista de la casa de Santa Dorotea— que, dentro de las posibilidades, puedan hacer mucho bien entre las niñas que atienden espiritualmente y también corporalmente en aquel sector pobrísimo de la vecina población»⁶¹. Tal sector «pobrísimo» no era otro que el ocupado en Sant Vicenç por los albergues provisionales.

Ya desde un comienzo (enero de 1965), las *catequistas* acostumbraron actuar más o menos como los circulistas de los se ha hecho mención un poco más arriba. Es decir, los domingos y fiestas, por la mañana, iban a la plaza de España a tomar el tren o el autobús. Casi nunca podían disponer de un coche particular⁶². Habían de llevar consigo los bocadillos de la comida y todo lo necesario para animar la jornada.

Una vez en el pueblo, acudían inmediatamente a la guardería infantil de los albergues donde, en los primeros tiempos, tenían montado su oratorio festivo o *esplai*. El barracón, con su pequeño patio, llevaba el número 1 del Camino del Cementerio. Acaba de desaparecer con el año 1996. Entonces sor Pilar, por ejemplo, tocando una campana, recorría los estrechos pasillos que separaban los barracones-vivienda. Éstos eran muy pobres y de dimensiones reducidas.

—¿Ya es la hora, hermana?, preguntaba una mujer asomándose, tal vez todavía en camisón, por la portezuela.

—¡Sí, es la hora del catecismo!

—Pues enseguida van los pequeños...

«De los barracones salía una gran cantidad de niños y niñas», precisa Carmen Beristain que, juntamente con sor María Isabel y sor Enriqueta Ducet, debía continuar la obra iniciada. «Me parecía encontrarme en tierra de misiones», añade sor Pilar recordando un rito que cumplía hace más de 30 años en el espacio ahora comprendido entre la tapia de los salesianos, el cuartel de la Guardia Civil y el grupo de viviendas Llinàs⁶³.

La mañana dominical transcurría entre juegos, charlas de catequesis y la misa, que tenía lugar a la una de la tarde. Solía celebrarla el cura ecónomo, mossén Manel García, o bien algún sacerdote del seminario salesiano. Pero, como ocurre con frecuencia en estos ambientes populares de marginación, la catequista se veía también reclamada a intervenir entre las personas mayores. Y así, sor Pilar Polo solía reunir a varias señoras para instruirles, por ejemplo, sobre higiene doméstica y puericultura. En estas ocasiones la causa de la promoción humana se unía a la de la religión, porque, como dice ella, «las preguntas sobre los temas religiosos surgían espontáneamente»⁶⁴.

Cuando, a la hora de comer, la gente volvía a sus casas, las catequistas echaban mano de sus bocadillos y los despachaban en la misma guardería. Antes de abandonar aquel lugar, evaluaban lo realizado y, en consecuencia, delineaban el programa que debían seguir al domingo siguiente. No era el caso de ir con grandes proyectos premeditados, sino de ver lo que podía hacerse en aquella circunstancia concreta. A media tarde —a eso de las cuatro o las cinco— tomaban el camino de vuelta. Las hermanas acompañaban a las jóvenes hasta Barcelona, procurando llegar siempre de día, «pues a los padres no les gustaba que entraran en casa de noche»⁶⁵.

Al poco tiempo (hacia el 1967), la guardería se convirtió en una base de operaciones, porque las hermanas, animadas también por el vicario pa-

rruquial mossén Manel García, sintieron ganas de ir más lejos, hacia arriba, más allá del cementerio. Y así, mientras unas permanecían en el primer enclave, otras se llegaban a la ermita-iglesia de San Antonio, al suburbio de Can Costa y a un lugar que ellas denominaban «la Guardia», por encontrarse en un extremo del mismo barrio. «Nosotras descubrimos 'la Guàrdia', que entonces se estaba construyendo», afirma con plena lucidez sor Enriqueta Ducet, como reviviendo el impacto que le produjo la entrada en una tierra desconocida, pero a la que amó intensamente desde el primer momento⁶⁶. Es aquí donde las hermanas creyeron encontrar un campo preferente de acción, especialmente desde que, a partir del verano del 1970, las religiosas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús (las «italianas») concentraron sus fuerzas de un modo más fijo en el área de los albergues y del grupo de viviendas Llinás. No tenía nombre propio. Aquel rincón era para las salesianas «la Guardia», la frontera emblemática de la barriada en construcción. Allí pasaban prácticamente toda la jornada del domingo, mañana y tarde.

Según la descripción que hace mossén Manel, se trataba de «una casa con dos plantas bajas y dos pisos, mal construidos, adquiridos por la parroquia [de San Antonio] por medio de unos préstamos». Llevaba entonces el número 102 de la Travessera de León, y hoy, el 29 de la calle Mataró. El párroco estaba satisfechísimo de la labor que realizaban allí las hermanas ya que, gracias a ellas, «cada domingo hay catequesis para unos 100 niños que asisten y también hay celebración de la santa misa». Por este motivo consideraba aquel puesto como «un foco de irradiación religiosa para aquel barrio de 4.000 habitantes, el más abandonado, lejano y de gente más pobre». A mossén Manel le hubiera gustado que las salesianas se quedaran allí de una manera permanente. Conocía, desde luego, su buena voluntad: «Si la casa reuniese condiciones de vivienda y estabilidad —aseguraba—, si hubiese agua y luz, las hermanas estarían dispuestas a quedarse en el barrio»⁶⁷. Incluso estaban pensando en abrir allí mismo un colegio. Pero no lo consiguieron, porque, entre otras razones, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron hacer que el agua corriente llegara a aquel sitio. Todos tuvieron que esperar a que las cosas fueran madurando⁶⁸.

Mientras tanto, en el verano del 1968, sor María Isabel Espinosa se trasladó de Sarria al colegio de Sepúlveda. A partir de este momento, algunas hermanas comenzaron a ir también a Sant Vicenç, como María Victoria Larrañaga y Victoria García, que, con María Isabel, desplegaron una actividad extraordinaria. De esta manera, también las salesianas de la calle Sepúlveda se asociaron a la empresa que, tres años antes, habían iniciado las salesianas de Sarria en la forma que se ha explicado.



Barrio de la Guardia, calle Travessera de León 102 (hoy, Mataró 29): lugar del primer esplai que organizaron las salesianas.

Conviene que sepa el lector que hechos como éste entraban de lleno en el espíritu que las mismas Hijas de María Auxiliadora habían creado a sabiendas en su propio entorno: la preocupación por el apostolado catequístico. Muy en concreto, las de Sarriá y las de la calle Sepúlveda se sintieron llamadas a repartir el pan del catecismo y de la alegría de la vida en los sitios más marginados de la ciudad. Por eso, desde tiempo atrás y de la manera que les había sido posible, habían organizado sus *oratorios festivos (espiáis)* por las barracas de Montjuïc y por las pobres callejuelas de la parroquia del Buen Pastor (Sant Andreu de Palomar) o del sector de Verdum (Nou Barris). Esto lo hacían los domingos y fiestas —porque durante la semana debían atender a colegios y escuelas—, y correspondía a una opción de fondo asumida comunitariamente.

A los pocos años (septiembre de 1973), sor María Isabel Espinosa fundó el centro juvenil denominado *Ixent* (Sol naciente), que enseguida se convertiría en una nueva fuente de energías juveniles con destino a la *catequesis* de Sant Vicenç. En efecto, varios jóvenes, renunciando a otras cosas —como al legítimo disfrute de un fin de semana—, asumieron generosamente aquel proyecto de apostolado catequístico. Como este centro juvenil ya admitía entonces a chicos y chicas, el grupo de los que iban a Sant Vicenç aumentó de una manera notable. «¿Cuál era su actitud interior —le hemos preguntado a sor María Isabel—, cómo se com-

portaban en aquellas duras jornadas de Sant Vicenç, lejos de casa?» «Era una actitud misionera al cien por cien —nos ha contestado—. Ellos y ellas respondían de maravilla. Hubo una catequista —añade— que quiso casarse en el pobre barracón de los albergues provisionales, porque aquel lugar lo consideraba como *suyo*, el de su trabajo de todos los domingos»⁶⁹. Es cierto: para muchas catequistas, aquéllos fueron, como dicen, «*els anys de Sant Vicenç*», es decir, los años de íntimas vivencias espirituales y, por ello, inolvidables.

Todo vino a ser como una maravillosa eclosión de ese voluntariado idealista y abnegado, que se nutre de auténticas raíces cristianas. Esto ocurría, como decimos, antes del año 1975.

Las hermanas y el grupo de catequistas trabajaban con el método de costumbre que, como se ha comprobado, era muy popular y directo, eminentemente misionero. Buscaban un sitio más o menos fijo —un barracón, unos bajos, un patio o un prado— y, con la ayuda, a ser posible, de alguna persona del lugar que les calentara la comida o les proporcionara un rincón para defenderse en tiempo de lluvia y frío, convocaban a los niños, los entretenían y les enseñaban catecismo y cosas útiles. En suma, trataban de educarlos. Por poco que pudieran, les llevaban también a algún local que hacía de capilla. Mossén Manel o algún sacerdote del colegio salesiano celebraban los actos litúrgicos. Desde 1973 y con las debidas adaptaciones, este método lo aplicaban también en las *colonias* que organizaban los veranos, con gran contento y aprovechamiento de los niños del barrio.

No hace falta decir que, cuando se presentaba la ocasión, los salesianos colaboraban con generosidad. «Yo también entré en contacto con las salesianas —explica José Antonio Iguácel—. Ellas continuaron lo que habían iniciado los jóvenes catequistas del colegio salesiano de la calle Rocafort. Como no disponían de sitio adecuado para sus actividades, yo les prestaba el local de las 'escuelitas', o les invitaba a que vinieran a jugar en los patios del seminario. A veces iba a la guardería infantil de los albergues para celebrar la misa, porque no teníamos iglesia parroquial. Ellas preparaban todo lo necesario, venía la gente y comenzábamos los actos de culto. De igual forma, cuando me llamaban, subía a la iglesia-ermita de la urbanización de San Antonio y, sobre todo, a la Travessera de León, 102⁷⁰. Incluso los salesianos conectábamos con la parroquia de San José. Y es que aquello venía a ser como el inicio de lo que hoy llamamos 'pastoral de conjunto'»⁷¹. A esto cabe añadir que, al menos hasta un cierto punto, aquel apostolado dominguero —itinerante y callejero— daba ocasión también para que las Hijas de María Auxiliadora y sus catequistas, por una parte, y los salesianos y sus colaboradores, por otra, se

encontraran operando en el mismo ámbito. Y es que, a la verdad, se trataba de un empeño colectivo de la Familia Salesiana.

Quien inicialmente había tenido tal intuición había sido —lo sabemos bien— el padre de un salesiano, el señor Juncadella, al cual, hasta el año 1970, unos y otros pudieron verle inmerso en aquella misión comunitaria. «Le recuerdo aún tocando la campanilla por la montaña, avisando a los niños y jóvenes para que acudieran a la catequesis» —declara sor Enriqueta Ducet⁷²—.

Tal estado de cosas duró «muchos años», como afirma sor Raquel Noain⁷³. Es decir, todo el decenio 1965-1975.

En los primeros años setenta, muchas congregaciones religiosas sintieron el deseo de hacerse presentes de una manera nueva en el campo del apostolado: no por medio de las grandes estructuras tradicionales, sino de otras más simples y dinámicas; no en lugares ocupados desde tiempo atrás, sino en otros donde las necesidades de promoción social y de acción misionera fueran más apremiantes. Les parecía que tales formas de vida estaban en mayor coherencia con el espíritu del Evangelio y con el pensamiento de sus fundadores y que, sobre todo, ofrecían mejores garantías para dar un testimonio convincente y vivir la comunión fraterna. En consecuencia, fueron apareciendo por una y otra parte las llamadas «nuevas presencias», o «comunidades de base» o «pequeñas comunidades»⁷⁴. Los salesianos de Barcelona, en conformidad con una de las directrices señaladas por el Capítulo Inspectorial Especial de 1972⁷⁵, tuvieron la primera en 1973 en el barrio de la Verneda; y la segunda, al año siguiente, en Sant Adrià (barrio de la Mina).

Y las Hijas de María Auxiliadora no quedaron al margen de este movimiento, porque, a comienzos del 1973, ya estaban pensando en fundar «una obra social» con la fórmula de una *nueva presencia*. A la hora de escoger el lugar concreto, recordaron enseguida «el apostolado que, desde 1965, ejercen nuestras hermanas en el vecino pueblo de Sant Vicenç dels Horts, donde existen zonas de extremada miseria material, espiritual y moral, carentes de todo». Junto a esto, las consejeras de la madre provincial comprobaban también que aquellas gentes emigradas quedaban «agradecidas» por el bien que se les hacía⁷⁶. No era, pues, necesario seguir discutiendo. A la vuelta de dos años (1975), las salesianas irían a Sant Vicenç, y pondrían su domicilio en el corazón mismo del barrio de la Guardia. Al fin y al cabo, aquella montaña les pertenecía de alguna manera: la habían conquistado con su entrega y sacrificio⁷⁷.

En Sant Vicenç: las nuevas fuerzas

Más o menos por el mismo tiempo, e impulsadas por idénticos motivos, acudieron también a los barrios de marginación de Sant Viceng otras fuerzas de signo religioso-católico. Entonces, por ejemplo, aparecieron los Cursillos de Cristiandad, las Hermanas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús —llamadas por su origen milanés las «italianas» (1970)—, las Hermanas de la Compañía de María (Lestonac) (1970), las Siervas de San José (1971)⁷⁸. Desde el punto de vista religioso y asistencial, su presencia constituyó un momento privilegiado para la Iglesia vicentina.

Y ¿los salesianos que ya residían en Sant Viceng? Ya hemos visto cómo fueron adaptándose a la nueva situación. En lugar del seminario, tendrían una escuela de formación profesional; en lugar del antiguo *esplai*, un centro juvenil. Ambas instituciones, totalmente abiertas hacia el exterior. Incluso, antes del año 1972, habían introducido alguna novedad importante en la ayuda que tradicionalmente habían prestado a la parroquia de Sant Viceng y a las de los pueblos vecinos. Pues se dieron cuenta de que dicha ayuda resultaba cada vez más insuficiente. Era necesario comprometerse mucho más, porque, en cuestión de pocos años, la estructura parroquial y pastoral de la villa vicentina se transformaba de una manera notable.

Al inicio del curso 1971-1972, acariciaron la idea de divulgar un escrito suyo titulado *Nuevos rumbos*. No llegaron a publicarlo. Pero ya daban a entender lo que estaban experimentando por dentro: en varios aspectos, su vida y sus actividades cambiaban de orientación, iniciaban una nueva singladura. Analicemos ahora lo que les ocurría en su dedicación al apostolado fuera de casa

LA PARROQUIA DE SAN ANTONIO DE PADUA

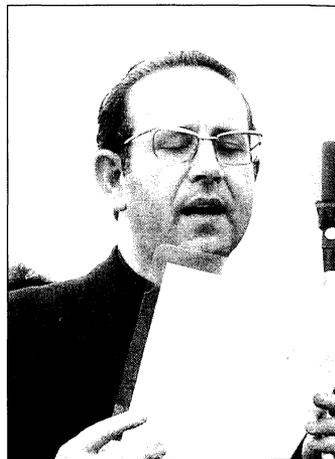
A partir del mes de abril de 1969 la parroquia de Sant Viceng —la única durante siglos en la villa— quedó dividida en tres, dando lugar a dos nuevas: la de San José y la de San Antonio de Padua⁷⁹. Al frente de la primera quedó mossén Lluís Alonso Cámara; de la segunda, mossén Manel García Nicolás. Al erigir canónicamente esta última, el arzobispo barcelonés, monseñor Marcelo González, comprobaba que, en las barriadas de Sant Antoni, la Guardia, Can Costa, Albergues Provisionales y Poblé Nou,



Mossén Jaume Casas i Casas.



Mossén Manel García Nicolás.



Mossén Lluís Alonso Cámara.

residían «unos 8.000 habitantes en invierno y 12.000 en verano»⁸⁰. Estas cifras le parecían más que suficientes para justificar la puesta en marcha de la nueva demarcación parroquial.

Con esto, los salesianos comenzaron a pertenecer a la parroquia de San Antonio. Pero antes de llegar a esta fecha, los sacerdotes ya habían ejercido su ministerio pastoral en diversos enclaves de las futuras parroquias, al mismo tiempo que, para cumplir con sus deberes religiosos, los seminaristas frecuentaban algunos de esos lugares: la guardería infantil de los albergues —que, según sabemos, servía también de capilla los domingos y fiestas de precepto—, o la ermita-iglesia de San Antonio; o bien, con motivo del viernes santo, acudían al *viacrucis* que se organizaba en el barrio de la Guardia. De esta manera, ya desde el año 1965, los salesianos habían entrado en contacto con esta zona de inmigración, y supieron lo que eran, según escribían, «las barriadas del extrarradio»⁸¹. Una experiencia más en un tiempo de transformación. Los salesianos fueron conscientes de que, en lo posible, debían multiplicar su esfuerzo y apoyar a las tres parroquias. A comienzos del 1971, el padre provincial Joan Cañáis quedaba impresionado por la «múltiple actividad ministerial» que desplegaban los sacerdotes de la comunidad⁸². Y, cuando en ésta hubo estudiantes de teología, la iniciativa adquirió aun mayores dimensiones⁸³. Naturalmente, si tuvieron alguna preferencia fue para la recién nacida parroquia de San Antonio.

Mossén Manel García Nicolás⁸⁴ era cura ecónomo en la pequeña localidad de la Múnia, de Castellví de la Marca (Alt Penedés), cuando en octu-

bre de 1966 fue nombrado coadjutor de la parroquia de Sant Vicenç dels Horts y encargado, con plenas facultades, de una extensísima zona comprendida por los barrios de Sant Antoni de Padua, la Guàrdia-Can Costa y la Vinyala-Poble Nou. Llegó a su puesto hacia el mes de abril del año siguiente (1967): «Con la ayuda del Señor vengo, ciertamente, a trabajar en bien de vuestras almas y a gloria de Dios. Quiero vuestra promoción humana en todo, vuestro bienestar, vuestra unión, vuestra edad adulta en la fe cristiana». Y terminaba su saludo, dirigido desde el boletín de la Asociación de Pequeños Propietarios de San Antonio (APPSA), manifestando sus íntimas disposiciones: «Toda mi vida, mi tiempo, mi sacerdocio, os pertenece, y con alegría os lo digo y me ofrezco a todos como amigo verdadero, del pobre y del rico, del sabio y del ignorante, del sano y del enfermo, de mayores y de pequeños. Aquí estoy»⁸⁵. Pero los medios de que disponía no se correspondían en nada a tales propósitos. Por eso, hubo de hacer de mendigo desde el primer día, llevando, personalmente, una vida de austeridad voluntaria rayana en el heroísmo. «Era muy trabajador y generoso —nos ha asegurado la señora Enriqueta Bernaus Condal—. Lo daba todo, confiando en que Dios no le faltaría. "Lo que tú das a los pobres por la puerta, Dios te lo devuelve por la ventana" —solía decir—. Vivía muy pobremente»⁸⁶. Llegó a ser párroco, cuando en abril de 1969, quedó erigida, según se ha indicado, la nueva parroquia de San Antonio de Padua a la cual pertenecían los barrios antes mencionados.

La iglesia y las escuelas parroquiales

Fue a mediados de los años cincuenta cuando algunas gentes de Barcelona y alrededores creyeron descubrir, dentro del término municipal de Sant Vicenç, un paraje que podría convertirse en una apetecible zona de urbanización. Se hallaba situada a los pies de Montpedrós o montaña de Sant Antoni, junto a la carretera que lleva a Torrelles —pero de la que entonces estaba ausente el tráfico industrial—, en un punto no excesivamente distante del centro de la villa. En consecuencia, a ambos lados de la *riera* y de la carretera comenzaron a surgir las nuevas torres de aquéllos que, al menos los fines de semana, deseaban disfrutar de un paisaje campestre y tranquilo. «Veníamos en busca de "*la casa i l'hortet*"-recuerda con humor Pere Farré—, comprábamos las parcelas (¡cuando todavía no estaban trazadas las calles!), y trabajábamos el sábado construyendo la *torre* para poder descansar el domingo. Un buen número de personas procedían de Sants y de L'Hospitalet»⁸⁷. Surgió así una colonia de residentes, que pronto sintieron la necesidad de tener cerca una capilla. De acuerdo con la parroquia de Sant Vicenç, pusieron la primera piedra en



Ermita-iglesia primitiva de San Antonio, junto al barrio naciente.

junio de 1956 y, gracias a su entusiasmo y generosidad, la tuvieron construida al poco tiempo. Dado el entorno de colinas y de verdor, tenía la forma de una ermita y ocupaba un rinconcito de una porción de tierra que habían regalado a la diócesis de Barcelona. Cerca de dos mil metros cuadrados. La escritura de compraventa de la propiedad se formalizó en 1959⁸⁸. Pero la iglesia-ermita no estaba dedicada a San Antonio Abad, como la que, siglos antes, coronaba, junto al Castell Nou de Cervelló, la cumbre de Montpedrós, sino a San Antonio de Padua. Y es que, según se complacía en explicar el historiador Aymerich, en aquel lugar hacía falta entonces un santo que hiciera muchos milagros...

Tal es el origen de este lugar de culto, que fue el principal que encontró mossén Manel cuando llegó a su futura demarcación parroquial en abril de 1967. Y éste fue también uno de los primeros centros de su actuación sacerdotal. De entrada no le preocupaba demasiado la pequeñez de la iglesia-ermita, porque pensaba que siempre habría tiempo y medios para ampliarla o construirla más grande en otro lugar. «Ahora me interesa — escribía— la educación de los niños, y ése es el motivo de empeñarme en construir unas escuelas parroquiales para el servicio de nuestros vecinos y que sean el orgullo de todos»⁸⁹. Pero era también un paso lógico

que había que dar, porque, de no tener asegurada la escolaridad de los niños, no era posible que las familias acudieran a establecerse en la nueva urbanización. Mossén Manel tuvo la ayuda de los vecinos. Francesc Visiedo y Pere Farré recuerdan sobre todo la actividad desplegada por Josep Maria Montserrat, y cuentan muchas peripecias de aquel tiempo⁹⁰. Pero, en definitiva, lo cierto fue que las escuelas pudieron abrirse en el curso 1968-1969. Por el momento sólo había dos unidades: una para los niños con un maestro y otra para las niñas con una maestra. Pero, a la vuelta de pocos años, según se explica después (pág. 347), fueron ya cuatro. Y es que, ante la falta de centros docentes que había en Sant Vicenç y gracias a la eficacia de los profesores y las gestiones llevadas a cabo por el patronato correspondiente, la escuela parroquial fue alcanzando un prestigio indiscutible. Con ello, el señor rector había tratado de «paliar —según escribía— la falta de escolarización de esta zona con una obra social de la Iglesia»⁹¹.

La guardería de los albergues provisionales

El otro punto de su acción pastoral fue la guardería infantil de los albergues provisionales que, según sabemos, Caritas Diocesana había puesto en marcha en 1963. Servía también de lugar de culto. Como tal, cubría en cierta medida una necesidad social; pero, como guardería destinada al cuidado de los pequeños, no acababa de funcionar bien. Mossén Manel consiguió que volviera a abrir las puertas en octubre de 1967. A ello le ayudó un voluntariado generoso y perseverante, animado, al principio (desde el mencionado año), por las Hermanas de la Doctrina Cristiana —sor María Cruz— y después (desde el 1970), por las hermanas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús —«las italianas», según se ha anotado ya—. Éstas llegaron a Sant Vicenç casi por casualidad, gracias a las gestiones realizadas por el Arzobispado, y constituyeron una ayuda preciosa para las obras benéficas que impulsaba mossén Manel. Tuvieron en sus manos la administración y la dirección de la guardería y crearon en la misma nuevos servicios asistenciales, como clases de corte y confección, dispensario, cursillos de catequesis, sesiones de música instrumental, comedor gratuito. Por lo que se ganaron las simpatías de todos. Las gentes del barrio de la Vinyala y las que, a partir del 1970, abandonaron los albergues para ir a ocupar las viviendas del grupo Llinàs recuerdan todavía con afecto sus hábitos franciscanos y su modo de hablar entre italiano, castellano y catalán: Adriana era en rigor peruana; Chiarella, italiana; Lucía actuaba como superiora y era también italiana; Gracia había nacido en la isla de Cerdeña y se le veía como una mujer



Grupo de las Hermanas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús, llamadas en Sant Vicenç «las italianas».

polivalente y dinámica, a la que, por su actividad *motorizada*, le llamaban «la monja de la moto»; Teresa era italiana. Residían en un piso adquirido por la parroquia en la calle la Vinyala 1, bajos, 1ª. Con ellas colaboraron varias personas, seglares y religiosas. Mossén Manel se sentía profundamente satisfecho cuando dejó consignado: «Las escuelas de San Antonio y la guardería de la zona de los albergues son los dos focos de irradiación social más importantes de nuestra parroquia»⁹².

Los salesianos en la nueva parroquia

Pero mientras tanto, mossén Manel se encontró con los salesianos, cuya cooperación solicitó y obtuvo. Más aún: entre él y la comunidad surgió enseguida un clima de verdadera amistad. Y así, dada su situación, la capilla del seminario se convirtió en centro de diversas actividades eclesiales. Allí mossén Manel pudo atender a la vida sacramental de los fieles celebrando misas, bautizos, matrimonios, entierros⁹³. Si bien, cuando en 1969 quedó constituida la nueva parroquia de San Antonio, parte de estos servicios pasaron a la guardería-capilla de los albergues. Pero las celebraciones de la semana santa, por ejemplo, se acostumbraron tener en la

mencionada capilla de María Auxiliadora, del seminario⁹⁴. La ayuda que los salesianos prestaban a mossén García era muy variada.

La labor del párroco alcanzó también otros puntos. Así, por ejemplo, en el barrio de la Guardia, adquirió, como se ha dicho, una casa en la Travessera de León 102 y alquiló también los bajos del bar La Sole situado en la calle La Corunya 81: ambos lugares sirvieron para que los domingos las Hijas de María Auxiliadora organizaran sendos *esplais*, en los cuales se celebraba la misa para los feligreses. En el barrio de la Vinyala abrió un despacho parroquial (calle Ferran 12) y colocó un barracón rectangular —de los preparados por la empresa Durisol— en el terreno que, con destino a la construcción de una iglesia, había recibido en donación del Patronato Local de la Vivienda.

En consecuencia, cuando en enero de 1972, hubo de dejar la parroquia de San Antonio por haber sido destinado a la del vecino pueblo de Sant Andreu de la Barca, su trabajo pastoral había sido totalmente positivo⁹⁵.

Entonces alguien tuvo que sustituirle en la parroquia de San Antonio. Por la lógica de la historia y de la geografía, la archidiócesis de Barcelona pidió a los salesianos que, al menos por el momento, asumieran las responsabilidades al caso, sin dejar de colaborar con las otras dos parroquias. En compensación les aumentaba los honorarios de la nómina⁹⁶... Aquéllos no pudieron decir que no. Y en consecuencia, se vieron abocados a un nuevo ámbito de actividades. Pero, no obstante, quien tomó oficialmente las riendas del gobierno de la parroquia de San Antonio fue el rector de San José. Mossén Lluís Alonso estuvo tres años como cura-párroco en funciones de la parroquia de San Antonio (1972-1975) y, ayudado por los salesianos Román Torrabella y José León Echarri, realizó una acción pastoral muy eficiente.

* * *

Los cambios que se han analizado hasta ahora son los más importantes. Pero hay todavía otra sección en que las inquietudes renovadoras de la época aparecieron también con toda claridad. Aquí se hace referencia a esa serie de actividades que los salesianos acostumbraron desarrollar desde su seminario, pero mirando hacia el exterior. Así, la Asociación de María Auxiliadora quedó revitalizada con nuevas inscripciones, aumento de las capillas de la visita domiciliaria, celebraciones religiosas y pequeñas iniciativas de carácter social. El alma de la renovación fue don Prudencio Maquiera, el cual ya comenzó a actuar desde el año 1964 y tuvo la colaboración de la benemérita señora Quimeta Fumado. «Yo consi-



La señora Quimeta Fumado celebra los 50 años como encargada al frente de la Asociación de María Auxiliadora (1991).

deré aquello como un apostolado importante —afirma el padre Maquiera— y pude comprobar enseguida que la asociación vivía la devoción a María Auxiliadora de una manera realmente extraordinaria»⁹⁷. Algo semejante se ha de consignar en relación a los cooperadores, bienhechores y amigos de la casa salesiana. Don Prudencio fue capaz de crear un clima nuevo, que antes no se daba. Para ello se sirvió de los medios que tenía a la mano —tales como convivencias, conferencias, retiros, visitas a las casas salesianas y a los enfermos, distribución de diplomas, peregrinaciones, colectas para las misiones, fiestas con motivo de una primera misa— y puso particular cuidado en atender a las familias de los salesianos nacidos en la villa. El resultado fue del todo positivo, como lo reconocía el padre provincial a inicios del año 1972: «En el cuadro de actividades de la casa —dejó consignado Joan Canals— tiene también gran peso la animación de grupos de cooperadores adultos»⁹⁸. En todo este movimiento actuaban ya de lleno las fuerzas que la Iglesia y la Congregación Salesiana habían generado en orden a la recuperación y potenciación del laicado católico⁹⁹. En la misma línea de renovación, nació el Grupo XIX de la Adoración Perpetua del Tibidabo. Desde hacía algún tiempo, unos cuantos antiguos adoradores deseaban reanudar esta práctica y a tal fin habían acudido al director de los salesianos. Una propuesta formulada en aquel momento por el rector del Templo del Tibidabo dio la ocasión propi-



Grupo de cooperadores y amigos de la casa (1970) (Archivo Salesianos de Sant Vicenç).

cia. Los salesianos explicaban el porqué de aquella iniciativa diciendo que era «para profundizar más en la vida cristiana del pueblo»¹⁰⁰. Por consiguiente, en marzo del 1969, echó a andar la nueva agrupación, que se mantiene fiel a sus ideales.

Aquí podemos dar por concluido nuestro análisis histórico, ya que tenemos suficientemente recogidos los cambios y las novedades más importantes que se dieron entre los salesianos durante los años 1964-1972, y muy en especial durante el trienio 1969-1972, que, según se ha podido comprobar, fue para ellos un tiempo realmente decisivo.

Para enlazar el presente capítulo con el siguiente, tan sólo se ha de añadir que, junto a los cambios externos, se dio también otro interno, en la intimidad de las personas y en el mismo seno de la comunidad. Como resultado, comenzó un largo proceso de revisión y de crítica, de creatividad y de reajuste. Y es que los antiguos modos de ver y de valorar ya no acababan de convencer; las antiguas formas de organizarse y relacionarse ya no servían... Pero, por otro lado, tampoco estaba claro el futuro ni seguro el camino que debía seguirse. De aquí la parte de dramatismo que comporta este período de transición. La comunidad formada para animar y gestionar la vida de un pequeño seminario quedaba desbordada por las

nuevas tareas que, según se ha visto, debía asumir. Por eso, en febrero de 1972 llegó el relevo en la dirección de la obra: a don Prudencio Maquiera le sucedió don Miguel Carabias Flores (1972-1978). Se inauguraba así una nueva etapa.

NOTAS

- ¹ La única obra interesante que se acometió fue la pavimentación del frontón de pelota, gracias a que los medios pertinentes se habían conseguido «como donativo». *Crónica*, 3-VIII-1966.
- ² El primero ya había ejercido de superior en Huesca durante cuatro años (1960-1964).
- ³ El dato es muy relevante si se quiere calibrar lo que en España ha significado para tantas congregaciones el hecho de que, durante los años setenta y ochenta, se fuera agotando casi por completo esta cantera de vocaciones religiosas.
- ⁴ Para cerciorarse de ello, basta compulsar la *crónica* de la casa, redactada primero por don Teófilo y luego por don Prudencio. Años 1964-1972. Nosotros tenemos a mano el resumen preparado por don Félix Solanes.
- ⁵ Son pensamientos que aparecen con frecuencia en las recomendaciones que dejaba el superior al verificar la visita canónica anual. Años 1964-1970.
- ⁶ He aquí, por ejemplo, el horario que quedó aprobado para la tanda del mes de marzo de 1968 (sección internos y sección externos):

Mañana

7,30, Levantarse. 8, Oraciones-Rezo del rosario-Estudio. 9, Misa con sermón (también para los externos). 10, Deayuno-Limpieza de la casa en completo silencio-Recreo moderado (para los externos, a las 10,15, filminas educativas). 11, Primera charla: meditación. 11,40, *Visita* en la capilla-Examen de conciencia-Recreo en silencio. 12, Retiro en la sala de estudio. 12,30, Segunda charla: instrucción. 13,10, Ensayo de cantos en la capilla-Recreo-Comida (los externos salen a sus casas).

Tarde

15, *Oración* en la capilla (también los externos). 15,15, Descanso-Retiro en la sala de estudio. 16,15, Ejercicio del *Viacrucis* (a ser posible, fuera de la capilla). 16,35, Tercera charla: instrucción (los pequeños, clase). 17,15, Recreo, merienda (los externos rezan el rosario y salen a casa). 18, Retiro en la sala de estudio. 18,45, Filminas educativas. 19,45, Recreo moderado. 20, Celebración de la Palabra. Bendición. 20,30, Cena. Oraciones. Descanso.

- ⁷ Cf *Actas del consejo*, abril-mayo 1971.
- ⁸ *Ibid*, 3-V-1969, abril-mayo 1971. Para el domingo 25 de mayo de 1969, se había acordado el siguiente itinerario: Plaza de la Iglesia (o Sant Jordi), calle Nueva, calle la Pobla, calle Liberación, Plaza del Caudillo (hoy de la Vila), calle San Miguel, calle San Juan Bosco y seminario. Cf *Ibid.*, 3-V-1969.
- ⁹ Don Francisco Olivan, *visita canónica*, 16-XII-1966.
- ¹⁰ *Ibid.*, 4-XII-1967.
- ¹¹ *Crónica*, 25-IX-1968.
- ¹² *Aprender dels salesians*, en *Nosaltres*, n. 83 (novembre 1995) 3.
- ¹³ *Visita canónica*, 16-III-1966. Ver también *Ibid*, 5-II-1965.
- ¹⁴ Cf *Ibid.*, 16-XII-1966.
- ¹⁵ Proyecto del provincial Juan Alberto, mayo de 1948: ASC, *F 014 Spagna-Barcellona*.
- ¹⁶ Proyecto del provincial Florencio Sánchez, octubre de 1949: *Ibid*
- ¹⁷ Nuevo proyecto del mismo provincial, curso 1950-1951: *Ibid*
- ¹⁸ *Circular*, n. 13 (15 mayo 1967) [4].
- ¹⁹ *Visita canónica*, 4-XII-1967.
- ²⁰ *Circular*, n. 15 (9 diciembre 1967) [4].
- ²¹ Testimonio, Barcelona 4-III-1996.
- ²² Cf *Crónica*, 20 de septiembre y 21 de octubre 1968. *Visita canónica*, 16-XI-1968.
- ²³ Al poco tiempo, en febrero de 1971, el señor Marcelino Rey era trasladado a la casa salesiana de Gerona. Durante 19 años seguidos se había hecho cargo del cultivo de las tierras y había atendido a la granja. El cronista señala el motivo: «Con la construcción de los nuevos talleres la huerta ha quedado reducida a su mínima expresión; en cambio, en Gerona, hacen falta brazos» (*Crónica*, 21-II-1971).
- ²⁴ *Circular*, n. 19 (1 octubre 1968) [5]. Ver también *visita canónica*, 16-XI-1968.
- ²⁵ *Visita canónica*, 17-XII-1969.
- ²⁶ *Circular*, n. 24 (31 mayo 1969) [5].
- ²⁷ *Circular*, n. 29 (9 abril 1970) [5].
- ²⁸ Entre los salesianos de Barcelona, el *crac* vocacional se produjo como un terremoto súbito e intenso, con el epicentro alrededor del año 1970.
- ²⁹ Testimonio, Barcelona 14-VIII-1995.
- ³⁰ Ver el *Registro de notas escolares*. Sant Viceng, curso 1969-1970. Actualmente este registro del antiguo aspirantado de Huesca y de Sant Viceng se conserva en el archivo del Centro Teológico Salesiano Martí-Codolar. Barcelona.

- ³¹ *Actas del consejo*, 15-IX-1969.
- ³² Cf *Actas del consejo*, 6-XI-1970.
- ³³ *Visita canónica*, 19-I-1971.
- ³⁴ A partir del *elenco* oficial de la Congregación Salesiana del año 1974, ya no aparece la denominación Seminario Salesiano, sino la de *Escuela Profesional*.
- ³⁵ Testimonio, Barcelona 16-III-1996.
- ³⁶ Testimonio, Barcelona 22-VIII-1994.
- ³⁷ En enero de 1972 se repartía así: 15 de promoción cultural (casi analfabetos), 16 de primer curso administrativo, 12 de primero de electricidad, 13 de primero de mecánica y 13 de segundo de mecánica. Cf *Visita canónica*, 16-I-1972.
- ³⁸ El primero y el tercero residían en Badalona; el segundo, en Sarria. El señor Barbal desempeñó su labor docente desde febrero del 1970 hasta noviembre del año siguiente, que es cuando se sintió enfermo. Fue el pionero y el coordinador de las secciones que se iban organizando. Falleció en Badalona el 3-VI-1980. Francesc Mo, cuando el taller de sastrería de la escuela de Sarria se hizo inviable, había tenido el coraje de prepararse como maestro mecánico. Inició su docencia en Sant Vicenç en enero de 1971, pero pronto se encontró también enfermo. Murió en Barcelona-Sarriá el 5-IV-1972. El señor Fité prestó su ayuda durante el curso 1971-1972 (Véanse las cartas mortuorias de los dos primeros, firmadas respectivamente por la «Comunidad de Badalona», sin fecha, y por Alfredo Roca, sin fecha).
- ³⁹ La maquinaria que se había solicitado a la Administración —pensando aún en la escuela profesional para los hermanos coadjutores— llegó a finales de diciembre del año 1971, lo que fue motivo de una gran satisfacción, porque, como escribía el padre provincial, se había vencido «un grave tropiezo» (J.CA-NALS, *Visita canónica*, 16-I-1972).
- ⁴⁰ Hoja poligrafiada y difundida por «los salesianos de San Vicente [sic]» en octubre de 1970.
- ⁴¹ Testimonio, Barcelona 16-III-1996.
- ⁴² *Crónica*, 24-XII-1970.
- ⁴³ Testimonio, Sant Vicenç 9-IV-1996.
- ⁴⁴ Por ejemplo, en 1971, se organizó la primera *Pascua Juvenil* y en el verano del año siguiente, con ocasión de la ordenación sacerdotal de don Javier Martínez Zazo, una excursión a Pamplona cuyo recuerdo queda todavía gratamente vivo en la mente de todos los que participaron.
- ⁴⁵ El primitivo grupo *Auxilia* estaba animado por Martí Ferrés i Fortuny.
- ⁴⁶ Testimonio, Sant Vicenç 23-IV-1996.
- ⁴⁷ Ver un par de colaboraciones aparecidas en la prensa barcelonesa: «*Recortes de prensa*» 1960-1975 [Sant Vicenç 1975] 227-228.

- ⁴⁸ Cf *Escaquer vicentí...*, 147-149. Permítasenos citar aquí especialmente a Inmaculada Roig, Esperanza García, Montserrat Daunis y Natalia Romero, entre las chicas —las cuales llevaban, en cierto modo, el protagonismo—; y entre los chicos, a Rafael Galofré, Joan Bosch y Pere Torres. Algo después se juntó a ellos Joan Mercé i Rigol, como regidor de cultura del Ayuntamiento.
- ⁴⁹ Testimonio, Barcelona 16-III-1996.
- ⁵⁰ *Gran geografia comarcal de Catalunya*. Vol. 17, *Geografia general*. Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona 1983, 293.
- ⁵¹ *Ibid*. Vol. 8, *Barcelonés. Baix Llobregat*, 357.
- ⁵² Testimonio, Barcelona 11-II-1995.
- ⁵³ Entre los diversos estudios que ya se han realizado, cf AA.VV., *Sant Vicenç dels Horts. Aproximado a l'estudi del medi natural i social*. Sant Vicenç dels Horts 1987, 55-64. AA.VV., *Sant Vicenç dels Horts: así crece el Baix Llobregat*. Barcelona 1977, 15-27, 33-67 (Poligrafiado). Puede resultar también útil consultar J.PALOS RODRÍGUEZ, *Eclosión demográfica y desintegración social: el caso de Sant Vicenç dels Horts*. Barcelona 1985 (Tesis de licenciatura. Poligrafiada). LABORATORI DE SOCIOLOGIA.ICESB, *Estudi interdisciplinari de Sant Vicenç dels Horts (Resum)*. Barcelona 1991 (Poligrafiado).
- ⁵⁴ «*Vir justuset bonus*»: *el senyor Joan*, en *Escaquer vicentí. Personatges populars*, 55-58. En la página 59, un árbol genealógico: *Llinatge Juncadella-Urpinas*.
- ⁵⁵ *Crónica*, 17-II-1971.
- ⁵⁶ Caralt expresa bien la postura que había adoptado el señor Juncadella cuando pensaba que los emigrados «*serán ciutadans vicentins. Aprenderan i viuran amb nosaltres. Baixaran de les muntanyes, es coneixeran amb gent catalana, es casaran a la parroquia i serán vicentins com tots nosaltres*». En *Escaquer vicentí*, 57.
- ⁵⁷ Testimonio escrito, 1993.
- ⁵⁸ *Ibid*
- ⁵⁹ Cf R.ALBERDI, *Els salesians al barri de Sant Antoni. Barcelona 1890-1990*. Casa salesiana de Sant Josep, Barcelona 1994, 294.
- ⁶⁰ Sor María Isabel puntualiza que las jóvenes catequistas no llegaron a ir a otra catequesis que ella había abierto durante el curso 1963-1964 en el barrio de Montbau (Valle de Hebrón, en Barcelona).
- ⁶¹ *Crónica de la casa de Santa Dorotea*, 7-XI-1965.
- ⁶² Sólo más tarde, cuando sor Catalina Peral vino a residir a Sarria, les acompañaba en la furgoneta los días de frío o de mal tiempo.
- ⁶³ Testimonios, Sant Vicenç 13-III-1996.
- ⁶⁴ *Ibid*

- ⁶⁵ *Ibid.*
- ⁶⁶ Testimonio, Barcelona 6-VI-1996.
- ⁶⁷ Breve reseña preparada por mossén Manel, antes de enero del 1972, con el título *Dossier de la parroquia de San Antonio, en San Vicente dels Horts*.
- ⁶⁸ Sin embargo, alguna salesiana consiguió reunir a las niñas del barrio de Sant Josep en un improvisado *esplai* que organizó, por algún tiempo, en los alrededores de la fábrica de Cementos Molins. El propietario, Joan Molins i Ribot, conocía bien la actividad que desplegaba la Familia Salesiana y procuraba ayudarla de buena gana.
- ⁶⁹ Testimonio, Barcelona 29-V-1996.
- ⁷⁰ Lo mismo que él, solían subir allí los sacerdotes salesianos Benito Basarte, José León Echarri, Lucas Pelaz, Joan Pi. Joan Santaaulària acudía a veces desde el colegio salesiano de la calle Rocafort.
- ⁷¹ Testimonio, Barcelona 16-III-1996.
- ⁷² Testimonio, Barcelona 6-VI-1996.
- ⁷³ Testimonio, Sant Vicenç 21-VI-1995.
- ⁷⁴ Cf P.CODINA, *El món dels religiosos a Catalunya*, en *Qüestions de vida cristiana*, 105-106 (1981) 59-64.
- ⁷⁵ «Nos debemos abrir a nuevas presencias misioneras entre los más pobres, con un nuevo estilo» (n. 69).
- ⁷⁶ *Actas del consejo inspectorial*, 9-10-I-1973.
- ⁷⁷ Entre las salesianas de primera hora, además de las mencionadas, cabe nombrar a Inmaculada Beristain (hermana de Carmen), Carmen García Martínez, Asunción Mató, María Jesús Mendizábal, María Dolores Ortuño, María Dolores Sánchez. Entre las personas que atendían con mayor frecuencia a las hermanas, se recuerda en especial a la «señora Carmen» y su esposo.
- ⁷⁸ En el capítulo siguiente se citan otras congregaciones religiosas, que llegaron a Sant Vicenç algo más tarde.
- ⁷⁹ Ver los decretos correspondientes en *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, 1969, 255-256, 256-258.
- ⁸⁰ *Ibid.*, 256.
- ⁸¹ Cf *Crónica*, 16 y 18-IV-1965, 29-VIII-1965, 8-IV-1966, 24-XII-1967, 11-IV-1968.
- ⁸² *Visita canónica*, 19-I-1971.
- ⁸³ Cf *Crónica*, octubre de 1971.
- ⁸⁴ Nacido el 6-VIII-1930 en Sant Andreu de la Barca (Baix Llobregat) y ordenado sacerdote el 17-XII-1955.
- ⁸⁵ *Montpedrós*, n. 28 (agosto 1967) 7.

- ⁸⁶ Testimonio, Sant Vicenç 11-IV-1996.
- ⁸⁷ Testimonio, Sant Vicenç 30-IV-1996.
- ⁸⁸ Cf *Escritura de venta otorgada por doña Josefa Mató Rotllán a favor de la Iglesia Católica en su Mitra de Barcelona y en su representación del Rvdo. don Jaime Casas Casas, Cura-Párroco de San Vicente dels Horts. Autorizada por don F. Trias de Bes y Giró, notario del ilustre colegio de Barcelona.* Barcelona, 30 de noviembre 1959. La donante era una viuda, propietaria de varios terrenos de aquella zona.
- ⁸⁹ Carta sin fecha en la revista *Montpedrós*, n. 28 (agosto 1967) 7.
- ⁹⁰ «Calcule usted lo que suponía en aquel entonces construir un pozo negro no para el uso de una familia, sino de un grupo escolar de 100 personas. Todo lo teníamos que hacer nosotros». F. Visiedo Cervantes, testimonio, Sant Vicenç 12-IV-1996.
- ⁹¹ *Dossier de la parroquia de San Antonio, en San Vicente dels Horts.* Breve reseña mecanografiada.
- ⁹² *Ibid.*
- ⁹³ *Crónica*, 2-IV-1967.
- ⁹⁴ Cf *Crónica*, 11-12-IV-1968, 5-IV-1969, 26-29-III-1970.
- ⁹⁵ Mossén Manel falleció el 8-IX-1995, siendo rector de la parroquia de San Antonio Abad, de Corbera de Llobregat. Siempre había sido muy apreciado y apoyado por los salesianos. Algunos datos biográficos: *Full dominical*, n. 42 (15 octubre 1995). Demarcació Episcopal del Baix Llobregat / Penedés / Garraf.
- ⁹⁶ Cf *Crónica*, 1-I-1972.
- ⁹⁷ Testimonio, Sant Vicenç? 18-III-1995.
- ⁹⁸ *Visita canónica*, 19-I-1972.
- ⁹⁹ Cf *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, del Concilio Vaticano II, promulgado en noviembre del 1965. *Cooperatori salesiani*, en *Atti del Consiglio Superiore*, n. 244 (Gennaio 1966) 154-159. Los *Cooperadores salesianos*, en *XX Capítulo General Especial Salesiano [1972]* 535-555.
- ¹⁰⁰ *Actas del consejo*, 7-III-1969.

9. LA CONSOLIDACIÓN

Este capítulo comprende el segmento acotado cronológicamente por los directorados de don Miguel Carabias Flores (1972-1978), Doménec Valls i Ferrer (1978-1984), Xavier Martínez Zazo (1984-1990) y Faustino Gutiérrez Díez (1990-1996)¹. Son cuatro sexenios completos —24 años seguidos (1972-1996)— que se encuentran trabados entre sí por la lógica progresiva de un mismo proyecto. Con respecto al trienio que los precede (1969-1972), significan la consolidación y la ampliación de ese proyecto, que entonces sólo se había podido delinear con carácter de urgencia. El concepto de consolidación se materializa mejor en el primer directorado (1972-1978), aunque éste detectó sus momentos de inseguridad; el de ampliación o crecimiento, en los dos siguientes (1978-1990); el de plenitud y futuro, en el cuarto (1990-1996). «Cuando yo llegué de director en 1978—afirma el padre Valls— la obra tenía ya trazada, y bien trazada, la línea que debía seguir en los años sucesivos»².

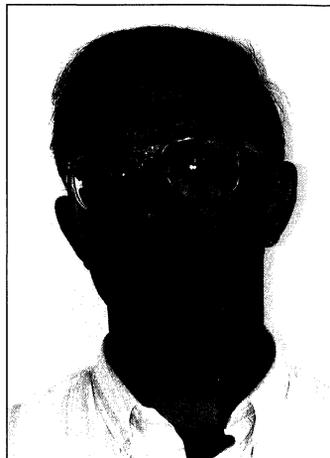
En el capítulo precedente se ha visto cómo y por qué los salesianos se decidieron a echar una semilla nueva sobre el viejo surco; en éste hemos de captar cómo la hicieron crecer.

UNA OBRA PREFERENTE

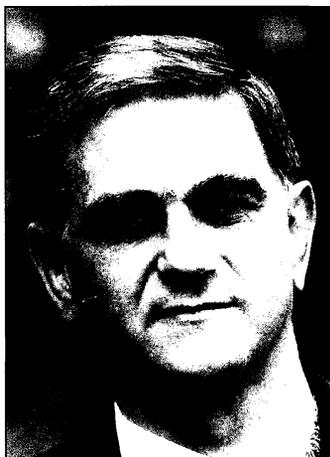
Cuando, en el verano de 1972, los salesianos de la inspección de Barcelona se reunieron en asamblea o capítulo para revisar el estado en que se encontraban sus obras y actividades, comprobaron que, en Sant Vicenç, se había verificado no sólo una transformación importante, sino



*Miguel Carabias Flores,
1972-1978.*



*Doménec Valls Ferrer,
1978-1984.*



*Xavier Martínez Zazo, 1984-
1990.*



*Faustino Gutiérrez Díez,
1990-1996.*

además correcta, feliz. Y que, en consecuencia, debía ser asumida y potenciada por todos. Aquella asamblea, llamada técnicamente III Capítulo Inspectorial Especial (CIE) de Barcelona, venía a refrendar oficialmente lo que, entre dudas y temores, habían ido realizando los salesianos de Sant Vicenç en el trienio 1969-1972. Era verdad que aún quedaba mucho camino que recorrer, pero la dirección que se había tomado era la buena. Y

al mismo resultado llegaron poco después tanto la operación del *reajuste y planificación* de las obras salesianas, que se llevó a cabo entre el 1973 y el 1974, como también el Capítulo Inspectorial (CI) del año 1975. ¿Cómo se evaluó, pues, la obra realizada en Sant Vicenç?

«Creemos responder a nuestra misión para con los jóvenes más pobres, sintiéndonos enviados prioritariamente a las *amplias zonas de inmigración* que existen en nuestra Inspectoría, y en donde se concentran, más que en otras partes, las diversas formas de pobreza»³. Tal es la perspectiva fundamental en que se colocó el mencionado CIE, el cual ya tenía asumido plenamente la nueva sensibilidad religiosa y apostólica que habían creado, primero, el Concilio Vaticano II (1962-1965) y, después, el Capítulo General Especial de los salesianos a nivel mundial (1971-1972). Ahora bien, para los salesianos que vivían y trabajaban en Cataluña las zonas de inmigración a que alude el texto se encontraban principalmente en el Barcelonés (Barcelona [algunos enclaves], Badalona), el Maresme (Mataró), el Valles Occidental (Sabadell y Terrassa) y el Baix Llobregat (Sant Boi y Sant Vicenç). En las instituciones educativas que radicaban en estos lugares hacía falta no simplemente una política de conservación, sino de promoción humana, cultural y social, de una labor catequética y evangelizadora y de una intensificación de la pastoral del tiempo libre. A estas tres vertientes debía aplicarse preferentemente la actividad de las comunidades durante los años sucesivos.

En consecuencia, la presencia salesiana de Sant Vicenç se veía como «muy propia de nuestra misión»⁴, ya que se hallaba en una zona de intenso movimiento migratorio, en la cual abundaban los niños y los jóvenes necesitados de cultura, y donde, por otra parte, la actividad del clero diocesano resultaba del todo insuficiente. Venía a ser, por tanto, una de esas obras «privilegiadamente ubicadas», donde valía la pena de «centrar la atención»⁵. En la práctica, esto se debía hacer: 1º. Atendiendo a la escuela de enseñanza profesional —que el documento del *reajuste* deseaba que fuera «comarcal» y sólo de primer grado⁶—. 2º. Apoyando la vida del centro juvenil, que tenía que ser empeño de todas las fuerzas existentes⁷. 3º. Manteniendo, al menos, el compromiso de colaboración parroquial que se había contraído con la diócesis de Barcelona⁸.

Ya antes de llegar al verano del 1972, el padre provincial Joan Cañáis había intuido alguna de estas dimensiones. «Así como es natural que fácilmente se acerquen los jóvenes del casco antiguo del pueblo —había dejado escrito en enero de ese año—, búsquese comunitariamente la forma de ampliar los medios de acercamiento a los habitantes de la zona de la montaña. Parece que la promoción cultural es la palanca más segura de integración cristiana»⁹. E incluso, aprovechando el cambio de titular al

frente de la casa (febrero de 1972), había apuntado a otra meta: la de transformar la comunidad tradicional de antes en una de nuevo estilo: «Se trata de adoptar, en lo posible —escribía—, la dinámica de las pequeñas comunidades». Y seguidamente indicaba el motivo: «Cada vez es más urgente nuestra inserción en la pastoral de aquella zona tan necesitada»¹⁰. Ya nos hemos referido a estas «pequeñas comunidades» (pág. 284), que también, por su parte, las pidió el CIE¹¹. El hecho de que, a partir del curso 1971-1972, la comunidad de Sant Vicenç recibiera, siquiera durante unos pocos años, un grupito de jóvenes salesianos, estudiantes de Teología, obedecía también a esta política que los superiores preveían o, tal vez mejor, presentían, al pasar del 1971 al 1972. Y es que, para llevar adelante la nueva tarea, había que rejuvenecer las fuerzas¹².

Aquí tiene el lector trazadas las líneas de pensamiento y de acción que, en principio, van a guiar el desarrollo ulterior de nuestra historia.

Pero mientras tanto, compulsando los textos que se acaban de aducir, se ve la opción que, ya desde el curso 1972-1973, tomaron los salesianos de

Pare Joan Cañáis i Pujol, superior provincial 1970-1976.



una manera firme e inequívoca: sin buscar desvincularse para nada del «pueblo» —al que habían servido y querían servir—, preferían, sin embargo, mirar hacia la parte de la «montaña», es decir, al sector de la Vinyala, la Guàrdia-Can Costa y el grupo de viviendas protegidas Llinàs —adonde habían ido a parar los que ocupaban antes los albergues provisionales—. Tales núcleos constituían una amplia zona de gentes trabajadoras e, incluso, aún marginadas. Para atenderlas lo mejor posible, sobre todo desde que comenzaron a hacerse cargo de la parroquia de San Antonio (otoño de 1972), se vieron obligados a suprimir el culto en la capilla del antiguo seminario. De esta forma, cerró sus puertas para siempre aquel lugar que, para muchos salesianos de hoy y para bastantes antiguos alumnos de las «escuelitas», conservaba tantísimas vivencias religiosas. Allí, en efecto, siendo niños o jóvenes profesos, habían aprendido a rezar y a nutrir su fe con la palabra de Dios y la práctica de los sacramentos; allí habían cantado a María Auxiliadora y a Don Bosco. Incluso algunos allí se habían hecho salesianos con la primera emisión de los votos religiosos. Pero, ahora, todas estas resonancias se desvanecían en el inmenso espacio del tiempo: habían perdido el estuche que los guardaba hasta entonces.

Al propio tiempo, los salesianos debieron cerrar también la puerta que, por la vía del tren, comunicaba con el vecindario. Porque ya no tenía sentido. La vida de la escuela se desarrollaba arriba, y arriba también —en la montaña— se situaba una buena parte de la parroquia de San Antonio. Además aquel acceso estaba resultando peligroso desde tiempo atrás. En su lugar funcionaba la entrada que se había practicado en la calle Liberación llamada, desde 1979, de Rafael Casanova¹³. Ambas cosas —clausura de la capilla y cierre de la puerta— contenían un cierto valor simbólico. Para los salesianos significaban que sus preocupaciones educativas y pastorales comenzaban a gravitar arriba —en la «montaña»—; pero algunos amigos suyos de siempre las interpretaron como una señal de que los salesianos les daban la espalda y se desentendían del «pueblo»...

Sin embargo, no había motivo para enfocar tan negativamente los hechos: porque, por parte de los salesianos, sólo se trataba de una dedicación preferente en favor de las nuevas gentes, pero no, en absoluto, de una dedicación exclusiva o exclusivista. La escuela profesional fue también para los alumnos que procedían de la parte antigua, a la que, por supuesto, pertenecía la mayoría de los profesores externos. Y el centro juvenil, como queda dicho, se formó con la colaboración de los jóvenes que frecuentaban el Centro Católico, que eran todos de la población tradicional.

De esta manera, los salesianos pudieron actuar como elemento integrador de ambos sectores, del antiguo y del nuevo. Hombres como Joan Nicolau i Costa —concejal de cultura por aquel entonces— y, según hemos apuntado ya, Joan Juncadella i Carcereny —un vicentino universalista— habían evaluado así la actitud de los salesianos y la habían apoyado, con evidente sentido de futuro.

UNA GENERACIÓN NUEVA

Los primeros protagonistas de todo este «giro» fueron los mismos salesianos, encarnados ahora en una generación nueva: la que, según se ha descrito, había fraguado en los ideales que había encendido el XX Capítulo General Especial (1971-1972). Los superiores —comenzando por el mencionado padre Canals— entendieron que la obra salesiana en Sant Vicenç progresaría por el camino escogido a condición de que en ella hubiera una comunidad adecuada: es decir, suficientemente numerosa, integrada por hombres jóvenes, bien preparados en lo profesional, aptos para el trabajo y abiertos al horizonte de la renovación. Y, de hecho, las diversas comunidades que se fueron sucediendo a lo largo de los años se ajustaron, en línea de principio, a estos criterios.

Una figura, en cierta manera emblemática, sería la de don Javier Asurmendi Martínez. Navarro de origen —nacido en Mendavia en 1940—, había cursado los estudios de Filosofía y Magisterio en el seminario de Sant Vicenç. Y, ordenado sacerdote (1967), había sido destinado a la nueva comunidad vicentina, en la que pasó dos períodos: el primero, del 1974 al 1977 y el segundo, del 1987 al 1991. En gran parte, su actividad se desplegó en la escuela profesional, y se aplicó a la enseñanza no reglada, promoviendo concretamente cursos de adaptación o integración para los alumnos más atrasados, y cursos ocupacionales para los obreros todavía en período formativo o en paro. Todo esto obedecía sin duda alguna a una opción suya personal, pero también encajaba perfectamente en el talante que iba adquiriendo la escuela. Javier murió aún joven, a los 50 años de edad, en febrero de 1991, literalmente abatido por el esfuerzo realizado¹⁴. Junto a Javier Asurmendi, se podría citar también a otros que están actuando entre nosotros o en tierras de misiones, lejos de España.

Y es que la dedicación a la enseñanza profesional, la promoción social de los emigrados, la sensibilidad ante los problemas de los marginados, la cercanía a las gentes del pueblo, el trabajo, fueron algunas característi-

*Don Javier Asurmendi Martínez,
en plena acción,
dedicado a la promoción
de los jóvenes obreros.*



cas de la nueva comunidad, que sin duda compartía estos elementos tan propios de las llamadas *pequeñas comunidades*. De hecho, los superiores que la visitaban aprobaban toda esta inquietud popular, como también el ambiente de fraternidad y de alegría que en ella se fue creando cada vez más. Lo que, en cambio, echaban a faltar era la dinámica explícitamente espiritual de la oración y la contemplación, en el sentido de que el empeño exterior acaparaba casi todo el tiempo, sin apenas dejar espacio para las *prácticas de piedad* de la mañana y de la tarde. Según esto, se daba como un cierto desequilibrio entre esos dos elementos que, realmente, a veces resultan de difícil soldadura: la *misión* y la *consagración*.

Otro punto en que solían insistir los responsables era el referente a la *coordinación* de fuerzas y de proyectos, ya que la obra, tal como se estaba materializando, resultaba compleja, pero debía llevarse a cabo entre todos, en un plan de corresponsabilidad. Y, en fin, los superiores remarca- ban también la importancia de la *formación permanente*, al objeto de ase- gurar la autenticidad de espíritu y la calidad en las obras. Más espacio, pues, para la liturgia y la plegaria personal; más espacio para la autocríti- ca y la planificación; más espacio para el descanso y los encuentros for- mativos: serían las tres exigencias imprescindibles al objeto de conseguir un ritmo de vida humana, religiosa y pastoralmente armónico. A través de estos detalles, cabe ir descubriendo el nuevo talante de la comunidad vi- centina que, en todo caso, era muy diferente del que ofrecía el antiguo seminario. Había nacido un estilo nuevo para un mundo nuevo.

Otra prueba de lo que venimos explicando consistió en las nuevas rela- ciones que surgieron entre los salesianos y los religiosos y las religiosas que se establecieron en la villa, porque a una época de aislamiento siguió otra de acercamiento; a la del mutuo desconocimiento, otra de abertura y colaboración. Después del 1970, se hicieron presentes en Sant Vicenç las Salesianas (1975), las Franciscanas Misioneras de María (1977) y los Hermanos de San Juan de Dios (1977). Las tres congregaciones quisie- ron vivir en el barrio de la Guardia y la parroquia de San Antonio¹⁵. Con anterioridad había acudido la comunidad de las Siervas de San José (1971), que puso su domicilio en la calle Burgos 66, en el barrio y la pa- rroquia de Sant Josep.

Cada grupo acudió con la idea de poder realizar su propia vocación con autenticidad y adaptándola a las nuevas circunstancias sociales. Así, por ejemplo, las Franciscanas se dedicaron a la colonia marroquí. Según los recuerdos del párroco Echarri, sor Teresa Losada Campo y sor Antonia Río Iglesias trataron de promocionarla bajo todos los aspectos: «defen- diendo sus derechos humanos, arreglando los pasaportes, facilitando vestidos, organizando una escuela donde los marroquíes pudieran prepa- rarse para ingresar en las escuelas nacionales». Y acaba comentando «¡Cuánto amor a estas gentes venidas de tierras lejanas!»¹⁶.

Ahora bien: el hecho digno de reseñarse consistió en que los religiosos llegados últimamente a la villa y los salesianos de larga tradición en la misma comprendieran que debían recorrer el camino de la vida no ac- tuando cada uno por separado, sino unidos en todo lo posible. Y así, deci- dieron encontrarse periódicamente —incluso cada quince días—, al obje- to de renovar sus ideales, examinar las actuaciones pastorales, celebrar la fe y compartir la vida de amistad. En cada sesión tomaban parte unos veinte religiosos. Este método que, bajo la iniciativa de los Hermanos de

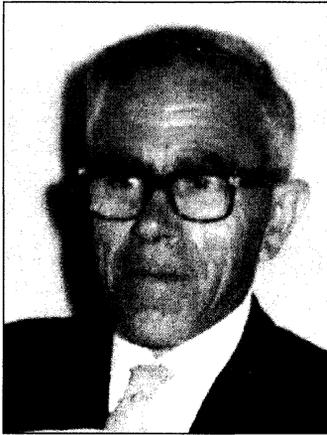
San Juan de Dios, dio principio en los últimos años setenta, prosigue felizmente aún, con evidente provecho de todos los participantes¹⁷. Uno de los frutos más exquisitos de este clima de intercambio fue, como se explica más tarde, el nacimiento del *Col·lectiu de cultura popular* (pág. 376).

LAS CONSTRUCCIONES. LA PROPIEDAD

Como se ha dicho en el capítulo anterior (pág. 259), los edificios del nuevo establecimiento se diseñaron amplios y en sistema modular. Fue mérito de los arquitectos Armando Mas y, sobre todo, Víctor Morales. Como maestro de obras actuó el señor Tuset Cladelles, buen profesional y excelente amigo de los salesianos. Y junto a ellos, anduvo siempre vigilante el ecónomo provincial, el mencionado padre Obiols: «Surgieron muchas dificultades, muchos problemas —nos ha asegurado—. Durante tres años, yo estuve acudiendo desde Barcelona a Sant Vicenç todos los jueves. A las ocho de la mañana estaba allí»¹⁸. Fuera de algunas ayudas oficiales, la financiación corrió a cargo de la Inspectoría de Barcelona.

El abandono definitivo del proyecto original que preveía un gran centro de enseñanza para un seminario-internado de futuros religiosos —escuela profesional de coadjutores— y el paso del tiempo que, especialmente entonces, iba imponiendo nuevas necesidades, obligó a cambiar muchas cosas respecto al plan concebido a finales de los años sesenta.

El primer pabellón, llamado escolar o «de los talleres», resultó digno y práctico. Siquiera parcialmente, ya entró en funcionamiento en el curso 1970-1971. Por el contrario, el segundo, que debía acoger la residencia de la comunidad, sufrió varios retrasos en su puesta a punto. No sólo por dificultades económicas, sino también por un problema de mentalidad. Porque, desde un punto de vista testimonial de inserción entre los pobres, ¿no era mejor abandonar el espacio de la antigua torre Llinás e ir a vivir a un piso de la barriada? ¿No convenía aprovechar aquella circunstancia para separar el puesto de trabajo —la escuela— del lugar de la vivienda? A esto apuntaban los miembros más jóvenes de la comunidad, los cuales preferían que ésta quedara estructurada en forma de una *nueva presencia* o *pequeña comunidad* propiamente dicha. Otros, en cambio, no veían necesaria esta salida. Hubo división de pareceres. Por tanto, la comunidad hubo de sopesar las ventajas y las desventajas de cada opción, y actuar en consecuencia¹⁹. Con esto, el asunto de la residencia quedó bloqueado y tuvo que pasar algún tiempo de natural insatisfacción, porque



*El senyor Tuset Cladelles,
maestro de obras.*

además el edificio del antiguo seminario, que servía de vivienda, ofrecía ya pocas comodidades. Hasta que en 1975, la mayoría de la comunidad se inclinó por terminar el pabellón iniciado y establecer allí la vivienda. Los superiores habían mantenido también esta misma alternativa, si bien reconociendo el inconveniente de que el lugar escogido se hallaba situado en un extremo del barrio: «Pesán más en definitiva los motivos de eficacia en el servicio que los de testimonio de pura presencia» —concluía el padre provincial²⁰—. En consecuencia, en el curso 1977-1978, la comunidad encontró el lugar que ocupa ahora en el «pabellón pequeño», junto al grande de la escuela.

Si nos hemos detenido un tanto en este tema ha sido porque apareció con frecuencia en la reflexión que, sobre sus formas concretas de vida, llevaron a cabo muchos religiosos en la década de los setenta.

El tercer pabellón, que comenzó a levantarse más o menos al mismo tiempo que los dos anteriores, se fue arreglando y llenando de contenido muy poco a poco. Tanto que, durante varios años, recibió el nombre de «pabellón de uso múltiple». Fundamentalmente, en diversas etapas, fue acogiendo el bar, las nuevas aulas y los espacios destinados a la pastoral del tiempo libre (Centro juvenil y prejuvenil). Y no se dio por terminado del todo hasta el curso 1993-1994. Junto a él, y aprovechando el lugar que dejaba libre una antigua balsa de agua de la torre Llinás, se construyó un hermoso gimnasio (1990).

Pero la gran novedad de los últimos años ochenta, durante el directorado de don Javier Martínez Zazo, fue la construcción del pabellón destinado a la escuela-taller de chapa y pintura de los coches. El nuevo cuerpo de edificio (45 por 15 metros) se levantó durante los meses de verano-otoño de 1988, sobre el último trozo de huerta que quedaba aún de la antigua casa Llinás y que cultivaba don Marcelino Rey. La Generalitat de Catalunya y la empresa Max Meyer Ibérica, con la generosa aportación de Cementos Molins, aseguraron la base financiera. La inauguración oficial tuvo lugar el 16 de febrero del año siguiente, 1989, con la presencia del señor President de la Generalitat, muy honorable Jordi Pujol, y todos pudieron admirar la funcionalidad técnica y didáctica de sus instalaciones. Más tarde volveremos a tratar del argumento.



En primer término, la escuela profesional salesiana. Al fondo, el barrio del Turó.

La puesta en marcha de este taller-escuela comportó, aunque no sin dificultades, la construcción de una nueva entrada por la parte sur de la finca, que mira a la calle Enric Aymerich actualmente en construcción.

Cuanto se ha descrito recoge lo más importante del conjunto edificado. Posiblemente, el visitante de hoy, que conozca las grandes tradiciones salesianas, eche a faltar una iglesia o, al menos, un lugar dedicado ex profeso a capilla del colegio... Este elemento entraba sin duda en el diseño inicial y tenía que venir a continuación del pabellón escolar. Pero varias circunstancias fueron retrasando su construcción: por una parte, no hubo dinero y, por otra, no se veía la urgencia, ya que, con sólo atravesar la calle, se tenía la guardería de los antiguos albergues, que funcionaba también como capilla, y, además, la iglesia parroquial de la Vinyala caía muy cerca. Hacia el año 1980 y en la planta baja de la residencia de la comunidad, se habilitó una sala, suficientemente amplia, al objeto de que sirviera para conferencias y otros actos especiales, y también para las celebraciones religiosas. Pero éstas eran muy pocas a lo largo del curso. Por tanto, no se acabó de ver la necesidad de edificar un cuerpo de edificio dedicado exclusivamente a lugar sagrado. Ni siquiera se consideró

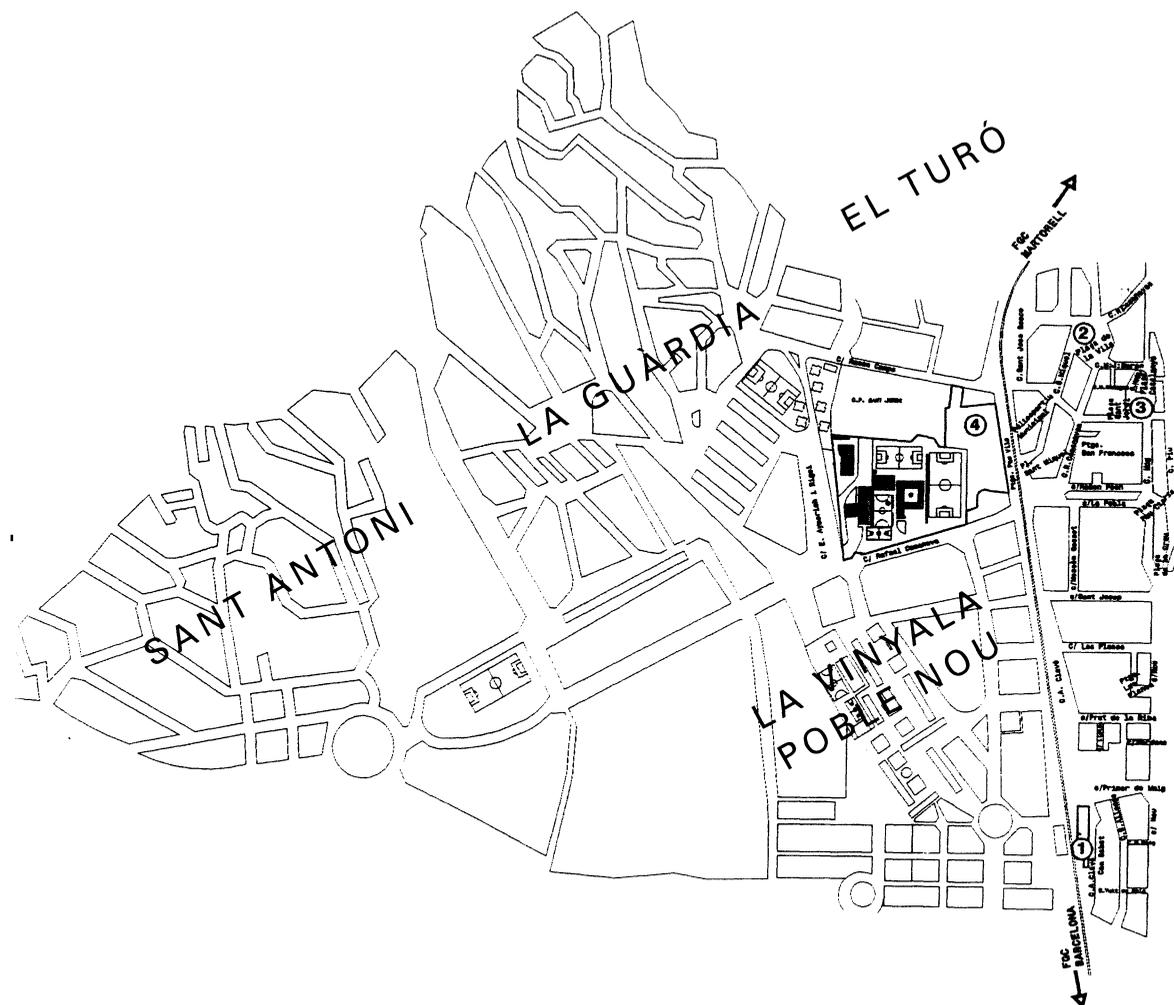
necesario habilitar ex profeso una sala para este fin. Y es que ya no podía ser: el ambiente social-educativo de otros tiempos había desaparecido. En el curso 1967-1968, el último de las «escuelitas», se mantenía aún con relativa facilidad la praxis de la misa colegial; cinco años más tarde, resultaba ya insostenible. En adelante, la pastoral de los centros de enseñanza tenía que seguir necesariamente otros derroteros. Volveremos a tocar este punto, que incide sin duda en nuestro análisis histórico.

El visitante, acostumbrado a la topografía de los centros educativos salesianos de otros tiempos, se percata también de la falta de un salón-teatro, o de un salón de actos preparado al efecto. Porque entre los salesianos la actividad teatral, en sus variadísimas formas, ha sido un elemento educativo de primer orden. Pero aquí también han cambiado las circunstancias. Los horarios académicos de hoy apenas conceden un respiro para cultivar la dimensión literario-musical de los jóvenes por medio de la representación artística. Estas cosas hoy se han de llevar a cabo, como quien dice, en tono menor.

Al tiempo que se iban levantando las paredes, se pensó también en diseñar adecuadamente el complejo deportivo. Así lo pedía el sistema educativo salesiano —tanto en lo referente a la vida escolar como a las actividades del tiempo libre—, y así también lo exigía el sentido social, porque de la unión de las fincas Font y Llinás resultaba un espacio más bien amplio, que podía ponerse en servicio directo de la población. Ahora bien, en Sant Vicenç y en los primeros años setenta, era más que evidente la falta de espacios deportivos de fácil acceso para el público juvenil. Por ello los salesianos prepararon unos campos deportivos y unos patios escolares muy hermosos. Lo hicieron pensando no en sus alumnos que, entonces, eran sólo nocturnos, ni siquiera en los diurnos que pudieran tener en el futuro, sino en la muchachada que llenaba ya todos los rincones de las barriadas. «Las instalaciones deportivas —declaraban en 1973— serán un medio de captación de jóvenes y de llegar a ellos pastoralmente»²¹. Tal fue el *leitmotiv* que animó todo este nuevo empeño. La piscina estuvo a punto en el verano de 1974; los campos de fútbol, en el año 1976; las pistas polideportivas, en junio del 1984. Éstas contaron con la ayuda de la Generalitat de Catalunya y pudieron construirse en un lugar estratégico y de acuerdo con las exigencias y gustos de hoy. En cambio, en la preparación de la piscina y de los campos de fútbol intervino la Empresa Constructora Castells, que actuó en plan de colaboración y amistad con los salesianos. En consecuencia, la casa salesiana fue adquiriendo una dimensión lúdico-popular que antes sólo había podido desarrollar en parte. Como se dirá mejor luego, quien la hizo posible por espacio, más o menos, de un decenio (1976-1986) fue el salesiano laico Marcel·lí Rey i Pallares.

LA CASA SALESIANA

EMPLAZAMIENTO



1. ESTACIÓN FGC

2. AYUNTAMIENTO

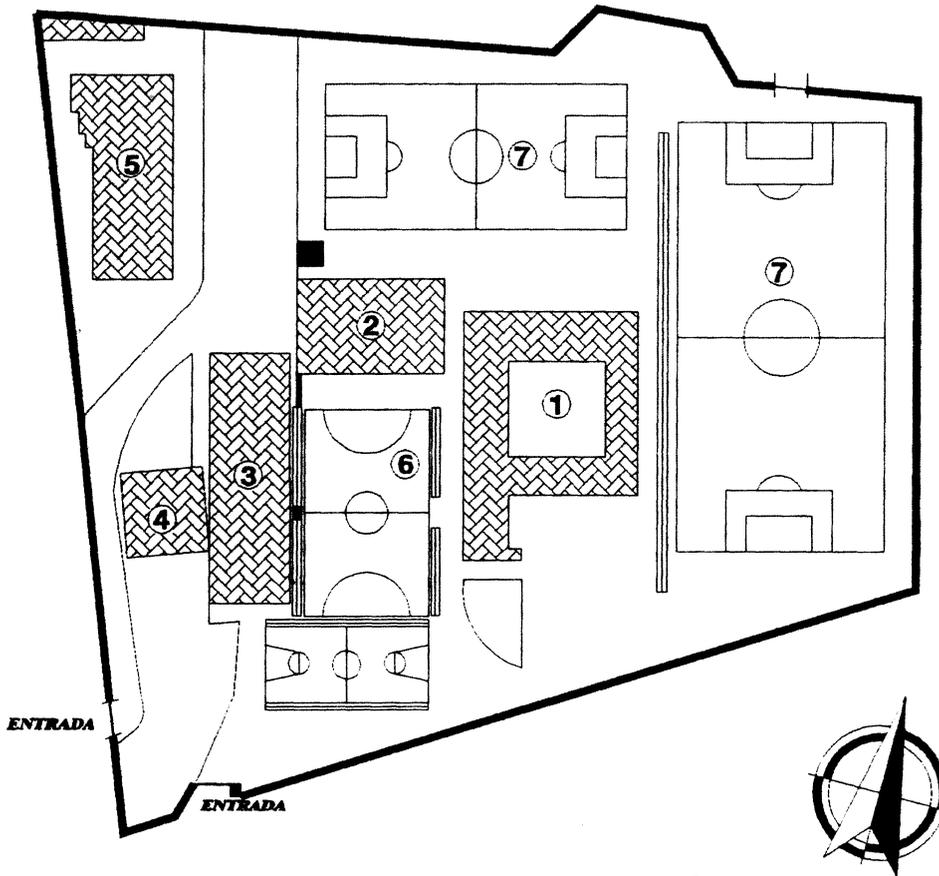
3. PARROQUIA SANT VICENÇ

4. CASA SALESIANA

La casa salesiana está situada a la otra parte de la vía del tren, mirando a los barrios de la Vinyala-Poble Nou, de la Guardia y del Turó.

LA CASA SALESIANA

PROPIEDAD ACTUAL



SUPERFICIE TOTAL: 20.000 m².

1. EDIFICIO AULAS Y TALLERES

- 1ª Planta: aulas 1.200 m² — Taller mecánico 450 m²
- 2ª Planta: aulas 1.200 m² — Talleres electricidad y electrónica 450 m²
- 3ª Planta: aulas 1.200 m²

2. EDIFICIO COMUNIDAD

- Planta baja: sótano — garaje 240 m²
- Planta 1ª: Servicios destinados a la escuela 480 m²
- Planta 2ª: Residencia de la comunidad 480 m²

3. EDIFICIO NUEVO

- Planta baja: 350 m² (bar, esplai, vestuarios, etc.)
- Planta 1ª: 750 m² FP 1

- Planta 2ª: 750 m² FP 2
- Destinado a ESO y bachilleratos

4. GIMNASIO

- 225 m²

5. ESCUELA-TALLER DE CARROCERÍAS

- 700 m²

6. PISTA POLIDEPORTIVA

- 1.540 m²

7. CAMPOS DEPORTIVOS

- 7.800 m²

Distribución de los espacios en la propiedad actual, que viene a ser de dos hectáreas.

La nueva orientación que iba tomando en su conjunto la obra obligó también a remodelar los espacios abandonando parte de los mismos. Ya se ha visto cómo el paso del tren por la antigua finca Font aconsejó la venta de la porción de tierra que daba a las calles Ribot y Sant Miquel (1933)²².

Por los años setenta, la casa Font y las ampliaciones que había experimentado 30 años antes envejecían irremediabilmente. Y además quedaban vacías, ya que la vida se había ido desplazando a la parte alta, ocupada antes por la torre Llinás. Sólo se usaban unos pocos locales para las actividades del centro juvenil y los vestuarios de los deportistas. ¿Qué hacer, pues? ¿Reformar y modernizar todo el complejo edificado? Costaba muchísimo. Y, además, ¿con qué objetivo? ¿Derrocarlo todo? Así pensaban algunos. Pero esta solución exigía también un gasto económico. ¿Ceder a otros el uso, conservando la propiedad? No parecía ningún despropósito. Y así se hizo: por medio de varios contratos renovados (1977, 1979, 1980), los salesianos cedieron en uso parte del edificio al Ayuntamiento, «con el fin de paliar —se lee en el contrato de 1980— el déficit de plazas escolares existente en el municipio y dentro de la perfecta armonía que viene rigiendo de hecho entre ambas partes»²³. Este proceso desembocó por fin en la venta propiamente dicha. En fecha 15 de mayo de 1981, el Ayuntamiento adquirió todo el complejo inmobiliario, incluyendo edificios, patios (con la piscina y el frontón) y también el pequeño edificio que, tiempo atrás, había servido para las «escuelitas». «Els Salesians Antics» pasaban a manos del municipio. Los propietarios se habían contentado con poco: el precio de la compraventa resultó casi simbólico. Aunque también hay que tener en cuenta que no era tan fácil buscar otro comprador. Tuvieron varias razones para proceder así: los edificios apenas se usaban y no se sabía qué destino darles, ni se veía el modo de vigilarlos; los patios no parecían necesarios, el mantenimiento se veía muy costoso... Es verdad que, impulsos histórico-sentimentales aparte, algunos no juzgaron correcto aquel modo de proceder. Y quedaron un tanto dolidos. Pero, en cualquier caso, para los salesianos constituye hoy una satisfacción el comprobar que su antigua casa, una vez traspasada al Ayuntamiento, sigue cumpliendo sustancialmente un papel social de primer orden²⁴. Asimismo se congratulan con las autoridades municipales porque han querido mantener en pie el monumento del Santo Sepulcro que, en su mística religiosa, había levantado el Sordo antes del 1936 (pág. 169).

LA ESCUELA PROFESIONAL

A pesar de los progresos que se habían ido haciendo desde la fundación, en el curso 1972-1973—el primero que dirigía don Miguel Carabias—, todavía las cosas estaban en el aire. Al inicio de este curso había llegado don José León Echarri «con la misión, según escribe, de ver si la casa podría tirar adelante o habría que clausurarla». Como se ve, aún no se había desterrado del todo esta posibilidad del cierre. Por lo que era imprescindible asegurar de una vez la nueva plataforma escolar que se había montado. «Existía —sigue recordando— una pequeña escuela nocturna en que se hacía de todo gracias a un grupo de seculares voluntarios, dignos de especial mención. Todo, con muy pocos medios, aunque en un clima de hermanos. Con el director Miguel comenzamos a pasar por las escuelas de la villa y otras vecinas, haciendo propaganda de nuestra escuela profesional. Al cabo de muy poco tiempo nos quedamos sorprendidos: tan positivo y patente era el resultado. Entonces, empezamos a preparar bien las aulas y los talleres. Nosotros mismos hacíamos y pintábamos pupitres, sillas, mesas»²⁵. A este testimonio se añade el de todos los demás que se veían comprometidos en el ámbito escolar. «No teníamos nada —recuerda, por ejemplo, el propio padre Carabias—, pero todo el mundo trabajaba con ganas. Fuimos tirando adelante con lo imprescindible; pero dedicábamos tiempo e ilusión»²⁶. A la verdad, el nacimiento de cada taller-escuela se revistió de unos ropajes propios de una historia épica.

Por su larga dedicación a la escuela en los primeros tiempos de asentamiento, cabe mencionar a los maestros salesianos Óscar Capó Pons y Ventura Querol Planes en la rama del metal; y en la de la electricidad-electrónica, a Joan Rosanas i Abel. A su lado, colaboraba un buen grupo de profesionales. Lo que demuestra que continuaban vivos los ideales de la primera transición. Gracias a ellos, se pudo realizar todo lo demás. Tanto que, en ese mismo curso, 1972-1973, era evidente el prestigio que iba adquiriendo aquella humilde escuela profesional nocturna, «tal como han apreciado —escribía el padre provincial Joan Canals— los Ayuntamientos de la Comarca y la Delegación Provincial del Ministerio de Educación y Ciencia en sendas visitas»²⁷.

Con esto, el mismo superior creyó llegado el momento en que la Sociedad Salesiana dejara de considerar aquella obra como un seminario y sancionara, en cambio, oficialmente la transformación operada. El

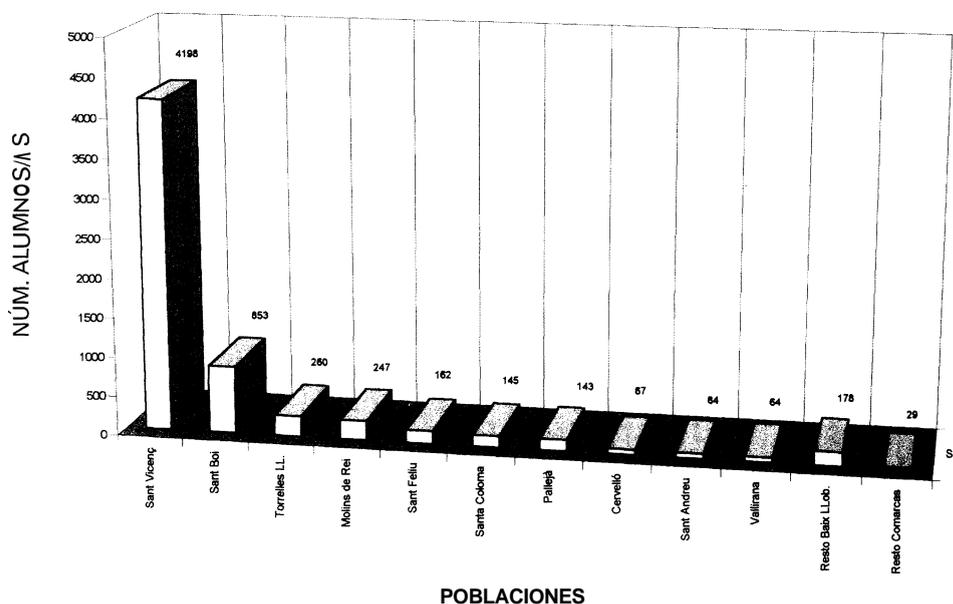
Rector Mayor, don Luis Ricceri, no tuvo inconveniente alguno en asignar a la institución su nuevo destino, pero manteniendo el patronazgo religioso de los orígenes: «Erigimos canónicamente en Sant Vicenç dels Horts la casa salesiana Sagrado Corazón, destinada a 'Escuela Profesional y Oratorio Festivo'»²⁸. Al pasar del curso 1973-74 al del 1974-75, el alumnado dio un salto numérico importante: de 160 pasó a 310. Fue un respiro y una satisfacción. «Demos gracias a Dios —concluía el citado superior provincial— de que así podamos responder a las necesidades de todo tipo que padecen los jóvenes de esas zonas en rápido desarrollo»²⁹. Entonces la Escuela Profesional Sagrado Corazón de Jesús entró, como quien dice, mar adentro. En su género, era la única de la villa y una de las primeras de la comarca (Calle Liberación, s/n.; después del 1979, Rafael Casanova, n. 132).

La enseñanza reglada

Como consecuencia lógica de todo este esfuerzo, llegó primero el reconocimiento por parte del Ministerio de Educación y Ciencia (1973) y luego la autorización definitiva (1977)³⁰. Dos años más tarde, a la escuela se le concedía la clasificación de centro homologado de 1º y 2- grados³¹. En el curso 1978-1979, se llevaron a cabo los trámites correspondientes a la implantación del segundo grado, aunque en un inicio no se veía el asunto del todo procedente. Porque según unos, suponía una responsabilidad para la que no se estaba preparado. Según otros, se daban las condiciones y las exigencias al caso: en efecto, el primer grado estaba sólidamente configurado, pero sus dos años de duración resultaban insuficientes para una educación seria y completa; los padres veían una gran ventaja en que sus hijos pudieran continuar los estudios en el mismo centro docente; de tener a mano el segundo grado, muchos alumnos se animarían a proseguirlos —de lo contrario, los abandonarían fácilmente—; un buen grupo de profesores estaba dispuesto a sacrificarse a fin de que el coste económico no impactara demasiado sobre las familias menos pudientes... Y si, por los motivos que fuera, el Estado implantaba el segundo grado, ¿qué iban a hacer los salesianos solamente con el primero?

Esta serie de razones, que el director Doménec Valls y su equipo de colaboradores presentaban a los superiores inmediatos, les dejaron la puerta abierta para solicitar formalmente el segundo grado de formación profesional³². Y en consecuencia, dado el prestigio de que gozaba ya la escuela ante la Administración, a partir del curso 1979-1980 pudo tener el grado que solicitaba en las especialidades de electrónica industrial y administrativa. En el primer grado, entraban la mecánica, la electricidad-electrónica,

Figura núm. 1
 PROCEDENCIA DEL ALUMNADO (1974-1995)

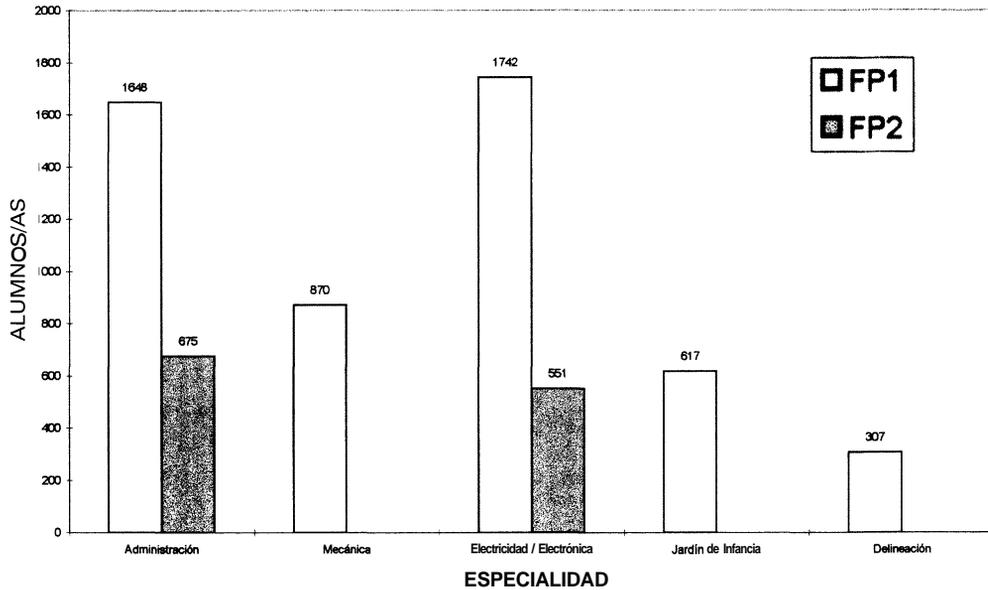


la delineación, la rama administrativa y la rama hogar-jardines de infancia³³. Aunque, por el momento, los alumnos del segundo grado apenas llegaban a 40, los de primero superaban los 360 y garantizaban el camino emprendido. Así la planta que, por los años 1969 y 1972, había despuntado entre dudas y temores, alcanzaba una primera plenitud.

Mientras tanto, la vida escolar se había ido normalizando cada vez más en todos los aspectos: por ejemplo, en lo referente a los horarios —el horario nocturno fue sustituido por el diurno-vespertino, y luego éste, por el diurno de la mañana y de la tarde—; en la constitución de los órganos participativos de gobierno y animación; en las subvenciones y remuneración del profesorado etc. Desde el curso 1986-1987 la escuela pasó a ser un centro *concertado*, incluyendo las dos aulas de adaptación o integración que existían entonces.

Para comprender mejor los procesos que estamos describiendo, hay que tener presente que, desde el punto de vista jurídico-organizativo, el nuevo centro de formación profesional se ajustó, ante todo, a las disposiciones contenidas en la *Ley General de Educación y Financiación de la Reforma Educativa*, de agosto de 1970 (LGE), conocida también como Ley Villar Palasi³⁴, la cual, como es sabido, venía a ser la primera reforma realmen-

Figura núm. 2
ALUMNADO MATRICULADO (1974-1995)



te importante del sistema educativo español desde la lejana Ley Moyano, de 1857. En el capítulo tercero —dedicado a la formación profesional (FP)— se daba una descripción de la misma: «Tendrá por finalidad específica la capacitación de los alumnos para el ejercicio de la profesión elegida, además de continuar su formación integral. Deberá guardar, en su organización y rendimiento, estrecha relación con la estructura y previsiones del empleo» (Art. 40, 1). Y se añadía que dicha FP debía orientarse «a preparar al alumno en las técnicas específicas de la profesión por él elegida y en las cuestiones de orden social, económico, empresarial y sindical que comúnmente se presentan en ella» (Art. 41, 1). Y, en fin, también se indicaban los diversos modos de acceder a la formación profesional de primer grado, de segundo y de tercero. Como de costumbre, después de la LGE fueron apareciendo los diversos decretos de concreción y aplicación. Entre ellos destaca el *Real Decreto 707/1976 sobre Ordenación de la Formación Profesional*, de 5 de marzo³⁵. En consecuencia, como alternativa del bachillerato, la FP constaba de tres grados: el primero (FP-1), de un bienio de duración, daba derecho al título de *Técnico Auxiliar*; el segundo (FP-2), de tres años, al de *Técnico Especialista*; el tercero, de carácter más bien universitario, al de *Técnico Superior Diplomado*. Normalmente, para acceder a la FP hacía falta tener

terminada la enseñanza general básica (EGB) por medio del correspondiente graduado escolar, que se alcanzaba de ordinario a los 14 años. A esta edad se iniciaban el Bachillerato Unificado Polivalente (BUP) y la FP-1, que representaban el nivel propio de la enseñanza media o secundaria.

Más tarde, en pleno período democrático, apareció la *Ley Orgánica del Derecho a la Educación* (LODE), promulgada en julio de 1985, en la que, entre otras cosas, se establecía la organización y el gobierno de los centros educativos no universitarios.

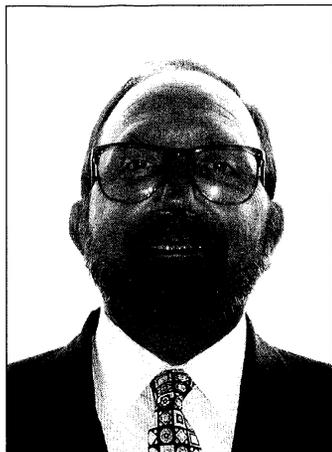
En fin, una nueva ley orgánica, *Ley de Ordenación General del Sistema Educativo* (LOGSE), promulgada en octubre de 1990, reorganizaba todo el sistema educativo-escolar de España y lo proyectaba hacia unas perspectivas de futuro (pág. 358).

Estas intervenciones del Estado, interpretadas, aplicadas y complementadas después por múltiples disposiciones de la misma administración central o de la autonómica, han ido determinando el funcionamiento concreto de cada uno de los centros educativos españoles en los últimos 25 años.

Por las explicaciones que se han dado, se ve que, a partir de los años ochenta, el alumnado que ha frecuentado la escuela profesional vicentina ha sido relativamente adulto: tenía una edad comprendida entre los 14 y los 19 años. Por otra parte, ya desde entonces, en su inmensa mayoría, ha procedido de la zona comprendida entre Sant Vicenç y Torrelles de Llobregat, donde la escuela fue encontrando suficientes destinatarios. Para su admisión, se impuso cada vez más el criterio preferencial de la pertenencia a la zona mencionada. Lo cual significa que la escuela fue perdiendo aquel carácter más bien *comarcal* que tuvo en los primeros tiempos.

En cuanto a la preparación de los alumnos, ya desde un principio se fue comprobando un índice notablemente deficitario, porque, lo mismo que en otras muchas partes de la geografía española, el llamado «fracaso escolar» fue un hecho entre los jóvenes vicentinos. Lo cual motivó, como explicaremos más adelante, la necesidad de crear, dentro del marco general de la enseñanza reglada, unos sistemas más adecuados para un buen número de alumnos. Las figuras 1 y 2 explican la distribución de los alumnos según la procedencia y según la matriculación en las diversas especialidades.

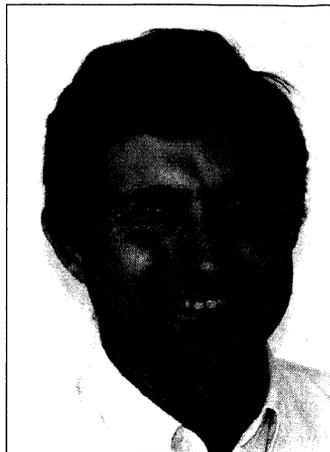
Por el contrario, el profesorado no salesiano suele provenir en su mayor parte de diversos puntos de la comarca y de Barcelona, si bien nunca han faltado los vicentinos. Y tal como se ha expuesto anteriormente, siempre han constituido un cuerpo profesional no sólo competente, sino además



Xavier Sales, director pedagógico 1986-1989.



Joan Folqué, 1989-1995.



Jordi Longás, 1995-

muy entregado a las tareas educativas. Muchas iniciativas de renovación han salido de sus manos, como lo reconocen los mismos salesianos, y su alto nivel de participación en la marcha de la escuela hizo posible que, a partir del curso 1986-1987, uno de ellos asumiera el papel de *director pedagógico*. Hasta entonces, esta figura y la del *titular de la obra escolar* habían estado concentradas en el superior de la comunidad salesiana. Pero luego los salesianos, presididos por su director don Javier Martínez Zazo, juzgaron que era mejor para todos el que ambas funciones no coincidieran en una misma persona³⁶. En consecuencia, el superior comunitario quedó como titular, y el profesor don Javier Sales Rufí tomó las riendas de la dirección pedagógica. Aquello constituía una novedad, tanto en la escuela como respecto a otros colegios salesianos de Cataluña. Pero, como se ve, vino como un fruto ya maduro.

La adscripción de la mujer al profesorado fue también otra novedad. Ya se ha citado a Rosa María Vendrell, señora de Daunis, que comenzó su labor docente en el curso 1973-1974 y estrenó la lista de las profesoras que le han sucedido después. «Yo tenía mucho miedo al principio —recuerda todavía—. Pero, una vez, al verme a punto de comenzar la clase, me dijo el padre José León: 'No te asustes; tú entra en el aula y ¡muerte!'. Lo hice así, y me fue bastante bien». Con esta anécdota, la señora Vendrell se complace en evocar su estado de ánimo —durante varios años fue la única maestra— y la dureza de aquellos tiempos, cuando a la escuela acudían muchachos ya mayores, procedentes en buena parte de Sant Vicenç, Sant Joan Despí, Sant Boi, La Cooperativa. «Pero formaba-

mos una familia —añade—; yo venía a gusto, porque era una cosa que me salía de dentro»³⁷. La primera Hija de María Auxiliadora quedó incorporada al cuerpo magisterial en el curso 1978-1979, y fue sor María Mercedes Álvarez, que residía en Sant Viceng. Desde entonces nunca ha faltado alguna salesiana en el claustro de los profesores. Esta presencia de las educadoras se hacía ya imprescindible, puesto que, como ha quedado consignado en el capítulo anterior, las primeras alumnas habían llegado a la escuela en 1971. Al revés de lo que ocurrió en otros colegios salesianos, en el de Sant Viceng primero aparecieron las alumnas y luego, las profesoras.

Numéricamente el profesorado externo experimentó un gran estirón en el decenio 1974-1984, durante el cual de los 9 que eran pasaron a ser 25. Ahora son 27.

Pero lo más remarcable en lo relativo al personal docente consistió en un doble hecho.

El primero, una feliz colaboración entre los religiosos salesianos y los seculares en una tarea que se entendía como una empresa común. Por parte de éstos, no fue simplemente un asunto de amistad o de sintonía empresarial, sino de verdadera asunción de los valores típicos del sistema educativo de San Juan Bosco. Facilitaron esta compenetración dos circunstancias: la de que varios profesores externos procediesen de ambientes educativos o pastorales salesianos y la de que las Hijas de María Auxiliadora y los Cooperadores se sumaran también a la tarea común. De esta forma, se hizo más patente la presencia de la familia salesiana.

El segundo hecho, la persistencia en el profesorado de unas actitudes propias del voluntariado. Naturalmente, con las subvenciones oficiales y el sistema de concertación ya no era el caso de aquel grupo de profesores que, en los inicios, trabajaba gratuita o casi gratuitamente. El profesorado quedó remunerado. Pero esto no impidió el que en ellos se mantuvieran vivas esas otras actitudes —sutiles, delicadas— que radican en todo movimiento auténticamente voluntario. En una palabra, a pesar de que el conjunto escolar se iba complicando cada día, persistió en ellos la preocupación por la obra educativa bien hecha, el sentido de corresponsabilidad, la atención preferente a los que necesitan mayor ayuda, la generosidad, el compañerismo. Todos los elementos que se acaban de recoger constituyen otras tantas características tradicionales del profesorado y, correlativamente, de la misma escuela profesional vicentina.

Una prueba clara de esta afirmación estriba en el establecimiento de los llamados «grupos de integración» y su ulterior desarrollo hasta el día de hoy.



*El matrimonio
Dauis.*



*Andreu Ribas
con su nieto
Joan Albert.*

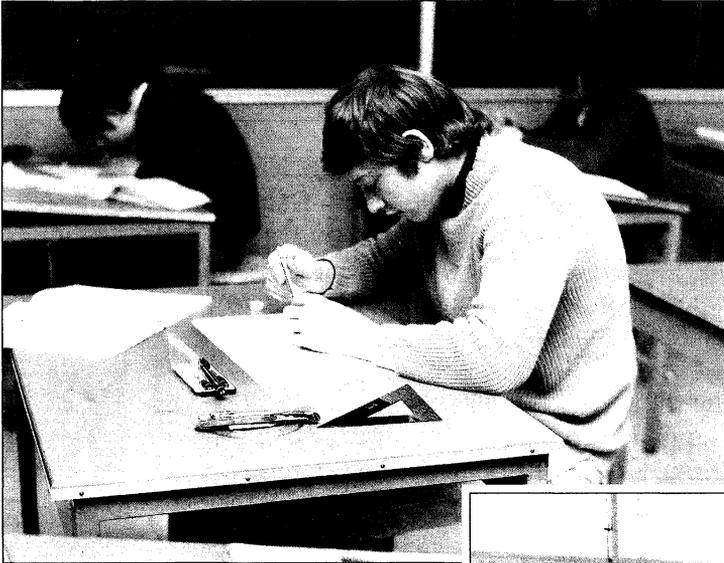
Ya don Miguel Carabias (1972-1978) y sus colaboradores hubieron de constatar con preocupación lo que estaba ocurriendo en otras tantas escuelas de FP: los alumnos no venían suficientemente preparados y, por tanto, comprometían desde el inicio el éxito de sus estudios profesionales. Entre otras cosas, porque para iniciarlos no se exigía al alumno que demostrara, por medio del graduado escolar, haber asimilado satisfactoriamente los conocimientos terminales de la EGB, sino que había suficiente con que presentara un certificado de escolaridad, aunque no tuviera aprobados los ocho cursos. Con lo que, de hecho, la FP no podía considerarse en muchos casos como una etapa de enseñanzas medias (como el BUP y el COU), sino como una prolongación de las enseñanzas básicas.

Hacia el año 1980, los educadores y profesores de la Escuela Sagrado Corazón observaron que una gran parte de los alumnos que pedían entrar no habían obtenido el citado graduado escolar y que bastantes de ellos no tenían aprobado el séptimo curso de EGB, ni tampoco el sexto y ni siquiera el quinto. Por lo que, junto al bajo nivel cultural, conservaban fácilmente un mal recuerdo de la escuela —lugar en que habían fracasado— y ante la cual se sentían muy refractarios. Y estas deficiencias de tipo académico solían ir acompañadas de otros desajustes de orden familiar, personal y social. Más de una vez, esta triple desestructuración estaba en la base misma del fracaso escolar. Porque, bien mirado, el fondo de la cuestión se resolvía en la ausencia de unas actitudes y de unos hábitos. En consecuencia, a estos adolescentes los consideraron como alumnos con «necesidades educativas especiales» o en «situación de riesgo» —según se expresan las fuentes documentales—, porque corrían el peligro de abandonar todo lo relativo a su crecimiento intelectual y profesional, aumentando así todavía más su pobreza interior y su marginación social.

Ante tal estado de cosas, ¿qué podía hacer el profesor, o en qué debía consistir su papel de educador? «Nosotros, al estudiar y comentar estas cosas —dice Doménec Valls—, llegábamos siempre a la misma conclusión obvia: para que un vagón de tren circule ha de estar enganchado a la máquina; de lo contrario, es imposible»³⁸. Se trataba precisamente de eso: de integrar al alumno en la escuela y, a través de ésta, en la sociedad. Pero para conseguirlo, era también necesario que el tren se dejara coger, por ejemplo, moderando la velocidad o acercándose lo más posible al punto en que se encontraba el alumno. En consecuencia, surgió el proyecto de formar unas aulas o unos *grupos de integración* para aquellos alumnos que se encontraban en mayor dificultad. Fue una opción de los profesores y educadores, que tuvieron la voluntad positiva de adaptar la escuela, en todo lo posible, al muchacho real y concreto que llamaba a su puerta.

La experiencia comenzó en el curso 1980-1981 siendo director Doménec Valls, y se consolidó en el de 1984-1985, estando al frente de la escuela Javier Martínez Zazo. Durante este curso aquella praxis quedó reconocida como una experiencia piloto en el marco legal del *Aprentatge d'Oficis*, que promovía la Conselleria d'Ensenyament de la Generalitat de Catalunya, y además, unido a este hecho, se abrió en la escuela un Departamento Psicopedagógico. El profesor y psicólogo Jordi Sales i Rufí estuvo al frente del mismo y, en la segunda mitad de los años ochenta, fue el principal propulsor de esta experiencia *integradora*. Una tercera etapa se inició en el curso 1987-1988, introduciendo un sistema de rota-

LA CONSOLIDACIÓN



*Delineantes,
curso 1976-1977.*

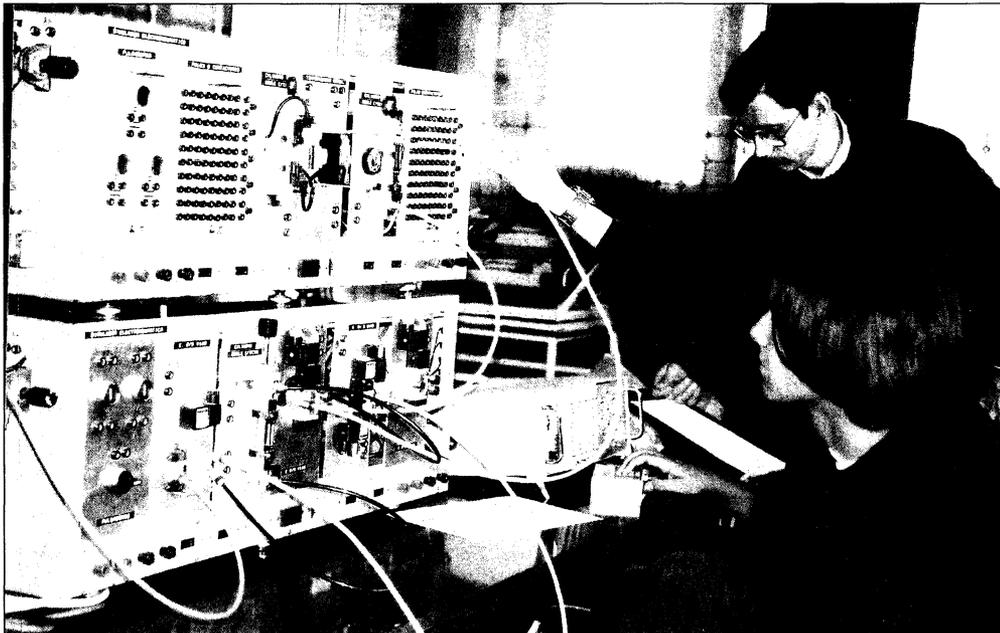
*Jardín de infancia,
1980-1981.*



Rama Administrativa.



Electricidad, 1980-1981.



Electrónica, 1995-1996.

ción según el cual los alumnos de FP-1 se iniciaban en los talleres de carpintería, fontanería y mecánica general. Para entonces el salesiano Javier Asurmendi ya estaba de nuevo en la escuela y pudo dedicarse en cuerpo y alma a este tipo de enseñanza profesional-laboral, al que le dio altura y prestigio.

Al entrar en los años noventa, los grupos de integración seguían teniendo su razón de ser, porque el denominado «fracaso escolar» lejos de disminuir iba en aumento. Pero los educadores debían continuar en el análisis y la reflexión, al objeto de potenciar los aspectos positivos del método y evitar los negativos. Era positivo, por ejemplo, concentrar las fuerzas en lo esencial, asegurar un seguimiento más personalizado del alumno —y, para ello, reducir el número de los componentes de los grupos y disminuir también el número de los profesores más directamente implicados—, adoptar un ritmo más pausado, dar relevancia a las prácticas, estimular los incentivos para la autoestima y la motivación interna. Pero era negativo, por ejemplo, el que el alumno no alcanzara aquellos conocimientos terminales de la FP que la escuela consideraba fundamentales y, sobre todo, el que se diera la impresión de que, junto al sistema *normal* (reglado), se estaba implantando otro, como una especie de enseñanza profesional *paralela* —con horarios y programas especiales y con profesores de dedicación exclusiva o casi exclusiva—. Por consiguiente, la reestructuración que se llevó a cabo durante el curso 1992-1993 trató de evitar estos inconvenientes, dando lugar al *proyecto de los grupos de adaptación curricular*. La reforma, que ha sido diseñada por Maria Nuria Molla i Trill, profesora y psicóloga del centro, entiende moverse dentro del marco legal de la enseñanza reglada y se apoya básicamente en un nuevo *plan de acción tutorial*³⁹.

El esfuerzo llevado a cabo durante los últimos 15 años revela el optimismo pedagógico de los responsables de la escuela, que, primero, no han dejado de creer en las posibilidades que ofrece la juventud de hoy si se acierta a presentarle unos modelos educativos adecuados, y, segundo, han aceptado abnegadamente su papel de *educadores sociales*. Indica también el éxito, siquiera relativo, que ha ido logrando la escuela: los abandonos y los absentismos han disminuido notablemente, el clima de tensión se ha suavizado, la alegría del trabajo y de la superación personal ha vuelto a florecer. Por eso, el padre provincial, don Carlos Zamora, se congratulaba con los profesores: «Aplaudo la generosidad que demuestra el trabajo realizado en los grupos de integración»⁴⁰.

Mirando al futuro, la dirección que se ha tomado queda confirmada por la LOGSE cuando dice textualmente: «En el diseño y planificación de la formación profesional específica se fomentará la participación de los agen-

tes sociales. Su programación tendrá en cuenta el entorno socioeconómico de los centros docentes en que vayan a impartirse, así como las necesidades y posibilidades de desarrollo de éste» (Título I, cap.IV, art.34). Parece, pues, que el esfuerzo realizado durante los últimos años no ha sido en balde.

En definitiva, teniendo en cuenta todo el trabajo llevado a cabo en este campo de los grupos de adaptación curricular, hay que concluir diciendo que la Escuela Profesional Sagrado Corazón ha sido fiel a su vocación original, la que, hace un cuarto de siglo, le dio su razón de ser.

Las enseñanzas no regladas

Junto a la enseñanza profesional reglada, se halla la no reglada que, desde hace años, ha ido tomando una importancia creciente. De sus diversas vertientes, destaca la formación ocupacional. De ella trató el Consejo de Ministros del 30 de abril de 1985, acordando la regulación de los cursos que impartían los centros colaboradores del Instituto Nacional de Empleo (INEM) y la aprobación de las Bases del Plan Nacional de Formación e Inserción Profesional.

Unos meses después, con fecha 31 de julio, la orden correspondiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social establecía las pautas de su aplicación. En las líneas introductorias señalaba el motivo de la intervención del Gobierno: «Ya que la ampliación o reforma de la formación profesional no es sólo imprescindible para contar con una fuerza de trabajo suficientemente especializada en los nuevos requerimientos del sistema productivo, sino que constituye uno de los más eficaces mecanismos de fomento del empleo, pues los colectivos que experimentan mayores dificultades para encontrar un empleo son aquéllos que disponen de menos formación, capacidad de adaptación o experiencia profesional». Siendo esto así, la orden ministerial se proponía desarrollar las Bases del citado Plan Nacional «potenciando las acciones dirigidas a los jóvenes y a los parados de larga duración, que no disponen de cualificaciones adecuadas o carecen de experiencia profesional alguna»⁴¹. Estas palabras expresan bien el objetivo que persigue concretamente la formación ocupacional: tiende a preparar al individuo sin empleo para insertarle de inmediato en el mundo del trabajo, aunque no haya seguido, por lo que fuere, la enseñanza reglada. Al concepto de formación ocupacional le es inherente el de la *inserción*.

Pero la normativa establecida en esta orden ministerial pronto hubo de ser remozada. Porque un nuevo acuerdo del Consejo de Ministros

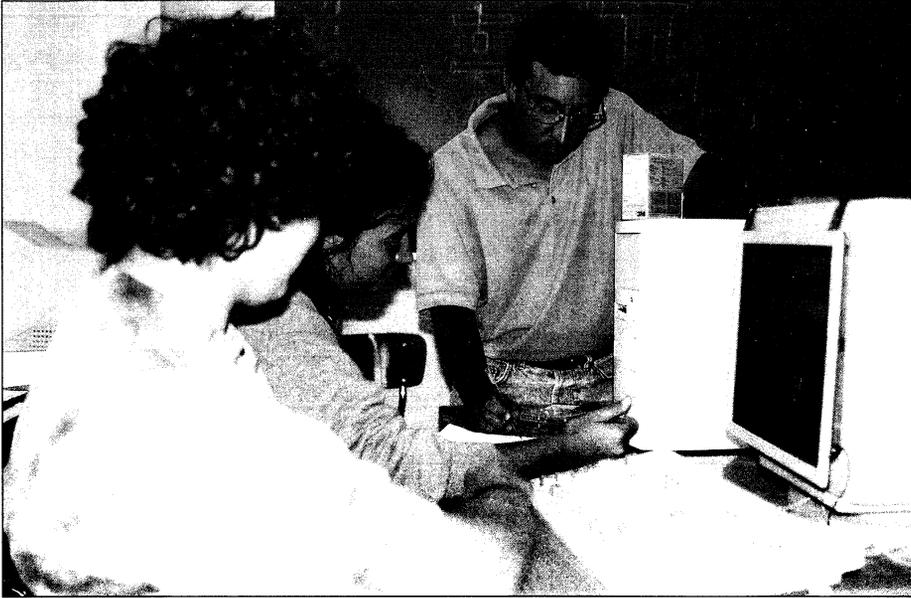
(30-I-1986) modificaba algunas cosas, al objeto de adaptar el Plan Nacional de Formación e Inserción Profesional a las orientaciones del Fondo Social Europeo. En consecuencia, apareció la orden del 20 de febrero del 1986⁴² y, de este modo, fueron eliminadas las modalidades que anteriormente habían estado en vigor. La nueva normativa señaló, entre otras cosas, el camino a seguir en la organización y funcionamiento de los cursos ocupacionales. Con la transferencia de las competencias a las Autonomías, lo relativo a este tipo de formación pasó del INEM al *Departament de Treball* de la Generalitat de Catalunya, del cual dependen todos sus centros colaboradores.

Entre las escuelas profesionales salesianas de Cataluña, la de Barcelona-Sarriá fue la primera en desarrollar las diversas modalidades pertinentes a la enseñanza no reglada (a partir del curso escolar 1970-1971). Y en ella se han inspirado las otras, como la de Sant Vicenç, que inició sus actividades en el año 1988, siendo director titular don Javier Martínez Zazo. Al principio las animó don Javier Asurmendi y luego, desde 1991, don Paulino Rabanal, en cuyas manos se encuentran actualmente el funcionamiento y la gestión de las mismas. Con esto desaparecieron las antiguas modalidades como la de albañilería, que los salesianos habían organizado más de una vez desde el Colectivo de Cultura Popular⁴³.

Cursos de formación ocupacional

En 1988, la escuela profesional vicentina fue reconocida como «centro colaborador» del INEM, y al año siguiente, de la Generalitat, con lo cual ya pudo organizar y animar reglamentariamente los cursos de formación ocupacional. Por tanto, la escuela, teniendo en cuenta las necesidades de la zona y sus propias posibilidades (instalaciones, profesorado), confecciona los programas, presupuestos y calendario del curso, y solicita la aprobación del Departament de Treball y la correspondiente financiación. En caso afirmativo, se pone en marcha el proyecto. Tal es el modo de proceder en los últimos años.

Los salesianos, de acuerdo con su talante educativo, han optado principalmente por los chicos y chicas cuya edad oscila entre los 16 y 25 años y que se encuentran en expectativa del primer empleo o en paro laboral. «Vienen de todas partes, de Sant Vicenç, de la comarca del Baix Llobregat y del Barcelonés» —asegura, satisfecho, el profesor Rabanal—. Y sigue explicando: «Preferimos cursos largos, de 400 ó 600 horas, en pequeños grupos, de unos 15 alumnos, y horarios vespertinos, cuando los talleres de la escuela quedan a nuestra disposición. Creemos que de



Aula de diseño asistido por ordenador (CAD).

esta manera la formación que se imparte y se recibe es más sólida. Si el alumno que ha terminado el curso no encuentra ningún empleo, pasa al *Servei Català de Col·locació*, que funciona como una bolsa de trabajo. En fin, dado el prestigio del centro, nuestras relaciones con el Departament de Treball son muy buenas»⁴⁴.

Las especialidades más solicitadas suelen ser las de plancha y pintura de los coches, máquinas herramientas, mantenimiento industrial electromecánico, neumática, informática y CAD (diseño asistido por ordenador). La iniciativa de introducir las técnicas de esta especialidad surgió ante la necesidad que sentía la escuela de dar una respuesta a la creciente demanda de especialistas en el sector, como también de garantizar a sus alumnos de electrónica y mecánica el aprendizaje de dichas técnicas, que entraban en la asignatura Técnicas de Expresión Gráfica. «Para ello — explica el profesor Esteban Badía Garro— nos pusimos en contacto con la empresa Autodesk España, propietaria del programa *Autocad*, líder en el mundo del CAD para ordenadores personales. Y en consecuencia, montamos el *aula de CAD* y la citada empresa pronto nos reconoció como centro autorizado de *Autocad*. De esta manera, pudimos iniciar las actividades en el año 1991»⁴⁵. Actualmente, la escuela de Sant Vicenç forma parte de la Red Nacional de ATC Salesianos (centros salesianos autorizados de *Autocad*).

Al lado de los cursos ocupacionales⁴⁶, la escuela ha cultivado también, aunque a menor escala, otra modalidad de la formación no reglada, cual es la de *reciclaje y perfeccionamiento*. Va dirigida en especial a los trabajadores de la empresa solicitante. En la misma línea se encuentran los cursos denominados *de catálogo*, para aquellas personas que desean introducirse en el CAD y en el CNC (control numérico). Estos cursos no están subvencionados; los anteriores lo están sólo en parte por la Generalitat, mientras que los de formación ocupacional lo están íntegramente.

Desde 1988, en que se comenzaron a impartir las enseñanzas no regladas, hasta 1995 la escuela ha organizado más de 90 cursos y ha llegado a más de 1.000 alumnos. El término medio de éstos por año ha sido de unos 140.

La experiencia que, año tras año, ha ido adquiriendo la escuela en este campo, le ha permitido ayudar a sus alumnos del último curso para que puedan realizar en las empresas las llamadas *prácticas en alternancia*, combinando así las exigencias académicas con las del mundo del trabajo. La iniciativa arranca desde el curso 1985-1986 y ha resultado particularmente provechosa para los alumnos y las alumnas de la rama administrativa⁴⁷.

Como se ve, la formación no reglada y las prácticas en alternancia ofrecen múltiples modalidades de actuación y abren unos horizontes insospechadamente sugestivos para una escuela profesional como la de Sant Vicenç⁴⁸. En buena parte, su futuro pasa por ahí.

La labor realizada durante el último sexenio (1989-1995) no hubiera podido ser tan fructífera, si el centro no hubiera contado entre sus enseñanzas la especialidad que reseñamos a continuación.

La escuela-taller de plancha y pintura

No fue iniciativa de los salesianos. Pero éstos se la apropiaron enseguida. Les pareció una cosa útil y que entraba de lleno en su ideario educativo.

La oferta partió de la empresa Max Meyer Ibérica, de origen italiano aunque asentada en España desde hacía tiempo. Aspiraba a dar a conocer sus tecnologías y sus productos por medio de centros educativos destinados a los jóvenes trabajadores. Por ello, acudió al Instituto Politécnico Escuelas Profesionales Salesianas de Sarria, donde le indicaron las ventajas que podía encontrar en la escuela profesional de Sant Vicenç, situada en una zona de intensa industrialización. La empresa —concretamente su director general, Eduard Prats i Montejo—, acogió de buen grado la

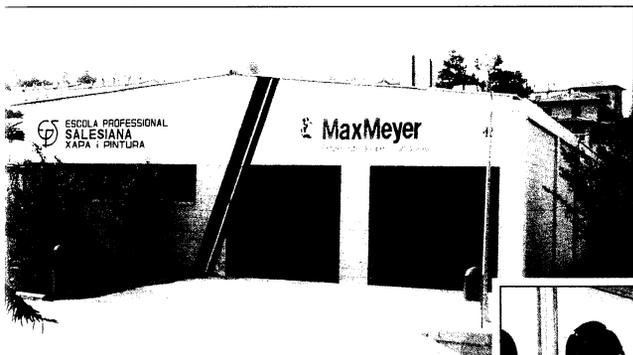
sugerencia, pues le parecía que allí se daban unas condiciones óptimas para la realización de sus planes⁴⁹. Y, así, presentó su oferta al centro profesional vicentino. Era a mediados del curso 1986-1987⁵⁰.

Como hemos dado a entender, los salesianos y sus colaboradores reaccionaron en forma muy positiva: prestaban el terreno necesario para la construcción del edificio y asumirían el proyecto como parte integrante de la propia escuela profesional. La financiación corría a cuenta de la Generalitat de Catalunya por medio del Fondo Social Europeo y el asesoramiento tecnológico estaba asegurado por la empresa promotora Max Meyer. Por parte de los salesianos, el director titular, Javier Martínez Zazo, hizo de interlocutor oficial, pero quien llevó adelante las gestiones pertinentes fue don Javier Asurmendi. Este y el profesor Esteban Badía se fueron a Milán para aprender las nuevas técnicas en el mismo puesto.

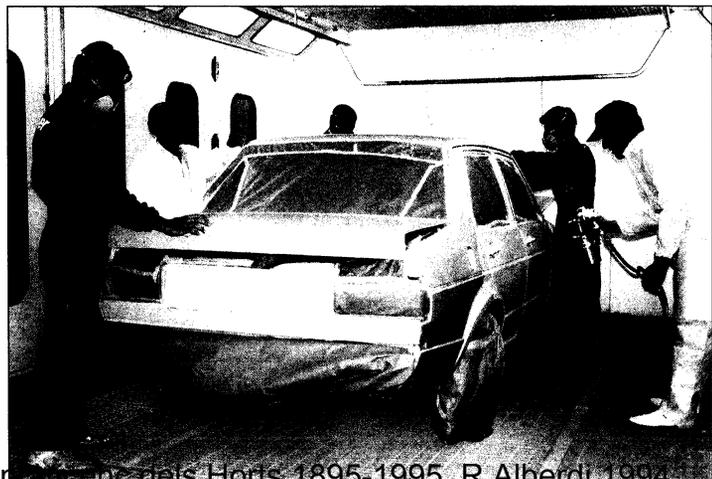
Como ya queda referido anteriormente en este capítulo, las obras del pabellón se llevaron a cabo en el verano-otoño de 1988 y la inauguración oficial tuvo lugar el 16 de febrero del año siguiente, con la participación del president Jordi Pujol⁵¹. Los salesianos quedaron



Febrero 1989: el President Jordi Pujol inaugura la escuela-taller de carrocerías.



Edificio de la escuela-taller.



Chapa y pintura de los coches.



Visita a la escuela-taller de plancha y pintura. De izquierda a derecha: señor Andreu (promotor), Paulino Rabanal y señor Gómez Cid, delegado territorial de Barcelona (1994).



Visita. De izquierda a derecha: señor Andreu, señora Carolina (Departament de Treball) y señor Martín Toribio, jefe del servicio de programas de la Dirección General de Ocupación (1995).

satisfechos, ya que según escribía el padre provincial Miguel Carabias: «Por su alta calidad tecnológica y por el servicio popular que la escuela-taller puede prestar a los alumnos de nuestro centro profesional y a otros, es un buen complemento educativo para toda la labor que aquí se desarrolla»⁵². Con ello entendían además concluir el ciclo de las celebraciones centenarias de la muerte de San Juan Bosco (1888-1988), como queriendo demostrar que el fundador seguía estando a la vanguardia de los tiempos en todo lo referente a la formación sociolaboral de la juventud⁵³.

La nueva escuela-taller de chapa y pintura venía a ser un centro de formación en la especialidad *carrocería del coche* que, diseñado por la casa Max Meyer y bajo la dirección de los salesianos, estaba destinado a impartir tanto la formación reglada como la no reglada, de acuerdo con las posibilidades y las circunstancias. Constaba de un aula de didáctica, dos bancadas —una de ellas de estiraje y centrado—, una cabina-horno y una sala-laboratorio de colorimetría. Todos ponderaron unánimemente la alta calidad tecnológica de estas instalaciones. Al cabo del primer año de funcionamiento, la dirección de la empresa Max Meyer felicitaba a la escuela «por la magnífica labor pedagógica y la extraordinaria colaboración que hemos encontrado en todos vosotros. Estamos seguros —añadía don Eduardo Prats— de que los éxitos iniciales perdurarán durante muchos años en beneficio de la juventud y de la puesta a punto de mano de

obra para el mundo laboral»⁵⁴. Tal fue el ambiente socioeducativo que la citada empresa y los salesianos fueron capaces de crear para dar vida a la nueva escuela-taller. Y hay que decir que, año tras año, las antiguas ilusiones se han ido convirtiendo en una magnífica realidad.

Un fruto ulterior consistió en que, gracias sobre todo al empeño de don Javier Asurmendi, los salesianos de Elche (Alicante) pudieran abrir también una planta análoga en su escuela profesional San José. Se inauguró el 31 de enero del 1991. El padre Asurmendi estaba ya enfermo, agotado por el esfuerzo realizado en los cuatro últimos años.

La financiación

Los gastos que generan las enseñanzas no regladas se cubren en la forma ya indicada en cada caso. Los que derivan de la enseñanza reglada se sufragan, desde hace años, con los ingresos que proceden de estas tres fuentes: las *subvenciones* de la Generalitat de Catalunya —ya que la escuela es un centro concertado—, las *aportaciones voluntarias* que pa-

Cuadro núm. 8
APORTACIÓN DE CADA FAMILIA
(En pesetas)

FP-1		FP-2		
Curso 1º	Curso 2º	Curso 1º	Curso 2º	Curso 3º
Año 1980-1981		Año 1980-1981		
4.800	4.800	7.500	7.500	7.500
Año 1985-1986		Año 1985-1986		
4.500	4.500	7.500	7.500	7.500
Año 1990-1991		Año 1990-1991		
10.000	11.700	30.000	30.000	32.000
Año 1995-1996		Año 1995-1996		
14.200	15.200	38.500	38.500	40.900

Fuente: Secretaría de la escuela.

No hay datos seguros para los años anteriores. En el de 1974-1975 la aportación del alumno por curso debió de estar sobre las 3.725 pesetas. El salto del quinquenio 1985-1986 al del 1990-1991 se explica en concepto de renovación del material fungible de los talleres.

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R Alberdi 1994

gan los alumnos y que principalmente sirven para costear las actividades complementarias, y las *ayudas* de la Congregación Salesiana, la cual se responsabiliza también de las cargas de mantenimiento. El cuadro n. 8 indica la evolución que han experimentado las citadas aportaciones voluntarias del alumnado durante los 15 últimos años.

La pedagogía. La pastoral

Hasta finales de los años sesenta, tanto en el seminario como en las «escuelitas», los salesianos habían aplicado su pedagogía de siempre, es decir, la que ellos mismos llamaron en el siglo pasado «pedagogía sagrada» (pág. 57). Con esta denominación daban a entender que su sistema pedagógico estaba basado, y tenía que estarlo, en la religión, y concretamente en la religión cristiana y católica. El evangelio o la buena noticia predicada por Jesús de Nazaret y su concreción histórica en la Iglesia Católica constituían, en efecto, el punto de partida y de llegada de todo el proyecto educativo salesiano. De aquí que, siguiendo la práctica de su fundador, San Juan Bosco, concedieran tanta importancia a la vida de fe y a la pastoral de los sacramentos.

Pero, según hemos apuntado anteriormente (pág. 312), este enfoque pedagógico ya no era posible en los primeros años setenta. Habían cambiado muchas cosas y, sobre todo, las personas que protagonizaban la vida de la escuela. Ni los alumnos eran los mismos, ni los educadores podían actuar como antes: los primeros ya no provenían de aquellas familias videntinas que, a lo largo de años y años, habían sido troqueladas en los valores cristianos; los segundos se iban también desprendiendo de ciertos métodos de educación que la teología postconciliar había superado, y se veían en la necesidad de adecuarse a la realidad que tenían delante, más o menos secularizada y, en cualquier caso, muy pluralista. Fueron conscientes, en efecto, de que la suya era la única escuela profesional de la villa, a la que acudían forzosamente chicos y chicas que nunca habían recibido formación religiosa en los colegios públicos, y en quienes las propuestas de orden religioso apenas producían eco alguno. Por lo cual ellos, los educadores, debían enfocar su actuación en una forma diferente a la que habían practicado en tiempos pasados. ¿Es que cabía ya una pastoral que no fuera de los «alejados»?

En consecuencia, sin renunciar nunca a la pedagogía de signo explícitamente religioso-cristiano⁵⁵, adoptaron otra de orientación *menos sagrada* o *menos evangelizadora*, para resituarse a un nivel de educación humana y social. Con humildad, paciencia y optimismo a la vez, no miraron tanto a mostrar en el escenario de su escuela los símbolos de una cultura cristia-

nizada —crucifijos, imágenes y cuadros de santos—, o a mantener las fiestas de fuerte contenido religioso que, en tiempos pasados, según sabemos, llenaban el calendario escolar, o a organizar los actos propios del creyente —oraciones comunitarias, celebraciones litúrgicas—, sino, más bien, se aplicaron a fomentar los valores que entran en el desarrollo de la persona y que posibilitan la vida colectiva.

Estos cambios, que remodelaban notablemente el ambiente educacional que reinaba en otras épocas, no se introdujeron sin preocupaciones ni molestias, porque no todos los responsables de la marcha de la escuela coincidían en los detalles prácticos⁵⁶.

Signo de tal estado de cosas fue el hecho de que, hasta la segunda mitad de los años ochenta, nadie había sido designado para el cargo de *coordinador de pastoral*, una figura diferente de la del antiguo *catequista* y que poco a poco se había ido fraguando en el encuadre pedagógico de los colegios salesianos. En el período anterior, sus funciones las había realizado, de una forma u otra, el mismo superior de la comunidad religiosa, que también ostentaba la titularidad de la obra escolar.

El primer salesiano que apareció revestido con tal cargo fue don Manuel Morancho i Peris, curso 1986-1987. Le siguieron los también salesianos Manuel Villares Fernández y Miguel Ángel Larrea Latasa. Cada uno de ellos hubo de inventar cosas, crear un ambiente, animar a los colaboradores. El último, don José Antonio Montull Torquet (1990-1996), pudo recoger lo que habían sembrado sus predecesores y organizar mejor el *equipo de pastoral*. «Es un organismo —explicaba a sus jóvenes lectores— que, como sabéis, se encarga de la animación cristiana y del mundo de los valores y actitudes en la comunidad educativa»⁵⁷. En él ha encontrado un cauce de acción el empeño —tantas veces demostrado por los profesores de la escuela— de ayudar a los alumnos, no sólo en lo referente al aprendizaje sino también en lo que mira a su educación.

Las iniciativas impulsadas desde el equipo de pastoral y otras instancias relacionadas con él se han canalizado a través de algunas prácticas que, bajo el punto de vista de la historia de la pedagogía, no carecen de interés. Así, por ejemplo: los *buenos días*, que se siguen dando desde el año 1987; las *campañas* que se organizan un par de veces en cada curso académico; algunas *fiestas religiosas* que han ido ganando importancia en el calendario escolar, como las de Navidad, San Juan Bosco y María Auxiliadora; las *convivencias* en las que, por lo menos una vez al año, toman parte todos los alumnos; las *actividades de verano*, en forma de colonias y o de «rutas»; los *grupos formativos* o de «fe» que, aunque no suelen ser numerosos, no faltan, sin embargo, como los que se organizan con motivo de la recepción del sacramento de la Confirmación; el *volunta-*

riado, que está formado por aquellos alumnos de los últimos cursos que se prestan desinteresadamente a actuar de monitores en el centro infantil y juvenil «Amigos», que regentan las salesianas.

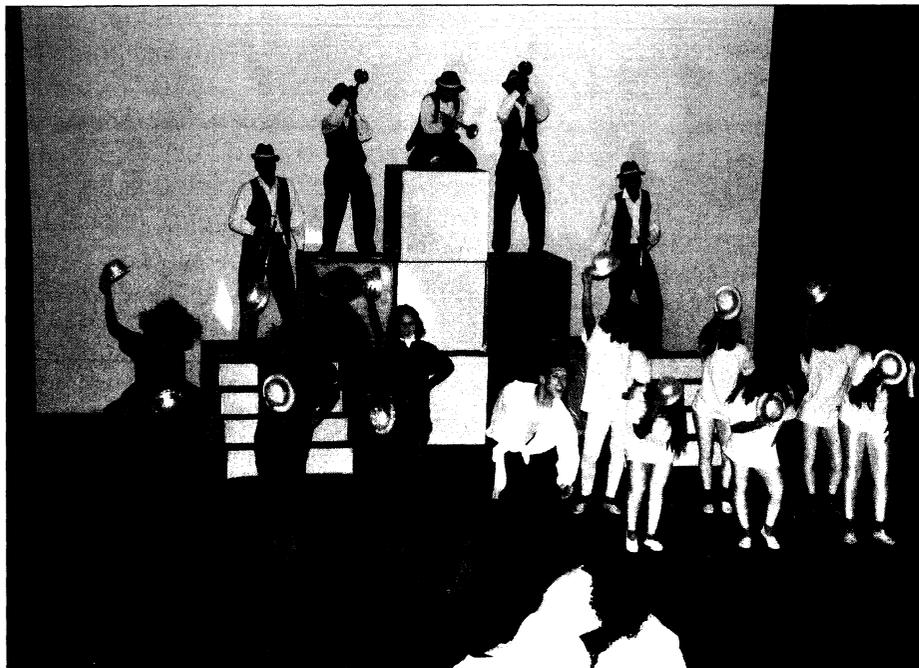
Una simple enumeración, como la que aquí se ofrece, resulta insuficiente para comprender el valor educativo de estas diversas intervenciones, porque, más allá de cada una de ellas, hay toda una serie de experiencias de orden muy personal. Pero precisamente por ello, éstas apenas son traducibles al lenguaje historiográfico. Así, por ejemplo, Manel Morancho cuenta con humor que en vez de hablar de «grupos de fe» él prefería hablar de «grupos de esperanza», porque «dada la escasa preparación de los que acudían a las reuniones —explica—, era poco lo que se podía hacer; pero, de una u otra forma, se echaba la semilla para el futuro. Con frecuencia, antes de entrar en temas de religión, debíamos asentar bien las bases del comportamiento humano. Con todo, eran unos muchachos majos, con ganas de aprender, de preguntarse sobre el sentido de su vida, y así acudían a los encuentros: una horita a la semana. Después de unos años, se hicieron evidentes los frutos»⁵⁸.

Muchas de las iniciativas mencionadas se integran fácilmente en el *plan de acción tutorial*, ya citado antes (pág. 328), por el que discurren principalmente las fuerzas que desarrolla la escuela en el plano propiamente formativo. Porque aquí se explican y se proponen también los valores humanos y cristianos que fundamentan el ser de la persona y del creyente. De esta manera, tanto desde las instancias del *plan tutorial* como desde las actividades que promueve el *equipo pastoral* se tiende a un único objetivo: construir la persona del educando en su ser de hombre y, si es el caso, en su condición de cristiano. El camino de la pastoralización de una escuela —que es largo y todo menos simple— pasa por el empeño de la educación permanente. La acción del educador y la del pastor entran en un único proyecto educativo-pastoral.

El plan tutorial se sirve de las reuniones de grupo y también de esa atención más personalizada que el joven y su familia a veces necesitan. Llega a todos los alumnos al menos una vez a la semana, si bien con los de los cursos cuarto y quinto se procede con mayor flexibilidad.

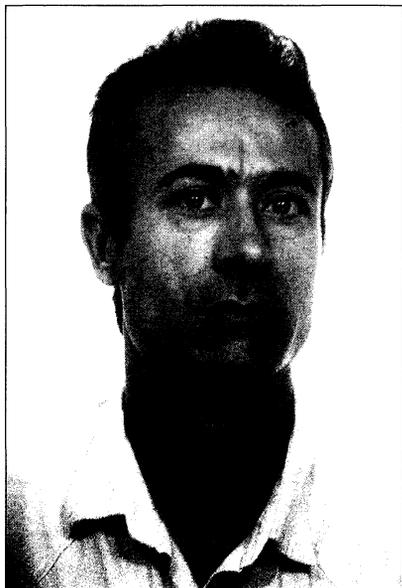
La evaluación que hacen hoy los responsables resulta francamente positiva: «Incluso hemos podido aportar el fruto de nuestra experiencia a otros centros similares de la comarca» —asegura don Faustino Gutiérrez⁵⁹—.

Proyectos y estrategias de orden educativo-pastoral logran sus objetivos si encuentran un ambiente adecuado. Toda comunidad educativa lo genera fácilmente cuando está sana, haciendo que circulen por su propio entramado social valores como la amistad, la espontaneidad y la alegría de



Mayo de 1990: el cuadro escénico de la escuela representa en Ciudadela de Menorca la comedia musical *Jesucristo Superstar*.

la vida. La crónica de la casa y la revista poligrafiada de la escuela aluden con frecuencia a las manifestaciones de esta índole: el *deporte* en sus diversas vertientes (fútbol-sala y baloncesto para chicos y chicas); *salidas y excursiones*, algunas de las cuales tienen fines culturales y en las que con los jóvenes toman parte salesianos y profesores; *colonias, campamentos* y «*marchas*» de verano; *actividades* fuera del horario escolar, pero estimuladas por la misma escuela en un plan de distensión y aprendizaje (declamación y *teatro*, conocimiento del inglés, estudio de la informática, introducción al mundo de la imagen y el sonido). Debido a una serie de circunstancias —como la celebración del centenario de la muerte de San Juan Bosco 1888-1988— y a un admirable trabajo de equipo, durante los años 1987 y 1991 el teatro juvenil (animado por alumnos, antiguos alumnos y profesores) se cultivó de una manera extraordinaria, y el cuadro escénico cosechó éxitos notables, tanto dentro como fuera de la escuela. Actores y espectadores aún recuerdan con gusto la puesta en escena de obras como *Aquí no paga nadie*, *A las 20 h.*, *fútbol*, *Llama un inspectory*, sobre todo, las comedias musicales *Rosas con espinas* (sobre la figura de Don Bosco) y *Jesucristo Superstar*. Los profesos-



Don Juan Fuentes Almagro, presidente de APA.

res Neus García, Jordi Riera, Miquel Torres y ayudantes movilizaron en esta ocasión unos 80 actores⁶⁰. La celebración de la *Semana de la juventud* ha venido a coincidir con la *Semana de Don Bosco*, en torno a la fiesta de este santo (31 de enero), la cual con su «olimpiada» constituye un marco adecuado para dar salida a muchas inquietudes deportivas, culturales, artísticas y religiosas. Y algo semejante se acostumbró hacer durante algún tiempo con la llamada *Semana Cultural*, que tenía lugar alrededor de la fiesta de Sant Jordi (23 de abril)⁶¹.

Toda esta corriente de actividades, por ser en buena parte expresión de la vitalidad de la gente joven, siempre ha estado sometida a continuos vaivenes, de subidas y bajadas, de progresos y retrocesos, de nacimiento y muerte. Es inevitable. Además, la trama

de la escuela profesional se ha ido haciendo complicada, con horarios apretados y nuevas exigencias académicas que apenas dejan espacio para el cultivo de otros aspectos formativos. La misma edad del alumnado —que ya no es la propia de los adolescentes— supone a veces una traba para la espontaneidad y la acción. Sin embargo, las iniciativas que se han reseñado tienen su gran razón de ser, porque en definitiva no se trata de formar al *técnico* al margen del hombre, sino, ante todo, de construir a la *persona* capacitada para una o varias profesiones. Los responsables de la escuela salesiana están convencidos de ello, como lo han demostrado a lo largo de los 25 años de vida que tiene su centro educativo. Todavía, para completar lo expuesto en este punto, hay que aludir a la opción que, desde años atrás, tienen tomada de favorecer en lo posible a la *coeducación* como un sistema formativo válido, porque entienden que la mutua referencia y complementariedad de ambos sexos forman un elemento muy enriquecedor.

La Asociación de Padres de Alumnos (APA), con sus Estatutos y Junta Directiva, quedó constituida en el curso 1976-1977 y, cinco años más tarde, inscrita oficialmente⁶². Dado que el alumnado de la escuela es ya adulto, la asociación ha ejercido sus funciones de una manera discreta y

eficaz, en colaboración con los demás órganos colegiados (ver cuadro n. 9). En el curso 1980-1981 y gracias al entusiasmo del presidente Ángel García Molina y del padre Doménec Valls —consiliario de la asociación y director del centro— se puso en marcha una escuela de padres, que todavía se mantiene viva. Los temas de estudio han sido preferentemente los relativos a la familia y a las relaciones padres-hijos.

En cambio, la Asociación de Antiguos Alumnos que despuntó y se desarrolló hasta cierto punto en las antiguas «escuelitas», en la profesional no acabó de encontrar un camino válido, a pesar de los deseos de los salesianos⁶³ y de unos primeros pasos de reorganización que se llevaron a cabo, incluso con éxito, por los años 1989 y 1990⁶⁴.

Cuadro núm. 9
ASOCIACIÓN DE PADRES DE ALUMNOS
PRESIDENTES

PRESIDENTES	CURSOS ESCOLARES	TITULARES
FRANCISCO FARLED PUEY	1977-78	M. CARABIAS (1972-78)
ISIDRO ROCA DOROTEO	1978-79	D. VALLS (1978-84)
ÁNGEL GARCÍA MOLINA	1979-80	
ÁNGEL GARCÍA MOLINA	1980-81	
ISABEL VELA MULERO	1981-82	
ISABEL VELA MULERO	1982-83	
MANUEL MARQUÉS PONCE	1983-84	J. MARTÍNEZ (1984-90)
MANUEL MARQUÉS PONCE	1984-85	
MANUEL MARQUÉS PONCE	1985-86	
MANUEL MARQUÉS PONCE	1986-87	
MANUEL MARQUÉS PONCE	1987-88	
AGUSTÍN GARCÍA MERCHÁN	1988-89	
AGUSTÍN GARCÍA MERCHÁN	1989-90	
RAFAEL FLORES PALACIOS	1990-91	F. GUTIÉRREZ (1990-96)
RAFAEL FLORES PALACIOS	1991-92	
LLUISA PUY VENTURA	1992-93	
JOSÉ MORENO BLÁZQUEZ	1993-94	
JOSÉ MORENO BLÁZQUEZ	1994-95	
JUAN FUENTES ALMAGRO	1995-96	

⁶³ Fuente: Secretaría de la escuela.

LA PARROQUIA DE SAN ANTONIO

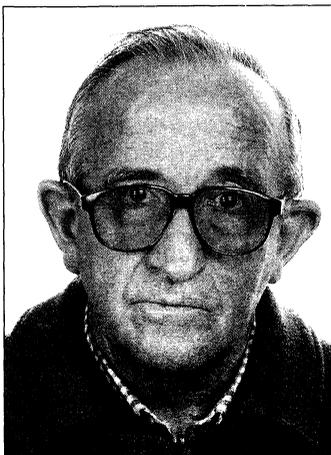
Cuenta Quim Pastor que, cuando en septiembre de 1972, llegó el salesiano José León Echarri a Sant Vicenç y le hicieron ver los bloques de pisos del barrio de la Vinyala exclamó: «Madre mía, aquí sí que vamos a luchar y a trabajar»⁶⁵. Lucha y trabajo son, efectivamente, dos elementos que caracterizaron la vida del joven sacerdote, sobre todo en los primeros años de su actuación como encargado de la parroquia de San Antonio. De este modo, prolongando durante unos ocho años el duro esfuerzo que había desplegado mossén Manel García, se echaron los fundamentos de la parroquia actual.

Una parroquia salesiana

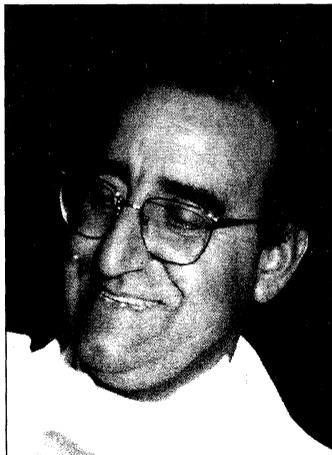
Ya hemos dicho en el capítulo anterior que, a inicios del 1972, mossén García dejó la parroquia a la que había servido con abnegación y sacrificio (pág. 291). Para sustituirlo, el arzobispado de Barcelona no encontró entonces otra solución mejor que la de nombrar párroco al que, desde 1969, ya lo era de la de San José. Mossén Lluís Alonso Cámara asumió la cura pastoral de ambas parroquias, eso sí, sabiendo que, en la demarcación parroquial de San Antonio, ya estaban los salesianos, los cuales, por disposición del mismo arzobispado, iban a ayudarle muy de cerca. José León fue nombrado enseguida vicario. Y comenzó a actuar sin pérdida de tiempo.

Desde el punto de vista de la evolución institucional, conviene distinguir dos etapas, separadas por el año 1976.

La primera (1972-1976) podría llamarse como la del *vicariato*, en el sentido de que los salesianos no tenían aún una parroquia asignada a ellos en cuanto grupo o cuerpo congregacional. Porque aquí, lo mismo que en otros muchos aspectos de la vida, las cosas tuvieron que ir madurando. Al inicio del año 1972, los salesianos colaboraban generosamente con las tres parroquias de la villa, «sin regateos» —como le gustaba decir al padre provincial Joan Canals⁶⁶—, y el presbítero Román Torrabella había sido nombrado oficialmente «encargado de la pastoral parroquial»⁶⁷. Lo cual se explica porque tenían tiempo para dedicarse a estos menesteres: el seminario estaba vacío y la escuela profesional funcionaba únicamente en régimen nocturno. Pero hacerse con la responsabilidad de gobernar una parroquia —en concreto la de San Antonio— era otra cosa.



Don José León Echarri Ansorena, párroco de San Antonio de Padua, 1978-1990.



Mossén Josep Bosch i Benejam, párroco de San Antonio desde 1990.



Mossén Mateu Santacana Capella, párroco actual de la parroquia de Sant Vicenç.

Una parte de la comunidad se inclinaba a asumirla. Don José León y los que pensaban como él creían que sólo a este precio podría la Congregación, primero, asentarse de verdad en Sant Vicenç; segundo, inserirse en la pastoral parroquial y, tercero, influir en profundidad en la barriada. Con una escuela, aun en la hipótesis de que llegara a establecerse sólidamente, no había suficiente... Otros, por el contrario, no acababan de ver la urgencia de tal compromiso, que les parecía muy grave; preferían tener más tiempo para que, como escribía el citado padre provincial, los hermanos reflexionaran y dialogaran sobre lo que el XX Capítulo General de la Congregación (1971-1972) había enseñado en torno a «una parroquia llevada por salesianos renovados»⁶⁸. En cualquier caso, los destinatarios preferentes de la futura parroquia salesiana, como también de otras actividades promovidas por los salesianos, debían ser los jóvenes emigrantes: «Concéntrese ahí —advertía— el esfuerzo de acercamiento y evangelización»⁶⁹. Y en tal sentido —abierto, pero cauto y reticente—, se pronunciaba en 1973 el *Reajuste*: «De momento —establecía— no parece conveniente tomar con carácter definitivo la responsabilidad de la parroquia de San Antonio, pero prolongaremos nuestro compromiso ante la Diócesis por un trienio a todos los efectos»⁷⁰.

De todas formas, la línea del *compromiso* o de la *inserción* en la parroquia fue ganando terreno: «Después de haberla recorrido —dejaba escrito el visitador designado por los Superiores Mayores—, llego a la conclu-

sión de que es un magnífico campo, muy acorde con nuestra misión salesiana. Podría ser objeto de una 'nueva presencia' en donde un par de hermanos, apoyados por la comunidad de esta Obra [de los que trabajan en la escuela profesional], podrían organizar un servicio ejemplar. Sondéese la opinión del señor Obispo»⁷¹. Esta orientación ayudó a reforzar la tendencia descrita. Efectivamente, con fecha 3 de febrero del año siguiente (1975) el superior de la comunidad, don Miguel Carabias, tenía el nombramiento de párroco. Algunos hubieran preferido que tal designación hubiera recaído sobre el padre Echarri que, de hecho, estaba ya actuando de párroco. Pero, en cualquier caso, la coyuntura sirvió para que dentro de la comunidad progresara el parecer de que se debía llegar a una aceptación formal de la parroquia por parte de la Congregación⁷².

Estando así las cosas, la lógica de los hechos debía llegar hasta el final. Y así, en el verano de ese mismo año (1975), dieron inicio los trámites al caso. El superior general de los salesianos dio luz verde en enero del año siguiente, y con fecha 14 de mayo de 1976, el arzobispo de Barcelona — el cardenal Narcís Jubany— acogía complacido la oferta que éstos le formulaban: «Encomendamos la parroquia de San Antonio de Padua (...) a la Provincia de Nuestra Señora de la Merced de la Sociedad de San Francisco de Sales, conforme al adjunto convenio». Según este acuerdo, dicha encomienda se hacía *ad nutum Sanctae Sedis*, es decir, mientras la Santa Sede no dispusiera en contra.

Desde este momento, la parroquia de San Antonio de Padua, erigida canónicamente en 1969, pasaba oficialmente a las manos de los salesianos en 1976⁷³. Con ello, daba comienzo la segunda etapa, la de la *parroquia salesiana*.

A los dos años, 1978, al finalizar el sexenio reglamentario de Miguel Carabias, el nuevo padre provincial, don Alfredo Roca, hacía que el nombramiento de párroco recayera sobre José León Echarri Ansorena, que tanto había trabajado ya durante los años anteriores en favor de los feligreses.

El rector era un navarro nacido en 1931 en la simpática villa de Lecumberri, a 34 km. de Pamplona. Se había hecho salesiano en 1953 y ordenado de presbítero cuatro años más tarde. Tenía unos 40 años cuando llegó a Sant Vicenç y, desde luego, necesitaba de todas las fuerzas de la juventud. «La tarea no es fácil —advertía a todos el nuevo padre provincial—, en especial durante esta época de cambio»⁷⁴.

Efectivamente, la Iglesia estaba interpretando y aplicando el Concilio Vaticano II (1962-1965) y la sociedad española, por su parte, acababa de inaugurar el período de la transición democrática, después del falleci-

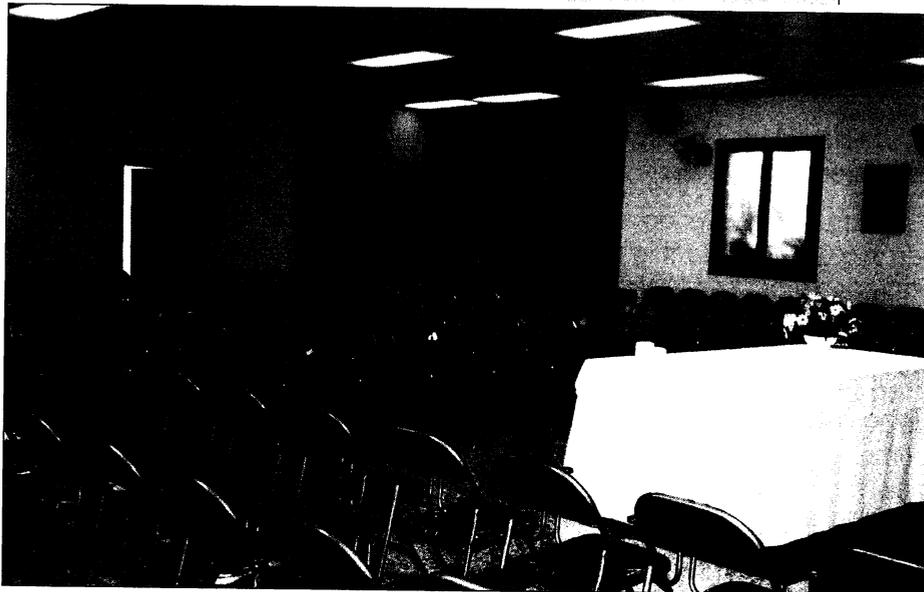
miento del general Franco (noviembre de 1975) y la aprobación en *referéndum* de la Constitución Española (diciembre de 1978). Cara al inmediato futuro, el superior asignaba cuatro tareas prioritarias a la actividad parroquial: atención a los alejados; catequesis infantil, juvenil y de los adultos; colaboración con los movimientos diocesanos y las congregaciones religiosas, y pastoral juvenil, por medio de los *espiáis* y otros movimientos del género⁷⁵. Tal era el camino a seguir.

Una parroquia dispersa

Antes de emprenderlo, el padre Echarri tuvo que asegurar las plataformas imprescindibles de acción, y mucho más teniendo en cuenta que la demarcación de su parroquia comprendía zonas muy distantes y muy diferentes entre sí⁷⁶.

En primer lugar, siendo aún vicario, tuvo que construir una iglesia sobre el terreno que la parroquia poseía en el barrio de la Vinyala por donación del Patronato Local de la Vivienda y en el cual mossén Manel había colocado un barracón que hiciera de capilla (pág. 291). En 1973, el párroco Lluís Alonso había formalizado los papeles de la propiedad⁷⁷. Ésta, de figura irregular, tenía una superficie de 450 metros cuadrados y era cedida gratis con el fin de que el obispado construyera precisamente «una iglesia y complejo parroquial». José León se vio obligado a actuar enseguida porque, según el contrato, las obras debían iniciarse «en el plazo de un año a partir de la fecha del acuerdo de cesión» y estar concluidas «antes de tres»⁷⁸.

Pensó por el momento en un edificio prefabricado, sencillo y de poco coste, que pudo inaugurar para la fiesta de San Antonio de Padua del 1974. Constaba de un salón amplio para las asambleas de los domingos y fiestas, y otra más reducida para las misas de cada día. En buena parte José León lo levantó con su esfuerzo personal y la ayuda de amigos y voluntarios: «Nos costó tres millones, haciendo nosotros los cimientos, las instalaciones de electricidad y fontanería, etc. Don Bosco y María Auxiliadora lo pagaron todo»⁷⁹. De esta manera, los actos de culto que se celebraban en el barracón pudieron tener ahora un lugar más adecuado. También se organizó allí el despacho parroquial. En resumen, la parroquia comenzó a tener un lugar para convocar a la comunidad de los creyentes. Pero aún tenía un carácter provisional, por lo que se imponía el esfuerzo necesario para dignificarlo, ampliarlo. José León emprendió la tarea y consiguió que la nueva construcción, más sólida y presentable, pudiera inaugurarse para la fiesta de San Antonio del 1988. Acudieron las autoridades y hubo



En el barrio de la Vinyala-Poble Nou, la iglesia parroquial de San Antonio. Vista exterior e interior.

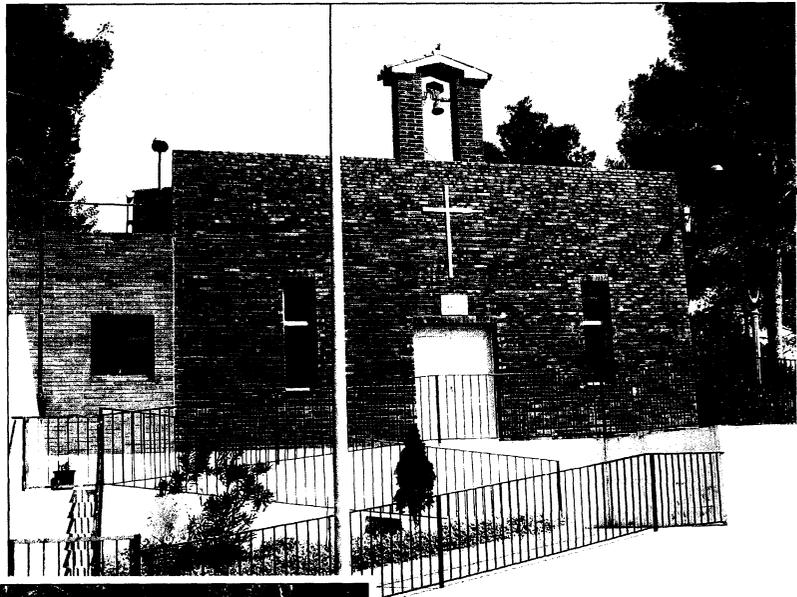
fiesta. Fue entonces cuando la «iglesia parroquial de la Vinyala» adquirió la silueta que tiene ahora.

Mientras José León estaba ocupado en levantar esta iglesia parroquial, le avisan que la de la urbanización de Sant Antoni se venía abajo... Porque aquella ermita-capilla, que durante los días laborales se empleaba también como guardería infantil, ya tenía sus años y las vigas del techo cedían. Por tanto, si se deseaba decir la misa, tendría que ser al aire libre o en un aula de las escuelas. Pero, ¿valía la pena de reconstruirla? ¿Dónde estaban los medios necesarios? Los vecinos le recomendaron al cura que no se preocupara demasiado, porque, siendo un asunto del barrio, la re-

construirían entre todos. «Se marcharon —confiesa José León— dejando en mi interior una alegría grande, al sentirme que no estaba solo»⁸⁰. Se aprovechó la coyuntura para aumentar el número de las aulas parroquiales hasta cuatro: «Con la ayuda de algún salesiano, hemos hecho de peón, carpintero y electricista; estamos terminando 40 pequeñas mesas. Hasta aquí podíamos llegar; pero, por nuestras solas fuerzas, no podemos edificar la capilla; necesitamos de vosotros»⁸¹. Y también se llegó a esto último. La iglesia se levantó al otro extremo, mucho más bonita. «Como siempre —precisa el antiguo rector—, con la ayuda de la Providencia. Gastamos unos seis millones»⁸². Las escuelas quedaron ampliadas y renovadas en 1974; la capilla, dos años más tarde.

Ésta sigue aún como lugar de culto todos los domingos y fiestas religiosas. Pero aquéllas, aunque quedaron equipadas con un patio de deportes

La nueva iglesia del barrio de San Antonio.



Las antiguas escuelas parroquiales del mismo barrio.



y siguieron creciendo en su prestigio —allí trabajaban, entre otros, las salesianas Josefina Garrote y Dolores García Ruiz⁸³—, tuvieron que buscar una salida cara al futuro, pues ya no pudieron responder con solvencia a todas las exigencias de la Ley de Educación del 1970, cuya aplicación se hacía perentoria. «Nos resultaba imposible organizar los ocho cursos de enseñanza general básica» —reconoce el señor Visiedo, uno de los grandes colaboradores, con Pere Farré, del párroco Echarri⁸⁴—. Por eso, gracias a las gestiones —inteligentes, oportunas— de la asociación de padres, se consiguió crear allí cerca una nueva escuela pública de EGB —el actual colegio de San Antonio—, adonde en el curso 1983-1984 pudieron trasladarse los que frecuentaban las antiguas escuelas parroquiales. Éstas cerraban, en consecuencia, las puertas. A lo largo de 15 años seguidos (1968-1983) habían cumplido una función social de primer orden.

Pero ahora sus aulas quedaban libres. ¿Qué destino se les podía asignar, dentro de las preocupaciones pastorales de la parroquia? Porque el terreno seguía siendo de la diócesis, naturalmente. El primer proyecto consistió en abrir un centro juvenil. ¡La juventud, la gran obsesión pastoral de los salesianos! Y se hizo el ensayo a partir del curso 1984-1985. Al principio arrancó bastante bien. Pero luego ya no resultó, porque este tipo de instituciones necesitan un personal competente y dedicado, y que se haga alguna selección de los destinatarios. Pero esto no se consiguió. Aquel lugar llegó a ser desagradable. La gente dejó de acudir incluso a la iglesia. Fue un momento malo para el responsable de la parroquia. Echarri quedó dolido. ¿Qué hacer? Porque algún objetivo había que asignarle a lo que estaba edificado. Entonces surgió otro proyecto: establecer un hogar del anciano. Los salesianos no veían clara aquella meta, y se callaban⁸⁵. Pero esta vez, aunque «con mucho sacrificio» —según se expresa el antiguo párroco⁸⁶—, las cosas salieron mejor. La iniciativa no partía de la parroquia, pero ésta la aceptaba y la apoyaba cediendo el uso de los locales que, de esta manera, cobraban un destino socialmente válido. Pero tuvieron que ser renovados por completo.

El *Esplai Gent Gran Sant Antoni* se inauguró el 30 de octubre de 1988, con la asistencia del conseller de Benestar Social de la Generalitat de Catalunya, honorable Antoni Comas —antiguo alumno de los salesianos de Barcelona-Rocafort—. Fue como una sorpresa. Pere Farré había tenido que hacer de mendigo, recabando los fondos necesarios. Y encontró la ayuda de muchos particulares: «El día de la inauguración —recuerda— el párroco me dio un abrazo, y me dijo: ‘esto ha sido un milagro’»⁸⁷. Lo que deja ver el estado de ánimo de los que intervinieron más directamente en el asunto. Después llegaron las modestas subvenciones de la Generalitat y del Ayuntamiento. Hoy el *Esplai Gent Gran* marcha a velas desplegadas y, en su plena autonomía de gestión, tiene conciencia de su



Capilla de Nuestra Señora del Carmen, en el Centro Amigos (Barrio de la Guardia).

dimensión parroquial⁸⁸. Ya hace seis años que el cronista de los salesianos escribió que ésta era como «la obra cuasi-póstuma» de José León Echarri y podía calificarse de «modélica»⁸⁹.

La iglesia de la colonia de Sant Antoni distaba de la de la Vinyala un kilómetro y medio. Una distancia semejante separaba estos barrios del de la Guardia, el cual, a no dudarlo, necesitaba también un lugar de culto. De hecho, hacia el año 1970 según sabemos ya, mossén Manel había abierto uno alrededor alquilando una pobre casita de la Travessera de León 102 (hoy, calle Mataró 29) y llamando a las religiosas salesianas para que animaran aquel sitio con las actividades propias de un *catecismo* o *esplai* infantil. Él y, en su ausencia, algún sacerdote salesiano solían celebrar la misa todos los domingos (pág. 281).

Cinco años más tarde, cuando las salesianas se establecieron por su cuenta en el barrio (calle Lanzarote, n. 10), aquel enclave seguía siendo necesario. Pero tanto las religiosas como la parroquia aspiraban a más, tal como se explica en el capítulo siguiente de este libro (pág. 370). Después de muchas tentativas, se fijaron en una parcela que las hermanas Sagnier de Sentmenat habían regalado a la archidiócesis con la siguiente finalidad: «La finca donada —se lee en la escritura de cesión— deberá destinarse para parroquia y organizaciones parroquiales del sec-

tor pastoral en que aquélla está ubicada»⁹⁰. Dicho terreno tenía una extensión de 2.258 metros cuadrados, se hallaba un poco más arriba del cementerio, en la entrada, como quien dice, del barrio de la Guardia, y era conocido como la finca de los «olivares» o de los «encinares». Ahora bien, entre los años 1978 y 1979 los salesianos y las salesianas estaban decididos a actuar en aquel lugar. En consecuencia, de la manera que se explica en el capítulo 10, se levantó al año siguiente el Centro Amigos (calle La Laguna, n. 1), donde quedaba instalada, con carácter permanente, una capilla dedicada a la Virgen del Carmen. Éste sería el tercer foco de irradiación de la vida parroquial. El rector Echarri quedó satisfecho con aquella solución.

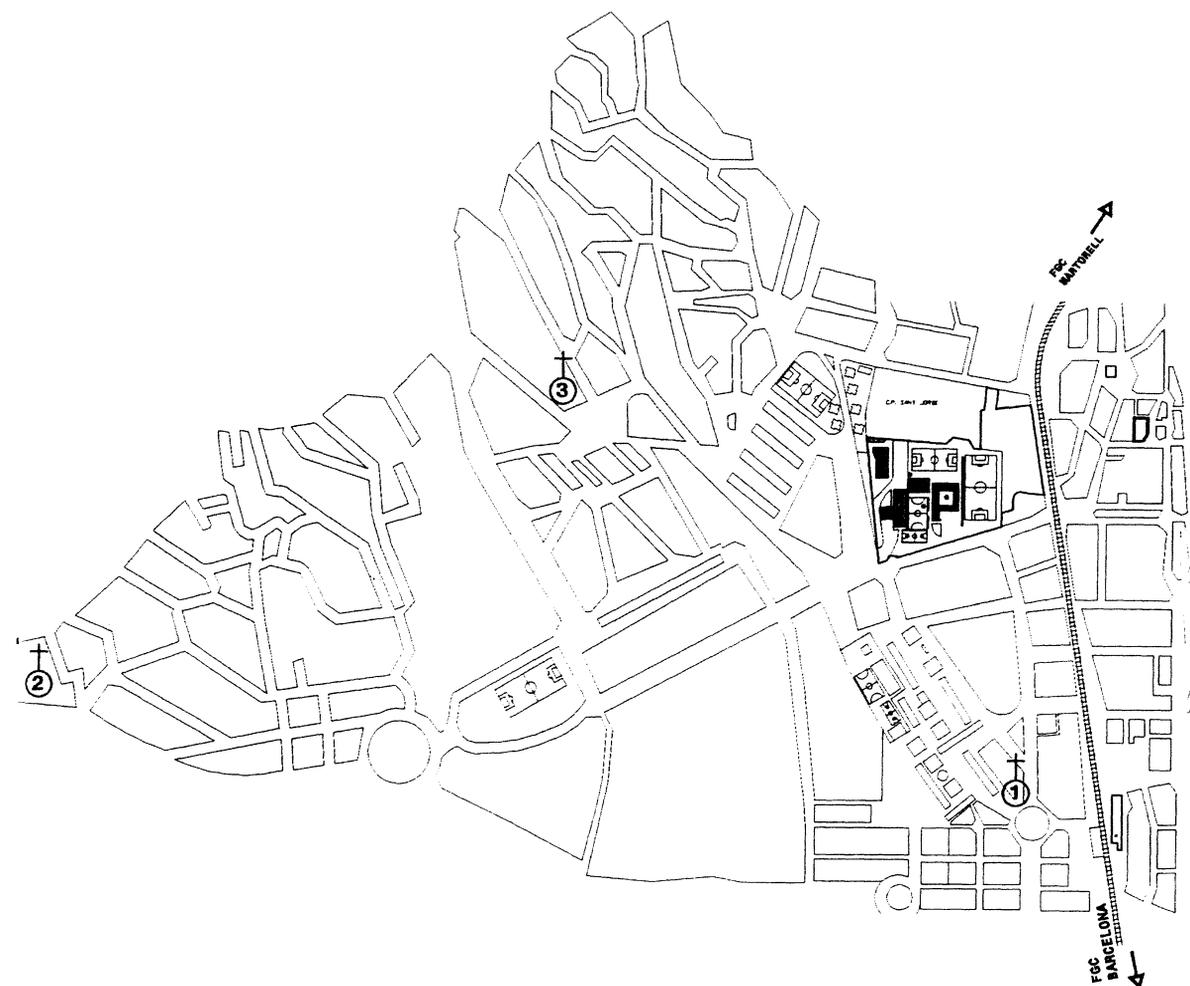
Una parroquia difícil

El adjetivo «difícil», aplicado a la parroquia de San Antonio, aparece frecuentemente en los testigos y en las fuentes escritas. Dificultad que proviene no sólo de la dispersión, sino sobre todo de la heterogeneidad, desarraigo y complejidad del tejido sociorreligioso de las zonas de la demarcación parroquial, así como también de la diversidad de fuerzas que entran en la acción pastoral. A esto se añaden algunas deficiencias que nuestro tiempo ha ido creando en el campo social —bolsas de pobreza, abandono, marginación, desestructuración familiar— y en el campo religioso —indiferentismo, ignorancia, absentismo—.

Sobre este telón de fondo y durante una buena parte de los años setenta, surgió la nueva coyuntura histórica, marcada por la crisis económica, el hundimiento del franquismo y la transición democrática y, por tanto, muy conflictiva. Fue entonces cuando José León Echarri decidió dar a su acción un sentido significativamente social: acogiendo las asambleas de los obreros, apoyando a los parados, siendo solidario con los marginados, dando de comer a los hambrientos, denunciando la falta de libertades públicas, organizando la resistencia con huelgas y cortes de carretera... En esto le apoyaban algunos muchachos pertenecientes al Centro Juvenil Salesiano, sensibilizados ellos también por los problemas de la libertad y la justicia social. «La policía no nos dejaba en paz, creyendo que yo era el comunista que lo movía todo»⁹¹. Hasta que, en un momento dado, el sacerdote que actuaba en él acabó por imponerse sobre el líder obrero. Porque, tal como ha explicado en ocasiones a sus colaboradores y también al autor de este libro, se sintió desanimado y hasta casi vacío en el camino emprendido: «A la iglesia no venía la gente, y pensé si se podría actuar de otra manera»⁹². Fue entonces —año 1973— cuando, por mediación del profesor de Sagrada Escritura, el salesiano padre Joan Bosco

PARROQUIA DE SAN ANTONIO DE PADUA

LUGARES DE CULTO



1. IGLESIA PARROQUIAL

(Barrio La Vinyala-Poble Nou)

2. ERMITA - IGLESIA DE SAN ANTONIO

(Barrio Sant Antoni)

3. CAPILLA NTRA. DEL CARMEN

(Barrio la Guardia) (Centro Amigos)

La gran extensió i la diversificació social de la parroquia de San Antonio dificulta la labor pastoral.

Vernet, llegó a entrar en contacto con las comunidades neocatecumenales que funcionaban en Barcelona-Sarriá, concretamente en la parroquia de María Auxiliadora regentada por los salesianos. «Llamé a los responsables que viniesen y me explicasen de qué iba. Les escuché y me pareció una cosa estupenda. Comenzamos las catequesis con unas trece personas y a mí me tocó el Señor»⁹³.

De esta manera, se operó lo que, en sentido amplio, podría llamarse la *conversión pastoral* del sacerdote encargado. Según un testimonio recogido por Quim Pastor, éste declaraba en 1987: «A través del camino neocatecumenal (...) he descubierto que nuestra tarea fundamental es la evangelización permanente. Ahora hago lo mismo que años atrás —atender a los pobres, preocuparme de los necesitados—, pero con un corazón diferente: procuro transmitir el amor de Dios»⁹⁴. Y también de esta forma entraron las comunidades neocatecumenales en el ámbito parroquial de San Antonio. La primera quedó instituida en marzo del 1973, de cuya animación se encargó personalmente el rector. Hoy en día son seis.

Ya tenemos, por tanto, individualizadas las fuerzas que de una manera explícita tratan de actuar en la labor pastoral de la parroquia: los salesianos y las salesianas, sus cooperadores y colaboradores, dos comunidades religiosas —las Hermanas Franciscanas Misioneras y los Hermanos de San Juan de Dios— y las citadas comunidades neocatecumenales. Y junto a ellos están todos los hombres y mujeres de buena voluntad, que de una forma u otra, quieren contribuir a la edificación de la Iglesia de Dios en unión con el párroco y el obispo diocesano. No siempre resulta fácil coordinar las mentalidades, los objetivos, los métodos y los campos de actuación. Además, como queda anotado, a las dificultades que pueden venir desde dentro, se añaden las del exterior, sobre todo la ignorancia y el indiferentismo de muchos, que lógicamente les lleva al absentismo. Cuando, a comienzos del año 1980, don José Antonio Rico visitó la parroquia en nombre de los superiores mayores, encontró que el número de los católicos practicantes apenas alcanzaba el 1,5% de la población. Por lo que, evocando un pasaje bíblico, se atrevía a recomendar a los salesianos y colaboradores: «El Señor nos pide sembrar, acaso con sudores y lágrimas; otros recogerán la cosecha»⁹⁵.

Pero mientras tanto, se echó a andar. Después de muchas sesiones de estudio, hace poco tiempo que quedó aprobado el *Proyecto pastoral parroquial*, como documento básico de referencia. Asesorando al párroco Josep Bosch i Benejam⁹⁶, sucesor del padre Echarri desde 1990, están los órganos colegiados responsables: el Consejo Pastoral, la Asamblea Parroquial y el Consejo de Economía. Impulsado por los dos primeros, se pone en marcha todo el movimiento parroquial, que se abre en tres direc-

ciones principales: la evangelización y catequesis en sus diversos niveles, la sacramentalización, y la solidaridad cristiana (por medio de Caritas y otras instituciones). Como características propias de una parroquia confiada a los salesianos, el mencionado proyecto señala el interés por la educación de la juventud y por la promoción social del pueblo.

Además de las fiestas contempladas en el calendario litúrgico, van ganando relieve las de María Auxiliadora, San Juan Bosco y San Antonio —la primera, animada por la Asociación de María Auxiliadora y la tercera, por el *Esplai Gent Gran*—. Entre las asociaciones se han de recordar el grupo de jóvenes voluntarios que trabajan en el *Centro Amigos* y el de los visitantes de los enfermos. *Vida Creixentes* es un movimiento vinculado al *Esplai Gent Gran*. La Fundación *La Barruana* —nombre que procede de unos terrenos vendidos por la misma fundación en una zona llamada así—, se debe al legado de doña Francisca Simón i Aldabó⁹⁷ y trata de atender los casos de necesidad que detectan en la villa los asistentes sociales. La administran el señor Alcalde, el señor Juez de Paz y el señor rector de la parroquia de San Antonio, ya que los terrenos de la fundación se encuentran en la misma. Un modesto boletín, denominado *La parroquia* y que se expresa parte en castellano y parte en catalán, trata de informar cada mes a los feligreses sobre las actividades más importantes.

EL TIEMPO LIBRE

Cuando, en la obra salesiana de Sant Vicenç, llegó el momento de dar el *giro* al que nos hemos referido en el capítulo anterior, la conciencia colectiva de los salesianos miraba a potenciar las dos plataformas de acción que consideraba más importantes: la escuela profesional y el centro juvenil (pág. 303). Éste correspondía, por su misma naturaleza, a la educación de la juventud *en y porel* tiempo libre —el *lleure*—. Ambas instancias entraban en el proyecto primitivo y constituían entonces —primeros años setenta— una realidad viva. En cambio, según se ha visto, la idea de regentar una parroquia y dedicarse al apostolado correspondiente fue un elemento legítimo y útil, pero añadido más tarde.

Ya queda delineada en las páginas anteriores la trayectoria que siguió el centro juvenil hasta el año 1975, cuando su fundador, el salesiano José Antonio Iguácel, hubo de dejarlo. Entonces se hicieron cargo del mismo, entre otros, los profesores Jesús Churio y Javier Biel, los cuales consiguieron dar vida a una serie de grupos formativos o de «reflexión». Con

ello el centro juvenil, constituido mayoritariamente por alumnos y ex alumnos de la escuela, ganó en solidez y calidad.

Así lo encontró Doménec Valls cuando llegó en el otoño del 1978. El nuevo director, ayudado por sus colaboradores, no dudó en ahondar esta línea formativa, organizando incluso tandas de Ejercicios Espirituales para los jóvenes. Fue sin duda un momento hermoso, en que despuntaron nuevas energías juveniles que, a la vuelta de unos años, iban a producir nuevos frutos.

El centro juvenil tuvo su sede en el edificio de abajo (*Salesians Antics*). Pero cuando éste se vendió al Ayuntamiento (1981), tuvo que trasladarse al edificio, aun no concluido, de arriba, en cuya primera planta se prepararon las salas para su funcionamiento, algunas de las cuales acogieron más tarde los cursos ocupacionales que organizó el Colectivo de Cultura Popular (pág. 376). En la misma planta se instaló el bar de la escuela y, en los bajos, se habilitaron los vestuarios para los deportistas.

La buena salud de que gozaba este movimiento juvenil le permitió a Manel Morancho i Peris preparar un equipo de monitores y abrir, con su ayuda, un *esplai* infantil. En el curso 1983-1984 estaban en marcha am-

Grupo de Cooperadores, con sor María Rosa Olivella (salesiana) y don Manuel Villares (salesiano).



bas entidades: el *esplai* y el centro juvenil, de los que en los primeros años se cuidaron el propio Morancho y Miquel Torres. Bajo la guía de don Manuel Villares, aunque, sin tanta concurrencia de participantes como entonces, los dos grupos siguen funcionando aún con las actividades de costumbre.

Más o menos por ese tiempo, cuando aún brillaban las luces que había encendido la celebración del centenario de la venida de los salesianos a España y de la muerte de Santa María Mazzarello (1881-1937), a algunos monitores y monitoras que frecuentaban el centro juvenil de la escuela profesional y el *Centro Amigos*, se les propuso iniciar un camino de formación para llegar a ser en su día Cooperadores Salesianos. Entiéndase bien: no según la fórmula antigua, sino según la línea de *renovación* propugnada por el XX Capítulo General de los salesianos (Roma 1971-1972) y que insistía en el aspecto espiritual y apostólico de la vocación del Cooperador Salesiano⁹⁸. Doménec Valls y Carmen Buera animaron por vez primera este proyecto de los «nuevos cooperadores». En consecuencia, después de un primer rodaje, aparecieron dos grupos, cada uno de los cuales echó a andar por su cuenta. Pero en noviembre del 1987 se fusionaron en uno solo con dos animadores: una salesiana —María Rosa Olivella— y un salesiano —el mencionado Manuel Villares—. El proceso de maduración e inserción en la misión salesiana resultó más bien largo. Pero lo cierto es que, en mayo de 1992, hacían su *promesa* los jóvenes Ferran Alegre, Enrique Ferrera y Lucía González, Antonio González, Francisco Ruz. Fue el resultado feliz de unas energías que se habían concentrado durante los años ochenta en los centros juveniles de los salesianos y las salesianas. De un modo parecido había surgido, casi veinte años antes, el grupo promotor de la actual Escuela Iris (pág. 268). Sería de desear que este primer núcleo de la cooperación salesiana se viera ampliado en los próximos años.

La pedagogía del tiempo libre pasa también por otros niveles más superficiales, pero siempre importantes, desde el punto de vista educativo. Uno de ellos es el deporte, que, en nuestra historia, estuvo presente de una manera muy particular durante los doce años que van desde 1975 a 1987. Era cuando ya se habían levantado los bloques de viviendas de la Vinyala y del grupo Llinás, cuando la villa vicentina aún sufría graves carencias de centros escolares e instalaciones deportivas al alcance de los niños y jóvenes de las nuevas barriadas. Entonces, como se ha insinuado ya en este mismo capítulo (pág. 312), los salesianos pudieron brindarles sus campos de fútbol. Allí encontraron sitio 12 equipos, de los que unos eran infantiles (niños de 7 a 12 años) y otros juveniles (de 12 a 17 años). Los salesianos tuvieron también los suyos: *El Orsa* (Oratorio Salesiano) y

El Imperio, que ya estaban organizados cuando, por los años cincuenta y sesenta, junto a las «escuelitas» funcionaba también el oratorio festivo. El primero era para los mayorcitos; el segundo, para los pequeños. Además acudía también algún equipo de los pueblos de alrededor. «Imagínese usted —nos ha hecho observar don Ramiro Sangüesa— la cantidad de chicos que se reunían aquí. Porque cada equipo movilizaba unos 18 jugadores, pero es que muchas veces asistían también los padres, amigos y vecinos. Hasta llegamos a montar un bar, para vender bebidas y otras chucherías y sacar así algún dinero para sufragar los gastos»⁹⁹.

Quien había tenido la intuición y el coraje de convocar a estas organizaciones que no acababan de encontrar en los respectivos barrios el lugar adecuado para éntrenos y competiciones, fue don Javier Asurmendi, ya desde el primer período que pasó en Sant Vicenç, por los años 1974-1977. Llamó a los muchachos, los entrenaba durante la semana, organizaba con ellos campeonatos, buscaba trofeos para premiar a los mejores, coordinaba, en suma, todo un amplio movimiento futbolístico. Cuando hubo de ausentarse de Sant Vicenç (1977), le sustituyeron en la tarea don Jesús Churio y don Óscar Capó.

Pero ya desde un año antes (1976), el salesiano laico Marcel·lí Rey i Pallares se había integrado de nuevo en la comunidad salesiana. Era un hombre a primera vista insignificante, hortelano de profesión, cojo y no siempre de buen genio, pero entusiasta del fútbol y, sobre todo, como salesiano, apasionado por el bien de los niños y adolescentes vicentinos, a los que quería ver felices y educados. Cuando lo lograba con su esfuerzo y dedicación, él también se sentía joven y feliz, aunque ya contaba sesenta años¹⁰⁰.

Su papel se reducía a hacer cosas muy sencillas, pero absolutamente necesarias, tales como marcar los campos de fútbol y distribuirlos según los horarios, cuidar el orden en los vestuarios, atender a los equipos, limpiar la ropa de los deportistas. Durante la semana, a eso de las cinco de la tarde, ya tenía que estar preparado para acoger a los jugadores que venían a entrenarse, y, los sábados y domingos, asegurar el correcto desenvolvimiento de las competiciones. Y así todos los años, desde octubre hasta mayo: primero, con el campeonato de invierno y después, con el de primavera. Siempre tenía algo que hacer. Menos mal que contaba con la ayuda de sus amigos, entre otros, de Ramiro Sangüesa y Cándido Pitarch. De esta manera, prestando estos humildes servicios, «el señor Rey» —como le llamaban familiarmente— se daba a conocer y se hacía querer. Se convirtió en un personaje muy popular. Radio Sant Vicenç daba cuenta a la población de la marcha del «campeonato salesiano», que al-

EL TIEMPO LIBRE

Marcel·lí Rei i Pallares, feliz en la organización y animación de los equipos de fútbol.



canzó su punto culminante durante el directorado de Doméneç Valls (1978-1984).

Hacia 1988, «el abuelo» sufrió una mala caída, a consecuencia de la cual se vio obligado a someterse a una cura larga y dolorosa. Le fue imposible pensar en su actividad preferida, con lo que el mundo futbolístico, a cuya animación tanto había contribuido, comenzó a desmoronarse. No hubo nadie que le supiera con eficacia. Falleció en marzo del 1993, dejando sin vida aquellos campos de fútbol, que hoy no pueden menos que despertar mil nostalgias de un tiempo ya pasado. Su funeral fue una impresionante muestra del afecto que se le profesaba en el pueblo de Sant Vicenç, al que él consideraba como suyo y donde deseaba que sus restos descansaran para siempre¹⁰¹.

* * *

Acabamos de recorrer los hitos más sobresalientes de la presencia salesiana durante el último cuarto de siglo. Para ello, hemos seguido por orden las tres vertientes fundamentales de esa presencia: la escuela profe-

sional, la parroquia y las actividades del tiempo libre. Tal vez, el estudio podía haber sido más detallado y depurado. Pero disponemos ya de datos más que suficientes para enunciar algunos rasgos característicos, muy visibles concretamente en la obra escolar. Así, por ejemplo, los salesianos han querido mantenerse siempre cerca del pueblo de Sant Vicenç, al que han procurado servir de una manera eficaz; han buscado la colaboración y la participación de los seglares; con su ayuda, han demostrado un notable interés por la integración cultural de los más necesitados; han creado un centro educativo de prestigio. Por supuesto, no siempre han logrado a perfección todo esto, pero tampoco se han quedado sólo en palabras, sino que han hablado con la verdad de los hechos.

Es precisamente en esta vertiente escolar donde se prevén unos cambios sustanciales durante los próximos años. El curso que viene, 1996-1997, comporta, en efecto, una gran novedad: comienza a aplicarse en nuestra escuela la LOGSE. No es el caso de presentar ahora cuanto la ley dispone sobre las enseñanzas profesionales¹⁰². Basta únicamente recordar que ha querido revisar a fondo todo lo pertinente a la FP, «consciente de que se trata de uno de los problemas del sistema educativo vigente hasta ahora que precisan de una solución más profunda y urgente, y de que es un ámbito de la mayor relevancia para el futuro de nuestro sistema productivo»¹⁰³. Supone de hecho un nuevo enfoque de cosas. En consecuencia, la Escuela Sagrado Corazón, hasta hoy de formación profesional de primer y segundo grados, se va a convertir en un centro de segunda enseñanza obligatoria (ESO, tres líneas), al que luego seguirá un instituto de bachillerato (dos modalidades) y de ciclos formativos de grado medio y superior, donde los alumnos recibirán una preparación profesional específica. Éstos iniciarán sus estudios a los 12 años, una vez terminada la enseñanza primaria. Tal oferta se completará con un amplio programa de cursos ocupacionales.

A estas alturas, todos los centros escolares que se disponen a aplicar la *reforma*, han escogido ya el modo de asegurar el alumnado correspondiente. Los salesianos se han puesto de acuerdo con los colegios de la Inmaculada y de Sant Vicenç —a los cuales se ha hecho referencia en las páginas de este libro—. La actual escuela profesional salesiana —que dejará de ser la única de la villa en su género— se nutrirá sobre todo, si bien no exclusivamente, con el alumnado procedente de los dos centros mencionados. Lo cual contribuirá, sin duda, a darle una nueva imagen, diferente a la que ha ido teniendo durante los 25 últimos años. Hablando muy en general, sus destinatarios ya no serán tanto los chicos de la «montaña», sino los del «pueblo». Aunque, afortunadamente, ya no se puede hablar así, porque tal distinción ha pasado a la historia. De todas maneras, la mayoría de los nuevos destinatarios conectarán mejor con los tiempos

de las «escuelitas» que con los de la escuela profesional de los años setenta y ochenta. Lo cual, desde el punto de vista socioeducativo y educativo-pastoral, tendrá, a no dudarlo, su peso. Como se ve, se acerca un punto más de *inflexión*, que la gran corriente de la vida moderna impone inevitablemente a la pequeña historia de las instituciones educativas.

NOTAS

- ¹ El primero, nacido en Pelayos (Salamanca), ordenado sacerdote en 1967 y nombrado director de la casa salesiana de Sant Vicenç a los 33 años; el segundo, nacido en Barcelona-Les Corts, ordenado sacerdote en 1976 y director a los 30 años; el tercero, nacido en Pamplona, ordenado sacerdote en 1972 y director a los 38 años; el cuarto, nacido en Tortosa (Baix Ebre), ordenado sacerdote en 1977 y director a los 44 años.
- ² Testimonio, Barcelona 21-V-1996.
- ³ *CIE 1972*, n. 2. Subrayado del texto.
- ⁴ *Reajuste 1973*.
- ⁵ *CIE 1972*, n. 64. Ver también n. 70.
- ⁶ Cf *Reajuste 1973*. Ver también *CI 1975*, n. 9; *CI 1980*, n. 31.
- ⁷ Cf *CIE 1972*, n. 11; *Reajuste 1973*; *CI 1975*, n. 7.
- ⁸ Cf *Reajuste 1973*.
- ⁹ *Visita canónica*, 16-I-1972.
- ¹⁰ *Circular* ciclostilada, 22-II-1972, pág.3.
- ¹¹ Cf *CIE 1972*, n. 37 y 69.
- ¹² Con todo, el motivo fundamental de esta presencia radicaba en la necesidad de *desmasificar* la comunidad del seminario mayor Martí-Codolar, de Barcelona. Los primeros residentes en Sant Vicenç fueron seis: Fernando Fraga (tercer curso de Teología) Juan y José María Jiménez (3º), Javier Martínez Zazo (4º), José Rafat (2º) y Antonio Riu (3º). El responsable inmediato del grupo era Joan Bosco Vernet, profesor de Sagrada Escritura.
- ¹³ Para el cambio de los nombres de calles y plazas que se usaban con anterioridad, ver el acta correspondiente a la sesión municipal del 18-X-1979. AJUNTAMENT DE SANT VICENÇ DELS HORTS, *Actes*, tom 41. A partir de ahora, el pasaje llamado de los Salesianos o *Passatge sota la via*, que se había utilizado constantemente desde el período republicano, vino a denominarse *Passatge Pau Vila*.
- ¹⁴ Ver la carta mortuoria que firma la Comunidad Salesiana y que en parte se

inspira en las ideas que expuso en la homilía de la misa exequial el padre provincial, don Miguel Carabias Flores.

- ¹⁵ Las salesianas se establecieron en la calle Lanzarote 10; las Franciscanas, en la calle Salamanca y luego en la de Travessera d'Orense 122, hoy calle La Laguna 40, y los Hermanos, en la Travessera de León 116 (primero) y en la calle Lugo 28 (después).
- ¹⁶ Carta desde Barañain, 18-II-1996.
- ¹⁷ Las Hermanas de la Doctrina Cristiana, del Colegio de la Inmaculada, apenas tomaron parte en este movimiento, por haber trasladado su residencia a Molins de Rei en 1982.
- ¹⁸ Testimonio, Barcelona 4-XII-1995.
- ¹⁹ Cf *Reajuste* 1973.
- ²⁰ Cf *Visita canónica*, 30-III-1976.
- ²¹ *Reajuste* 1973.
- ²² Pág. 105. En 1971 el Ayuntamiento construyó aquí una pista polideportiva municipal, que en la actualidad se halla en proceso de reforma.
- ²³ Contrato firmado en Sant Viceng, 18-I-1980: por parte del Ayuntamiento, el alcalde presidente, Pere Cuyas Font; por parte de los salesianos, el ecónomo provincial, Jesús Idoate Górriz.
- ²⁴ Durante siete años (1981-1988) aquí estuvo instalado provisionalmente el colegio público de La Guardia, con unos 300 alumnos de Enseñanza General Básica. Hoy en día acoge varios servicios.
- Municipio:* Radio Sant Viceng, Aula de autoaprendizaje del catalán, Escuela de Adultos Garrosa, Aula para los cursillos de formación ocupacional, Sala de actividades múltiples (cursillos de sardanas y sevillanas, cursillos de música para los jóvenes etc.), Federación de asociaciones de padres de alumnos.
- Generalitat de Catalunya:* Centro de Recursos Pedagógicos (CRP), Equipo-Servicio de atención a la infancia y a la adolescencia (EAIA) y Equipo de asesoramiento psicopedagógico (EAP).
- Entidades:* Club de tenis de mesa Sant Viceng 93, Casa de Andalucía, Sociedad ornitológica El Ruiseñor y club de tiro al arco Sant Viceng.
- ²⁵ Carta desde Barañain (Navarra) 18-II-1996.
- ²⁶ Testimonio, Barcelona 3-IV-1996.
- ²⁷ *Visita canónica*, 11-II-1973.
- ²⁸ Decreto n. 1258, Roma 18-II-1974. En *ASC*, F 557. *Sant Viceng dels Horts (Barcellona-Spagna)*.
- ²⁹ *Circular*, n. 16 (7 octubre 1974) [3].
- ³⁰ Cf *Boletín Oficial del Estado*, n. 95 (21 abril 1977) 8652.
- ³¹ *Ibid.*, n. 228 (22 septiembre 1979) 22180.

- ³² Ver el escrito que, con fecha 12-III-1979, lleva por título *Informe i petició que la comunitat salesiana de Sant Viceng dels Horts presenta al Consell Inspectorial...* En Archivo Inspectorial de Barcelona (=AIB), Casa Sant Viceng dels Horts.
- ³³ Esta se añadió a las otras especialidades en el curso 1980-1981. En cambio, la enseñanza de la delineación dejó de impartirse desde el curso 1987-1988. Fue un hecho que se dio en muchas partes, porque la experiencia fue demostrando que no tenía salida al mercado del trabajo.
- ³⁴ B.O.E, n. 187, del 6 de agosto 1970.
- ³⁵ B.O.E., n. 88, del 12 de abril 1976.
- ³⁶ Ver *Crónica*, 29-V-1986, 6-VI-1986, 12-III-1987.
- ³⁷ Testimonio, Sant Viceng 10-IV-1996.
- ³⁸ Testimonio, Barcelona 21-V-1996.
- ³⁹ La documentación relativa se halla en el Departamento Psicopedagógico del centro. Ver particularmente el escrito que lleva como título *Memoria Grups d'Adaptació Curricular*.
- ⁴⁰ *Visita canónica*, 23-IV-1988.
- ⁴¹ B.O.E, n. 188, miércoles 7 de agosto 1985.
- ⁴² B.O.E., n. 50, jueves 27 de febrero 1986.
- ⁴³ Ver pág. 376. Don Pedro Bosch i Vendrell, un trabajador autónomo, «paleta de la comunidad», solía hacerse cargo de esta iniciativa. Cf *Crónica*, 26-XI-1987.
- ⁴⁴ Testimonio, Sant Viceng 12-IV-1995.
- ⁴⁵ Testimonio, Sant Viceng 2-VII-1996.
- ⁴⁶ Cf *Crónico. Revista cronicográfica*, n. 19 (1992) 20-24, n. 23 (1993) 23, n. 25 (1995) 27-30 (Poligrafiada).
- ⁴⁷ Cf *Crónico*, n. 4 (1988) 23.
- ⁴⁸ Cf *Butlletí Informatiu Salesià*, n. 148 (abril 1995) 71-76 (Poligrafiado).
- ⁴⁹ Ver la entrevista que se publicó en *Crónico*, n. 6 (1989) 7-8.
- ⁵⁰ *Crónica*, 9-IV-1987.
- ⁵¹ Cf *Diari de Barcelona*, divendres 17-II-1989; *El País*, domingo 5-II-1989; *El Periódico*, viernes 17-II-1989; *Diario de Sabadell*, miércoles 1-II-1989, con un reportaje particularmente interesante. Ver reproducciones en *Crónico*, n. 6 (1989) 11-12.
- ⁵² *Visita canónica*, 16-III-1989.
- ⁵³ Cf *Cronicó*, n. 6 (1989) 6, 9-11.
- ⁵⁴ Carta dirigida a don Javier Martínez Zazo, Barcelona 16-II-1990.
- ⁵⁵ Hace 20 años, el padre provincial, don Alfredo Roca, señalaba a los salesia-

nos estas pautas: «Cuidar al máximo todo lo que sea la formación de los jóvenes, creando un clima de confianza y de amistad, conviviendo con ellos, amando sus cosas, interesándose por ellos, valorizando al máximo las clases de formación, de religión. Y si algunos jóvenes son más aptos para el compromiso cristiano, cultivarlos particularmente, intentando reunirlos en algún grupo de fe» (*Visita canónica*, 11-XII-1976).

⁵⁶ Cf JARICO, *Visita canónica*, 23-I-1980, 17-IV-1986.

⁵⁷ *Cronicó*, n. 16 (1991) 3.

⁵⁸ Testimonio, Barcelona 29-VII-1996. Morancho, ya sacerdote y profesor, estuvo en la escuela ocho años seguidos 1982-1990.

⁵⁹ Testimonio, Sant Viceng 2-VII-1996.

⁶⁰ Cf *Cronicó*, n. 12 (1990) 15-21.

⁶¹ Cf *Crónica de la casa*, 20-II-1988, 24-IV-1991. *Crónico*, n. 7 (1989) 22, n. 16 (1991) 2, 30-31.

⁶² Direcció General d'Associacions i Fundacions del Departament Adjunt de la Presidencia de la Generalitat de Catalunya, secció 1^a, n. 5769.

⁶³ «Ruego a los hermanos salesianos que, por lo menos, mantengan algún contacto con los antiguos alumnos y con los actuales cuando salgan», «que de alguna manera podamos seguir influyendo en su vida a la salida de la escuela» (JARICO, *Visita canónica*, 23-I-1980, 17-IV-1986).

⁶⁴ Ver la revistilla poligrafiada *Esglai. Associació d'antics alumnes salesians*, cuyo único número apareció en 1990.

⁶⁵ Escrito preparado con motivo de la despedida que se le dispensó al que había sido párroco de Sant Antonio, 2 de septiembre de 1990.

⁶⁶ J.CANALS, *Visita canónica*, 16-I-1972.

⁶⁷ ID., *Circular*, del 22-II-1972 (Poligrafiada).

⁶⁸ *Visita canónica*, 11-II-1973.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Reajuste 1973*.

⁷¹ A.MÉLIDA, *Visita canónica*, 29-X-1974.

⁷² Ver el escrito titulado *Esquema-guión de reflexión comunidad-consejo inspectorial*, de fecha 15-III-1975: *AIB*, Sant Vicenç dels Horts.

⁷³ Ver la documentación pertinente en el Archivo Inspectorial de Barcelona: Sant Vicenç dels Horts.

⁷⁴ *Visita canónica*, 23-II-1979.

⁷⁵ Cf *Visita canónica*, 23-II-1979.

⁷⁶ Ver el decreto de erección canónica: *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, 1969, 257.

- ⁷⁷ Ver *Notaría de don Manuel Domper Pascau. Escritura de cesión de inmueble otorgada por don Juan Nicolau Costa a favor del reverendo don Luis Alonso Cámara*. Molins de Rei, 22 de mayo de 1973. El señor Joan Nicolau era el presidente del mencionado Patronato Local; mossén Lluís actuaba en nombre y representación del Arzobispado de Barcelona.
- ⁷⁸ *Ibid.*
- ⁷⁹ Carta desde Barañain 18-II-1996. Entre los colaboradores, cabe citar al maestro mecánico y profesor en la escuela de los salesianos Jordi Puig: «don José León me tenía siempre a su lado» (Testimonio, Sant Viceng 6-III-1996).
- ⁸⁰ Relación, en el boletín de la *Asociación de Propietarios de San Antonio*, diciembre 1973.
- ⁸¹ *Ibid.*
- ⁸² Carta desde Barañain, 18-II-1996.
- ⁸³ Éstas «lo hacían todo generosamente: cobraban muy poca cosa, casi nada» (Testimonio del señor Farré, Sant Viceng 30-IV-1996). Ver pág. 368.
- ⁸⁴ Testimonio, Sant Viceng 12-IV-1996.
- ⁸⁵ Cf *Crónica*, 23-I-1886, 12-III-1987.
- ⁸⁶ Carta desde Barañain 18-II-1996.
- ⁸⁷ Testimonio, Sant Viceng 30-IV-1996.
- ⁸⁸ Quedó inscrito en el Registro de Asociaciones de la Generalitat de Catalunya en 1988.
- ⁸⁹ *Crónica*, 13-VI-1990.
- ⁹⁰ *Vicente Font Boix, notario de Barcelona. Donación otorgada por doña María del Pilar y doña María Antonia Sagnier de Sentmenat, a favor del Arzobispado de Barcelona*. Barcelona, 22 de febrero de 1973.
- ⁹¹ Carta desde Barañain 18-II-1996.
- ⁹² *Ibid.*
- ⁹³ *Ibid.*
- ⁹⁴ Intervención en la velada de despedida del padre José León, Sant Viceng 2-IX-1990.
- ⁹⁵ *Visita canónica*, 23-I-1980.
- ⁹⁶ Nacido en Ciudadela de Menorca el año 1941, profesó como salesiano en 1957. Diez años más tarde se ordenó de presbítero.
- ⁹⁷ Viuda de José Cirera Escala, falleció en Barcelona el 31-X-1970.
- ⁹⁸ Este proceso de renovación había alcanzado una primera meta en el *Nuevo Reglamento* que, promulgado por el Rector Mayor, don Luis Ricceri en 1974, fue más conocido en España bajo el título *Ideario de los Cooperadores Salesianos*. Desde entonces, este librito —*Reglamento de los Cooperadores Salesianos. Ideario y normas fundamentales de la asociación de*

Cooperadores Salesianos. Ed. Central Catequística Salesiana, Madrid 1974—llegó a ser el manual de formación de los «nuevos cooperadores». Unos años más tarde, se autorizó la edición definitiva. Cf ASOCIACIÓN DE COOPERADORES SALESIANOS, *Reglamento de vida apostólica*. Madrid 1986.

⁹⁹ Testimonio, Sant Vicenç 29-IV-1996.

¹⁰⁰ Había nacido en Estac (Pallars Sobirà) en 1918, en el seno de una sencilla y cristiana familia de agricultores y pastores.

¹⁰¹ Si se desea conocer otros rasgos de su personalidad, ver la carta mortuoria, sin fecha, firmada por La Comunidad Salesiana.

¹⁰² Cf *Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo*, arts. 30-35 (Título I, capítulo IV). *B.O.E.*, n. 238 (jueves 4 octubre 1990) 28933.

¹⁰³ Preámbulo. *Ibid.*, 28929.

10. LA MUJER, ASOCIADA

Este último capítulo de nuestra monografía se dedica a la presencia de las Hijas de María Auxiliadora. Conocemos bien el cómo y el porqué de la misma (pág. 278). Recordamos que todo comenzó por una invitación que les formuló aquel hombre bueno que se llamaba Joan Juncadella i Carcereny. Al acogerla (1965), las salesianas quedaron asociadas a la misión que entonces estaba desarrollando la Familia Salesiana en Sant Vicenç. No vinieron aquí a ayudar a los salesianos, sino a realizar, con autonomía y estilo propio, su vocación de catequistas y educadoras. Pero la colaboración que se estableció entre las dos ramas de la familia de San Juan Bosco resultó tan feliz, que ésta se vio potenciada en alto grado. Lo que, sin duda, constituye motivo de satisfacción y esperanza.

Como ha quedado apuntado en el capítulo anterior (pág. 349), después de realizar múltiples intentos y gestiones, las salesianas pusieron sus tiendas definitivamente en el barrio de la Guardia el 24 de octubre de 1975. El último paso lo había dado sor Catalina Peral, una mujer con gran sentido práctico y que en aquel momento actuaba a las órdenes de la superiora provincial, madre María Dolores González. Se trataba de una casa llamada por su dueño-constructor «Villa Carmen» y tenía el número 114 de la Rambla Lanzarote —hoy, el 10 de la calle del mismo nombre—. Aunque aún no estaba concluida del todo, constaba de un semisótano y una planta baja. Las hermanas, que habían entrado, como quien dice, casi de puntillas, sin apenas decir nada a nadie, alquilaron la planta, y, al cabo de unos años, adquirieron en propiedad toda la casa y la agrandaron.

De las explicaciones dadas en el capítulo citado, se desprende que esta nueva presencia fue el resultado lógico de todo un decenio de abnegada dedicación a las gentes del aquel barrio (1965-1975). Las salesianas ya no quisieron vivir fuera de él, sino dentro; no de una manera intermitente,

sino continua. En lenguaje bíblico, podría decirse que aquélla era la herencia que les había dado el cielo.

Se hallaban lejos del centro urbano de la villa, al que sólo podían acceder a través de la calle Madrid —la única que entonces era practicable en el barrio—; pero se sentían contentas por encontrarse ya pisando una tierra escogida por ellas mismas. Aunque, según se explica a continuación, hubieran preferido que su residencia, inserta en el barrio, estuviera al mismo tiempo más o menos cerca de una obra social, que fuera propia y de cierta envergadura.

Por su parte, los salesianos no pudieron menos que alegrarse ante el anuncio de la llegada de las hermanas salesianas: «Su presencia estable en esta barriada será una magnífica ayuda; nuestra colaboración para esto será generosa y desinteresada»¹.

En la historia que, siquiera muy sucintamente queremos presentar ahora², cabe considerar tres etapas. Están separadas por los años 1980 y 1982, pero no están colocadas en fases sucesivas, de forma que al morir una nace la otra; sino que las tres se superponen, como ocurre con las olas del mar cuando llegan a la playa. Las tareas, las iniciativas, las colaboraciones se acumulan; pocas veces se eliminan mutuamente.

LA RESIDENCIA

Las primeras comunidades salesianas, aunque no eran numerosas —tres o cuatro hermanas en cada una—, se revelaron muy dinámicas, y tuvieron que luchar contra toda clase de limitaciones. Y es que debían inventar las bases del futuro desarrollo y configurar el estilo pastoral propio de una *nueva presencia*, sin olvidarse de asegurar los medios de su propia manutención. «Hacíamos lo que iba saliendo», confiesa llanamente la que fue la primera directora, sor María Victoria Pérez, expresando la espontaneidad, la fragilidad y la penuria de los meses de arranque. «Por ejemplo —añade— en la sala del comedor yo trataba de instruir a unas cuantas señoras que querían aprender, por lo menos, a leer y escribir el propio nombre»³. Tan humildes fueron los inicios⁴. Pero como escribe el que entonces ejercía de párroco, su casita «estuvo siempre abierta a todos»⁵. Y se convirtió, al mismo tiempo, en foco de nuevas actividades.

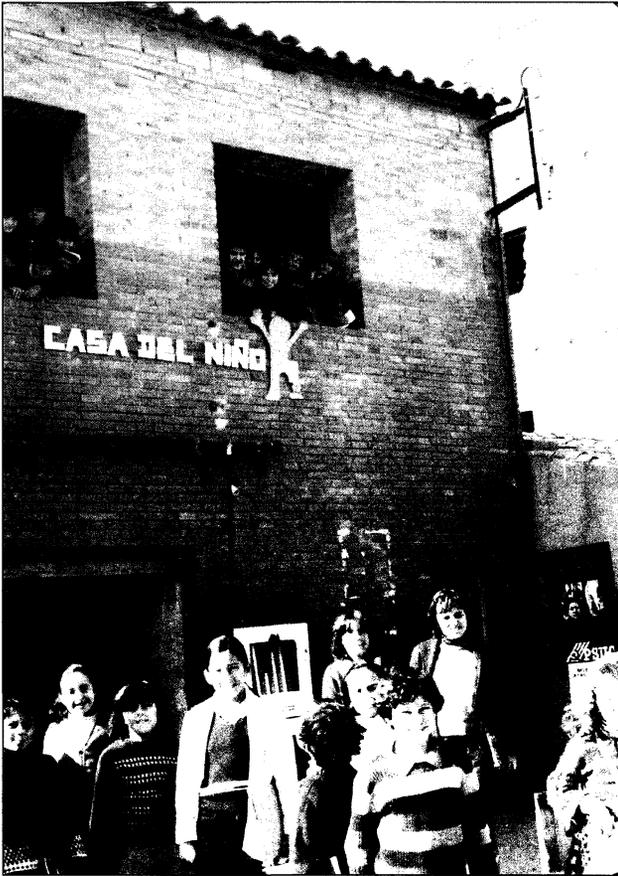
En el quinquenio 1975-1980, las salesianas centraron sus actividades en la residencia de la calle Lanzarote.



Barrio de la Guardia: las Hijas de María Auxiliadora comienzan su tarea educativa y cultural.

Primero, aquí organizaron, además de la vivienda propia, diversas actividades relativas a la enseñanza de la catequesis, alfabetización de adultos, trabajos manuales, cursillos de corte y confección, juegos y pasatiempos para los niños. Y, segundo, desde aquí mantuvieron los antiguos enclaves de acción educativa e incluso fueron creando otros nuevos.

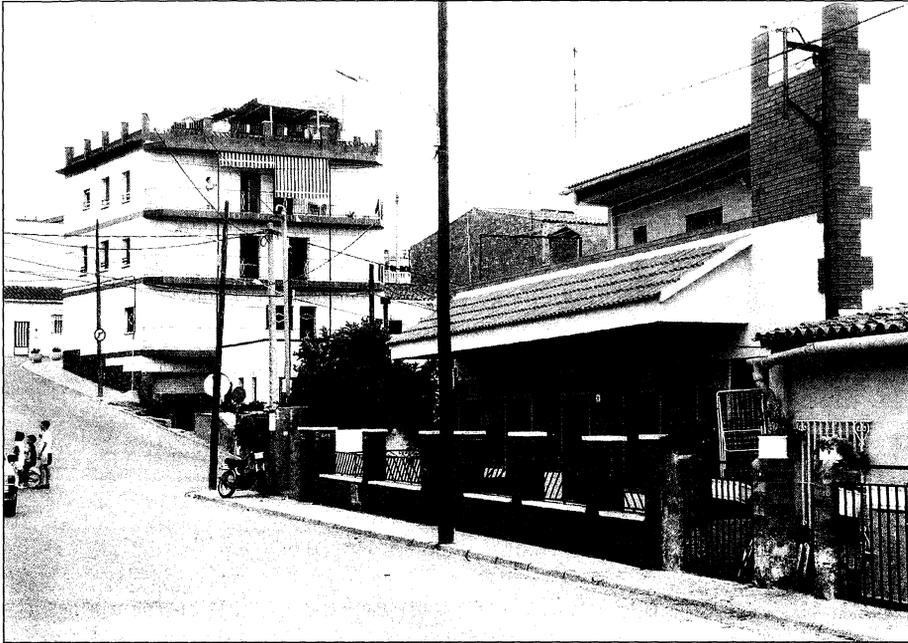
Así, por ejemplo, siguieron frecuentando las pobres casitas de la Travessera de León 102, que todavía constituían un lugar muy estratégico, como también las bajeras del bar La Sole (calle La Corunya 81). Sobre todo volvieron a ir a la guardería infantil de los antiguos albergues provisionales, que las religiosas «italianas» habían abandonado a mediados del curso 1975-1976. Sor Dolores Ortuño, primero, y sor María Victoria Larrañaga, después, se cuidaron de la buena marcha de aquella guardería. Además, juntamente con otras hermanas de la comunidad, atendieron al *esplai* juvenil que, los domingos y fiestas, funcionaba en aquel lugar. Todo este conjunto de actividades, que las Hijas de María Auxiliadora desarrollaban en el viejo barracón, se seguía considerando como obra benéfica de la parroquia de San Antonio.



Casa del Niño (hoy calle Corunya 93), uno de los primeros enclaves de la actividad de las salesianas en el barrio de la Guardia.

Su actividad duró hasta el año 1979, en el cual, como se ha explicado en otra parte, la guardería pasó a manos de la señorita Dolors Borrell y colaboradoras. Y es que se imponía que las salesianas concentraran todas las fuerzas en las múltiples iniciativas que brotaban en su propia casa. Así y todo, aún llegaron al otro extremo de la parroquia, es decir, a las escuelas que, por aquellos años, el padre Echarri se esforzaba por ampliar y modernizar en la urbanización de Sant Antoni. En ellas intervinieron, como queda dicho en el capítulo anterior (pág. 348), sor Josefina Garrote y sor Dolores García: la primera, durante el curso 1976-1977; la segunda, durante los cursos 1977-1981. «Teníamos las aulas a tope —escribe sor Dolores, descubriendo la íntima actitud, espiritual y pedagógica, que les movía—. Casi en su mayoría los alumnos eran de la zona. En esos años las casas eran más bien sencillas y diseminadas por la montaña sin urbanizar. Con la ayuda del párroco José León —cuya presencia era más bien esporádica y pun-

tual— y desde mi puesto de maestra, empezamos un camino para que nuestra tarea educativa partiera de unos *valores*, y así medio hilvanamos un ideario, plasmando nuestro estilo salesiano en aquella realidad, que ciertamente era pobre en recursos pero que se mostraba receptiva al carisma del Instituto. Durante mi estancia en la escuela, percibí un enriquecimiento educativo en todos sus componentes —alumnos, profesores, padres— y se convirtió en una plataforma para acercar los chicos y las chicas a la 'Casa del Niño', primero, y después, al 'Centro Amigos'. Con estas palabras sor Dolores quiere relacionar la colonia de San Antonio con la «Montaña de Sant Vicenç», que para las salesianas no era otra cosa más que el barrio de la Guardia, donde ellas habitaban y desde donde



«Villa Carmen», residencia de las salesianas y sede del esplai El Farolillo.

planificaban toda su acción pastoral. «Allí, en la montaña —termina diciendo bellamente— se hacía realidad esa utopía salesiana que armoniza los valores lúdicos, los culturales y los religiosos»⁶.

Tal como acaba de insinuar la hermana Dolores García, las salesianas se hicieron presentes también en otros puestos, alquilados a bajo precio o prestados gratuitamente por sus dueños, y situados en el mismo barrio, como el bar Manolo (calle La Corunya 91, desde 1976) y cal Barga (La Corunya 60, desde 1976). Mayor importancia llegó a revestir el sitio que en 1979 las hermanas, dejando el bar La Sole, ocuparon y denominaron «Casa del Niño», ubicado en la calle La Corunya 93. En todos estos puestos se hacía lo que siempre se había hecho: junto a las reuniones de catecismo y entretenimiento, lecciones de cosas útiles y sesiones de trabajos manuales. La especialidad de corte y confección se convirtió en una verdadera escuela-taller, de verdadera calidad. Durante el tiempo de vacaciones, se prosiguió organizando algún turno de colonias veraniegas para los niños.

Pero además las salesianas fueron conscientes de que aquella su presencia en el barrio de la Guardia debía revestir ciertos rasgos típicos de las *nuevas comunidades*. Por lo cual, estaban dispuestas a dejar la paz

de la pobre casita que les cobijaba, siempre que su ayuda fuera necesaria en alguna parte. «Cabría hablar de una asistencia a domicilio», dice sor Pilar Polo⁷. Así, por ejemplo, si urgía llevar un vecino enfermo al hospital, se le llevaba; si otro pedía que se le pusiera una inyección, se le ponía. En suma, se trataba de atender a las necesidades inmediatas de la gente, con rapidez y eficacia.

Toda esta labor hubiera sido absolutamente imposible, si las religiosas no hubieran sentido un amor apasionado por Sant Vicenç —una «locura», como nos ha asegurado alguien—, y si no hubieran podido contar con un grupo de jóvenes colaboradores. Su presencia pone un sello distintivo en las páginas de esta historia. Y así hasta nuestros días.

EL CENTRO AMIGOS

Desde 1972, desde que se familiarizaron con los locales parroquiales de la Travessera de León 102, las salesianas deseaban tener en la Guardia al menos un barracón prefabricado, que fuera suficientemente amplio y donde se les garantizara la estabilidad, la continuidad y la libertad de acción que requería su labor benéfico-educativa. Ellas hablaban de una obra social, que, por ejemplo, incluyera una guardería infantil, un dispensario, un *esplai* con sus patios, aulas para actividades... Alguna vez manifestaron estos afanes a mossén Luis Alonso que, como se ha explicado en el punto correspondiente, ejercía de párroco tanto de la parroquia de San José como de San Antonio, y que se interesó muy seriamente tratando de ayudarles en todo lo posible. Y de la misma forma se comportó el padre José León, que actuaba de vicario encargado de la parroquia de San Antonio. Ambos sacerdotes, en unión con las mismas hermanas —capitaneadas por la incansable Antonia Vara, delegada provincial para estos menesteres—, trataron de buscar soluciones por una y otra parte. Resultó un peregrinaje más bien largo, que no llevó por el momento a ningún resultado concreto. Porque hacerse con un lugar propio y asegurar la financiación de los edificios entrañaban serias dificultades para aquellos tiempos de penuria. De todas maneras, las gestiones que se llevaron a cabo sirvieron para que muchos conocieran el deseo que tenían las salesianas de levantar una obra social de envergadura en la barriada.

Como el tiempo pasaba —años 1972 y 1973—, las Hijas de María Auxiliadora se decidieron a establecer su casa, según queda referido, en la calle Lanzarote. Desde luego, la residencia constituía una cierta base



Entrada al Centro Amigos, el puesto más importante del trabajo educativo-cultural de las salesianas.

para comenzar a trabajar; pero no resolvía el problema. Las hermanas necesitaban algo más grande y accesible. Por su parte, también la mencionada parroquia de San Antonio se hallaba en las mismas circunstancias deficitarias: buscaba un lugar más digno para el culto y un *esplai* bien organizado, al objeto de atender a los niños y adolescentes que pululaban en gran cantidad por aquellas calles, a medio terminar, de la barriada.

Pues bien, sobre los años 1978 y 1979, una feliz coordinación de fuerzas del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, por una parte, y de la parroquia salesiana, por otra, alumbró una solución que el paso del tiempo ha acreditado ampliamente. Pensaron, como queda referido en el capítulo anterior (pág. 350), en el terreno que la archidiócesis poseía en el barrio de la Guardia cerca del cementerio y cuya propiedad estaba adscrita a la mencionada parroquia. El tiempo se iba escapando, y convenía que ésta diera ya señales de vida, levantando algún edificio destinado a actividades benéficas; de lo contrario, la propiedad revertía a las donantes. «Comenzamos de nuevo a construir un pabellón de 400 metros cuadrados —nos ha escrito el padre José León Echarri, que desde 1978 tenía ya el nombramiento de párroco—. Las salesianas aportaron dos millones y nosotros disponíamos, creo, de unas doscientas mil pesetas». Y evocan-



En el Centro Amigos: clases de bisutería y de marquetería para los pequeños.

do uno de los momentos más duros y plétóricos de su rectorado, añade: «Nos tocó repetir la historia. María Auxiliadora y San Juan Bosco hicieron llover limosnas muy poco a poco. Nos tocó, como siempre, hacer de obremos, fontaneros, electricistas, pintores. El coste de la obra fue de siete millones»⁸. La inauguración tuvo lugar el 22 de junio de 1980, en pleno ambiente festivo y popular.

Incuestionablemente, no se hubiera alcanzado esta meta sin el concurso de las Hijas de María Auxiliadora, que el párroco veía del todo necesario, tanto para asegurar la obra como para garantizar su porvenir. Hubo, en consecuencia, un acuerdo: aunque las hermanas operaban sobre un terreno propiedad de la parroquia y entendían realizar una obra de la misma, gozarían, sin embargo, de pleno derecho para organizar y gestionar todo lo referente a sus objetivos educativos, con la única condición de que habilitaran un local adecuado para los actos de culto. Gracias a las hermanas y según reconoce el padre Echarri, «en el nuevo local comenzó un movimiento de niños y jóvenes estilo salesiano»⁹. Era lo que habían soñado ambas partes.

La obra estaba situada en la Travessera de Orense, n. 3 —hoy calle La Laguna, n. 1— y disponía de varias dependencias para las actividades, una sala destinada a las celebraciones religiosas de la parroquia y patios de juegos. La capilla llevaba el nombre de la Virgen del Carmen, patrona de la barriada. Y la institución, en su conjunto, el de *Centro Amigos*, para dar a entender que permanecía abierta indistintamente a todos los vecinos de buena voluntad: «Los chavales hicimos una asamblea —recuerda Manuel del Hoyo, uno de los jóvenes fundadores— y pusimos sobre la mesa muchos nombres, y al final escogimos ése, por su propio significado»¹⁰.

Ambas entidades —Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y parroquia de San Antonio, confiada a los salesianos— salieron ganando: aquéllas, que de tiempo atrás habían demostrado que estaban dispuestas a crear una obra social si se les cedía un terreno adecuado, tenían finalmente lo que deseaban; y, por su parte, la parroquia podía también ofrecer un lugar de culto a los que antes acostumbraban acudir a la Travessera de León 102¹¹. No hubo por el momento ningún contrato o acuerdo escrito de carácter público, pero lo decisivo fue que, en las condiciones que se han expuesto, el Centro Amigos echara a andar. Las salesianas hicieron de él su obra comunitaria de dedicación preferente, costearon todo el mobiliario necesario y, por la misma lógica de los hechos, fueron asumiendo el papel principal de animación y gestión.

Entre las actividades formativas que la entidad ha desarrollado en los últimos años, basta recordar la guardería que, con el nombre de «Los Encinares», funcionó aquí entre los años 1980 y 1986 —hasta que las escuelas públicas optaron por acoger también a los párvulos—, las sesiones de refuerzo escolar y catequesis, los talleres ocupacionales (mecnografía, encuademación, corte y confección, informática); entre las de carácter asistencial, el servicio de acogida a los niños y jóvenes en *situación de riesgo* (aulas-taller, centro de día); entre las de carácter lúdico, los juegos

que promueve todas las tardes —inclusive los sábados y domingos—, las fiestas infantiles (Navidad, Carnaval), las representaciones teatrales y las excursiones —en las cuales participan los padres y familiares de los niños—. La asistencia diaria se sitúa, por término medio, sobre los 90 niños y jóvenes, pero los que se matriculan cada año son unos 230, comprendiendo unas edades que van de 6 a 20 años. El tiempo de verano, a excepción del mes de agosto, no supone ninguna interrupción, porque entonces el Centro Amigos funciona a pleno rendimiento, tanto por las mañanas como por las tardes, y además organiza una tanda de colonias.

Como se ve, con este conjunto de iniciativas se rompen y se dilatan los límites prefijados al comienzo por los dos símbolos que se habían seleccionado para el logotipo de la entidad: una pelota y un libro abierto. «Con la pelota —prosigue explicando Manuel del Hoyo—, habíamos querido significar el aspecto de la diversión y con el libro, el de la cultura»¹². Pero a estas dos líneas, se había añadido luego la de la asistencia social.

Aunque, como queda dicho, las salesianas decidieron unir sus fuerzas en el Centro Amigos, no por eso suprimieron de su puesto de la calle Lanzarote, n. 10 las actividades iniciadas antes del 1980. Más bien las potenciaron, manteniendo su casa abierta a los vecinos con la organización de cursos de corte y confección y proporcionando clases de repaso y espacios para las reuniones, y además poniendo en marcha un *esplai* denominado «El Farolillo», que entra en acción todos los sábados y domingos.

Con la fundación del Centro Amigos y el asentamiento de la vivienda-residencia de las religiosas, el *apostolado* de las Hijas de María Auxiliadora se hizo más estable, racional y de mejor calidad. Pero las hermanas no se resignaron a perder del todo aquel otro apostolado espontáneo y callejero de los tiempos fundacionales. Por eso, aunque perdieron viejos enclaves en la barriada —como la Casa del Niño, o las casitas de la Travessera de León 102, adonde dejaron de acudir—, se fueron al arrabal de La Laguna —calle del mismo nombre, n. 154— y también a la zona llamada Font del Llargarut (calle Tremp, n. 1). Al primer sitio llegaron en 1986, al darse cuenta de que los niños y jóvenes de esa parte tan alejada no acudían al Centro Amigos o al *esplai* El Farolillo. Según cuenta Juan Manuel González, uno de los monitores, «nos dijimos: 'si ellos no bajan, vamos a subir nosotros'. Y así comenzamos a trabajar en la calle». Y prosigue explicando: «Luego encontramos una casa semiderruida. La arreglamos, poniéndole puertas y ventanas. Y allí metimos los muebles que pudimos para que el *esplai* comenzara a funcionar los fines de semana»¹³. Por el mismo motivo y acogiendo una invitación de la asociación de vecinos, se llegaron al segundo puesto en 1994. Se trata también



Deporte en el Centro Amigos: sobre el valle del Llobregat, frente a las montañas.

de un paraje muy aislado del barrio de la Guardia. Ambos *espíais* fueron como secciones de El Farolillo. Recientemente (1995), el propietario del local de la calle La Laguna ha retirado su autorización, por lo que las salesianas y sus colaboradores han debido abandonarlo; pero, por fortuna, aún les queda la misma calle..., que sirve para convocar a los niños y organizar con ellos las actividades de costumbre.

Como se acaba de insinuar, este conjunto de actividades lo promueven y gestionan las mismas salesianas, las cuales han tenido y siguen teniendo algunas ayudas oficiales (Generalitat de Catalunya, Caritas diocesana), la colaboración de algunos salesianos¹⁴, de un grupo de Cooperadores¹⁵ y, sobre todo, de numerosos jóvenes voluntarios, formados casi siempre en el mismo Centro, o venidos a realizar prestaciones sustitutorias del servicio militar. «Es la mayor riqueza que tenemos» —reconoce sor Raquel Noain¹⁶—. Y no hace falta remarcar que las actuaciones de estas personas se inspiran en una opción suya, de carácter educativo y cristiano y que, por ello, se ofrecen casi siempre de una forma absolutamente desinteresada.

Hoy el Centro Amigos, con sus 16 años cumplidos, es una institución bien

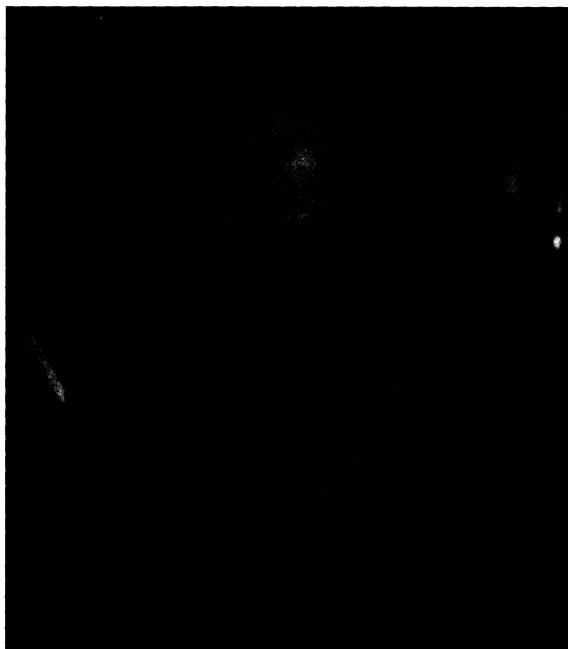
organizada y eficaz, cuyo horizonte educacional se abre en tres direcciones principales: Proyecto Centro Diario, Proyecto Fines de Semana y Proyecto Actividades de Verano. Su obra está garantizada por el equipo de educadores y educadoras que, año tras año, siguen su plan de formación permanente, al mismo tiempo que analizan la situación personal y colectiva en que se encuentran sus destinatarios. Fruto de esta reflexión y planificación son los *Proyectos Educativos*, que el Centro redacta anualmente.

Desde el curso 1984-1985, el Centro Amigos está adherido, como miembro de pleno derecho, a la Federación de Centros Juveniles «Don Bosco», que es una entidad civil reconocida por la Dirección General de Asociaciones y Fundaciones de la Generalitat de Catalunya.

EL COLECTIVO DE CULTURA POPULAR

Sería con toda probabilidad en el *retiro* que tuvieron los religiosos (*Confer local*) a comienzos del curso 1981-1982, cuando éstos se pusieron a reflexionar sobre un escrito que había difundido el episcopado de Chile en torno a la opción preferente por los pobres. El tema les resultaba de gran interés, dado el alto nivel de desocupación juvenil que había entonces en la villa. Estudiando de cerca el asunto, surgió la cuestión siguiente: «Cada una de nuestras comunidades —vinieron a decir— está desarrollando diversas actividades de tiempo libre para promocionar intelectual y profesionalmente a los jóvenes marginados, lo cual es positivo; pero estas iniciativas quedan sin fuerza porque les falta una entidad que les dé una garantía y un reconocimiento oficiales. ¿Qué hacer para conseguirlo?»

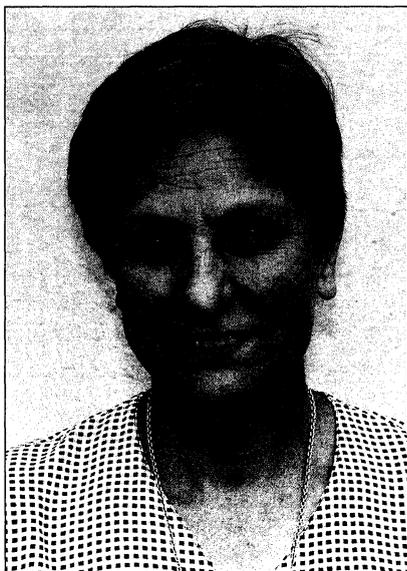
Estos religiosos y religiosas, con varios años de experiencia en la vida de los barrios de la Guardia, Sant Josep y la Vinyala, al principio pensaron en fundar una *Universidad Popular*, pero pronto vieron que era una meta inalcanzable; por lo que, con mayor sentido de la realidad y midiendo mejor sus posibilidades, se limitaron a constituirse en una asociación de carácter privado. Para reforzarla y darle el talante que deseaban, llamaron a varios seglares, en parte formados por ellos mismos y particularmente sensibles ante los problemas de la marginación. Entre estos seglares se encontraban, por ejemplo, Juan Ruiz (antiguo alumno de los salesianos), Jordi Manuel (entonces postulante de los Hermanos de San Juan de Dios) y Enrique Ferrera (también antiguo alumno y profesor de la escuela profesional salesiana), al que un poco después se le añadió su esposa Lucía González.



*José Abascal Vicente,
uno de los pioneros
del Colectivo de Cultura
Popular.*

En consecuencia, en enero de 1982, quedó constituido el *Colectivo de Cultura Popular*, cuyos estatutos inscribió la Generalitat de Catalunya en el Registro de Asociaciones de Barcelona dos años más tarde (1984) y que poco después el INEM reconoció como centro colaborador (1985). Con ello, los fundadores habían alcanzado la meta que perseguían. Tenían en la mano el instrumento concreto que necesitaban. Tal fue el origen verdadero de esta entidad que, sin duda, ha dado y sigue dando unos frutos admirables.

Durante los primeros años de funcionamiento demostró claramente esta raíz comunitaria y religiosa. Por algún tiempo (1982-1983), el joven salesiano José Abascal fungió de coordinador responsable. Él mismo encontró la denominación «Colectivo de Cultura Popular», que agradó a los demás por su entonación laica, ya que la nueva entidad más que a las tareas de la evangelización, debía aplicarse a las de promoción social y laboral. El mencionado Jordi Manuel fue el primero en ocupar la presidencia. El local social estuvo en la vivienda de las Siervas de San José, ya que allí solían reunirse los religiosos (Travessera de Burgos, n. 166; actualmente, n. 66). Pero después y por los cambios que experimentaron las otras comunidades, la de las salesianas tomó las riendas de la marcha de la entidad. Fue su columna vertebral, y el factor de su renovación.



Sor María Rosa Olivella, *directora*
1983-1989.



Sor Carmina Panera, *directora*
(1989-1996).

Y así hasta nuestros días. Sor María Mercedes Alvarez, sor María Rosa Olivella, sor Carmina Panera y otras hermanas tienen aquí un mérito indiscutible¹⁷. Carmina Panera Blanco ha estado trabajando en Sant Vicenç por espacio de 15 años seguidos (1981-1996), y durante el septenio 1989-1996 ha ejercido los cargos de directora de la comunidad y presidenta del colectivo, por lo que ha de ser considerada como una auténtica constructora de la obra de las Hijas de María Auxiliadora en la villa vicentina.

No hizo falta esperar a que llegara la aprobación oficial para emprender los trabajos, porque, a partir del verano de 1982, ya comenzaron algunos cursos ocupacionales que había concedido el Instituto Nacional del Empleo (INEM) y luego se prolongaron a lo largo de todo el año 1983. Tales cursos versaban sobre contabilidad, corte y confección, peluquería, administrativos, mecánica, electricidad..., y se desarrollaban en las dependencias que prestaban gratuitamente las comunidades fundadoras — guardería y *esplai* de las Siervas de San José, escuela profesional salesiana, *esplai* El Farolillo, Centro Amigos—. Con lo que la gran mayoría de los destinatarios fueron del mismo pueblo de Sant Vicenç. El resultado se reveló esperanzador. En diez años, el Colectivo había organizado 68 cursos de diversas especialidades y había podido llegar a más de mil alumnos¹⁸. De ellos, unos habían encontrado trabajo, otros habían conseguido

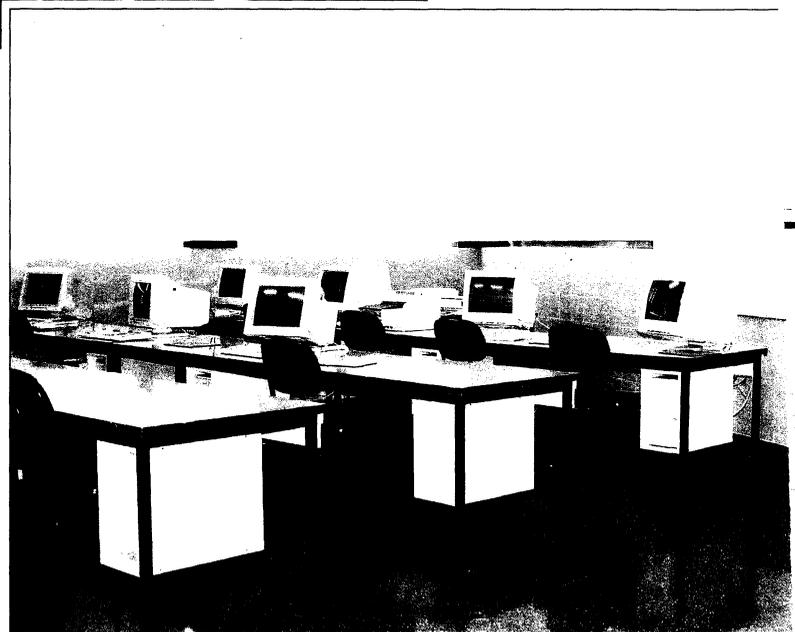
una mayor remuneración, otros habían pasado a estudios de nivel superior, y todos habían conseguido una preparación técnica de la que antes carecían. Esto no se hubiera logrado o se hubiera logrado con mucha mayor dificultad si no llega a ser por la ayuda prestada desde el INEM (sede Sant Feliu de Llobregat) por don Luis García Magallón, el cual comprendió inmediatamente los fines que perseguía el Colectivo y el espíritu que le animaba.

Tanto los fundadores como sus sucesores se han cuidado mucho de dejar en claro la naturaleza y objetivos de su asociación. En cuanto a lo primero, se trata de una institución privada, formada en Sant Vicenç por profesionales de la enseñanza y animadores de grupos juveniles, con personalidad jurídica propia, abierta a todos, con carácter no lucrativo (voluntario), independiente, apartidista. Y en cuanto a lo segundo, el grupo tiene como



Oficina de Información Juvenil: primera sede (calle Rafael Casanova 1); segunda sede (Avenida del Milenario 1).

*Cursos
ocupacionales
en el Colectivo
de Cultura Popular:
fontanería (1992).*



*La moderna aula
de ordenadores (1996).*

objetivo preferente la promoción integral de los jóvenes sometidos al paro¹⁹. Los destinatarios directos son, por lo tanto, los chicos y las chicas que se encuentran al margen del mercado de trabajo por falta de preparación, porque no han ido a la escuela o no han acabado los estudios. A veces, la oferta más importante que hay que hacerles consiste en infundirles unos hábitos de trabajo y de disciplina interior.

Tal como se proyectó y funciona ahora esta asociación, su base económica depende del mayor o menor número de voluntarios que intervengan en la misma. Junto a los profesores más o menos remunerados, están los del voluntariado. Y en primer término, las salesianas. «Al comienzo éramos todos voluntarios; es decir, no cobrábamos ninguno», asegura sor Carmina²⁰. Estas personas posibilitan crear un fondo común que, a su vez, permite organizar y promover otras actividades que, aunque no estén todas subvencionadas por los organismos públicos, se consideran, sin embargo, de valor formativo para la juventud.

La ayuda al joven por medio de la *información* entraba de lleno en el espíritu del Colectivo y aparecía también en alguno de los documentos básicos²¹. Pero convenía desarrollar más este aspecto. Un salesiano y una salesiana —Joan Valls y Carmina Panera— se pusieron manos a la obra. En 1987 lo tenían todo preparado. La *Oficina de Información Juvenil* se abrió en un piso alquilado de la calle Rafael Casanova, n. 1, el día 21 de febrero. Pero no iba a encontrar allí un lugar duradero porque, al inicio del curso 1987-1988, fue trasladado al barracón prefabricado que, en el paraje de los antiguos albergues, había servido hasta entonces de guardería infantil. Ésta, en efecto, por indicación del párroco de San Antonio, había sido transplantada por Dolors Borrell a la calle de Sant Miquel. Lo que permitió que tanto el *Colectivo* como la *Oficina* pasaran a ocupar dicho barracón, con la anuencia y el beneplácito del padre Echarri²². Esta humilde construcción acaba de desaparecer a comienzos del 1996, debido a las obras de la reforma urbanística de la zona.

Estando ya en su nuevo emplazamiento, la oficina fue reconocida por la Generalitat de Catalunya y registrada en el Registro de los Servicios de Información Juvenil nada menos que con el número 2. Y es que por aquellas fechas constituía una verdadera novedad. Así adquirió personalidad pública el *Punt d'Informació Juvenil*, con la denominación de *Centre d'informació i assessorament per a joves* (CIAJ)²³, el cual formaba parte integrante del Colectivo.

Se ofrecía a dar gratuitamente a los jóvenes de la villa la información que necesitaban sobre diversos temas, tales como cursos ocupacionales, tiempo libre, espectáculos, agrupaciones juveniles, deportes, viajes, temas laborales, legislación... Y además a asesorarles cuando tuvieran que poner en marcha alguna iniciativa, por ejemplo, de tipo laboral o cultural. Una hoja poligrafiada con el título de *Infor-Jovey* que apareció ya en abril del 1987 trató de conectar cada mes la oficina con sus jóvenes destinatarios²⁴. A los pocos años, se hicieron cargo directamente de ella las hermanas salesianas.

LA MUJER, ASOCIADA

Entrada al nuevo Colectivo de Cultura Popular, adosado al edificio del Centro Amigos.



El Alcalde-Presidente, señor Ricard Pérez, corta la cinta en el acto inaugural (mayo de 1996).

El *esplai* El Farollillo y sus actividades, el Centro Amigos, el Colectivo de Cultura Popular y la Oficina de Información Juvenil hoy son unas realidades que dignifican y nutren el tejido social de Sant Vicenç. Están ahí, sencilla, auténticamente. Ningún vicentino debería desconocerlas. Nosotros

acabamos de sondear en la historia de sus orígenes y de su primer desarrollo. Nos parece que todo ha sido como un espléndido regalo que, hace ahora alrededor de 20 años, unos jóvenes religiosos y religiosas han brindado a los chicos y chicas de los barrios de la villa.

Las salesianas han ido asumiendo la parte de más peso. Y recientemente acaban de darnos una prueba admirable de su dedicación. Porque, una vez clarificada y asegurada la situación legal del Centro Amigos en el solar que ocupa, obtuvieron del Arzobispado de Barcelona la autorización necesaria para ampliar la parte edificada, al objeto de dar cabida al Colectivo de Cultura Popular (1995)²⁵. De forma que, al año siguiente, el nuevo edificio, costado íntegramente por el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, estaba terminado. El arquitecto Zoilo Peligero Sáez había realizado casi un prodigio, aprovechando admirablemente el pequeño espacio disponible. La inauguración tuvo lugar el sábado 18 de mayo de 1996. Los discursos que pronunciaron la superiora provincial de las salesianas, sor María Rosa Olivella, la subdirectora general de ocupación (Departament de Treball, de la Generalitat de Catalunya), Dolors Llorens, y el Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Sant Vicenç, señor Ricard Pérez, pusieron de relieve esa feliz cooperación entre la iniciativa privada y la ayuda de las instituciones públicas, la cual ha hecho posible la realidad actual con una clara proyección de futuro.

De esta manera, aquella *pasión* que, hace 30 años, sintieron las salesianas por realizar su tarea educativa en la *montaña* de Sant Vicenç alcanzaba cumplidamente el objetivo deseado.

NOTAS

¹ A.MÉLIDA, *Visita canónica* 29-X-1974.

² Para precisar y ampliar los detalles, ver la *Crónica* de la casa, que comienza a partir del año 1972 y en su parte más antigua fue confeccionada por sor Antonia Vara, buena conocedora de los hechos.

³ Testimonio, Barcelona 8-VI-1996.

⁴ A María Victoria le sucedieron Antonia Vara (1976-1977) y María Mercedes Álvarez (1977-1983).

⁵ Testimonio, Barañain (Navarra) 18-II-1996.

⁶ Carta desde Valencia 12-VI-1996.

⁷ Testimonio, Barcelona 12-VI-1996.

- ⁸ Carta desde Barañain 16-II-1996.
- ⁹ *Ibid.*
- ¹⁰ Testimonio, Sant Vicenç 26-IX-1995.
- ¹¹ En la capilla caben unas 60 sillas. En ella, lo mismo que hace quince años, se sigue celebrando la misa dominical. Durante los dos primeros años (1980-1982), se habilitó también un despacho parroquial para atender a los feligreses.
- ¹² Testimonio, Sant Vicenç 26-IX-1995.
- ¹³ Testimonio, Sant Vicenç 30-IX-1995.
- ¹⁴ José Abascal, Xavier Timoneda, Joan Valls, Miguel Ángel Larrea, José Antonio Montull.
- ¹⁵ Ferran Alegre, Enrique Ferrera y Lucía González, Antonio González y Paco Ruz.
- ¹⁶ Testimonio, Sant Vicenç 21-IV-1995.
- ¹⁷ Actualmente las dos primeras ejercen el cargo de superiores provinciales: aquella, en Lituania y la República Checa; ésta, en la Inspectoría Nuestra Señora del Pilar (con sede en Barcelona).
- ¹⁸ Ver el folleto *Col·lectiu de cultura popular de Sant Vicenç dels Horts*, preparado por un equipo responsable de la misma entidad, y publicado en Barcelona por la fundación *Servéis de Cultura Popular*.
- ¹⁹ Ver el mencionado folleto, págs. 2, 5, 10, 11.
- ²⁰ Testimonio, Sant Vicenç 2-VII-1996.
- ²¹ Ver, por ejemplo, los *Estatutos* del 1984, art.2.
- ²² Llevaba el n. 1 del Camino del Cementerio; luego el n. 134 de la calle Rafael Casanova; últimamente, Avenida del Milenario, n. 1.
- ²³ Resolución 15-IV-1988. *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*, n. 984 (27 abril 1988).
- ²⁴ Actualmente el investigador tiene fácil acceso al archivo de la entidad, donde se conserva una documentación completa y detallada.
- ²⁵ El Arzobispado concedió al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora el derecho al uso del solar por espacio de 30 años prorrogables y la licencia para construir un nuevo edificio, de acuerdo con los pactos firmados por ambas partes el 7-II-1995.

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
PALABRAS PREVIAS	9
1. DE SARRIA A SANT VICENÇ	13
DAR FORMA AL NOVICIADO	14
BUSCANDO UNA CASA	16
CAN FONT	20
UN PUEBLO PINTORESCO	26
NOTAS	30
2. EL «NOVICIADO ESPAÑOL»	37
LA INAUGURACIÓN	37
LA VIVIENDA	39
LA VIDA DEL SEMINARIO	42
Los protagonistas	42
El quehacer de cada día	48
Misión y ascesis	49
Usos y costumbres	52
La fiesta religiosa	54
El estudio	56
El apostolado	59
Pobres y alegres	60
LA DISPERSIÓN Y EL OCASO	60
NOTAS	67

3. EL TÚNEL DEL TIEMPO	75
¿VENDER LA CASA FONT?	76
EL GUARDIÁN SORDO	79
El hombre	81
El artista.	82
El creyente	84
El salesiano	87
LA SEGUNDA REPÚBLICA.	89
Arden los conventos.	91
El impacto psicológico.	94
NOTAS	97
4. RENACER Y MORIR	101
EL PUEBLO Y LA CASA	102
EL SEMINARIO MENOR	110
LA REVOLUCIÓN DE JULIO	117
El seminario, incautado	119
La intolerancia religiosa	122
La expulsión.	125
Doble asesinato	128
NOTAS	130
5. EL RETORNO	135
LA CAMPAÑA DE CATALUÑA	136
LA CASA REHABILITADA	139
NOTAS	142
6. LA RECUPERACIÓN.	145
SANGRE NUEVA.	145
EL SEMINARIO MENOR	148
Las nuevas obras	148
Los protagonistas	152
La formación intelectual	161
La formación moral y religiosa	162
Las prácticas de piedad	163

Las fiestas	166
Otros recursos pedagógicos	167
La disciplina y la distensión	169
Apertura al exterior	173
EL NOVICIADO.	179
Una generación extraordinaria.	180
Los ritos de iniciación	182
La toma de hábito y entrega de medallas	182
La primera profesión	184
Un único quehacer	185
LOS TRASLADOS	187
NOTAS	190
7. LOS SALESIANOS JÓVENES	199
LA «TERCERA PRUEBA»	200
EL SEMINARIO MAYOR	203
LA ESCUELA DEL MAGISTERIO	212
LAS «ESCUELITAS»	221
LA ACADEMIA SANT VICENÇ	230
¿UNA TIERRA INHÓSPITA?	240
NOTAS	243
8. UN GIRO INESPERADO	251
EL SEMINARIO MENOR	252
Una vieja tentación	252
Una corazonada feliz	257
Un nuevo horizonte	261
UN PUEBLO EN TRANSFORMACIÓN	270
UNA PRESENCIA RENOVADA.	275
Desde Barcelona: los jóvenes catequistas	277
Desde Barcelona: las salesianas	278
En Sant Vicenç: las nuevas fuerzas	285
LA PARROQUIA DE SAN ANTONIO DE PADUA	285
La iglesia y las escuelas parroquiales	287

La guardería de los albergues provisionales	289
Los salesianos en la nueva parroquia	290
NOTAS	294
9. LA CONSOLIDACIÓN	301
UNA OBRA PREFERENTE	301
UNA GENERACIÓN NUEVA	306
LAS CONSTRUCCIONES. LA PROPIEDAD	309
LA ESCUELA PROFESIONAL	317
La enseñanza reglada	318
Las enseñanzas no regladas	329
Cursos de formación ocupacional.	330
La escuela-taller de plancha y pintura	332
La financiación	335
La pedagogía. La pastoral	336
LA PARROQUIA DE SAN ANTONIO	342
Una parroquia salesiana.	342
Una parroquia dispersa	345
Una parroquia difícil	350
EL TIEMPO LIBRE	353
NOTAS	359
10. LA MUJER, ASOCIADA	365
LA RESIDENCIA	366
EL CENTRO AMIGOS	370
EL COLECTIVO DE CULTURA POPULAR	376
NOTAS	383

ÁLBUM DEL CENTENARIO

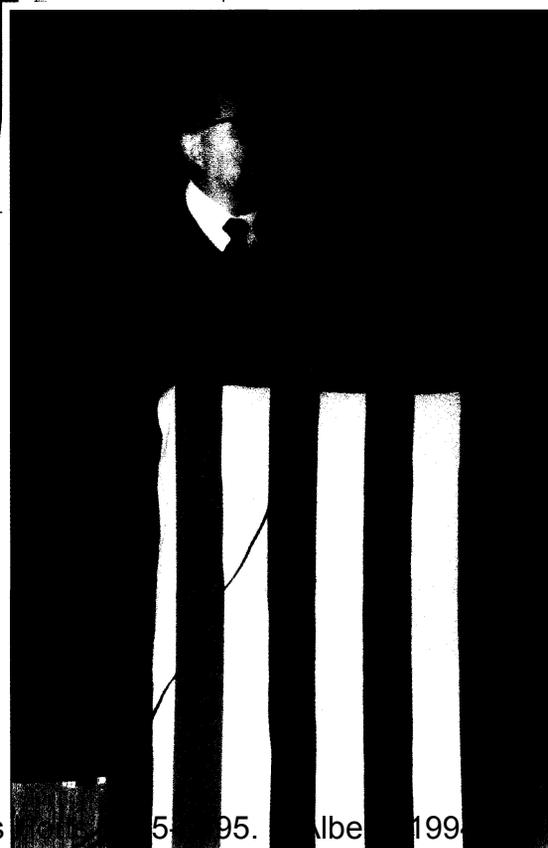


La Família Salesiana de Sant Vicenç anuncia las celebraciones del año centenario (1995-1996).



Monseñor Joan-Enric Vives i Sicília, obispo auxiliar de Barcelona, se dispone a iniciar la misa solemne de la inauguración del centenario (8-XII-1995, fiesta de la Inmaculada Concepción).

El director de los salesianos, padre Faustí Gutiérrez, pronuncia el discurso de apertura en la sala de actos de la sociedad recreativa La Vicentina (8-XII-1995).





Proyección del vídeo Els salesians a Sant Vicenç dels Horts. Presidencia (8-XII-1995).

El padre Gutiérrez muestra la Medalla de Oro de la Villa, entregada a los salesianos por el Alcalde-Presidente, señor Ricard Pérez.



Los salesianos en la Presidencia de Sant Vicenç dels Horts



Salesians Sant Vicenç

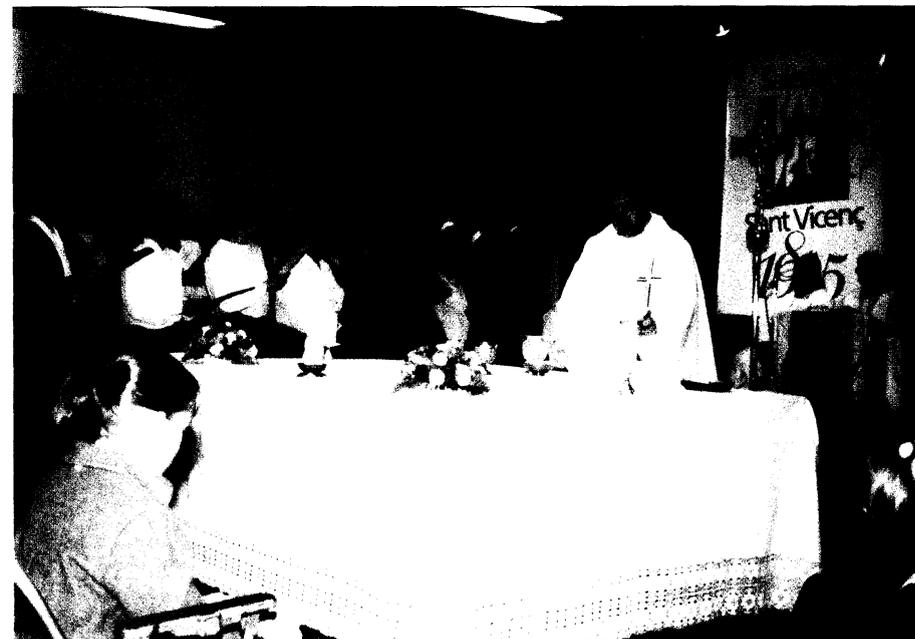
185



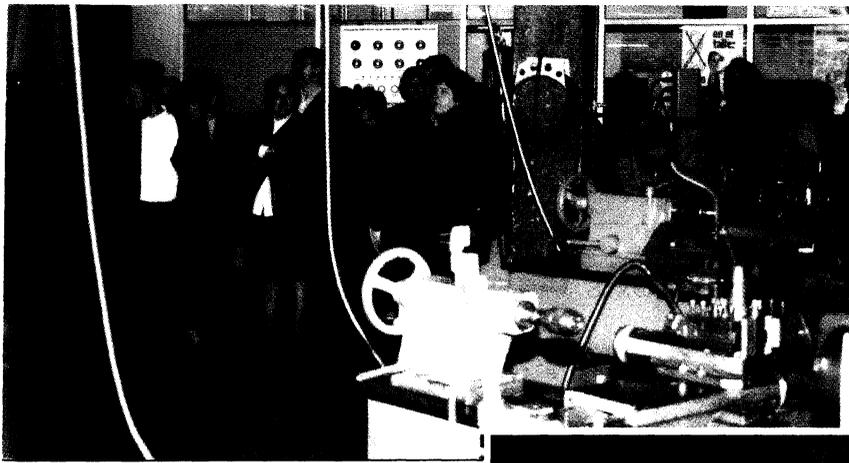
Semana de Don Bosco (enero de 1996): las palomas de la paz echan a volar.



Semana de Don Bosco: «butifarrada» para la muchachada a la hora del almuerzo.



Celebración del centenario en la parroquia salesiana de San Antonio de Padua (27-I-1996).



*Visita de los padres
de los alumnos
a la escuela-taller
de mecánica
(1-II-1996).*



*Fiesta de los espíais
(oratorios festivos)
en el patio
de los salesianos
(24-III-1996).*

Día de la comunidad inspectorial (4-V-1996).



Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R Alberdi 1994



AJUNTAMENT DE
SANT VICENÇ DELS HORTS

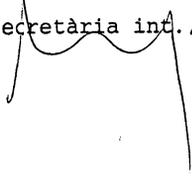


L'Ajuntament en Ple, en sessió ordinària, fet el dia 31 de gener de 1996, va adoptar, entre d'altres, el següent acord:

"Únic. Atorgar la medalla d'or de la vila de Sant Vicenç dels Horts en reconeixement dels mèrits i l'esforç demostrat en l'ensenyament i altres serveis per al jovent a l'Escola Professional Salesiana amb motiu del 100è aniversari de la seva presència a Sant Vicenç dels Horts."

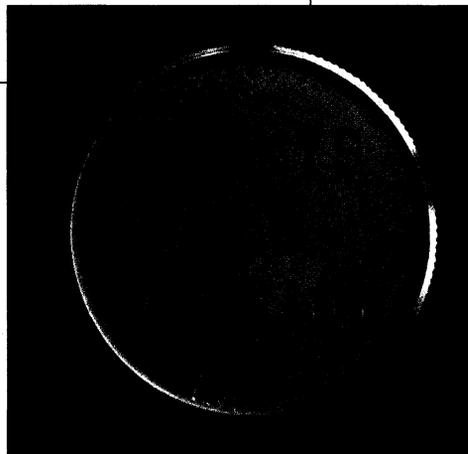
Cosa que us faig saber pel vostre coneixement i efectes procedents.

Sant Vicenç dels Horts, 12 de febrer de 1996

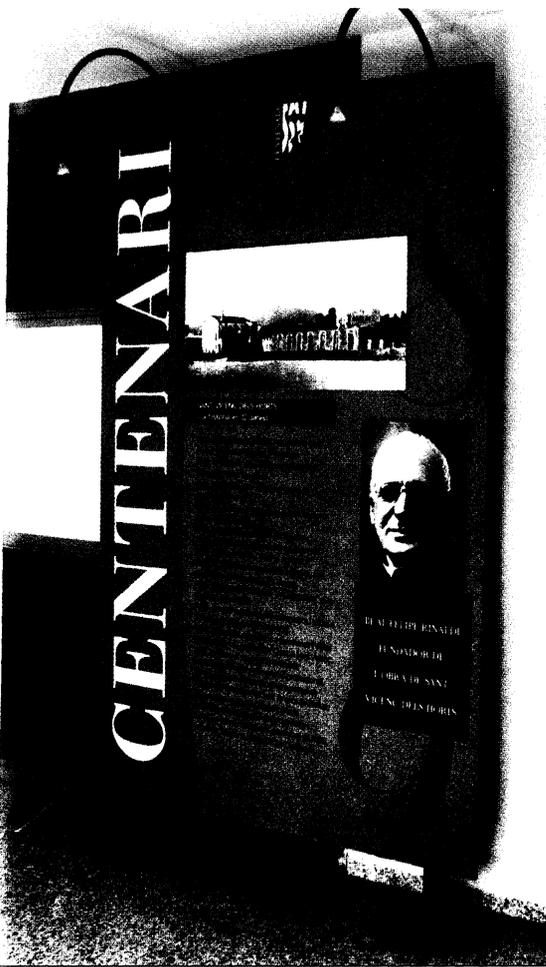
La secretària int.,




Escola Professional Salesiana



El Ayuntamiento de Sant Vicenç en pleno concede la Medalla de Oro de la Villa a los salesianos (31 de enero de 1996, fiesta de San Juan Bosco).



*Exposición fotográfica del centenario:
uno de los paneles.*



Exposición fotográfica: los realizadores.



*El público de Sant Vicenç
visita la exposición.*

Los salesianos en

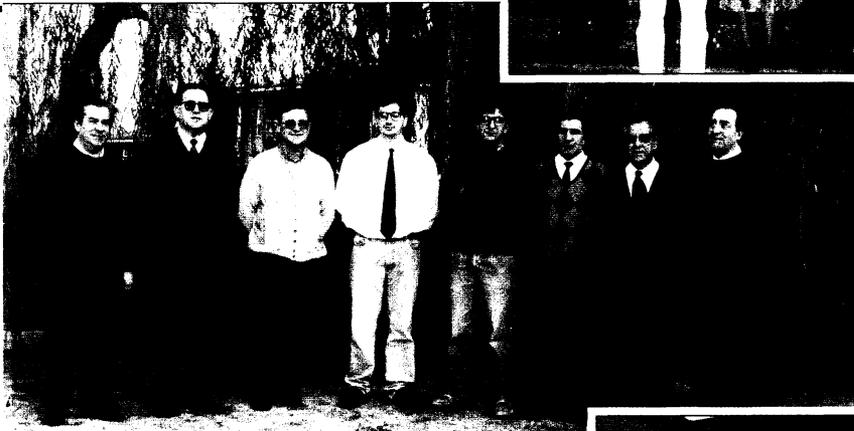


Los animadores de las celebraciones del año centenario (1995-1996):



La comunidad de las Hijas de María Auxiliadora.

Grupo de profesores.



La comunidad de los salesianos.



El nuevo director de los salesianos: don Ángel Asurmendi Martínez.

Los salesianos en Sant Vicenç dels Horts 1895-1995. R Alberdi 1994